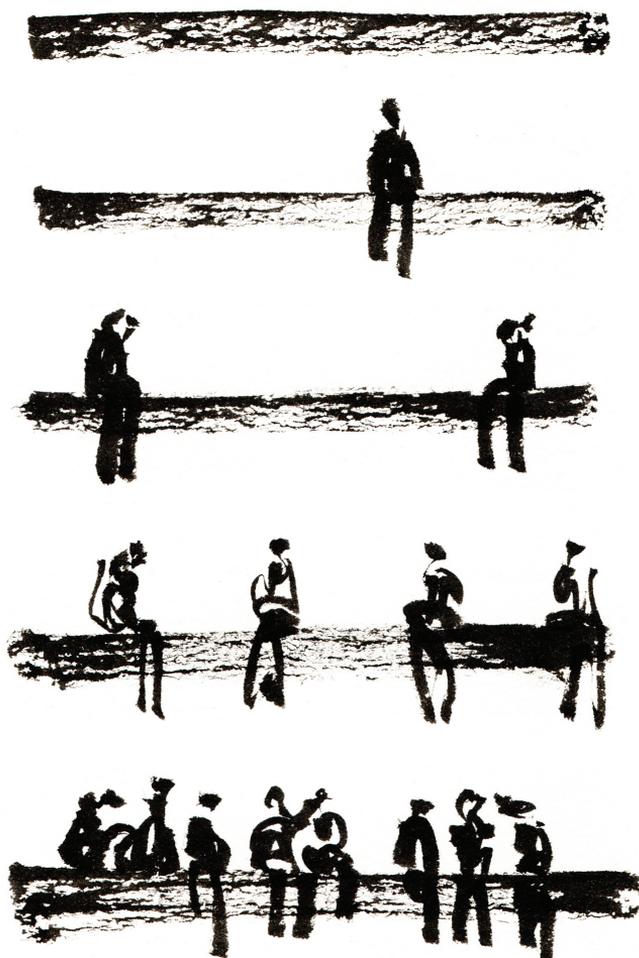


La odisea de las generaciones en México: de las historias de vida a los territorios

María Eugenia Zavala de Cosío y Pascal Sebillé

Coordinadores



EL COLEGIO DE MÉXICO

42

LA ODISEA DE LAS GENERACIONES EN MÉXICO:
DE LAS HISTORIAS DE VIDA A LOS TERRITORIOS

LA ODISEA DE LAS GENERACIONES
EN MÉXICO: DE LAS HISTORIAS
DE VIDA A LOS TERRITORIOS

María Eugenia Zavala de Cosío y Pascal Sebillé
Coordinadores



EL COLEGIO DE MÉXICO

Nombres: Zavala de Cosío, María Eugenia, coordinadora. | Seville, Pascal, coordinador.

Título: La odisea de las generaciones en México : de las historias de vida a los territorios / María Eugenia Zavala de Cosío y Pascal Seville, coordinadores.

Descripción: Primera edición | Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, 2023.

Identificadores: ISBN 978-607-564-455-4

Temas (BDCV): México – Población – Siglo XXI – Estudios longitudinales. | Reproducción humana – México – Estudios longitudinales. | Familias – México – Estudios longitudinales. | Diferencias sexuales en la educación – México – Estudios longitudinales. | Empleabilidad – Diferencias sexuales – México – Estudios longitudinales. | México – Emigración e inmigración – Siglo XXI.

Clasificación DDC: 304.6/0972 – dc23

Primera edición, 2023

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Carretera Picacho Ajusco, núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Alcaldía Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.mx

ISBN: 978-607-564-455-4

Impreso en México

ÍNDICE

PREFACIO

Marie-Laure Coubès 11

INTRODUCCIÓN

Pascal Seville y María Eugenia Zavala 17

PRIMERA PARTE:

TRAYECTORIAS FAMILIARES Y REPRODUCTIVAS

1. Patrones de formación familiar y reproductivos en las distintas regiones de México

Olinca Páez y María Eugenia Zavala 55

2. Vida sexual y conyugal: su relación con el embarazo durante la adolescencia y juventud de mujeres y hombres en México

Fabiola Pérez Baleón 91

3. Cruzar el umbral reproductivo: mujeres mexicanas con un primer nacimiento a partir de los 30 años de edad

Mariana Lugo, Fabiola Pérez Baleón y Ángeles Sánchez Bringas 121

4. Curso de vida de la familia indígena en México

Germán Vázquez Sandrin. 155

5. Fecundidad de las adolescentes indígenas mexicanas: ¿cuestión de agencia? <i>Alicia Elena Rodríguez Blanco</i>	189
6. Dinámica de los cuidados según tipo de hogar en México: análisis longitudinal de tres cohortes <i>Rosa Elvira Cedillo Villar y Yuliana Gabriela Román Sánchez</i>	217

SEGUNDA PARTE:

TRAYECTORIAS EDUCATIVAS, LABORALES Y TERRITORIALES

7. Tiempo, espacio y origen social: variaciones en el tránsito a la vida adulta en México <i>Mario Martínez Salgado</i>	259
8. Origen familiar, retorno a la escuela y logros educativos y ocupacionales <i>David P. Lindstrom y Anairis Hernández Jabalera</i>	285
9. Transiciones desiguales: análisis del primer ingreso al mercado laboral en México <i>Virginia Lorenzo Holm</i>	325
10. Desigualdad de género, informalidad laboral y trabajo no remunerado en México <i>Sabrina Ferraris y Mario Martínez Salgado</i>	367
11. (In)movilidad de clase y carreras ocupacionales en México <i>Fiorella Mancini y Gerardo Damián</i>	393
12. Una geografía de las trayectorias migratorias en México <i>France Guérin-Pace, Pascal Seville y Florent Demoraes</i>	423
13. Historia migratoria de la población mexicana de hoy: modelos migratorios regionales <i>Pascal Seville, Florent Demoraes y France Guérin-Pace</i>	453

14. Migración, violencia y crimen organizado: la importancia de lo contextual, lo individual y lo regional <i>María Estela Rivero Fuentes y Edith Y. Gutiérrez Vázquez . . .</i>	483
REFERENCIAS	521
SEMBLANZAS DE AUTORES	573

PREFACIO

*Marie-Laure Coubès**

Celebro la publicación del tercer libro sobre historias de vida de mexicanas y mexicanos con enfoque sociodemográfico realizado a partir de la información de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017, la más recientemente levantada.

Las EDER, primeras encuestas mexicanas en recolectar historias de vida de una muestra representativa del país, ya tienen veinte años de historia. Fueron nutridas por la experiencia pionera de la década de 1960 en México (la encuesta de Monterrey en 1965, primera en introducir el formato de eventos del curso de vida en una encuesta cuantitativa, y la de 1970 en la Ciudad de México) y por colaboraciones internacionales, particularmente con investigadores de Francia (participantes del Groupe de réflexion sur l'approche biographique, GRAB, del Institut National d'Études Démographiques, INED). Estas encuestas nacionales EDER, iniciadas en 1998 y dirigidas por un equipo de investigadores de Baja California, de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) y la Universidad Autónoma de Baja California (UABC), es decir, desde la frontera del país; con el tiempo han alcanzado una posición central entre las encuestas demográficas mexicanas, en especial con la versión de 2017 organizada por el

* El Colegio de la Frontera Norte (El Colef).

Instituto Nacional de Geografía y Estadística (Inegi) con participación de El Colegio de México. En efecto, las EDER, con sus datos retrospectivos longitudinales que no existían a nivel general (sólo se contaba con historias de fecundidad de mujeres en encuestas previas), lograron el reconocimiento pleno de Inegi que pasó de ser “proveedor de servicio” (muestreo y levantamiento de información) en 1998 a coproductor de información en 2011 y productor principal en 2017. La evolución del financiamiento de las encuestas describe esta “institucionalización” de las EDER: la primera versión en 1998 fue posible gracias a una búsqueda de financiamientos muy diversos (mexicanos e internacionales); la segunda, de 2011, más concentrada en apoyos de Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), UABC e Inegi; finalmente, la tercera fue subvencionada completamente por Inegi.

Dentro de las encuestas nacionales, las EDER tienen un campo de estudio sin par gracias a la observación longitudinal de la población y la atención a temas novedosos como la fecundidad de los hombres, al indagar sobre su trayectoria reproductiva, con el nacimiento de sus hijos e hijas (que ninguna otra encuesta de Inegi recopila) y su práctica de anticoncepción. Desde 1998, el proyecto EDER ha adoptado una perspectiva de género que no deja los temas de la reproducción sólo a la esfera femenina. Asimismo, en la versión de 2017 se introdujo el tema novedoso de los trabajos de cuidado no remunerados a lo largo de la vida.

Ahora bien, se puede considerar que la EDER inauguró las encuestas del siglo XXI; es decir, de acceso libre para los usuarios mediante la difusión en internet de sus bases de datos, en una época en que las encuestas de Inegi no estaban en línea. Sin duda, esta difusión libre y abierta, que después del año 2000 se generalizó en las encuestas levantadas en México, creó su éxito con el gran número de investigadores y estudiantes de diversas regiones y países, interesados por la sociodemografía mexicana y atraídos por su originalidad, ya que se animaron a usar estos primeros datos cuantitativos sobre curso de vida.

En particular, si bien la estructura de las encuestas es la misma, basada en el registro de los eventos principales en el calendario de los años de vida de los entrevistados, cada una tiene su

propio enfoque analítico en relación con el tipo de muestreo: la de 1998 fue nacional, con diferenciación de los cursos de vida entre el mundo rural y el urbano; la de 2011 estuvo orientada a analizar las desigualdades sociales de las trayectorias en las grandes ciudades, y la de 2017 contó con un muestreo nacional mucho más amplio para analizar la diversidad regional de los cursos de vida.

En específico, esta tercera versión contiene innovaciones metodológicas. Primero, para el registro de las respuestas en campo, un formato electrónico (en dispositivo móvil) reemplazó al cuestionario de papel y sus líneas de lápiz dibujadas a lo largo de sus columnas durante la entrevista. Ya ha sido comprobada la pertinencia de los formatos electrónicos para el control de la consistencia de la información recabada y la rapidez de la formación de las bases de datos. En el caso de las encuestas de historias de vida, el diseño del formato tiene que integrar un control del calendario, de manera que haya un ajuste exacto entre las diferentes trayectorias. No cabe duda de que el siguiente levantamiento de la EDER lo considerará.

Una segunda innovación es que se pudo fusionar la EDER con la Encuesta Nacional de los Hogares (ENH), pues ambas fueron levantadas en las mismas viviendas en la misma visita seleccionando a uno de los miembros por la EDER. En las versiones anteriores, aunque esta fusión fue teóricamente posible con las encuestas nacionales asociadas a las EDER (Enadid en 1997 y ENOE en 2011), no se llevó a cabo; en esta edición, las bases de datos incluyen la información sobre la vivienda y los miembros del hogar en 2017. Esto permite relacionar los datos con información sobre los hogares y la vivienda de las personas entrevistadas, como se aborda en un capítulo de este libro.

La innovación más notoria de esta versión es el tamaño de muestra, que es diez veces superior a las anteriores, lo cual permite un análisis a nivel estatal y regional, así como profundizar sobre fenómenos menos frecuentes, por ejemplo, los regresos a la educación, el retorno de migrantes de Estados Unidos o la fecundidad tardía. Con esta innovación, los autores pudieron analizar en este libro las diferentes trayectorias de vida a nivel regional, aportación novedosa e importante para la sociodemografía mexi-

cana. A la interseccionalidad del origen social y las brechas de género, ya desarrollada en el libro de análisis de la EDER 2011, se añaden en esta publicación las diferencias regionales, al cruzar regiones con medio social de origen. La pertinencia del análisis territorial de los cursos de vida está enfatizada por los resultados del capítulo sobre las dimensiones geográficas de las trayectorias migratorias, ya que demuestran la importancia del anclaje territorial y los movimientos de proximidad para la gran mayoría de la población.

El conjunto de los capítulos presenta una gran diversidad de análisis, cuya mayoría usa un enfoque del curso de vida comparativo entre generaciones. La información biográfica favorece la riqueza del análisis descriptivo al aplicar diversos enfoques y métodos como el de historia de eventos, las distribuciones durante el curso de vida de diversas condiciones de vida (años de vida estudiantil, años de vida en trabajo de cuidado, etcétera), trayectorias y secuencias; se usa también una perspectiva geográfica con el tratamiento geoespacializado de datos individuales a escala estatal. Además, casi todos los capítulos incluyen modelos explicativos con muy variados modelos de regresión, logística, ordinal, en competencia, en tiempo discreto o multiniveles, al introducir variables de otras fuentes para tomar en cuenta los contextos. El manejo estadístico es muy cuidado y el anexo del último capítulo plantea la discusión metodológica sobre la ponderación de los datos retrospectivos, basado en los desarrollos más recientes de la bibliografía sobre ese tema. Dicho anexo, aun siendo sintético, será muy útil para todos los analistas que se preguntan sobre el uso de la ponderación para el tratamiento de datos retrospectivos, cuestión todavía abierta a debate entre los especialistas.

Como los dos anteriores, este libro aporta al conocimiento sociodemográfico en México al responder preguntas que sólo pueden ser abordadas con información longitudinal y biográfica. La visión diacrónica permite observar los impactos de un evento sobre las etapas posteriores del curso de vida, de los orígenes a los destinos sociales de los individuos. Se estudian los calendarios de ocurrencia de varios eventos y se estudia la organización temporal entre las etapas de las diferentes trayectorias para examinar

las intersecciones entre diferentes esferas del curso de vida y la combinación de roles. Se detecta homogeneidad o diversidad de itinerarios en la evolución entre generaciones. Este tercer libro también nos informa cómo las transformaciones sociales se reflejan en las trayectorias de vida de las mexicanas y los mexicanos de las diferentes generaciones, considerando las brechas de género, orígenes sociales y regiones de residencia; además, nos enseña que la gran diversidad territorial impregna las trayectorias.

Enhorabuena a esta nueva publicación y felicidades a sus coordinadores y autores.

*Tijuana, Baja California
Diciembre, 2021*

INTRODUCCIÓN

*Pascal Sebillé**

*María Eugenia Zavala***

Las relaciones sociales, que permiten el establecimiento de una sociedad, son relaciones político-religiosas que sobrepasan e integran en su funcionamiento las relaciones de parentesco y los grupos de parentesco.

MAURICE GODELIER¹

La odisea de las generaciones en México: de las historias de vida a los territorios es el resultado de varios años de investigación para llevar a cabo el proyecto de una tercera encuesta biográfica en México. El trabajo en común de un grupo de investigadores internacionales con el Instituto Nacional de Geografía y Estadística (Inegi) permitió realizar, veinte años después de la primera Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) en México, una nueva encuesta EDER en 2017. Con un enfoque nacional y re-

* Université Rennes 2; Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS); Institut National d'Études Démographiques (INED).

** Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México.

¹ “Ces rapports sociaux, qui permettent l'établissement d'une société, sont des rapports politico-religieux qui débordent et intègrent dans leur fonctionnement les rapports de parenté et les groupes de parenté” (Chemin, 2021).

presentativo de las entidades federativas, la EDER 2017 propone abarcar cincuenta años de historias de vida de hombres y mujeres, cuyas biografías se inscribieron y se inscriben hoy en día en un país de gran diversidad social, económica y geográfica. Esta heterogeneidad es la que revelan los capítulos incluidos en este libro. A partir del análisis de 23 831 historias de vida, los diferentes capítulos abordan las transformaciones sociodemográficas contemporáneas, ofreciendo una nueva mirada para comprender la dimensión geográfica y territorial de las dinámicas sociales y demográficas de México. Dos grandes ejes analíticos guían las investigaciones. En primer lugar, los trabajos muestran en qué medida las trayectorias familiares, laborales y migratorias siguen determinadas por las desigualdades sociales. En segundo lugar, ponen en relieve las diferencias regionales y el papel de los contextos rurales, urbanos y metropolitanos en las dinámicas de la población mexicana, así como la adscripción espacial de esas dinámicas, gran novedad que facilitó la EDER 2017. El libro resalta estas transformaciones a través de las historias de vida de los hombres, de las mujeres y de las familias que participan en el mosaico regional mexicano. Después de haber justificado, en esta introducción, el interés de abordar la heterogeneidad regional de las dinámicas sociodemográficas en México, presentaremos el camino seguido hacia un planteamiento regional, con un breve recuento histórico de las tres encuestas EDER y la descripción de las innovaciones de la EDER 2017. Acabaremos esta introducción con una presentación de los capítulos del libro.

AGRADECIMIENTOS

En la realización de la EDER por el Inegi, en los diferentes talleres de preparación, en la elaboración de los documentos y manuales, que se encuentran en el sitio del instituto,² y en la capacitación

² Todo el material y las bases de datos de la EDER 2017 se encuentran en los sitios de internet del Inegi y del CEDUA (verificado el 10 de abril de 2021). El sitio del Inegi presenta respectivamente la Encuesta Nacional de los Ho-

a los entrevistadores de Inegi, se contó con la colaboración del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA), de El Colegio de México (Colmex) y de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef), con la participación directa de María Eugenia Zavala, Pascal Seville, Marie-Laure Coubès, María Edith Pacheco Gómez Muñoz, Adriana Pérez Amador, Julieta Pérez Amador, Kira Almendra González Tello, Adrián Meza Holguín y Eunice Vargas Valle. Hicieron posible el proyecto de la EDER 2017, por su apoyo institucional, Silvia Giorguli, presidenta de El Colegio de México, y Luis Jaime Sobrino, director del CEDUA.

Varias instituciones cooperaron para que el proyecto de la EDER 2017 pudiera llevarse a cabo, sea por su implicación en la preparación de la encuesta, sus apoyos operativos y financieros, y el seguimiento de la compilación de los datos en campo. Para esas operaciones contamos con el Inegi en la sede de Aguascalientes y con sus sedes regionales, el Colmex, El Colef, el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) que permitieron el levantamiento de la EDER 2017. Del CEDUA participaron en la elaboración de la base de datos de “Historias de Vida” las maestras Rosa Flores Gutiérrez y Mariana Lugo Arellano.

Las investigadoras y los investigadores de El Colef y del CEDUA cuentan ya con una importante trayectoria, de más de veinte años, en el diseño de las EDER a escala nacional e internacional. Agradecemos la colaboración y la gran confianza en el trabajo conjunto para la realización de la EDER 2017 por parte de las autoridades y del personal del Inegi. Mencionaremos, aunque faltan muchos nombres, antes que nada a Adriana Pérez Amador, subdirectora de Investigación en la Dirección General de Integración, Análisis e Investigación; a Óscar Joaquín Ramírez Álvarez, subdirector de Diseño Conceptual y Validación de Estadísticas

gares: <<http://www.inegi.org.mx/programas/enh/2017>>, y la EDER 2017: <<https://www.inegi.org.mx/programas/eder/2017>>. El sitio del CEDUA presenta la base revisada de “Historias de Vida” de la EDER 2017: <<https://cedua.colmex.mx/es/bases-de-datos>>.

de Ingresos y Gastos en la Dirección General de Estadísticas Sociodemográficas; a Consuelo Martínez Sánchez, subdirectora de Operativos de Encuestas de Ingresos y Gastos en la Dirección General de Estadísticas Sociodemográficas, y a los supervisores y entrevistadores de todo el país. Su profesionalismo y su preocupación por la calidad del trabajo de campo fueron notables. Sin ellos, no tendríamos las bases de datos de calidad que analizamos en este libro. Agradecemos también el cabal apoyo que brindaron al proyecto de la EDER, por parte de Inegi, los presidentes Eduardo Sojo y Julio Santaella, el director general de Estadísticas Sociodemográficas, Edgar Vielma, y los directores generales adjuntos de la Dirección General de Estadísticas Sociodemográficas, Eduardo Ríos y Octavio Heredia.

Por este trabajo de equipo, agradecemos a todas y todos, incluyendo a quienes no pudimos mencionar de manera nominal, por contribuir a seguir levantando datos biográficos en México, los cuales permiten reconstruir la historia demográfica y social del país y comprender las situaciones y los problemas actuales a partir de las trayectorias de vida de las mexicanas y los mexicanos en el pasado. Será indispensable que se sigan levantando las EDER en el futuro. A partir de esta experiencia tan exitosa y única en América Latina, esperamos que los resultados de la EDER 2017 presentados en este libro sean inspiradores para alcanzar ese objetivo.

LAS DIFERENCIAS REGIONALES EN MÉXICO

En México, como en todas las partes del mundo, las diferencias económicas y sociales no son suficientes para explicar en su globalidad la heterogeneidad de los sistemas demográficos y de los distintos grupos sociales. Para explicarlos de manera más cabal, es preciso tomar en cuenta también las diferencias regionales.

El libro que presentamos aquí avanza en esa dirección al introducir las disparidades territoriales de los fenómenos familiares, laborales y migratorios, en un México tan diverso y desigual. Los datos de la tercera Encuesta Demográfica Retrospectiva

(EDER) de 2017 permiten establecer conjuntos regionales con base en las similitudes de los comportamientos estatales. Ésa fue la directriz que se compartió con todos los autores de los capítulos del libro.

La diversidad territorial de México es grande, según la geografía del país y también por los diferentes puntos de vista de algunos trabajos y autores que han reflexionado sobre la regionalización mexicana. De acuerdo con Eric van Young, “las regiones son hipótesis por comprobar, más que hechos asumidos” (1992: 3). En 1967, en su libro *Las regiones geográficas en México*, Claude Bataillon distingue el norte árido, el eje neo-volcánico central y el sur tropical húmedo, y relaciona la geografía con los componentes demográficos en la historia: la antigua y numerosa población del centro; la alta mortalidad del trópico, debida a las enfermedades infecciosas (fiebre amarilla, paludismo), y la falta de comunicaciones del centro con el norte, que estaba comenzando su gran transformación rural e industrial (Bataillon, 1967).

En ese mismo periodo, el trabajo de Ángel Bassols Batailla (1967), basado en un análisis económico de los factores de producción y de las infraestructuras comerciales e industriales, confirma la heterogeneidad observada entre las regiones según su grado de desarrollo y la importancia del papel del Estado en las inversiones regionales y federales. Más tarde, Van Young (1992) muestra con un modelo sistémico del lugar central cómo las regiones se conforman en cada época a partir de su historia común y de su relación con los determinantes geográficos. Como afirma Brigitte Boehm de Lameiras: “La regionalidad se establece [...] por el reconocimiento de la historicidad de las formaciones regionales y por su concreción geográfica, cuya variabilidad responde a los momentos cronológicos de su desarrollo” (1997: 12). El trabajo de Bernardo García (2004) completa este cuadro analítico al abordar la conformación de las regiones con un enfoque geográfico e histórico de largo plazo, centrado en las transformaciones espaciales desde la época prehispánica y colonial. Define las regiones como el producto de relaciones sociales dinámicas a partir de ejes radiales que conforman sistemas funcionales.

La importancia del *enfoque regional* en el análisis de las dinámicas socioeconómicas y demográficas de México remite a su organización espacial, heredada de su historia contemporánea, particularmente de la segunda mitad del siglo xx. Desde la década de 1940, México ha vivido una fuerte concentración geográfica de las actividades económicas y de la población. El desarrollo de la industria desempeñó un papel importante en la configuración económica del país y participó en la identificación de áreas regionales. Entre las más importantes destacan las zonas metropolitanas fronterizas con Estados Unidos, las ciudades de antigua tradición manufacturera del Bajío, las áreas portuarias y petrolíferas de las costas del Golfo de México y del Pacífico, así como las áreas metropolitanas más grandes del país: Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey (Negrete y Salazar, 1986). En la década de 1980 se fortaleció el desigual crecimiento regional con el auge de polos metropolitanos centralizadores de los poderes políticos y económicos. La irrupción de la industria maquiladora y el crecimiento de polos atractivos relacionados con actividades económicas específicas, como el turismo, la producción manufacturera o la agricultura moderna, desde la década de 1990 participaron en la organización territorial polinuclear de México. Se observa aún más una concentración espacial de las actividades económicas y de la población en algunas de las principales áreas urbanas (Garza, 2010).

A estos espacios urbanos y metropolitanos se agrega una multitud de zonas donde no se concentran actividades económicas industriales o de servicios, pero que se definen por sus movimientos económicos y por sus anclajes territoriales, marcados por identidades culturales propias. Si algunos de estos espacios parecen conectados con áreas urbanas y metropolitanas, con el mercado económico nacional o internacional, como la zona del Soconusco en la costa del Pacífico en Chiapas o la región de las grandes empresas agrícolas del norte del país, existen numerosas zonas aisladas geográficamente y al margen del desarrollo económico, como algunos lugares de las sierras con población indígena (Conapo, 1994).

A pesar de los más de setenta años de políticas orientadas a la reducción de las desigualdades regionales en México, desde la

Ley sobre Planeación General de la República de 1930 y la Ley de Planeación de 1983 (Vilalta, 2010), la heterogeneidad regional sigue siendo patente en México en esta segunda década del siglo XXI, asentada en espacios regionales y subregionales.

Demográficamente hablando, la fractura se concretiza con las diferencias de mortalidad (más alta en las zonas rurales) y de fecundidad (que se redujo rápidamente en las grandes ciudades a partir de 1960). La división entre el mundo urbano y rural es decisiva en las dimensiones económicas, sociales y demográficas.

LAS ENCUESTAS DEMOGRÁFICAS RETROSPECTIVAS (EDER): HACIA UN PLANTEAMIENTO REGIONAL

Las tres encuestas EDER han permitido perfeccionar paulatinamente las explicaciones de la heterogeneidad del país, desde las diferencias rurales y urbanas (EDER 1998), las desigualdades sociales (EDER 2011) y las diversidades regionales (EDER 2017). La EDER 1998 puso en evidencia las grandes diferencias urbanas y rurales que se cristalizan a partir de la segunda mitad del siglo XX y las desigualdades de género (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005a). Sin embargo, las sociedades urbanas son muy heterogéneas en su composición. Esto se observa con la EDER 2011, realizada en las áreas metropolitanas del país; dejan ver un México socialmente muy fragmentado, donde el origen social tiene un peso particularmente fuerte en las trayectorias de vida de las personas y de sus familias (Coubès, Solís y Zavala, 2016a).

Este libro se centra ahora en los resultados de la EDER 2017, con una muestra representativa a nivel de entidad federativa. Con esta nueva orientación espacial, los autores de los capítulos proponen agrupaciones regionales con base en diferentes criterios locales de índole económica, social y demográfica, lo cual revela las líneas de fractura regionales. En cuanto a las regiones establecidas, se conforman en cada capítulo según los temas abordados: la vida familiar, los mercados de trabajo, la entrada a la vida adulta, la escolaridad, las relaciones de género y las migra-

ciones internas e internacionales.³ De esta manera, los análisis territoriales completan la comprensión de las desigualdades del país y permiten cuestionar el recorte regional según los temas de investigación sin acudir necesariamente a una división regional definida *a priori*.⁴ Los datos permiten analizar al mismo tiempo varias diferencias, como las divisiones entre los mundos rurales y urbanos, las desigualdades sociales y la diversidad regional. Por lo tanto, el libro que presentamos, enriquecido por la experiencia de dos décadas de construcción y análisis de datos longitudinales y biográficos, marca un progreso en el conocimiento de la complejidad de los grupos sociales y territoriales que forman parte de la República mexicana, tan diversa y desigual.

El proyecto de las encuestas EDER en México

El proyecto de las EDER tiene ya una larga historia de más de veinte años,⁵ inscrita en la continuidad de la experiencia de las

³ Cada capítulo presenta un planteamiento regional propio, según los enfoques y métodos utilizados. Se busca analizar las diferentes dimensiones de la diversidad regional en México y su impacto en fenómenos demográficos y socioeconómicos determinados. Por ejemplo, en el capítulo 1, la regionalización está basada en los resultados de un análisis de secuencias, agrupando las entidades federativas a partir de sus diferentes etapas de formación familiar. Esto llevó a distinguir seis regiones: *a)* Muy conservadora, *b)* Conservadora, *c)* Alta fecundidad, *d)* Mixta, *e)* Tolerante, y *f)* Liberal. Las autoras del capítulo 1 nombraron cada una de las seis regiones con su propio criterio, distinguiendo los rasgos más o menos cercanos o alejados de las normas sociales religiosas del punto de vista familiar y reproductivo (como se explica en las páginas 75 y 76). Algunos capítulos completaron la caracterización de esas mismas regiones con otras dimensiones. Varios capítulos adoptaron criterios geográficos (Norte, Sur, Centro, Occidente), o bien según la distancia con la frontera norte de México.

⁴ Por ejemplo, los trabajos de Garza sobre el proceso de urbanización de México (Garza, 2010) y el recorte de la República mexicana en ocho regiones (Noroste, Norte, Noreste, Centro-Oeste, Centro-Este, Sur, Este, Peninsular) constituyen una fuente de inspiración para algunos capítulos de este libro, aunque en muchos capítulos se adoptan otras dimensiones que se ajustan al tema y a la metodología utilizadas.

⁵ Los documentos y la base de datos de las diferentes EDER están disponibles en el sitio de internet: <www.colef.mx/eder>, EDER de 1998 y de 2011.

encuestas biográficas elaboradas en Francia por el INED como las triple-biografía 3B (Courgeau, 2009).

Su historia empezó en 1996, con una primera encuesta piloto: la Encuesta Biográfica de la Frontera Norte, llevada a cabo en Tijuana por El Colef. En 1998, se realizó la primera encuesta biográfica nacional (EDER 1998), inaugurando dos décadas de investigación del proyecto EDER y el levantamiento consecutivo de otras dos encuestas en 2011 y en 2017, basadas en el mismo tipo de metodología de historias de vida retrospectivas (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005a; Coubès, Solís y Zavala, 2016a). Esta serie de encuestas se inscribe en la tradición de las encuestas biográficas realizadas en México a principios de las décadas de 1960 y 1970.⁶

La primera EDER (1998), con una muestra de 3 200 personas de generaciones reveladoras de las evoluciones socioeconómicas y demográficas, era representativa a nivel nacional, urbano (de 15 000 habitantes y más) y rural (menos de 15 000 habitantes). Permitió analizar la diferenciación rural-urbana en tres grandes temáticas: la familia, el mercado laboral y las migraciones. Se observaron las transformaciones de las zonas urbanas, que han reforzado las desigualdades entre los jóvenes y los adultos urbanos y rurales en México, así como las diferencias de género. El nuevo modelo de país, iniciado en la década de 1980, ha sido desde entonces predominantemente urbano.

La segunda EDER (2011) se concentró en estudiar la población de las grandes ciudades, también a partir de una muestra de

Para la EDER 2017, hay dos sitios de internet: el del Inegi y el de El Colegio de México: <<https://www.inegi.org.mx/programas/eder/2017/>> y <<https://cedua.colmex.mx/es/bases-de-datos>>.

⁶ Los antecedentes de las encuestas EDER fueron las dos primeras encuestas biográficas: la Encuesta de Monterrey de 1965 (Balán, Browning, Jelin, 1973) y la de Ciudad de México de 1970 (Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977). Cabe señalar que otras encuestas introdujeron después módulos biográficos genésicos, sin abarcar como las EDER el conjunto de las historias de vida: Encuesta Mexicana de Fecundidad (EMF) 1976-1977; Encuesta Nacional Demográfica (END) 1982; Encuesta Nacional de Fecundidad y Salud (Enfes) 1987; Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 1992 a 2018.

3 200 personas.⁷ Además de las historias de vida, se introdujo la medición del origen social con preguntas sobre la escolaridad y la vida laboral del padre y de la madre, en relación con la situación socioeconómica en la infancia de la persona entrevistada. Esas preguntas sobre los antecedentes⁸ del padre y de la madre dieron lugar a la creación de un Índice de Origen Social (IOS) que mostró su relevancia para medir las desigualdades sociales en las historias de vida.⁹ El análisis biográfico permitió relacionar las transformaciones de las historias de vida individuales, de los varones y de las mujeres, con las de la sociedad y de la economía. En México, durante las dos primeras décadas del siglo XXI, algunas evoluciones sociodemográficas de largo plazo siguen extendiéndose, como la escolaridad de las niñas, la incorporación de las mujeres al mercado laboral, la reducción del tamaño de las descendencias y las desigualdades pronunciadas entre los individuos y las familias a lo largo de la escala social y territorial.

La tercera EDER (2017), cuyos resultados presentamos en este libro, permite a su vez estudiar las historias de vida de los hombres y de las mujeres con un enfoque territorial de las dinámicas sociodemográficas contemporáneas de México. La muestra de 33 021 viviendas proporciona 23 831 historias de vida de la población, ya no de cohortes específicas, sino del conjunto de hombres y de mujeres entrevistados nacidos entre 1962 y 1997.¹⁰ Así, la EDER 2017 abarca personas de edades entre los 20 y 54 años de edad, lo que permite integrar hombres y mujeres recientemente adultos, que vi-

⁷ Las cohortes estudiadas en la EDER 1998 eran las generaciones 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968, mientras que en la EDER 2011 las generaciones 1936-1938 salieron de la muestra y entró una nueva cohorte de nacidos en 1978-1980.

⁸ Esas preguntas se registraron en la base “Antecedentes” de las EDER de 2011 y 2017.

⁹ El IOS “mide en una escala centílica la posición socioeconómica relativa de cada persona con respecto a los miembros de su cohorte de nacimiento, y es un indicador bastante robusto de la ubicación de las familias de origen en la estratificación social” (Coubès, Solís y Zavala, 2016b: 30). Este índice fue nuevamente elaborado en la base de datos “Hoja de Vida” de la EDER 2017.

¹⁰ En este libro usamos los términos *cohorte de nacimiento* y *generación* de forma indistinta, considerando que la generación es una cohorte de nacimiento.

vieron en los últimos años las transformaciones observadas en las trayectorias educativas y en el acceso más amplio a los estudios de niveles medios superiores. Dado el importante tamaño de la muestra, la EDER 2017 favorece comparar las mismas cohortes de nacimiento encuestadas en 1998 y 2011, y ofrece la posibilidad de elaborar grupos de generaciones distintas.

LAS INNOVACIONES DE LA EDER 2017

La EDER 2017 es un módulo de la Encuesta Nacional de los Hogares (ENH) de 2017, levantada en los dos últimos semestres del año: del 3 de julio al 31 de diciembre.¹¹ La EDER 2017 tiene una representatividad a nivel de entidad federativa.¹² Por lo tanto, se pueden analizar con un enfoque regional las evoluciones de los comportamientos sociodemográficos en las cinco últimas décadas. La posibilidad de cuestionar estas transformaciones en los territorios mexicanos, a diferentes escalas geográficas, estatales, subregionales o regionales, es un gran aporte para revelar las diversidades sociales y territoriales que determinan los cursos de vida de las generaciones.

En la historia de las encuestas biográficas EDER, la encuesta de 2017 incluyó varias grandes innovaciones, tanto en el diseño conceptual, en el diseño muestral, como en el operativo de campo. *La primera innovación* corresponde al tamaño de la muestra que fue multiplicado por diez: 33 021 viviendas fueron seleccionados a partir de la ENH 2017, con un desglose geográfico a nivel de entidad federativa. El esquema de muestreo probabilístico, trietápico, estratificado y por conglomerados permite tener una representatividad tanto a nivel nacional como a nivel de estado,¹³

¹¹ La muestra de la ENH 2017 fue elaborada con base en el marco muestra nacional de viviendas 2012 del Inegi, a partir de la información cartográfica y demográfica obtenida durante el Censo de Población y Vivienda 2010.

¹² Con aproximadamente mil viviendas por entidad federativa de manera inicial.

¹³ La unidad de observación es el hogar (Inegi, 2018a). Para más detalles a nivel de entidad federativa, consultar el Informe operativo en el sitio de inter-

y así ofrecer análisis de las trayectorias de vida a ese nivel de granularidad. Si estos resultados muestran dinámicas sociodemográficas diferentes según las entidades federativas, no se debe olvidar que aquellas situaciones observadas en 2017 caracterizan trayectorias biográficas inscritas en periodos históricos distintos y en espacios geográficos que pueden cambiar a lo largo de la historia de vida de los individuos.

En la continuidad de las encuestas EDER anteriores (1998 y 2011), debido a las especificaciones en el diseño muestral, los factores de ponderación fueron elaborados por el Inegi, lo que permitió a su vez corregir la tasa de no respuesta, además de ofrecer una representatividad nacional y por estado de la población encuestada en 2017. Si el uso de ponderadores para buscar la representatividad nacional en encuestas realizadas de manera transversal y caracterizar a la población en aquella fecha de levantamiento es la regla, la cuestión del uso de la ponderación en las encuestas biográficas como lo son las EDER, sigue siendo objeto de un gran debate (Meron y Widmer, 2002; Coubès, Zavala y Zenteno, 2005b).

Efectivamente, el carácter no proporcional e informativo del diseño de las EDER obliga a tomar muchas precauciones (Hoem, 1985). Para el análisis de las características de la población o de los eventos de sus historias de vida (proporción de eventos a una edad definida, número ocurrido de eventos, distribución de trayectorias observadas al momento de la encuesta, etcétera), se pueden utilizar ponderadores, considerando los resultados como consecuencias de las historias de vida de la población observada al momento de la encuesta.¹⁴ Sin embargo, al momento de analizar los datos con un enfoque retrospectivo y biográfico, el uso de

net de Inegi. En un principio, cada entidad federativa contó con una muestra de mil viviendas, y la tasa de respuesta compuesta fue de 86.1% a nivel nacional, entre 96.1% en Tabasco y 76.1% en Baja California (2018a: 25-28). Consúltense <<https://www.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825103613>> (verificado el 7 de enero de 2022).

¹⁴ Aunque no se especifica en todos los artículos, los tratamientos descriptivos sobre las características de los individuos o de sus trayectorias en 2017 fueron realizados con uso de los ponderadores, con excepción del capítulo 14.

ponderadores presenta dificultades. Si bien muestra el interés de precisar los valores de los indicadores calculados, tiene el problema de aplicar a años-personas anteriores un diseño muestral representativo de la población al momento de la encuesta y no en el pasado. Por esa razón, Courgeau y Lelièvre (2001) recomiendan no usar ponderadores, especialmente en los análisis de duración, como en las estimaciones Kaplan Meier o actuarial, o en los modelos multivariados. En este tipo de análisis, Nico Keilman viene a matizar esta postura. Mediante trabajos empíricos, su contribución mostró resultados muy similares entre el uso o no uso de ponderadores en modelos multivariados de duración, siempre y cuando se integren como variables de control aquellas variables que entraron en la elaboración del diseño muestral (Keilman, 1995). En el caso de la EDER 2017, son cuatro dimensiones: la población de 20 a 54 años de edad, la entidad federativa, el estrato geográfico (urbano y rural) y el estrato socioeconómico. Por ello, en los modelos multivariados de duración se recomienda siempre introducir estas variables al momento de analizar la EDER 2017 y en caso de ponderar, usar los ponderadores normalizados.¹⁵

La segunda innovación es que el registro de las respuestas en campo se hizo en formato electrónico, con un dispositivo móvil Meebox Classmate. En las EDER 1998 y 2011, el levantamiento de la información fue hecho con cuestionarios en papel, donde las columnas reportaban cada evento de las trayectorias y las líneas correspondían a las edades y a los años de ocurrencia. Las personas encuestadas y los encuestadores podían relacionar la ubicación en el tiempo de los eventos biográficos entre sí, gracias al formato gráfico del cuestionario. Si la calidad de esta herramienta de cuestionario en papel fue comprobada en las EDER 1998 y 2011, el cambio hacia una captación numérica en 2017 no parece haber llevado a problemas de consistencia.¹⁶ Para estimar si hubo

¹⁵ En algunos capítulos del libro, cuyo tratamiento estadístico fue realizado con Stata, se usó la función *svy* con el fin de incorporar el diseño muestral en los ajustes.

¹⁶ En algunas historias de vida, hay un año de diferencia entre el registro de un cambio biográfico y otro evento relacionado, por ejemplo, un cambio de

o no sesgos en los resultados, se realizó un ejercicio con los datos de fecundidad, ya que el cambio “en conjunto o por separado podría haber generado algún tipo de sesgo en las estimaciones” (capítulo 1: 58). El ejercicio fue el de comparar varios indicadores de fecundidad en los grupos de generaciones 1966-1968, con base en las EDER 2011 y 2017. El resultado de este ejercicio de consistencia es contundente, ya que los resultados sobre el patrón de fecundidad nacional informado por ambos levantamientos son muy similares (capítulo 1: 58-61). Por lo tanto, el riesgo de errores en las declaraciones de los momentos de ocurrencia de los eventos parece limitado y ofrece datos precisos.¹⁷

EL LEVANTAMIENTO DE LAS HISTORIAS DE VIDA

El trabajo de campo y su supervisión fueron realizados por Inegi. En un primer momento se aplicó el cuestionario de la ENH 2017 en los hogares seleccionados. Después, en cada hogar, se seleccionó de manera aleatoria a las personas entrevistadas, nacidas entre 1962 y 1997, con edades de 20 a 54 años cumplidos y de ambos sexos. A esa persona, sin reemplazo posible, se aplicó el cuestionario de la EDER y se recogió su historia de vida.

La muestra efectiva fue de 33 021 viviendas seleccionadas, dentro de las cuales, según reporta el Informe operativo (Inegi, 2018b: 26), los encuestadores identificaron 447 hogares adicionales, por lo que la muestra total es de 33 468 hogares (Inegi, 2018b: 24). Se logró respuesta completa en 28 824 hogares visitados (86.1%) y no se logró en 4 644 (13.9%). Al final, 23 831 personas (cuadro I.1) cuentan con entrevistas completas de la EDER (Inegi,

residencia y un cambio de trabajo. Hubo que corregir esas historias de vida, pero son pocos errores y detectables. El error proviene de que cada historia específica se registró independientemente de las demás, lo que no ocurría con el cuestionario en papel, donde estaban a la vista de la persona encuestada y del encuestador, evitando así los desfases en el tiempo (año o edad).

¹⁷ Los controles de coherencia fueron integrados al momento del levantamiento y se hicieron verificaciones *a posteriori* por Inegi y por el CEDUA sobre la base de datos elaborada.

2018a). Separando las respuestas de la ENH y de la EDER, el cuadro I.1 muestra los resultados del levantamiento de la ENH y de la EDER en los dos trimestres de julio a diciembre de 2017.

Cuadro I.1. Resultados del levantamiento de la ENH y de la EDER

<i>Situación</i>	<i>Hogares</i>	<i>Porcentaje</i>
Muestra total	33 468	100.0
Con información en el cuestionario básico (ENH) y la EDER	23 831	71.2
Con información sólo en el cuestionario básico (ENH) porque no había en la vivienda ningún residente de 20 a 54 años de edad para la EDER	4 993	14.9
Con información incompleta porque sólo contestaron el cuestionario básico (ENH) y no la EDER	998	3.0
Sin información de cuestionario básico ENH ni EDER	3 646	10.9

Fuente: Inegi (2018b: 26).

El porcentaje según el sexo de la muestra es representativo de la población según el censo de 2010: 45% de hombres y 55% de mujeres a nivel nacional. Esos porcentajes varían según las generaciones y las etapas de las trayectorias de vida, que representan la forma habitual de mostrar los resultados de las encuestas biográficas.

Debido a las diversas circunstancias de inseguridad, climáticas, imprevistos técnicos o necesidades operativas que pudieran impedir el levantamiento de la información a 100% en el equipo móvil, se consideró la posibilidad de aplicar la encuesta en cuestionario impreso y posteriormente a la entrevista capturarla en la Meebox. Del total de cuestionarios aplicados sólo 4.2% requirió ser aplicado en cuestionario impreso (Inegi, 2018b: 17). El sismo del 19 de septiembre de 2017 perjudicó el levantamiento de la ENH y de la EDER en la zona metropolitana de la Ciudad de México, Oaxaca, Chiapas, Puebla y Morelos (Inegi, 2018b: 30).

En el proyecto de las EDER, las historias de vida se levantaron siempre, como fue mencionado anteriormente, con un cuestionario matricial, que ha funcionado muy bien desde la EDER 1998 (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005a) y la EDER 2011 (Coubès, Solís y Zavala, 2016a). El cuestionario aborda cada historia de vida de la persona entrevistada, tema por tema, columna por columna; en las líneas aparecen los años y las edades, año por año, a partir del nacimiento hasta la fecha de la encuesta. En las primeras etapas de elaboración de la EDER 2017, el equipo de investigación elaboró el cuestionario biográfico según el mismo protocolo, en formato matricial impreso.¹⁸ Tiene la misma estructura y su contenido es parecido al de las EDER 2011 y 1998, con preguntas a lo largo de toda la vida, año por año, edad por edad, sobre los mismos temas que en las EDER anteriores.¹⁹ Se basa en una misma definición temporal de los eventos biográficos: la ocurrencia de un cambio con una duración de por lo menos un año.²⁰

Por ejemplo, se recopila el conjunto de los eventos migratorios de la historia de vida de los individuos a través de preguntas que reportan la edad o el año del traslado de los cambios de lugares de residencia, seguidos por una estancia de por lo menos un año en el nuevo lugar, con tres niveles de granularidad: desde

¹⁸ El cuestionario se encuentra en: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/eder/2017/doc/eder2017_cuestionario.pdf>.

¹⁹ Se añadieron nuevas preguntas, sobre temas como la salida del hogar familiar o sobre discapacidad. Sin embargo, la gran mayoría de las preguntas y de las variables de las EDER 1998 y 2011 se conservaron.

²⁰ Se presentan dos excepciones a esta regla en la captación de los eventos biográficos. La primera corresponde a la recopilación de los eventos familiares de entradas en unión y de los nacimientos de los hijos. En este caso, la noción de duración no entra en consideración para captar a la vez todas las uniones, tanto de larga duración como inferior al año, dado que estas últimas pueden representar momentos claves de la historia familiar y genésica, y también todos los nacimientos, que los hijos sigan viviendo o no durante el primer año, porque estos últimos forman parte de la historia reproductiva de las mujeres y de los hombres. La segunda se refiere a los módulos 12 y 13 que se introdujeron en el cuestionario de la EDER 2017 sobre eventos temporales. Las preguntas permiten recoger los eventos migratorios y laborales de duraciones inferiores al año, cuyas ocurrencias pueden ser eventos importantes en las trayectorias migratorias y laborales de las personas encuestadas.

el más grande, otro país o un estado de la República mexicana, al intermedio que es el municipio, y al más pequeño que es la localidad. A modo de ilustración, las preguntas de la trayectoria migratoria del cuestionario vienen así:

Además del lugar donde vivía cuando nació, ¿ha vivido al menos un año en forma continua en otras localidades, poblados o ciudades? ¿Podría decirme todos los (estados o países, municipios o localidades) donde haya vivido después de (localidad de nacimiento) por lo menos un año en forma continua, y la edad que usted tenía en el año cuando llegó a estos lugares?²¹

Por medio de los códigos nacionales del catálogo de clasificación de entidades, municipios y países, la identificación de los municipios de residencia ofrece la posibilidad de ubicar, a cada momento de la historia de vida de los individuos, los lugares de localización con una precisión a nivel municipal. Representa sin duda un interés mayor en el análisis de las dinámicas territoriales de los comportamientos demográficos, que sitúa la EDER 2017 dentro de las fuentes novedosas. En el capítulo 13 de este libro se analiza las circulaciones migratorias en México a través de las historias de vida y destaca los modelos migratorios regionales como una ilustración del interés del uso de sistemas de información geográfica.

Disponemos además de información sobre el tamaño de las localidades en cada año observado. Ya presente en las EDER anteriores, esa variable de contextualización fue elaborada a partir de un trabajo en común entre el Inegi y el equipo de investigadores de la encuesta del CEDUA, con la colaboración del INED.²² Permite

²¹ En la EDER 2017 se aportaron algunas modificaciones menores en varias preguntas para mejorar la calidad de la información levantada, sin que estos ajustes constituyan obstáculos importantes a la comparabilidad con las encuestas EDER anteriores.

²² Por razones de confidencialidad, Inegi no proporcionó el nombre de la localidad en la base de datos de la EDER 2017, pero sí proporcionó el tamaño de las localidades a partir de los datos censales y de los conteos de población desde 1960. France Guérin-Pace, Arnaud Bringé y Steaven Lam,

caracterizar el ámbito rural, urbano o metropolitano de los contextos de vida de los individuos, en los cuales surgen los eventos biográficos que jalonan sus historias de vida.²³

El levantamiento electrónico en 2017

En 2017, como se mencionó previamente, la matriz del cuestionario en papel fue aplicada por medios electrónicos (Meebox Classmate) a 95.8% de las personas entrevistadas, para captar las trayectorias personales a lo largo de la vida (Inegi, 2018b: 17). El personal de campo, entrenado en el uso de la Meebox, apreció su facilidad para el manejo del cuestionario de la EDER, que es muy diferente de las encuestas habituales. Sin embargo, esta herramienta no permite visualizar fácilmente durante el levantamiento la relación existente entre los años o edades comunes a distintos eventos de la historia de vida que se producen al mismo tiempo. Una consecuencia de este método de levantamiento, para los análisis de las interacciones entre los fenómenos, es la necesidad de revisar la coherencia entre las distintas trayectorias biográficas. En algunos capítulos se analizaron diferentes eventos en los mismos años y las edades de las historias de vida, y los resultados muestran consistencia, lo que lleva a considerar satisfactoria la calidad de los datos. Por lo tanto, el uso de la Meebox no causó mayores sesgos en la calidad de los datos.

En cada variable se identificaron los años y las edades de inicio y de fin de los *eventos*, que son los sucesos que ocurren en un año preciso, tal como el cambio de lugar de residencia, dejar de residir en casa de los padres, la entrada en unión, el nacimiento

del INED, reconstruyeron una variable de tamaño de localidad, que caracteriza año por año todos los lugares de residencia presentes en las historias residenciales de la EDER. El capítulo 12 de este libro aporta más información sobre ese trabajo.

²³ La variable de tamaño de localidad, cambiante con el tiempo, distingue los lugares de residencia según el recorte siguiente: menos de 2 500 habitantes, de 2 500 a 14 999 habitantes, de 15 000 a 99 999 habitantes y 100 000 habitantes y más.

de un hijo, entrar a un nuevo trabajo, etcétera. Se capta la duración entre dos eventos, que es el *estado*, como estar residiendo en una localidad, estar estudiando, estar trabajando, ser unido, ser madre, etcétera (Inegi, 2018b). El calendario común del cuestionario relaciona las informaciones biográficas de la persona entrevistada, pero también con padres, madres, hermanas y hermanos y otros parientes de la familia de origen; cónyuges y otros miembros de la familia política; y con hijas e hijos. Hay que señalar que se usa un mismo identificador para las personas observadas, tanto en la ENH como en la EDER. Por ello, se pueden relacionar las variables de las dos encuestas, como por ejemplo las características del hogar de residencia en la fecha de la encuesta, por lo que algunos autores unieron las variables de las dos bases (ENH y la base Historia de Vida de la EDER).

PRESENTACIÓN DE LOS CAPÍTULOOS DEL LIBRO

La odisea de las generaciones en México: de las historias de vida a los territorios incluye dos partes y 14 capítulos de autores provenientes de diferentes instituciones académicas en México, Francia y Estados Unidos. El mayor interés de este libro es ofrecer una mirada novedosa del análisis de las historias de vida en México, abordando la diversidad de las trayectorias de los hombres, de las mujeres y de las clases sociales a través del componente espacial. Esta dimensión geográfica está planteada en los capítulos de diferentes maneras, según tres grandes enfoques analíticos.

El primer enfoque ofrece una reflexión sobre la relevancia de este componente para estudiar las dinámicas sociodemográficas en México. ¿Cómo, a partir de los datos de localización geográfica y de caracterización de los lugares de residencia a lo largo de la vida, se puede destacar y comprender la adscripción espacial de las dinámicas sociodemográficas regionales en México? A manera de ilustración, las circulaciones migratorias y los espacios de anclaje permiten plantear el análisis de las dinámicas sociales, económicas y demográficas según una perspectiva regional (capítulos 12 y 13).

El segundo enfoque se centra específicamente en la existencia de patrones regionales. Es el caso de los capítulos que estudian las dinámicas reproductivas (capítulo 1) o la transición a la vida adulta (capítulo 7). Otros capítulos ponen en relieve espacios regionales particulares: contextos localizados de violencia para el estudio de la migración forzada (capítulo 14), zonas metropolitanas como la de la Ciudad de México para el análisis de la entrada a la vida reproductiva (capítulo 3), o espacios con características culturales y religiosas específicas en las dinámicas familiares de las zonas indígenas (capítulo 4). Con un enfoque similar, algunos capítulos revelan patrones regionales de trayectorias laborales o de trabajo informal y no remunerado (capítulos 10 y 11).

Finalmente, el tercer enfoque permite abordar temas como el retorno a la escuela (capítulo 8), las vidas sexuales y conyugales (capítulo 2) o la fecundidad adolescente (capítulo 5) integrando las desigualdades sociales, las diferencias de género y las especificidades generacionales con la dimensión territorial. El uso de estas variables de localización permite señalar la importancia de los contextos, como en el caso del trabajo de cuidados familiares (capítulo 6) o del ingreso al mercado laboral (capítulo 9).

La riqueza de los datos de la EDER 2017 y la representatividad a nivel estatal ofrecen nuevas perspectivas de análisis de las historias de vida en México. Los 14 capítulos de este libro proporcionan también una mirada de diferentes métodos estadísticos y cartográficos que se pueden utilizar con datos biográficos retrospectivos: análisis de trayectorias geográficas, métodos cartográficos a partir de sistemas de información geográfica, análisis de los cursos de vida, técnicas de tabla de vida, modelos de regresión logística de tiempo discreto, modelos de riesgos en competencia y análisis de secuencias.

La primera parte del libro, bajo el título “Trayectorias familiares y reproductivas”, reúne seis capítulos con temas sobre la formación familiar, los patrones reproductivos en diferentes etapas de la vida (durante las edades reproductivas entre 15 y 50 años, o bien centrándose en la adolescencia, en la juventud o después de los 30 años de edad), la familia y la fecundidad de la población indígena y el trabajo de cuidados en los diferentes tipos de hoga-

res. La segunda parte del libro se titula “Trayectorias educativas, laborales y territoriales” y reúne ocho capítulos. Se interesa por la entrada a la vida adulta, a los logros educativos y ocupacionales, al primer ingreso al mercado laboral según el sexo, a la informalidad laboral, al trabajo no remunerado en México, a la movilidad ocupacional, a las trayectorias migratorias, a la historia de los modelos migratorios regionales, así como a la relación entre la migración, la violencia y el crimen organizado.

Trayectorias familiares y reproductivas

Las autoras del capítulo 1, “Patrones de formación familiar y reproductivos en las distintas regiones de México”, son Olinca Páez y María Eugenia Zavala. Este primer capítulo amplía resultados anteriores de la historia de la fecundidad en México y también propone nuevas miradas. Se analizan las tendencias más recientes de las trayectorias reproductivas en el país, según el sexo, las cohortes de nacimiento, el estado conyugal, el orden de nacimiento, las desigualdades educativas, el origen social y las dimensiones regionales. La EDER 2017 permite identificar patrones regionales que se construyen con las diferentes trayectorias reproductivas y que consideran la diversidad según las cohortes de nacimiento (generaciones) con respecto al tamaño de las familias, al nivel educativo y al origen social.

En un inicio, se compara la fecundidad de las generaciones 1966-1968, usando los resultados de dos encuestas EDER: 2011 y 2017, cuando ese grupo de generaciones femeninas fue entrevistado. La consistencia entre esas dos EDER se verifica a partir de un conjunto de indicadores de la intensidad y del calendario de la fecundidad, que muestran que los resultados son muy similares, lo cual prueba la congruencia de los datos de las dos encuestas.

Se presenta después el ritmo diferenciado de la transición reproductiva en México, según el sexo, la experiencia conyugal, el nivel educativo, el origen social y las trayectorias femeninas de formación familiar de cada entidad, lo que permite agrupar las

que presentan semejanzas y formar regiones con el método de análisis de secuencias. Se confirma que el modelo de transición reproductiva del país es polarizado social y territorialmente.

Por ejemplo, en la región denominada Liberal (Ciudad de México, Morelos, Sonora, Quintana Roo) se observan las menores descendencias finales y cierto retraso en los calendarios de la vida reproductiva. En el extremo opuesto, la región de Alta fecundidad (Chiapas, Michoacán, Oaxaca) conserva descendencias elevadas por el menor uso de anticonceptivos. Mientras que la región Muy conservadora (Aguascalientes, Campeche, Guajuato, Yucatán y Zacatecas) se conforma al modelo reproductivo tradicional, con matrimonios civiles y religiosos y alcanza tamaños de familia grandes (de 4 y 5 hijos/as). Los diferentes patrones regionales de formación familiar en México representan la diversidad de las dinámicas reproductivas, de los modelos matrimoniales, de los arreglos familiares y de los sistemas de género.

Fabiola Pérez Baleón presenta el capítulo 2 titulado “Vida sexual y conyugal: su relación con el embarazo durante la adolescencia y juventud de mujeres y hombres en México”. Este capítulo está centrado en hombres y mujeres de tres cohortes de nacimiento (1963-1967, 1968-1977 y 1978-1980). Se dividen según la edad al primer nacimiento: antes de los 20 años de edad (embarazo en la adolescencia) y entre los 20 y 29 años (embarazo juvenil). Se distinguen cinco trayectorias de vida, año por año: la primera relación sexual, la primera unión conyugal, el nacimiento del primer hijo/a, el nacimiento del segundo hijo/a y la primera disolución conyugal. Se apreció una concentración de embarazos en la adolescencia para los dos sexos en las regiones Centro y Sur-sureste, mientras las regiones de la Frontera Norte, Occidente y Norte registran proporciones menores.

En cuanto a las transiciones sexuales y reproductivas, las personas de ambos sexos con un calendario temprano cuentan con menores recursos económicos, culturales y educativos, en comparación con los de mayores recursos que aplazan esas etapas de la vida reproductiva y familiar. Además, las generaciones más jóvenes se divorcian y se separan más que las anteriores. Este capítulo presenta resultados muy detallados y novedosos sobre la articu-

lación entre la vida reproductiva y las características sociales, territoriales y educativas. Es un aporte muy significativo para las políticas públicas en cuanto a las preocupaciones por los niveles relativamente elevados de la fecundidad adolescente.

Mariana Lugo, Fabiola Pérez Baleón y Ángeles Sánchez Bringas son las autoras del capítulo 3: “Cruzar el umbral reproductivo: mujeres mexicanas con un primer nacimiento a partir de los 30 años de edad”. En este capítulo se busca comparar, según sus diferencias sociales y regionales, a las mujeres mexicanas nacidas entre 1962-1967 y 1968-1977, según la edad al primer hijo/a, antes y después de los 30 años, y mujeres sin descendencia al final de su vida reproductiva. Son pocas las mujeres con un primer nacimiento después de los 30 años o sin ningún nacimiento, pero su proporción aumenta de 9 a 12% y de 6 a 8% entre los dos grupos de generaciones, lo que representa un comportamiento emergente de retraso del inicio de la vida sexual y reproductiva. Entre las mujeres que posponen el primer nacimiento después de los 30 años, destacan de manera predominante las que residen en la Ciudad de México y en la región Liberal (con una mujer entre cada cinco aproximadamente), las mujeres unidas con alta escolaridad y que trabajan en actividades extrafamiliares.

Las mujeres sin descendencia al final de su vida reproductiva reúnen dos grupos de mujeres muy diferentes: por una parte, las mujeres con un bajo origen social y escolar, que a los 30 años son solteras y residen en el hogar familiar; por otra parte, las mujeres con altos niveles sociales y educativos, que trabajan y retrasan su edad de entrada en unión. Sería interesante analizar conjuntamente las trayectorias matrimoniales con las trayectorias de trabajo doméstico y de cuidado para observar las actividades de las mujeres que a los 30 años siguen viviendo en casa de sus padres y que no tienen ni pareja ni hijos/as.

En síntesis, este estudio permite confirmar la predominancia de las pautas tradicionales en el patrón temprano de entrada a la vida sexual, matrimonial y reproductiva, junto con la tímida emergencia de un retraso en esas trayectorias por parte de las generaciones recientes, de los sectores sociales altos y en algunas regiones como la de la Ciudad de México y sus alrededores.

El título del capítulo 4, presentado por Germán Vázquez Sandrin, es “Curso de vida de la familia indígena en México”. La población indígena fue estimada con los datos de la base “Antecedentes” de la EDER 2017, donde se observa si la persona entrevistada es indígena. La definición de esta pertenencia tiene varias dimensiones: si pertenece a un pueblo indígena o habla una lengua indígena, o si su padre o su madre habla una lengua indígena. El autor plantea una perspectiva de largo plazo para estudiar a la familia indígena bajo la perspectiva de los arreglos familiares a lo largo del tiempo, hasta la fecha de la encuesta (2017). Se comparan varios tipos de familias, contrastando a las que viven en la región mesoamericana con otras que residen fuera de esa región, o que no son indígenas. Mesoamérica es una región que se compone por 22 regiones indígenas, con un total de 280 municipios.

Se aprovecharon los datos de la EDER sobre la coresidencia entre parientes para construir diferentes tipologías de arreglos familiares de manera muy original. Primero se definieron varios tipos de grupos domésticos: Nuclear Neolocal, Extenso Patrilocal, Extenso Matrilocal, Extenso Otro, Unipersonal, Sin núcleo, Biparental y Monoparental. Además, se tomaron en cuenta los años vividos durante cada forma de arreglo familiar, año por año, en edades determinadas y según el sexo, las cohortes de nacimiento, la condición indígena y las regiones (Mesoamérica o no).

Entre los principales resultados, se observa un aumento en la proporción de grupos extensos matrilocales y un descenso de los nucleares en distintas escalas territoriales. Las etapas en las que dominan las familias extensas son formas de transición, con duraciones más cortas que los grupos domésticos nucleares, biparentales, que son más representados y de más larga duración. Finalmente, la familia indígena mesoamericana en la época contemporánea se distingue de los demás grupos poblacionales por marcar una alta representación del grupo doméstico extenso patrilocal. Estos resultados permitirán contribuir a la discusión vigente en México y América Latina sobre las especificidades de los grupos domésticos de las poblaciones indígenas a lo largo de la historia hasta la época contemporánea.

Siguiendo con la población indígena definida en el capítulo 4, Alicia Elena Rodríguez Blanco presenta el capítulo 5: “Fecundidad de las adolescentes indígenas mexicanas: ¿cuestión de agencia?” Este capítulo compara las variables determinantes de la fecundidad de las jóvenes indígenas de 15 a 19 años con las que postergan el nacimiento de su primer hijo/a a partir de los 20 años de edad. Se plantea la hipótesis de que la explicación de las diferencias en las variables intermedias de fecundidad se relaciona con la libertad de agencia. Las jóvenes indígenas en la EDER se definen como un grupo que residen en 25 regiones indígenas a nivel nacional (Vázquez, 2019).

El enfoque metodológico se basó en dos herramientas. Por una parte, en la construcción de un índice de libertad de agencia para las jóvenes indígenas, que se relaciona con las 25 regiones indígenas. Se aplicó el mismo índice a mujeres no indígenas para comparar las dos subpoblaciones de adolescentes. Por otra parte, la educación y el empleo remunerado se definieron como los determinantes fundamentales de la libertad de agencia.

En las regiones indígenas, la mayoría de las mujeres registran índices de libertad de agencia con valores bajos. Destaca la poca variación entre jóvenes indígenas y no indígenas, siendo las condiciones económicas y sociales las que impactan a esas mujeres y no las diferencias étnicas. Además, el retraso en la edad al nacimiento del primer hijo/a está relacionado con la coresidencia prolongada en el hogar de los padres y el retraso del inicio de la vida sexual y matrimonial. De manera específica para las mujeres indígenas jóvenes, el ingreso al mercado laboral indica una gran vulnerabilidad económica, que obliga a las adolescentes a salir de casa para buscar un empleo, postergar su unión y, por lo tanto, el inicio de la fecundidad. La libertad de agencia (emancipación, escolaridad, trabajo remunerado) se observa entonces como un camino diferente al de la mayoría de las jóvenes no indígenas, ya que está fuertemente vinculado con su familia de origen, en particular con su madre, y como una respuesta para luchar contra la precariedad de sus condiciones de vida, al retrasar la entrada en unión y el nacimiento del primer hijo/a.

Para finalizar esta primera parte del libro, se presenta el capítulo 6 de Rosa Elvira Cedillo Villar y Yuliana Gabriela Román Sánchez titulado “Dinámica de los cuidados según tipo de hogar en México: análisis longitudinal de tres cohortes”. Las autoras se basan en dos nuevas preguntas de la EDER 2017: ¿alguna vez se ha dedicado por lo menos un año al trabajo doméstico o de cuidados para su familia sin recibir remuneración? y ¿en qué año o qué edad tenía cuando inició su (primer/siguiente) periodo de trabajo doméstico o de cuidado? Se definen las tareas y el tipo de cuidado para determinar si el cuidado es indirecto o directo. El trabajo de cuidados indirecto está vinculado al cuidado de la vivienda y del hogar, en tanto que el trabajo directo ofrece cuidados a los familiares en situación de dependencia.

Un resultado significativo es que el trabajo de cuidado indirecto (trabajo doméstico) es más probablemente compartido, en cambio la mayoría de las veces el trabajo de cuidados directo, hacia niños menores de 6 años, adultos mayores y/o enfermos, es un trabajo no compartido. En cuanto al trabajo de cuidados exclusivo, las mujeres lo realizan cuatro veces más que los hombres, la cohorte joven lo realiza menos, se concentra en las regiones Mixta y de Alta fecundidad, y en las ciudades de 100 000 habitantes y más.

Este capítulo aporta resultados muy novedosos y originales, al considerar por primera vez datos longitudinales sobre el trabajo no remunerado, doméstico y de cuidados, que completan los estudios sobre ese tema, a la vez invisible y, sin embargo, esencial y muy presente. Destaca el papel de las mujeres, de los arreglos familiares, de la cohorte de nacimiento, del origen social, de la distribución regional, del tamaño de la localidad y de la condición laboral.

Trayectorias educativas, laborales y territoriales

El capítulo 7, el primero de la segunda parte del libro, de Mario Martínez Salgado, se titula “Tiempo, espacio y origen social: variaciones en el tránsito a la vida adulta en México”. El autor se

interesa en la entrada a la vida adulta, según las diferencias por sexo, cohorte de nacimiento (1962-1969, 1970-1979, 1980-1989, 1990-1993), ios y región de socialización. Con base en los índices de entropía, que evalúan las desigualdades y los cambios en las etapas iniciales del curso de vida de las mujeres y de los varones, el autor mide cinco eventos de transiciones: salida de la escuela, inicio del trabajo, emancipación, primera unión y primer hijo/a. A partir de los 15 años, la mayor contribución de los hombres a la entropía proviene de la actividad laboral, y la de las mujeres procede de los eventos familiares (unión y maternidad). Sin embargo, la cohorte femenina más joven registra la influencia de la prolongación del tiempo en que siguen estudiando.

Se encuentran diferencias regionales significativas en algunas etapas de la transición a la vida adulta por sexo. Los varones de la región Sur asisten menos a la escuela en edades tempranas que en la región Norte, donde el trabajo durante la infancia es menos frecuente. En la región Sur y en la Península de Yucatán, la emancipación contribuye notablemente a la entropía a partir de los 20 años. En ambos sexos, las trayectorias en la juventud se han diversificado, sobre todo al considerar el contexto de socialización (origen social y región de socialización). Se distinguen en un extremo los sectores bajos de la región Sur (Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Veracruz) y en el otro extremo los estratos sociales altos del Norte (Baja California, Baja California Sur, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Sinaloa y Durango). Las transiciones a la adultez son menos diversas y más tempranas en la categoría social baja de la región Sur, lo que señala un comportamiento tradicional. En cambio, en la categoría social alta de la región Norte, las transiciones a la adultez son más diversas y más tardías, con un comportamiento que ha evolucionado hacia la modernidad. Este capítulo es muy estimulante por utilizar los índices de entropía para analizar conjuntamente varias dimensiones demográficas y regionales.

En el capítulo 8, “Origen familiar, retorno a la escuela y logros educativos y ocupacionales”, de David P. Lindstrom y Anairis Hernández Jabalera, se analiza el retorno a la escuela y el logro educativo y ocupacional. El capítulo se enfoca, a partir de las

perspectivas de las contingencias económicas y de las desventajas y ventajas acumulativas, en la influencia de los recursos familiares, medidos por el origen social y la asistencia preescolar, en función del origen social y del contexto regional. Se estima el impacto de las condiciones laborales, familiares y de migración sobre el retorno a la escuela en cada año-persona de la muestra, distinguiendo a los varones y a las mujeres.

En México, en años recientes, la expansión de la educación media y superior, así como la reducción de la brecha de género en la escolaridad, son notables. Las probabilidades de retorno escolar son significativamente mayores para la región Centro y Norte-Occidente respecto a la región Sur, y aparecen como una estrategia más frecuente en los orígenes sociales altos. Los resultados de este capítulo indican que las mujeres con educación postsecundaria y económicamente activas que regresan a la escuela están positivamente seleccionadas y registran éxitos ocupacionales, ya que la escolaridad de regreso les permite combinar sus roles de estudiantes con sus roles familiares (unión y nacimientos).

En el capítulo 9, titulado “Transiciones desiguales: análisis del primer ingreso al mercado laboral en México”, Virginia Lorenzo Holm analiza la entrada al mercado laboral antes de los 30 años, con un empleo de más de un año o de menos de un año (trabajo temporal), ya que la EDER 2017 registra por primera vez los empleos de menos de un año a lo largo de la vida.

La intensidad de la entrada de las mujeres al primer empleo aumenta en las cohortes de nacimiento más recientes, pero no es universal como entre los varones, aunque las mujeres de los orígenes sociales más altos ingresan de manera bastante semejante a estos últimos. De hecho, se observa una gran heterogeneidad de calendarios e intensidades, según las generaciones y los orígenes sociales de las mujeres. En los dos sexos se asocia el retraso al ingreso laboral con la mayor edad al salir de la escuela y la escolaridad más elevada, y con el aumento de los orígenes sociales. Sin embargo, la relación entre el primer empleo y las trayectorias conyugales y reproductivas está fuertemente diferenciada según el sexo y las regiones. El empleo de las mujeres está muy presente

en la región Centro y en las áreas urbanas, pero las diferencias territoriales de los varones no son significativas.

En suma, aunque las generaciones femeninas recientes participan más en el mercado de trabajo, la segmentación según el sexo y la región siempre es notable. Trabajar sigue vinculado a las obligaciones de los varones como proveedores familiares, y la heterogeneidad de las trayectorias femeninas, según el origen social, las trayectorias matrimoniales, las trayectorias reproductivas y las diferencias territoriales refleja una lenta evolución de los sistemas de género en México.

El capítulo 10, de Sabrina Ferraris y Mario Martínez Salgado, se titula “Desigualdad de género, informalidad laboral y trabajo no remunerado en México”. También analiza los datos de la EDER 2017 sobre las trayectorias laborales en la juventud, antes de los 30 años de edad, de varones y mujeres, midiendo la informalidad laboral y su relación con el trabajo remunerado y no remunerado. La participación de las mujeres en el mercado de trabajo en México ha aumentado paulatinamente, y se observa de qué manera los trabajos de cuidados familiares representan un freno a la participación laboral. En este capítulo, con un análisis de secuencias de dos dimensiones aplicado al conjunto de la población, se identifica una tipología de trayectorias que entrelazan la esfera laboral remunerada y la no remunerada (trabajo doméstico y de cuidado) según el trabajo formal e informal.

Los resultados del análisis de secuencias son particularmente originales e importantes. Destacan las trayectorias con roles de hombres proveedores y de mujeres amas de casa, pero también hay trayectorias donde se combina el trabajo formal e informal con el trabajo doméstico y de cuidados, según patrones regionales diferenciados. En la región Sur predomina la economía informal y la economía formal en el Norte. En el Centro del país resaltan las trayectorias de mujeres dedicadas al trabajo formal, y las regiones Norte y Península tienen presencia de hombres que realizan tanto trabajo remunerado como trabajo doméstico y de cuidados no remunerado. Los autores subrayan que existe una disparidad importante entre los trabajos formales e informales, la cual se relaciona estrechamente con la organización familiar y

social del cuidado, lo que profundiza las diferencias de género y del origen social y regional, que ninguna política pública ayuda a solventar.

La movilidad intrageneracional en las trayectorias laborales es el objetivo del capítulo 11, “(In)movilidad de clase y carreras ocupacionales en México”, de Fiorella Mancini y Gerardo Damián. Los datos de la EDER 2017 proporcionan las trayectorias entre el primer empleo y el actual (en 2017), para varones y mujeres de 30 a 54 años, según la edad, el sexo y la posición de clase (categorías de empleo) en el mercado laboral. La estabilidad ocupacional en los dos sexos se obtiene entre los 30 y 35 años de edad, es decir, de tres a cuatro lustros después del primer trabajo, pero las carreras laborales femeninas registran interrupciones para cuidar a los hijos/as.

Las carreras laborales masculinas registran más movilidad que las femeninas, tanto ascendente como descendente. Los empleos en la clase de los servicios permiten un ascenso a los trabajadores. En cambio, la posición en la entrada al mercado de trabajo de las mujeres se relaciona claramente con sus credenciales escolares. Los autores analizaron las trayectorias, edad por edad, con el método de análisis de secuencias. Los resultados destacan tres patrones de movilidad: inmovilidad durante toda la duración de las trayectorias, con la permanencia en una misma clase, generalmente baja; movilidad relativa, con movimientos contiguos y laterales, y clausura social, que asciende hacia la clase de servicios donde permanecen sobre todo los varones. La intermitencia y la discontinuidad caracterizan los tres patrones aplicados a las mujeres.

Los patrones de movilidad según las regiones son heterogéneos: se observa el impacto del trabajo manufacturero calificado en el Norte, las bajas posiciones laborales en el Sur y la importancia del sector servicios en el Centro y el Occidente. Los resultados confirman las limitaciones de las posibilidades de ascenso laboral en México y subrayan el impacto de la desigualdad de género en todas las dimensiones. Sin embargo, para las mujeres, la prolongación de la escolaridad constituye una mayor posibilidad de mejorar su posición en el mercado de trabajo que para los

varones, efecto ya observado con los resultados de Lindstrom y Hernández expuestos en el capítulo 8 de este libro. Es muy impactante observar que la movilidad laboral en el mercado de trabajo mexicano no se ha modificado con el tiempo, dentro de lo que los autores califican como “un régimen de estratificación social históricamente desigual, rígido y profundamente precarizado” (véase página 420).

En el capítulo 12: “Una geografía de las trayectorias migratorias en México”, de France Guérin-Pace, Pascal Seville y Florent Demoraes, se analiza la movilidad territorial en México en su dimensión geográfica. France Guérin-Pace, junto con Arnaud Bringé y Steaven Lam del INED, construyeron a partir de 1960 la variable de cambios de localidad y de tamaño de la localidad de manera anual. Con los datos de la EDER, de los censos y de los conteos, se atribuye a cada localidad, año por año, el tamaño de localidad más cercano a cada año observado en las historias de vida de las personas encuestadas. Se presentan las trayectorias migratorias individuales según la edad al cambio de residencia, la distancia entre las etapas, la ubicación geográfica y el carácter rural o urbano de cada localidad de residencia.

Entre los resultados, se señala que hay relativamente poca movilidad migratoria: 55.1% de los individuos en 2017 residen en el municipio donde nacieron, y uno entre cada cinco realizaron sólo una migración. Sin embargo, casi se ha duplicado la distancia media recorrida entre 1967 y 2017, de 260 a 480 kilómetros, lo que se explica por la ampliación de la influencia territorial de las grandes metrópolis y por el desarrollo del transporte terrestre y aéreo a menor costo. Las migraciones se producen mayoritariamente entre los 18 y 30 años, con una edad modal alrededor de los 20 años, claramente asociada a las edades de ingreso al mercado laboral y de búsqueda de oportunidades económicas. Al comparar varias encuestas con datos migratorios biográficos en México, Túnez y Francia, la extensión geográfica de las trayectorias individuales es comparable entre México y Túnez, pero en Francia se observan muchos más movimientos migratorios y más migraciones internacionales. Si se toma en cuenta el grado de urbanización de las localidades de residencia, las trayectorias

exclusivamente urbanas dominan en gran medida (63.1%) frente a 14.2% de trayectorias exclusivamente rurales. El resto de la población (22.7%) alterna entre localidades rurales y urbanas.

En el estudio de los que no migraron, la otra cara de las migraciones, ocho estados tienen más de 60% de personas inmóviles. Son casos muy desiguales: desde Chiapas y su alta proporción de población rural hasta los estados de las tres grandes metrópolis: Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara. Además del contexto geográfico, la inmovilidad también se relaciona con las características personales: es más intensa en el caso de las personas jóvenes, las mujeres, las personas con menor educación y las que viven en localidades urbanas. A manera de reflexión final, se observa que los datos de la EDER 2017 proporcionan tanto el panorama de la movilidad como de la inmovilidad geográfica en México y permiten reconstruir todas las etapas de las trayectorias migratorias a nivel individual, a lo largo del tiempo y del territorio nacional.

El capítulo 13, “Historia migratoria de la población mexicana de hoy: modelos migratorios regionales”, de Pascal Sebille, Florent Demoraes y France Guérin-Pace, está muy vinculado al anterior, ya que prolonga el análisis de los datos sobre la distribución espacial y la dimensión regional de las trayectorias migratorias, con base en todos los cambios residenciales, de al menos un año de duración, entre 1962 y 2017 (los años de las historias de vida de la EDER 2017). Los estados que reunieron un alto nivel de migración interna (45% de la migración registrada) son Sonora, Chihuahua, Yucatán, Chiapas y Guerrero. Se trata de dos modelos productivos muy diferentes: las dos primeras entidades concentran los grandes polos urbanos industriales relacionados con la economía de la frontera norte de México; en los tres siguientes se originan circuitos migratorios internos en los estados, entre zonas rurales y centros urbanos regionales. Esa diversidad de las migraciones en México señala la gran polarización económica regional de los movimientos territoriales.

Se pueden distinguir tres grandes periodos históricos: 1962-1977, 1978-1997 y 1998-2017, ilustrados con los diferentes mapas del capítulo. Al inicio, en 1962-1977, el crecimiento mi-

gratorio fue muy fuerte hacia la Ciudad de México, cuya área de atracción se extendió a todo el territorio nacional. Siguieron esa fuerte expansión Guadalajara y Monterrey durante el mismo periodo. Entre los años 1978-1997 sigue la atracción de las tres grandes metrópolis, pero se reorganizan los flujos migratorios hacia la frontera norte de México. En el contexto de grandes crisis económicas de ese periodo y con la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994, el país se organiza territorialmente y nuevas circulaciones migratorias se consolidan. Finalmente, en el periodo 1998-2017, el policentrismo regional se fortalece con una consolidación de corredores migratorios alrededor de áreas metropolitanas de subconjuntos regionales: en la frontera norte, entre las grandes ciudades de la región del Bajío, en la Península yucateca o en las costas del Pacífico y del Golfo. Para cerrar este panorama de la migración en México, el capítulo aborda el tema de la migración internacional con Estados Unidos. Los lugares de origen y de regreso de la población que migró a Estados Unidos señalan los municipios de origen de la migración internacional y los estados en donde se asientan los retornados. Si los resultados confirman que ninguna zona de México se escapa a este fenómeno migratorio, es interesante destacar el apego de los migrantes internacionales a su lugar de nacimiento, que se asientan nuevamente en su estado y municipio de origen. El aporte de este capítulo reside en la valorización de los datos de localización de las historias de vida individuales al nivel de municipio y en el uso de un sistema de información geográfica para poner en relieve la evolución regional de la migración a lo largo del tiempo en México.

El capítulo 14, de María Estela Rivero Fuentes y Edith Y. Gutiérrez Vázquez, lleva por título “Migración, violencia y crimen organizado: la importancia de lo contextual, lo individual y lo regional”. El tema del capítulo es el desplazamiento vinculado a la violencia que provoca migraciones internas e internacionales. Las autoras asocian los datos de la EDER 2017 y los datos de los censos de población y de las estadísticas vitales con datos sobre eventos violentos del crimen organizado. El objetivo de la investigación es estimar la probabilidad individual de migracio-

nes internas e internacionales a lo largo del periodo 2006-2017 en asociación con la violencia contextual, medida con las tasas de homicidios calculadas a nivel municipal entre 2005 y 2016, y con la distancia a la frontera norte de México a nivel regional.

Los resultados confirman que la violencia contextual está vinculada a una mayor probabilidad de migrar, tanto interna como internacionalmente. Sin embargo, la relación no se manifiesta mediante la tasa de homicidios, sino por la presencia de actividad criminal vinculada al crimen organizado, lo cual señala que la población reacciona a formas más sutiles de violencia contextual y de las opciones de salida que tienen las personas.

Este capítulo aporta muchos elementos novedosos a través del análisis de los comportamientos individuales y de la dimensión regional. La inclusión del indicador de la intensidad de la violencia asociada al crimen organizado en los estados durante cada año del periodo analizado (2011-2017), para explicar la probabilidad de migrar interna e internacionalmente, muestra que mayores niveles de violencia aumentan de forma significativa el riesgo de ambos movimientos. Quienes viven en estados no fronterizos aumentan su propensión a migrar cuando hay expresiones de violencia en su lugar de residencia. Sin embargo, en los estados fronterizos la migración internacional aumenta, pero la interna no. Este capítulo ofrece aportaciones muy importantes para que sean tomadas en cuenta en la elaboración de políticas públicas sobre un tema tan sensible en México.

A MANERA DE REFLEXIONES FINALES

Para concluir esta introducción, queremos enfatizar la impresión muy positiva de la gran cantidad y calidad de los datos y temas analizados. El cuestionario digital y la nueva organización del levantamiento de las historias de vida se beneficiaron de la experiencia de las dos encuestas EDER anteriores y de la calidad del trabajo de campo llevado a cabo por Inegi.

Fue posible reproducir los análisis de las historias de vida sobre temas ya clásicos, como las diferentes etapas de las trayec-

torias de la entrada a la vida adulta. También se profundizaron los análisis gracias al tamaño de la muestra, que fue diez veces superior en la EDER 2017, por ejemplo en el estudio del regreso a la escuela después de una primera deserción escolar (capítulo 8).

Las nuevas preguntas introducidas en 2017 sobre el trabajo doméstico y de cuidados fueron aprovechadas en los capítulos 6 y 10. Asimismo, la nueva pregunta sobre el empleo temporal fue analizada en el capítulo 9. Se sacó provecho en los capítulos 12 y 13 de la posibilidad de reconstruir las trayectorias migratorias según el tamaño de las localidades y de asociar esas migraciones con las distancias geográficas. En el capítulo 14 se asociaron las trayectorias migratorias con la violencia a nivel municipal y con la distancia de los municipios con la frontera norte.

Además, la EDER 2017 ofrece todavía muchos datos que permiten estudiar problemáticas que no han sido abordadas en este libro, para plantear más temas y resultados que expliquen la sociedad mexicana con base en los cursos de vida de los individuos que la componen. Hacemos un llamado para plantear nuevas investigaciones y análisis originales, ya que los datos son de acceso libre y están disponibles en internet. También es preciso exponer aquí nuestro deseo de que Inegi siga realizando las encuestas EDER en el futuro, como un barómetro regular de las evoluciones sociales y demográficas de México.

PRIMERA PARTE:
TRAYECTORIAS FAMILIARES
Y REPRODUCTIVAS

1. PATRONES DE FORMACIÓN FAMILIAR Y REPRODUCTIVOS EN LAS DISTINTAS REGIONES DE MÉXICO*

*Olinca Páez**
*María Eugenia Zavala***

El capítulo está centrado en el análisis del cambio reproductivo en México a partir de mediados del siglo xx, en el marco de las teorías de la transición demográfica y del descenso de la fecundidad a niveles cercanos al de reproducción (Zavala de Cosío, 2014). Aquí se incorpora una revisión acerca de las variables que se han estudiado para explicar las diferencias en el ritmo de descenso de la fecundidad, considerando de manera conjunta las trayectorias de formación familiar y reproductivas e incluyendo la dimensión territorial. Además de las dimensiones estudiadas anteriormente, como las diferencias urbanas y rurales (Zavala de Cosío, 2005), y las desigualdades sociales (Páez y Zavala, 2016), este capítulo explica la gran importancia de las desigualdades regionales, que fue posible observar gracias a los datos de la Encuesta Demográfica Reproductiva (EDER) 2017.

* Instituto Nacional de Geografía y Estadística (Inegi).

** Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México. Agradecemos la colaboración de Mariana Lugo y Rosa Flores en el trabajo de exploración de la base de datos de la EDER 2017.

La información longitudinal disponible permite distinguir dos grandes etapas en la evolución de las trayectorias reproductivas y de los patrones de formación familiar en México en el transcurso del siglo xx. En un primer periodo, las descendencias finales de las generaciones¹ aumentaron significativamente entre las mujeres de las cohortes nacidas en 1915 y las nacidas en 1932-1936, culminando estas últimas con descendencias finales de 6.5 hijos/as por mujer. En esa época, la fecundidad de las mujeres mexicanas era predominantemente de tipo “natural”,² sin control de los nacimientos dentro de las uniones, y las variaciones se producían principalmente según la edad de la primera unión: mientras ésta era más temprana, nacían más hijos e hijas (Zavala de Cosío, 2014). En un segundo periodo, una acelerada disminución de la fecundidad empezó a partir de las generaciones nacidas después de 1936 hasta alcanzar, en el transcurso de 40 generaciones, descendencias finales de 2.6 hijos/as por mujer nacida en 1976-1977, o sea, cuatro hijos/as menos (Inegi, 2017).

De forma paralela a esas tendencias generales, se ha estudiado la diversidad del ritmo de descenso de la fecundidad en función de distintas variables, hallando, por ejemplo, que la fecundidad marital era inferior en las grandes ciudades con respecto a las zonas rurales (Zavala de Cosío, 2005), así como para las mujeres más educadas en comparación con las menos educadas (Páez y Zavala, 2016), y diferente también entre las mujeres unidas a empleados, obreros y agricultores (Zavala de Cosío, 1992).

Durante la primera mitad del siglo xx, las diferencias reproductivas estaban vinculadas a las pautas de formación familiar, pues las mujeres en las grandes ciudades y con mayor educación entraban en unión más tarde y sus descendencias finales eran más reducidas (Zavala de Cosío, 1992). Sin embargo, con la nueva Ley General de Población de 1974, y el Plan Nacional de Planificación Familiar en 1977, se estimuló la práctica anticonceptiva

¹ El término “generaciones” es equivalente al de “cohortes de nacimiento”, agrupa a las personas según sus años de nacimiento.

² En la definición de Louis Henry (1953), la *fecundidad natural* es una fecundidad marital sin control voluntario de los nacimientos.

que redujo las descendencias incluso en poblaciones que no hubieran reducido su fecundidad sin los programas de planificación familiar. Dado que la práctica anticonceptiva estuvo desde el principio ligada al acceso a servicios de salud, las reducciones de la fecundidad fueron muy disímiles según las diferencias sociales y territoriales en México (Zavala de Cosío, 2014).

De ahí que en el país derivaran dos modelos de transición demográfica, dependiendo de lo temprano o tardío de la fase de descenso de la fecundidad: “Hay 15 años de diferencia entre los inicios de la transición de la fecundidad en las mujeres de las grandes ciudades y más escolarizadas, que encabezan el cambio (las pioneras) a partir de la segunda mitad de los años sesenta” (Zavala de Cosío, 2014: 95), y la gran mayoría de las parejas que empezaron a controlar sus nacimientos bajo la influencia del Plan Nacional de Planificación Familiar (Zavala de Cosío, 2014).

Por otra parte, hacia el final del siglo xx fue cada vez más frecuente el desapego de las trayectorias reproductivas de las de formación familiar, ya sea por el aumento de las uniones libres (Samuel y Sebillé, 2005), el incremento de las disoluciones conyugales (Zavala de Cosío, 2005) y nuevas entradas en unión, la creciente nuliparidad en parejas casadas o unidas, o las posibilidades de tener hijos/as sin pareja. Todas estas transformaciones en la relación con las trayectorias de estado civil y reproductivas se enmarcan en un contexto de cambio social, cultural y de género, que también son disímiles a lo largo del territorio nacional.

El caso mexicano es muy interesante para el análisis de la diversidad en el ritmo de descenso de la fecundidad y, por lo tanto, para el estudio de la transición demográfica en general. Hasta ahora se ha podido entender su complejidad en relación con las desigualdades sociales, pero consideramos que también hay un componente territorial que incorpora diferencias culturales y de género. En este sentido, es de suma importancia destacar que no hay una tendencia única en los indicadores reproductivos y que cualquier proyección de este componente demográfico debería considerar la multiplicidad de tendencias y la importancia relativa de los grupos poblacionales que las producen.

En este capítulo se aborda, en una primera parte, una evaluación de la consistencia de los patrones reproductivos estimados con las EDER 2011 y 2017, ante los ajustes en el diseño de la muestra y en el formato de recolección de información. Enseñada, con los datos de la EDER 2017, ilustramos el panorama a nivel nacional, analizando el ritmo diferenciado de la transición reproductiva en México y destacando algunos patrones emergentes. Posteriormente, nos interesamos en la diversidad regional e identificamos las trayectorias femeninas de formación familiar y reproductivas más representativas en cada entidad, empleando análisis de secuencias para agrupar las que presentan semejanzas y formar regiones donde predominan ciertas trayectorias. Con ello verificamos que existen diferencias regionales en los patrones de formación familiar y reproductivos observables con un conjunto de indicadores: edad al matrimonio o unión, edad al primer nacimiento, intervalos intergenésicos, probabilidades de agrandamiento de las familias y preferencias por hijos varones, además del tamaño de las descendencias finales. El capítulo cierra con una reflexión acerca del vínculo de las trayectorias de formación familiar y reproductivas con otras trayectorias vitales, y enfatiza la relevancia de considerar la diversidad nacional en materia de fecundidad para mejorar las proyecciones demográficas.

LA CONSISTENCIA DE LOS PATRONES REPRODUCTIVOS OBSERVADOS ENTRE LAS EDER 2011 Y 2017

El levantamiento de 2017 implicó ajustes en el diseño conceptual, en el diseño estadístico y en el operativo de campo, pues la muestra se multiplicó por diez, se levantó en diferentes tamaños de localidad y los materiales para el registro de las respuestas pasaron del papel al formato electrónico, lo que en conjunto o por separado podría haber generado algún tipo de sesgo en las estimaciones. Con el fin de asegurar que la información recogida en 2017 da continuidad a la de 2011, evaluamos la consistencia de las estimaciones de fecundidad provenientes de ambas rondas mediante la comparación de indicadores de intensidad y calen-

dario de las mujeres nacidas entre 1966 y 1968, generaciones entrevistadas tanto en 2011 como en 2017.³

Cuadro 1.1. Descendencia al final de la vida reproductiva de mujeres nacidas entre 1966 y 1968

	2011			2017		
	<i>Hijos vivos</i>	<i>LI</i>	<i>LS</i>	<i>Hijos vivos</i>	<i>LI</i>	<i>LS</i>
Mujeres de 43 años y más	2.5 n = 824	2.4	2.7	2.6 n = 446	2.5	2.8
Escolaridad 1	3.5 n = 331	3.1	3.9	3.4 n = 118	3.0	3.7
Escolaridad 2	2.4 n = 362	2.2	2.5	2.5 n = 243	2.3	2.7
Escolaridad 3	1.9 n = 131	1.6	2.2	1.9 n = 85	1.7	2.2
Alguna vez unidas	2.7 n = 763	2.6	2.9	2.8 n = 407	2.6	3.0

Escolaridad 1: se refiere a quienes no tuvieron ninguna escolaridad, quienes cursaron preescolar y/o primaria.

Escolaridad 2: incluye a quienes alcanzaron nivel secundaria, preparatoria o cursaron una carrera técnica.

Escolaridad 3: agrupa a quienes aprobaron algún nivel de educación superior.

Nota: Las estimaciones para 2017 corresponden sólo a quienes residían en localidades de más de 100 000 habitantes; LI: límite inferior; LS: límite superior.

Fuente: elaboración propia con datos de las EDER 2011 y 2017.

El cuadro 1.1 muestra que las estimaciones de las descendencias finales de mujeres de 43 años y más son semejantes en 2011 y 2017, incluso cuando se desagrega por nivel de escolaridad. La

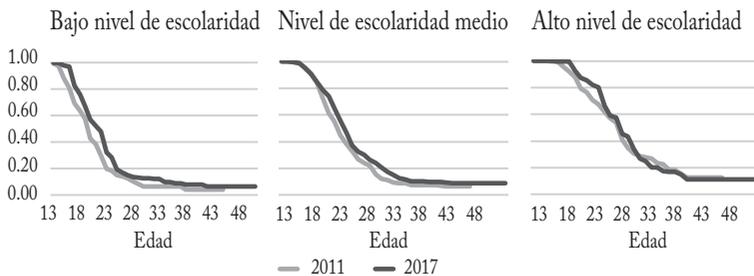
³ Estas mujeres tenían al menos 43 años en 2011 y al menos 49 años en 2017, así que la mayor parte de ellas había concluido su trayectoria reproductiva en ambos momentos, y ofrecen historias completas y comparables en esta dimensión.

diversidad que se ha mencionado en publicaciones anteriores (Páez y Zavala, 2016) se mantiene: las mujeres con mayor escolaridad presentan niveles de fecundidad de reemplazo, mientras que las de menor escolaridad tienen entre tres y cuatro hijos/as en promedio al final de su vida reproductiva (cuadro 1.1).

También se pueden comparar, entre las EDER 2011 y 2017, las probabilidades de tener un tercer nacimiento, es decir, las probabilidades de agrandamiento de las familias de orden dos, que varían según el sexo de los dos primeros nacimientos.⁴ Los datos de ambas rondas son muy consistentes al indicar que tal probabilidad es la más alta cuando nacen dos hijas primero (0.72 con datos de la EDER 2011 y 0.73 con datos de la EDER 2017).

La consistencia también se verificó con indicadores de calendario: ambos levantamientos informaron que la edad mediana de entrada a la maternidad fue de 22 años (EDER 2011) o 23 años (EDER 2017), y que entre el primer y el segundo nacimiento pasaron aproximadamente tres años. El patrón de edades al primer nacimiento fue consistente en ambas rondas, incluso por nivel de escolaridad (gráficas 1.1).

Gráficas 1.1. Proporción de mujeres nacidas entre 1966 y 1968 que no habían tenido descendencia a cada edad, según nivel de escolaridad



Fuente: elaboración propia con datos de las EDER 2011 y 2017.

⁴ Las probabilidades de agrandamiento a_n se calculan con información de las descendencias completas, como la proporción del número de nacidos de orden $n + 1$ respecto al número de nacidos de orden n .

Finalmente, la consistencia se probó al nivel de las secuencias de eventos de formación familiar y reproductivos más frecuentes para las mujeres de las generaciones referidas. Los datos de la EDER 2011 indican que 21% de las mujeres pasó de la soltería a la unión o matrimonio y enseguida al nacimiento del primero, segundo y tercer hijo/a. Los datos de la EDER 2017 coinciden en que ése fue el orden de eventos más frecuentemente seguido (23% de las mujeres).

DIFERENCIAS EN EL RITMO DE LA TRANSICIÓN Y LOS PATRONES REPRODUCTIVOS EMERGENTES A NIVEL NACIONAL

Una vez validada la estabilidad de las estimaciones, aprovechamos la información retrospectiva más reciente para dar continuidad y profundidad al estudio del fenómeno reproductivo en México. Los dos primeros levantamientos de la encuesta EDER (1998 y 2011) permitieron dar cuenta de la diversidad de los patrones reproductivos de las cohortes nacidas a principios y mediados del siglo xx, y de la pluralidad de las tendencias a lo largo de las generaciones. Además de proporcionar evidencia sobre el efecto generacional en el cambio de la fecundidad, que otras fuentes de información también han ilustrado (como la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica, Enadid), las EDER de 1998 y 2011 mostraron que el ritmo del cambio en el ámbito rural fue diferente al urbano (Zavala de Cosío, 2005) y que el nivel educativo alcanzado y el origen social⁵ explican la coexistencia de trayecto-

⁵ Con los datos de la EDER se identifica el origen social con un índice: ios, que evalúa “en una escala centílica la posición socioeconómica relativa de cada persona con respecto a los miembros de su cohorte de nacimiento, y es un indicador bastante robusto de la ubicación de las familias de origen en la estratificación social”. El Índice de Origen Social (ios) se calcula según las características de sus padres y de su hogar a los 15 años. Fue elaborado por Patricio Solís para la EDER, y considera simultáneamente tres dimensiones: *a*) dimensión de estratificación económica (activos del hogar a los 15 años de edad como proxy de riqueza o recursos económicos); *b*) dimensión de estratificación educativa o de “capital cultural” (escolaridad combinada de ambos padres), y

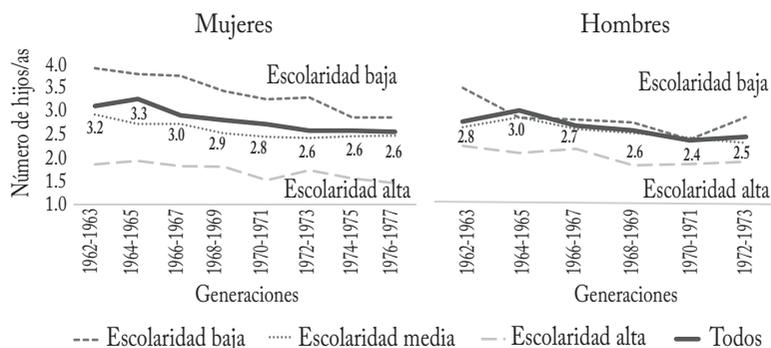
rias reproductivas tempranas y tardías, y de hogares muy fecundos con hogares de escasa descendencia (Páez y Zavala, 2016).

Con el levantamiento de 2017 se sigue observando, en general, una reducción en las descendencias finales (gráficas 1.2) y en las probabilidades de agrandamiento de las familias de órdenes mayores a través de las generaciones. También se visualiza que la entrada a la primera unión sigue siendo muy temprana en comparación con la de los países desarrollados (20 años para las mujeres) y que la reproducción suele iniciarse poco tiempo después de la unión, con intervalos intergenésicos cortos, como se describió con la EDER 2011 (Zavala y Páez, 2013). La información recogida en 2017 indica que entre las mujeres de escolaridad baja, la edad a la primera unión es de 18 años, de 20 años en los niveles de escolaridad media y de 25 años en los niveles de escolaridad alta. Por su parte, los hombres entran en unión con mayor edad: respectivamente a los 21, 23 y 26 años en cada nivel de escolaridad (Inegi, 2017).

La formación familiar temprana implica que si bien la proporción de mujeres con un cuarto nacimiento pasó de ser 64% en las mujeres metropolitanas nacidas en 1951-1953 (Zavala, 2020) a 20% en las generaciones 1976-1977 (Inegi, 2017), persiste en México un porcentaje significativo de mujeres que, al final de su vida reproductiva, tienen tres hijos/as o más: 72% en las generaciones 1951-1953 y 44% en las generaciones 1976-77. Por otro lado, los datos de la EDER 2017 indican que empieza a tomar mayor presencia el caso de las mujeres con un único nacimiento, como otro aspecto clave para describir la polarización de la transición en el caso mexicano. A continuación, presentamos las diferencias por niveles de escolaridad, historia conyugal y origen social.

c) dimensión de estratificación ocupacional (estatus ocupacional del jefe económico del hogar o del padre) (Coubès, Solís y Zavala, 2016b: 30).

Gráfica 1.2. Descendencia final por generaciones según sexo y nivel de escolaridad



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Evolución de las descendencias finales por sexo, niveles de escolaridad, historia conyugal y origen social

Las mujeres que en el momento de la encuesta tenían 40 o 41 años promediaron descendencias finales de 2.6 nacimientos por mujer, y los hombres de 44 y 45 años, 2.5 nacimientos cada uno⁶ (Inegi, 2017). No obstante, en las generaciones nacidas entre 1964-1965 y 1970-1971, se observa una rápida reducción de las descendencias finales: de 3.3 a 2.8 nacimientos por mujer y de 3.0 a 2.4 nacimientos por hombre.⁷ A partir de las generaciones nacidas en la década de 1970, se registra una desaceleración del ritmo de disminución de las descendencias finales femeninas, de 2.8 a 2.6 nacimientos por mujer y la estabilización del promedio masculino en alrededor de 2.5 nacimientos (gráficas 1.2).

⁶ Se trata de las generaciones de mujeres nacidas en 1976 y 1977 y de hombres nacidos en 1972 y 1973. Para el conjunto de las generaciones, la estimación de una función de sobrevivencia Kaplan-Meier indica que a esas edades 96% de las mujeres y 95% de los hombres han completado su descendencia final.

⁷ La diferencia puede deberse a que las cónyuges de estos varones suelen ser de generaciones más jóvenes, con un menor nivel de fecundidad.

Entre las mujeres de escolaridad baja,⁸ las descendencias finales pasaron de 4.0 hijos/as por mujer en las generaciones 1962-1963 a 2.9 hijos/as por mujer nacida en 1976-77. Aunque la reducción generacional fue de 27.5% continúan siendo quienes acumulan una mayor descendencia al final de su vida reproductiva (el doble en comparación con las mujeres de escolaridad alta) (gráficas 1.2).

Las diferencias de fecundidad son importantes en las mujeres y los hombres con nivel escolar bajo: los varones muestran descendencias finales inferiores a las de ellas (véase nota 8), con excepción de los más jóvenes (gráficas 1.2). Es posible que exista un subreporte en la cifra de nacimientos declarada por los varones, una mayor incidencia de madres solas en ese estrato, o una subrepresentación de la fecundidad masculina debida a migración o fallecimiento temprano. Estas hipótesis sugieren líneas de investigación específicas.

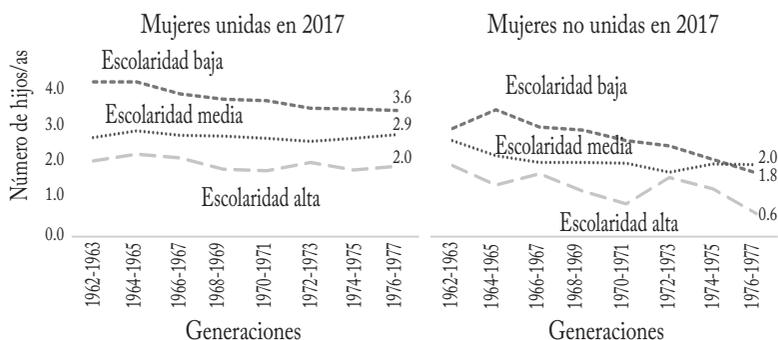
En los niveles de escolaridad alta, las descendencias de las mujeres y de los hombres son las más reducidas. De hecho, a partir de la cohorte nacida en 1968, los niveles están por debajo del nivel de reemplazo poblacional. Sin embargo, en este estrato, destaca que los hombres suelen tener descendencias superiores a las mujeres (gráficas 1.2). Muy probablemente se trata del resultado del fenómeno de hipergamia femenina, que implica que las conyuges de estos varones tienen niveles de escolaridad inferiores. La hipótesis de hipergamia femenina se verifica con los datos sobre la escolaridad alcanzada por el padre y la madre de cada persona entrevistada en la EDER 2017 (López Velázquez, 2020).

También podemos incorporar el estado conyugal al análisis de las descendencias finales por nivel de escolaridad a lo largo de las generaciones. Para ello consideramos si las personas estaban

⁸ Se observa el último año de escolaridad en la vida: escolaridad baja es Sin estudios, Preescolar, Primaria; escolaridad media es Secundaria, Preparatoria o Bachillerato, Normal básica, Estudios técnicos o comerciales con primaria terminada, Estudios técnicos o comerciales con secundaria/preparatoria terminada; y, escolaridad alta es Normal de licenciatura (superior), Licenciatura o profesional, Maestría y Doctorado.

en unión/matrimonio o fuera de unión/matrimonio al final de la vida reproductiva (al menos 40 años de edad para las mujeres y 45 años para los hombres). Tanto las personas unidas como las no unidas⁹ pudieron haber mantenido ese estado conyugal sin cambios desde la primera unión, pero también es posible que hayan transitado de un estado conyugal a otro. El estatus matrimonial al final de su vida reproductiva implica diferentes grados de exposición a la fecundidad durante su trayectoria de vida.

Gráficas 1.3. Descendencia final de mujeres unidas y no unidas por generaciones y nivel de escolaridad



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Las mujeres fuera de unión con alta escolaridad han mantenido una tendencia decreciente en el tamaño de sus descendencias a través de las generaciones, pasando de 2.0 a 0.6 hijos/as por mujer. Las mujeres unidas de baja y media escolaridad mantienen las descendencias más numerosas en las generaciones 1976-1977, respectivamente, 3.6 y 2.9 hijos/as por mujer (gráficas 1.3).

En cuanto a las diferencias por sexo, hay dos resultados relevantes: considerando todas las generaciones, una menor pro-

⁹ En este capítulo la categoría *Unidas* incluye tanto a las personas en matrimonio como a las personas en unión libre, mientras que la categoría *No unidas* a quienes están solteras, separadas, divorciadas o viudas. Más adelante analizamos también el efecto de esta variable, considerando sus cambios en el tiempo.

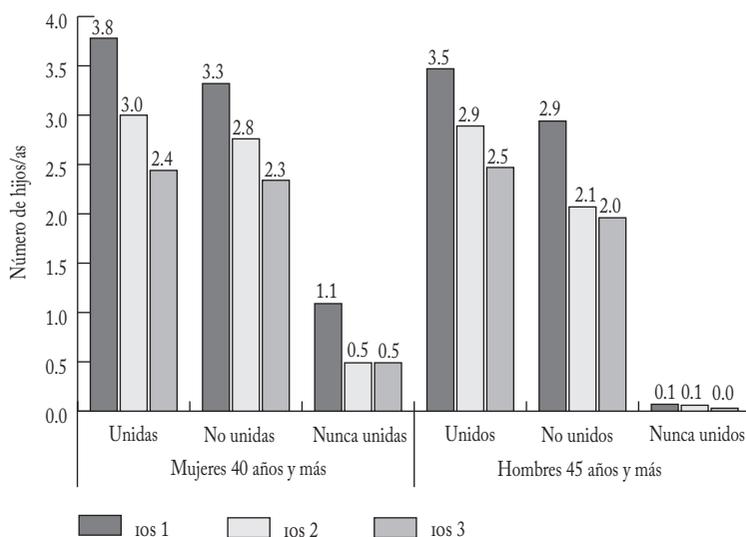
porción de mujeres altamente escolarizadas estaba unida al final de su vida reproductiva (54%) en comparación con las de baja escolaridad (68%), en tanto que para el total de los hombres no hay diferencia estadísticamente significativa por niveles de escolaridad, además, un mayor porcentaje está unido (72%). Otro aspecto a destacar es que, dependiendo de la generación, entre 36 y 48% de los hombres no unidos no tuvo nacimientos, mientras que en la misma circunstancia esto ocurrió en las mujeres en menores proporciones, entre 15 y 26% (Inegi, 2017).

Además de las variaciones según sexo, nivel de escolaridad y estado conyugal, las descendencias finales también varían en función de los orígenes sociales medidos con los terciles del Índice de Origen Social (IOS) (véase nota 5). La gráfica 1.4 presenta, según el IOS,¹⁰ las descendencias finales de las mujeres con 40 años y más, y de los varones con 45 años y más, según su trayectoria conyugal: en unión, fuera de unión pero alguna vez unido/a, o nunca unido/a.

El IOS y el número de nacimientos al final de la vida reproductiva se asocian de forma inversa: entre mejor es la condición social de origen, menor es la descendencia (gráfica 1.4). Por un lado, esto ocurre claramente entre las mujeres y los hombres unidos en el momento de la encuesta y, también, en el caso de las mujeres alguna vez unidas. Por otro lado, las descendencias son muy similares entre mujeres y hombres del mismo origen social que estaban unidos al final de su vida reproductiva. En cambio, las mujeres fuera de unión (separadas, divorciadas o viudas) tuvieron descendencias más numerosas que los hombres en la misma situación, aunque ciertamente menores a las de las mujeres unidas. En cuanto a las personas que nunca se unieron, hay diferencias importantes entre los sexos, pues la cifra reportada por los varones es prácticamente nula, mientras que más de la mitad de estas mujeres sí tuvieron descendencia.

¹⁰ La clasificación en terciles del IOS produce algunos valores perdidos (2% del total de observaciones). Asumimos una distribución aleatoria de ellos en la muestra.

Gráfica 1.4. Descendencia final por sexo, según trayectoria conyugal y origen social



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

¿Un nuevo fenómeno?: el creciente porcentaje de mujeres con uno o ningún nacimiento al final de su vida reproductiva

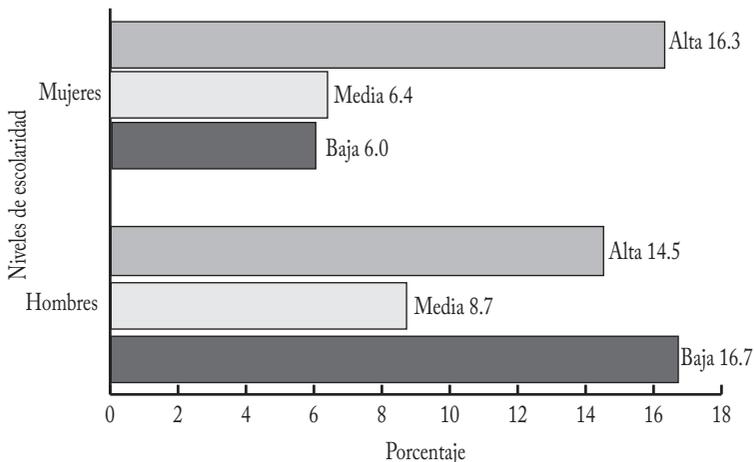
Considerando todas las generaciones, aproximadamente una de cada seis personas con alta escolaridad no tuvo nacimientos. Entre las mujeres, este fenómeno es poco frecuente cuando el nivel de escolaridad es medio o bajo, a diferencia de lo que ocurre con los hombres de baja escolaridad, cuya proporción sin ningún hijo/a es estadísticamente semejante a la de quienes alcanzaron escolaridad alta (gráfica 1.5).

A través de las generaciones podemos observar un aumento del porcentaje de mujeres con cero o un solo nacimiento hacia el final de su vida reproductiva (gráficas 1.6).¹¹ Nos podemos pre-

¹¹ Como esas mujeres son poco numerosas, usamos el promedio móvil del porcentaje de tres cohortes (calculado respecto del número total de mujeres, por cohorte de nacimiento).

guntar: ¿esa pauta representa un nuevo patrón de fecundidad?, ¿está ligada a una escolaridad elevada? La proporción sin descendencia en el grupo de alta escolaridad duplica a la de las mujeres de escolaridad baja y media. Además, este fenómeno ha sido creciente a través de las generaciones, incluso para las mujeres menos educadas.

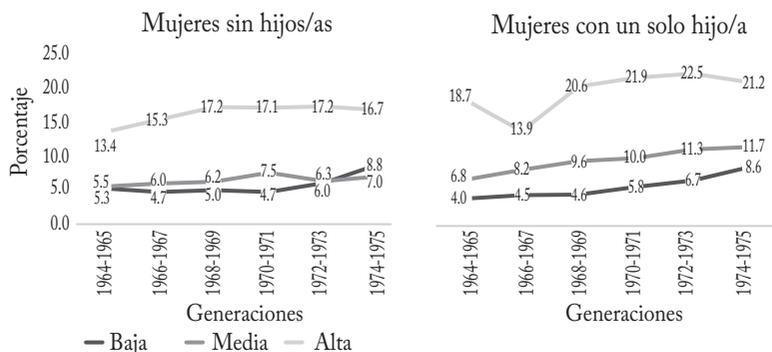
Gráfica 1.5. Porcentaje de hombres y mujeres sin hijos/as hacia el final de su vida reproductiva, según nivel de escolaridad



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Aunque tener un único hijo/a es más frecuente entre las mujeres con mayor educación, para las mujeres con niveles educativos medio y bajo la tendencia creciente ha sido consistente: de 6.8 a 11.7% y de 4.0 a 8.6%, respectivamente. En el transcurso de las generaciones se observa una tendencia hacia cierta convergencia en la proporción de mujeres con un solo descendiente, según los distintos niveles de escolaridad alcanzados (gráficas 1.6). En suma, el aumento a lo largo del tiempo de la fecundidad muy reducida se explica por la tendencia creciente a tener un solo nacimiento en las mujeres de poca o media escolaridad y por la continuidad en el alto porcentaje de mujeres con alta escolaridad que tienen cuando mucho un hijo o hija.

Gráficas 1.6. Evolución del porcentaje de mujeres con nula o reducida descendencia hacia el final de su vida reproductiva a través de las generaciones, según nivel de escolaridad



Nota: el porcentaje graficado es el promedio móvil del porcentaje de tres cohortes consecutivas.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Con el propósito de comprender cuáles de las variables mencionadas en la literatura y exploradas en este capítulo son las que mejor explican la propensión de las mujeres a tener un nacimiento único, ajustamos modelos de regresión logística considerando el cambio generacional, la edad promedio al primer hijo/a, el nivel de escolaridad, el estado conyugal como una variable que cambia en el tiempo, y el origen social. En el cuadro 1.2 presentamos los resultados generales y para cada origen social.¹²

El modelo multivariado indica que, a partir de las cohortes 1970-1971, la propensión a tener un solo hijo/a fue incrementando gradualmente hasta duplicarse en las generaciones 1976-1977 respecto a las generaciones 1962-1963. El modelo sugiere que tener un origen social privilegiado es un determinante significativo. También confirma que cada año de retraso del primer nacimiento incrementa la propensión a tener un único hijo/a, que las probabilidades se triplican si se alcanza un alto nivel de esco-

¹² El modelo se separa en estratos del ros debido a que el origen social es una variable que interfiere en el efecto del nivel de escolaridad.

laridad y que el tiempo fuera de unión cuadruplica la propensión a ese nivel de fecundidad (cuadro 1.2).

Cuadro 1.2. Resultados de modelos de regresión logística para estimar la propensión de las mujeres a tener un solo hijo/a frente a tener más de uno/a

<i>Variables explicativas (categoría de referencia)</i>	<i>Completo</i>	<i>IOS</i>		
		<i>1</i>	<i>2</i>	<i>3</i>
<i>Cohortes de nacimiento (1962-1963)</i>				
1964-1965	0.90	0.48	0.73	1.80
1966-1967	0.99	0.72	0.95	1.39
1968-1969	1.06	1.35	0.82	1.20
1970-1971	1.62*	1.57	1.36	2.13*
1972-1973	1.68**	1.84	1.13	2.48**
1974-1975	1.81**	1.92	1.47	2.34*
1976-1977	2.13***	2.37*	1.63	2.91**
<i>Origen social (1)</i>				
2	1.31**			
3	1.43**			
<i>Edad promedio al primer hijo/a (12)</i>				
Cada año adicional	1.04***	1.04***	1.04***	1.04***
<i>Nivel de escolaridad (1)</i>				
2	1.35**	1.05	2.09***	0.83
3	3.15***	4.58***	5.34***	1.70
<i>En unión (1)</i>				
Fuera de unión	3.73***	4.63***	3.49***	3.28***
Constante	0.01***	0.01***	0.01***	0.01***
	n = 4 395	n = 1 613	n = 1 526	n = 1 256

Nota: el estado conyugal (En unión/Fuera de unión) es una variable que cambia en el tiempo.

* p < 0.10, ** p < 0.05, *** p < 0.001.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Los modelos por 10s destacan la distinta relevancia de las variables explicativas para cada grupo de mujeres. Por ejemplo, en el caso de las mujeres del estrato medio, la propensión a tener un solo nacimiento se relaciona más con alcanzar mayores niveles de escolaridad que con el cambio generacional. En cambio, estar fuera de unión es un factor predictor muy fuerte en todos los estratos de origen social, pero sin duda pesa más en el caso de las mujeres del estrato más bajo (cuadro 1.2).

En síntesis, tener un solo hijo/a al final de la vida reproductiva es un comportamiento poco representado en México, pero en aumento entre las mujeres de las generaciones más recientes, las que tienen un origen social superior (10s 3), quienes permanecen solteras, enviudan o se separan, y quienes retrasaron su primer nacimiento (sobre la fecundidad tardía, véase capítulo 3).

DIVERSIDAD REGIONAL DEL PATRÓN DE FORMACIÓN FAMILIAR Y REPRODUCTIVO

Si bien está un reconocimiento de la coexistencia de distintos patrones reproductivos en México,¹³ hasta ahora había sido imposible verificarlo a partir del estudio de datos retrospectivos. Por el tamaño de la muestra, la EDER 2017 presenta la primera oportunidad de explorar si los rasgos y las tendencias reproductivas son consistentes a lo largo del territorio nacional o si, por el contrario, pueden identificarse diferencias regionales. Suponemos que debido a las diferentes normas sociales, culturales y de género, en algunas regiones las transiciones reproductivas han sido más lentas que en otras, independientemente de la diversidad en el tamaño de las localidades, en el nivel educativo y en el origen social de las personas al interior de ellas.

Para comprobarlo, nos centraremos en las trayectorias de formación familiar y los indicadores de calendario e intensidad reproductivos de mujeres que en el momento de la encuesta tenían

¹³ Un trabajo anterior estudia los patrones reproductivos por región con los datos del censo de 1990, véase Cosío Zavala (1994).

al menos 40 años de edad.¹⁴ La reconstrucción de las trayectorias contempla la declaración de inicio de la actividad sexual, la entrada en unión por tipo de unión, el nacimiento de cada hijo e hija y la entrada a una segunda unión y sucesivas.¹⁵ Definimos las posibles etapas de la trayectoria de formación familiar y reproductiva, con estados y transiciones posibles, como se indica en el cuadro 1.3.

Cuadro 1.3. Estados o transiciones posibles en las trayectorias de formación familiar y reproductiva

<i>Estado o transición</i>	<i>Código</i>
a) Soltera y sin nacimientos	SS
b) Debut sexual	DS
c) Unión libre	U
d) Matrimonio civil	MC
e) Matrimonio religioso	MR
f) Matrimonio civil y religioso	MCR
g) Primer hijo/a	h1
h) Siguiete unión marital	u+
i) Segundo hijo/a	h2
j) Tercer hijo/a	h3
k) Cuarto hijo/a	h4
l) Quinto hijo/a	h5
m) Sexto hijo o de orden superior	h6+

Fuente: elaboración propia.

Las etapas están listadas *a priori* siguiendo un orden lógico, aunque es posible no transitar por alguna de ellas, o que el orden

¹⁴ Debido a que las mujeres de 40 años y más prácticamente han finalizado su historia reproductiva, habiendo alcanzado a partir de esa edad 96% de sus descendencias finales.

¹⁵ Para analizar la diversidad de trayectorias nos enfocamos en el orden de ocurrencia de los eventos y no en las duraciones de cada estado.

seguido no corresponda con este modelo. Lo único similar es el punto de partida, pues todas las mujeres inician su trayectoria reproductiva siendo solteras y sin nacimientos.

Acerca del inicio de la vida sexual (etapa b), no se tiene información para todas las mujeres, pues se trata de una pregunta que era opcional responder.¹⁶ En este caso la no respuesta se considera equivalente a no haber iniciado vida sexual o no haberla iniciado antes de la primera unión o matrimonio. Lo hacemos así para intentar capturar una postura conservadora en esta dimensión. En cuanto a las etapas relacionadas con el tipo de primera unión conyugal (c, d, e y f), encontraremos casos en los que se transite por varios de los tipos y casos en los que sólo ocurra uno de ellos. También es posible que el nacimiento de hijos/as anteceda a la unión conyugal, o pasar directamente a la etapa de segundo o tercer hijo/a si el primer nacimiento ha sido múltiple. En cuanto a la etapa que indica la posibilidad de unirse de nuevo (etapa h), podría ocurrir antes del nacimiento de hijos/as o entre cualquiera de esos nacimientos. De hecho, esa etapa podría suceder en varios momentos en la trayectoria si existe una segunda, tercera, cuarta o quinta unión (aunque siempre posterior a la primera unión, independientemente de su tipo). Aquí no desglosamos por tipo o número de unión, porque lo que interesa capturar es la incidencia de múltiples uniones en las trayectorias.

A nivel nacional destacan cinco trayectorias que agrupan 23% del total de mujeres en la muestra (n = 5 051). Implican el paso de la soltería a la unión civil y religiosa (o sólo civil) seguida de dos o tres nacimientos. También incluyen el hecho de mantenerse en soltería y sin nacimientos (cuadro 1.4).

Al observar las trayectorias predominantes de cada entidad federativa se identifican diferencias en las prevalencias de ciertos modelos de formación familiar que reflejan la importancia social asignada a los tipos de entrada en unión, al tamaño de la descen-

¹⁶ Aunque la mayor parte sí respondió, en el grupo estudiado los porcentajes de no respuesta a esa pregunta fueron 10% entre las mujeres y 19% entre los varones. En la fecha de la encuesta, 2% de las mujeres de 40 años y más y 1% de los hombres de 45 años y más no declaran haber tenido relaciones sexuales.

dencia y a la disolución de uniones. Por ejemplo, en Aguascalientes, al estado de soltería le sigue típicamente el matrimonio civil y religioso (41% de las trayectorias), mientras que en Quintana Roo una proporción importante de las mujeres inicia pronto su actividad sexual (64%). Otras entidades se distinguen por la longitud de sus trayectorias, sea porque es común una descendencia numerosa o porque transitan por varios tipos de unión.

Cuadro 1.4. Trayectorias de formación familiar y reproductiva modales a nivel nacional

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > MCR > h1 > h2	6.5
ss > MCR > h1 > h2 > h3	6.5
ss	4.1
ss > MC > h1 > h2 > h3	3.1
ss > MC > h1 > h2	3.0
Cinco trayectorias modales	23.2

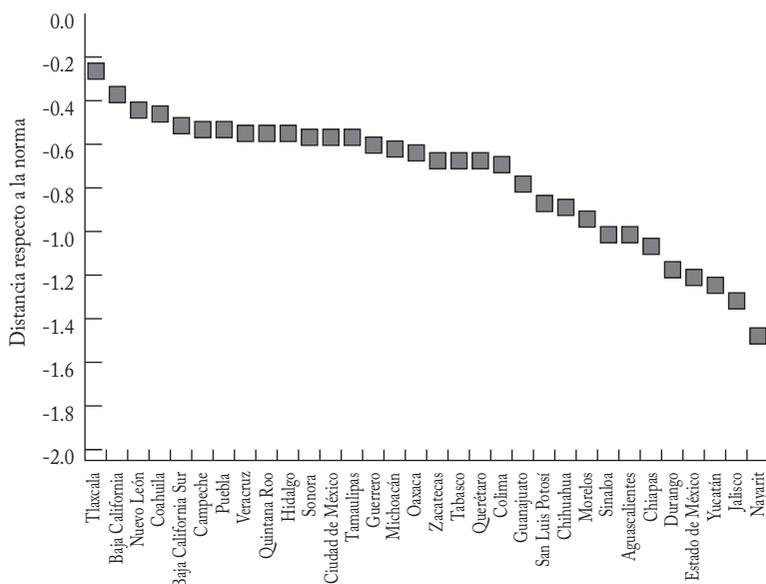
Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Existe una diversidad de opciones estadísticas para llevar a cabo un agrupamiento tal que minimice las diferencias al interior de cada grupo a la vez que maximice las diferencias entre grupos (Robette, 2011). Una opción, por ejemplo, es estimar una medida de la disimilitud de cada una de las 5 051 trayectorias respecto a una trayectoria normativa, la más frecuente a nivel nacional, aunque seguida únicamente por 6.5% de las mujeres en la muestra:

soltera y sin nacimientos > matrimonio civil y religioso >
primer nacimiento > segundo nacimiento.

Con esta medida individual se puede calcular el promedio por entidad para identificar las entidades con las medidas más próximas. El resultado de este procedimiento, conocido como Optimal Matching, se ilustra en la gráfica 1.7.

Gráfica 1.7. Distancia de las trayectorias estatales respecto a la trayectoria normativa nacional



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

No obstante, la construcción de una tipología de secuencias puede valerse también de una estrategia que incorpore las diferencias mostradas por ciertos indicadores longitudinales en algunas entidades, como la mayor prevalencia de entrada a la unión sin etapa anterior de debut sexual, la mayor incidencia de múltiples uniones conyugales, la mayor ocurrencia de nacimientos fuera de uniones formales, o la longitud y complejidad de las trayectorias de formación familiar. Este análisis reflexionado en la selección de lo que se considera más relevante en la comparación de trayectorias es necesario para obtener una mejor clasificación en términos de interpretación de los resultados. Una nota pertinente de Robette (2011) lo aclara:

La clasificación es exploratoria y no-paramétrica: su objetivo no es la medición precisa de un fenómeno o la cuantificación del efecto de una característica sobre otra, sino la identificación de

regularidades, con un mínimo de hipótesis sobre los datos. Es en esta flexibilidad que reside su pertinencia y su poder analítico. De ahí que querer determinar “el mejor” número de clases de una tipología a partir de criterios estadísticos sin importar la pregunta de investigación es un sinsentido: “*las clasificaciones producidas no pueden ser verdaderas o falsas, ni probables o improbables; no pueden ser sino fructuosas o infructuosas*” (Williams y Lance, 1965). La creación de una taxonomía en ciencias sociales debería estar guiada por los fundamentos teóricos, el alcance heurístico de los resultados y/o un balance entre parsimonia y homogeneidad de las clases (2011: 19; traducción propia).

Bajo esta perspectiva distinguimos seis regiones: *a)* Muy conservadora, *b)* Conservadora, *c)* Alta fecundidad, *d)* Mixta, *e)* Tolerante, y *f)* Liberal.¹⁷ Las entidades que las conforman se observan en el mapa 1.1 y a continuación detallamos cuáles son las trayectorias más representativas de cada una.

Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes según región

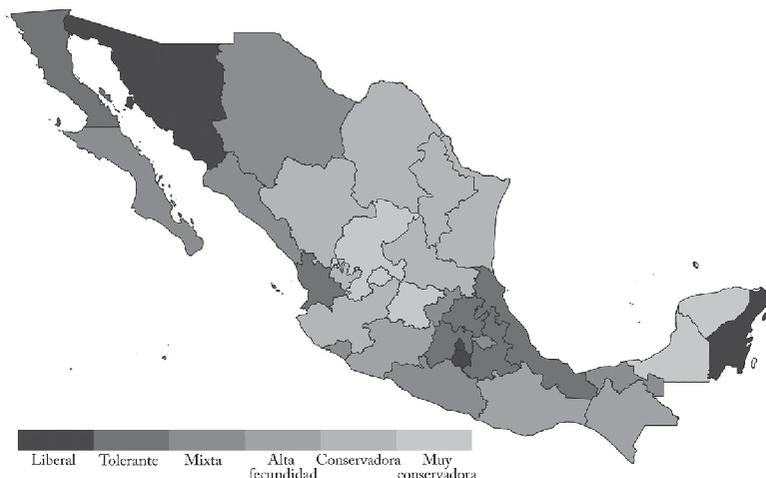
En esta sección se ilustran únicamente las trayectorias más frecuentes en cada región, hasta cubrir 50% del conjunto, es decir, las que son características de la mitad de las mujeres; la otra mitad sigue cualquier otra combinación de etapas que es menos común que las presentadas aquí.

En la región *Muy conservadora*,¹⁸ 68% de las mujeres siguió trayectorias en las que no se declara actividad sexual prematrimonial. El tipo de unión más común es el matrimonio civil y religioso, que ocurrió para aproximadamente la mitad de las mujeres de esta región (cuadro 1.5).

¹⁷ Los nombres de cada región obedecen a nuestro criterio acerca de los rasgos que representan comportamientos más o menos alejados de la trayectoria normativa tradicional en las dimensiones familiares y reproductivas.

¹⁸ Contiene trayectorias de 814 mujeres. Son los estados de Aguascalientes, Campeche, Guanajuato, Yucatán y Zacatecas (véase mapa 1.1).

Mapa 1.1. Regiones de formación familiar y reproductiva en México



Clasificación de las entidades en regiones de formación familiar

<i>Liberal</i>	<i>Tolerante</i>	<i>Mixta</i>	<i>Alta fecundidad</i>	<i>Conservadora</i>	<i>Muy conservadora</i>
Ciudad de México	Baja California	Baja California	Chiapas	Coahuila	Aguascalientes
Morelos	Hidalgo	Sur	Oaxaca	Jalisco	Guanajuato
Quintana Roo	Estado de México	Colima		Nuevo León	Yucatán
Sonora	Nayarit	Chihuahua		San Luis Potosí	Zacatecas
	Puebla	Guerrero		Tamaulipas	
	Veracruz	Querétaro			
		Sinaloa			
		Tabasco			
		Tlaxcala			

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En la región *Conservadora*,¹⁹ el patrón de formación familiar tradicional es semejante al de la región muy conservadora, aun-

¹⁹ Contiene 956 trayectorias. Son los estados de Coahuila, Durango, Jalisco, Nuevo León, San Luis Potosí y Tamaulipas (mapa 1.1).

que de menor intensidad. Una proporción de 59% de las mujeres declara la entrada a la unión sin actividad sexual previa, y 32% se une civil y religiosamente. También se identifican, entre las trayectorias más frecuentes, unas pocas en que la fecundidad no es precedida por el matrimonio (cuadro 1.6).

*Cuadro 1.5. Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes para las mujeres de la región *Muy conservadora**

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > MCR > h1 > h2	10.6
ss > MCR > h1 > h2 > h3	10.2
ss	5.3
ss > MCR > h1 > h2 > h3 > h4	4.2
ss > DS > MCR > h1 > h2 > h3	3.3
ss > MC > h1 > h2 > h3	3.1
ss > MCR > h1 > h2 > h3 > h4 > h5 > h6+	3.0
ss > MC > h1 > h2	2.8
ss > DS > MCR > h1 > h2	2.7
ss > MCR > h1	2.6
ss > DS	2.3
Porcentaje respecto al total de trayectorias	50.1

Nota: véanse códigos en cuadro 1.3.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En las entidades con *Alta fecundidad*, 39% de las trayectorias²⁰ culmina con cuatro hijos/as o más. Es frecuente que la formación familiar se base en el matrimonio civil y religioso, pero se observan también familias fundadas en la unión libre o incluso fuera de unión, de manera más frecuente que en las regiones *Conservadora* y *Muy conservadora* (cuadro 1.7).

²⁰ Contiene 471 trayectorias. Son los estados de Chiapas, Michoacán y Oaxaca (véase mapa 1.1).

Cuadro 1.6. Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes para las mujeres de la región Conservadora

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > MCR > h1 > h2 > h3	8.9
ss > MCR > h1 > h2	7.7
ss	4.4
ss > DS > MCR > h1 > h2 > h3	4.0
ss > MC > h1 > h2 > h3	3.6
ss > MRC > h1 > h2 > h3 > h4	3.4
ss > DS > MCR > h1 > h2	2.6
ss > MC > h1 > h2	2.4
ss > MCR > h1	2.3
ss > DS	2.0
ss > DS > U > h1 > h2	1.8
ss > MC > h1 > h2 > h3 > h4	1.8
ss > DS > U > h1 > h2 > h3	1.6
ss > DS > MC > h1 > h2 > h3	1.5
ss > DS > h1	1.6
ss > DS > MC > h1 > h2 > h3 > h4	1.5
ss > DS > MC > h1 > h2	1.5
Porcentaje respecto al total de trayectorias	52.6

Nota: véanse códigos en el cuadro 1.3.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En la región *Mixta*,²¹ 35% de las mujeres se une civil y religiosamente, y 27% opta por la unión libre y la fecundidad en soltería. Las segundas uniones conyugales son más frecuentes (cuadro 1.8).

²¹ Contiene 1235 trayectorias. Son los estados de Baja California Sur, Colima, Chihuahua, Guerrero, Querétaro, Sinaloa, Tabasco y Tlaxcala (mapa 1.1).

Cuadro 1.7. Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes para las mujeres de la región Alta fecundidad

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > MCR > h1 > h2 > h3	7.0
ss > MCR > h1 > h2	5.5
ss	3.6
ss > MC > h1 > h2 > h3	3.6
ss > MC > h1 > h2	3.4
ss > U > h1 > h2	2.8
ss > MC > h1 > h2 > h3 > h4	2.8
ss > MCR > h1 > h2 > h3 > h4 > h5 > h6	2.6
ss > MC > h1 > h2 > h3 > h4 > h5 > h6	2.3
ss > MCR > h1 > h2 > h3 > h4	2.1
ss > DS	1.9
ss > DS > h1	1.9
ss > DS > MC > h1 > h2	1.9
ss > DS > MCR > h1 > h2 > h3	1.9
ss > U > h1 > h2	1.9
ss > DS > MC > h1 > h2 > h3	1.7
ss > MC > h1	1.7
ss > DS > MCR > h1 > h2	1.5
ss > U > h1 > h2 > h3	1.5
ss > U > h1 > h2 > h3 > h4 > h5 > h6	1.5
ss > MR > h1 > h2 > h3 > h4 > h5 > h6	1.5
ss > MRC > h1 > h2 > h3 > h4 > h5	1.5
Porcentaje respecto al total de trayectorias	56.1

Nota: véanse códigos en cuadro 1.3.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Cuadro 1.8. Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes para las mujeres de la región *Mixta*

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > MCR > h1 > h2 > h3	6.0
ss > MCR > h1 > h2	5.4
ss	3.9
ss > MC > h1 > h2	3.7
ss > MC > h1 > h2 > h3	3.3
ss > DS > U > h1 > h2	2.7
ss > DS > MC > h1 > h2	2.6
ss > DS > MCR > h1 > h2 > h3	2.6
ss > DS > MCR > h1 > h2	2.4
ss > DS > h1	2.3
ss > MCR > h1	1.9
ss > DS > MC > h1 > h2 > h3	1.9
ss > MCR > h1 > h2 > h3 > h4	1.9
ss > MC > h1 > h2 > h3 > h4	1.7
ss > DS > MC > h1	1.6
ss > U > h1 > h2 > h3	1.5
ss > U > MC > h1 > h2 > h3	1.5
ss > DS > U > h1	1.4
ss > U > h1 > h2	1.4
ss > DS	1.3
ss > U > h1 > U+ > h2 > h3	1.3
Porcentaje respecto al total de trayectorias	52.3

Nota: véanse códigos en cuadro 1.3.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Por otra parte, en los estados *Tolerantes*,²² 42% de las familias inicia en unión libre y 47% en alguna forma de matrimonio. Una mayor proporción de mujeres declara actividad sexual prematri-

²² Contiene 974 trayectorias. Son los estados de Baja California, Hidalgo, Estado de México, Nayarit, Puebla y Veracruz (mapa 1.1).

monial y uniones libres con nacimientos en comparación con las regiones descritas anteriormente (cuadro 1.9).

Cuadro 1.9. Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes para las mujeres de la región *Tolerante*

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > MCR > h1 > h2	4.8
ss > MCR > h1 > h2 > h3	3.8
ss	3.6
ss > DS > U > h1 > h2	3.3
ss > MC > h1 > h2 > h3	3.1
ss > DS > MC > h1 > h2	2.8
ss > MC > h1 > h2	2.7
ss > DS > MCR > h1 > h2	2.5
ss > U > h1 > h2	2.3
ss > DS > U > h1 > h2 > h3	2.1
ss > DS	2.0
ss > U > h1 > h2 > h3	2.0
ss > U > MC > h1 > h2 > h3	2.0
ss > DS > MCR > h1 > h2 > h3	1.9
ss > U > h1 > h2 > h3 > h4	1.9
ss > DS > h1	1.6
ss > MC > h1 > h2 > h3	1.6
ss > U > h1	1.5
ss > MCR > h1	1.5
ss > DS > h1 > h2	1.4
ss > DS > U > h1	1.4
ss > DS > MCR > h1	1.2
ss > U > MC > h1 > h2	1.2
Porcentaje respecto al total de trayectorias	52.2

Nota: véanse códigos en cuadro 1.3.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Finalmente, en la región *Liberal*²³ un mayor porcentaje de las mujeres declara inicio de actividad sexual previa a la unión conyugal y uniones libres con nacimientos (cuadro 1.10).

Cuadro 1.10. Trayectorias de formación familiar y reproductiva más frecuentes para las mujeres de la región *Liberal*

<i>Orden de los estados y transiciones</i>	<i>Porcentaje</i>
ss > ds > MCR > h1 > h2	6.0
ss > MCR > h1 > h2	5.0
ss	4.0
ss > ds > MCR > h1 > h2 > h3	4.0
ss > ds > MCR > h1	3.7
ss > ds	3.5
ss > ds > MC > h1 > h2	3.5
ss > MC > h1 > h2	3.2
ss > ds > U > h1 > h2	2.8
ss > MCR > h1 > h2 > h3	2.5
ss > ds > MC > h1 > h2 > h3	2.2
ss > ds > U > h1	1.8
ss > ds > U > h1 > h2 > h3	1.8
ss > ds > U > h1 > h2	1.8
ss > MC > h1 > h2 > h3	1.8
ss > ds > U > h1 > h2 > h3 > h4	1.7
ss > U > h1 > h2 > h3	1.5
ss > MCR > h1	1.5
Porcentaje respecto al total de trayectorias	52.3

Nota: véanse códigos en cuadro 1.3.

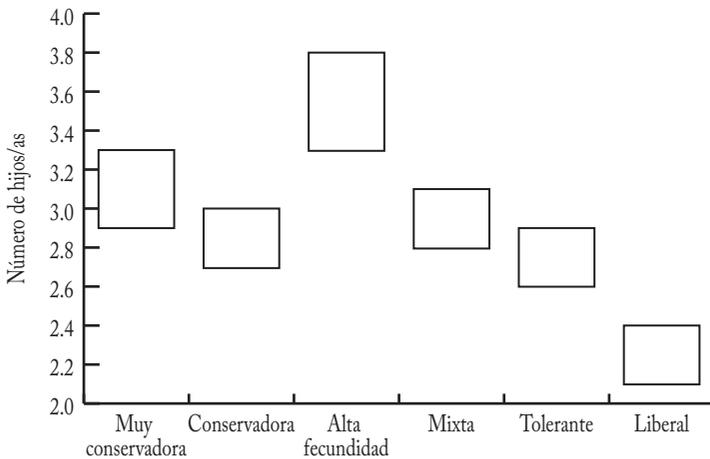
Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

²³ Contiene 601 trayectorias. Son los estados de la Ciudad de México, Morelos, Quintana Roo y Sonora (mapa 1.1).

Diferencias regionales en los indicadores reproductivos

Una vez definidas las regiones verificamos las diferencias observables en los indicadores de intensidad y calendario de la fecundidad. En cuanto a la descendencia final, tal como se espera, las mujeres de la región de *Alta fecundidad* son quienes alcanzan un mayor promedio al final de su vida reproductiva (próximo a 3.5 nacimientos por mujer). En la región *Muy conservadora* la cifra es de 3.1 nacimientos y, en contraste, en la región *Liberal* el promedio es de 2.3 nacimientos por mujer (gráfica 1.8), una diferencia de 1.2 hijos/as entre las regiones de un mismo país.

Gráfica 1.8. Descendencia final de las mujeres de 40 años y más, según región



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Si se examinan indicadores de calendario, observamos que en las regiones *Muy conservadora* y *Conservadora* (igual que en la *Liberal*) se inicia un año más tarde la reproducción en comparación con las otras regiones, pero el espaciamiento entre el primer y el segundo hijo/a es menor en comparación con las regiones *Tolerante* y *Liberal* (cuadro 1.11).

Cuadro 1.11. Indicadores de formación familiar y reproductivos de mujeres de 40 años y más, según región

	<i>Muy conservadora</i>	<i>Conservadora</i>	<i>Alta fecundidad</i>	<i>Mixta</i>	<i>Tolerante</i>	<i>Liberal</i>
Descendencia final	3.1*	2.8*	3.5***	2.9*	2.8*	2.3***
Edad mediana a la primera unión	20	20	19	20	20	21
Edad mediana al primer nacimiento	23	23	22	22	22	23
Años entre el primer y el segundo nacimientos	3	3	3	3	4	4
Años entre el segundo y el tercer nacimientos	3	3	3	3	4	4
Proporción de mujeres con un solo nacimiento	0.10	0.08	0.08	0.11	0.11	0.13*
Probabilidad de tener un tercer nacimiento si las dos primeras fueron niñas	0.78	0.74	0.74	0.73	0.59**	0.58**
	n = 814	n = 956	n = 471	n = 1235	n = 974	n = 601

* Estadísticamente diferente de dos regiones ($p < 0.05$).

** Estadísticamente diferente de cuatro regiones ($p < 0.05$).

*** Estadísticamente diferente de las otras cinco regiones ($p < 0.05$).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Para algunas familias, el sexo de los dos primeros nacimientos determina la descendencia final (Zavala, 2020). En las regiones *Muy conservadora*, *Conservadora*, *Alta fecundidad* y *Mixta* la probabilidad de tener un tercer nacimiento si los dos primeros fueron niñas es superior a 0.73 (cuadro 1.11), en contraste con las regiones *Tolerante* y *Liberal*, en las que el sexo de los dos primeros nacimientos no es relevante en la búsqueda de un tercero.

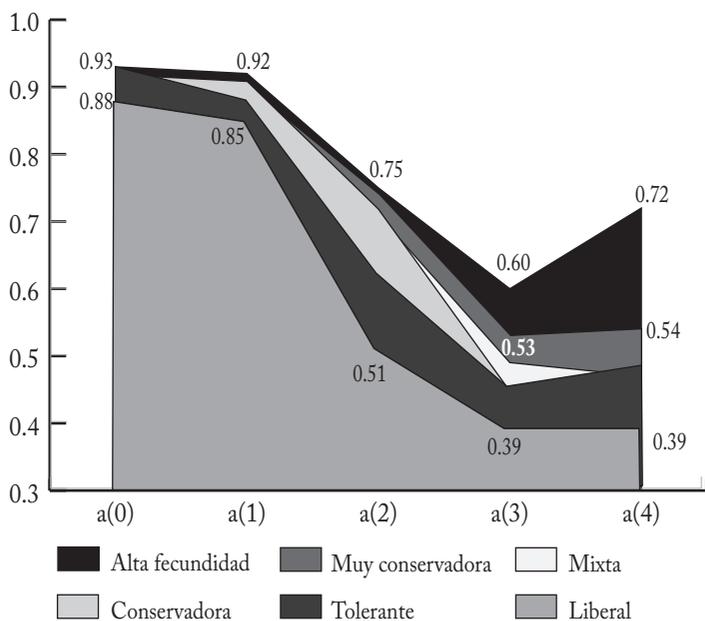
Este tipo de análisis nos permite confirmar que el modelo de transición reproductiva en el país es polarizado, algo que habíamos descrito empleando otras categorías (Páez y Zavala, 2016; Zavala, 2020) y que reafirmamos con la dimensión territorial. En la región *Liberal* se observan simultáneamente menores descendencias finales del país, mayor aplazamiento de las uniones y del primer nacimiento, así como mayor espaciamiento entre los nacimientos de segundo y tercer orden. También destacan la mayor proporción de mujeres con un solo nacimiento y la mayor proporción de mujeres sin descendencia. En general, los indicadores de fecundidad en la región *Liberal* muestran menor probabilidad de agrandar la familia, incluso en el caso de que los dos primeros descendientes hubiesen sido del mismo sexo. La menor intensidad y un calendario aplazado explican que la fecundidad de la región *Liberal* se acerque al nivel de fecundidad de reemplazo.

En el extremo opuesto, con indicadores que sugieren una reducción más lenta de la fecundidad, están las regiones de *Alta fecundidad* y *Muy conservadora*. La región de *Alta fecundidad* (Chiapas, Michoacán, Oaxaca) mantiene descendencias elevadas con un control social más laxo de las uniones, que siguen siendo muy tempranas y de formas variadas (matrimonio, unión libre o sin unión) como se describe en el cuadro 1.7. El espaciamiento es corto entre hijos/as y las probabilidades de agrandamiento de las familias son mayores en todos los órdenes de nacimiento (gráfica 1.9), lo que denota el menor uso de anticonceptivos durante la vida reproductiva de las parejas.

La región *Muy conservadora* se adhiere al modelo reproductivo tradicional y religioso, que empieza de manera preferente con un matrimonio civil y religioso, un retraso del nacimiento del primer hijo/a e intervalos relativamente breves entre nacimientos

sucesivos, hasta llegar a un tamaño de familia grande, ya que 53% de las mujeres que tuvieron un tercer hijo/a tiene un cuarto hijo/a, y 54% de las mujeres que tuvieron cuatro hijos/as tiene un quinto hijo/a (gráfica 1.9 y cuadro A.1.1 en el anexo). Este patrón reproductivo se encuentra también en la región *Conservadora*, de manera un poco diferente, ya que el inicio de la vida reproductiva puede empezar no sólo con un matrimonio, sino también con uniones libres o incluso fuera de unión (cuadro 1.6) y las probabilidades de agrandamiento se reducen un poco a partir del cuarto nacimiento (gráfica 1.9).

Gráfica 1.9. Probabilidades de agrandamiento de las familias según región, mujeres de 40 años y más



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Las diferencias entre los patrones reproductivos de las regiones señalan la gran importancia que tiene el inicio de la vida familiar. Esta etapa biográfica determina ampliamente el nivel final y el calendario de la fecundidad, y contribuye a explicar las

evoluciones de los patrones reproductivos. Es así como los datos de las encuestas EDER, que recuentan todas las etapas de las trayectorias de formación familiar y reproductivas, proporcionan herramientas de gran valor para estimar la fecundidad mexicana a lo largo del tiempo y del espacio en México.

Propensión a tener un solo hijo/a frente a tener más de uno/a incluyendo la dimensión regional

Se puede añadir la región como variable explicativa del modelo general incluido en la segunda sección de este capítulo, que presentó las variables determinantes de la propensión a tener un solo nacimiento (cuadro 1.2). En este modelo (cuadro 1.12) se observa que las dos regiones extremas, en cuanto a su propensión a tener un solo hijo/a, son la *Liberal* (más propensa) y la *Conservadora* (menos propensa).

REFLEXIONES ACERCA DEL VÍNCULO
DE LAS TRAYECTORIAS DE FORMACIÓN FAMILIAR
Y REPRODUCTIVA CON OTRAS TRAYECTORIAS VITALES

No escapa de nuestra atención que en la región que hemos denominado de *Alta fecundidad* buena parte de los casos estudiados pertenecen al origen social más bajo (62%), y que los indicadores reproductivos pueden, ciertamente, estar explicados tanto por la cultura regional que permea la formación de las familias como por el origen social que prevalece en esa región. También percibimos que el origen social se relaciona tanto con el nivel de escolaridad alcanzado como con la trayectoria laboral, y las trayectorias de residencia con la pareja, los padres o los suegros, o con la propensión al cambio de estado conyugal. Las conexiones entre el origen social, la dimensión regional y las alternativas en las distintas trayectorias vitales merecen ser estudiadas con detenimiento, para comprender cómo se perfilan las desigualdades y en dónde están las mejores oportunidades de intervención para incidir en el conjunto de desventajas y en la movilidad social en México.

Cuadro 1.12. Resultados de modelos de regresión logística para estimar la propensión de las mujeres a tener un solo hijo/a frente a tener más de uno, incluyendo la dimensión regional

<i>Variables explicativas (categoría de referencia)</i>	<i>Completo</i>
<i>Cohortes de nacimiento (1962-1963)</i>	
1964-1965	0.92
1966-1967	1.00
1968-1969	1.07
1970-1971	1.64*
1972-1973	1.74**
1974-1975	1.85**
1976-1977	2.19***
<i>Origen social (1)</i>	
2	1.33**
3	1.48***
<i>Edad promedio al primer hijo/a (12)</i>	
Cada año adicional	1.04***
<i>Nivel de escolaridad (1)</i>	
2	1.35**
3	3.12***
<i>En unión (1)</i>	
Fuera de unión	3.68***
<i>Región (Conservadora)</i>	
Muy conservadora	1.45**
Alta fecundidad	1.41
Mixta	1.60***
Tolerante	1.34*
Liberal	1.69**
Constante	0.00***
n = 4.395	

Nota: el estado conyugal (en Unión/Fuera de unión) es una variable que cambia en el tiempo.

* p < 0.10, ** p < 0.05, *** p < 0.001.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Los diferentes patrones regionales de formación familiar y reproductivos en México, que hemos podido delinear con información de la EDER 2017, no solamente representan la diversidad de las dinámicas reproductivas a lo largo del territorio nacional, sino que enriquecen el análisis de las otras trayectorias de vida, en particular la laboral. Las trayectorias reproductiva y laboral de las mujeres son interdependientes y se relacionan con diferentes modelos culturales y de género que se han sostenido a lo largo de la historia demográfica y social de las diferentes regiones, pero que, sin duda, incorporan algunos de los cambios más recientes en estas dimensiones.²⁴

Por último, enfatizamos también que es muy importante considerar la diversidad del cambio reproductivo en las proyecciones demográficas y en la planeación nacional; que los datos retrospectivos desagregados a nivel de entidad federativa son necesarios para estimar adecuadamente las tendencias de la fecundidad, en especial para los grupos menos numerosos, como el de las y los adolescentes; y que pueden complementar otras fuentes para mejorar la calidad de las estimaciones.

ANEXO

Cuadro A.1.1. Probabilidades de agrandamiento de las familias según región, mujeres de 40 años y más

<i>Región</i>	<i>a(0)</i>	<i>a(1)</i>	<i>a(2)</i>	<i>a(3)</i>	<i>a(4)</i>
Muy conservadora	0.92	0.90	0.74	0.53	0.54
Conservadora	0.92	0.91	0.72	0.45	0.43
Alta fecundidad	0.93	0.92	0.75	0.60	0.72
Mixta	0.93	0.89	0.71	0.49	0.47
Tolerante	0.94	0.89	0.63	0.46	0.49
Liberal	0.88	0.85	0.51	0.39	0.39

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

²⁴ Varios capítulos de este libro abordan esas interdependencias según diferentes perspectivas.

2. VIDA SEXUAL Y CONYUGAL: SU RELACIÓN CON EL EMBARAZO DURANTE LA ADOLESCENCIA Y JUVENTUD DE MUJERES Y HOMBRES EN MÉXICO

*Fabiola Pérez Baleón**

INTRODUCCIÓN¹

En México la mayoría de las mujeres inician su reproducción antes de los 30 años de edad; Zavala (2014) indica que a partir de 1989 el país comenzó a presentar una cúspide temprana de la fecundidad al registrarse que tres cuartas partes del total de nacimientos ocurrían antes de que las mujeres alcanzaran su tercera década de edad; los tres grupos quinquenales de edad en que esto sucede son: 15-19, 20-24 y 25-29 años.

La cima se presenta entre los 20 y 24 años, edad en que la mayoría de las mujeres comienza a tener su primer bebé, mientras que entre los 15 y 19 años, si bien su reproducción es menor, las tasas de fecundidad de este grupo quinquenal han ido decreciendo con mayor lentitud (Welti, 2012), además de registrarse

* Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

¹ Se agradece a Mariana Lugo por haber contribuido en la estimación de los datos estadísticos que conforman este capítulo.

un incremento de embarazos entre los 10 y 14 años. En 1974 la tasa específica de fecundidad adolescente fue de 130 hijos nacidos vivos (HNV) por cada mil mujeres de 15 a 19 años, en tanto que en 1991 la tasa se colocó en 82 nacimientos (Stern, 1997); sin embargo, 23 años después, en 2014, el Consejo Nacional de Población (Conapo) estimó, con datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid), que este indicador se ubicó en 77 nacimientos, lo que confirma su pausada disminución.

Es común que al estudiar el comportamiento reproductivo de un país se retomen los datos de la población femenina para dar cuenta de ello, dejando de lado la contraparte masculina; al respecto, Figueroa (2017) afirma que este tipo de análisis considera a los hombres como una variable en la fecundidad de las mujeres, asignándoles un papel secundario, dejando sin indagar el rol central que ellos tienen en el proceso reproductivo y en la toma de decisiones de las mujeres en torno al momento en que ellas se embarazan y en las condiciones en que la gestación y la crianza de hijos e hijas sucederá.

Por ello, partiendo de un enfoque de curso de vida, en este capítulo interesa precisar el espaciamiento, el orden y la temporalidad que se presenta entre el inicio de la vida sexual, la llegada del primer y segundo descendiente, el inicio y la posible conclusión de la vida conyugal, además de establecer con ello las trayectorias más comunes de lo que aquí se ha denominado como “trayectoria sexual-conyugal-reproductiva”, precisando tanto las características para mujeres y hombres como por etapa en que se inició la reproducción (adolescencia y juventud) para tres cohortes de nacimiento (1963-1967, 1968-1977 y 1978-1987).

Cada cohorte se dividió en dos grupos reproductivos: mujeres y hombres que tuvieron un hijo/a en la adolescencia (entre los 10 y 19 años²) *versus* aquellos/as que vieron la llegada de su

² Para analizar la reproducción en la adolescencia se recomienda dividirla en tres grupos: adolescencia temprana (10 a 14 años), media (15 a 17 años) y tardía (18 a 19 años), lo que permitirá distinguir experiencias reproductivas desiguales, dadas de inicio por la edad en que el evento ocurrió (Pérez Baleón y Lugo, 2021). En este documento el acento está puesto en la reproducción adolescente *versus* juvenil, por lo que no se efectuó dicha desagregación por edad.

primer descendiente entre los 20 y 29 años; el eje del análisis es la reproducción en dos etapas claves de la vida: la adolescencia y la juventud.

En un sentido amplio consideramos que la trayectoria sexual-conyugal-reproductiva se conforma de una progresión cronológica de transiciones y estados que, para el caso de las mujeres, inicia a partir de la menarca e incluye los embarazos, nacimientos, tipo de partos, puerperios, abortos y mortinatos; abarca, tanto para hombres como para mujeres, el inicio de la vida sexual y el empleo de métodos anticonceptivos, además de los noviazgos y las relaciones afectivas significativas, la llegada de la descendencia, la primera unión conyugal y, si las hay, separaciones, divorcios y nuevas uniones, sin que exista una progresión cronológica entre los distintos eventos que se enlistan (Pérez Baleón y Sánchez, 2022).

El capítulo contiene una breve revisión en torno a la primera relación sexual, el primer y segundo hijo/a, y el inicio y finalización de la vida en pareja; también se muestran algunas características sociodemográficas de las tres cohortes y se efectúa un análisis descriptivo de transiciones, trayectorias y distancias entre eventos. Finalmente se presentan las conclusiones.

¿QUÉ SABEMOS SOBRE LAS TRANSICIONES EN ESTUDIO?

Primera relación sexual

La edad al debut sexual se ha ubicado entre los 17.9 y 20.4 años, según cohorte y nivel socioeconómico y educativo (Gayet y Solís, 2007). Por ejemplo, entre las mujeres más jóvenes, de 20 a 24 años, se calcula una edad mediana de 18.5 años (Pérez Baleón y Lugo, 2021). Por estados, Mejía y Sosa (2015) muestran que la edad mediana de esta transición en casi todas las entidades del país y a nivel nacional es de 18 años; sólo Aguascalientes, Jalisco y Nuevo León muestran un calendario más tardío de un año (19 años).

La población femenina tiende a reportar una distancia más corta entre la iniciación sexual y la vida en pareja, en comparación

con la masculina. Estas dos transiciones suelen estar imbricadas, algunas veces el debut sexual se presenta dentro del matrimonio, en otras ocasiones motiva la unión conyugal y en unas más puede derivar en un embarazo que lleve a la vida en pareja (Rojas y Castrejón, 2011; Welti, 2005). La gran mayoría de las mujeres debuta con su pareja (Pérez Baleón y Lugo, 2021).

En contraste, entre los hombres es común que su primera compañera sexual sea una novia, amiga, conocida o trabajadora del sexo comercial (TSC), y en pocas ocasiones que sea su esposa (Evangelista y Kauffer, 2009; Gayet *et al.*, 2011; Rojas y Castrejón, 2011). Se calcula que antes de los 20 años ya han debutado sexualmente entre 66 y 76% de ellos (Gayet y Gutiérrez, 2014).

Primera unión conyugal

En el país, la constitución de la primera unión de pareja suele ocurrir siguiendo dos alternativas: el matrimonio civil y/o religioso o la unión consensual. Las diferencias entre las personas que optan por una unión legal o por una unión libre se expresan en la edad a la primera unión, ya que se observa que el calendario de las uniones consensuales tiende a ser más temprano que el de los matrimonios (Pérez Amador, 2008). La edad a la cual ocurre la primera unión conyugal ha variado entre la población femenina según zona o estado de residencia y cohorte de nacimiento. En 2000 la edad mediana se situó en 22.5 años para las mujeres urbanas y en 21.1 años para las rurales (Echarri y Pérez Amador, 2007).

En 2014 la edad mediana de las mujeres a la primera unión conyugal se colocó, a nivel nacional, en 20 años; con un amplio rango de variación que va desde los 18 años en Chiapas y Oaxaca hasta los 21 años en la Ciudad de México (Mejía y Sosa, 2015). En tanto que en 2017 la edad mediana entre las mujeres de 20 a 24 años fue de 21.9 años (Pérez Baleón y Lugo, 2021), dato cercano al estimado por Zavala (2014) a partir de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) de 1998 y 2011, quien sitúa esta edad mediana en 21 años.

En los varones la edad mediana a la unión de pareja se ubicó en 2000 en 25.3 años para los hombres urbanos y en 23.4 años para los rurales (Echarri y Pérez Amador, 2007). Para 2010 la edad media de los hombres, a nivel nacional, fue de 25.4 años. También en ellos se aprecian diferencias por estados: las edades promedio bajas (24.3 años o menos) se ubican en el Norte, parte del Pacífico Sur y en la Península de Yucatán, en tanto que las edades altas (26.3 años o más) se sitúan en estados del Noroeste, Occidente y Centro del país (Martínez y Tapia-McClung, 2017).

Disolución conyugal

En México no se tienen datos exactos que den cuenta de la disolución conyugal debido a que gran parte de las uniones conyugales son de tipo consensual. Un indicador que se suele emplear es la razón de divorcios que se obtiene del cociente de los divorcios entre los matrimonios que suceden en un año, la cual da un panorama aproximado sobre esta cuestión; aunque se afirma que si se tomaran en cuenta las separaciones, el nivel de disolución marital se incrementaría. Para distintos años se aprecia en el país una fluctuación que va de entre 2.71 y 7.28 divorcios por cada cien matrimonios, sin mostrar una tendencia definida entre 1960 y 1996 (García y Rojas, 2002). Con datos de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva (Ensar) 2003, Ojeda y González (2008) calculan que 83.5% de las disoluciones corresponde a separaciones de hecho y tan sólo 16.5% son divorcios.

Nacimiento del primer hijo/a

Un eje primordial de análisis de este capítulo es la reproducción, medida como transición por medio del nacimiento del primer descendiente, y vista como parte de la trayectoria mediante el ejercicio de la maternidad/paternidad, así como la llegada de un segundo hijo/a.

Echarri y Pérez Amador (2007) precisan que en 2000 la edad mediana al primer hijo/a varió por sexo y ámbitos de socialización. En las mujeres urbanas ello sucedió a los 23.1 años, mientras que en las rurales se dio a los 22 años. En los hombres el indicador se situó en 26.8 y en 24.3 años, respectivamente.

Para 2017 la mitad de las mujeres mexicanas de 20 a 24 años tuvo su primer embarazo a los 21.4 años; pero entre aquellas que tuvieron su primera gestación en la adolescencia este indicador fue de 17.8 años (Pérez Baleón y Lugo, 2021).

Nacimiento del segundo hijo/a

A mayor edad hay mayor probabilidad de continuar agrandando la familia una vez que se tiene el primer hijo, sobre todo en los primeros grupos reproductivos. De esta forma se aprecia que sólo una de cada diez mujeres de 15 a 19 años ya ha tenido un segundo bebé, en tanto que entre los 20 y 24 años una cuarta parte ya cuenta con dos menores, y de los 25 a 29 años el porcentaje con dos hijos/as aumenta a 34.6%; mientras que después de los 30 años hay mayores posibilidades de que la descendencia continúe incrementándose (Mejía y Sosa, 2015).

METODOLOGÍA

Para este capítulo se construyeron, para ambos sexos, tres cohortes de nacimiento: 1) 50-54 años (nacidos entre 1963-1967, denominada aquí como cohorte antigua), 2) 40-49 años (1968-1977, cohorte intermedia) y 3) 30-39 años de edad (1978-1987, cohorte joven); a su vez, cada cohorte se dividió en dos grupos: *a)* con un primer bebé nacido antes de los 20 años (embarazo en la adolescencia) y *b)* con un primer bebé nacido entre los 20 y 29 años (embarazo juvenil).

En la presentación de los resultados se muestra un análisis estadístico descriptivo en donde se identifican algunas características sociodemográficas de la población de estudio: Índice de

Origen Social (IOS) cuando los/as encuestados/as tenían 14 años, así como región geográfica de residencia³ y nivel educativo a la llegada del primer descendiente.

Para el análisis se estiman, mediante tablas de vida, las curvas de proporciones de hombres y mujeres que a cada edad ya habían experimentado las siguientes transiciones: primera relación sexual (PRS), primera unión conyugal (PUC), nacimiento del primer hijo/a (NPH), nacimiento del segundo hijo/a (NSH) y primera disolución conyugal (PDC), y se precisan sus edades medianas.

Posteriormente se analizan las principales trayectorias por cohorte y sexo que se obtienen a partir de estas cinco transiciones. También se ahonda en el espaciamiento entre: 1) la primera relación sexual y el nacimiento del primer hijo/a; 2) la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo/a; 3) el nacimiento del primer hijo/a y el nacimiento del segundo, y 4) la primera unión conyugal y la primera disolución conyugal.

RESULTADOS

Características sociodemográficas y espaciales de las mujeres

En este apartado se presenta la distribución geográfica, así como el IOS y nivel educativo de encuestadas y encuestados al momento del nacimiento de su primer bebé (cuadro 2.1). En cada una de las tres cohortes (1, 2 y 3) y en los dos grupos reproductivos: adolescentes *versus* jóvenes (a y b, respectivamente), las mujeres presentaron la misma distribución espacial al momento del nacimiento de su primer hijo/a. En orden de mayor a menor concentración destacan las regiones Centro, Sur-sureste, Frontera

³ Para ello se generaron cinco regiones: Frontera Norte (Baja California, Sonora, Coahuila, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas), Norte (Baja California Sur, Durango, Sinaloa, Nayarit, San Luis Potosí y Zacatecas), Occidente (Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco y Michoacán), Centro (Ciudad de México, Hidalgo, Estado de México, Morelos, Puebla, Querétaro y Tlaxcala) y Sur-sureste (Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo), además de incluirse la categoría de otro país.

Norte, Occidente y Norte. La prueba chi cuadrada (χ^2) muestra diferencias estadísticamente significativas entre la reproducción adolescente y juvenil en las cohortes más antiguas 1 (50-54) y 2 (40- 49), no así en la más joven 3 (30-39).

Por los se apreciaron diferencias estadísticamente significativas entre la reproducción que se presentó en la adolescencia *versus* en la juventud en las tres cohortes: las mujeres con un primer hijo/a antes de que ellas tuvieran 20 años pertenecían, mayoritariamente, al primer tercil (entre 44 y 48%); es decir, eran personas que contaron con menores recursos económicos y culturales en su infancia y adolescencia. En tanto que entre las mujeres que tuvieron un primer bebé siendo veinteañeras se presentó una distribución más o menos homogénea a lo largo de los tres terciles.

Por nivel educativo también se observaron diferencias estadísticamente significativas entre ambos grupos: las mujeres con primeros hijos/as cuando ellas eran adolescentes lograron mayormente niveles de primaria o de secundaria, pocas tenían una escolaridad de media superior o superior; cabe mencionar que en la cohorte más joven disminuyeron aquellas con sólo primaria (39.4%) e incrementaron aquellas con secundaria (38.4%) y media superior (19.7%).

El grupo con reproducción juvenil, es decir, veinteañeras, mostró un menor porcentaje de mujeres con escolaridad únicamente de primaria, mientras que aumentaron aquellas con secundaria, pero sobre todo con bachillerato, y todavía más con nivel superior; los porcentajes en este último rubro fueron, por mucho, más altos en comparación con el grupo de embarazo en la adolescencia, sobre todo en la cohorte joven (2.5 *versus* 27.8%). Esto habla de una mayor posibilidad de acceder a mayores niveles educativos tanto entre quienes postergaron su maternidad como entre aquellas que pertenecieron a las cohortes más jóvenes, esto último debido a la inversión y expansión de la educación en el país efectuada durante la segunda mitad del siglo xx (cuadro 2.1).

Características sociodemográficas y espaciales de los hombres

En el caso de la distribución residencial de los hombres al momento del nacimiento de su primer hijo/a se observan las mismas tendencias por cada cohorte y por grupo que las de las mujeres (cuadro 2.2); la mayor concentración se dio en el Centro, Sur-sureste, Frontera Norte, Occidente y Norte. Entre los varones, sobre todo entre aquellos con un primer bebé en la adolescencia, sí llegó a ser alto el porcentaje que se encontraba residiendo en otro país cuando el menor nació, en comparación con las mujeres, lo cual está asociado a la migración internacional, más común entre los hombres. La prueba χ^2 reportó que las diferencias al interior de los grupos de varones no fueron estadísticamente significativas.

Por orígenes sociales se aprecia una distribución cargada hacia los dos primeros terciles, con menores recursos, entre quienes tuvieron un descendiente antes de los 20 años en cada una de las tres cohortes. En tanto que entre aquellos con un inicio reproductivo siendo veinteañeros se presentó una distribución más o menos similar entre los tres terciles. La prueba χ^2 únicamente fue significativa para los dos grupos reproductivos de la cohorte 2.

Por nivel educativo, los hombres de las tres cohortes y de los dos grupos lograron, en su mayoría, niveles educativos de secundaria o menos, pocos alcanzaron niveles de media superior o superior. Sin embargo, aquellos que pospusieron su paternidad hasta después de los 20 años alcanzaron, en mayor proporción, una escolaridad más alta, al menos de bachillerato, en comparación con el otro grupo reproductivo; de igual manera, en el tiempo disminuyó la población masculina sólo con primaria y aumentó aquella con secundaria. En todas las cohortes, y entre grupos, las diferencias fueron estadísticamente significativas (cuadro 2.2).

Cuadro 2.1. Mujeres: características sociodemográficas y espaciales al nacimiento del primer hijo/a por cohorte de nacimiento

<i>Características sociodemográficas</i>	<i>Cohorte 1 (50-54 años)</i>			<i>Cohorte 2 (40-49 años)</i>			<i>Cohorte 3 (30-39 años)</i>		
	<i>NPH de los 10 a los 19</i>	<i>NPH de los 20 a los 29</i>	<i>p =</i>	<i>NPH de los 10 a los 19</i>	<i>NPH de los 20 a los 29</i>	<i>p =</i>	<i>NPH de los 10 a los 19</i>	<i>NPH de los 20 a los 29</i>	<i>p =</i>
<i>Total</i>	<i>n = 538</i>	<i>n = 703</i>		<i>n = 1044</i>	<i>n = 1775</i>		<i>n = 1379</i>	<i>n = 1987</i>	
Población estimada	1174482	1885757		2573653	4494760		3090292	4443832	
Proporción	38.4	61.6		36.4	63.6		41.0	59.0	0.044
<i>Región de residencia al NPH</i>			0.042			0.006			0.612
Frontera Norte	19.2	16.7		17.9	20.5		15.5	17.5	
Norte	9.2	8.6		9.9	7.8		9.1	9.7	
Occidente	12.2	16.7		15.8	15.5		17.1	15.8	
Centro	32.2	37.6		30.2	35.1		31.7	33.0	
Sur-sureste	27.2	19.5		25.9	19.6		25.1	22.5	
Otro país	0.0	0.9		0.3	1.4		1.5	1.5	

<i>IOS^a</i>			0.000			0.000		0.000
1er tercil	48.1	29.1		45.3	32.8		44.0	32.6
2do tercil	31.6	34.2		33.6	35.2		33.6	35.9
3er tercil	20.3	36.8		21.1	31.9		22.4	31.5
<i>Nivel educativo al NPH</i>			0.000			0.000		0.000
Primaria o menos	66.8	34.6		56.7	31.7		39.4	16.5
Secundaria	23.5	22.2		28.0	27.0		38.4	26.8
Media superior	8.2	28.2		12.6	26.7		19.7	28.9
Superior	1.5	15.0		2.7	14.6		2.5	27.8

Nota: para las estimaciones se consideró el diseño de la encuesta. NPH = nacimiento del primer hijo/a. p = nivel de significancia de la prueba χ^2 .

^a Esta variable cuenta con valores perdidos.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Cuadro 2.2. Hombres: características sociodemográficas y espaciales al nacimiento del primer hijo/a por cohorte de nacimiento

<i>Características sociodemográficas</i>	<i>Cohorte 1 (50-54 años)</i>			<i>Cohorte 2 (40-49 años)</i>			<i>Cohorte 3 (30-39 años)</i>		
	<i>NPH de los 10 a los 19</i>	<i>NPH de los 20 a los 29</i>	<i>p =</i>	<i>NPH de los 10 a los 19</i>	<i>NPH de los 20 a los 29</i>	<i>p =</i>	<i>NPH de los 10 a los 19</i>	<i>NPH de los 20 a los 29</i>	<i>p =</i>
<i>Total</i>	<i>n = 128</i>	<i>n = 644</i>		<i>n = 322</i>	<i>n = 1622</i>		<i>n = 417</i>	<i>n = 1732</i>	
Población estimada	317404	1937842		747619	4106903		949060	3942092	
Proporción	14.1	85.9		15.4	84.6		19.4	80.6	0.008
<i>Región de residencia al NPH</i>			0.644			0.300			0.415
Frontera Norte	23.4	18.6		18.5	19.4		18.7	17.1	
Norte	8.3	9.1		12.3	9.1		9.7	9.6	
Occidente	10.5	15.1		13.2	14.6		17.7	14.6	
Centro	26.4	29.5		29.5	32.4		29.9	29.6	
Sur-sureste	30.5	25.8		20.8	21.5		19.4	25.1	
Otro país	1.0	1.9		5.8	3.0		4.6	4.0	

<i>IOS^a</i>			0.876		0.000		0.820
1er tercil	38.6	35.6	38.6	33.3		37.5	37.2
2do tercil	35.1	35.6	45.5	33.4		35.3	33.5
3er tercil	26.3	28.8	15.9	33.3		27.3	29.3
<i>Nivel educativo al NPH</i>			0.002		0.000		0.000
Primaria o menos	40.6	36.3	44.4	30.4		32.8	22.6
Secundaria	35.7	27.1	40.6	29.5		40.7	33.5
Media superior	22.5	18.9	13.4	23.4		18.9	24.3
Superior	1.3	17.7	1.7	16.8		7.6	19.7

Nota: para las estimaciones se consideró el diseño de la encuesta. NPH = nacimiento del primer hijo/a. p = nivel de significancia de la prueba χ^2 .

^a Esta variable cuenta con valores perdidos.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Análisis de transiciones

En este apartado se muestra la intensidad y el calendario de las cinco transiciones del ámbito sexual-conyugal-reproductivo para las tres cohortes y para los dos grupos reproductivos, primero de mujeres y posteriormente de hombres. Mediante tablas de vida se reporta la edad mediana (50%) para todas las transiciones, excepto para la disolución conyugal, ya que no fue tan frecuente antes de los 30 años y, por tanto, no se tiene, en la gran mayoría de los casos, ni siquiera en el primer cuartil (25%).

Las gráficas 2.1 permiten observar el orden en que se presentaron las transiciones. En todas las cohortes y entre los dos grupos reproductivos de mujeres se aprecia que la primera edad mediana que se alcanzó fue para el debut sexual, posteriormente la unión marital, luego el nacimiento del primer y segundo hijo/a y, no en todos los casos, el primer cuartil de la disolución conyugal. Se debe tener cuidado de no efectuar un análisis de trayectorias en este apartado, porque así presentados los datos no dan cuenta de la mirada longitudinal.

Si bien ambos grupos reproductivos siguieron el mismo orden, se observan diferencias en el calendario de las transiciones entre las mujeres que tuvieron al menos un primer hijo/a en la adolescencia *versus* aquellas que postergan su maternidad; las primeras situaron su edad mediana a la PRS, PUC y NPH antes de los 20 años, mientras que el otro grupo alcanzó sus edades medianas a estas mismas transiciones hasta después de los 20 años.

En el grupo con embarazo en la adolescencia la edad mediana al debut sexual se ubicó a los 16.7 años, el inicio de la vida en pareja entre los 17.4 y 17.6 años y la llegada del primer descendiente a los 18.2 años. Estas edades prácticamente no variaron entre cohortes. En tanto que la edad al segundo hijo/a fue aumentando de una generación a otra y se situó pasados los 20 años; incrementó de los 20.6 a los 21.9 años de la cohorte 1 a la 3.

Por la misma definición de esta población, 100% de ellas efectuó la primera relación sexual y el nacimiento del primer hijo/a antes de los 20 años, no así las siguientes transiciones. Las gráficas 2.1 finalizan hasta los 30 años; a esa edad entre 90 y

97% de ellas ya había tenido un segundo hijo/a; sin embargo, la cohorte joven presentó el menor porcentaje con un segundo descendiente (90%). En cuanto a la unión de pareja, al menos 96% ya había efectuado esta transición; mientras que entre 22 y 28% ya la había concluido a los 30 años; este porcentaje de disolución fue alto en la cohorte joven con embarazo en la adolescencia, lo que le permitió alcanzar el primer cuartil a los 28.3 años.

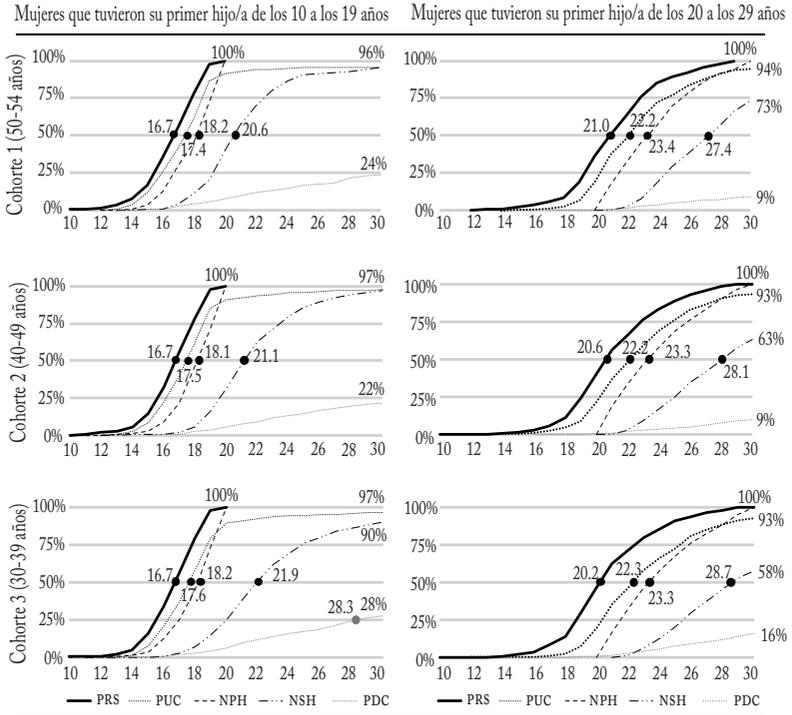
Por su parte, las mujeres que iniciaron su reproducción en la juventud alcanzaron sus edades medianas de todas sus transiciones luego de los 20 años: la PRS disminuyó de 21 años en la cohorte antigua a 20.2 años en la joven. La PUC se ubicó en 22.2 años y el NPH en los 23.3 años en las tres cohortes.

La edad mediana al nacimiento del segundo hijo/a fue aumentando al pasar de 27.4 a 28.7 entre cohortes extremas; a su vez, el porcentaje que procreó un segundo descendiente antes de los 30 años disminuyó en el tiempo, al decrecer de 73 al 58% entre la cohorte 1 y 3. A esa misma edad, 93% ya había vivido en pareja. La disolución conyugal fue una transición poco conocida entre esta población, al menos hasta los 30 años, sobre todo en las cohortes antigua e intermedia, con 9%, en tanto que en la joven el porcentaje casi se duplicó al alcanzar 16% (gráficas 2.1).

En el caso de los hombres se aprecia que el orden en que en cada cohorte y grupo reproductivo fueron alcanzando las edades medianas para estas transiciones fue similar al de las mujeres: la primera transición en completar 50% fue la PRS, luego la PUC, NPH y NSH, con bajos porcentajes de disolución conyugal hasta los 30 años. Se observaron edades medianas más jóvenes entre quienes fueron padres en la adolescencia, en comparación con aquellos que pospusieron su paternidad (gráficas 2.2).

La mitad de los varones que tuvieron un descendiente en la adolescencia comenzó su vida sexual entre los 16.5 y 16.8 años de edad. Entre los 18 y 18.2 años, uno de cada dos ya había comenzado su vida en pareja, y entre los 18.7 y 19 años ya había nacido su primer descendiente. La llegada del segundo hijo/a sucedió pasados los 21 años, y la edad se incrementó ligeramente en el tiempo al aumentar de 21.4 a 22.5 años entre cohortes extremas.

Gráficas 2.1. Mujeres: intensidad y calendario a la primera relación sexual (PRS), primera unión conyugal (PUC), nacimiento del primer hijo/a (NPH), nacimiento del segundo hijo/a (NSH) y primera disolución conyugal (PDC), por cohorte de nacimiento y edad al primer hijo/a



Notas: datos ponderados.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

El porcentaje que tuvo un segundo bebé antes de los 30 años disminuyó conforme el tiempo transcurrió, al pasar de 93 a 88%. En las tres cohortes, al menos 98% ya había experimentado una primera unión conyugal a los 30 años, y a esa misma edad, entre 21 y 32% ya la había concluido; incluso, en dos de las cohortes de varones de este grupo se alcanzó el primer cuartil de la disolución conyugal: en la cohorte antigua se situó a los 27.9 años y en la joven, a los 28.7 años.

En cambio, entre los hombres que pospusieron su paternidad hasta ser veinteañeros se observan edades medianas más tardías a cada transición o evento con respecto al otro grupo reproductivo de varones. La edad mediana a la PRS se ubicó en los 18 años; sin embargo, entre cohortes extremas se presentó un ligero rejuvenecimiento en este indicador: pasó de 18.4 a 18 años. La PUC y el NPH se mantuvieron estables entre cohortes, situándose en 22.8 y 24.2 años, respectivamente. Por su parte, el NSH pasó de 27.9 a 28.9 años entre las cohortes 1 y la 3; este aumento en la edad afectó el porcentaje con un segundo descendiente antes de los 30 años, que disminuyó de 65 a 59% en el tiempo.

A los 30 años al menos 97% de los varones con primeros hijos/as en la juventud ya había vivido en pareja; a esa misma edad el porcentaje que ya había concluido su unión conyugal pasó de 6 a 14% entre cohortes extremas, porcentaje mucho menor al que presentó el grupo de hombres con un primer hijo/a en la adolescencia (gráficas 2.2).

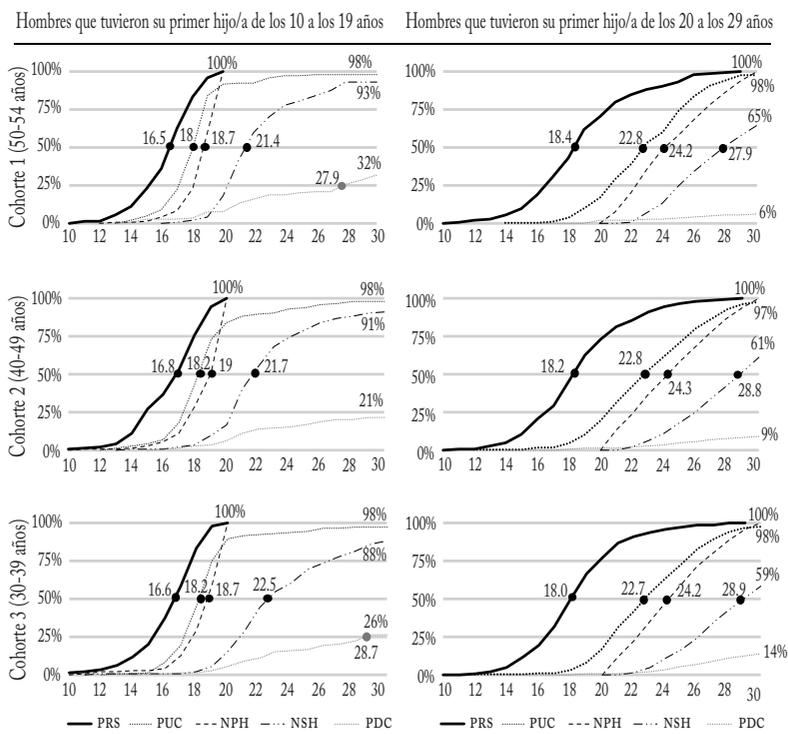
Principales trayectorias sexuales-conyugales-reproductivas

Uno de los propósitos del capítulo es conocer cómo se engarzan las transiciones estudiadas, conformando trayectorias sexuales-conyugales-reproductivas por género, grupo reproductivo y cohorte. Para ello se agruparon las transiciones en distintas combinaciones, de las cuales siete resultaron ser las más frecuentes hasta la edad de 30 años, y las seis primeras se reportan en la gráfica 2.3, que se refiere a la población femenina estudiada. Para aludir a ellas se emplean números:

- 1) PRS < PUC < NPH < NSH
- 2) PRS = PUC < NPH < NSH
- 3) PRS < PUC = NPH < NSH
- 4) PRS = PUC = NPH < NSH
- 5) PRS < PUC < NPH
- 6) PRS = PUC < NPH
- 7) PRS < PUC = NPH < NSH < PDC

El signo (=) significa que las dos transiciones que se relacionan sucedieron en el mismo año, mientras que (<) se refiere a que la primera ocurrió uno o varios años antes de la siguiente. En todas las trayectorias que resultaron ser las más comunes, la primera relación sexual las inaugura, en tanto que el nacimiento de los primeros o segundos hijos/as es la última transición, excepto en la trayectoria 7, ya que en ella se registró la conclusión de la unión conyugal como parte de la secuencia; ese trayecto no destacó entre las mujeres.

Gráficas 2.2. Hombres: intensidad y calendario a la primera relación sexual (PRS), primera unión conyugal (PUC), nacimiento del primer hijo/a (NPH), nacimiento del segundo hijo/a (NSH) y primera disolución conyugal (PDC), por cohorte de nacimiento y edad al primer hijo/a



Notas: datos ponderados.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Trayectorias sexuales-conyugales-reproductivas femeninas

En las tres cohortes y en ambos grupos reproductivos la trayectoria que ocupó el primer lugar fue la 2 (PRS = PUC < NPH < NSH), en la cual las mujeres reportaron haber vivido una primera relación sexual, seguida en el mismo año de la unión conyugal, la tercera transición fue el nacimiento de su primer bebé, lo cual ocurrió uno o más años después y luego llegó un segundo descendiente. Los porcentajes de la trayectoria 2 son altos, sobre todo entre aquellas con embarazos en la adolescencia; sin embargo, en ambos grupos reproductivos esta secuencia fue disminuyendo su presencia conforme el tiempo transcurrió (gráficas 2.3).

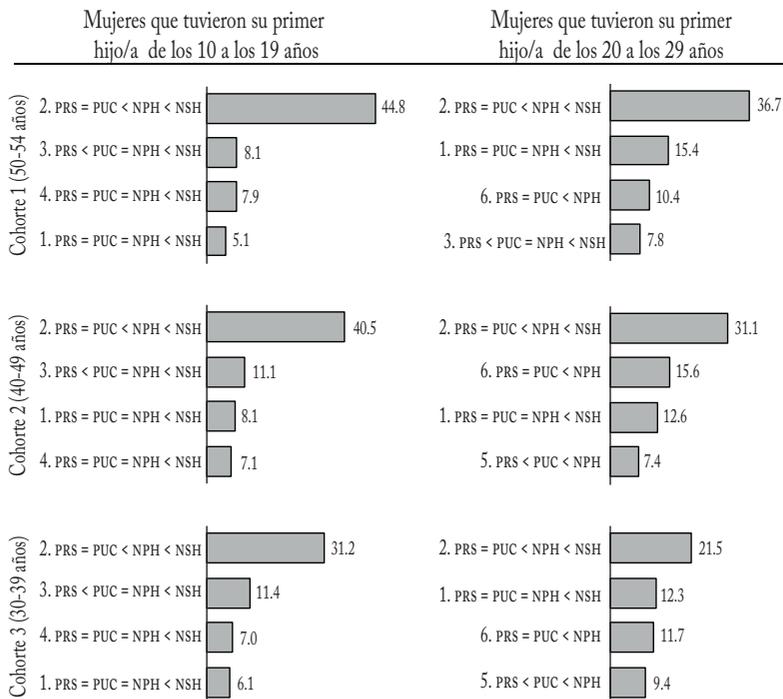
En el grupo con embarazos en la adolescencia la segunda trayectoria más común en cada cohorte fue la 3 (PRS < PUC = NPH < NSH), en donde las mujeres debutaron sexualmente y al menos un año después comenzaron su vida en pareja, pero en el mismo año en que se unieron nació su primer bebé, por lo que no es posible establecer si se unieron por un embarazo o si éste ocurrió dentro de la relación marital. Después llegó su siguiente descendiente; aproximadamente una de cada diez delineó de esta forma su trayectoria en cada cohorte de este grupo reproductivo.

Las dos siguientes trayectorias del grupo con reproducción adolescente fueron la 4 (PRS = PUC = NPH < NSH) y la 1 (PRS < PUC < NPH < NSH), que se alternaron por cohorte entre el tercer y cuarto lugar. La secuencia 4 muestra que las tres primeras transiciones sucedieron en el mismo año, mientras que la 1 se refiere a que todas las transiciones se fueron dando con diferencias de al menos un año entre una y otra. La suma de las cuatro trayectorias no da 100% ya que también se presentaron otras secuencias con porcentajes bajos, los cuales ya no se muestran en las gráficas 2.3.

Por su parte, en el grupo con reproducción juvenil, después de la trayectoria 2, la cual en todo momento ocupó el primer lugar, no predominó ninguna en los siguientes lugares. Las que se presentaron a lo largo de las tres cohortes fueron la 1 (PRS < PUC < NPH < NSH), la 6 (PRS = PUC < NPH), la 5 (PRS < PUC < NPH) y la 3 (PRS < PUC = NPH < NSH). De éstas, la 5 y 6 muestran la presencia de un solo hijo/a hasta los 30 años, sea que la PRS y la PUC hayan

ocurrido en el mismo año o en distintos años. Estas dos trayectorias (5 y 6) fueron más comunes a partir de la cohorte intermedia (23%) y joven (21.1%). En contraste, dichas secuencias no fueron registradas entre las más frecuentes en el grupo con menores antes de los 20 años, ya que justo el haber comenzado su vida reproductiva en la adolescencia les dio más tiempo para poder agrandar su descendencia antes de llegar a los 30 años, por lo que no fue común que se quedaran con un solo menor (gráficas 2.3).

Gráficas 2.3. Mujeres: proporción de las principales trayectorias que ocurrieron antes de los 30 años, por cohorte de nacimiento y edad al primer hijo/a



Notas: datos ponderados. PRS = primera relación sexual / PUC = primera unión conyugal / NPH = nacimiento del primer hijo(a) / NSH = nacimiento del segundo hijo(a) / PDC = primera disolución conyugal.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Trayectorias sexuales-conyugales-reproductivas masculinas

En las gráficas 2.4 se observan las trayectorias de los hombres para las tres cohortes y para los dos grupos estudiados. Una de las trayectorias que ocupó el primer lugar, sobre todo entre aquellos con reproducción en la juventud, aunque también estuvo presente en el otro grupo, fue la 1 (PRS < PUC < NPH < NSH), en donde vivieron las cuatro transiciones en distintos años, con porcentajes que fueron disminuyendo en el tiempo al pasar de 28.5 a 22.8% entre la cohorte 1 y 3.

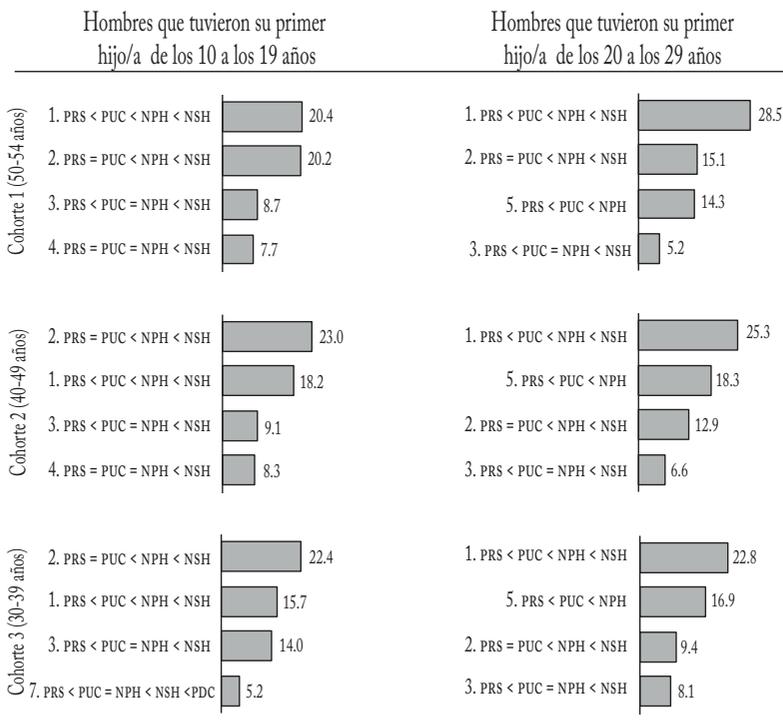
Otras secuencias más comunes entre el grupo con paternidad en la juventud fueron la 2 (PRS = PUC < NPH < NSH), la 3 (PRS < PUC = NPH < NSH) y la 5 (PRS < PUC < NPH); de ellas, la 5 merece resaltarse debido a que permite observar que, aproximadamente, uno de cada seis de estos varones llegó a los 30 años con un solo hijo/a; con porcentajes que van de 14.3 a 18.3%; mientras que las otras dos secuencias (2 y 3) señalan la presencia de un segundo menor.

En el grupo con reproducción en la adolescencia sólo en la cohorte antigua la trayectoria que ocupó el primer lugar fue la 1 (PRS < PUC < NPH < NSH). En las siguientes cohortes el trayecto 2 (PRS = PUC < NPH < NSH) ganó presencia y la trayectoria 1 fue desplazada al segundo lugar. En la 2 se aprecia que el debut sexual sucede el mismo año de la unión conyugal, itinerario seguido por casi la cuarta parte de estos varones de las dos cohortes más jóvenes.

El tercer lugar lo ocupó la secuencia 3 (PRS < PUC = NPH < NSH), en la cual la unión conyugal y el nacimiento del primer hijo/a sucedieron en el mismo año; en cuarto lugar, se ubicó el itinerario 4 (PRS = PUC = NPH < NSH), presente en las dos cohortes más antiguas; en él las tres primeras transiciones ocurrieron en el mismo año. En este grupo con paternidad adolescente fue común tener un segundo descendiente antes de los 30 años. En la cohorte joven la disolución conyugal hizo su aparición como parte de la trayectoria 7 (PRS < PUC = NPH < NSH < PDC), con porcentaje de 5.2 por ciento.

En las trayectorias 2 y 4 destacó el inicio de la vida sexual y de la conyugalidad en el mismo año, situación que no suele asociarse a los varones, pero que en este grupo resaltó, aunque la secuencia 2 también estuvo presente en el grupo con paternidad juvenil, lo que muestra a cierto grupo de varones que no esperó a adquirir amplia experiencia sexual para unirse conyugalmente.

Gráficas 2.4. Hombres: proporción de las principales trayectorias que ocurrieron antes de los 30 años, por cohorte de nacimiento y edad al primer hijo/a



Notas: datos ponderados. PRS = primera relación sexual / PUC = primera unión conyugal / NPH = nacimiento del primer hijo(a) / NSH = nacimiento del segundo hijo(a) / PDC = primera disolución conyugal.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Espaciamiento de transiciones

En esta sección se busca conocer cuál es el espaciamiento promedio que se presenta entre determinadas transiciones, a saber: 1) la primera relación sexual y el nacimiento del primer hijo/a, 2) la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo/a, 3) el nacimiento del primer y segundo hijo/a, y 4) la primera unión y la primera disolución marital. En las gráficas 2.5 se muestran los resultados para hombres y mujeres de cada una de las tres cohortes y de los dos grupos reproductivos.

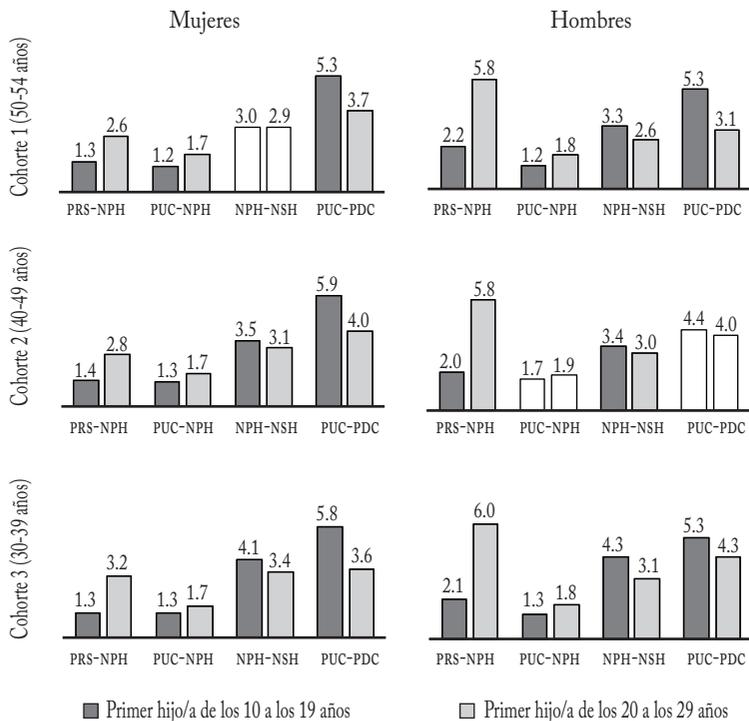
Entre las mujeres con reproducción adolescente la distancia entre el debut sexual y el nacimiento del primer bebé fue de 1.3 a 1.4 años entre cohortes, sin una tendencia definida; mientras que entre la primera unión conyugal y la llegada del primer hijo/a se requirieron de 1.2 a 1.3 años.

Entre aquellas que retardaron su reproducción hasta después de los 20 años se presentó un mayor distanciamiento entre la PRS y el NPH en las tres cohortes, así como entre la PUC y el NPH, en comparación con el grupo anterior, ya que no sólo pospusieron sus primeras transiciones hasta después de los 20 años, sino que tomaron más tiempo para ir configurando sus trayectorias sexuales-conyugales-reproductivas. Entre el inicio sexual y el primer hijo/a transcurrieron, en promedio, 2.6 años en la cohorte antigua, mientras que este tiempo aumentó a 3.2 años en la joven. En tanto que entre el inicio de la vida en pareja y el primer hijo/a pasó 1.7 años, sin cambios en el tiempo. Para probar si existían diferencias entre los dos grupos reproductivos se efectuaron pruebas de Wald ajustadas, las cuales resultaron significativas en ambas brechas y grupos reproductivos.

Ahora bien, entre el nacimiento del primer y segundo hijo/a no se observaron diferencias entre ambos grupos reproductivos de la primera cohorte, ya que a los dos grupos les tomó tres años continuar agrandando su familia. Ya en las siguientes cohortes se observó un mayor tiempo promedio entre aquellas con hijos/as en la adolescencia, quienes requirieron de 3.5 y 4.1 años en las cohortes intermedia y joven, respectivamente, quizá por el uso de anticonceptivos provistos por el sistema de salud, mientras que

aquellas que retardaron su maternidad hasta la juventud, acortaron el tiempo entre la llegada de un primer descendiente y el siguiente, situándolo en 3.1 y 3.4 años en estas mismas cohortes, tal vez como una forma de nivelarse con aquellas que habían iniciado la maternidad en la adolescencia (gráficas 2.5).

Gráficas 2.5. Diferencia promedio (en años)
entre los principales eventos que ocurrieron antes de los 30 años, según sexo, cohorte de nacimiento y edad al primer hijo/a



Notas: para las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. Se realizó una prueba de Wald ajustada; las barras en blanco corresponden a aquellas con $p > .1$. PRS = primera relación sexual / PUC = primera unión conyugal / NPH = nacimiento del primer hijo(a) / NSH = nacimiento del segundo hijo(a) / PDC = primera disolución conyugal.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

En la cuestión marital, a las que tuvieron un bebé en la adolescencia y que terminaron con su relación de pareja, les tomó más de cinco años concluir su unión, en tanto que a aquellas que pospusieron su maternidad hasta la juventud sólo les llevó de tres a cuatro años hacerlo.

Entre los varones transcurrió más tiempo entre la PRS y el NPH, en comparación con las mujeres; sin embargo, se presentaron diferencias notorias entre ambos grupos reproductivos, ya que a aquellos con un hijo/a en la adolescencia les llevó poco más de dos años, desde su debut sexual, el ver llegar a su primer/a descendiente. Por su parte, aquellos que comenzaron su familia siendo veinteañeros requirieron, en las dos primeras cohortes, 5.8 años y en la más joven 6 años para tener un primer hijo/a luego de haber iniciado su vida sexual; en todas las cohortes las diferencias fueron estadísticamente significativas; esto muestra la disociación que existe entre vida sexual y reproductiva en los hombres, la cual es más marcada en el grupo con reproducción juvenil.

En cambio, entre el inicio de la vida conyugal y el nacimiento del primer hijo/a, las distancias fueron similares a las de su contraparte femenina situada en el mismo grupo reproductivo; aquellos con hijos/as siendo ellos adolescentes requirieron de entre 1.2 y 1.7 años para ello. Al grupo con reproducción juvenil le tomó de 1.8 a 1.9 años. Esto revela que una vez que comienza la vida en pareja en México, independientemente de la edad en que ello suceda, la llegada de los primeros hijos/as no se hace esperar más allá de dos años. En la cohorte intermedia las diferencias no fueron estadísticamente significativas.

En cuanto al intervalo entre el primer y el segundo hijo/a, al igual que con la población femenina, se vio un mayor espaciamiento entre el grupo con paternidad adolescente, además de un incremento en el tiempo al pasar de 3.3 a 4.3 años entre cohortes extremas. En el grupo que pospuso su paternidad hasta llegar a la juventud la diferencia promedio fue menor, pero también aumentó de 2.6 a 3.1 años entre la cohorte 1 y la 3. En las tres cohortes las diferencias fueron estadísticamente significativas (gráficas 2.5).

Ahora bien, entre aquellos que tanto se unieron como se separaron conyugalmente antes de llegar a los 30 años, se observan tendencias y espaciamientos similares a los de las mujeres de sus mismas cohortes y grupos reproductivos. Este distanciamiento fue mayor entre aquellos con paternidad en la adolescencia, de entre 4.3 a 5.3 años, mientras que en el grupo con hijos/as en la juventud el espaciamiento promedio fue de 3.1 años en la cohorte antigua y de 4.3 años en la joven.

CONCLUSIONES

En este estudio se precisó que el orden en que se alcanzaron las edades medianas de las transiciones propuestas, tanto en las mujeres como en los hombres de las tres cohortes, fue: primera relación sexual, primera unión conyugal y nacimiento del primer y segundo hijo/a. Casi el total ya había vivido en pareja a los 30 años; a esa misma edad algunos grupos presentaron bajos, pero crecientes, porcentajes de disolución conyugal. Este indicador fue mayor en el grupo con reproducción adolescente en comparación con el otro grupo reproductivo de mujeres y de hombres, por lo que, en algunas cohortes, alcanzaron el primer cuartil de esta transición antes de los 30 años. Las diferencias que se observaron fueron, en su mayoría, por grupo reproductivo y por sexo, y en menor medida por cohorte.

Fue importante analizar la dimensión espacial al momento del nacimiento del primer hijo, ya que en este rubro se apreció, tanto para mujeres como para hombres, una concentración tanto de embarazos en la adolescencia como en la juventud mayor en las regiones Centro y Sur-sureste, en donde se ubican ciudades y zonas con características que podrían favorecer ambos tipos de fecundidad. En la primera se encuentra la Ciudad de México y su área metropolitana, que contiene una porción importante de población ubicada en estratos socioeconómicos deprimidos, lo que favorecería el embarazo en la adolescencia, pero también con amplios sectores sociales que ven a la maternidad/paternidad como un ideal que no debe ser retrasado por mucho tiempo, ni mucho menos evitado.

Por otra parte, en la región Sur-sureste se localizan estados tales como Guerrero, Oaxaca y Chiapas, los cuales se caracterizan por tener bajos índices de desarrollo y de crecimiento económico, lo que no permite a su población contar con amplias opciones educativas ni laborales y en donde los mandatos de género para llegar a la adultez giran en torno al ámbito sexual-conyugal y reproductivo.

Las otras tres regiones se ubicaron en este indicador de la siguiente forma: Frontera Norte, Occidente y Norte, que presentan menores porcentajes en ambos tipos de reproducción, quizá debido a su menor concentración poblacional, ya que, a lo largo de las tres cohortes, de ambos sexos y de los dos grupos reproductivos mantuvieron constante este orden.

En el espaciamiento entre transiciones se precisó una imbricación entre la primera relación sexual y el nacimiento del primer hijo/a, especialmente importante entre las mujeres con embarazo en la adolescencia, pero también entre los hombres de este grupo, así como entre las mujeres con un primer embarazo en la juventud; no así entre los hombres con un primer hijo/a entre los 20 y los 29 años. La relación entre sexualidad y fecundidad aquí observada coincide con lo reportado en otras investigaciones acerca de la población femenina (Rojas y Castrejón, 2011; Welti, 2005).

Entre el inicio de la vida conyugal y el nacimiento del primer descendiente no transcurrieron ni dos años en los cuatro grupos, aunque siempre se presentó una distancia menor entre aquellos con descendientes en la adolescencia. Entre el primer y el segundo descendiente pasaron máximo cuatro años en todos los grupos; se observó un ligero acortamiento entre aquellos que habían iniciado su maternidad/paternidad en la juventud en comparación con sus coetáneos con embarazos en la adolescencia, quizá como una forma de empatarse con aquellos que habían comenzado antes. Esto parece indicar que, independientemente de la edad al primer hijo/a y del sexo de las personas, una vez que comienzan a vivir en pareja, el primer descendiente no se hace esperar y éste vive como hijo/a único por muy poco tiempo.

Ahora bien, entre quienes concluyeron su primera unión conyugal se apreciaron tiempos promedios cortos, sobre todo entre

aquellos/as con embarazos en la juventud, quienes dejaron pasar menos tiempo antes de finalizar dicha situación, en contraste con el otro grupo reproductivo, lo cual pudo haber estado asociado a un mayor nivel educativo de las mujeres, lo que les permitiría finalizar relaciones insatisfactorias (García y Rojas, 2002).

Ojeda y González (2008) han mostrado una mayor probabilidad de divorcio y separación conyugal en las generaciones más jóvenes en comparación con las más antiguas. En este análisis se pudo observar diferencias por tipo de reproducción y por cohorte. Por una parte, tanto los hombres como las mujeres que tuvieron hijos/as antes de los 20 años mostraron un mayor porcentaje de disoluciones conyugales a los 30 años en comparación con el otro grupo reproductivo. Por otra parte, la cohorte joven de aquellos/as que pospusieron su fecundidad hasta la juventud comenzó a presentar un porcentaje mucho más alto de conclusiones matrimoniales, en comparación con las dos cohortes que los precedieron.

Por grupo reproductivo y sexo se precisó un menor nivel educativo entre quienes fueron madres/padres en la adolescencia, centrado en primaria o secundaria, en detrimento de los niveles medio superior o superior, así como orígenes sociales con mayores desventajas, en comparación con sus coetáneos con reproducción juvenil; esto fue especialmente marcado en el caso de las mujeres de este grupo reproductivo, lo cual coincide con lo reportado por otros estudios (Stern y Menkes, 2008; Pérez Baleón y Lugo, 2021).

De igual manera, quienes tuvieron hijos/as antes de los 20 años presentaron un calendario más joven en cada transición, en comparación con el otro grupo reproductivo; sus edades medianas a la PRS, PUC y NPH se situaron antes de los 20 años y previo a cumplir los 23 años ya tenían un segundo hijo/a. Por consiguiente, las trayectorias que tendieron a seguir tanto los hombres como las mujeres de este grupo fueron aquellas en que las transiciones sexuales, conyugales y reproductivas sucedieron, en muchas de las veces, en el mismo año o en años cercanos y en las que lograron tener más de un hijo/a con la primera pareja conyugal mucho antes de llegar a los 30 años. El grupo de las mujeres con un primer hijo/a en la adolescencia tendió a engarzar estas transiciones en

cuatro trayectorias principales, en las que lo común fue debutar sexualmente para en el mismo año o en años cercanos comenzar su vida matrimonial e iniciar su descendencia y llegar a los 30 años con por lo menos dos hijos/as.

Por su parte, los hombres que iniciaron su vida reproductiva en la adolescencia tendieron a agrupar sus transiciones en cinco itinerarios. En todos ellos fue habitual que llegaran a unirse con la madre de su primer descendiente y que tuvieran un segundo hijo/a con ella;⁴ en la cohorte joven ya hizo su aparición la conclusión marital como parte de una trayectoria. Si bien es poco común que los varones se inicien sexualmente con su esposa (Evangelista y Kauffer, 2009; Gayet *et al.*, 2011; Rojas y Castrejón, 2011), se observó que cierto porcentaje de ellos, especialmente de aquellos con un embarazo en la adolescencia, pudieron haber debutado con una mujer, posiblemente su novia, quien en el mismo año pasó a ser su pareja conyugal, tal como lo indican algunas trayectorias.

En contraparte, el grupo de mujeres y hombres con reproducción en la juventud logró, en mayor porcentaje, una escolaridad media superior y superior en comparación con el otro grupo. Asimismo, la distribución a lo largo de los tres terciles de orígenes sociales fue más o menos homogénea, lo que indicaría que una vez llegada la edad normativa para iniciar la fecundidad, es decir, en los veintes, el origen social no parecería afectar para retrasarla o acelerarla.

Al efectuar sus primeras tres transiciones a edades más tardías (PRS, PUC y NPH), ellas y ellos tuvieron menos tiempo para concebir un segundo descendiente y para disolver su unión antes de cumplir 30 años, aunque cuando efectuaron estas transiciones lo hicieron en menor tiempo, en comparación con aquellos/as que no retardaron su fecundidad. Para puntualizar esto último,

⁴ Al analizar este grupo se debe tener cuidado en la selectividad implícita en el mismo, ya que son varones que reconocen haber tenido por lo menos un descendiente en la adolescencia y, por tanto, es más probable que hayan mantenido contacto y/o relación con la madre de su menor, no así otros que habiendo embarazado no hayan sabido o no hayan querido reconocer su paternidad.

entre ellas fue menor el porcentaje con un segundo menor antes de cumplir 30 años, pero cuando lo tuvieron acortaron el tiempo entre la llegada del primero y del segundo hijo/a. La disolución conyugal fue una transición poco realizada hasta los 30 años; sin embargo, en la cohorte joven el porcentaje ya destacó por ser alto. Entre las trayectorias que mayormente siguieron ellas, destacan dos que muestran secuencias con un solo descendiente antes de los 30 años; itinerarios especialmente importantes en las dos cohortes más recientes de mujeres. Los hombres con reproducción en la juventud siguieron cuatro trayectorias caracterizadas por la posposición de transiciones, en las que se aprecia que, entre el inicio de la vida sexual y la vida conyugal, y/o entre ésta y la llegada del primer descendiente, pasó por lo menos un año.

En conclusión, existe un grupo de mujeres, pero también de varones, con menores recursos económicos, culturales y educativos que tiende a iniciar a más temprana edad su vida sexual y a tener menos tiempo para comenzar tanto su maternidad/paternidad como su relación conyugal, mientras que otro grupo cuenta con mayores recursos socioeconómicos y educativos y con acceso a métodos anticonceptivos que le permiten retardar su debut sexual y espaciar las siguientes transiciones del ámbito sexual, conyugal y reproductivo, retrasándolas, pero no por mucho tiempo, al situarlas en sus veintes, edades normativamente esperadas en sociedades como la mexicana.

3. CRUZAR EL UMBRAL REPRODUCTIVO: MUJERES MEXICANAS CON UN PRIMER NACIMIENTO A PARTIR DE LOS 30 AÑOS DE EDAD

*Mariana Lugo**
*Fabiola Pérez Baleón***
*Ángeles Sánchez Bringas****

INTRODUCCIÓN

México se caracteriza por tener una fecundidad diferente a los esquemas clásicos, ya que mientras la mayoría de los países desarrollados redujo sus nacimientos mediante un retraso del calendario a la unión conyugal y al nacimiento del primer hijo/a, en nuestro país, así como en otros países de América Latina, el patrón se ha caracterizado por un inicio temprano en el que la mayoría de las mujeres se une conyugalmente antes de los 24 años y enseguida inician la reproducción (Páez y Zavala, 2016; Zavala, 2014). Además, es común que después de haber alcanzado el tamaño de

* Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco (UAM-Xochimilco).

** Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

*** Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco (UAM-Xochimilco).

familia deseada, o el promovido por las instituciones de salud, se recurra a la limitación de los embarazos mediante el uso de métodos anticonceptivos definitivos; es decir, pese a que el país alcanzó un nivel de fecundidad de reemplazo, el calendario al primer hijo/a no se ha retrasado de manera importante y las mayores tasas de fecundidad en las mujeres se han mantenido entre los 20 y 24 años de edad (Páez y Zavala, 2016; Zavala, 2014).

No obstante, las investigaciones sociodemográficas de las últimas dos décadas han evidenciado diferencias importantes en la ocurrencia de estos eventos según características como el lugar de residencia, el nivel educativo, el estrato socioeconómico, la actividad laboral, así como otras particularidades familiares y generacionales (Mier y Terán, 2014; Páez y Zavala, 2016; Solís, Gayet y Juárez, 2008; Zavala, 2014).

Bajo esa línea, algunos estudios han documentado la presencia de diversos patrones reproductivos que conviven en el país. Páez y Zavala (2016) describen una fecundidad de calendario temprano que convive con otras de calendario tardío. Al respecto, Solís, Gayet y Juárez (2008) señalan el despliegue de un modelo de sexualidad mixto en el que coexiste un grupo mayoritario de mujeres que sigue la secuencia normativa “unión-primer relación sexual-embarazo”, y otro grupo minoritario, pero que ha ganado presencia, que experimenta los tres eventos en distinto orden y a una edad más tardía y/o con mayor disociación entre la primera relación sexual y el primer embarazo, no así entre la unión conyugal y el evento reproductivo. Por su parte, diversos trabajos han descrito la existencia de por lo menos tres pautas reproductivas presentes en el país: el inicio de la reproducción en la adolescencia (antes de los 20 años), el retraso de esta experiencia hasta los 30 años o más, así como la presencia de mujeres que llegan al final de su vida reproductiva sin hijos (Mejía y Sosa, 2015; Mier y Terán, 2014).

En México se ha estudiado poco el grupo de mujeres que inician su trayectoria reproductiva a partir de los 30 años; se considera que presentan un calendario más “tardío” a la reproducción que el seguido por la mayoría de las mujeres, ya que en nuestro país y otros países de la región la concentración de la fecundidad

se ubica entre los 20 y 24 años (Fuentes *et al.*, 2010; Lamas, 2016; Mejía y Sosa, 2015; Mier y Terán, 2014; Montilva, 2008).

Una de las razones por la que se ha puesto poca atención a este fenómeno se debe a que es aún minoritario y novedoso en el país; es decir, se identifica con mayor claridad en las generaciones más jóvenes (Solís, Gayet y Juárez, 2008). Si bien su presencia no alcanza a tener efectos en las medidas agregadas y generales, como la edad mediana al nacimiento del primer hijo/a, sí ha incrementado la heterogeneidad en la intensidad y el calendario de este evento al interior de las cohortes más jóvenes (Solís, Gayet y Juárez, 2008). Adicionalmente, los estudios sobre este fenómeno son cada vez más frecuentes en otros países de América Latina, como Chile y Uruguay (Fuentes *et al.*, 2010; Montilva, 2008; Nathan, 2013).

Este capítulo dirige su análisis a las mujeres mexicanas que tienen a su primer hijo/a a partir de los 30 años. El objetivo es analizar sus características sociodemográficas, sexuales, conyugales y reproductivas, y establecer su especificidad en relación con dos grupos más: mujeres que tuvieron a su primer hijo/a antes de los 30 años (entre los 10 y 29 años) y mujeres que hacia el final de su edad reproductiva (entre los 40 y 54 años) no habían tenido hijos. Se busca conocer su perfil y determinar los cambios a lo largo del tiempo. Para ello se analizan sus características a los 30 años de edad, así como los eventos de la primera relación sexual, la primera unión conyugal y el nacimiento del primer hijo/a; también se describen las descendencias finales y se estiman los factores asociados a tener un hijo a los 30 años o más.

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS ASOCIADAS AL INICIO DE LA REPRODUCCIÓN A PARTIR DE LOS 30 AÑOS EN MÉXICO

El incremento del nivel educativo en la población femenina es uno de los factores que se relaciona en mayor medida con modificaciones en los comportamientos reproductivos; la relación directa entre educación y la edad al primer hijo/a se encuentra ampliamente documentada. Páez y Zavala (2016) muestran, por

ejemplo, cómo la edad mediana al primer hijo/a se ha ido modificando hacia niveles educativos cada vez más altos: mientras que el retraso de la fecundidad se encontraba a partir del nivel secundaria para la generación 1951-1953, para la población nacida en 1966-1968 y 1978-1980 esta modificación se identificó en el nivel media superior y superior, respectivamente.

De manera más específica, el aplazamiento de la fecundidad hacia los 30 años o más se identifica con mayor frecuencia entre mujeres con niveles educativos altos, principalmente en el nivel superior (Mejía y Sosa, 2015; Mier y Terán, 2014). Para Mier y Terán (2014) esto responde a una mayor motivación para limitar el número de hijos/as y conocimiento más amplio de métodos anticonceptivos, así como acceso a servicios de salud sexual y reproductiva; para la autora, también favorece la construcción de aspiraciones distintas o complementarias a la maternidad, así como el cuestionamiento de ciertos valores familiares tradicionales.

Relacionado con el nivel educativo, también el sector socioeconómico afecta los comportamientos reproductivos. En este sentido, Solís, Gayet y Juárez (2008) encuentran que las modificaciones más importantes en cuanto a los comportamientos sexuales, conyugales y reproductivos en México se concentran en las mujeres de sectores medios y altos. De manera similar, Páez y Zavala (2016) estiman tasas específicas de fecundidad más bajas y un calendario reproductivo más tardío entre las mujeres de orígenes sociales altos en comparación con las de aquellas de orígenes sociales más bajos; las autoras señalan que este fenómeno se encuentra presente a lo largo del tiempo, aunque en las generaciones más jóvenes las diferencias de las edades medianas entre los estratos se han acortado.

Las características descritas previamente reflejan la importancia de considerar, más que sólo factores individuales, elementos del contexto social. Para Mier y Terán (2014) es importante analizar las diferencias existentes entre las distintas regiones del país, ya que eso abona a visibilizar la heterogeneidad y las desigualdades presentes. Ella encuentra en su estudio sobre pautas reproductivas que el retraso de la maternidad se asocia con desarrollo económico y educativo, situación que ocurre principal-

mente en las grandes ciudades; en tanto que en las zonas rurales pobres la postergación de la maternidad puede deberse a problemas fisiológicos, así como a la emigración masculina. En este sentido, encuentra proporciones más altas de mujeres de 35 a 39 años sin hijos en la Ciudad de México y Guadalajara (capitales con alta escolaridad), así como en municipios del sur de Puebla, Oaxaca, Chiapas y Yucatán (con patrones migratorios específicos y condiciones deficientes de salud), además de municipios de Zatecas, Jalisco, Michoacán y Guanajuato (región tradicional de migración hacia Estados Unidos).

Por su parte, la participación laboral también se encuentra relacionada con los procesos de formación de las familias; en el caso de las mujeres, es común encontrar mayor discontinuidad en el mercado laboral como reflejo de las carentes políticas de corresponsabilidad en el cuidado familiar, pero también como respuesta a la creciente precariedad en el empleo (Mier y Terán *et al.*, 2016). El estudio de Mier y Terán *et al.* (2016) sobre trayectorias laborales y familiares muestra que, en el caso de las mujeres, la más común es aquella que se orienta a la familia; se caracteriza por un inicio temprano de formación de descendencia, un lapso prolongado en el que no se desempeña trabajo extradoméstico y, una vez que hijos e hijas han crecido, casos de inserción al mercado laboral en trabajos asalariados.

Sin embargo, encuentran algunas variaciones por cohorte y por estrato socioeconómico; por ejemplo, detectan que las mujeres de estratos medios y altos y de las cohortes más jóvenes tienen mayores probabilidades de seguir una trayectoria de formación familiar tardía y con orientación al trabajo asalariado desde jóvenes. Esta trayectoria se caracteriza por una mayor permanencia en el sistema educativo, una vida laboral continua, un retraso en la unión conyugal y una disociación entre esta última y la llegada de hijos/as.

El contexto de precariedad e incertidumbre de los últimos años no sólo impacta en las trayectorias laborales de la población mexicana, sino que también ha tenido efectos en los itinerarios de emancipación familiar y, por lo tanto, en la trayectoria conyugal y reproductiva (Solís, 2016). En esos términos, Solís (2016)

encuentra comportamientos heterogéneos en los que han ganado terreno el inicio de la vida en pareja en coresidencia con los padres o suegros y la ampliación de la soltería hasta edades que superan los 30 años en coresidencia con la familia de origen. El autor encuentra que esta última situación es más frecuente en los estratos socioeconómicos altos, lo que se relaciona con una mayor permanencia en el sistema educativo y una búsqueda de la consolidación de la posición laboral previa a la unión conyugal.

Asimismo, un elemento importante para el análisis de los comportamientos reproductivos y la postergación de la reproducción es el uso de métodos anticonceptivos (MAC). Con la puesta en marcha del programa de planificación familiar instaurado por el gobierno mexicano en la década de 1970 se desarrolló una difusión masiva de MAC modernos; sin embargo, su implementación no rompió con las normas tradicionales de formación familiar, de tal suerte que el uso de anticonceptivos fue medicalizado y se dirigió a limitar la descendencia únicamente de mujeres casadas (Brugeilles y Rojas, 2016).

No obstante, en las generaciones más jóvenes se ha documentado la presencia de algunos comportamientos que se dirigen a la disociación de la sexualidad y la vida conyugal y/o reproductiva (Brugeilles y Rojas, 2016; Gayet y Szasz, 2014). Al respecto Brugeilles y Rojas (2016) señalan en su estudio sobre el inicio de la práctica anticonceptiva una gran diversidad de comportamientos; por una parte, encuentran que la trayectoria que vincula la sexualidad, la unión conyugal y la procreación es aún la más frecuente en la sociedad mexicana, de tal forma que el uso de anticonceptivos inicia posteriormente a la llegada de, por lo menos, el primer hijo/a. Pero, por otra parte, identifican a un grupo emergente de mujeres y hombres jóvenes que comienzan la práctica anticonceptiva en la unión conyugal previa al nacimiento del primer hijo/a, así como un grupo que emplea MAC antes de la unión conyugal; es decir, con estos resultados se vislumbra que si bien lo que prevalece es la anticoncepción para espaciar o limitar, hay una práctica anticonceptiva que se dirige a la búsqueda de un mayor tiempo de vida conyugal previo a la procreación, así como una disociación de la sexualidad y la vida conyugal.

Finalmente, pero con una importancia preponderante en el sistema familiar mexicano, se encuentra la asociación de la vida en pareja con el inicio de la trayectoria reproductiva. Solís, Gayet y Juárez (2008) encuentran esta fuerte relación, incluso entre las mujeres que postergan la reproducción; de manera similar, Mier y Terán (2014) señala el efecto significativo de los patrones de nupcialidad sobre los reproductivos; la autora sostiene que una parte del retraso de la fecundidad es consecuencia de no haber iniciado una vida en pareja.

FUENTE DE DATOS, MÉTODOS Y VARIABLES

Se utilizó como fuente de datos la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) levantada en 2017 por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). Entre los temas de esta encuesta, destaca la trayectoria reproductiva, central en este estudio.¹ Para este capítulo se consideró la población femenina que al momento de la encuesta tenía por lo menos 40 años, ya que se buscó garantizar que la mayoría de ellas ya hubiera concluido su trayectoria reproductiva o se encontrara hacia el final de ésta. Se agrupó a la población de interés en dos cohortes: nacidas en 1968-1977 (mujeres de 40 a 49 años a las que denominaremos “cohorte reciente”, y nacidas en 1962-1967 (mujeres de 50 a 54 años, llamadas “cohorte antigua”); las mujeres que no cumplían con este criterio, así como los hombres, fueron excluidos de este estudio.

Interesa analizar las características sociales y demográficas de mujeres que tuvieron su primer hijo/a a los 30 años o más y establecer comparaciones con las que comenzaron su vida reproductiva antes de esa edad (de los 10 a los 29 años) y con aquellas que al momento de la encuesta tenían entre 40 y hasta 54 años y no habían tenido descendencia, por lo que su probabilidad de embarazarse por primera vez ya era muy baja.

¹ Para más información sobre las características de la EDER, consultar la introducción de esta obra.

En un primer momento se realiza un análisis descriptivo mediante la distribución porcentual de mujeres según el grupo de edad al primer hijo/a: antes de los 30 años (grupo 1),² a los 30 años o más (grupo 2) y sin hijos (grupo 3). Dicha distribución se efectúa por cohorte de nacimiento, por entidad de residencia y según diversas características sociodemográficas a los 30 años. Debido a que el énfasis en el análisis está en el grupo 2 (mujeres con hijos a partir de los 30 años), se efectuaron pruebas ajustadas de Wald para probar si había diferencias estadísticamente significativas entre el grupo 1 *versus* el grupo 2 y entre el grupo 2 *versus* el grupo 3.

En un segundo momento se realiza el análisis de historia de eventos mediante las técnicas de tabla de vida y modelos de tiempo discreto. De la tabla de vida se describe la proporción acumulada de mujeres que han tenido las siguientes transiciones: primera relación sexual (PRS), primera unión conyugal (PUC) y nacimiento del primer hijo/a (NPH) a distintas edades exactas. Adicionalmente, se muestra el promedio de hijos/as a la edad de 30, 40 y 50 años cumplidos; todo esto se compara por cohorte de nacimiento y grupo de edad al primer hijo/a. Por último, se realiza un modelo de regresión logística de tiempo discreto con el que se estima el riesgo de tener el primer hijo/a a los 30 años o más.

Como ya se mencionó, las variables principales de este estudio son el grupo de edad al nacimiento del primer hijo, con énfasis en aquellas que iniciaron su reproducción a los 30 años o más, y la cohorte de nacimiento que permite identificar cambios en el tiempo. Cabe mencionar que para el modelo estadístico se excluyó al grupo de mujeres que al final de su vida reproductiva se encontraba sin hijos, es decir, sólo se consideraron a las mujeres que habían tenido por lo menos un hijo/a. De tal manera que la variable dependiente se trabajó de manera dicotómica (0 = tener el primer hijo/a antes de los 30 años, 1 = tener al primer hijo/a a partir de los 30 años).

² En este grupo englobamos tanto a aquellas que tuvieron un embarazo en la adolescencia, antes de los 20 años, como aquellas que se embarazaron en sus veintes.

Para identificar las características de las mujeres de este estudio se consideraron diversas características sociodemográficas. Las variables constantes en el tiempo fueron la cohorte de nacimiento, el nivel educativo aprobado, el Índice de Origen Social (IOS) y la edad a la primera relación sexual. Para el nivel educativo aprobado, los niveles se agruparon en cuatro categorías (primaria o menos, secundaria, media superior y superior); por su parte, el IOS se consideró en terciles, donde el tercero constituye el estrato más favorecido.

Respecto a las variables cambiantes en el tiempo, se consideró si la mujer realizaba o no actividad económica (No realizaba/Realizaba),³ si la mujer vivía en el hogar familiar de origen (Sí/No), si usaba MAC (Sí/No)⁴ y su situación conyugal (Sin pareja/Con pareja).⁵ Asimismo, se tomaron en cuenta las entidades federativas agrupadas en seis regiones: *Liberal* (Ciudad de México, Morelos, Quintana Roo y Sonora), *Tolerante* (Baja California, Hidalgo, Estado de México, Nayarit, Puebla y Veracruz), *Mixta* (Baja California Sur, Colima, Chihuahua, Guerrero, Querétaro, Sinaloa, Tabasco y Tlaxcala), *Alta fecundidad* (Chiapas, Michoacán y Oaxaca), *Conservadora* (Coahuila, Durango, Jalisco, Nuevo León, San Luis Potosí y Tamaulipas) y *Muy conservadora* (Aguascalientes, Campeche, Guanajuato, Yucatán y Zacatecas).⁶

³ Cabe mencionar que para el análisis descriptivo se establecieron tres opciones para esta variable: 1) no trabajar y nunca haber trabajado, 2) no trabajar, pero haber trabajado antes, y 3) realizar actividad económica.

⁴ Es importante recordar que la EDER registra eventos con duración de por lo menos un año, por lo que posiblemente el uso de MAC de manera ocasional no se encuentre registrado.

⁵ Para esta variable se consideró la situación conyugal. La categoría "Sin Pareja" agrupa soltería, divorcio, separación y viudez, mientras que la categoría "con pareja" agrupa unión libre, matrimonio civil, matrimonio religioso y matrimonio civil-religioso.

⁶ Se retomó la propuesta de regionalización de Páez y Zavala (véase capítulo 1 de este libro) en la que se identifican seis regiones en el país según diversos patrones de formación familiar y reproductivos; las autoras consideran características como la actividad sexual, la situación conyugal y el número de hijos/as. Para mayores informes sobre la construcción de esta variable, véase su capítulo.

Cabe mencionar que para estas variables cambiantes en el tiempo se consideró la situación al año previo; es decir, en cada edad se establecía la característica sociodemográfica del año anterior (*lag* de $_{n-1}$), de tal forma que fue posible analizar la situación de las mujeres al año previo del nacimiento de su primer hijo/a. Para el análisis descriptivo se tomó la situación de las mujeres a los 30 años sin considerar los valores perdidos.⁷ Para las estimaciones estadísticas se empleó Stata versión 14.0 y se consideró el esquema de muestreo probabilístico, estratificado y por conglomerados de la EDER 2017; es decir, se aplicó el diseño de la encuesta mediante la declaración de muestra compleja.⁸

RESULTADOS

Distribución porcentual según edad al primer hijo/a

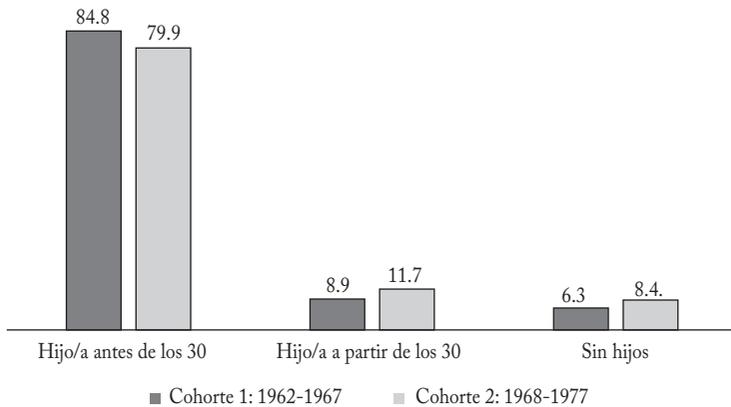
La gráfica 3.1 muestra la distribución porcentual de las mujeres mexicanas según el inicio de su vida reproductiva por cohorte de nacimiento: 1962-1967 y 1968-1977. Como la literatura al respecto ya lo reportaba (Zavala, 2014), la gran mayoría de las mujeres comienza su reproducción antes de los 30 años. La proporción en ambas cohortes ronda 80%; es decir, aproximadamente ocho de cada diez mujeres tuvieron su primer hijo/a antes de los 30 años, lo cual fue especialmente importante en la cohorte antigua, mientras que se aprecia un descenso de casi cinco pun-

⁷ En cada uno de los cuadros se coloca el número de observaciones sin ponderar y ponderados para especificar el número de valores perdidos. La única variable a la que se realizó ajuste fue la edad a la primera relación sexual, ya que un número considerable de mujeres (99) no respondió esta pregunta. Para el ajuste se asumió que las mujeres que no respondieron tuvieron su primera relación sexual a la edad en la que ocurrió su primera unión conyugal o el nacimiento de su primer hijo/a sólo cuando estos eventos sucedieron antes de los 30 años.

⁸ Permite calcular estimaciones puntuales y disminuir el sesgo en los errores estándar y pruebas de hipótesis (StataCorp, 2017).

tos porcentuales en la cohorte reciente (79.9%) con respecto a la antigua (84.8%). Esta reducción porcentual en la cohorte más reciente se compensa con el aumento tanto de mujeres que postergan su primer hijo/a hasta los 30 años o más (11.7%) como con el incremento de mujeres mayores de 40 años sin descendencia (8.4%); en la cohorte antigua los porcentajes fueron menores y se situaron en 8.9 y 6.3%, respectivamente.

Gráfica 3.1. Distribución porcentual (%) de mujeres según la edad al primer hijo/a por cohorte de nacimiento



Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. Cohorte 1, n = 1 504; cohorte 2, n = 3 632; p = 0.013.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

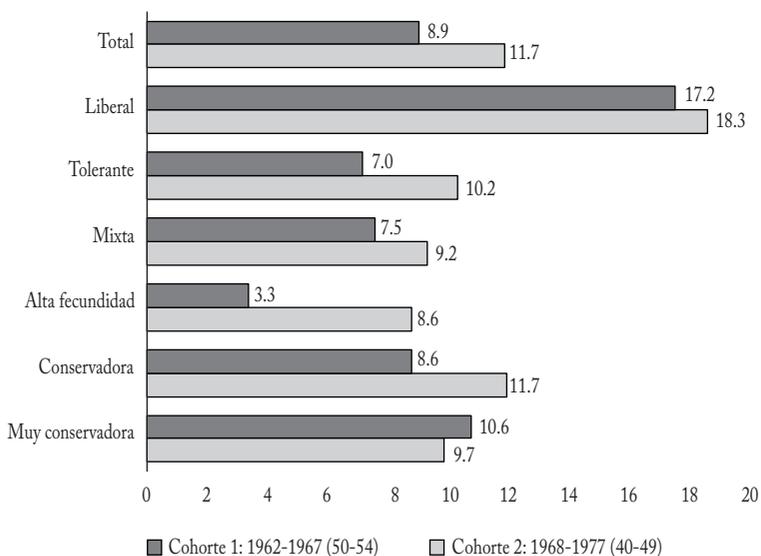
Ubicación geográfica de las mujeres que inician su reproducción a partir de los 30 años

En las siguientes gráficas se presenta la proporción de mujeres que tuvieron al primer hijo/a a partir de los 30 años por región de residencia (gráfica 3.2) y por entidad de residencia (gráfica 3.3) cuando ellas tenían 30 años. Para este análisis se decidió distinguir las cohortes de nacimiento: con gris oscuro se aprecia la proporción de mujeres de la cohorte 1 (antigua) y con gris claro la de la cohorte 2 (reciente). Su distribución permite reconocer las

diferencias geográficas por regiones y al interior de las regiones, así como los cambios en el tiempo.

En la gráfica 3.2 se aprecia que, en ambas cohortes, sobresale la región *Liberal* con el mayor porcentaje de mujeres con un calendario tardío en el país (17.2% en la cohorte antigua y 18.3% en la reciente). De manera particular, en la cohorte antigua (gris oscuro) resaltan las regiones *Muy conservadora* y *Conservadora* con 10.6 y 8.6%, respectivamente; estas regiones se caracterizan por una edad más tardía a la primera unión conyugal y al nacimiento del primer hijo/a, lo que resulta relevante para esta cohorte. Sin embargo, en la cohorte reciente (gris claro) vemos que, si bien se mantiene la región *Conservadora* (11.7%), la región *Tolerante* también toma un lugar importante con 10.2 por ciento.

Gráfica 3.2. Proporción (%) de mujeres que tuvieron a su primer hijo/a a partir de los 30 años, según región de residencia a esa edad

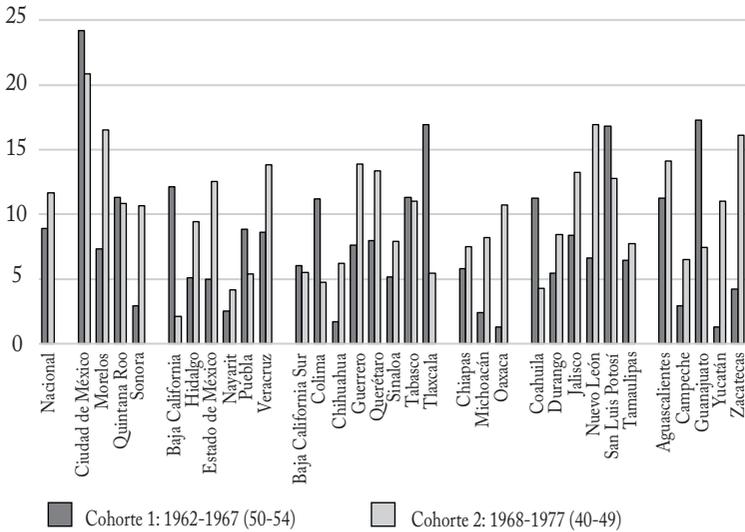


Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. Cohorte 1, n = 1 504; cohorte 2, n = 3 632.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017. Regiones definidas en el capítulo 1, de Páez y Zavala.

Cabe mencionar que la región de *Alta fecundidad* mostró los porcentajes más bajos en este indicador, con 3.3 y 8.6% en la cohorte antigua y reciente, respectivamente; como su nombre lo indica, en esta región las mujeres comienzan su vida reproductiva a una edad muy joven y tienen un alto número de hijos/as, por lo que es poco probable encontrar mujeres que inician su reproducción a los 30 años o más. Por otra parte, se observa que en todas las regiones, excepto en la *Muy conservadora*, incrementó la proporción de mujeres de la cohorte reciente respecto a la antigua.

Gráfica 3.3. Proporción (%) de mujeres que tuvieron a su primer hijo/a a partir de los 30 años, según entidad de residencia a esa edad



Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. Cohorte 1, n = 1 504; cohorte 2, n = 3 632.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

En la gráfica 3.3 se identifica la distribución de este indicador, pero por entidad de residencia a los 30 años. En la cohorte antigua destacan la Ciudad de México, Quintana Roo, Baja California, Colima, Tabasco, Tlaxcala, Coahuila, San Luis Po-

tosí, Aguascalientes y Guanajuato, donde se presenta un mayor porcentaje de mujeres con primeros hijos a los 30 años o más en relación con la cohorte reciente. En tanto que en esta última sobresalen, con los porcentajes más altos, Ciudad de México, Morelos, Estado de México, Veracruz, Guerrero, Querétaro, Jalisco, Nuevo León, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas. Cabe destacar a la Ciudad de México, donde, a pesar de la reducción entre cohortes, alrededor de una de cada cuatro y una de cada cinco mujeres de estas cohortes iniciaron su maternidad hasta estar en sus treintas (con porcentajes de 24.2 y 20.9%, respectivamente).

Características sociodemográficas a los 30 años

En este apartado se presentan algunas características sociodemográficas y reproductivas de las dos cohortes de mujeres divididas por los tres grupos reproductivos señalados. En el cuadro 3.1 se encuentra la cohorte antigua (1962-1967) y en el cuadro 3.2 la reciente (1968-1977). Los aspectos analizados son el nivel educativo aprobado, IOS, actividad económica, residencia en el hogar familiar de origen, así como uso de MAC y condición de pareja conyugal cuando ellas tenían 30 años.

En la cohorte antigua, 84.8% tuvo un hijo/a antes de los 30 años, 8.9% a los 30 años o más y 6.3% no tuvo hijos (gráfica 3.1). En esta cohorte (cuadro 3.1), el grupo 1, con hijos/as antes de los 30 años, presentó niveles educativos situados mayormente en primaria o menos (41.4%) o en secundaria (28%), sólo tres de cada diez lograron una escolaridad media superior o superior (30.6%). En el grupo 2, dos tercios de las mujeres que iniciaron su reproducción a partir de los 30 años tenían escolaridad de bachillerato o más (67%), sólo un tercio tenía una escolaridad de secundaria o menos (33%). Las diferencias educativas entre el grupo 1 *versus* 2 son estadísticamente significativas, lo que reflejan trayectorias educativas altamente diferenciadas entre ambos grupos. El grupo 3, sin hijos, contiene dos categorías contrastantes: por una parte, está un grupo importante de mujeres con primaria o menos

(32.8%) y, por otra, se encuentran aquellas con educación superior (28.9%), proporción similar a la que presenta el grupo 2.

Por los se aprecia en el grupo 1 una distribución porcentual similar entre el primer, segundo y tercer tercil, es decir, la maternidad juvenil no parece estar afectada por el nivel socioeconómico de origen. En contraste, el grupo 2 concentra dos terceras partes en el tercil con el los más alto (tercer tercil) (61.2%). En el grupo 3 nuevamente se vuelve a ver una distribución más o menos similar en los tres terciles. Las pruebas de significancia estadística indican diferencias entre el grupo 1 *versus* 2; entre el 2 *versus* 3 las diferencias se presentaron en los terciles extremos.

Respecto a la actividad económica, la mayoría de las mujeres de los grupos 2 y 3 se encontraba en el mercado laboral a los 30 años (67.7 y 63.4%, respectivamente). Sobresale que en el grupo de aquellas que iniciaron su reproducción a partir de los 30 años sólo 5.4% nunca había desempeñado actividades extradomésticas. En el grupo 1 hay una distribución relativamente equilibrada entre las tres categorías (nunca ha trabajado, había trabajado antes y realizaba actividad económica); en tanto que en el grupo 3 se presentan dos poblaciones extremas: las que no tienen experiencia de trabajo (24.7%) y las que se encontraban activas en ese ámbito (63.4%). Entre el grupo 1 *versus* 2 hay diferencias estadísticamente significativas en las categorías extremas y entre el grupo 2 *versus* 3 en las dos primeras categorías que se refieren a no encontrarse en el mercado de trabajo a los 30 años.

En el ámbito residencial la gran mayoría de las mujeres de los grupos 1 y 2 no residía en el hogar de origen a los 30 años (88.8 y 74.9%, respectivamente); contrario a ello, dos tercios del grupo 3 vivía en el hogar familiar a dicha edad (68.3%). En todas las categorías y grupos se presentaron diferencias estadísticamente significativas, lo que refleja itinerarios de emancipación familiar diferentes en los tres grupos.

En el uso de MAC a los 30 años, poco más de la mitad del primer grupo no los empleaba (55.6%); en el grupo 2 y 3 la gran mayoría no los estaba usando alrededor de esa edad (85.8 y 94.1%, respectivamente). Ahora bien, al interrelacionar este aspecto con la situación de pareja conyugal se ve una fuerte presencia de

pareja en el grupo 1 (86%), menor en el grupo 2 (62.7%) y baja en el grupo 3 (21%). En el empleo de MAC las diferencias son estadísticamente significativas entre el grupo 1 *versus* 2; en tanto que en la presencia de pareja las diferencias se presentan al comparar el grupo 1 *versus* 2 y el 2 *versus* 3 (cuadro 3.1).

Es probable entonces que en el grupo 1 una proporción importante estuviera buscando un embarazo subsecuente, dado que un alto porcentaje contaba con una pareja y no empleaba MAC. En el grupo 2 también es posible que estuvieran intentando embarazarse cerca de los 30 años, dado que seis de cada diez tenían con quien formar una familia, lo cual finalmente lograron, mientras que otras, aun sin pareja, pudieron estar tratando de embarazarse y algunas más no tenían vida sexual activa en esa edad y por ello no empleaban MAC. En el grupo 3 casi la totalidad no empleaba en ese momento MAC, lo cual pudiera deberse a la ausencia de una pareja con quien ejercer su sexualidad y no tanto al deseo de comenzar la descendencia; a su vez, es posible que la falta de pareja desmotivara el embarazo.

Cuadro 3.1. Distribución porcentual de mujeres de la cohorte 1 (1962-1967), según características sociodemográficas por grupo de edad al nacimiento del primer hijo/a

Características sociodemográficas	Grupo 1	<i>versus</i>	Grupo 2	<i>versus</i>	Grupo 3
	Hijo/a antes de los 30 años	<i>p</i> <	Hijo/a después de los 30 años	<i>p</i> <	Sin hijos
<i>n</i> (obs. sin ponderar) =	1241		139		124
<i>N</i> (obs. ponderadas) =	3060239		320559		227733
Nivel educativo aprobado	(<i>n</i> = 1241)		(<i>n</i> = 139)		(<i>n</i> = 124)
Primaria o menos	41.4	***	17.6	**	32.8
Secundaria	28.0	***	15.4		18.3
Media superior	19.2	**	31.7	*	20.0
Superior	11.4	***	35.3		28.9

<i>Características sociodemográficas</i>	<i>Grupo 1</i>	<i>versus</i>	<i>Grupo 2</i>	<i>versus</i>	<i>Grupo 3</i>
	<i>Hijo/a antes de los 30 años</i>	<i>p <</i>	<i>Hijo/a después de los 30 años</i>	<i>p <</i>	<i>Sin hijos</i>
<i>IOS</i>	<i>(n = 1218)</i>		<i>(n = 138)</i>		<i>(n = 122)</i>
Primer tercil	36.4	***	12.9	**	26.9
Segundo tercil	33.2		25.9		33.2
Tercer tercil	30.5	***	61.2	**	39.9
<i>Actividad económica a los 30 años</i>	<i>(n = 1240)</i>		<i>(n = 139)</i>		<i>(n = 124)</i>
No trabajaba y nunca ha trabajado	26.5	***	5.4	***	24.7
No trabajaba, pero ha trabajado antes	33.5		26.9	**	11.9
Realizaba actividad económica	40.0	***	67.7		63.4
<i>Vivir en el hogar familiar a los 30 años</i>	<i>(n = 1241)</i>		<i>(n = 139)</i>		<i>(n = 124)</i>
Sí	11.2	***	25.1	***	68.3
No	88.8	***	74.9	***	31.7
<i>Uso de MAC a los 30 años</i>	<i>(n = 1241)</i>		<i>(n = 131)</i>		<i>(n = 71)</i>
Sí	44.4	***	14.2		5.9
No	55.6	***	85.8		94.1
<i>Situación de pareja conyugal a los 30 años</i>	<i>(n = 1241)</i>		<i>(n = 139)</i>		<i>(n = 124)</i>
Sin pareja	14.0	***	37.3	***	79.0
Con pareja	86.0	***	62.7	***	21.0

Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. MAC = métodos anticonceptivos; p = nivel de significancia de la prueba Wald.

* p < 0.1; ** p < 0.05; *** p < 0.01.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

En la cohorte reciente (1968-1977), 79.9% tuvo su primer hijo/a antes de cumplir 30 años, 11.7% en sus treintas y 8.4% no tenía descendencia al momento de la encuesta (gráfica 3.1). En el cuadro 3.2 se presentan para esta cohorte las mismas características sociodemográficas y reproductivas antes mencionadas. En el nivel educativo aprobado del grupo 1 se aprecia nuevamente una mayor concentración en los niveles de secundaria (35.9%) y de primaria o menos (31.2%); el otro tercio aprobó el nivel medio superior o superior (32.9%). El grupo 2 concentra mujeres con mayores niveles educativos, sobre todo aumentan las que tienen nivel superior (43.5%) con respecto a la cohorte anterior (35.3%). El grupo 3, si bien tiene mujeres con altos niveles de escolaridad (34.4%), también cuenta con una subpoblación con primaria o menos (22.6%), la cual es estadísticamente significativa.

En el IOS se observa, en el grupo 1, una distribución más o menos similar entre los tres terciles, tal como ya se había visto en la cohorte anterior. En el grupo 2 una de cada dos mujeres se ubicó en el tercer tercil, con diferencias estadísticamente significativas entre el grupo 1 *versus* 2. En el grupo 3, a diferencia de lo descrito en la cohorte antigua, hay una distribución muy similar a la que presenta el grupo de mujeres que tiene a su primer hijo/a a los 30 años o más, mayormente centrada en los dos terciles más favorecidos.

Respecto a la actividad económica, en el grupo 1 una cuarta parte (24.5%) no contaba con experiencia laboral a los 30 años, el resto o trabajaba (43.9%) o lo había hecho en algún momento, pero no a esa edad (31.6%). En el grupo 2 siete de cada diez trabajaban a los 30 años, por el contrario, sólo 10.4% no tenía dicha experiencia. Se presentaron diferencias estadísticamente significativas entre el grupo 1 *versus* 2 en todas las categorías, lo que refleja una trayectoria laboral divergente entre estos grupos de mujeres. En el grupo 3 dos tercios (65.5%) laboraban a tal edad, pero una de cada cinco nunca se había incorporado al mercado de trabajo (19.1%), presentándose en esta categoría diferencias estadísticamente significativas respecto al grupo 2.

Al igual que en la cohorte antigua, la mayoría de las mujeres con al menos un hijo/a en la juventud ya no residía en el hogar

familiar a los 30 años (88.3%); lo mismo sucedió con dos tercios de las mujeres del grupo 2 (64.9%), en tanto que las proporciones se invierten en el tercer grupo, ya que la mayoría continuaba residiendo con su familia de origen (69.2%). En todas las categorías y grupos se presentaron diferencias estadísticamente significativas, lo que refleja, nuevamente, itinerarios divergentes de emancipación familiar entre los tres grupos.

El uso de MAC y la situación de pareja conyugal a los 30 años presentaron tendencias ya observadas en la cohorte antigua: en el grupo 1 poco más de la mitad no empleaba MAC en esa edad (54.7%) y la gran mayoría vivía en pareja (85.7%), por lo que es posible que algunas de ellas trataran de embarazarse nuevamente.

En el grupo 2, el porcentaje que no empleaba MAC es todavía más alto (80.5%), a pesar de que sólo una de cada dos tenía pareja conyugal a los 30 años (52.8%), por lo que es posible que muchas de ellas o trataban de embarazarse, o en ese momento no tenían actividad sexual o ésta era ocasional. En el grupo 3 nueve de cada diez mujeres no empleaban métodos, pero ello pudiera estar asociado al escaso porcentaje de mujeres con vida conyugal (14.3%). En todos los casos y grupos las diferencias fueron estadísticamente significativas.

En síntesis, en la cohorte antigua el grupo de interés (grupo 2) presentó características sociodemográficas y reproductivas que se diferenciaron de manera importante de los otros dos grupos, mientras que en la cohorte reciente se mantuvieron los contrastes entre el grupo 1 y 2, pero se diluyeron algunas diferencias educativas, de origen social y laborales entre el grupo 2 y 3; no así las características reproductivas.

Ahora bien, cuando examinamos los cambios del grupo 2 en el tiempo, aparece el impacto de la situación económica en la cohorte reciente, ya que se incrementó el porcentaje de mujeres de bajos recursos (tercil 1) casi en la misma proporción en que se redujo la presencia de mujeres del tercil 3 (11 puntos porcentuales); sin embargo, aumentó la participación de mujeres con educación superior entre una cohorte y otra: pasó de 35.3 a 43.5%. No hubo modificaciones importantes en el porcentaje de aquellas que realizaban actividad económica a los 30 años; no obstante,

el porcentaje de mujeres que a esa edad vivían en el hogar familiar incrementó en diez puntos porcentuales. Por su parte, bajó en cinco puntos el porcentaje de mujeres que emplearon MAC y en diez puntos la proporción que vivía con pareja a los 30 años (cuadro 3.2).

Cuadro 3.2. Distribución porcentual de mujeres de la cohorte 2 (1968-1977), según características sociodemográficas por grupo de edad al nacimiento del primer hijo/a

<i>Características sociodemográficas</i>	<i>Grupo 1</i>	<i>versus</i>	<i>Grupo 2</i>	<i>versus</i>	<i>Grupo 3</i>
	<i>Hijo/a antes de los 30 años</i>	<i>p <</i>	<i>Hijo/a después de los 30 años</i>	<i>p <</i>	<i>Sin hijos</i>
<i>n</i> (obs. sin ponderar) =	2819		434		379
<i>N</i> (obs. ponderadas) =	7068413		1032082		743822
<i>Nivel educativo aprobado</i>	(<i>n</i> = 2819)		(<i>n</i> = 434)		(<i>n</i> = 379)
Primaria o menos	31.2	***	13.8	*	22.6
Secundaria	35.9	***	19.4		22.6
Media superior	22.3		23.4		20.3
Superior	10.6	***	43.5		34.4
<i>IOS</i>	(<i>n</i> = 2773)		(<i>n</i> = 427)		(<i>n</i> = 375)
Primer tercil	37.4	***	24.5		24.8
Segundo tercil	34.6	**	24.8		31.4
Tercer tercil	28.0	***	50.6		43.8
<i>Actividad económica a los 30 años</i>	(<i>n</i> = 2807)		(<i>n</i> = 432)		(<i>n</i> = 378)
No trabajaba y nunca ha trabajado	24.5	***	10.4	**	19.1
No trabajaba, pero ha trabajado antes	31.6	***	18.9		15.5
Realizaba actividad económica	43.9	***	70.7		65.5

Características sociodemográficas	Grupo 1	versus	Grupo 2	versus	Grupo 3
	Hijo/a antes de los 30 años	$p <$	Hijo/a después de los 30 años	$p <$	Sin hijos
<i>Vivir en el hogar familiar a los 30 años</i>	($n = 2819$)		($n = 434$)		($n = 379$)
Sí	11.7	***	35.1	***	69.2
No	88.3	***	64.9	***	30.9
<i>Uso de MAC a los 30 años</i>	($n = 2818$)		($n = 387$)		($n = 203$)
Sí	45.3	***	19.5	**	9.4
No	54.7	***	80.5	**	90.6
<i>Situación de pareja conyugal a los 30 años</i>	($n = 2819$)		($n = 434$)		($n = 379$)
Sin pareja	14.3	***	47.2	***	85.7
Con pareja	85.7	***	52.8	***	14.3

Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. MAC = métodos anticonceptivos; p = nivel de significancia de la prueba Wald.

* $p < 0.1$; ** $p < 0.05$; *** $p < 0.01$.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Características del ámbito sexual, reproductivo y conyugal

En esta sección se muestran las proporciones acumuladas de las dos cohortes de mujeres para tres transiciones: la primera relación sexual (PRS), la primera unión conyugal (PUC) y el nacimiento del primer hijo/a (NPH) (gráficas 3.4). En el inciso *a* se encuentran las mujeres que tuvieron a su primer hijo/a antes de los 30 años de edad; en el *b*, las que tuvieron a su primer hijo/a en sus treinta, y el *c* agrupa a quienes no tenían descendencia al momento de la encuesta. Se efectúa un análisis considerando las edades medianas (50%).

En la gráfica 3.4a, en ambas cohortes, las mujeres realizaron las tres transiciones a edades prácticamente idénticas, no se presentaron variaciones en el tiempo. A los 19 años, la mitad ya

había iniciado su trayectoria sexual; la primera unión conyugal sucedió muy cerca del inicio sexual, su edad mediana se situó alrededor de los 20 años, aunque poco menos de 10% no había vivido en unión conyugal a los 40 años, que es cuando termina la gráfica. Por su parte, la edad mediana al nacimiento del primer hijo/a se presentó cercano a los 21 años.

La gráfica 3.4b muestra el comportamiento sexual, conyugal y reproductivo de las mujeres centrales de este estudio (grupo 2), con el primer hijo/a en sus treintas. La distancia entre las curvas de los tres eventos analizados es mayor que la observada en el grupo anterior. En este grupo se aprecia un inicio sexual más tardío, ya que la mitad de la cohorte antigua ya había tenido su primera relación sexual a los 26.2 años y la cohorte reciente a los 25.3 años. En cuanto a la primera unión conyugal, la edad mediana se ubica en los 29.3 años y en los 30.4 años, respectivamente. Por su parte, el nacimiento del primer hijo se ubicó en la cohorte antigua en 32 años y para la cohorte reciente la edad mediana a esta transición se aplazó un año: 33.3 años.

En este grupo alrededor de 15% de las mujeres no se había emparejado conyugalmente a los 40 años; la gráfica 3.4b permite observar que aproximadamente a los 35 años hay un cruce entre las curvas del nacimiento del primer hijo/a y la primera unión conyugal, lo cual refleja que un grupo de mujeres transitó a la reproducción sin pareja conyugal. Cabe mencionar que en este grupo de interés sí hay un comportamiento diferenciado entre las cohortes; en la cohorte más reciente parece haber un ligero rejuvenecimiento en la actividad sexual y una mayor postergación de la reproducción y la unión conyugal.

La gráfica 3.4c presenta los datos de las mujeres sin descendencia. Por su misma característica, máximo habían efectuado dos transiciones: PRS y PUC. Ellas fueron las que mostraron una edad más tardía a la primera relación sexual: la edad mediana fue de 27.7 años en la cohorte antigua y de 26.5 años en la reciente. Este grupo de mujeres mostró un bajo porcentaje de unión conyugal: a la edad de 40 años sólo 30% había efectuado tal transición. Es posible que la ausencia de parejas afectivas las haya conducido a retrasar la PRS y la PUC, y a desmotivar la vida repro-

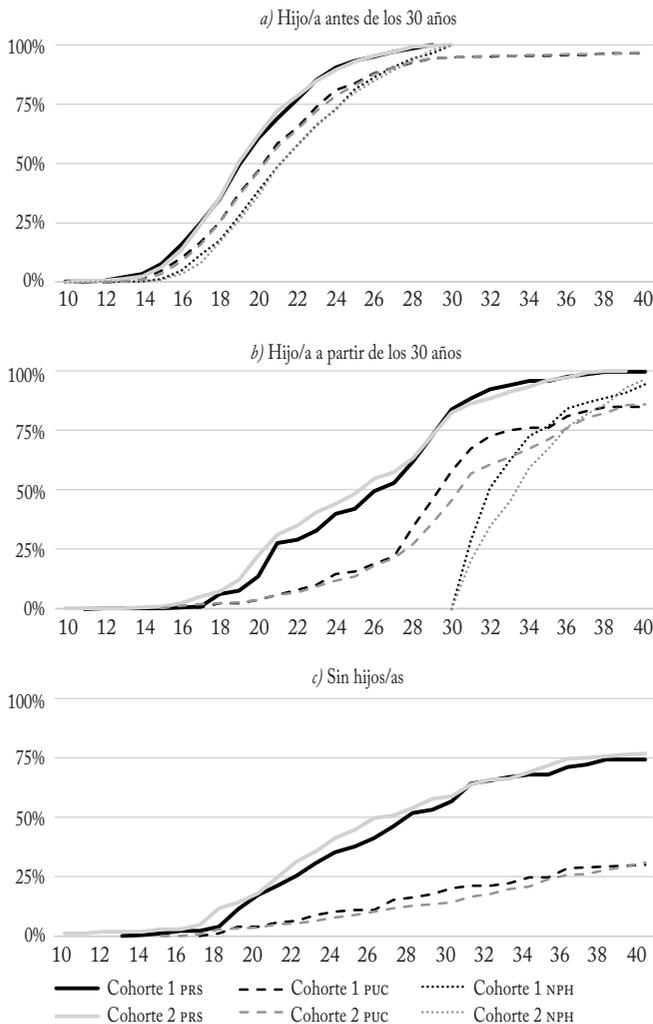
ductiva, lo cual muestra la dificultad de romper con la normatividad sexual-reproductiva tradicional: la fusión del inicio de vida sexual, la relación conyugal y el inicio de la reproducción, aun en mujeres sin hijos. Aunque también es posible que el hecho de encontrarse laborando y viviendo en el hogar de origen, posiblemente cuidando de sus familiares, las llevara a posponer e incluso evitar tales transiciones, lo cual también refleja relaciones de género tradicionales en el ámbito familiar.

Aunado a ello, el grupo 3 concentra dos subpoblaciones contrastantes: por un lado, mujeres con altas credenciales educativas, con participación laboral y con altos orígenes sociales, quienes pudieron haber puesto sus intereses en el estudio y el trabajo más que en la vida familiar, y haber decidido no tener hijos; por otra parte, se encuentran aquellas con baja escolaridad, sin experiencia en el mercado de trabajo y que procedían de orígenes sociales menos favorecidos, que posiblemente se dedicaron al cuidado de sus familias de origen y con pocas posibilidades de conocer a una pareja, ya que estarían fuera de los espacios en que comúnmente sucede, como el trabajo y la escuela.

Se ha argumentado que posponer la edad al primer hijo/a tiene un impacto en la descendencia final (Welti, 2005). En la gráfica 3.5 se puede comprobar dicha aseveración. Entre aquellas con fecundidad juvenil, se observa que a los 30 años las mujeres de las dos cohortes analizadas tenían 2.9 y 2.5 hijos/as, respectivamente, lo que muestra un descenso en la cohorte reciente con respecto a la antigua de 0.4 hijos. A los 40 años este promedio fue de 3.5 y 3.1 hijos/as, respectivamente. La cohorte antigua seguía mostrando tal promedio (3.5 hijos/as) a los 50 años.

En tanto que entre aquellas que comenzaron su familia en sus treintas alcanzaron un menor promedio de hijos/as a cada edad. A los 30 años éste se situó en 0.3 y 0.2 hijos/as en la cohorte antigua y reciente, respectivamente. A los 40 años el promedio era de 1.6 y 1.5 hijos/as, respectivamente, y a los 50 años la cohorte antigua tenía un promedio de 1.7 hijos/as; es decir, comenzar la reproducción en los treintas redujo prácticamente a la mitad la descendencia final al haberse acortado la exposición al riesgo de tener un mayor número de hijos/as.

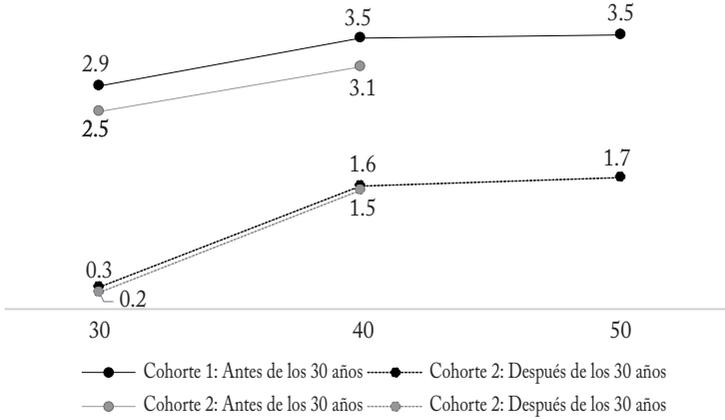
Gráficas 3.4. Proporción acumulada de mujeres que han tenido la primera relación sexual (PRS), la primera unión conyugal (PUC) y el nacimiento del primer hijo/a (NPH), por cohorte de nacimiento y edad al primer hijo/a



Nota: datos ponderados.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Gráfica 3.5. Promedio de hijos/as a la edad de 30, 40 y 50 años cumplidos, por cohorte de nacimiento



Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Por su parte, en el cuadro 3.3 se observa que la mayoría de las mujeres del grupo de interés (79.3% en la cohorte antigua y 75.2% en la reciente) tuvo a su hijo/a en su primera relación conyugal; aunque también es considerable la proporción de mujeres que iniciaron su descendencia en soltería o después de haber disuelto la unión: en la corte antigua representó 18.5% y en la reciente 19.7% del total.

Para el caso de las mujeres del grupo 2 que iniciaron su reproducción en la unión conyugal, se identificó un promedio de duración de dicha unión de 22.5 años en la cohorte antigua y de 14.4 años en la reciente, es decir, si tomamos en cuenta ese periodo de tiempo y que, como se vio en el análisis de transiciones, a los 40 años, 85% del grupo ya había establecido dicha unión, por lo que podemos suponer que estas mujeres tuvieron pocos hijos/as dentro de la relación conyugal.

Cabe mencionar que en algunas de ellas se identificó un periodo de vida en pareja previo al nacimiento del primer hijo/a, ya que aproximadamente una de cada cinco mujeres de este grupo inició su maternidad, por lo menos, después de cinco años de vida

conyugal; a diferencia de las que iniciaron más jóvenes y que lo hicieron, casi en su totalidad, en los primeros cuatro años de vida en pareja.

Factores asociados a la probabilidad de tener un primer hijo/a a partir de los 30 años

En el cuadro 3.4 se presenta un modelo de regresión logística de tiempo discreto que estima el riesgo de tener un hijo/a a partir de los 30 años. Las variables que tuvieron efectos sobre la ocurrencia de esta transición fueron el pertenecer a la cohorte reciente (RM = 1.30), con respecto a la antigua; residir en el año previo al nacimiento en las regiones denominadas como *Liberal* y *Tolerante* (RM = 1.38 y 1.63) con respecto a la *Conservadora*. De igual manera, las mujeres con mayores credenciales educativas que aprobaron el nivel superior (RM = 1.63), que pertenecían a un origen social más favorecido (RM = 1.46), que desempeñaban actividades laborales (RM = 1.68) y que ya no residían en el hogar familiar en el año previo al nacimiento de su hijo/a (RM = 3.51) mostraron una mayor probabilidad de comenzar su procreación en sus treintas.

Con cada año que aumentó la edad a la primera relación sexual también incrementó la posibilidad de tener un primer hijo/a hasta pasados los 30 años (RM = 1.24); pero, sin duda, el factor determinante que las motivó a iniciar su reproducción fue el contar con una pareja conyugal en el año previo al nacimiento del hijo/a, ya que las razones de momios fueron de 15.73; es decir, tener una pareja con la cual construir su familia es el factor preponderante que motiva y habilita las condiciones de género para que se inicie la reproducción.

Cuadro 3.3. Proporción de mujeres según características conyugales, por cohorte de nacimiento y edad de las mujeres al nacimiento del primer hijo/a

	Cohorte 1 (1962-1967)			Cohorte 2 (1968-1977)		
	Hijo/a antes de los 30 años	Hijo/a después de los 30 años	p =	Hijo/a antes de los 30 años	Hijo/a después de los 30 años	p =
<i>n</i> (obs. sin ponderar) =	1241	139		2819	434	
<i>N</i> (obs. ponderadas) =	3060239	320559		7068413	1032082	
<i>Situación conyugal al nacimiento del primer hijo/a¹</i>						
Soltera	10.1	14.1		11.0	14.2	
En la primera unión conyugal	87.0	79.3		86.6	75.2	***
En disolución	2.2	4.4		2.0	5.5	**
<i>Mujeres con un primer hijo/a en la unión conyugal</i>						
<i>n</i> (obs. sin ponderar) =	1097	112		2411	334	
<i>N</i> (obs. ponderadas) =	2684356	261372		6149619	829543	
<i>Tiempo de unión conyugal al nacimiento del primer hijo/a²</i>						
1-4 años	94.2	63.2	***	92.3	66.3	***
5-9 años	5.0	26.0	***	7.3	20.2	***
Duración promedio de la unión (en años) ³	27.1	22.5	***	21.5	14.4	***

Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. p = nivel de significancia de la prueba Wald.

¹ No se presenta el porcentaje correspondiente a la segunda y tercera unión debido a la baja frecuencia.

² No se presenta el porcentaje de diez años o más debido a la baja frecuencia.

³ Se considera hasta que se disolvió la unión conyugal o hasta el momento de la encuesta. * p < 0.1; ** p < 0.05; *** p < 0.01.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Cuadro 3.4. Modelo de regresión logística de tiempo discreto de tener un hijo/a a partir de los 30 años, según edad de la mujer al nacimiento

<i>Características sociodemográficas y del ámbito sexual, conyugal y reproductivo</i>	<i>RM</i>	<i>p <</i>
<i>Cohorte de nacimiento (Ref: 1962-1967 [50-54 años])</i>		
1968-1977 (40-49 años)	1.30	**
<i>Ubicación geográfica en el año previo (Ref: Conservadora)</i>		
Liberal	1.38	*
Tolerante	1.63	***
Mixta	1.09	
Alta fecundidad	1.03	
Muy conservadora	1.09	
Otro país	0.96	
<i>Nivel educativo aprobado (Ref: Primaria o menos)</i>		
Secundaria	0.83	
Media superior	1.08	
Superior	1.63	**
<i>IOS (Ref: Primer tercil)</i>		
Segundo tercil	1.02	
Tercer tercil	1.46	*
<i>Actividad económica en el año previo (Ref: No realizaba)</i>		
Realizaba actividad económica	1.68	***
<i>Vivir en el hogar familiar en el año previo (Ref: Sí)</i>		
No	3.51	***
<i>Edad a la primera relación sexual (Continua)</i>		
	1.24	***
<i>Uso de MAC en el año previo (Ref: No)</i>		
Sí	0.98	
<i>Situación de pareja conyugal en el año previo (Ref: Sin pareja)</i>		
Con pareja	15.73	***
Constante	0.00	***

*Características sociodemográficas
y del ámbito sexual, conyugal y reproductivo*

	RM	<i>p</i> <
Número de observaciones =	60535	
F (172134) =	64.87	
Prob > F =	0.0000	

Nota: para el cálculo de las estimaciones se consideró el diseño complejo de la encuesta. Se consideró como población a las mujeres con al menos un hijo/a. RM = razón de momios; Ref. = variable de referencia.

* $p < 0.1$; ** $p < 0.05$; *** $p < 0.01$.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

CONCLUSIONES

Los resultados de este capítulo permiten ampliar el conocimiento sobre las mujeres mexicanas que tuvieron a su primer hijo/a a partir de los 30 años (grupo 2) y comparar dichas características con aquellas que iniciaron la reproducción antes de esa edad (grupo 1) o que se acercaron al final de su vida reproductiva sin descendencia (grupo 3), así como registrar los cambios que han experimentado en el tiempo. Si bien el calendario tardío a la reproducción no ha sido el comportamiento preponderante en la sociedad mexicana, pues la extensa mayoría de las mujeres de ambas cohortes iniciaron su reproducción antes de ese rango de edad, sí es un comportamiento que ha implicado cambios importantes en las edades a los eventos sexuales, conyugales y reproductivos, además del tamaño de la descendencia, como lo muestra la evidencia aquí presentada.

Se identificó que el grupo de mujeres que inició su reproducción a los 30 años o más incrementó su participación en el tiempo: pasó de representar 8.4% en la cohorte antigua a 11.7% en la reciente. Por regiones se precisó que, al controlar por otros factores, son las regiones *Liberal* y *Tolerante* las que tienen una mayor propensión a tener un hijo/a a partir de los 30 años. A su vez, la Ciudad de México sobresale como principal entidad donde residían las mujeres del grupo 2 a los 30 años; sin embargo, no es un fenómeno exclusivo de la Ciudad de México, pues en la cohorte

más reciente también había presencia importante de mujeres de este grupo en otras entidades como Nuevo León, Morelos, Zacatecas, Aguascalientes, Guerrero, Veracruz, Querétaro, Jalisco y San Luis Potosí.

Estos resultados confirman el papel central de la Ciudad de México como lugar pionero de cambios en el comportamiento reproductivo. No obstante, es importante explorar en futuras investigaciones diversos factores que pudieran estar relacionados con la presencia de este fenómeno en otras entidades del país: cercanía con la Ciudad de México, presencia de metrópolis, desarrollo social, migración, retraso en la edad a la emancipación familiar, cuidado de adultos mayores al interior de los hogares, entre otros.

Adicionalmente, como se señala en otros estudios, en este análisis encontramos que la mayoría de las mujeres del grupo de nuestro interés provenía de sectores socioeconómicos altos, aunque también registramos que, probablemente por la crisis económica, este porcentaje se redujo e incrementó la proporción de mujeres del estrato social más bajo en la cohorte reciente; sin embargo, este grupo siguió manteniendo una presencia importante en el tercer tercil.

Asimismo, la mayoría de las mujeres del grupo 2 tenía una alta escolaridad, desarrollaba actividades laborales y había abandonado el hogar familiar a los 30 años o antes. Por un lado, si bien su participación en actividades económicas sólo aumentó tres puntos porcentuales en la cohorte reciente, la escolaridad se incrementó en diez puntos, específicamente en el nivel superior; este último aspecto marca una clara diferencia con los grupos 1 y 3. Por otro lado, entre una cohorte y otra decreció significativamente el porcentaje de mujeres que había abandonado el hogar familiar, así como el porcentaje de aquellas que tenían una pareja conyugal a los 30 años, pues en ambos aspectos hubo una reducción de diez puntos porcentuales. Probablemente estas mujeres prolongaron la soltería y dilataron la formación de una nueva familia, como lo han señalado otros estudios (Solís, 2016).

La gran heterogeneidad de los itinerarios de emancipación que mostraron las mujeres del grupo 2 y, principalmente, del 3 se

ha explicado por varios factores, entre otros, la creciente precariedad e incertidumbre en el mercado laboral y la mayor permanencia en el sistema educativo de las mujeres, que en el caso de estos grupos llega hasta el nivel superior (Solís, 2016). Aunque es necesario precisar que en las mujeres que llegaron hacia el final de su vida reproductiva sin hijos (grupo 3) se observan dos subgrupos con características sociodemográficas y reproductivas contrastantes: por una parte, están las mujeres con escaso nivel educativo, bajo IOS, sin experiencia laboral, que a los 30 años residen en el hogar familiar, con escaso uso de MAC y mínima presencia de parejas conyugales a los 30 y 40 años; por otra parte, estarían las mujeres con altos niveles de escolaridad e IOS, con actividad laboral a los 30 años y con inicio de vida en pareja tardía (entre los 35 y 40 años).

Respecto a las transiciones analizadas en el capítulo, las mujeres del grupo 2 no sólo retrasaron la edad al primer hijo/a, sino que la primera relación sexual y otros eventos reproductivos se efectuaron de forma más pausada, en comparación con el grupo 1, pero ligeramente más temprana, en contraste con el grupo de mujeres sin descendencia. De manera puntual, aquellas que tuvieron a su primer hijo/a a partir de los 30 años presentaron un calendario tardío a la primera relación sexual, así como una disociación entre este evento y la unión conyugal (alrededor de cuatro años en la edad mediana), situación que coincide con lo señalado en otras investigaciones (Brugelles y Rojas, 2016; Gayet y Szasz, 2014). Suponemos que el distanciamiento entre un evento y otro (PRS y PUC), periodo en el que las mujeres no mantienen una relación de pareja conyugal, puede hacer referencia a diferentes escenarios: falta de actividad sexual, encuentros sexuales ocasionales o bien la búsqueda de un embarazo; situación que se presenta acompañada de un bajo uso de MAC a los 30 años.

Ahora bien, también hay indicios de una disociación entre la unión conyugal y la reproducción: por una parte, se aprecia una separación de alrededor de tres años en la edad mediana entre una transición y otra; por otra, se identifica a un grupo de mujeres que tuvo a su primer hijo/a, por lo menos, después de cinco años de vida conyugal. Así, los resultados abonan en cierta medida a

lo apuntado por otras investigaciones sobre un comportamiento que se dirige a la búsqueda de un tiempo en pareja previo al inicio de la procreación (Brugeilles y Rojas, 2016; Montilva, 2008), encaminado también al desarrollo personal en los ámbitos educativo y laboral, pues la mayoría de ellas aprobó un nivel educativo superior y estaba realizando actividad económica a los 30 años, principalmente entre aquellas mujeres que empleaban MAC. Sin embargo, también puede estar reflejando la situación de aquellas otras que a esa edad ya comenzaban a buscar activamente su primer embarazo, sobre todo, pero no exclusivamente, si ya tenían una pareja matrimonial.

De cualquier forma, a los 40 años este grupo había logrado un promedio de 1.6 y 1.5 hijos/as por cohortes y alrededor de 85% ya había transitado a la primera unión conyugal. Además, dada la duración de dicha relación, el bajo número de hijos/as en la mayoría de las mujeres de este grupo no se debió a la ausencia de la pareja, sino más bien pudo deberse a que así lo decidieron o no pudieron tener otro hijo/a; aunque cabe destacar que, en ambas cohortes, principalmente en la reciente, cerca de 20% de las mujeres tuvo a su primer hijo/a fuera de la relación conyugal, solteras o después de haber disuelto la unión.

Los resultados del modelo de regresión logística de tiempo discreto confirman dicho escenario, pues los efectos en la probabilidad de iniciar la reproducción a partir de los 30 años incrementaron en la cohorte reciente, en aquellas mujeres que residían en las regiones *Liberal* o *Tolerante*, quienes contaban con un nivel educativo superior y con orígenes sociales más favorecidos, así como entre las que desempeñaban actividades laborales y no residían en el hogar familiar en el año previo al nacimiento de su hijo/a. También el haber iniciado más tardíamente la PRS inhibió la llegada del primer hijo/a, en tanto que contar con una pareja conyugal en el año previo al nacimiento del hijo/a fue el aspecto que mayormente posibilitó este hecho, situación que refleja el peso de la normatividad sexual tradicional en la que se fusiona la vida en pareja y la reproducción.

En el grupo 3 fue posible identificar mayor heterogeneidad de comportamientos: a) podemos observar a mujeres que posi-

blemente dieron prioridad a proyectos alternos a la maternidad y vida en pareja, como dedicarse a su familia de origen, sus estudios o el trabajo; *b*) mujeres que al no contar con pareja, afectiva y/o conyugal, aunque lo hubieran deseado, vieron desincentivada su maternidad; *c*) aquellas que al comenzar su vida matrimonial tenían claro que no deseaban ser madres, y *d*) aquellas que lo intentaron, pero que su fertilidad y/o la de su pareja ya había disminuido, por lo que no lo lograron.

En síntesis, este estudio permite confirmar un comportamiento regulado mayoritariamente por normas tradicionales en aquellas mujeres que inician la reproducción antes de los 30 años, pues se identificó una fuerte asociación entre sexualidad, reproducción y conyugalidad. Un segundo grupo de mujeres emergente que comienza su reproducción a partir de los 30 años —en el que pusimos énfasis en este estudio— y que va ganando presencia entre las generaciones jóvenes; en ellas hay un retraso de la vida sexual y marital que influye en el inicio más tardío de su vida reproductiva; sus niveles educativos y socioeconómicos son altos y, si bien la reproducción se busca principalmente en la vida conyugal, es posible que algunas transiten a la maternidad sin pareja conyugal. Finalmente, un grupo de mujeres con características socioeconómicas, demográficas y educativas heterogéneas entre sí llega al final de su vida reproductiva sin hijos.

4. CURSO DE VIDA DE LA FAMILIA INDÍGENA EN MÉXICO

*Germán Vázquez Sandrin**

Para el estudio de los tipos de familia indígena en México, el presente capítulo recurrió primero a la revisión bibliográfica desde la historia, sociología, etnografía y demografía. Después de una amplia revisión nos percatamos de que el estudio de la familia en las poblaciones indígenas por muchos años fue omitido de estas disciplinas, en particular de la antropología mexicana, que pudo haberlo protagonizado. En México casi nadie se ocupó de ello, hasta el surgimiento del “sistema familiar mesoamericano” (Robichaux, 2005). Debe decirse, en honor a la verdad, que existe algo que puede concebirse como un metarrelato, el cual consiste en una narrativa que transcurre de forma secundaria en textos sociológicos o historiográficos cuando estudian la familia en general; se trata de explicaciones parciales, a veces con fines meramente comparativos por contraste con lo nacional, donde se reúne información con base en presupuestos de lo que se cree que eran las familias entre los indígenas de México o América Latina. Por su naturaleza, estos metarrelatos carecen de evidencia que demuestre sus postulados suficientemente y en detalle.

* Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH). Agradezco a David Robichaux y María Eugenia Zavala la revisión del presente estudio y sus valiosas observaciones que sirvieron para mejorarlo.

Originalmente, este trabajo estaba dirigido a estimar las dimensiones a escala nacional del sistema familiar mesoamericano con base en la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017, pero la inexistencia de datos en dicha fuente (sobre la propiedad de la casa en particular cuando se trata del último nacido vivo varón) frustró esa intención. Después de consultar la bibliografía especializada, se hizo evidente que si bien el “sistema familiar mesoamericano” fundó un campo de estudio muy relevante al adaptar la historia familiar a la realidad Mesoamérica a partir de tendencias teóricas inglesas y francesas, ha dejado hasta ahora un vasto campo de investigación desatendido. De esta manera surgió la pregunta de investigación que dirigió este segundo intento: ¿existe un tipo de familia indígena en México?

La familia indígena y el “sistema familiar mesoamericano” tienen similitudes y diferencias. La familia indígena busca ser un campo de estudio que no esté restringido a una región —como Mesoamérica— o una cultura determinada, que si bien es muy relevante, excluye a la civilización andina, una de las cinco civilizaciones originarias —como Mesoamérica—, donde, según Surkyn y Lesthaeghe (2004), la familia mantiene aún más que en México rasgos de una autenticidad que la diferencia del resto del mundo. La familia indígena incluye a Aridoamérica y Oasisamérica, regiones culturales muy relevantes que comparte México con Estados Unidos. También incluye el territorio nacional completo de los países de América Latina, donde existen pueblos originarios en la actualidad, además de los espacios complejos de la modernidad, como los espacios transfronterizos, que por definición son comunidades desterritorializadas; las megalópolis, los campos de cultivo neoliberales altamente tecnificados y todos los ámbitos donde la familia indígena tiene presencia. La familia indígena es singular debido a su origen en la cultura propia, que hasta ahora podemos reconocer por sus rasgos distintivos y un origen novohispano. Por ese motivo se nombra en singular y no es sinónimo de “las familias indígenas”.

En cambio, el sistema familiar mesoamericano no es exclusivamente indígena y, al mismo tiempo, no necesariamente incluye a todos los indígenas. La familia indígena se centra sobre

los indígenas, sean mesoamericanos o de otro espacio cualquiera en la región latinoamericana. Dicho esto, es necesario afirmar que la familia indígena en México y en América no es única, como de hecho tampoco hay una sola familia europea; presenta en realidad una gran diversidad, en parte, debido a la variedad de su origen previo a la Conquista —en algunos casos, sociedades estatales, en otros, pre-estatales— y al papel que les ha tocado desempeñar en la historia desde entonces. Además, toda familia es un proceso, un ente cuya permanente transformación puede ordenarse analíticamente en ciclos de desarrollo, ciclos de vida o —como se hace en el presente trabajo— de forma fluida, como transiciones en el curso de vida. Esto muestra aún más la diversidad y la complejidad de la familia.

Desde este enfoque se busca poner lo indígena al frente del estudio. Cabe mencionar que en este trabajo subyace una aproximación a lo étnico que difiere de aquella que lo reduce meramente a una clase o estrato social, a una mera dimensión artesanal o que se enfoca en las injusticias que padecen, como la discriminación o el supuesto racismo (Wade, 2008). Desde la presente perspectiva, las realidades indígenas son depositarias de una herencia cultural, más o menos preservada, y de una dimensión comunitaria que hace únicas a cada una de las etnias del país. La cultura, el sistema de normas internas, la vida colectiva basada en la reciprocidad son elementos estructurales y estructurantes de cada uno de los grupos étnicos en México. Se puede ser pobre y no ser indígena. No es un tipo de pobreza local, son culturas, instituciones, legado de antiguas civilizaciones actualmente subordinadas y en pobreza, que no es lo mismo. Además, se puede ser indígena y no ser pobre. Existen personas y comunidades sin pobreza que han preservado su identidad indígena, o que la han recuperado después de haberla perdido. La pobreza no es consustancial a lo étnico en México. No se requiere ser pobre para ser indígena, ni se pierde necesariamente lo étnico cuando se deja de ser pobre. Además, las comunidades indígenas poseen recursos que constituyen verdaderas riquezas: un territorio muy diverso que contiene petróleo, minerales, agua, etcétera; el conocimiento sobre plantas y animales, y prácticas agrícolas sustentables; conocimiento y habilidades artísticas y artesanales;

valores sociales, entre otros. Socialmente, no reconocemos esos recursos como un tesoro, o no se acepta que los recursos que identificamos como tesoros les pertenezcan (como los yacimientos de minerales, el petróleo, etcétera).

La *familia indígena* es definida como los arreglos familiares propios de los indígenas, influidos por distintas épocas de la historia, algunas claramente establecidas, otras muy atenuadas que se supone provienen de un pasado menos conocido. Es un campo de estudio que se extiende dentro y fuera de Mesoamérica y desde la perspectiva de las distintas disciplinas sociales. La familia indígena está pensada como heterogénea, conforme a la diversidad cultural de lo étnico y a la variedad de las realidades contextuales de los asentamientos indígenas, como una institución que presenta al mismo tiempo una fuerza conservadora y una fuerza transformadora.

Dicho lo anterior, el objetivo en el presente capítulo consiste en describir las principales transiciones de la familia indígena dentro y fuera de sus regiones desde la perspectiva del curso de vida. Dado lo relativamente novedoso de este campo de estudio, la presente investigación es de tipo exploratorio, por lo que se evita pretender comprobar hipótesis, gracias a ello se busca desplegar el campo de estudio para ofrecer un escenario de sus confines, hasta donde el tamaño de muestra y la extensión máxima del capítulo lo permitan. Se emplea la EDER 2017 como fuente de datos, bajo el pedido editorial de incluir la dimensión territorial en el análisis.

LA FAMILIA INDÍGENA EN EL MÉXICO ACTUAL

Émile Durkheim recomendaba a sus estudiantes tres fuentes para analizar la familia: la etnografía, la historia y la demografía (Bonvalet, 1997). De acuerdo con esto, la siguiente revisión bibliográfica se centra en estas tres disciplinas más, claro está, la sociología. Existe evidencia de formas familiares propias de México, distintas a las europeas antes de la llegada de los españoles. Esta evidencia no sólo rechaza que el hogar nuclear haya

sido, como afirma Peter Laslett (1965) (véase también Hareven, 1975), la norma universal en todo lugar y toda cultura, sino que sostiene que el azteca fue uno de los cuatro tipos de familias originarias en el mundo. Respecto al origen de la familia, se explica en esta propuesta que existen dos sistemas europeos: el nuclear o simple en el Oeste y el extenso en el Este (Hajnal, 1982); un tercero, en Japón, formado por grupos de descendencia patrilineal en línea vertical; y el cuarto, los nahuas (aztecas): un sistema de residencia conjunta bilateral (McCaa, 2003).

Con evidencia del siglo xvi (*Libros de tributo*), y en sintonía con textos de Woodrow Borah y Sherburne Cook (1971) y el etnohistoriador español Pedro Carrasco, entre otros, la *familia nahua* se define como hogares (*calli*) complejos de varias familias que vivían alrededor de un patio con componentes uxorilocal y virilocal. Se trataba, hace notar Esteinou (2004), de una relación centrada en la coresidencia entre quienes viven en una misma casa, más que de una relación centrada entre padres, hijos y parientes. Las relaciones familiares dentro del hogar eran patriarcales, la unión entre los habitantes de la misma casa y el carácter comunitario predominaban, la edad de las mujeres al matrimonio se situaba muy por debajo de los 13 años.

Existe un amplio acuerdo en que al menos la familia nahua urbana del siglo xvi fue un tipo de familia no nuclear y que es un tipo o sistema familiar auténticamente precolombino (McCaa, 2003; Robichaux, 2007; Bernand y Gruzinski, 1986). No se puede afirmar que fuera la misma forma de familia en todas las culturas originarias en México ni siquiera de todos los nahuas. Quedan pocos remanentes, afirma McCaa (2003), de este tipo de organización en nuestros días. Debe tenerse mucho cuidado a la hora de pretender extrapolar rasgos de la existencia de este tipo de familia indígena en la actualidad. ¿Qué de ese antiguo sistema familiar perdura actualmente? Esta pregunta es valiosísima para el conocimiento de lo propio y ha sido ignorada ampliamente por la antropología mexicana. Además, es muy reducida la documentación que refiere a la familia indígena y, cuando lo hace, presenta sesgos y distorsiones en las descripciones de los cronistas españoles (Bernand y Gruzinski, 1986).

La primera vez que se propuso un tipo de familia en México, el cual se conserva en la actualidad, consiste en el sistema familiar mesoamericano (Robichaux, 2005); sin embargo, cabe decir que se trata de un sistema familiar mesoamericano, pero también de un sistema familiar indígena mesoamericano. En el país, el sujeto del que está compuesto este sistema puede caracterizarse como un habitante del “México profundo”, de Guillermo Bonfil (1994). Demográficamente, se trata de la población calificada como “indígena”, pero debido a la pérdida de las lenguas originarias, aunque no la organización social y otros rasgos culturales, se extiende a personas con antepasados indígenas que ya no hablan la lengua autóctona; que residen, al menos en parte, en zonas rurales del México mesoamericano en asentamientos de origen prehispánico (Robichaux, 2002).

El sistema familiar mesoamericano está integrado por los sistemas de residencia y de herencia. Tal como lo explica Robichaux (2005), se trata del sistema de “linaje atenuado”, de Georges Augustins, descrito etnográficamente para Europa del Este, Escandinavia y la antigua Normandía. Consiste en que:

Las mujeres van saliendo de la casa de sus padres para iniciar su vida marital en casa de sus suegros, mientras que sus hermanos varones traen a la casa paterna sus respectivas esposas que llegan en calidad de nueras. Pero para todos menos para el ultimogénito varón, estos arreglos no son permanentes, ya que el destino de las parejas es construir su vivienda propia, generalmente en terrenos cedidos por el padre. Al envejecer la pareja mayor, la totalidad de los terrenos pasan a la generación joven, con una marcada preferencia por los varones que tienden a recibir partes iguales o equivalentes. El último hijo varón y su esposa se encargan de cuidar a los padres y reciben la casa (Robichaux, 2005: 189).

El mismo patrón se manifiesta en prácticamente toda el área cultural que Paul Kirchhoff (2009) designó como Mesoamérica.

Con excepción del sistema familiar mesoamericano, no había trascendido en nuestro país que la población indígena con-

temporánea tuviera algún tipo propio de familia. Es de llamar la atención que a todo lo largo de la corriente conocida como “la antropología mexicana” no hubiera estudios, hasta donde sabemos, que reconocieran algún modelo o tipo propio de familia indígena. De hecho, la rica bibliografía antropológica mexicana poco ha profundizado en los estudios de la familia. En las décadas de 1960 y 1970 predominaba el uso de las teorías económicas campesinas que estudiaban las poblaciones rurales, pero no las indígenas (Good, 2013). Si bien en antropología se estudia el parentesco, por lo que la familia es objeto de estudio de la sociología, en 1968 Hugo Nutini calificó de incompletos y escasos los trabajos etnográficos relativos al parentesco y la familia en Mesoamérica, dada la idea ampliamente difundida entre los antropólogos de que el parentesco no era un principio organizativo importante en dicha región (Robichaux, 2005: 167). Para Robichaux (2005), se trata más bien de un “enfoque formalista” de los estudios mesoamericanos de parentesco, que descuidaba el estudio de grupos, redes y prácticas relativas al parentesco.

La sociología y la historia de la familia en México o América Latina contienen a menudo un metarrelato o una pequeña narrativa sobre la familia indígena. Esta narrativa secundaria es de gran valor para reconstruir rasgos y posibles elementos de la familia indígena mexicana. Al preguntarse sobre el surgimiento de la familia nuclear en México, Rosario Esteinou (2004) indaga en la historia y en la sociología, y aporta colateralmente rasgos y características de relevancia sobre la familia de los indígenas contemporáneos en México. La estructura familiar nuclear, afirma la autora, surge desde el periodo colonial, sobre todo en la población indígena, pero su formación no estuvo acompañada al principio de pautas socioculturales modernas, como es la neolocalidad. Al parecer, la patrilocalidad, así como establecerse en el mismo solar de los padres, sirvió para *conservar* fuertes vínculos con la familia de origen, la parentela y la comunidad.

El cambio sociocultural de la familia nuclear inició para la mayor parte de los mexicanos apenas a mediados del siglo XIX, manifestándose a través de la separación del Estado y la Iglesia, de la conformación de códigos civiles republicanos, de la conformación

de escuelas para la educación de los niños y la instauración del matrimonio como un contrato civil y respetuoso de la libertad de elección de los individuos. “Desde luego, la difusión de este tipo de familia no se dio entre todos los sectores sociales y es por ello que todavía, hasta nuestros días, observamos pautas de organización más tradicionales, en particular en las zonas rurales y entre los grupos indígenas” (Esteinou, 2004: 136). Este enfoque reconoce la existencia de un tipo de familia nahua precolombina, de acuerdo con los trabajos de McCaa (2003) y Carrasco (1975). Respecto a la estructura familiar durante la Colonia en México, afirma la autora que la patrilocalidad prevalecía en la época precortesana, continuó durante la Colonia y pervive hasta nuestros días, aunque en menor medida (Esteinou, 2004). A partir de este enfoque es viable pensar que la falta de acceso de las poblaciones indígenas a los servicios del Estado nacional, a los que accedió la mayoría de la población en el siglo XIX, obstaculizó la adquisición de las relaciones familiares propias de la estructura nuclear y ha propiciado la conservación de relaciones familiares “tradicionales” (patrilocalidad, matrilocalidad, matrimonios forzados y familias extensas).

Por otra parte, una valiosa fuente directa de las relaciones de parentesco indígena son las etnografías. Por ello se recurrió a consultar 51 etnografías del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI, 2020), en específico el capítulo de organización social. Se compiló y sistematizó la información referente a las familias, las cuales se clasificaron en pueblos mesoamericanos (36 etnografías) y en pueblos aridoamericanos (15 etnografías). Como resultado se pudo constatar que la familia en los pueblos de Aridoamérica están organizados mayormente por rancherías, cada una de ellas aglutina a su vez a varias familias. Predomina una organización con base en clanes (kikapúes, Pa ipais y pápagos), bandas (Pa ipais) y anteriormente linajes (cucapás, kiliwas, kumiais y Pa ipais). Respecto al tipo de familia, se distribuye por igual la familia extensa o nuclear o ambas (mayos) de tipo patrilínea. La vida conyugal acepta varias parejas en algunos casos (coras, huicholes y kikapúes).

Ahora bien, la familia de los pueblos mesoamericanos está constituida en partes iguales por hogares nucleares y hogares ex-

tensos (21 nucleares y 22 extensos). En varios de estos estudios se hace mención explícita al solar como el espacio de asiento de la unidad doméstica (chontales de Oaxaca, popolucas de la Sierra, purépechas, tepehuas) perteneciente a la familia, donde los hijos una vez unidos construyen sus viviendas cerca de los padres. Las relaciones de parentesco indígenas mesoamericanas, según esta fuente de información, no desciende de un linaje ni se organizan por clanes o bandas. La excepción se encuentra en los triquis, quienes sí se organizan por linajes y clanes, y los mazatecos, quienes se organizan por linaje, aunque no se refiere a los clanes. Se hace mención a la patrilocalidad en once pueblos, que consiste en que, al momento de la unión, la pareja correside con los padres del varón por un tiempo hasta que construyen su vivienda. Sólo en el caso de los Tojolabales se menciona la matrilocalidad y la neolocalidad de los zoques de Chiapas. Únicamente en cuatro pueblos se reconoce indiferenciadamente la práctica de la poligamia y la monogamia (popolucas de la Sierra, texistepequeños, totonacos, zoques de Chiapas). Por lo tanto, si bien no se hace explícito el tipo de arreglo posmarital en todas las etnografías, según la evidencia la patrilocalidad es el arreglo dominante y la matrilocalidad y neolocalidad son excepcionales.

Soledad González también realizó un análisis de etnografías para caracterizar la nupcialidad y los patrones familiares indígenas (González, 1999; González y Mojarro, 2011). Por su parte, Robichaux realizó una investigación de fuentes antropológicas, la cual muestra que la uxori-localidad en Mesoamérica es una excepción, mientras que la regla es la virilocalidad, y las razones principales son tres: 1) una disrupción del ciclo de desarrollo normal debido a la muerte: el caso de viudas que necesitan de mano de obra masculina o de viudos que requieren una hija que les prepare los alimentos, que realice las tareas domésticas y cuide a sus hermanos menores; 2) por razones económicas, cuando los padres de la mujer tienen tierras cuantiosas o requieren fuerza de trabajo en el campo, y 3) cuando un hombre no se lleva bien con sus padres o cuando las relaciones entre la nuera y la suegra son difíciles. Es significativo que en algunos contextos está mal vista la uxori-localidad. Entre los mames de Guatemala, por ejemplo, se denomina

“nueros” a los hombres que residen en un hogar uxori-local, de esa forma se cuestiona su hombría y el control masculino que se espera de él (Robichaux, 2005).

Con base en lo anterior, se puede caracterizar a la familia indígena, que en la época actual se asienta en la fracción del México mesoamericano, según lo describen las etnografías, como extensa, porque incluye a la pareja, a otros parientes y a los compadres, y patrilocal, dado que la pareja reside en la misma vivienda o el mismo solar de los padres del marido por un tiempo, hasta que la pareja (e hijos) se independiza. La matrilocalidad (o uxori-localidad) es una excepción en la Mesoamérica indígena, que en ocasiones pone en desventaja al hombre frente a sus pares.

Esta caracterización corresponde a algunos rasgos del sistema familiar mesoamericano, salvo por la residencia del ultimogénito varón, quien hereda la casa al momento de la defunción del padre, lo que no es descrito en las etnografías estudiadas. Cabe señalar que se hacen pocas alusiones a las formas de herencia en las etnografías, y menos aún vinculan la herencia de la casa con los arreglos residenciales de la familia. De sus orígenes prehispánicos, se tiene una tenue reminiscencia de la familia azteca sobre la familia indígena por lo que toca a la importancia de la casa como espacio central donde se estructura la familia. La casa paterna es un espacio de convivencia y coresidencia para distintas personas según las fases de la formación de la familia indígena contemporánea.

En la literatura demográfica de la familia en México es muy raro encontrar referencias a la población indígena en la época contemporánea. Muchas veces se privilegia la dimensión económica como determinante de la estructura y composición familiar desde una perspectiva marxista, como las estrategias de sobrevivencia de Susana Torrado o desde el enfoque del capital humano de Gary Becker; o macroeconómica en los preceptos del desarrollo urbano industrial de la modernización de la década de 1970, o de la modernidad y globalización de la década de 2000. El hogar es la unidad de observación privilegiada en la demografía mexicana y las dos transiciones demográficas son teorías muy relevantes.

Hace cincuenta años en los países ricos occidentales, como Reino Unido, Estado Unidos, Francia y el resto de Europa occidental, se anunció con gran agitación una crisis de la familia que pronosticaba, según las posiciones más radicales, su futura desaparición. En la década de 1970 dio inicio, casi simultáneamente en esos países, un incremento muy importante en los niveles de divorcio, de fecundidad extramarital, de cohabitación (o unión libre), de hogares monoparentales y la disminución de la fecundidad. A mediados de la década de 1980 surgieron modelos sociológicos y sociodemográficos explicativos que permitieron entender y medir los cambios familiares en la época contemporánea. En la segunda edición del libro *Sociologie de la famille*, Martine Segalen (1992) da cuenta de las complejas causas que originaron este fenómeno. Menciona la liberalización de costumbres, fundada en la perfecta utilización de la anticoncepción, impensable en la década de 1960; la extensión del periodo de estudios superiores en las mujeres y la ampliación del trabajo asalariado femenino. El matrimonio se vuelve contradictorio con las aspiraciones de las mujeres a una autonomía personal. Se trata de una sacudida cultural, no de origen meramente económico, y se trata de una nueva definición de la pareja. Aquellos que cohabitan, se casan y se divorcian, tienen una doctrina amorosa diferente a las parejas que buscan el compromiso de larga duración: “La cohabitación ensancha el amor y la primacía de la relación romántica, pero reivindica también la autonomía del individuo bajo la cual no debe quedar subyugada” (Segalen, 1992: 159; traducción propia).

La teoría de la segunda transición demográfica estudia estos mismos sucesos e igualmente privilegia factores de tipo cultural en la explicación del cambio demográfico. La principal característica que advierte es el descenso de la tasa global de fecundidad a niveles cercanos a los 2.1 hijos/as por mujer, que es el nivel de reemplazo generacional (Van de Kaa, 1987). Esto se ha asociado con una transformación drástica en el patrón de formación y reproducción de hogares en el noroeste de Europa, a partir de la década de 1960: la edad al matrimonio aumentó, así como lo hizo la convivencia prematrimonial y posmatrimonial, y pronto siguió la procreación en tales uniones informales. Las tasas

de divorcio continuaron aumentando junto con las altas tasas de separación entre los cohabitantes (Surkyn y Lesthaeghe, 2004). Desde este enfoque, la explicación de estos

cambios demográficos se vincularon con (i) la acentuación de la autonomía individual en las esferas ética, moral y política; (ii) el rechazo concomitante de todas las formas de control y autoridad institucional; y (iii) el aumento de los valores expresivos relacionados con las llamadas “necesidades de orden superior” de autorrealización. Esta conexión entre las transformaciones demográficas y de valor se convirtió en un ingrediente esencial de la segunda transición demográfica de Europa (2004: 47; traducción propia).

Sobre esto cabe preguntarse: ¿América Latina también está cursando una segunda transición demográfica (STD) o prevalece un sistema familiar propio, posiblemente de origen precolombino? En América Latina y en México particularmente, pareciera que la familia también está cambiando, aunque de forma más tardía y parcial. Si bien en la región ha ocurrido un incremento en los hogares unipersonales, la caída en el porcentaje de los hogares nucleares biparentales y el incremento de hogares monoparentales con jefatura femenina (tanto extensos como nucleares) (Ullman, Maldonado y Nieves, 2014), estos patrones presentan heterogeneidades muy importantes según los países y los estratos sociales al interior de cada país:

El aumento de hogares no familiares (unipersonales y sin núcleo) y la caída acelerada de los hogares nucleares biparentales es un fenómeno característico de los hogares situados en los estratos más altos. En cambio, la caída menos pronunciada de los hogares nucleares biparentales y el aumento acelerado del porcentaje de hogares monoparentales con jefatura femenina (extensos y nucleares) son tendencias más características de los estratos bajos (Ullman, Maldonado y Nieves, 2014: 7).

Es muy relevante que durante el periodo 1990-2010, en 18 países de América Latina la familia extensa se ha mantenido en la misma proporción, 19%, y la familia nuclear ha disminuido de 68 a 63.6% (Ullman, Maldonado y Nieves, 2014). Otro elemento a destacar es que el divorcio y la separación de uniones es un fenómeno menos frecuente en América Latina que en los países de Europa Occidental (con excepción tal vez de Cuba y Uruguay) (García y Rojas, 2002), y que la disminución de la fecundidad ha sido más tardía y la región no tiene más de tres décadas por debajo del nivel de reemplazo, con excepción de las islas caribeñas de Cuba, Barbados y Antigua y Barbuda.

En suma, la formación de los hogares en la mayoría de América Latina no necesariamente implica una residencia neolocal al momento de la unión o del primer hijo/a, sino que pueden permanecer en el hogar de los padres y/o coresidir con otros parientes o no parientes. Ésta es una característica distintiva de la región en la actualidad respecto a poblaciones de origen europeo, incluidos Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda (Esteve, García-Román y Lesthaeghe, 2012: 723). Por lo tanto, existen algunos rasgos coincidentes con la STD en ciertos países de la región, mientras que pareciera prevalecer un sistema familiar tradicional en otros países, donde es válido seguir investigando la influencia del origen precolombino:

Claramente no estamos presenciando una importación mayorista de la STD europea, pero tampoco encontramos un “sistema familiar fuerte” universalmente intacto e inmune tal como lo define Reher (1998). Presumiblemente, la mayoría de las situaciones se encuentran en algún punto intermedio, con países como Argentina, Brasil, Chile, Costa Rica y Uruguay que siguen un patrón más europeo, y los países del centro y el norte de los Andes que mantienen una cohesión familiar tradicional más fuerte (Esteve, García-Román y Lesthaeghe, 2012: 724).

METODOLOGÍA

Al igual que Martine Segalen (1992) y David Robichaux (2007), se utiliza en este estudio como unidad de análisis primaria el grupo doméstico: aquellos que viven bajo el mismo techo, debido a que la fuente de datos empleada permite distinguir los periodos anuales de coresidencia de los entrevistados con la parentela, pero no identifica hogares en relación con un jefe de hogar. De este modo, el grupo doméstico estudiado se conforma por los arreglos residenciales de Ego año con año. La entrada y salida de observación de Ego en el análisis de biografías están definidas por la tipología de los grupos domésticos, que se presenta a continuación.

Para el presente estudio, se emplean parcialmente los tipos de hogares para definir los tipos de grupos domésticos que nos parecieron más significativos para caracterizar, con base en la EDER 2017, las formas que probablemente adquieren las familias indígenas contemporáneas de México en sus territorios tradicionales (cuadro 4.1).

Cuadro 4.1. Tipología de grupos domésticos

Familiar

a) Nuclear neolocal: formados por Ego, su cónyuge y los hijos, o sólo Ego y los hijos. Una pareja que vive junta y no tiene hijos también constituye un grupo doméstico nuclear. En cualquier caso, al unirse Ego con su cónyuge (o estando unido) o al momento del nacimiento de su hijo/a (o posteriormente a ese evento), finaliza la coresidencia con sus padres y no coreside con otro pariente.

b) Extenso patrilocal: coreside Ego con o sin su pareja y posiblemente sus hijos y otros parientes, y si Ego es hombre, coreside con sus padres, y si es mujer, coreside con sus suegros.

c) Extenso matrilocal: coreside Ego con o sin su pareja y posiblemente sus hijos y otros parientes en la casa de los padres de la cónyuge.

d) Extenso otro: coreside Ego con o sin su pareja y posiblemente sus hijos, pero no puede precisarse si es patrilocal o matrilocal, dado que Ego coreside o finalizó su coresidencia con familia política y suegros en ese año.

No familiar

a) Unipersonal: integrados por una sola persona.

Sin núcleo: aquellos grupos donde no existe un núcleo conyugal o una relación padre/madre-hijo/hija, aunque puede haber otras relaciones de parentesco (Arriagada, 2001: 20). Por ejemplo: es un grupo doméstico no nuclear en el que reside Ego en soltería con sus hermanos u otros parientes, pero sin los padres.

Los grupos domésticos familiares pueden ser divididos a su vez por:

a) Biparental: pareja unida o casada legalmente con o sin hijos.

b) Monoparental: integrada por uno de los padres y uno o más hijos.

Fuente: elaboración propia.

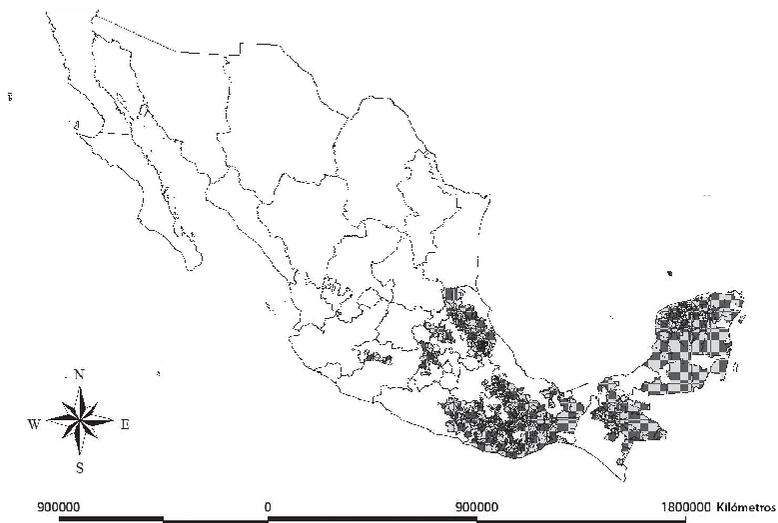
Al momento de la unión conyugal, la pareja puede optar por residir en casa de los padres del varón, en cuyo caso se habla aquí de patrilocalidad; en casa de los padres de la mujer, es decir, matrilocalidad; o separadamente de sus padres, en cuyo caso se habla de neolocalidad. En este estudio, la coresidencia de Ego con el padre y o la madre es la clave para identificar si vive en casa de sus padres, aun cuando no sabemos de quién es la casa.

La Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) identificó 25 regiones indígenas en México en el año 2006 con base en la aplicación de cuatro criterios: demográfico, cultural, económico y de continuidad geográfica (CDI y PNUD, 2006). Por restricciones del tamaño de la muestra, no es posible analizar resultados con base en las 25 regiones indígenas. En su lugar, se creó una variable dicotómica que divide a Mesoamérica del resto del país (cuadro 4.2). La categoría de “Mesoamérica” se compone con las 22 regiones indígenas existentes en el área mesoamericana (mapa 4.1), consistente en un total de 280 municipios, a cuyos residentes se denomina en el presente estudio como “mesoamericanos”.

En la categoría de “Resto del país” se incluye al resto de los municipios, incluyendo las tres regiones indígenas restantes (mayo-yaqui, tarahumara y huicot o gran nayar). Cabe enfatizar que lo que se nombra como “población residente” en Mesoamérica hace referencia únicamente a la población que reside en una re-

gión indígena dentro de Mesoamérica (sea indígena o no) señalada en el mapa 4.1 y en el cuadro 4.2, mientras que la referencia a la población que reside fuera de Mesoamérica es toda la población que reside fuera de una región indígena, que son los espacios en blanco dentro del mapa. La población indígena fue estimada con base en que Ego perteneciera a un pueblo indígena o hablara una lengua indígena, o su padre hablara una lengua indígena o su madre hablara una lengua indígena.

Mapa 4.1. Regiones indígenas en Mesoamérica



Fuente: elaboración propia.

Cuadro 4.2. Regiones indígenas incluidas en el estudio

-
- 1) Purépecha
 - 2) Huasteca
 - 3) Sierra Norte de Puebla y Totonacapan
 - 4) Otomí
 - 5) Mazahua-otomí
 - 6) Montaña de Guerrero

- 7) Cuicatlán, Mazateca, Tehuacán, Zongolica
- 8) Chinanteca
- 9) Mixe de Oaxaca
- 10) Mixteca
- 11) Costa y sierra sur de Oaxaca
- 12) Valles Centrales Oaxaca
- 13) Sierra Juárez Oaxaca
- 14) Istmo Oaxaca
- 15) Chimalapas Oaxaca
- 16) Tuxtla, Popoluca, Náhuatl Veracruz
- 17) Chontal de Tabasco
- 18) Norte de Chiapas
- 19) Altos de Chiapas
- 20) Selva Lacandona
- 21) Frontera Sur
- 22) Maya

Fuente: elaboración propia con base en CDI y PNUD (2006).

Dado que el campo de estudio de la familia indígena es casi inexplorado y complejo, se optó por una metodología de investigación exploratoria, flexible, orientada con base en un amplio marco bibliográfico que permitiera establecer marcas o referencias dentro de los linderos del campo. Para efectos de próximos estudios, los hallazgos del presente capítulo pueden replantearse desde una perspectiva hipotético-deductiva y aplicar entonces pruebas de significación estadística.

RESULTADOS

En el cuadro 4.3 se presentan la proporción y duración mediana en años de los tipos de grupo doméstico a lo largo de la vida, por sexo. Para el cálculo de la duración mediana se sumaron todos los

años en los que Ego formó cada tipo de unidad doméstica desde su formación, que según el tipo puede iniciar con una combinación de situación conyugal y de coresidencia con los padres, hasta el momento de la entrevista. Al tratarse de un fenómeno renovable, un tipo de unidad doméstica puede repetirse alternadamente con otros tipos a lo largo de la vida. El truncamiento a la derecha no representa un problema si la población al momento de la entrevista se asimila a una cohorte (denominada cohorte ficticia) desde los 0 años hasta los 54 años (edad máxima reportada en la EDER 2017), procedimiento habitual en demografía para ciertas estimaciones de corte transversal.

El arreglo nuclear tiene una duración cercana a ser tres veces superior a la de cualquier otro grupo doméstico, en el cual se distribuyen equitativamente hombres y mujeres (cuadro 4.3). Los grupos biparentales tienen la misma larga duración y el mismo equilibrio entre sexos que el grupo doméstico nuclear. Este primer elemento de la dinámica de los grupos domésticos corrobora la aceptación del arreglo nuclear neolocal y biparental de parte de las parejas en el México contemporáneo, y permite vislumbrar la solidez de este tipo de organización.

Por lo que toca a los grupos extenso patrilocal, extenso matrilocal, extenso otro, unipersonal y sin núcleo, presentan duraciones medianas que oscilan entre 1 y 6 años, lo que hace suponer que constituyen en buena medida transiciones previas o posteriores a la conformación de grupos domésticos nucleares neolocales.

Los datos muestran también que la composición por sexo de los grupos extensos patrilocales y matrilocales es diferente. Mientras que los extensos patrilocales se componen equilibradamente por hombres y mujeres, los extensos matrilocales están compuestos en una proporción de 73% por mujeres. Además, la duración del grupo extenso matrilocal es del doble en el caso de las mujeres respecto a los hombres. Esto refleja que cerca de la mitad de los grupos domésticos extensos matrilocales están conformados por arreglos monoparentales de mujeres con hijos/as residiendo en casa de sus padres, y que este tipo de arreglo es de más largo plazo y de mucho mayor proporción que cuando se trata de grupos monoparentales masculinos.

Cuadro 4.3. Proporción y duración mediana en años de los tipos de grupo doméstico a lo largo de la vida, por sexo de Ego, México

	<i>Hombres</i>		<i>Mujeres</i>		<i>Total</i>		<i>n</i>
	<i>Proporción</i>	<i>Duración</i>	<i>Proporción</i>	<i>Duración</i>	<i>Proporción</i>	<i>Duración</i>	
Nuclear neolocal	43.3	14	56.7	15	100	14	16 253
Extenso patrilocal	44.5	4	55.5	3	100	4	5 133
Extenso matrilocal	26.7	3	73.3	6	100	5	4 250
Extenso otro	21.7	1	78.3	1	100	1	3 234
Unipersonal	60.8	4	39.2	3	100	4	6 047
Sin núcleo	46.5	5	53.5	6	100	5	2 423
Biparental	43.4	14	56.6	15	100	14	18 595
Monoparental	22.5	2	77.5	6	100	4	5 894

Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

El análisis intergeneracional permite comprobar la tendencia a escala nacional hacia la desnuclearización, acompañada de la propagación acelerada de la familia extensa matrilocal (cuadro 4.4). Este análisis se limita a los 30 años de edad con el objeto de tener datos comparables para las tres cohortes de nacimientos.

El incremento en las proporciones de grupos domésticos extensos tiene en su interior diferencias según el tipo de residencia posmarital. Si bien tanto la forma patrilocal como la matrilocal están aumentando, la matrilocal lo hace mucho más aceleradamente. Para la cohorte avanzada ambas tenían 7.4% de los casos, mientras que para la cohorte más joven el extenso matrilocal representa 14.2% y el extenso patrilocal 9.3 por ciento.

Cuadro 4.4. Distribución de los tipos de grupos domésticos a los 30 años de edad, por cohortes, México

	1963-1972	1973-1982	1983-1997	Total
Nuclear neolocal	78.2	74.5	68.8	74.6
Extenso patrilocal	7.4	8.1	9.3	8.1
Extenso matrilocal	7.4	10.1	14.2	10.0
Extenso otro	0.9	0.6	1.6	0.9
Unipersonal	5.0	6.0	4.8	5.4
Sin núcleo	1.2	0.7	1.3	1.0
Total	100	100	100	100
n	4724	6202	3115	14041

Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

Situación regional

En lo relativo a los grupos domésticos en los que el padre y la madre están a cargo de sus hijos/as (biparentales) o que está solamente el padre o la madre (monoparental), al presentarse combinados por los tipos de unidades domésticas revelan resultados interesantes (cuadro 4.5). Lo primero a destacar es que las proporciones de los grupos biparentales son superiores en los in-

dígenas dentro de Mesoamérica que en los no indígenas fuera de Mesoamérica. Esto muestra que el mantenimiento de patrones que pueden definirse como “clásicos” o “conservadores” en la estructura de los grupos domésticos está más extendido en las regiones indígenas de Mesoamérica, aunque no es un atributo exclusivo de las sociedades “tradicionales”, y está presente en menor proporción en la mayor parte del país.

Cuadro 4.5. Distribución de los tipos de grupos domésticos a los 30 años de edad

	<i>Biparental</i>	<i>Monoparental</i>	<i>Total</i>	<i>n</i>
<i>Indígenas dentro de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	95.2	4.8	100.0	683
Extenso patrilocal	98.6	1.4	100.0	95
Extenso matri-local	55.5	44.5	100.0	66
Extenso otro	100.0	0.0	100.0	8
Total	92.1	7.9	100.0	852
<i>No indígenas fuera de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	93.4	6.6	100.0	8319
Extenso patrilocal	94.1	6.0	100.0	765
Extenso matri-local	60.8	39.3	100.0	981
Extenso otro	99.2	0.8	100.0	73
Total	89.94	10.06	100	10138

Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

La excepción, por lo tanto, el patrón de “cambio”, consiste en el grupo doméstico extenso matrilocal donde está presente sólo uno de los padres. Se trata en su gran mayoría de mujeres con sus hijos/as que residen en casa de sus padres y sin su pareja. Se confirma de este modo que este fenómeno conocido en México como “madres solteras” no se trata de “mujeres solas”, puesto que residen con sus padres. También, aunque marginalmente, los

grupos monoparentales extensos incluyen hombres sin pareja con sus hijos/as que residen en casa de sus “suegros”.

La proporción del grupo extenso patrilocal se encuentra en descenso a medida que se consideran cohortes más jóvenes en los indígenas de Mesoamérica (cuadro 4.6). Esta caída está acompañada del incremento en la proporción de grupos domésticos extensos matrilocales, los cuales se duplican en la cohorte intermedia.

El incremento en la proporción de grupos extensos matrilocales y el descenso de los nucleares son dos tendencias muy extendidas en toda la población de México, a niveles diferentes, y se repite claramente a distintas escalas territoriales, como es la nacional (cuadro 4.4); en los no indígenas dentro y fuera de Mesoamérica y en los indígenas dentro de Mesoamérica (cuadro 4.6).

Dinámica de las trayectorias familiares

En las gráficas 4.1 se presenta la proporción en porcentajes de personas a cada edad según el tipo de grupo doméstico entre los 15 y 30 años de edad. En cada gráfica, la suma de los valores de los seis tipos de grupos domésticos es 100% para cada edad. Lo primero que se desprende de las gráficas 4.1 es la confirmación del predominio de los grupos domésticos nucleares en México, el cual se incrementa con la edad, cosa que no ocurre a los 15 o 16 años, entre los que predominan los grupos no familiares: el unipersonal y el sin núcleo.

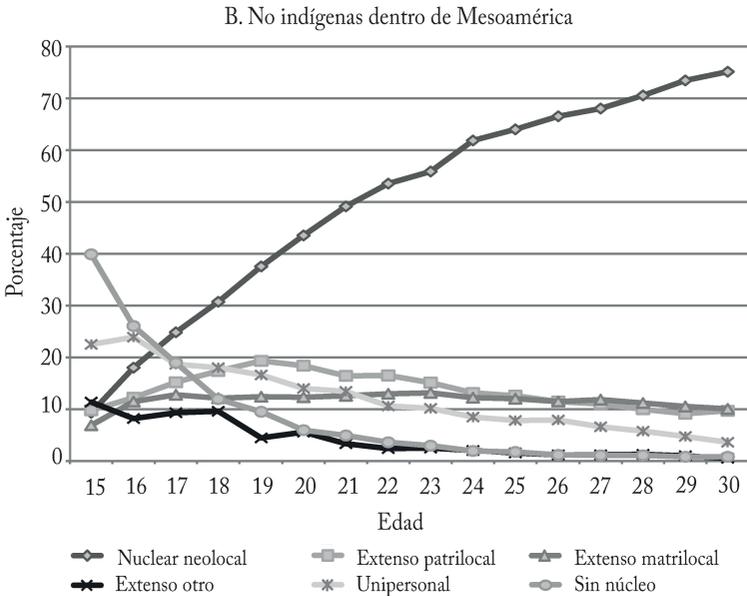
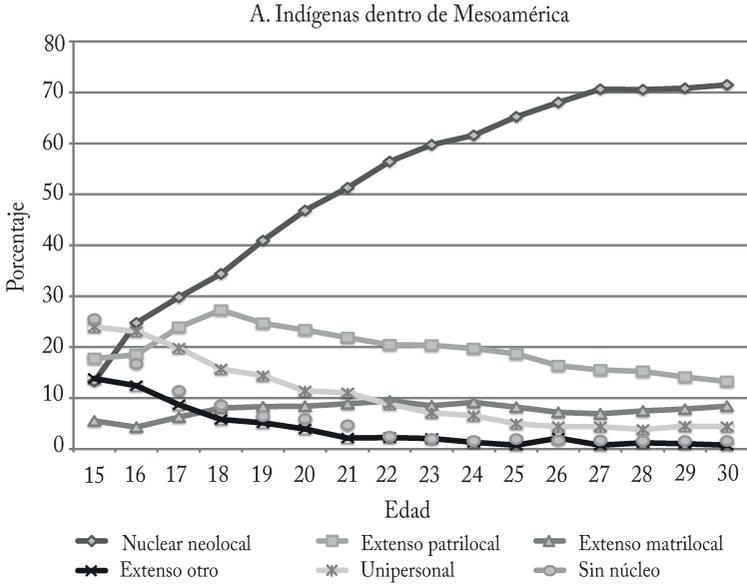
Asimismo, las gráficas 4.1 permiten confirmar la importancia de una de las características de la familia indígena en Mesoamérica, definida como una etapa del sistema familiar mesoamericano, consistente en el arreglo extenso patrilocal. Este grupo doméstico presenta porcentajes más elevados en los indígenas dentro de Mesoamérica respecto a las otras tres subpoblaciones, y alcanza su valor más alto a los 18 años con alrededor de 27% en esa región (gráfica 4.1a).

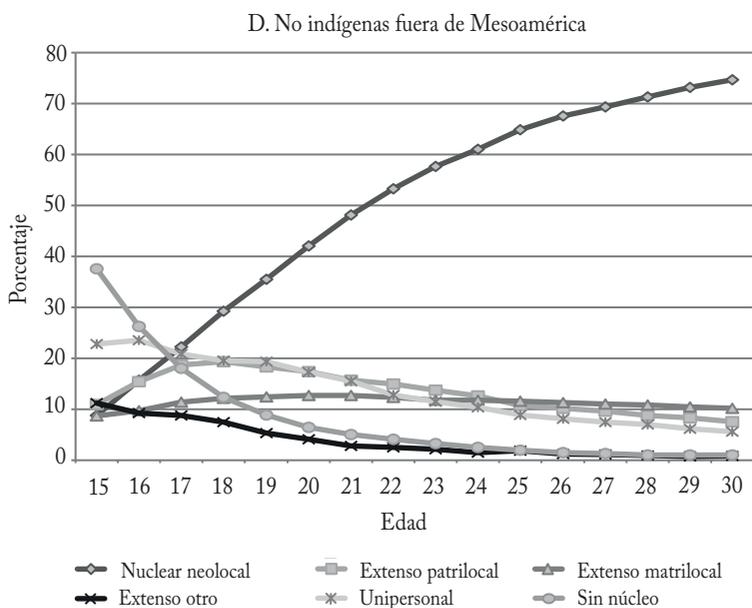
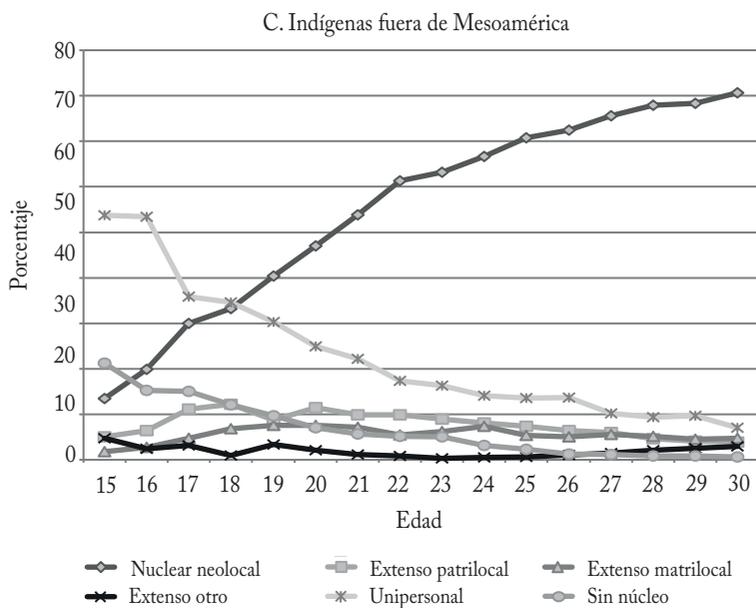
Cuadro 4.6. Distribución de los tipos de grupos domésticos a los 30 años de edad, por cohortes

	<i>Cohortes</i>			
	<i>1963-1972</i>	<i>1973-1982</i>	<i>1983-1997</i>	<i>Total</i>
<i>Indígenas dentro de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	75.4	69.5	68.9	71.4
Extenso patrilocal	14.6	14.2	9.5	13.3
Extenso matrilocal	4.7	9.5	12.6	8.5
Extenso otro	0.3	0.4	2.2	0.7
Unipersonal	5.0	5.0	2.5	4.5
Sin núcleo	0.0	1.4	4.4	1.6
Total	100	100	100	100
n	304	409	196	909
<i>No indígenas dentro de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	77.6	76.7	68.9	74.9
Extenso patrilocal	9.7	7.6	13.2	9.8
Extenso matrilocal	7.6	10.6	12.9	10.2
Extenso otro	0.4	0.4	1.1	0.6
Unipersonal	3.6	4.4	2.7	3.7
Sin núcleo	1.1	0.3	1.2	0.8
Total	100	100	100	100
n	567	791	459	1817
<i>No indígenas fuera de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	78.2	74.5	68.6	74.6
Extenso patrilocal	6.6	7.8	8.9	7.6
Extenso matrilocal	7.7	10.4	14.4	10.3
Extenso otro	0.9	0.6	1.6	0.9
Unipersonal	5.3	6.0	5.4	5.6
Sin núcleo	1.3	0.7	1.1	1.0
Total	100	100	100	100
n	3744	4839	2388	10971

Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

Gráficas 4.1. Proporción de personas por edad, según el tipo de grupo doméstico, identificación étnica y residencia en Mesoamérica





Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

Los grupos domésticos sin núcleo se distribuyen claramente en función de la edad. Presentan elevadas proporciones a edades jóvenes y disminuyen haciéndose asintótico al eje *equis* con cada unidad de incremento en la edad. Por subpoblaciones, se aprecia que los no indígenas, sea dentro o fuera de la región mesoamericana, presentan distribuciones sorprendentemente similares (gráficas 4.1b y 4.1d), mientras que los indígenas dentro de Mesoamérica son muy diferentes a los de fuera (gráficas 4.1a y 4.1c). Estos últimos, en comparación con los primeros, tienen valores muy altos, incluso de más de 50%, en unipersonal a los 15 y 16 años, y muy bajos niveles del extenso patrilocal durante todo el periodo analizado. Los grupos unipersonales ponen en evidencia las estrategias de los indígenas, dirigidas a transformarse en fuerza de trabajo para insertarse en los mercados laborales, principalmente urbanos, donde el trabajo no es familiar, sino individual, y el costo de la vida es elevado.

Se entiende por “transición del grupo doméstico” cualquier cambio en la coresidencia de Ego con otros miembros (cónyuge, hijos, parientes o no parientes) a lo largo de su biografía, hasta el momento de la entrevista, que origine un cambio en el tipo de grupo doméstico definido en la metodología (cuadro 4.7).

La primera transición de tipo de grupo doméstico ocurrió para 85% de la población entrevistada considerada al momento de la entrevista; 49% tuvo una segunda transición de cambio de grupo doméstico; 22% una tercera, 7% una cuarta, 2% una quinta; de la sexta a la onceava los porcentajes son menores 1%. Hay que hacer notar que aquí no se compara a todos a los 30 años, sino al año en que inicia la transición, independientemente de la edad que tuvieran en ese momento. Para eliminar el efecto de truncamiento a la derecha, se asume que la población al momento de la entrevista es una cohorte (ficticia).

Interesa reconocer en estas transiciones si corresponden a las características descritas por Robichaux como las etapas de expansión y fisión del grupo doméstico en el sistema familiar mesoamericano. Éstas consisten en que la primera transición es de tipo extensa patrilocal y en la segunda, nuclear neolocal (se con-

sidera neolocal en este caso incluso las viviendas contiguas a la de los padres o en el mismo solar o patio).

En la primera transición, que corresponde al tipo de grupo doméstico que se organiza al momento de la primera unión o a la coresidencia con el primer hijo/a sin unión, tres de las cuatro subpoblaciones coinciden en que la proporción más alta es del grupo nuclear neolocal, y en segundo lugar, el unipersonal (cuadro 4.7). En la segunda transición, principalmente se forman muy claramente grupos nucleares neolocales; en segundo lugar, grupos extensos patrilocales y en tercero, grupos extensos matrilocales en tres subpoblaciones. Este patrón se repite en los indígenas dentro de Mesoamérica y en los no indígenas dentro y fuera de Mesoamérica. Los indígenas fuera de Mesoamérica presentan una distribución muy diferente de sus grupos domésticos: en la primera transición el más grande proporcionalmente es el unipersonal; el segundo, el nuclear neolocal, y el tercero, el sin núcleo; en la segunda transición los dos primeros con el nuclear neolocal y extenso patrilocal, respectivamente, y el tercero, el unipersonal.

En el caso de la primera transición de los grupos domésticos de los indígenas mesoamericanos, las proporciones muestran que en primer lugar se encuentra el arreglo nuclear (30.9%), en segundo el unipersonal (17.3%) y en tercero el extenso patrilocal (17%) casi al mismo nivel que extenso otro (16.2%). La importancia del grupo extenso patrilocal de los indígenas mesoamericanos se revela al considerar que si bien es inferior al nuclear y al unipersonal, tiene la proporción más elevada entre los tres grupos poblacionales estudiados (12.8% en los no indígenas mesoamericanos, 7.7% en los indígenas fuera de Mesoamérica, y 11.6% en los no indígenas fuera de Mesoamérica), por lo que los datos coinciden parcialmente con el modelo esperado de familia indígena.

Debido al aumento de madres solteras, el arreglo extenso matrilocal ha dejado de ser “excepcional” entre los indígenas mesoamericanos, aunque fue catalogado de ese modo por la literatura especializada, que a su vez se basó en monografías de décadas atrás. Si bien este fenómeno puede responder a un proceso de emancipación de la mujer frente al hombre, no implica que el

hombre vaya a vivir a casa de su pareja, lo cual se infiere de la literatura que sería lo excepcional, debido a que implica que el hombre ceda el rol dominante a la mujer. En otras palabras, si bien el incremento de los grupos domésticos matrilocales conllevan un cambio de pensamiento de las mujeres, no refieren a un cambio de mentalidad en las parejas masculinas. En Texcoco y Tlaxcala, como confirma David Robichaux —en una contribución epistolar a este trabajo—, es generalizado el término “nuero” para el hombre que vive en casa de sus suegros. Se dice “está de nuero”.

Por otra parte, llama la atención la importante proporción de unidades no familiares, particularmente las unipersonales (17.3%) y sin núcleo (6.8%), que entre ambas suman 24.1% del total. Además, la duración mediana de las unidades sin núcleo es de ocho años, por lo que no es necesariamente una estrategia pasajera. Otro grupo que presenta una inusitada elevada proporción es el extenso otro (16.2%), si bien este último presenta una duración mediana de un año, por lo que corresponde a breves acuerdos limítrofes con los suegros probablemente en lo que tardan en construir una vivienda o un cuarto propio para la nueva pareja. El grupo doméstico unipersonal en América Latina está asociado normalmente a las clases medias urbanas o altas, pero entre los indígenas mesoamericanos de la actualidad queda por investigar las causas que lo originan.

En la segunda transición del tipo de grupo doméstico, 45.3% de los indígenas mesoamericanos logra formar grupos nucleares neolocales, pero un nada despreciable porcentaje de 33% inicia otro arreglo transicional: el extenso patrilocal. De hecho, son los indígenas de Mesoamérica los que presentan una proporción más alta en este segundo cambio de tipo de grupo doméstico en relación con los no indígenas en Mesoamérica (23.1%); indígenas fuera de Mesoamérica (13.5%), y no indígenas fuera de Mesoamérica (20.8%). Llama la atención que una minúscula proporción de personas (3.1%) opta por un grupo doméstico unipersonal que queda establemente constituido por una duración mediana de seis años; sin embargo, por lo reducido de esta última proporción debe tomarse con reservas.

Cuadro 4.7. Proporción y duración mediana del primer y segundo cambio de tipo de grupo doméstico, según tipos de grupos domésticos, e identificación indígena y residencia en Mesoamérica

	<i>Proporción</i>		<i>Duración (años)</i>	
	<i>Primera</i>	<i>Segunda</i>	<i>Primera</i>	<i>Segunda</i>
<i>Indígena en Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	30.9	45.3	16	13
Extenso patrilocal	17.0	33.0	4	5
Extenso matrilocal	11.9	10.2	5	2
Extenso otro	16.2	6.4	1	1
Unipersonal	17.3	3.1	4	6
Sin núcleo	6.8	2.1	8	2
Total	100.0	100.0		
n	1215	725		
<i>No indígena en Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	32.1	48.0	14	11
Extenso patrilocal	12.8	23.1	3	3
Extenso matrilocal	12.2	13.0	5	4
Extenso otro	14.6	5.3	1	1
Unipersonal	18.4	9.1	3	3
Sin núcleo	9.9	1.4	5	3
Total	100.0	100.0		
n	2675	1634		
<i>Indígena fuera de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	26.7	58.4	17	15
Extenso patrilocal	7.7	13.5	3	3
Extenso matrilocal	7.3	6.5	4	2
Extenso otro	6.4	5.9	1	1
Unipersonal	39.6	11.7	4	5
Sin núcleo	12.3	4.1	3	3
Total	100.0	100.0		
n	533	365		

	<i>Proporción</i>		<i>Duración (años)</i>	
	<i>Primera</i>	<i>Segunda</i>	<i>Primera</i>	<i>Segunda</i>
<i>No indígena fuera de Mesoamérica</i>				
Nuclear neolocal	36.6	47.7	15	11
Extenso patrilocal	11.6	20.8	3	3
Extenso matrilocal	12.6	13.9	5	4
Extenso otro	12.1	5.9	1	1
Unipersonal	18.8	9.6	3	3
Sin núcleo	8.3	2.1	4	4
Total	100.0	100.0		
n	16 125	9 380		

Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

Entre las diez principales secuencias de los grupos domésticos a lo largo de la vida se encuentra en primer lugar el establecimiento de un grupo nuclear neolocal que inicia como primera elección y perdura sin cambios hasta el momento de la entrevista, lo cual ocurre en 42% de las personas que han fundado un grupo doméstico propio (cuadro 4.8). En segundo lugar, está la secuencia de la formación en primera instancia de un grupo unipersonal para posteriormente formar uno de tipo nuclear neolocal, cursada por 11% de los individuos. En tercer lugar, se encuentra la secuencia de primero un grupo extenso otro, posteriormente un extenso patrilocal y finalmente un nuclear neolocal, seguida por 7% de las personas.

Las secuencias específicas conformadas por hasta tres cambios consecutivos en la formación de un grupo doméstico son la clave para observar con precisión y valorar la importancia que tiene en México el tipo extenso que desemboca en el nuclear neolocal, puesto que es el tercero más frecuente del país, pero además contribuyó para descubrir que en estos casos existe una transición previa al extenso patrilocal, que es el extenso otro. Éste es un rasgo sin duda original de nuestro país.

Para elegir las diez secuencias más frecuentes de los grupos domésticos a lo largo de la vida hubo que medir 185 secuencias

posibles, 84 de ellas nadie las consumó. El grado de especificidad de este ejercicio sólo pudo realizarse a escala nacional.

Cuadro 4.8. Distribución de las diez secuencias más frecuentes de tipos de grupos domésticos a nivel nacional a lo largo de la vida

Únicamente nuclear neolocal	42%
Unipersonal y nuclear neolocal	11%
Extenso otro, extenso patrilocal y nuclear neolocal	7%
Únicamente unipersonal	4%
Únicamente extenso matrilocal	4%
Únicamente extenso patrilocal	3%
Extenso otro y extenso patrilocal	3%
Unipersonal, nuclear neolocal y unipersonal	2%
Únicamente sin núcleo	2%
Nuclear neolocal, extenso patrilocal y nuclear neolocal	1%
Otros	20%
Total	100%

Fuente: cálculos propios con base en la EDER 2017.

CONCLUSIONES

El grupo doméstico nuclear neolocal es el más extendido en todo el ámbito nacional. Es la organización a la que aspira la mayor parte de la población nacional, incluso en las regiones indígenas dentro de Mesoamérica, y es una fase en proceso de transición que está antecedido y sucedido de otros grupos. Se trata del grupo doméstico más duradero y ampliamente biparental. En esto la familia en México muestra un rasgo que comparte con amplios sectores de la cultura occidental. El distintivo de México y de otros países latinoamericanos es el grupo doméstico patrilocal. A lo largo de la vida, la secuencia de formar primero un grupo extenso otro, después un extenso patrilocal y después uno de tipo nuclear neolocal es la tercera configuración más frecuente en el país.

El grupo doméstico extenso patrilocal viene del pasado hacia el presente, y en la actualidad va desde los indígenas dentro de sus regiones en Mesoamérica hacia el resto del país. De hecho, la familia indígena en México en la época contemporánea se caracteriza, empíricamente, por el grupo doméstico extenso patrilocal; éste es el principal resultado observado del presente estudio exploratorio con base en los datos de la EDER 2017.

Una fuerza transformadora que va de fuera hacia dentro entre los indígenas mesoamericanos es el grupo doméstico matrilocal. Ha venido creciendo notoriamente de cohorte en cohorte en el país y se ha extendido ampliamente en todos los sectores de la población, incluyendo a los indígenas de Mesoamérica. Se trata de un arreglo doméstico disruptor de las ataduras de la mujer respecto al hombre, pero que aparentemente no rompe con la subordinación de las hijas respecto de los padres. Se trata de un cambio mayor de orden cultural que ahora es parte de un rasgo de la familia indígena en nuestro país.

Con base en los resultados expuestos de este estudio exploratorio fue posible desplegar sólo un reducido, pero sugerente, segmento del campo de estudio de la familia indígena y también se sentaron las bases para producir hipótesis y preguntas de investigación. Por ejemplo, falta descartar que la mayoría en México desee constituir, tarde o temprano, un grupo doméstico nuclear, sin importar que sea indígena o no. También queda por investigar, desde el enfoque de la familia indígena, si las relaciones familiares al interior del grupo doméstico nuclear neolocal tienden a ser de autonomía e igualdad entre sus miembros, tal como se supone que sea en el modelo occidental de familia. Respecto a la cuantificación del sistema familiar mesoamericano, no fue posible representarlo a cabalidad con los datos de la EDER 2017, pero podría aproximarse mediante el identificador del propietario de la vivienda donde habita Ego y si se incluyera si el predio o solar es el mismo donde residen habitualmente los padres de Ego. Aun así, la magnitud del sistema familiar mesoamericano no puede ser mayor a la magnitud de los grupos domésticos extensos patrilocales, dado que adopta esta forma al momento de la unión antes de transformarse en nuclear. Cabe mencionar que una parte

aún no identificada de formaciones nucleares está asentada en el mismo solar o predio donde residen los padres de Ego. Esta cantidad indeterminada reduce la independencia que se asume existe en los grupos nucleares y se deberían sumar, de alguna manera, a los extensos patrilocales.

5. FECUNDIDAD DE LAS ADOLESCENTES INDÍGENAS MEXICANAS: ¿CUESTIÓN DE AGENCIA?

*Alicia Elena Rodríguez Blanco**

En este capítulo el objetivo general es analizar, desde la perspectiva de la teoría de las capacidades humanas de Amartya Sen, las trayectorias de vida reproductiva de las adolescentes indígenas, centrándose a las que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años de edad y que son habitantes de localidades indígenas en la República mexicana, para identificar si la libertad de agencia estuvo relacionada con el hecho de haber tenido a su primer hijo/a a partir de los 20 años. Se pretende hacer visibles las condiciones presentes en la postergación de la fecundidad en adolescentes indígenas entre los 15 y 19 años, y así superar una perspectiva limitante que no alcanza a ver al individuo detrás de la elección.

La fecundidad adolescente se observa como un fenómeno social que bajo determinadas condiciones se convierte en un problema. ¿Qué tanto impacta en una joven de origen indígena el peso de la comunidad en su elección de tener a su primer hijo/a antes de los 19 años? ¿Podrían estar presentes otros factores en esta elección? ¿Tal vez un sentido de vida o la falta del mismo?

* Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH). Este trabajo forma parte de los resultados de la investigación doctoral llevada a cabo con la valiosa guía de la doctora María Eugenia Zavala y el doctor Germán Vázquez Sandrin.

Para responder a tales preguntas desde una mirada interdisciplinaria de la sociología, la demografía y la educación, se aborda la categoría “indígena” desde diferentes perspectivas y se definen las regiones indígenas en la República mexicana que se consideran en este estudio. Asimismo, se describen aspectos de la sexualidad indígena adolescente para posteriormente entrar de lleno al tema de fecundidad y su relación con la libertad de agencia, para dar paso al fundamento de los determinantes de la libertad de agencia y el desarrollo del Índice de Agencia para Jóvenes Indígenas, conceptos desarrollados en este capítulo. Tomando como base la complejidad que representaba la medición, resultó central recurrir al concepto de trayectoria de vida, fundamentado en la metodología de análisis de biografías de Daniel Courgeau y Eva Lelièvre (1989).

La fuente de información principal de este análisis fue la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017, y la población de interés la constituyeron las mujeres indígenas de la encuesta, habitantes de diversas regiones indígenas a nivel nacional. La población indígena que se estudió habita en distintos contextos, por lo cual el tema de autoadscripción es importante, no sólo que sean o no hablantes de una lengua indígena, de tal forma que las dimensiones a considerar en este contexto son la autoidentificación, el idioma hablado, el origen étnico, la ubicación geográfica y las prácticas culturales (Vázquez, 2014: 126).

La variable de autoadscripción tiene un peso importante en esta investigación en tanto que permite abonar al hecho de que la identidad es elegida por la persona que se autoadscribe, por lo tanto, se relaciona directamente con la libertad de agencia. Durante varias décadas el criterio empleado en los censos y las estadísticas gubernamentales para definir quiénes eran indígenas y quiénes no lo eran ha sido la lengua que hablan, por ello las cifras oficiales de la población indígena mexicana se refieren a hablantes de lengua indígena (HLI) (Navarrete, 2008: 14). En cuanto al término *indígena*, Vázquez (2016) comenta que es más acotado, puesto que hace alusión a toda población autóctona, entendida como los descendientes de la población existente en el territorio que actualmente contiene a la nación y que mantienen sus propias instituciones originarias (2016: 62).

Sin embargo, la identidad étnica en la sociedad mexicana contemporánea es multidimensional y constituye un límite o una frontera que dicotomiza a miembros y extraños, en la cual la unidad que constituyen los miembros es una colectividad organizada, sea ésta un grupo, una sociedad o un pueblo. Los límites son creados y transformados por medio del contacto y la interacción del grupo étnico con los otros. La colectividad étnica tiene una cultura y unas instituciones propias que se transmiten de generación en generación, y de éstas es donde van a surgir elementos que utilizan las colectividades para identificarse a sí mismos y ser identificados como indígenas (Vázquez, 2016: 67). Por lo tanto, las identidades indígenas también nacen, se fortalecen, se debilitan y desaparecen, tanto a escala social como individual; esto se ve reflejado en lo que Vázquez ha llamado “trayectorias identitarias” en el curso de vida de los individuos (Vázquez, 2014: 129).

Frederik Barth (1976) describe las características de un grupo étnico desde una mirada antropológica, empieza por destacar que se perpetúa biológicamente, comparte valores culturales e integra un campo de comunicación e interacción. En relación con los valores, reflejan una adaptación al medio, así como a las circunstancias externas a las que se debieron adaptar los actores mismos (Barth, 1976). En México, las identidades étnicas reconocidas son únicamente las indígenas, pero es necesario recordar que, al hablar de indígena, hablamos de muchas culturas, es decir, pueblos, comunidades y etnias (Vázquez, 2019: 499).

En este capítulo se considera que las identidades indígenas son variadas y tienen sus particularidades dependiendo de la comunidad de la que se trate, por lo que se buscó observar los resultados de la libertad de agencia de mujeres indígenas en las diferentes regiones presentes en la EDER 2017.

REGIONES INDÍGENAS

Para definir a las regiones indígenas en México, la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) publicaron

en 2006 un trabajo que delimita las 25 principales regiones en México y, a partir del mismo, Vázquez (2019) hace una transcripción propia para demarcar los grupos etnolingüísticos por regiones indígenas y así obtener categorías similares a los grupos étnicos (Vázquez, 2019: 506).

Las regiones indígenas que se consideran en esta investigación son las resultantes de la transcripción de Vázquez (2019) al trabajo de la CDI y PNUD (2006) y se listan en el cuadro 5.1:

Cuadro 5.1. Regiones indígenas consideradas

1. Mayo yaqui	14. Costa y sierra del sur de Oaxaca
2. Tarahumara	15. Valles Centrales de Oaxaca
3. Huicot o Gran Nayar	16. Sierra Juárez Oaxaca
4. Purépecha	17. Istmo Oaxaca
5. Huasteca	18. Chimalapas Oaxaca
6. Sierra Norte de Puebla y Totonacapan	19. Tuxtlas, Popoluca, Náhuatl, Veracruz
7. Otomí	20. Chontal de Tabasco
8. Mazahua-otomí	21. Norte de Chiapas
9. Montaña de Guerrero	22. Altos de Chiapas
10. Cuicatlán, Mazateca, Tehuacán, Zongolica	23. Selva Lacandona
11. Chinanteca	24. Frontera Sur
12. Mixe de Oaxaca	25. Maya
13. Mixteca	26. Otras regiones indígenas

Fuente: elaboración propia de acuerdo con la transcripción de Vázquez (2019).

LAS ADOLESCENTES INDÍGENAS

La población objeto de estudio son las mujeres indígenas que tuvieron a su primer hijo/a a partir de los 20 años, presentes en la EDER 2017. Para comprender la vida reproductiva de estas mu-

jeros en el periodo de vida señalado como adolescencia, partimos de la pregunta: ¿qué sabemos de las indígenas adolescentes?

Lo primero a tomar en cuenta es la percepción de la etapa conocida como adolescencia en el contexto de la perspectiva indígena. Hablamos de un periodo de vida que no necesariamente se ve representado por una etapa claramente delimitada. En el informe del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) y el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) (2012) acerca de las juventudes indígenas, se destaca que el concepto de *adolescencia* es de origen occidental y que no tiene el mismo significado en la visión de las comunidades indígenas de México. El equivalente más cercano es el concepto de *muchacho/muchacha*.

Asimismo, las comunidades indígenas relacionan el inicio de la adolescencia con asumir nuevas responsabilidades y obligaciones. Es frecuente que a los 15 años ya trabajen, cuiden a niños más pequeños, colaboren en tareas domésticas e incluso puedan hacerse cargo de su hogar en caso de que sus padres estén ausentes.

Por un lado, destaca el informe que, en comparación con otros jóvenes no indígenas de edades similares y considerados adolescentes, los jóvenes indígenas parecen ser más independientes y autónomos, pero en un sentido diferente del que conocemos, es decir, no orientado hacia un mayor grado de individualización, sino asumiendo nuevos derechos y obligaciones ligados a la familia o a la comunidad. Por otro lado, es claro que los adolescentes indígenas se nutren de las prácticas culturales y comunitarias, como los lazos de ayuda y la solidaridad entre las familias y comuneros (Unicef y CIESAS, 2012: 13).

En relación con la fecundidad y la salud sexual y reproductiva de adolescentes indígenas en México, a partir de los datos de la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) 2014, se observó que en el caso de las mujeres HLI, la gran mayoría de las relaciones sexuales se da al interior de la unión y la primera unión antecede a la primera relación sexual (Sosa y Menkes, 2019). El uso de la anticoncepción es muy escaso en las jóvenes HLI. Al analizar el uso del preservativo, se observó que únicamen-

te 19.7% de las mujeres HLI se protegieron con un preservativo en su primera relación sexual en la adolescencia.

Además, se observó que los porcentajes obtenidos son similares a los hallados dos décadas atrás en las adolescentes mexicanas. Sobre esto destacan la unión más temprana y la no protección sexual como condiciones que favorecen que un porcentaje mayor de las jóvenes HLI se hubieran embarazado en la adolescencia (para el momento de la encuesta usada por Sosa y Menkes [2019] tenían de 20 a 24 años).

Sosa y Menkes (2019) sugieren visibilizar las condiciones estructurales de pobreza y aislamiento que afectan de forma particular a las jóvenes HLI, lo que restringe sus posibilidades de acceso a la educación formal, dificulta su inserción en el mercado laboral y limita sus proyectos de vida significativamente. Para las investigadoras esto significa reconocer que no sólo las dimensiones culturales de identidad étnica, sino también las condiciones de exclusión y de miseria estructural, dificultan proyectos de vida alternativos a la maternidad/unión.

Los datos expuestos refuerzan el planteamiento inicial de esta propuesta. Las adolescentes indígenas se ven afectadas por condiciones tales que se ven obligadas a emigrar o emanciparse de sus hogares a edades tempranas, lo cual, aunado a los bajos niveles de educación formal y demás aspectos relacionados con la exclusión, favorecen el embarazo adolescente.

LIBERTAD DE AGENCIA

Considerando las condiciones descritas en la vida de las adolescentes indígenas, se buscó describir y medir la libertad de agencia con la que algunas mujeres indígenas podrían haber tomado la elección de postergar el nacimiento de su primer hijo/a. Con este objetivo en mente se desarrolló una metodología que permitió observar las condiciones que pudieron actuar como determinantes de la libertad de agencia. A continuación, se describen los fundamentos teóricos que sirven de base para la metodología desarrollada.

Las obras de Sen (2000), Bourdieu (1972), Becker (1981) y Elster (2001) revisten importancia para este análisis y con base en ellas se han desarrollado las variables determinantes de la libertad de agencia que son el punto de partida para los resultados obtenidos. De Sen (2000) se retomaron sus observaciones sobre las acciones llevadas a cabo por las mujeres para lograr un mayor bienestar. La educación y el empleo resultan fundamentales en este sentido. De Bourdieu (1972) se retoma la descripción de la estructura y del *habitus* ante los cuales el agente toma una postura, la cual nos llevó a la visión de Becker (1981), de quien retomamos el concepto de transgresión de las normas pre-establecidas que llevan a una mujer a desarrollar una conducta desviada, que a la vez le permite una nueva propuesta de trayectoria de vida. Finalmente, de Elster (2001) se retoma la idea de que la mejor elección de la mujer es la que ella toma, dadas las condiciones presentes en su vida en ese momento.

A partir de estos argumentos, se desarrollaron los instrumentos de medición que permitieron observar cómo se desenvolvieron las mujeres como agentes de sus condiciones de vida particulares, observando si existía alguna relación entre las determinantes de agencia y su fecundidad.

METODOLOGÍA E HIPÓTESIS

La hipótesis principal fue que las jóvenes indígenas habían elegido postergar su fecundidad, lo que se relaciona con una condición de bienestar para ellas mismas a partir de su libertad de agencia. El reto principal para la medición fue describir un proceso subjetivo con datos estadísticos. Hablamos de un aspecto subjetivo ya que las elecciones que llevan a un agente a decidir su trayectoria de vida corresponden a condiciones individuales que idealmente se describen con herramientas de corte cualitativo. Otra condición importante para el desarrollo de la metodología fue el tamaño de la muestra, que fue de 2151 mujeres indígenas, de ellas sólo una parte no tuvo a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años. Esto implicó llevar a cabo la medición con datos de una selección de mujeres

para describir los factores presentes en su trayectoria de vida, antes y después del periodo que va de los 15 a los 19 años de edad.

Se desarrollaron dos herramientas para el logro de los resultados obtenidos. En primer término, con fundamento en los aspectos teóricos descritos, se desarrollaron indicadores de libertad de agencia. Estos indicadores permitieron el desarrollo posterior de un Índice de Agencia para Jóvenes Indígenas (IAJI). A partir del desarrollo de las herramientas necesarias, se procedió a aplicarlas para observar los resultados del IAJI y relacionarlos con las regiones indígenas descritas anteriormente. Asimismo, se observó si había alguna relación entre la postergación de la fecundidad hasta después de los 19 años y la educación de la madre de la adolescente, para comprobar si la educación formal recibida por sus progenitoras incidía en la fecundidad de las adolescentes no madres. Finalmente, a partir de la observación de los resultados de IAJI, se aplicó el mismo índice a mujeres no indígenas.

INDICADORES DE LIBERTAD DE AGENCIA

Para el desarrollo de los indicadores, que se describen a continuación, se consideraron los aspectos que Amartya Sen (2000) y otros teóricos describen en relación con la libertad de agencia.

Aspectos que contribuyen positivamente a reforzar la agencia de las mujeres

La educación se perfila como un componente fundamental en la constitución de la libertad de agencia: “la agencia y la voz de las mujeres, en los que influyen la educación y el empleo, pueden influir a su vez en la naturaleza del debate público sobre toda una variedad de cuestiones sociales, entre las cuales se encuentran unas tasas de fecundidad aceptables” (Sen, 2000: 238).

El empleo, sea formal o informal, pero siempre en relación con la libertad económica que de éste pueda derivarse, también es un componente importante planteado por Sen:

Parece que la mejora de la posición de las mujeres afecta incluso a las ideas sobre los “deberes” de las hijas. Por lo tanto, la libertad para buscar y tener trabajo fuera del hogar puede contribuir a reducir las privaciones relativas —y absolutas— de las mujeres. Parece que la libertad en un área (la de poder trabajar fuera del hogar) contribuye a fomentar la libertad en otras (la libertad para no pasar hambre, no padecer enfermedades y no sufrir privaciones relativas) (2000: 239).

Con base en esto, las variables de educación y empleo remunerado se verán reflejadas en el análisis como determinantes fundamentales de la libertad de agencia.

Aspectos que ponen de manifiesto la libertad de agencia a través de la emancipación de la estructura establecida

Srilatha Batliwala (1997) destaca una redistribución del poder, ya sea entre naciones, clases, razas, castas, género o individuos. En el caso que nos ocupa, la redistribución de poder deriva en transformar las estructuras e instituciones que refuerzan y perpetúan la discriminación de género y la desigualdad social. Entre dichas estructuras destacan la familia y los procesos educativos, de tal modo que las mujeres tengan acceso y control de la información, así como recursos materiales. La meta estriba en desafiar la ideología patriarcal (dominación masculina y subordinación femenina), transformar estructuras e instituciones que refuerzan y perpetúan la discriminación de género y la desigualdad social, y capacitar a las mujeres pobres para que logren acceso y control de información y recursos materiales.

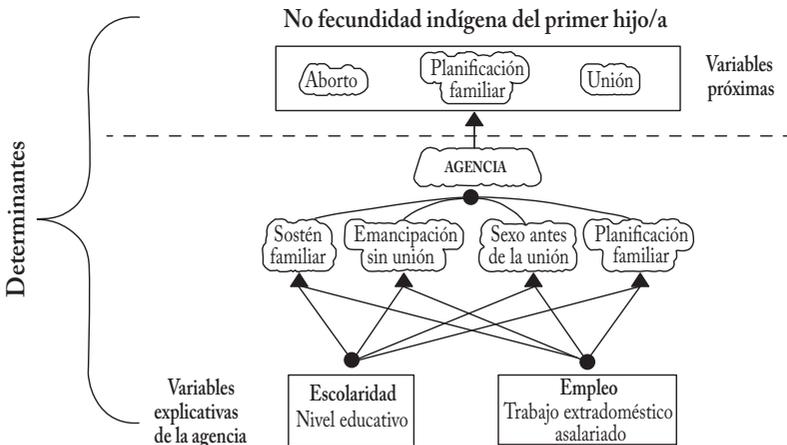
Determinantes de agencia

El diagrama 5.1 se desarrolló a partir del análisis entre las variables explicativas de la agencia según Sen y las variables próximas de la fecundidad de Bongaarts, para determinar qué acciones po-

drían mostrar agencia y al mismo tiempo mediar entre las variables de Sen y las variables de Bongaarts.

Para Amartya Sen (2000), la escolaridad y el empleo son las variables que al estar presentes dan pie a la agencia en las mujeres. Por su parte, John Bongaarts plantea cuatro variables próximas de la fecundidad: aborto, planificación familiar, unión y lactancia (1978 y 1982), con las cuales demostró que la diferencia en la fecundidad de las poblaciones se debe principalmente a la variación de la nupcialidad, el uso de anticonceptivos, la infecundidad posparto y el aborto inducido (Bay, Del Popolo y Ferrado, 2003: 5). En el diagrama 5.1 no se menciona la lactancia, ya que el análisis se realizó con mujeres que no habían tenido hijos y que no los tuvieron en un periodo determinado de su vida, es decir, entre los 15 y 19 años, por lo que la lactancia no se considera como factor de prevención del primer hijo/a.

Diagrama 5.1. Esquema de las variables determinantes de agencia



Fuente: elaboración propia.

Las variables determinantes de la agencia se establecieron al definir acciones concretas que la mujer podría haber tomado y que estuvieran en oposición a lo que se esperaría de ellas como

parte de una comunidad con una mirada tradicional de los roles de género. Cada uno de los determinantes de agencia se relaciona con una variable de la EDER 2017. La variable *emancipación sin unión* se refiere a la variable que establece la edad en la que la mujer deja de corresidir con su familia de origen, y la variable *sexo antes de la unión* se refiere a la edad de su primera relación sexual siendo soltera.

Vista de abajo hacia arriba, se observan las variables explicativas de la agencia propuestas por Sen, en el centro se observan los cuatro determinantes de agencia propuestos en este capítulo y en la parte superior se observan tres de las cuatro variables próximas de la fecundidad planteadas por Boongarts. A partir del análisis expuesto en el diagrama 5.1, que muestra los determinantes de agencia, se desarrolló el IAJI, que se explica más adelante.

Medición de las variables explicativas de la agencia

La muestra de la EDER 2017 contiene un total de 23 831 personas entrevistadas, de las cuales 54.9% son mujeres, es decir, se cuenta con los datos de 13 082 entrevistadas. De éstas, 16.4% son indígenas, por lo que para este estudio contamos con 2 151 casos, de los cuales 1 372 mujeres no tuvieron hijos entre los 15 y 19 años, mientras que 779 sí los tuvieron, es decir, 63.8% de las mujeres indígenas de la muestra no tuvieron hijos siendo adolescentes. A continuación, se encuentran los resultados obtenidos a partir de la descripción de las variables de agencia (diagrama 5.1) para la explicación y el desarrollo del IAJI.

En la primera etapa de la medición se llevó a cabo la observación de las variables explicativas y determinantes de agencia (diagrama 5.1), como antecedentes a la aplicación del IAJI. Los resultados de cada variable se obtuvieron a partir de relacionar la variable correspondiente de la EDER 2017 con las características de la muestra, es decir, de las mujeres indígenas que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años.

Para Amartya Sen, las variables que explican la libertad de agencia en las mujeres son la educación y el empleo. En los datos

arrojados por la muestra de mujeres indígenas que no tuvieron hijos entre los 15 y 19 años de edad, se observó que a los 19 años 25% no tenía experiencia en el trabajo, mientras que 75% ya había trabajado durante cinco años y tuvo 15 años de escolaridad acumulada.¹ Por lo tanto, esas mujeres con libertad de agencia habían ingresado ampliamente al mercado laboral después de una escolaridad prolongada.

En lo tocante a la educación, también se consideraron los años de escuela para comprobar la relación de asistencia a la escuela entre los 15 y 19 años y la prevención de la fecundidad (cuadro 5.2). Se buscó relacionar la duración en años promedio de asistencia a la escuela entre los 15 y 19 años para las mujeres indígenas y no indígenas, en los casos en que ambos grupos tuvieron hijos/as y en el caso en que no los tuvieron. Hay una diferencia significativa, entre indígenas y no indígenas, en los años que asisten a la escuela. Proporcionalmente, las mujeres no indígenas tienen un año más de asistencia a la escuela que las indígenas en el caso de las que no tienen hijos. Si consideramos las que sí tienen hijos/as, la diferencia es aún mayor (cuadro 5.2). Estos resultados nos indican que existen condiciones que impactan la asistencia a la escuela de las mujeres indígenas, pero que no parecen estar tan presentes en el caso de las no indígenas.

Cuadro 5.2. Duración promedio de asistencia a la escuela de mujeres indígenas y no indígenas entre los 15 y 19 años de edad con hijos/as y sin hijos (años)

	<i>Mujeres no indígenas</i>	<i>Mujeres indígenas</i>
Sin hijos	3	2
Con hijos/as	1.3	0.6

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

¹ Estos datos se refieren a mujeres indígenas con libertad de agencia. Se usaron dos de las variables presentes en la EDER 2017: escolaridad acumulada y años de trabajo, considerando al grupo de mujeres indígenas que obtuvieron un IAJI igual a 7 y 8 (que implica presencia de libertad de agencia).

LAS VARIABLES DETERMINANTES DE AGENCIA

Se estudiaron cuatro variables determinantes de agencia a partir de los datos de la EDER 2017: ser sostén familiar, haberse emancipado sin unión, haber iniciado su vida sexual antes de la unión y haber usado métodos de planificación familiar.

Sostén familiar

La hipótesis que antecede al desarrollo de esta variable es que las mujeres indígenas que desarrollaron agencia contribuyeron como sostén familiar en el periodo comprendido entre los 15 y 19 años. Con respecto al trabajo extradoméstico asalariado, los resultados arrojan que solamente un pequeño porcentaje de las mujeres indígenas fue sostén familiar entre los 15 y 19 años. Se observó que menos de 10% de las mujeres entrevistadas contribuyó como sostén familiar en ese periodo de su vida.

Emancipación sin unión y sexo antes de la unión

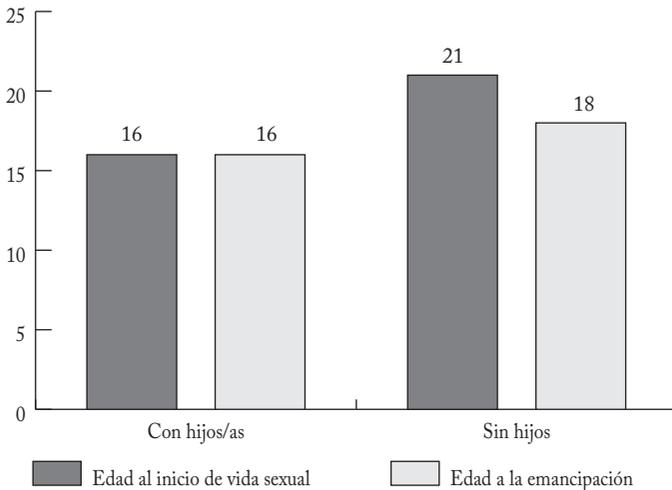
Entre las mujeres indígenas que tuvieron hijos/as entre los 15 y 19 años, la edad mediana al inicio de su vida sexual es de 16 años, mientras que para las mujeres que no tuvieron hijos en esas edades, la edad mediana al inicio de su vida sexual es de 21 años, como se observa en la gráfica 5.1.

En lo tocante a la emancipación sin unión, o sea, la edad en que las mujeres de la muestra dejaron de coresidir con su familia de origen, se partió de la hipótesis de que las mujeres indígenas que desarrollaron agencia y dejaron de coresidir con sus familias durante el periodo de los 15 a 19 años de edad se emanciparon por cuestiones distintas a la unión.

Se consideró contrastar la edad mediana de la emancipación (el momento en que dejan de coresidir con su familia) y la edad al inicio de la vida sexual. En la gráfica 5.1 se observa que la edad mediana en la que se emanciparon las indígenas que no tuvieron

hijos fue de 18 años, en tanto que entre las que sí tuvieron hijos/as, la emancipación se dio a los 16 años. Se observa que la edad mediana de inicio de vida sexual en las mujeres que sí tuvieron hijos/as en la adolescencia es la misma que la edad mediana en que dejaron de coresidir: 16 años.

Gráfica 5.1. Edad mediana al inicio de vida sexual y a la emancipación de mujeres indígenas con hijos/as y sin hijos



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Planificación familiar

En cuanto a la variable de planificación familiar, se parte de la hipótesis de que las mujeres indígenas que no tuvieron hijos en el periodo estudiado pudieron haber usado métodos anticonceptivos (MAC) para prevenir la fecundidad. Sin embargo, los resultados con el uso de las variables “retraso de la nupcialidad” y “método anticonceptivo” arrojaron que no fueron usados MAC en ese periodo, por lo que el retraso de la unión parece haber sido la variable próxima a la fecundidad que previno el embarazo en las adolescentes indígenas de la muestra.

Escolaridad de las madres de adolescentes indígenas que retrasaron su fecundidad

Se buscó también comprobar la hipótesis en torno a la influencia de la madre de la adolescente en la postergación de la fecundidad de su hija durante la adolescencia. Para comprobar si existe alguna relación, se observaron los datos de escolaridad de la madre de la adolescente, así como los años de coresidencia entre ambas. Se buscó observar si la prevención de la fecundidad derivaba de la influencia escolar de la madre o era un factor relativo a la educación informal originada en la interacción cotidiana (cuadro 5.3).

Cuadro 5.3. Porcentaje de madres de adolescentes indígenas que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años, según nivel máximo de estudios

<i>Nivel máximo de estudios</i>	<i>Porcentaje</i>
Ninguno	42.9
Primaria	39.8
Secundaria	6.8
Preparatoria o bachillerato	0.8
Normal básica	0.3
Estudios comerciales con primaria terminada	0.2
Conalep, Cbtis, CETIS	0.8
Estudios técnicos o comerciales con preparatoria terminada	0.1
Normal de licenciatura	0.5
Licenciatura o profesional	0.7
No sabe	7.09
Total	100

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

El mayor porcentaje de las madres de las indígenas que retrasaron su fecundidad no tiene ningún grado de estudios (42.9%), mientras que 39.8% estudió la primaria exclusivamente (cuadro 5.3). Con base en estos porcentajes, no parece representativo el

nivel de escolaridad de la madre en la postergación de la fecundidad de su hija.

Relación entre años de coresidencia de la adolescente no madre con su progenitora y su relación con la postergación de la fecundidad

Se observó también los años de coresidencia de la adolescente con sus madres durante el periodo que va de los 15 a los 19 años. Se señala que 37% de las adolescentes que postergaron su fecundidad vivió con sus madres durante todo el periodo de estudio, seguidas por las que no coresidieron con ellas durante ese periodo, en este caso 26% de las adolescentes. Una proporción de 8% fue el menor porcentaje: son las que residieron con sus madres únicamente un año o bien por cuatro años (cuadro 5.4). En contraste con los resultados obtenidos de la escolaridad de la madre, pareciera que la educación no escolarizada que las madres puedan transmitir a sus hijas tendría mayor peso en la prevención de la fecundidad a edades tempranas.

Cuadro 5.4. Porcentaje de mujeres adolescentes indígenas no madres según duración de coresidencia con sus madres (años)

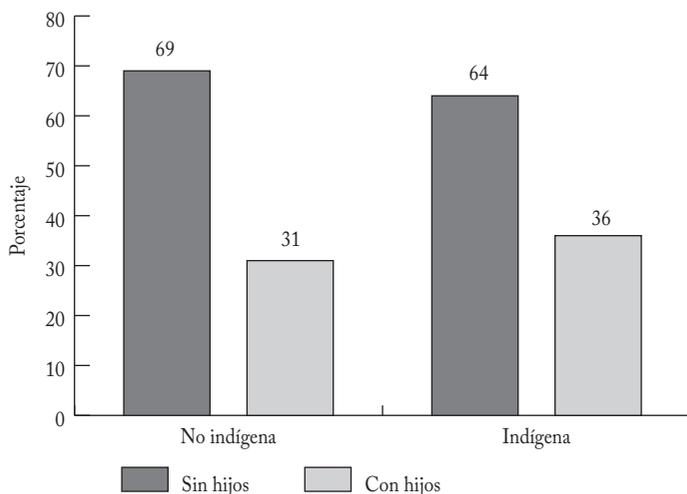
<i>Años de coresidencia</i>	<i>Eventos</i>	<i>Porcentaje</i>
0	558	26
1	175	8
2	206	10
3	226	11
4	182	8
5	804	37
	2151	100

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Comparación de fecundidad adolescente entre indígenas y no indígenas

Al comparar las cifras de adolescentes indígenas y no indígenas que tuvieron hijos/as y que no tuvieron hijos entre los 15 y 19 años, se observa que si bien las cifras difieren por el tamaño de la población de cada segmento, las proporciones son muy cercanas (gráfica 5.2).

Gráfica 5.2. Proporción de mujeres que tuvieron o no tuvieron a su primer hijo/a en la adolescencia, según identificación étnica



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

De acuerdo con los resultados obtenidos en la gráfica 5.2, un mayor número de indígenas tuvo hijos en el periodo comprendido entre los 15 y 19 años (36%). Sin embargo, proporcionalmente no hay una diferencia tan marcada entre los resultados observados con las no indígenas de la muestra (31%), aunque es estadísticamente significativa,² lo que nos indica que entre las adolescentes indígenas y no indígenas existen factores comunes,

² La diferencia es estadísticamente significativa a 0.01% con la prueba de chi cuadrada.

ajenos a la etnia, que previenen o alientan la fecundidad durante la adolescencia.

CONSTRUCCIÓN DEL ÍNDICE DE AGENCIA PARA JÓVENES INDÍGENAS (IAJI)

Con base en los determinantes de la libertad de agencia, se considera que las variables explicativas están relacionadas con dos factores predisponentes de la misma: escolaridad y empleo. Los ítems que señalan el punto de partida para la agencia son el ítem de educación y el ítem de trabajo extradoméstico remunerado, que hemos nombrado IEJI, al primero, e ITEJI al segundo (diagrama 5.1).

El cálculo de las variables explicativas de la agencia se apoyó en la comprobación del IAJI, dado que se calcularon los años de escolaridad acumulada a los 19 años, en el caso del IEJI, y los años de trabajo remunerado para los 19 años, en el caso del ITEJI. Los resultados arrojaron que 75% de las mujeres de la muestra que tuvieron resultados alto y muy alto para libertad de agencia, es decir, IAJI 7 y 8, tuvieron 15 años de escolaridad acumulada y ya habían trabajado durante cinco años cuando tenían 19 años de edad. Esto comprueba que la escolaridad y el trabajo remunerado son variables que tienen un impacto favorable en el desarrollo de la libertad de agencia de las mujeres indígenas de la muestra.

En cuanto a las variables consideradas en el desarrollo del IAJI, se consideró que la libertad de agencia puede estar presente en la mujer indígena en los niveles denominados: muy bajo, bajo, medio, alto y muy alto. El índice de agencia es la suma de cuatro ítems:

$$\text{IAJI} = \text{ISE}_{ji} + \text{IEPF}_{ji} + \text{ISSU}_{ji} + \text{IPF}_{ji}$$

Se construyen de la siguiente manera:

- 1) ISE_{ji} = ítem de sostén económico de la joven indígena, en donde:

$ISE_{ji} = 1$, si la joven indígena NO ha sido sostén económico de la familia durante algún periodo de su vida hasta antes de los 20 años.

$ISE_{ji} = 2$, si la joven indígena ha sido sostén económico de la familia durante algún periodo de su vida hasta antes de los 20 años.

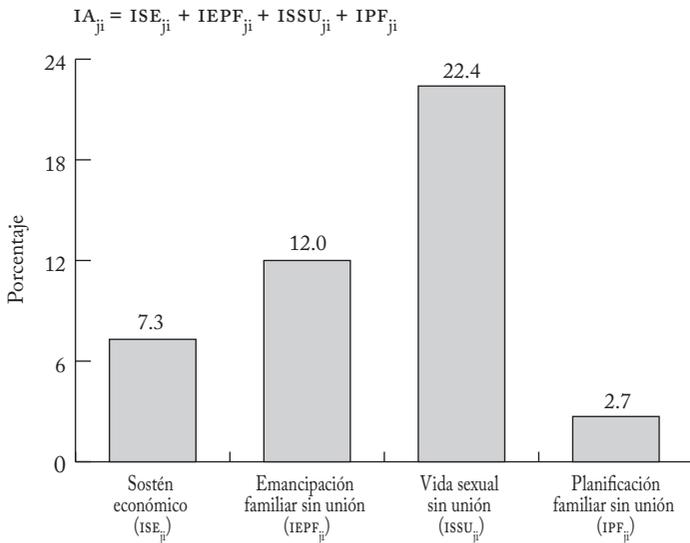
- 2) $IEPF_{ji}$ = ítem de emancipación familiar sin unión, en donde:
 $IEPF_{ji} = 1$, si la joven NO se emancipó de su familia por causas distintas a la unión.
 $IEPF_{ji} = 2$, si la joven se emancipó de su familia por causas distintas a la unión.
- 3) $ISSU_{ji}$ = ítem de sexo sin unión de la mujer indígena, en donde:
 $ISSU_{ji} = 1$, si la mujer NO ha tenido vida sexual sin estar unida.
 $ISSU_{ji} = 2$, si la mujer ha tenido vida sexual sin estar unida.
- 4) IPF_{ji} = ítem de planificación familiar (uso de algún MAC) de la mujer indígena, en donde:
 $IPF_{ji} = 1$, si la mujer NO ha usado ningún MAC.
 $IPF_{ji} = 2$, si la mujer ha usado algún MAC.

A continuación, en la gráfica 5.3 se muestran las proporciones de los valores positivos de cada uno de los índices obtenidos para las mujeres indígenas entre los 15 y 19 años de edad. La gráfica 5.3 hace evidente que la variable de vida sexual de las jóvenes sin estar unidas es la variable con mayor incidencia, mientras que la planificación familiar es la variable con menor incidencia. Esto nos deja una importante reflexión en torno a la ausencia de fecundidad, que en algunos casos en estas edades (entre 15 y 19 años) puede tener su explicación en dos condiciones probables: la primera es el planteamiento de Louis Henry (1961) en torno a la fecundidad natural, y la segunda, la postergación de la unión en las jóvenes indígenas.

De la investigación llevada a cabo por Henry (1961) destaca su observación en torno a la edad de la mujer y la fecundidad. En su desarrollo de la tasa de fecundidad legítima por edad de

la mujer, no consideró a las menores de 20 años, lo que señala que la fecundidad de las mujeres muy jóvenes es menor que la de las mujeres de 20 a 29 años (1961: 627); es decir, de acuerdo con la fecundidad natural, las mujeres entre 15 y 19 años tienen una fecundidad menor que otros grupos etarios, por lo que, en el análisis de los resultados obtenidos en este trabajo, es una consideración importante.

Gráfica 5.3. Porcentaje de mujeres indígenas que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años, según las variables determinantes de agencia



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En cuanto a la segunda condición planteada, se observó con anterioridad en la gráfica 5.1 la relación existente entre la edad de emancipación y la edad al inicio de la vida sexual. Se observa que la edad mediana en que las mujeres sin hijos a los 15-19 años se emanciparon, es decir que dejaron de corresidir con sus familias, fue a los 18 años e iniciaron su vida sexual a los 21 años. Esto implica que la postergación en el inicio de la vida sexual sería la

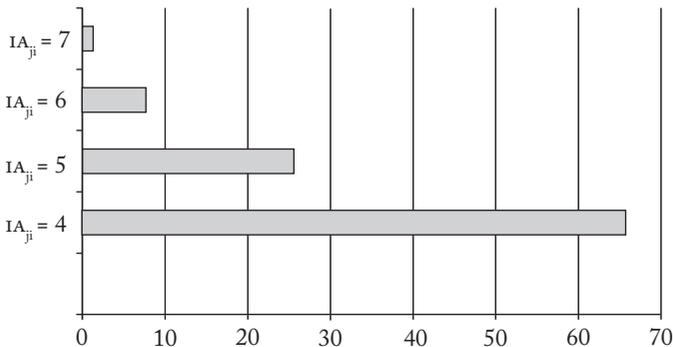
causa de la ausencia de fecundidad en la adolescencia de las mujeres de la muestra.

En cambio, en el caso del ítem de planificación familiar sin unión, que podemos observar en la gráfica 5.4, se consideró a las adolescentes que utilizaron algún MAC siendo solteras. A esta medición se llamó “IAJI restrictivo”, y los resultados con esta consideración dieron un porcentaje de solamente 1.3% de las jóvenes indígenas de la muestra. De esta forma, sólo 28 mujeres indígenas de las 2151 de la muestra manifestaron valores positivos con el índice restrictivo.

Otro dato que resulta interesante es que mientras mayor agencia se observa menor uso de anticonceptivos. Este resultado se puede explicar de acuerdo con los resultados finales; es decir, se observó que las jóvenes indígenas que no tuvieron a su primer hijo/a en ese periodo de su vida postergaron la unión hasta después de los 19 años de edad, por lo que el uso de MAC inició a partir del nacimiento de su primer hijo/a. Los valores del IAJI que se consideraron son los siguientes:

- Hay agencia muy baja y baja cuando IAJI es igual a 4 y 5.
- Hay agencia media cuando IAJI es igual a 6.
- Hay agencia alta y muy alta cuando los resultados del IAJI son 7 u 8.

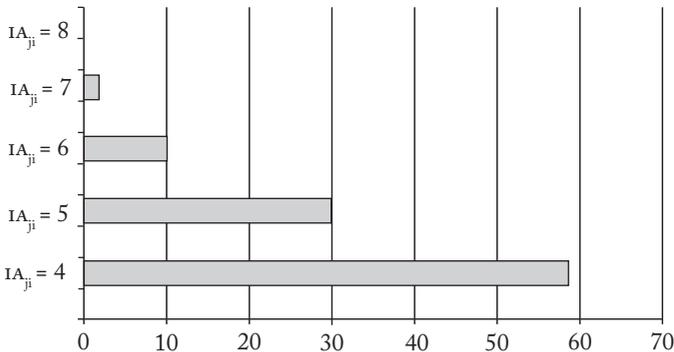
Gráfica 5.4. Porcentaje de mujeres indígenas no madres que en su adolescencia usaron algún MAC según IAJI restrictivo



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Ahora bien, se procedió a realizar un nuevo cálculo considerando que algunas de las mujeres de la muestra podrían cumplir con otras variables y estar unidas, así como usar anticonceptivos entre los 15 y 19 años. A esta medición se llamó “IAJI no restrictivo” (gráfica 5.5) y, en este caso, el porcentaje se mostró ligeramente más elevado, con 37 casos de mujeres con IAJI, es decir, pasó de 1.3% de la muestra a 1.7%. En ambos casos, es importante recordar que el uso de MAC inició después del primer hijo/a, por lo tanto, las mujeres con IAJI 7 y 8, que no tuvieron a su primer hijo/a en ese periodo de su vida, no usaron MAC. Las mujeres con IAJI 4, 5 y 6 ya habían tenido un hijo/a en ese periodo, por lo que los resultados arrojan un incremento en el uso de MAC entre los 15 y 19 años.

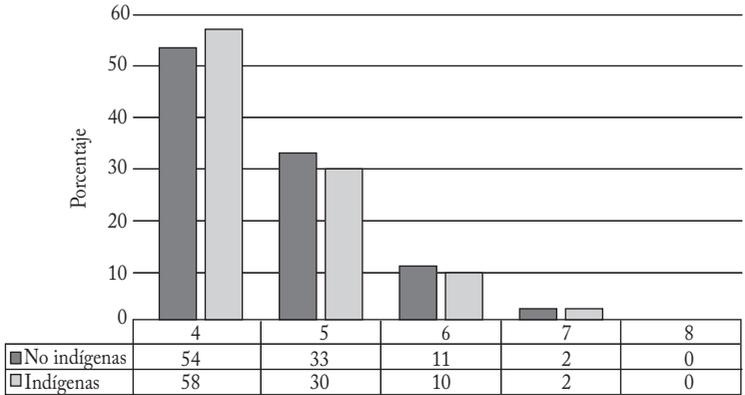
Gráfica 5.5. Porcentaje de mujeres indígenas que en su adolescencia usaron algún MAC, según IAJI no restrictivo



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Entre los hallazgos encontrados destaca la poca variación al hacer la comparación de variables entre jóvenes indígenas y no indígenas. Los resultados son muy similares (gráfica 5.6), lo cual reafirma que las causas de la agencia en adolescentes no parecen obedecer a causas étnicas; por ello se estima que la agencia se ve favorecida por condiciones económicas y sociales que impactan de igual forma a todas las mujeres de la muestra entre los 15 a 19 años.

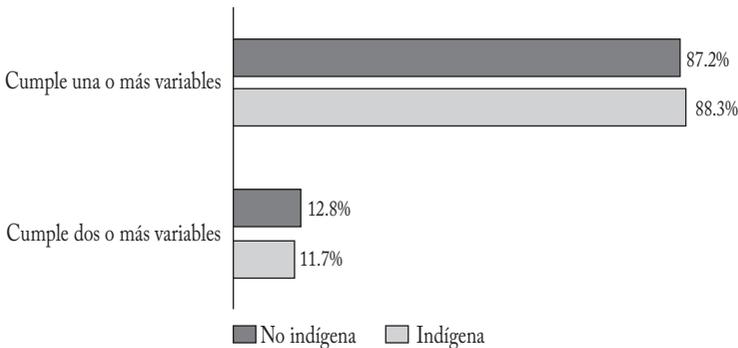
Gráfica 5.6. Porcentaje de mujeres que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años, según el número de variables de libertad de agencia e identificación étnica



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En la gráfica 5.7 se evidencia con mayor claridad lo expuesto anteriormente: las variables de agencia arrojan resultados proporcionalmente cercanos tanto en jóvenes indígenas como no indígenas.

Gráfica 5.7. Porcentaje de mujeres que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años, según el número de variables determinantes de libertad de agencia e identificación étnica



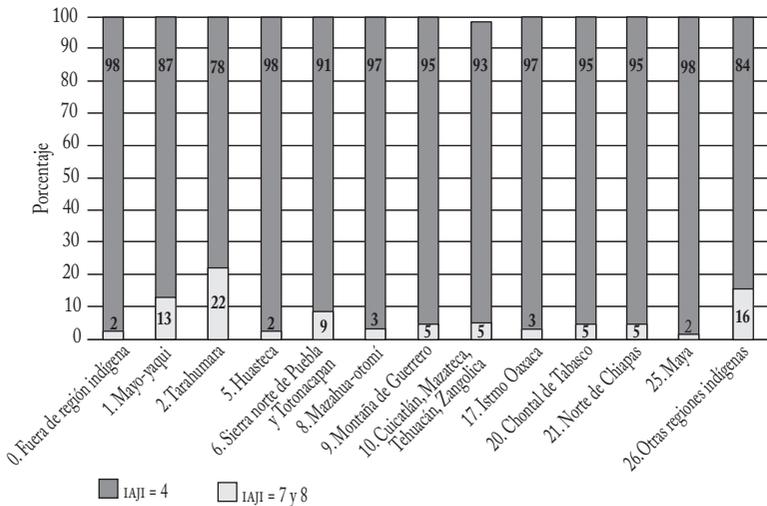
Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Se observa el porcentaje de ítems determinantes de agencia presentes entre indígenas y no indígenas de la muestra. Si cumple con uno o menos ítems, no hay agencia; con dos a más ítems, hay agencia o bien se acerca a la agencia.

RESULTADOS DEL IAJI POR REGIONES INDÍGENAS

A partir de las 25 regiones indígenas propuestas anteriormente, se identificaron aquellas de donde son originarias las mujeres de la muestra que no tuvieron hijos entre los 15 y 19 años. El número de casos obtenidos por región se contrastó con los resultados del IAJI con la intención de encontrar la región con mayor índice de agencia.

Gráfica 5.8. Proporción de mujeres con agencia alta y muy alta en relación con mujeres con agencia muy baja, según región indígena



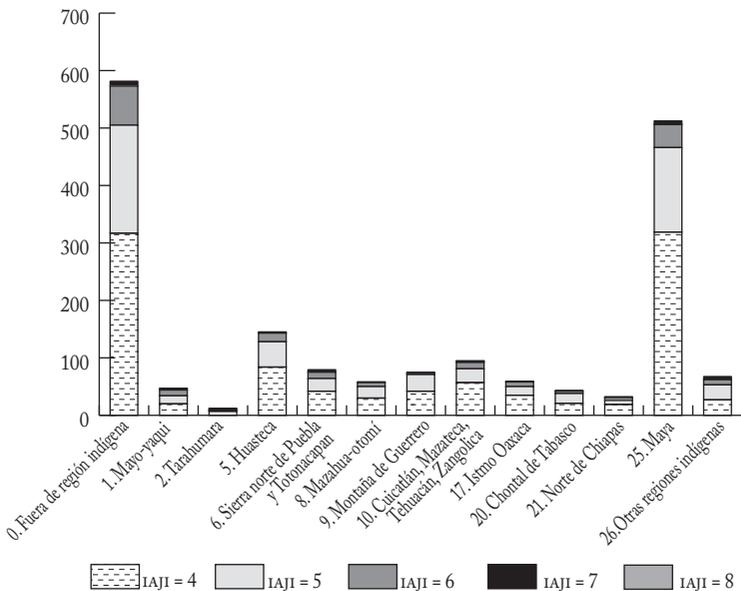
Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Por un lado, una sola mujer de la muestra obtuvo un IAJI = 8 en la región 10: Cuicatlán, Mazateca, Tehuacán y Zongolica;

sin embargo, la proporción de esta región con respecto a IAJI es de 5% de mujeres con agencia para esta zona. Por otro lado, las regiones con mayores porcentajes de IAJI son la tarahumara con 22.2% y la mayo-yaqui con 13% (gráfica 5.8). El resultado de una mayor incidencia de agencia en los casos de las mujeres tarahumaras y mayo-yaqui podría deberse más al reducido número de la población en contraste con otras regiones con mayor población indígena, como la establecida en la región maya (cuadro 5.8). Retomando el caso de la mujer habitante de la región 10, el IAJI = 8 equivale a tener todos los indicadores de agencia. El IAJI obtenido por esta mujer la convierte en el tipo ideal para este análisis.

A continuación, se presentan datos de las regiones, así como los IAJI de cada región. Los resultados IAJI 7 y 8 son los que indican que hay niveles altos y muy altos de agencia presente (gráfica 5.9 y cuadro 5.8).

Gráfica 5.9. Número de mujeres indígenas que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años, por regiones indígenas y número de variables IAJI



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Cuadro 5.8. Número de mujeres indígenas que no tuvieron a su primer hijo/a entre los 15 y 19 años, por regiones indígenas y número de variables IAJI

<i>Región</i>	<i>IAJI = 4</i>	<i>IAJI = 5</i>	<i>IAJI = 6</i>	<i>IAJI = 7</i>	<i>IAJI = 8</i>
0. Fuera de región indígena	317	188	68	8	0
1. Mayo-yaqui	20	14	10	3	0
2. Tarahumara	7	2	1	2	0
5. Huasteca	84	44	15	2	0
6. Sierra norte de Puebla y Totonacapan	42	22	11	4	0
8. Mazahua-otomí	30	20	7	1	0
9. Montaña de Guerrero	42	29	2	2	0
10. Cuicatlan, Mazateca, Tehuacán, Zongolica	57	24	11	2	1
17. Istmo Oaxaca	35	15	8	1	0
20. Chontal de Tabasco	21	17	4	1	0
21. Norte de Chiapas	19	7	5	1	0
25. Maya	319	147	40	6	0
26. Otras regiones indígenas	27	26	9	5	0
Total	1020	555	191	38	1

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

CONCLUSIONES

Dado que el fenómeno del embarazo adolescente en las jóvenes indígenas ya había sido estudiado, pero no el hecho de que la mayoría de las jóvenes indígenas postergaron su primer nacimiento

después de los 19 años, se consideró pertinente acotar la investigación a la observación del fenómeno de las mujeres indígenas que tuvieron a su primer hijo/a a partir de los 20 años. Construimos un índice de libertad de agencia para explicarlo. La medición de la libertad de agencia, comprendida como una respuesta intencional del agente para llevar a cabo un cambio determinado en función de su bienestar, fue un reto por estar fundamentado en aspectos subjetivos. A su vez, se buscó contrastar el concepto de *agencia*, tal como se encuentra en la obra de Sen, con el de *elección racional* de Elster, así como el concepto de *Outsiders* en la obra de Becker, y los trabajos de *habitus* de Bourdieu.

Se observó que las acciones que llevan a cabo las mujeres son las que determinan si la libertad de agencia está presente en sus vidas, por lo que relacionamos el índice de agencia con los determinantes de la fecundidad planteados por Bongaarts, junto con las variables explicativas de agencia planteadas por Amartya Sen. A partir de los resultados observados, se concluye que los datos expuestos refuerzan el planteamiento inicial de esta propuesta. Las adolescentes indígenas se ven afectadas por condiciones tales que se ven obligadas a emigrar o emanciparse de sus hogares a edades tempranas, lo cual, aunado a los bajos niveles de educación formal y demás aspectos relacionados con la exclusión, favorecen el embarazo adolescente. De aquí la importancia de observar por qué una proporción de 64% de estas adolescentes indígenas, entre los 15 y 19 años, posterga su primer nacimiento después de los 20 años de edad.

Observamos con los datos obtenidos de la EDER 2017 que el uso de anticonceptivos es muy limitado entre las jóvenes indígenas, siendo la postergación de la unión lo que previene la fecundidad entre los 15 y 19 años. Igualmente, en el trabajo de Sosa y Menkes se encontró que el uso de la anticoncepción es muy escaso entre las jóvenes de habla indígena. En cambio, se observó que las mujeres indígenas de la EDER 2017 iniciaron el uso de MAC a partir del nacimiento de su primer hijo/a.

En consecuencia, la postergación de la unión resultó ser la razón de la ausencia de fecundidad entre las mujeres con libertad de agencia, de acuerdo con los resultados obtenidos en el Índice

de Agencia para Jóvenes Indígenas (IAJI). Podemos hablar entonces de libertad de agencia sobre las acciones que las llevan a no unirse después de emanciparse o dejar de coresidir con sus familias. Prolongar la coresidencia, permanecer más tiempo en casa de sus padres, aparece como el aspecto principal que retarda la fecundidad, porque al permanecer más tiempo en casa de sus padres retrasan la unión. Por lo tanto, la libertad de agencia podría observarse en esa decisión que tiene impacto en la fecundidad. En otras palabras, se observa la tendencia a retrasar la fecundidad durante la coresidencia con los padres, aunado al hecho de mantener los lazos con la comunidad y postergar el inicio de la vida sexual hasta después de la unión, lo cual previene la fecundidad por causas diferentes del uso de anticonceptivos.

Este resultado permite observar que el rol social prevalece en las mujeres indígenas que dejan de coresidir con su familia de origen, pero de una forma diferente a lo que se hubiera esperado. La tendencia a comenzar a trabajar después de dejar de coresidir indica que las razones de la emancipación pueden obedecer a la necesidad de satisfacer cuestiones de supervivencia o de apoyo a sus familias, sin por ello dejar atrás sus lazos familiares. Es así que la libertad de agencia en relación con la ausencia de fecundidad entre los 15 y 19 años estaría, en el caso de las adolescentes indígenas, informando también sobre las condiciones económicas precarias que las obligan a salir de casa y postergar su unión con una pareja potencial, lo que da por resultado la postergación de la fecundidad con amplias variaciones regionales.

6. DINÁMICA DE LOS CUIDADOS SEGÚN TIPO DE HOGAR EN MÉXICO: ANÁLISIS LONGITUDINAL DE TRES COHORTES

*Rosa Elvira Cedillo Villar**

*Yuliana Gabriela Román Sánchez***

INTRODUCCIÓN

Los cuidados constituyen un derecho humano y representan, más que un acto de amor a los integrantes del hogar, un eje central de la reproducción social de la vida humana; merecen ser reconocidos y visibilizados para poder generar sinergias, en lo público y en lo privado, que permitan una mejor redistribución en las cargas de trabajo de cuidados en los hogares (Pérez, 2010 y 2006). De acuerdo con Carrasco, Borderías y Torns (2011), los cuidados son producto de un largo proceso histórico que surgió cuando se distinguió entre trabajo remunerado y no remunerado.

La noción de *cuidado* es polisémica porque refiere al conjunto de actividades o acciones cotidianas que abarca todas las etapas del ciclo de vida y busca cubrir las necesidades de bienestar físico y emocional de individuos u hogares mediante acciones de

* Facultad de Estudios Superiores-Aragón (FES-Aragón) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

** Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población (CIEAP) de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx).

reciprocidad, lo que genera por medio de él las condiciones básicas para la reproducción social de las personas e implícitamente reafirma el vínculo afectivo y de filiación entre el que brinda el cuidado y el que lo recibe, sin que necesariamente medie una obligación jurídica contractual (Durán, 2018; Krmpotic y De Ieso, 2010).

La literatura establece como diferencia básica la distinción entre cuidados directos e indirectos: en los primeros hay una relación inmediata entre el que recibe el cuidado y el que los brinda (lavarle, darle de comer, ayudarle a desplazarse, conversar, aplicar terapias); mientras que los segundos son los destinados a proporcionar las bases generales de confort y seguridad al sujeto que recibe cuidado (limpieza, gestiones, preparación de alimentos, mantenimiento de la vivienda y del utillaje, entre otras) (Durán, 2018: 29).

El objetivo en el capítulo consiste en analizar la dinámica de los cuidados según tipo de hogar en México para tres cohortes (1962-1973, 1974-1985 y 1986-1997). Esto permitió estimar el riesgo de que el trabajo de cuidados de las tres cohortes pase de ser compartido a exclusivo para los individuos que habitan en tres tipos de hogares (ampliados, nucleares y vulnerables). Todo ello a partir de los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017 y la estimación de modelos de riesgos en competencia.

El planteamiento de este estudio fue posible porque por primera vez la EDER 2017 introdujo dos preguntas sobre cuidados: ¿alguna vez se ha dedicado, por lo menos un año, al trabajo doméstico o para su familia sin recibir remuneración? y ¿en qué año o qué edad tenía cuando inició su (primer/siguiente) periodo de trabajo doméstico o de cuidado? La primera pregunta circunscribe la esfera de cuidados al trabajo no remunerado que se realiza en los hogares para satisfacer las necesidades de bienestar de sus integrantes, quedando fuera la esfera de los servicios de cuidados ofertados en el mercado. La segunda hace un registro por año-persona sobre el tipo de cuidado en los siguientes rubros: trabajo doméstico, cuidado de niños menores de seis años y cuidados de enfermos y/o adultos mayores, no compartido y

compartido. La inclusión de esas dos cuestiones fue lo que hizo posible plantear la presente propuesta teórica y metodológica de análisis longitudinal para el tema de cuidados, puesto que se analizan los años-persona vividos que los individuos habitan en un determinado tipo de hogar y cómo al transitar de un tipo de hogar a otro modificaron su carga de cuidados al transitar de cuidados compartidos a exclusivos a lo largo de su vida.

Esta investigación sobre cuidados en el hogar se distingue de los trabajos previos porque la EDER 2017 es una encuesta longitudinal retrospectiva que capta los años-persona de la población de 20 a 54 años de edad, destinados al cuidado no remunerado en los hogares a lo largo de la vida. México constituye la única fuente longitudinal con información de este tipo, ya que los trabajos previos sobre cuidados en México se han enfocado en los cuidados hacia los adultos mayores mediante la Encuesta Nacional de Salud y Envejecimiento en México (Enasem) o al uso del tiempo en cuidados utilizando la Encuesta Nacional sobre Uso del Tiempo (ENUT), ambos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). Por lo que nos gustaría agradecer a la doctora María Eugenia Zavala y a sus colaboradores por su trabajo incansable para que la EDER 2017 sea una realidad, gracias a ello fue posible la inclusión de la dimensión de cuidados en el hogar y, sin dicho esfuerzo, en el presente capítulo no hubiera sido posible incluir una perspectiva longitudinal sobre la situación del trabajo de cuidados no remunerados en México.

También resulta relevante precisar que en la realización de este estudio fue necesario recuperar información a nivel de hogar de la Encuesta Nacional de los Hogares (ENH) 2017, lo cual fue posible porque la EDER 2017 fue aplicada a una submuestra de esa encuesta. La ENH 2017 contiene información de 208 140 personas, de éstas la EDER recaba las historias de vida de 11.4% de los entrevistados en la ENH 2017. De manera global, la EDER 2017 contiene 886 976 años-persona que corresponden a 23 831 individuos.

Asimismo, es importante establecer que en el presente análisis se entiende por *hogar* al conjunto de individuos que corresiden en una vivienda, comparten el mismo gasto y tienen un solo jefe/a de hogar (Arriagada, 2017; De Oliveira y García, 2017;

Rabell y Gutiérrez, 2014). En este sentido, el presente estudio se enfoca en el análisis del trabajo de cuidados no remunerados en el hogar, la unidad de análisis son los años-persona, se utilizó la perspectiva de la historia de eventos en el análisis descriptivo y se estimaron modelos de riesgo en competencia clásicos para conocer: ¿cómo el tipo de hogar en el que habitan los individuos de tres cohortes afecta el riesgo de pasar de un trabajo de cuidados compartido con los demás integrantes del hogar a un trabajo de cuidados no compartido o exclusivo?

El capítulo está estructurado en cuatro apartados. El primero se refiere a las perspectivas teóricas desde las cuales se ha abordado el tema de cuidados. El segundo contextualiza los estudios sobre cuidados en el hogar considerando los efectos del cambio demográfico y la transformación de los hogares en México. El tercero presenta la pertinencia del uso de la EDER 2017 para el análisis de los cuidados en el hogar, describe la estrategia analítica y el método de estimación. El cuarto expone y discute los principales resultados de la investigación. Finalmente, en las reflexiones finales se destacan los principales hallazgos, las limitantes y nuevas interrogantes derivadas de este estudio.

POLISEMIA Y PERSPECTIVAS TEÓRICAS SOBRE CUIDADOS

El término *cuidado* es un concepto polisémico y se encuentra en debate. Una de las definiciones más generales afirma que en una sociedad sin cuidados no habría seres humanos, ni sociedad, ni economía (CIM, 2020). Por lo que se podría decir que los cuidados hacen referencia a un amplio conjunto de actividades, desde intensivas hasta extensivas, desde mecánicas hasta empáticas y reflexivas, puestas a disposición de resolver las necesidades de otro ser vivo que no puede resolver todas o parte de sus necesidades físicas (Durán, 2018). Al respecto, Arriagada (2011) menciona que la tarea de cuidados también considera a todas aquellas actividades diarias que se hacen para mantener, continuar y mejorar el sostenimiento de la vida, incluyendo las actividades de entendimiento, emocionales y/o afectivas. En general, los cuida-

dos pueden ser definidos desde diferentes perspectivas teóricas (cuadro 6.1). Entre ellas destacan: la teoría del ciclo de vida, las relaciones intergeneracionales, el trabajo no remunerado, la organización social de los cuidados y el estado de bienestar y sistema de cuidados (diagrama 6.1).

Diagrama 6.1. Perspectivas teóricas sobre los cuidados en el hogar



Fuente: elaboración propia con base en Aazami, Shamsuddin y Akmal (2018), Vecchio *et al.* (2018), Míguez (2017), Miyawaki (2016), Albertini (2016), García y Pacheco (2014b), Pedrero (2014), Aguirre (2011), Jara (2011), Kalmijn (2019), Chassin *et al.* (2010) y Arim (2009).

La teoría del ciclo de vida representa una perspectiva analítica que considera las etapas de vida del individuo como eje central. Tiene como hipótesis que durante el curso de vida se presenta un flujo continuo de apoyo y cuidados, el cual se enmarca en nociones de intercambio y reciprocidad a lo largo de la vida. En la primera y última etapa se registra mayor demanda de cuidados; mientras que la edad productiva (edad mediana) representa una etapa en la que es posible brindar tiempo de cuidados a hijos, padres, personas enfermas o con alguna limitación física o mental. En esta teoría la edad es una variable fundamental (Aazami, Shamsuddin y Akmal, 2018; Vecchio *et al.*, 2018; Chassin *et al.*, 2010; Kalmijn, 2019).

Cuadro 6.1. Breviario sobre las perspectivas teóricas de los cuidados

<i>Perspectiva teórica</i>	<i>Definición</i>	<i>Características</i>	<i>Relación</i>	<i>Cuidado(s)</i>	<i>Autores</i>
Ciclo de vida	En el curso de vida se da lugar a un flujo continuo de apoyo, que se enmarca en nociones de intercambio y reciprocidad a lo largo de la vida.	La edad es una variable clave en esta perspectiva. La edad mediana es una etapa fundamental en el ciclo de vida de las personas, representa un periodo de desarrollo importante que proporciona oportunidades para brindar cuidado con la finalidad de mejorar la salud física y la calidad de vida de los individuos.	Establece la relación trabajo-familia en una perspectiva de interacción e influencia bidireccional, que se considera como una cuestión en conflicto.	Los cuidados se pueden definir como horas totales gastadas en proporcionar atención o ayuda no remunerada a otros. Los cuidados están relacionados con la edad de las personas. El cuidado es una etapa prevista en el ciclo de vida de los individuos.	Aazami, Shamsuddin y Akmal (2018), Chassin <i>et al.</i> (2010), Miyawaki, (2016), Kalmijn (2019).
Relaciones intergeneracionales	El cuidado intergeneracional se refiere a modelos de atención que unen a las personas mayores, adultos y niños en un entorno	El apoyo entre generaciones es uno de los pilares de los sistemas de vida familiar, bienestar y oportunidades de vida. Los padres ayudan	Relaciones de intercambio y apoyo entre generaciones con tensión por la existencia de desigualdades socioeconómicas y de género.	Los cuidados se conciben como tiempo dedicado a las actividades de apoyo o ayuda generacional que es proporcionada a miembros del	Albertini (2016), Chassin <i>et al.</i> (2010), Vecchio <i>et al.</i> (2018).

compartido de apoyo y beneficio mutuo, con lo cual se fomenta la empatía generacional.

a sus hijos mientras crecen y se independizan; posteriormente en edades avanzadas reciben apoyo de sus hijos. Por ello acontece una redistribución de apoyo o sucesión de generaciones.

hogar para cubrir las necesidades básicas de bienestar físico, emocional y de cuidado.

Trabajo no remunerado

El trabajo no remunerado de cuidados se circunscribe al desarrollo en los hogares y es indispensable para la reproducción del hogar y la vida. Esta perspectiva pretende visibilizar y otorgar valor social y económico a las tareas de cuidados que realizan principalmente las mujeres.

El tiempo dedicado a los cuidados es considerado una actividad económicamente invisible y sin reconocimiento social. No se considera en la contabilidad de SCN de los países y esto conduce a una subestimación del valor del trabajo no remunerado en el Producto Interno Bruto (PIB).

Relación de tensión entre trabajo remunerado y no remunerado. Enmarcada en relaciones de género desiguales, donde las mujeres observan una sobrecarga de trabajo.

Los cuidados se definen como todas las actividades destinadas al cuidado de los integrantes del hogar en donde se enmarca la reproducción social de la vida. El cuidado es un trabajo no remunerado fundamental para el bienestar y desarrollo de los hogares y las familias.

García y Pacheco (2014b), Pedrero (2014), Del Moral y Mier y Terán (2014), Pacheco y Flores (2014), Jara (2011).

<i>Perspectiva teórica</i>	<i>Definición</i>	<i>Características</i>	<i>Relación</i>	<i>Cuidado(s)</i>	<i>Autores</i>
Organización social de los cuidados	La organización social de los cuidados es el conjunto de acciones públicas y privadas e intersectoriales que se desarrollan de forma articulada para brindar atención directa a las personas y apoyar a los integrantes de las familias en el cuidado de sus miembros.	El sistema de cuidados es un componente central del sistema de protección social. En éste es importante el papel de las diferentes esferas institucionales y su articulación para lograr una nueva organización social de cuidados con la participación del Estado, las familias, el mercado, la comunidad, los ciudadanos y la sociedad civil.	Son importantes las relaciones sociales que involucran a los ciudadanos y cuidadores como sujetos de derechos. Por lo que se busca implementar intervenciones públicas con participación pública, privada y de la ciudadanía.	Los cuidados se definen como una dimensión de la ciudadanía social que no esté sesgada por el género, la raza, la clase social, el lugar en el territorio ni la etnia. Se concibe a los cuidados como un apoyo multidimensional: material, económico, moral y emocional dirigido a las personas dependientes.	Aguirre (2011), Arriagada (2011).

Estado de bienestar y sistema de cuidados	<p>El sistema de cuidados se concibe como una malla amplia de protección social para el bienestar de la población. Por lo que todo ciudadano, acreditado como dependiente tiene derecho a recibir cuidados y atención mediante servicios adecuados a su grado y nivel de dependencia. Se han planeado tres modelos: modelo de protección universal; modelo de protección por medio de la seguridad social, y modelo asistencial dirigido a la protección focalizada a personas con insuficiencia de recursos.</p>	<p>El estado de bienestar consiste en asegurar que los individuos alcancen el estándar básico de vida que evite situaciones de privación con consecuencias negativas en el largo plazo. El sistema de cuidados consiste en una estrategia de desarrollo para potenciar la trayectoria vital de las personas. Por lo que el Sistema Nacional Integrado de Cuidados es una herramienta que permite —de forma equitativa, responsable y eficiente— resolver la cuestión de cuidados de la población en situación de dependencia.</p>	<p>El Estado es un elemento central de provisión de bienestar y en conjunto con la familia son las dos principales instituciones de provisión de cuidados. Relación de cooperación entre Estado, familia y sociedad civil</p>	<p>Los cuidados se definen como una cuestión social que implica tanto la promoción de la autonomía personal como la atención y asistencia a las personas dependientes.</p>	<p>Arim (2009), Mides (2014), Míguez (2017), Scagliola (2011).</p>
--	---	---	---	--	--

Fuente: elaboración propia.

Desde la perspectiva de las relaciones intergeneracionales, el cuidado representa un modelo de atención y apoyo que une a las personas mayores, adultos y niños en un entorno compartido para su beneficio mutuo. Por lo tanto, el cuidado constituye un apoyo entre generaciones: los padres ayudan a sus hijos mientras crecen, se independizan; luego, cuando los hijos han crecido, ellos apoyan a sus padres. A esto se le conoce como “redistribución de apoyo” o “sucesión de generaciones” (Albertini, 2016; Vecchio *et al.*, 2018; Chassin *et al.*, 2010).

En la perspectiva teórica del trabajo no remunerado, el tiempo dedicado a los cuidados es considerado una actividad económicamente invisible y sin reconocimiento social. Por ello no es considerado en la contabilidad del Sistema de Cuentas Nacionales (scn) de los países; y una de las principales demandas de esta perspectiva es que el trabajo no remunerado sea incorporado al scn para visibilizar su valor y participación en el crecimiento económico de las naciones. Este enfoque teórico ha nutrido los trabajos de Del Moral y Mier y Terán (2014), Pacheco y Flores (2014), García y Pacheco (2014b), Pedrero (2014) y Organización Panamericana de la Salud (ops) (2008).

El enfoque de la organización social de los cuidados permite identificar el papel de las diferentes esferas institucionales —Estado, familias, mercado y comunidad— y su necesaria articulación para lograr una nueva organización social de cuidados. Concibe al sistema de cuidados como un componente central del sistema de protección social y a los cuidados como un apoyo multidimensional en diferentes áreas e instancias vitales de los individuos (Aguirre, 2011; Arriagada, 2011).

Finalmente, la perspectiva teórica del estado de bienestar y sistema de cuidados busca asegurar que los individuos alcancen el estándar básico de vida como un derecho humano que evite situaciones de privación y precariedad en el largo plazo. Asimismo, el sistema de cuidados es una estrategia de desarrollo para potenciar la calidad de vida de las personas. En esta perspectiva, el Estado es un elemento central de provisión de bienestar público y la familia es la principal proveedora de bienestar privado (Arim, 2009; Míguez, 2017; Mides, 2014; Scagliola, 2011).

TRANSFORMACIÓN EN LOS HOGARES Y EN EL TRABAJO DE CUIDADOS EN MÉXICO

En el presente estudio, el hogar es un elemento de análisis fundamental para comprender los cambios demográficos y el trabajo de cuidados en México en los últimos treinta años (1990-2020). Rabell y Gutiérrez (2014: 233) refieren de manera operativa (para el caso de los estudios sociodemográficos) que “los hogares son grupos domésticos de individuos que, emparentados o no, hacen una vida en común, corresiden en una misma vivienda y tienen un gasto común: los criterios funcionales y la propinquidad son los elementos esenciales” (2014: 233).¹ En México había alrededor de 15 millones de hogares en 1990 y 35 millones en 2020; en treinta años el número de hogares creció 2.3 veces. En tanto que la población pasó de 84 millones en 1990 a 126 millones en 2020 (Inegi, 2021), un aumento de 42 millones. Estos 35 millones de hogares se pueden clasificar en unipersonales, biparentales, monoparentales, nucleares y ampliados.²

Los cambios más notables en los hogares de 1990 a 2020 se resumen en el cuadro 6.2 y son: incremento de los hogares unipersonales, biparentales y monoparentales, reducción de los hogares nucleares y ligero incremento de los hogares ampliados. También muestra que los hogares nucleares y ampliados continúan siendo la norma en los arreglos familiares en México; además se observa que ha aumentado la presencia de otro tipo de arreglos familiares

¹ Los criterios básicos para identificar el hogar-unidad doméstica son: autoridad, provisión económica, procreación, gasto alimentario común y coresidencia.

² El hogar unipersonal es aquel conformado por un solo individuo; el hogar biparental se compone por una pareja unida sin hijos; el hogar monoparental es aquel en donde habita un solo jefe/a de hogar con dependientes económicos (niños o adultos mayores); el hogar nuclear es aquel conformado por una pareja unida e hijos/as. El hogar ampliado concentra tanto al hogar extenso que se caracteriza porque pueden vivir una o más parejas y estar conformado por miembros adicionales con distintas relaciones de parentesco conyugal o filial; y al hogar compuesto que agrupa a un grupo de individuos sin relaciones de parentesco que corresiden y comparten un gasto en alimentos común (De Oliveira y García, 2017; Orozco, 2017 y 2014; Rabell y Gutiérrez, 2014).

(Rabell y Gutiérrez, 2014; De Oliveira y García, 2017) debido al aumento de la disolución de uniones conyugales y han aumentado los hogares monoparentales (Pérez Amador, 2008; García y Rojas, 2002); la disminución y el cambio en los patrones de fecundidad han afectado la configuración de los hogares nucleares, ampliados y parejas solas, principalmente (Páez y Zavala, 2016); el aumento de la esperanza de vida reduce la viudez e incrementa indirectamente la propensión a las separaciones, los divorcios y la presencia de hogares unipersonales (Arriagada, 2017; De Oliveira y García, 2017; Rabell y Gutiérrez, 2014); las migraciones modifican los arreglos familiares (Aguilar, 2017; Ariza, 2017; Nájera, 2017) y las estrategias de coresidencia como respuesta a crisis económicas han afectado los hogares nucleares y ampliados de los trabajadores asalariados y no asalariados (Montoya, 2017a y 2017b; Tuirán, 1993).

Cuadro 6.2. Cambio en la distribución de los tipos de hogares-grupos domésticos en México, 1990-2020

<i>Tipo</i>	<i>1990</i>	<i>2000</i>	<i>2010</i>	<i>2020</i>
Total	14 853 180	22 289 833	28 604 739	35 219 141
Unipersonal	5.4	6.5	9.5	12.5
Biparental	6.8	7.7	9.4	11
Monoparental	9.1	9.2	10.5	11.6
Nuclear	57.7	52.2	45.5	39
Ampliado	21.1	24.3	25.2	25.9

Fuente: elaboración propia con base en Rabell y Gutiérrez (2014) para los años 1990, 2000 y 2010, e Inegi (2021).

Particularmente, el análisis de descendencia final de tres generaciones (1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980) según el Índice de Orígenes Sociales (ios),³ realizado por Páez y Zavala (2016),

³ El ios se estima haciendo uso del análisis factorial y de la información sobre orígenes sociales que recaba la EDER 2011 sobre la ocupación del padre y la madre cuando la persona tenía 14 años, la escolaridad de ambos padres, la

mostró que las mujeres en México han retrasado la edad mediana al primer hijo/a y han reducido su descendencia final con evoluciones diferenciadas según el origen social y la generación. Esto se ha dado de manera drástica en las mujeres en el cuarto cuartil del IOS y las más escolarizadas, por lo que uno de los hallazgos más relevantes de dicha investigación es que los cambios en el calendario de la fecundidad estuvieron afectados por la desigualdad social.

Rabell y Gutiérrez (2014), Orozco (2014 y 2017) y Montoya (2017a) confirmaron que los hogares en México han dejado lentamente la composición nuclear y se han diversificado en nuevos arreglos (unipersonales, biparentales, monoparentales y ampliados). Sin embargo, los hogares siguen siendo la principal unidad de reproducción de la sociedad, a pesar de los cambios en su composición y el efecto de los cambios demográficos, económicos, sociales y culturales en la organización de los hogares, que han afectado sensiblemente, también, las formas en que se brindan y reciben cuidados en los hogares (Nájera, García y Pacheco, 2017; Rabell, 2009).

Respecto a los cambios en la organización de cuidados en los hogares, se ha encontrado evidencia de que las actividades de cuidado (frecuencia y duración) están relacionadas con la composición por edad de los hogares y las condiciones de salud y etapa en el ciclo de vida de sus integrantes (Nájera, García y Pacheco, 2017). Entre la población joven, hay diferencias de género; además, los jóvenes en los hogares indígenas participan más que en los no indígenas, en especial las mujeres. Entre los adultos, la distinción es principalmente por género: las mujeres, independientemente de si son o no indígenas, participan en la carga global de trabajo en mayor medida que los hombres (Pacheco y Flores, 2014).

En México, las mujeres dedican más tiempo a las actividades relacionadas con los cuidados de personas enfermas, de menores

posesión de bienes y servicios en la vivienda, el lugar de nacimiento de los padres y el origen étnico; por lo tanto, a partir de las dimensiones de ocupación, escolaridad y bienes y servicios de la vivienda se construye el IOS (Coubès, Solís y Zavala, 2016b: 30).

de 15 años y de mayores de 60 años (Pacheco y Flores, 2014). En 2009, el cuidado de dependientes lo desempeñó 31.5% de los hombres y 44.7% de las mujeres, y el tiempo destinado a esa actividad por los varones corresponde a casi 46% del tiempo que las mujeres le dedican (5 horas hombres, 11 horas mujeres). En la década de 1990 se registró una menor participación de los varones en esa actividad. Al respecto, Rendón (2003) encontró que los hombres dedicaban al cuidado de niños 18% del tiempo que las mujeres destinaban a esa actividad, así como 28% del tiempo femenino destinado al cuidado de adultos mayores y personas enfermas (Del Moral y Mier y Terán, 2014).

Respecto al cambio generacional y la importancia del tipo de hogar en el tema de cuidados, Santoyo y Pacheco (2014) encontraron que son los padres jóvenes quienes están mostrando significativos cambios en su nivel de involucramiento en los cuidados de sus hijos. Estos cambios generacionales ya se están registrando entre los padres de los estratos más bajos y de contextos rurales. En este sentido, el tipo de hogar es de gran relevancia para el presente estudio debido a que puede ayudar a explicar la diferencia en la distribución de cuidados por sexo, condición socioeconómica, estructura por edad y condición de dependencia demográfica. Todo ello puede contribuir, inhibir o propiciar un arreglo familiar más o menos equitativo en cuanto a la distribución del trabajo de cuidados no remunerado.

ESTRATEGIA DE ANÁLISIS Y ENFOQUE METODOLÓGICO

Este apartado se divide en tres secciones que, en conjunto, buscan brindar los elementos necesarios para conocer el proceso de operacionalización de categorías de análisis en variables, las cuales permitan analizar el cuidado no remunerado en hogares a partir de los datos disponibles en la EDER 2017. El apartado culmina con la descripción de por qué se implementó un análisis descriptivo de historia de eventos y la estimación de modelos de riesgos en competencia para analizar el cuidado en hogares.

Fuentes de información

El presente capítulo utilizó los microdatos provenientes de la ENH 2017 y la EDER 2017. La ENH 2017 “es un proyecto continuo que inició en el año 2014, con el propósito de servir para el levantamiento de encuestas temáticas orientadas a investigar con mayor profundidad aspectos demográficos y sociales del país” (Inegi, 2018b). La EDER 2017 y la ENH 2017 son compatibles, porque la metodología, el diseño muestral y la estructura operativa de la ENH permite adicionar módulos sobre diversos temas de interés nacional. En 2017, a una submuestra de 32 000 viviendas de la ENH (del tercer y cuarto trimestre), se agregó el cuestionario de la EDER (Inegi, 2018a).

Cuadro 6.3. Fuentes de información utilizadas en el estudio

Encuestas	ENH 2017		EDER 2017	
	<i>n</i>	<i>N</i>	<i>n</i>	<i>N</i>
Personas	208 140	123 569 401	23 831	58 889 345
Hombres	208 140	60 149 428	10 748	26 391 212
Mujeres	101 786	63 419 973	13 083	32 498 133
Hogares	57 519	34 067 895	NA	NA
Tipo de encuesta	Transversal		Longitudinal retrospectiva	
Muestreo	Probabilístico, bietápico, estratificado y por conglomerados		Probabilístico, estratificado y por conglomerados; en cada hogar se seleccionó aleatoriamente a una persona	
Marco muestral	Censo de Población y Vivienda 2010		Censo de Población y Vivienda 2010	
Cobertura geográfica	Nacional (áreas urbanas y rurales) y entidad federativa		Nacional (áreas urbanas y rurales) y entidad federativa	
Unidad de observación	Hogar		Personas de 20 a 54 años	

Notas: *n*, datos sin ponderar; *N*, datos ponderados por el factor muestral incluido en cada encuesta; *NA*, no aplica, debido a que se entrevistó a una persona de 20 a 54 años por hogar y la unidad de análisis en la EDER son las personas. Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2018a y 2018b).

Si bien la ENH es una encuesta transversal trimestral continua y la EDER una encuesta longitudinal retrospectiva, comparten tener como unidad de análisis al hogar y el individuo, por lo que mediante las variables de identificación de vivienda, hogar y persona fue posible vincular ambas encuestas para recuperar la información de los cuestionarios sobre características de los hogares y la información sociodemográfica de los hogares e individuos (Inegi, 2019a y 2010) (cuadro 6.3).

A diferencia de las EDER de 1998 y 2011, la EDER 2017 tiene una muestra casi diez veces mayor. Esto hace que sea representativa a nivel nacional, nacional urbano-rural y por entidad federativa, lo cual permite que se puedan realizar estudios regionales con una fuente de datos longitudinal, y que brinde información de la población que entre 1962 y 1997 tenían entre 20 y 54 años cumplidos (Inegi, 2018a).

Construcción de variables para el análisis del cuidado no remunerado en hogares

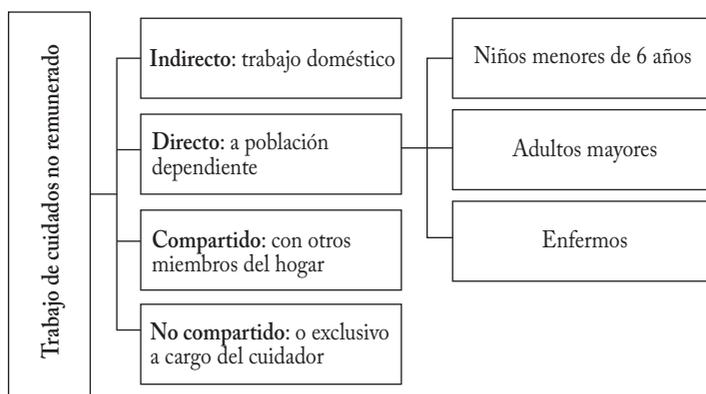
Los estudios previos sobre el cuidado refieren que en el caso de América Latina (Durán, 2018) el hogar es el espacio por excelencia donde se provee y recibe cuidado. Asimismo, otra de las características es el tipo de cuidado que se brinda en la región, debido a que la mayoría del cuidado en México se brinda a población dependiente y acontece en un marco de reciprocidad generacional. Durán (2018) establece 18 criterios a considerar en los estudios sobre el cuidado que se recibe en los hogares. De éstos, la EDER 2017 permite analizar el cuidado en hogares desde cuatro criterios:

- 1) Distinción entre trabajo de cuidados remunerado y no remunerado.
- 2) Diferenciación entre la disponibilidad y las prestaciones activas, es decir, la diferencia entre cuidado directo e indirecto.
- 3) Caracterización del cuidado en función de los receptores de cuidado: niños, enfermos y adultos mayores.

4) Identificación del cuidado en función de la dedicación compartida o no compartida de la responsabilidad de brindar cuidado.

Primero, el tipo de cuidado que es posible analizar por medio de los datos disponibles en la EDER 2017 es el trabajo de cuidado no remunerado que se brinda en los hogares. Segundo, a partir del criterio de disponibilidad se distingue entre cuidado directo e indirecto. Tercero, es posible diferenciar dos poblaciones dependientes receptoras de cuidados: niños menores de 6 años y adultos mayores y/o enfermos. Finalmente, los datos de la EDER 2017 hacen posible conocer si la tarea de cuidados se realiza de manera compartida o no compartida.⁴ Los criterios citados se operacionalizaron en cuatro variables: tipo de hogar en función de la provisión de cuidados no remunerados; cuidado directo e indirecto; cuidados según población dependiente, y cuidados compartidos o no compartidos (diagrama 6.2).

Diagrama 6.2. Operacionalización del trabajo de cuidados no remunerado en el hogar



Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2018c) y Durán (2018).

⁴ El trabajo de cuidados no compartido o exclusivo acontece cuando la persona declara durante uno o más años-persona sólo dedicarse al cuidado de personas dependientes sin compartir dicho trabajo no remunerado con algún otro integrante del hogar, por lo que el proveedor de cuidado se encarga de brindar cuidado de manera exclusiva a población dependiente (niños, adultos mayores y/o personas enfermas).

Mediante la fusión de la ENH 2017 y de la EDER 2017 fue posible construir la variable tipo de hogar fija en el tiempo y, posteriormente, con esta variable y la de parentesco proveniente de la ENH y las variables de coresidencia de la EDER fue posible construir la variable tipo de hogar variante en el tiempo, es decir, saber cuántos años-persona un individuo había vivido en algún tipo de hogar. La variable tipo de hogar consta de tres categorías: nuclear, ampliado y vulnerable. Esta agrupación se realizó con base en el trabajo de Rabell y Gutiérrez (2014), considerando la vulnerabilidad social respecto a los años-persona destinados a la realización de trabajo de cuidados no remunerado y la conformación de los hogares (cuadro 6.4).

Este estudio parte del supuesto de que los hogares son los principales proveedores de cuidado (Marco y Rodríguez, 2010), donde el número de miembros y la composición de los hogares es una dimensión importante en cuanto a la toma de decisiones como al acceso y uso de los recursos dentro del hogar (Arriagada, 2017), lo cual influye en el bienestar de las personas y al mismo tiempo permite estimar las demandas de servicios o cuidado que requieren. El universo de análisis incluido en este estudio sólo comprende a los años-persona en que los individuos realizaron trabajo de cuidados no remunerado, lo que representa un tercio del total de años-persona registrados en la EDER 2017.

Una distinción sustancial entre los estudios previos sobre cuidados (Pedrero, 2018, 2009; Pacheco, 2018; García y Pacheco, 2014b) consiste en que el cuidado en hogares se analiza a partir de encuestas transversales de usos de tiempo, cuya unidad de análisis es el tiempo (horas/minutos) destinado a una serie de actividades (entre ellas cuidados) en la semana previa al levantamiento de la información. A diferencia de esto, la EDER 2017 tiene como unidad de análisis a las personas de 20 a 54 años y sus años-persona destinados al trabajo de cuidados no remunerado. Por ello se sabe si estas personas realizaron el trabajo de cuidados de manera compartida o no compartida durante al menos un año de su vida; es decir, es posible saber si durante ese año de vida realizaron o no trabajo de cuidados no remunerado de manera exclusiva o compartida. Con base en esto, en materia de cuidado en el hogar, los

datos recopilados por la EDER 2017 y por la ENUT 2014 o 2019 no son equiparables, porque provienen de encuestas de naturaleza diferente y con unidades de análisis distintas.

Cuadro 6.4. Tipos de hogar en función de la provisión de trabajo de cuidados no remunerado

<i>Tipos de hogar tradicionales</i>	<i>Tipos de hogar en función del cuidado</i>	<i>Características</i>
Unipersonal Biparental Monoparental	Vulnerable	Los hogares vulnerables corresponden a aquellos unipersonales, biparentales y monoparentales donde hay sólo un adulto a cargo del trabajo de cuidados o dos adultos coresidiendo y laborando en el mercado de trabajo. La característica esencial es que hay pocos o nulos proveedores de cuidados no remunerados.
Nuclear	Nuclear	El hogar nuclear corresponde al modelo tradicional de familia (papá, mamá e hijos/as) donde, si bien las mujeres se han involucrado en el mercado de trabajo, son también las principales proveedoras de trabajo de cuidados no remunerados.
Extenso Compuesto	Ampliado	Los hogares ampliados son aquellos donde a un grupo nuclear con o sin relaciones de parentesco se les agrega uno o más integrantes con la finalidad de tener un gasto compartido y proveerse ayuda mutua. Estos hogares se caracterizan por coresidir en un mismo hogar diferentes generaciones, con o sin relaciones de parentesco, y en ellos conviven proveedores de cuidados no remunerados y población dependiente.

Fuente: elaboración propia con base en Rabell y Gutiérrez (2014) y Durán (2018).

A partir de la ENUT 2019 fue posible observar que, del tiempo total de trabajo a la semana de la población mexicana de 12 años y más, 49% se destina al trabajo no remunerado de los hogares (Inegi, 2020a). En promedio, las mujeres realizan alrededor de 40 horas a la semana de trabajo no remunerado en el hogar, en tanto que los hombres sólo destinan a este rubro 15 horas a la semana. Al analizar sólo el trabajo no remunerado, la población de 12 años y más destina en promedio 22 horas semanales en trabajo doméstico, y 9 horas en trabajo no remunerado de cuidados a integrantes del hogar. Empero, a pesar de las diferencias entre la ENUT 2019 y la EDER 2017 es posible afirmar, con base en ambas encuestas, que las mujeres mexicanas realizan más trabajo de cuidados no remunerado que los hombres, y las mujeres son las principales proveedoras de trabajo de cuidados en el hogar (Inegi, 2018a y 2018b).

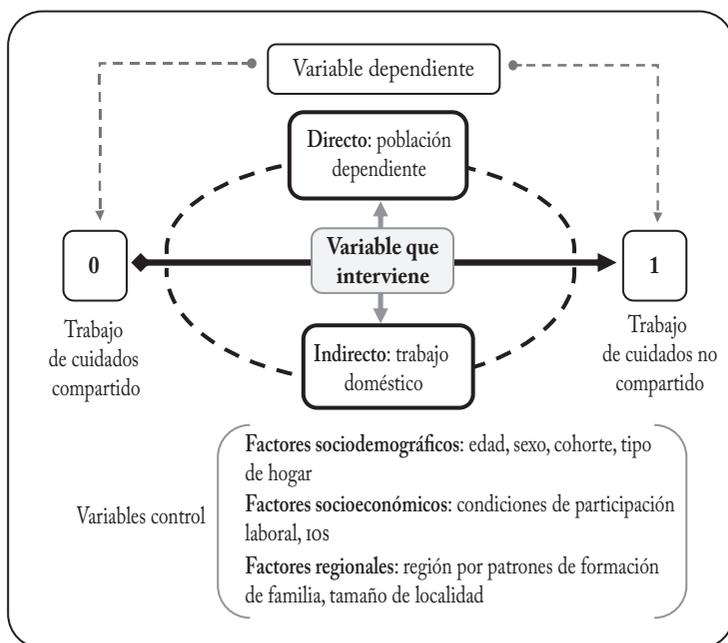
Método de estimación

Para analizar el efecto de llevar a cabo cuidado directo o indirecto y el riesgo de que dicho cuidado sea compartido o no compartido según tipo de hogar, se estimaron tres modelos de riesgos en competencia (cuadro 6.6). El modelo A es el eje donde se analiza el cuidado exclusivo *versus* el compartido. Mientras que el modelo B y C contrastan los cuidados según tipo de hogar. De manera específica, el modelo B compara el cuidado en hogares vulnerables *versus* nucleares y el modelo C confronta el cuidado en hogares ampliados *versus* nucleares.

La pregunta que se busca responder en este estudio es: ¿cómo el tipo de cuidado (directo o indirecto) afecta el riesgo de pasar de un trabajo compartido con los demás integrantes del hogar a un trabajo no compartido según el tipo de hogar en el que se reside? El modelo de riesgos en competencia se eligió tomando en cuenta la estructura de los datos sobre trabajo de cuidados no remunerado y debido a que existe una relación de competencia entre el tipo de cuidado (directo e indirecto) y la forma en que se realiza éste (compartida y no compartida).

En el diagrama 6.3 se puede observar la relación entre variables utilizada en los modelos de riesgos en competencia. La variable dependiente está representada por el trabajo de cuidados no remunerados: no compartido (0) y compartido (1). Sin embargo, esta variable es afectada por el tipo de cuidado: indirecto (0), directo (1). Mientras que las variables de control fueron: edad (*ed*), sexo (*sx*), cohorte (*coh*), tipo de hogar (*th*), condición laboral (*cl*), Índice de Orígenes Sociales (*IOS*), región de formación familiar (*rf*) y tamaño de localidad (*tl*).

Diagrama 6.3. Representación gráfica del análisis de riesgos en competencia sobre trabajo de cuidados no remunerado



Fuente: elaboración propia con base en Martínez y Ramírez (2016).

El modelo de riesgos en competencia forma parte de los modelos de análisis de sobrevivencia, también es conocido como modelo de análisis de datos incompletos. El término “incompleto” refiere a aquellos registros en donde el evento no se obser-

va en un periodo, pero se vuelve a observar en otro momento en el tiempo. En general, este tipo de modelo se utiliza cuando el evento se observa de manera recurrente; la variable temporal puede tener o no registros incompletos y surge una situación de riesgo en competencia; es decir, un individuo puede experimentar más de una vez la ocurrencia del evento, pero se ve afectada por la ocurrencia de otro evento (Pintilie, 2007: 2).

Una situación de riesgos en competencia acontece cuando un individuo puede experimentar más de un tipo de evento y se observa la imposibilidad de lograr la independencia entre el momento de ocurrencia de un evento y el mecanismo de censura, por lo cual Gooley *et al.* (1999) definieron el concepto de *riesgos competitivos* como la situación en la que un evento excluye, altera o afecta la ocurrencia de otro evento bajo investigación (Pintilie, 2007: 39).

En el modelo de riesgos en competencia es posible conocer el riesgo (P) de que el evento tiempo exceda un límite específico de tiempo (t), cuando T es una variable aleatoria continua de tiempo y $S(t)$ la función de sobrevivencia:

$$S(t) = P(T > t) \quad [1]$$

Si $F(t)$ es la función de distribución acumulada del evento tiempo, la función de sobrevivencia puede ser expresada en términos de su función de distribución acumulada y viceversa:

$$S(t) = P(T > t) = 1 - P(T \leq t) = 1 - F(t) \quad [2]$$

Con base en lo anterior, la función de densidad de probabilidad [$f(t)$] puede ser encontrada a través de la función de sobrevivencia [$S(t)$] o la función de distribución acumulada [$F(t)$] al derivar (d) de la siguiente forma:

$$f(t) = \frac{dF(t)}{dt} = \frac{d\{1 - S(t)\}}{dt} = -\frac{dS(t)}{dt} \quad [3]$$

En caso de que la función de densidad sea conocida, tanto la función de densidad acumulada como la función de supervivencia pueden ser encontradas al integrar la función de densidad de probabilidad:

$$F(t) = \int_0^t f(x) dx \rightarrow \text{función de densidad acumulada} \quad [4]$$

$$S(t) = \int_t^\infty f(x) dx \rightarrow \text{función de supervivencia acumulada} \quad [5]$$

Entonces, se tiene que la función de riesgo se define como la tasa instantánea de supervivencia para un individuo que ha llegado al tiempo (t) sin experimentar el evento. Esta función suele ser de interés en el análisis de datos longitudinales porque ilustra cómo varía la tasa de eventos instantáneos con el tiempo. Matemáticamente, la función de riesgo es la probabilidad condicional de que un evento ocurra dentro de una ventana estrecha de tiempo [entre t y $t + \delta$], dado que no hubo ningún evento hasta el momento t (Pintilie, 2007). Dado que t es muy pequeño, se calcula el límite de la probabilidad condicional cuando t tiende a cero y la función de riesgo se define como:

$$h(t) = \lim_{\delta t \rightarrow 0} \left\{ \frac{P(t < T \leq t + \delta t | T > t)}{\delta t} \right\} \quad [6]$$

A partir de la definición anterior es posible llegar a una función de riesgo expresada en términos de la función de supervivencia y de la función de densidad de probabilidad de la siguiente manera:

$$h(t) = \lim_{\delta \rightarrow 0} \left\{ \frac{P(t < T \leq t + \delta t)}{\delta t P(T > t)} \right\} \quad [7]$$

$$= \lim_{\delta \rightarrow 0} \left\{ \frac{F(t + \delta t) - F(t)}{\delta t P(T > t)} \right\} \quad [8]$$

$$= \frac{f(t)}{S(t)} \quad [9]$$

Por lo tanto, la función de supervivencia puede ser expresada en términos de la función de riesgo:

$$h(t) = \frac{d}{dt} \{ \log S(t) \} \quad [10]$$

La cual al ser integrada deviene como

$$\begin{aligned} \log S(t) &= - \int_0^t h(x) dx; \text{ entonces se obtiene:} \\ S(t) &= \exp \left\{ - \int_0^t h(x) dx \right\} \end{aligned} \quad [11]$$

Finalmente, si la función de riesgo acumulada $[H(t)]$ es definida como:

$$H(t) = \int_0^t h(x) dx \quad [12]$$

La función de supervivencia puede ser reescrita de la siguiente manera:

$$S(t) = \exp \{ -H(t) \} \quad [13]$$

A partir de lo anterior, el modelo de riesgos en competencia final está dado por las siguientes variables: variable dependiente: trabajo de cuidados (no compartido [0] y compartido [1]), variable que interviene: tipo de cuidado (indirecto [0], directo [1]). Tomando en cuenta que la variable tiempo de cuidado (t_c) registra los años-persona en que el individuo (i) realizó trabajo de cuidados no remunerados. Las variables control fueron: edad (ed), sexo (sx), cohorte (coh), tipo de hogar (th), condición laboral (cl), Índice de Orígenes Sociales (IOS), región de formación familiar (rf) y tamaño de localidad (tl). Estadísticamente el modelo fue:

$$h(x) = \beta_0 + \beta_1 tc + \beta_2 tc^2 + \beta_3 ed + \beta_4 ed^2 + i. \beta_5 sx + i. \beta_6 coh + i. \beta_7 th + i. \beta_8 cl + i. \beta_9 ios + i. \beta_{10} rf + i. \beta_{11} tl + u \quad [14]$$

Entonces es posible sustituir $h(x)$ en la siguiente expresión y de forma sintética llegar a la siguiente expresión:

$$S(t) = \exp \left\{ - \int_0^t h(x) dx \right\} \quad [15]$$

DISCUSIÓN DE RESULTADOS

Antes de pasar a los resultados del modelo es relevante observar algunos datos descriptivos de las variables: tiempo de cuidado compartido y no compartido en años-persona destinado al cuidado en el hogar de niños menores de 6 años o adultos mayores y/o enfermos. En todos los casos, los hogares vulnerables son los que más años-persona dedican al cuidado y son las mujeres las que dedican más años-persona. Por ejemplo: en el cuidado a adultos mayores y/o enfermos, las mujeres dedican hasta cuatro años-persona más en promedio que los hombres (cuadro 6.5).

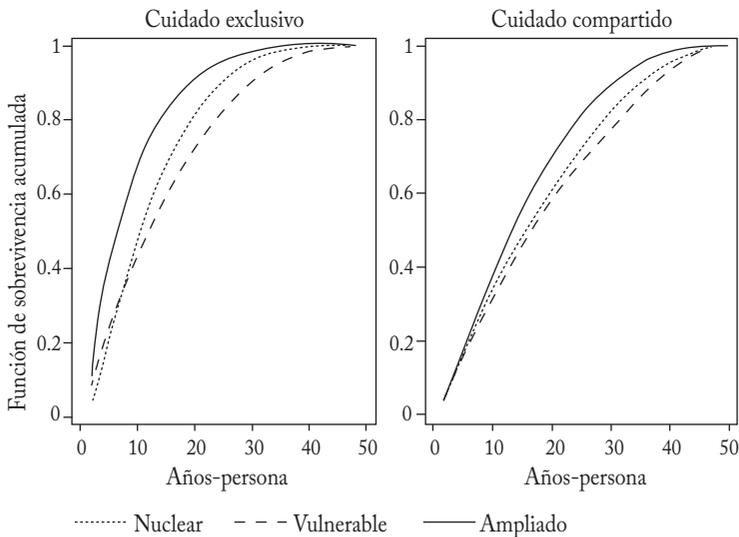
Al estimar tablas de vida del tiempo de cuidado no remunerado por tipo de hogar es claro que las personas que habitan en hogares ampliados destinan menos años-persona al trabajo de cuidados exclusivo a población dependiente (niños menores de 6 años, adultos mayores y/o enfermos). Esto contrasta con los hogares vulnerables⁵ que son los que destinan más años-persona al cuidado de población dependiente de forma exclusiva.⁶

⁵ La vulnerabilidad en este tipo de hogares está dada en función de los años-persona que destinan al cuidado de población dependiente sin compartir dicha labor con algún otro integrante, asimismo, por la composición en términos de proveeduría de cuidados del hogar. En los hogares vulnerables hay un exceso de población dependiente y sólo hasta dos personas en edad productiva que proveen cuidado.

⁶ La variable tipo de hogar (vulnerable, nuclear y ampliado) es variante en el tiempo; 24% del total de años-persona de los individuos considerados en la EDER 2017 fueron vividos en hogares vulnerables (unipersonales, biparentales y

En las gráficas 6.1 es posible corroborar que, tanto en el cuidado exclusivo como el compartido, las personas que habitan en hogares vulnerables hacen uso más intensivo del tiempo de cuidado, puesto que son estos hogares los que dedican más años-persona al cuidado. Particularmente, cuando el tiempo de cuidado es exclusivo, las brechas según tipo de hogar (ampliado, nuclear y vulnerable) se amplían (gráfica 6.1, izquierda). Esto podría indicar que en hogares ampliados y nucleares el trabajo de cuidados se redistribuye entre sus integrantes, en tanto que en los hogares vulnerables este tipo de trabajo recae en uno o dos integrantes, predominantemente mujeres y/o adultos en edad productiva.

Gráficas 6.1. Tiempo dedicado al trabajo de cuidados (años-persona), según tipo de cuidado y tipo de hogar



Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2020b y 2019a).

monoparentales). De éstos, 20% fueron vividos en hogares unipersonales; 17%, en hogares biparentales, y 63%, en hogares monoparentales. Esto implica que la mayoría de los hogares vulnerables sólo tiene a un padre o una madre a cargo de población dependiente (menores de edad y/o adultos mayores).

Asimismo, si se observan las diferencias en el tiempo dedicado por las mujeres al cuidado en el hogar por cohorte, la cohorte más joven (1986-1997) destina menos años-persona que la cohorte adulta (1962-1973). Esto implica que las cohortes más jóvenes están cambiando el balance entre el tiempo de vida dedicado al trabajo no remunerado de cuidados y el tiempo de vida dedicado al trabajo remunerado (gráficas 6.2), lo cual es producto del incremento de la participación laboral de las mujeres jóvenes, los cambios en los arreglos familiares, la participación laboral de más de un integrante del hogar como estrategia de sobrevivencia de los hogares y el ciclo de vida de los hogares (Durán, 2012, 2010 y 2018; Montoya, 2017a).

Respecto a los años-persona dedicados al cuidado directo en el hogar, la brecha entre hogares ampliados y vulnerables es notoria; los hogares ampliados son los que menos años-persona destinan al cuidado directo, en tanto que los hogares vulnerables destinan más años-persona al trabajo de cuidados directo a población dependiente. Esto indica que los hogares vulnerables (unipersonales, biparentales y monoparentales) dedican intensivamente más años-persona al cuidado directo, lo que está relacionado con su composición, puesto que el número de sus integrantes es reducido y tienen una mayor tensión entre el tiempo dedicado al trabajo de cuidados no remunerado y el remunerado (gráficas 6.2).

En el modelo A de riesgos en competencia estimado (cuadro 6.6), por un lado, se aprecia que la variable del tiempo de cuidado tiene una forma convexa, lo que indica que, en un primer momento, a medida que aumenta el tiempo de cuidado, disminuye el riesgo de que este cuidado sea de tipo exclusivo. Sin embargo, cuando el cuidado se ha realizado de manera continua a lo largo de la vida es muy probable que sea un cuidado directo a población dependiente. Por otro lado, la edad tiene una forma cóncava; al principio, conforme aumenta la edad es más probable que se pase de un trabajo de cuidados compartido a un trabajo de cuidados no compartido. No obstante, alrededor de los 39 años disminuye el riesgo de realizar un trabajo de cuidados compartido e incrementa el riesgo de que sea exclusivo para población dependiente.

Cuadro 6.5. Tiempo dedicado al cuidado en el hogar (años-persona), según tipo de población dependiente y forma de realizar el cuidado

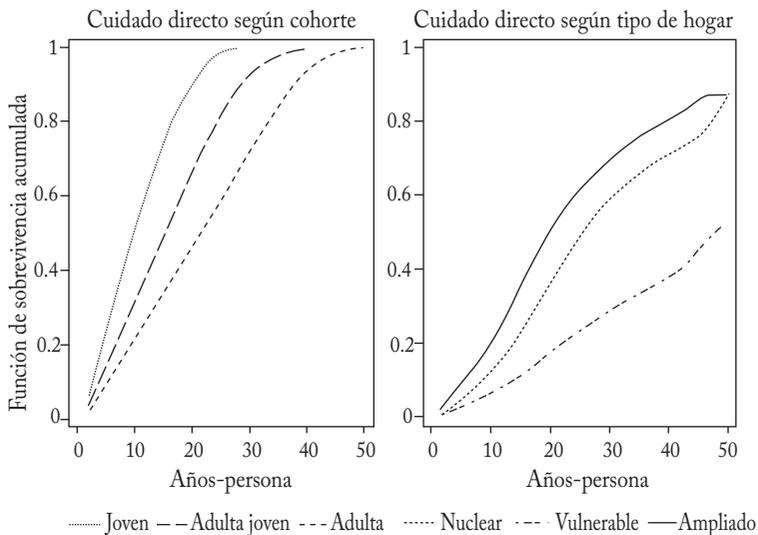
<i>Tipo de hogar</i>	<i>1° cuartil</i>		<i>Mediana</i>		<i>3° cuartil</i>		<i>Rango intercuartil</i>		
	<i>H</i>	<i>M</i>	<i>H</i>	<i>M</i>	<i>H</i>	<i>M</i>	<i>H</i>	<i>M</i>	<i>Dif. (M-H)</i>
<i>Tiempo dedicado al cuidado en el hogar (años-persona)</i>									
Nuclear	6	7	11	13	20	22	15	15	0
Vulnerable	6	7	12	13	20	23	14	17	3
Ampliado	6	6	12	12	19	19	14	13	-1
<i>Tiempo dedicado al cuidado en el hogar de menores de 6 años (años-persona)</i>									
Nuclear	4	4	7	8	11	13	7	8	1
Vulnerable	2	3	5	7	9	12	7	9	2
Ampliado	2	3	4	5	8	9	5	6	1
<i>Tiempo dedicado al cuidado en el hogar de adultos mayores y/o enfermos (años-persona)</i>									
Nuclear	3	3	6	5	11	10	8	7	-1
Vulnerable	2	3	5	7	9	13	6	10	4
Ampliado	3	3	5	5	10	9	7	6	-1

<i>Tiempo dedicado al cuidado en el hogar no compartido (años-persona)</i>									
Nuclear	4	6	7	10	12	17	9	11	3
Vulnerable	4	4	8	10	15	19	11	14	3
Ampliado	3	3	6	7	12	12	9	9	0
<i>Tiempo dedicado al cuidado al hogar compartido (años-persona)</i>									
Nuclear	5	6	11	12	20	21	15	15	0
Vulnerable	6	6	12	12	19	21	13	15	2
Ampliado	6	6	11	12	19	19	13	13	0

Nota: H, hombres; M, mujeres; Dif. (M-H), diferencia entre el rango intercuartil del tiempo dedicado al cuidado en el hogar de las mujeres y el tiempo dedicado al cuidado en el hogar de los hombres.

Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2020b y 2019a).

Gráficas 6.2. Tiempo dedicado (años-persona) por las mujeres al cuidado directo en el hogar, según cohorte y tipo de hogar



Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2020b y 2019a).

Es 35% más probable que un trabajo de cuidado directo (a población dependiente) sea un trabajo de cuidados exclusivo (no compartido) respecto a un trabajo de cuidados compartido. El trabajo de cuidado indirecto (trabajo doméstico) es más probable que sea un trabajo compartido; en cambio, la mayoría de las veces el trabajo de cuidados directo hacia niños menores de 6 años, adultos mayores y/o enfermos es un trabajo de cuidado no compartido que recae principalmente en las mujeres, puesto que ellas realizan cuatro veces más trabajo de cuidados no compartido que los hombres (cuadro 6.6).

Existen claras diferencias por cohorte: la cohorte joven (1986-1997) es la que realiza en menor medida trabajo de cuidado exclusivo; la cohorte adulta joven (1974-1985) y la cohorte adulta (1962-1973) son más propensas a realizar trabajo de cuidado exclusivo que la cohorte joven (14 y 41%, respectivamente). Esto último tiene una estrecha vinculación con el ciclo de vida, es decir, se debe de considerar quién se hace cargo del cuidado de las personas. La población en edad productiva (15 a 64 años) es

la que brinda mayoritariamente cuidado y las poblaciones dependientes (0 a 14 años y mayores de 65 años) son las que lo reciben (cuadro 6.6). En México, el porcentaje de población de más de 65 años incrementará gradualmente de 2020 a 2050 hasta rebasar a la población de 0 a 14 años después del año 2035, lo que implica el momento en que la población dependiente que requerirá cuidados será predominantemente los mayores de 65 años (Conapo, 2018). Esto es relevante porque los resultados de la EDER 2017 sobre cuidados refieren que mientras el cuidado de niños puede posibilitar un cuidado compartido, no es así con la población adulta mayor que demanda predominantemente cuidados exclusivo de parte del cuidador (predominantemente mujeres).

También es 47% más probable que al interior de un hogar vulnerable se lleven a cabo cuidados no compartidos (exclusivos) que en los hogares nucleares (cuadro 6.6), lo que implica que al interior de la organización del hogar nuclear es más probable que se realice un cuidado indirecto (trabajo doméstico). A diferencia de esto, en los hogares vulnerables es más probable que se demanden cuidados directos no compartidos hacia población dependiente (niños menores de 6 años, adultos mayores y/o enfermos). Este resultado indica que en los hogares vulnerables (biparental, monoparental y uniparental) se observa mayor vulnerabilidad y precariedad en términos de la provisión de cuidado, puesto que se cuenta con menos proveedores de cuidados y los mismos cuidadores demandan cuidados.

Si las personas participan en el mercado de trabajo de manera remunerada disminuye 23% el riesgo de realizar trabajo de cuidados no compartido (cuadro 6.6), es decir, los integrantes del hogar que laboran de manera remunerada tienen menor propensión a realizar trabajo de cuidado exclusivo, lo que parecería indicar que los encargados del cuidado no compartido son mujeres que no participan en el mercado de trabajo y se encuentran en etapa reproductiva.

Por medio del IOS se demuestra que a mayor bienestar socioeconómico menor probabilidad de realizar un trabajo de cuidados exclusivo; es decir, si bien el trabajo de cuidado compartido es el que se realiza de manera cotidiana para la reproducción social del

hogar y la satisfacción de sus integrantes, el trabajo de cuidados no compartido atiende a población dependiente y son los hogares de los orígenes sociales del primer cuartil (bajo) los que tienen mayores probabilidades de realizar un trabajo de cuidado directo no compartido (cuadro 6.6).

Las personas que habitan en las regiones⁷ de *Alta fecundidad* y *Mixta* son las que tienen mayor probabilidad de realizar un trabajo de cuidados exclusivo a población dependiente. Las personas que habitan en la región de *Alta fecundidad* son 49% más propensas a realizar un trabajo de cuidados exclusivo a población dependiente, respecto a la población que habita en la región *Muy Conservadora*. Esto puede deberse al tipo de hogar dominante según la regionalización de formación familiar. Las regiones *Muy conservadora* y *Conservadora* fomentan una organización nuclear y ampliada del hogar, en tanto que en las regiones de *Alta fecundidad* es posible encontrar tanto hogares ampliados como hogares vulnerables, es decir, además de un patrón alto de fecundidad, también están cambiando las formas de arreglos familiares (Rabell, 2009; Santoyo y Pacheco, 2014). Esta misma situación acontece en la región *Mixta*, donde es 53% más probable realizar trabajo de cuidados no compartido directo que en la región *Muy conservadora*.

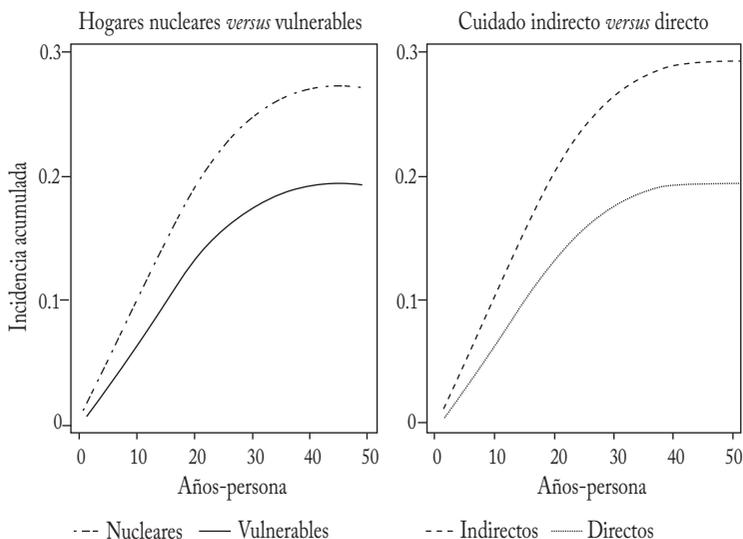
Finalmente, en las localidades urbanizadas (más de 100 000 habitantes) se observó más riesgo de realizar trabajo no remunerado exclusivo, lo cual se encuentra estrechamente vinculado con el proceso de envejecimiento en México, debido a que son las ciudades las que concentran la mayor proporción de población en edad avanzada, con lo cual se incrementan los requerimientos de cuidados directos a adultos mayores (cuadro 6.6).

Las gráficas 6.3 permiten observar que un tercio de los años-persona captados en la EDER 2017 se destinan al trabajo de cuidados no remunerados; hay una clara diferencia entre la provisión de cuidados entre los hogares nucleares y vulnerables. Los

⁷ Se adopta la regionalización del capítulo 1 de este libro, propuesta por Páez y Zavala; son seis regiones de formación familiar denominadas: *Alta fecundidad*, *Muy conservadora*, *Conservadora*, *Mixta*, *Tolerante* y *Liberal*.

hogares vulnerables consumen un mayor número de años-persona en cuidados directos a población dependiente que los hogares nucleares. Asimismo, los cuidados directos y exclusivos a población dependiente acumulan más años-persona que los cuidados indirectos. Esto implica que son las mujeres las que primordialmente realizan trabajos de cuidados directos exclusivos; en cambio, el trabajo doméstico es un tipo de cuidado que incipientemente se ha empezado a redistribuir entre los integrantes del hogar y éste es indirecto en función de que no hay sujeto demandante de cuidado. Sobre la importancia del cuidado en la reproducción de la vida social y la necesidad de plantear un sistema integral de cuidados para México, Galindo (2020) refiere que es importante que los cuidados sean reconocidos, redistribuidos, reducidos y revalorados, ya que son un trabajo no remunerado realizado en los hogares mayoritariamente por mujeres.

Gráficas 6.3. Modelo de riesgos en competencia: incidencia acumulada del tiempo de cuidado en años-persona de hogares nucleares *versus* vulnerables y cuidado directo *versus* indirecto



Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2020b y 2019a).

Cuadro 6.6. Modelos de riesgos en competencia, según forma de cuidado y tipo de hogar

<i>Variables control</i>	<i>Modelo A</i>			<i>Modelo B</i>			<i>Modelo C</i>		
	<i>Cuidado exclusivo vs. compartido</i>			<i>Hogares vulnerables vs. nucleares</i>			<i>Hogares ampliados vs. nucleares</i>		
	<i>Efecto</i>	<i>RRS</i>	<i>Sig.</i>	<i>Efecto</i>	<i>RRS</i>	<i>Sig.</i>	<i>Efecto</i>	<i>RRS</i>	<i>Sig.</i>
<i>Tipo de hogar*</i>									
Nuclear (categoría de referencia)									
Vulnerable				+	1.466	***			
Ampliado							-	0.968	***
<i>Tipo de cuidado en el hogar*</i>									
Indirecto (categoría de referencia)									
Directo	+	1.347	***						
<i>Tiempo de cuidado (años-persona)</i>	-	0.907	***	-	0.909	***	-	0.906	***
<i>Tiempo de cuidado al cuadrado</i>	+	1.001	***	+	1.001	***	+	1.001	***
<i>Edad retrospectiva*</i>	+	1.252	***	+	1.266	***	+	1.264	***
<i>Edad retrospectiva al cuadrado</i>	-	0.997	***	-	0.997	***	-	0.997	***
<i>Sexo</i>									
Hombre (categoría de referencia)									
Mujer	+	4.035	***	+	3.835	***	+	8.436	***

<i>Cohorte</i>									
Joven (1986-1997) (categoría de referencia)									
Adulta joven (1974-1985)	+	1.143	***	+	1.113	***	+	1.213	***
Adulta (1962-1973)	+	1.412	***	+	1.346	***	+	1.556	***
<i>Tipo de hogar *</i>									
Nuclear (categoría de referencia)									
Vulnerable	+	1.472	***						
Ampliado	+	0.987							
<i>Tipo de cuidado en el hogar</i>									
Indirecto (categoría de referencia)									
Directo				+	1.318	***	+	1.366	***
Condición laboral									
No trabaja (categoría de referencia)									
Sí trabaja	-	0.766	***	-	0.763	***	-	0.774	***
<i>IOS (cuartiles)*</i>									
Primer cuartil (categoría de referencia)									
Segundo cuartil	-	0.9	***	-	0.894	***	-	0.877	***
Tercer cuartil	-	0.746	***	-	0.733	***	-	0.704	***
Cuarto cuartil	-	0.623	***	-	0.625	***	-	0.561	***

<i>Variables control</i>	<i>Modelo A</i>			<i>Modelo B</i>			<i>Modelo C</i>		
	<i>Cuidado exclusivo vs. compartido</i>			<i>Hogares vulnerables vs. nucleares</i>			<i>Hogares ampliados vs. nucleares</i>		
	<i>Efecto</i>	<i>RRS</i>	<i>Sig.</i>	<i>Efecto</i>	<i>RRS</i>	<i>Sig.</i>	<i>Efecto</i>	<i>RRS</i>	<i>Sig.</i>
<i>Región de formación familiar¹</i>									
Muy conservadora (categoría de referencia)									
Conservadora	+	1.256	***	+	1.25	***	+	1.266	***
Alta fecundidad	+	1.49	***	+	1.464	***	+	1.538	***
Mixta	+	1.536	***	+	1.534	***	+	1.562	***
Tolerante	+	1.458	***	+	1.426	***	+	1.504	***
Liberal	+	1.327	***	+	1.326	***	+	1.27	***
<i>Tamaño de localidad^{2*} (habitantes)</i>									
Más de 100 000 (categoría de referencia)									
15 000 a 99 999	-	0.945	***	-	0.955	***	-	0.955	***
2 500 a 14 999	-	0.949	***	-	0.939	***	-	0.97	**
de 2 500	-	0.933	***	-	0.933	***	-	0.909	***

<i>Criterio de Información de Akaike</i>	2087086	1710452	1472134
<i>Criterio de Información Bayesiano</i>	2087321	1710672	1472352

Nota: RRS, Razón de Riesgo de Supervivencia; Efecto en la variable dependiente; + Positivo; – Negativo; vs., *versus*; Sig., nivel de significancia.

*** 99% de nivel de significancia.

** 95% de nivel de significancia

* Variables variantes en el tiempo.

¹ La variable de formación familiar fue elaborada por Páez y Zavala (véase capítulo 1).

² La variable tamaño de localidad fue elaborada por Sebillé, Demoraes y Guérin-Pace (véase capítulo 13).

Fuente: elaboración propia con base en Inegi (2020b y 2019a).

REFLEXIONES FINALES

A partir de la revisión de literatura y el análisis de los resultados es posible hacer tres reflexiones. La primera gira en torno a la polisemia del concepto “cuidados” y la importancia de delimitarlo conceptualmente cuando se realiza una investigación, puesto que existe una diversidad de definiciones y perspectivas teóricas en torno a este concepto. Por tal motivo, en este capítulo se adopta la operacionalización de un concepto de cuidados con base en la estructura y composición de los datos recabados en la EDER 2017. Dicho concepto se centra en dos cuestiones: ¿existe un sujeto demandante de cuidado? y ¿cómo se brinda el cuidado, de manera compartida o no compartida? Esto permitió distinguir entre trabajo de cuidados indirecto y directo; el primero incluye el trabajo doméstico que tiene como finalidad generar las bases generales de confort y seguridad en el hogar, por lo cual no tiene sujeto directo demandante de cuidado; mientras que el segundo es aquel que tiene como sujetos demandantes directos de cuidado a los niños menores de 6 años, los adultos mayores y/o enfermos.

La segunda reflexión es que a partir de los datos de la EDER 2017 fue posible por primera vez analizar el tema de cuidados de manera longitudinal. Con dicha información se pudo diferenciar entre cuidados compartidos y no compartidos según el tipo de hogar; en los hogares monoparentales, biparentales y uniparentales se observa mayor vulnerabilidad y precariedad en la provisión de cuidados, debido a que éstos demandan más cuidados directos no compartidos hacia población dependiente (niños menores de 6 años, adultos mayores y/o enfermos).

La tercera reflexión hace referencia al debate, las limitaciones y acotaciones que puede generar la metodología usada. Sin embargo, gracias a esta propuesta analítica fue posible distinguir entre trabajo de cuidados directos e indirectos, conocer cómo las variables tipo de hogar, región de formación y cohorte de nacimiento afectan el riesgo de la provisión de cuidados no compartidos o exclusivos a población dependiente. Constituye uno de los hallazgos más consistentes el que sean las mujeres las que proveen cuatro veces más trabajo de cuidados exclusivos a población

dependiente respecto a los hombres, y que ellas mayoritariamente sean mujeres que no participan en el mercado de trabajo remunerado y se encuentran en etapa reproductiva. Asimismo, son las cohortes más jóvenes (1986-1997) las que realizan en menor medida un trabajo de cuidado no compartido, y en los hogares monoparental, biparental y uniparental se observa mayor participación en términos de la provisión de cuidados.

El presente capítulo buscó analizar el riesgo de que el trabajo de cuidados transite de ser compartido a no compartido para los individuos que habitan en tres tipos de hogares (ampliados, nucleares y vulnerables) desde una mirada longitudinal; mostró la importancia y relevancia que tienen los cuidados en la vida de las personas, puesto que es un trabajo no remunerado que permite la reproducción social de los hogares y los intercambios de cuidado generacionales a lo largo del ciclo de vida. Por ello, es preciso que el trabajo de cuidados no remunerado realizado por millones de mujeres mexicanas sea reconocido, redistribuido, reducido y revalorado.

SEGUNDA PARTE:
TRAYECTORIAS EDUCATIVAS,
LABORALES Y TERRITORIALES

7. TIEMPO, ESPACIO Y ORIGEN SOCIAL: VARIACIONES EN EL TRÁNSITO A LA VIDA ADULTA EN MÉXICO*

*Mario Martínez Salgado***

EN CAMINO A LA ADULTEZ

En el pasado no existía un estadio entre la infancia y la vida adulta, como escribe Juan Rulfo en *Luvina*: “Los niños que han nacido allí se han ido... Apenas les clarea el alba y ya son hombres. Como quien dice, pegan el brinco del pecho de la madre al azadón y desaparecen de Luvina” (Rulfo, 1953: 6). En la actualidad la presencia de un intervalo entre estas etapas no está en discusión y parece estarse alargando (Lloyd, 2005). En este lapso las personas reciben una mayor escolaridad, exploran alternativas y de la mano de un proceso de maduración psicológica y social forjan un sentido de sí mismo (Furstenberg, Rumbaut y Settersten Jr., 2005; Mier y Terán, 2004).

Las y los jóvenes en su camino a la adultez están sujetos a normas impuestas por las instituciones sociales (Mier y Terán y

* Investigación realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) IA300217 de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

** Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales (UDIR) de la UNAM.

Rabell, 2014; Mier y Terán, 2004), al tiempo que adquieren cierto grado de autonomía y autodeterminación (Fussell y Furstenberg, 2005). En las sociedades occidentales modernas se espera que sean capaces de ser proveedores de sí mismo y del núcleo familiar, en alguna combinación de trabajador, pareja y padre o madre (Coubès y Zenteno, 2005). Esto ha dado lugar a que el estudio de este proceso desde la sociodemografía se realice considerando la ocurrencia de algunos eventos clave en el curso de vida: salida de la escuela, entrada al mercado laboral, salida del hogar familiar, inicio de la vida conyugal y nacimiento del primer hijo/a (Fussell y Furstenberg, 2005).

Detrás de esta representación está el supuesto de que dicha transición se entreteje con el proceso de integración de una sociedad, y que sus características marcan las particularidades y condiciones de integración social de las personas por sus consecuencias posteriores en el curso de vida (Coubès y Zenteno, 2005). En este sentido, Hogan y Astone (1986) destacan que la pertinencia de esta aproximación tiene que ver con que el tiempo en que suceden los eventos, así como el orden en que se hilan, exhiben el origen social y en buena medida determinan el abanico de oportunidades o limitaciones para el desarrollo personal y familiar de las personas en las sucesivas etapas del curso de vida.

El estudio del tránsito a la adultez en México es amplio y diverso, los trabajos sobre el tema han partido desde distintos ángulos y se han interesado en diferentes grupos y sectores de la población, enfocados en la ocurrencia de ciertos eventos, o han puesto atención en la relación entre algunos sucesos. Sólo por mencionar algunas temáticas, hay investigaciones que ofrecen una mirada de conjunto del tránsito a la vida adulta de distintos segmentos de la población (Coubès y Zenteno, 2005; Fussell, 2005; Echarri y Pérez Amador, 2007; Martínez Salgado, 2010), otras han puesto el énfasis en el estudio de las transiciones familiares (Ojeda, 1989; Tuirán, 2001; Echarri, 2005; Martínez Salgado, 2014; Solís, 2016; Mier y Terán *et al.*, 2016) o en examinar ciertos eventos o el vínculo entre transiciones, como las laborales y escolares (Solís *et al.*, 2008; Ferraris y Martínez Salgado, 2016; Brunet, 2016; Pacheco, Cuevas y Pérez Amador, 2016), o bien, en

analizar aspectos novedosos como el rol de proveedor económico de los hogares (Martínez Salgado y Ferraris, 2016 y 2021).

Un rasgo de los estudios sobre transición a la vida adulta (en México y América Latina), al menos de los que parten de un enfoque sociodemográfico, es que un buen número de trabajos ha centrado su atención en los itinerarios de vida de las mujeres; entre sus objetivos está analizar la temporalidad de cada uno de los eventos e identificar los factores que se asocian con que los sucesos ocurran antes o después. El objetivo de la presente investigación es estudiar el tránsito a la adultez de hombres y mujeres en México en el último tercio del siglo xx y las primeras décadas del xxi. En particular, nos interesa indagar en los cambios o las continuidades en el tiempo, y examinar las diferencias o similitudes por origen social y lugar de socialización. Con este fin, usamos los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017 y recurrimos al análisis de entropía para medir la heterogeneidad de este proceso considerando los dominios escolar, laboral y familiar; además, empleamos tablas de supervivencia para dar cuenta de la temporalidad de los eventos que integran el esquema sociodemográfico de transición a la vida adulta.

Este capítulo se compone, además de este apartado introductorio, de una sección donde se presenta una revisión de los cambios económicos, sociales y demográficos ocurridos en México en el cambio de siglo. Después presentamos los detalles del índice de entropía, la fuente de información y la forma como se procesaron los datos. Enseguida exponemos los resultados comenzando con un examen de las diferencias por sexo y cohorte de nacimiento, seguido de los hallazgos por origen social y lugar de socialización. En el apartado final incluimos una síntesis de los resultados y una reflexión de conjunto sobre las variaciones en el tránsito a la vida adulta en México.

MÉXICO EN EL CAMBIO DE SIGLO: DEL DESARROLLO COMPARTIDO A LAS CRISIS Y EL LIBRE MERCADO

El objetivo de esta sección es describir brevemente el contexto histórico en el que se enmarca esta investigación. El devenir económico y los cambios de orden social y demográfico ocurridos en México durante las últimas cinco décadas conforman el escenario en que la población objetivo vivió su infancia, socializó su juventud y transitó a la vida adulta.

De acuerdo con algunos historiadores, de la pasada década de 1930 al año 2000 se vivieron profundas transformaciones en México de un calado sólo comparable con las vividas después de la llegada de los españoles en 1519. En ese lapso, a decir de Aboites, “los mexicanos padecieron, se beneficiaron, se adaptaron, resistieron o se aprovecharon de distintas maneras de esos acontecimientos, pero poco pudieron hacer por influir en su des-entrevimiento” (2008: 470). Entre los cambios más significativos destaca el paso de una sociedad rural a una urbana y el extraordinario crecimiento de la población, también sobresalen la expansión del sistema educativo y el reingreso de las mujeres al mercado laboral (Gonzalbo y Rabell, 2004).

A comienzos de la década de 1970 el crecimiento de la economía mexicana comenzó a reducirse. La estrategia económica que permitió una rápida expansión terminó por agotar las posibilidades de las mismas políticas que la habían sustentado (Alba, 1993). El Estado mexicano realizó varios esfuerzos para recuperar terreno mediante distintas estrategias. Se decidió, por ejemplo, pedir préstamos externos para mantener e incluso elevar el gasto público (Ruiz, 1999). A mitad de la década, la deuda externa era de poco más de 15 000 millones de dólares y menos de una década después se multiplicó casi por cuatro (Aboites, 2008). El mal manejo de la economía desató un aumento de la inflación; al inicio de la década los precios crecían alrededor de 5% anual, en 1974 la inflación se situó por encima de 25% y se acercó a 35% al terminar 1982.

También se manifestaron varios cambios en la estructura y las características de la ocupación. Aun cuando todavía un buen nú-

mero de mexicanos se dedicaba a las actividades relacionadas con el campo, los que realizaban alguna actividad manual, calificada o semicalificada, fueron cada vez más visibles (Coubès, Zavala de Cosío y Zenteno, 2005a). Asimismo, continuó el incremento en el ritmo de crecimiento de la población económicamente activa y el rápido aumento en la incorporación de la población femenina al mercado de trabajo (González y Monterrubio, 1993). Ante esto, se expandía una gran masa de población, rural y urbana, cuyas expectativas de ser absorbida por el México moderno se tornaron inciertas (Alba, 1993).

El auge del gasto público de ese decenio permitió que la desigualdad social y regional disminuyera de manera sensible (Aboites, 2008). También se tradujo en varios indicadores positivos, entre los que se destacan: un aumento sostenido de los salarios reales —al menos hasta 1976— y el mayor gasto en infraestructura de salud y educación desde 1929. En esta década el número de escuelas en el país prácticamente se duplicó, y con ello el número de mexicanos en edad escolar que asistía a la escuela pasó de uno de cada dos a cerca de dos de cada tres (Mier y Terán y Rabell, 2014).

En el área demográfica, la fecundidad permaneció en niveles elevados hasta finales de la década de 1970 y, aunque comenzó su descenso con la década siguiente, el ritmo de crecimiento demográfico continuó. Ante ello, los programas encaminados a reducir el ritmo de crecimiento de la población difundieron el uso de anticonceptivos modernos (Mier y Terán y Partida, 2001). En los últimos cincuenta años, el número de mujeres en edad fértil unidas maritalmente que usaron algún método anticonceptivo (MAC) pasó de una a siete de cada diez (Palma y Echarri, 1992; Inegi, 2019b). Además, Gonzalbo y Rabell (2004) apuntan a que estos cambios implicaron importantes transformaciones en el campo simbólico, pues la familia dejó de ser un ámbito dedicado sólo a la reproducción para convertirse en un espacio que podía apoyar el desarrollo y la realización personales de sus miembros, en especial, el grupo de mujeres que antes estaban limitadas a los roles de esposas-madres-amas de casa.

El último periodo de la historia reciente de México comienza con la caída en el precio del petróleo en 1982, aunado a la enorme

sobrevaluación del peso que elevó las expectativas de otra devaluación (Ruiz, 1999). El gobierno, acatando las recomendaciones del Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) redujo de modo significativo el gasto social y las inversiones públicas (Aboites, 2008). Esto produjo una marcada escasez de oportunidades laborales asalariadas, una participación decreciente de la masa salarial dentro del producto interno bruto (PIB) y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993). En materia laboral, el principal problema fue la informalidad laboral, por ello, para hacer frente a las crisis recurrentes, la población recurrió al autoempleo o bien a ayudar en negocios o en predios agrícolas familiares (García, 1999; López, 1999; García y De Oliveira, 2001a). Ante la imposibilidad de conseguir un trabajo asalariado, las familias aumentaron el número de perceptores, cambiaron sus patrones de consumo y distribución de recursos e insertaron a alguno de sus miembros en el mercado laboral mediante sus redes de parentesco (Gonzalbo y Rabell, 2004).

Otro elemento relevante es el comportamiento de los salarios: el salario mínimo real en 1988 correspondía a 45% del devengado en 1976. Esta caída del poder adquisitivo significó un aumento en el número de miembros de cada familia que se vieron forzados a buscar un ingreso (Rendón y Salas, 1993). El mercado laboral nacional en esa década se caracterizó por una pérdida de la capacidad relativa del sector manufacturero para generar nuevas ocupaciones, una incapacidad de crear fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala, un proceso de terciarización cada vez mayor y un evidente aumento de la fuerza de trabajo femenina (Rendón y Salas, 1993).

En la década de 1990 el país sufrió una serie de profundas transformaciones en varios ámbitos. México entró en un acelerado proceso de integración a los mercados mundiales y de cambio en sus estructuras productivas. La reducción de la intervención del Estado en la economía y el fomento de la libre circulación de mercancías entre los países encaminaron al país a un nuevo modelo de desarrollo económico (Aboites, 2008). No obstante, al

final de 1994 el peso sufrió una súbita devaluación de casi 100%. El desempleo aumentó, los salarios se rezagaron aún más y las tasas de interés se dispararon. De acuerdo con Cortés *et al.* (2003), en materia económica este decenio puede caracterizarse por tres subperiodos claramente definidos: 1) de 1991 a 1994, con relativo lento crecimiento económico; 2) la profunda crisis que se manifestó a lo largo de 1995 y parte de 1996, y 3) el periodo comprendido por los últimos cuatro años, caracterizado por un mayor dinamismo en el crecimiento de la economía mexicana.

En materia demográfica, el ritmo de crecimiento de la población continuó su descenso hasta llegar a una tasa global de fecundidad cercana al reemplazo generacional. Durante la década de 1980 las mujeres mexicanas en edad fértil tenían en promedio 4.6 hijos y para el año 2000 esta cifra se redujo a 2.4 hijos. También la vida se alargó: la esperanza de vida al nacimiento alcanzó los 75 años, lo cual supone un incremento de 28 años si se compara con la de 1950. Además, Tuirán (2001) apunta que el descenso de la mortalidad redujo el número de matrimonios disueltos antes de alcanzar el final de su periodo reproductivo por la muerte de alguno de los cónyuges; en tanto que el descenso de la fecundidad permitió a las mujeres pasar menos tiempo embarazadas o criando hijos pequeños, lo cual ha redundado en mayor tiempo para realizar otras actividades.

Otras investigaciones sobre estas transformaciones muestran que los cambios más importantes se dieron entre las clases medias urbanas más escolarizadas (Gonzalbo y Rabell, 2004). Este grupo postergó el nacimiento del primer hijo/a y espació la llegada del siguiente, además de que casi la mitad de esas familias tuvo dos o menos hijos y, en consecuencia, las mujeres sólo dedicaron diez años de su vida a la crianza de la prole (Tuirán, 2001). También en más de la mitad de las familias la esposa o las hijas aportan ingresos derivados de su trabajo; hacia finales del siglo xx, una de cada tres mujeres trabaja fuera de su hogar y una de cada cinco familias es encabezada por una mujer (Gonzalbo y Rabell, 2004).

Por otra parte, a lo largo de la década de 1980 aumentó la visibilidad de las corrientes migratorias compuestas por jóvenes

que se desplazaron para conseguir trabajo y mejores condiciones de vida. La cantidad de mexicanos que vivían en una entidad diferente a su estado natal se incrementó de 7.5 millones en 1970 a cerca de 18 millones en 2000 (Corona, 2003); en el mismo periodo, la cantidad de mexicanos en Estados Unidos pasó de cerca 800 000 personas a poco más de 9 millones (Aboites, 2008).

APUNTE METODOLÓGICO

La apuesta metodológica de esta investigación es cuantitativa y se basa en la obtención de tablas de supervivencia y en el cálculo del índice de entropía. El concepto de *entropía* tiene su origen en la termodinámica, después otras áreas del conocimiento retomaron esta idea para estudiar cuestiones donde es relevante tener una medida del grado de transformación o cambio, o para cuantificar el desorden (Rocha, Rausch y Hein, 2012). En el área sociodemográfica, Fussell (2005) propuso el uso del índice de entropía para estudiar los cambios en las etapas iniciales del curso de vida de la población mexicana. En su estudio examinó la situación de las y los jóvenes como estudiantes, trabajadores, madres, esposos y su posición en el hogar. Otras investigaciones retomaron este indicador para estudiar otros procesos. Guidotti (2016) lo usa para estudiar la transición a la vejez en Brasil considerando la esfera doméstica, la actividad económica y las condiciones de salud. Ramos (2019) aprovecha esta medida para abordar la des-estandarización del curso de vida de los jóvenes en Portugal analizando las condiciones laborales y de cohabitación. Con interés en el tránsito a la adultez, Vieira y Miret (2010) evalúan las transformaciones en las pautas de emancipación en España, y Nahar, Xenos y Abalos (2013) calculan el índice de entropía para analizar el tránsito a la vida adulta de hombres y mujeres en Filipinas, Indonesia, Malasia, Tailandia y Vietnam. En estos estudios el índice de entropía cuantifica el grado en que las personas de cierta edad son similares en su combinación de estatus demográficos. En el caso de Fussell (2005), por ejemplo, cada uno de los estatus contemplados refiere a una variable dicotómica: asiste o

no a la escuela, trabaja o no, alguna vez unido/a, en el caso de las mujeres si son madres o no; sólo en la posición en el hogar considero tres posibilidades: jefe/a o cónyuge, hijo/a u otro. De esta forma, una combinación de estatus posible es: asiste a la escuela, trabaja, nunca unida, hija del jefe/a y sin hijos.

En general, una vez que se definen los estatus y se ubica a cada integrante de la población objetivo en la combinación de estatus correspondiente, el cálculo del índice de entropía a la edad x se obtiene con la siguiente expresión:

$$E = \sum_{c=1}^C p_c \times \log \left(\frac{1}{p_c} \right)$$

Donde C es el conjunto de todas las combinaciones de estatus y p_c es la proporción de la población en la combinación de estatus c . Ahora bien, si toda la población se concentra en una sola combinación de estatus, la proporción correspondiente es igual a uno (el resto será cero), por lo que el valor del índice será igual a cero ($\log(1) = 0$). En cambio, si la población se distribuye uniformemente en todas las combinaciones de estatus posibles, entonces el índice de entropía es igual a $\log(C)$. Para facilitar la interpretación del índice se puede optar por convertir la medida de entropía en porcentaje de la entropía máxima:

$$\left(\frac{E}{\log(C)} \right) \times 100$$

Al proceder de esta forma sabremos que cuanto más se aproxime el índice a 0% mayor será la concentración de personas en pocas combinaciones de estatus, esto es, menos diversa será la estructura de situaciones en que se encuentra la población; por el contrario, cuanto más cercano a 100%, mayor será la heterogeneidad de las combinaciones de estatus.

Además de la simpleza del cálculo, otra ventaja de esta herramienta es la posibilidad de descomponer el índice para cuantificar la contribución de cada estatus al valor total de entropía. Esto es: si se excluye un estatus determinado, entonces se descartan

las combinaciones donde está presente y, al calcular la entropía de nuevo, la diferencia entre el índice completo y el nuevo valor de entropía nos da una medida del peso que tiene el estatus retirado en el valor total del índice. De esta manera, en el caso de la presente investigación, podremos cuantificar, por ejemplo, la impronta de la maternidad/paternidad sobre la heterogeneidad del tránsito a la vida adulta en ciertas edades.

Con respecto a la información, usamos los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Esta encuesta capta los periodos de al menos un año cuando las personas entrevistadas asistieron a la escuela, estuvieron empleadas y formaron parte de una unión conyugal, además recoge la edad en que se independizaron de los padres y el momento en que se convirtieron en madres o padres. Esta información se relaciona con el conjunto de eventos considerados en el esquema sociodemográfico de transición a la vida adulta, materia de esta investigación. Así, tomamos estas cinco variables para definir los estatus a partir de los cuales calcularemos el índice de entropía. Esto es: cada variable en clave dicotómica (trabaja o no trabaja, por ejemplo) da lugar a un estatus, de esta forma el total de combinaciones posibles es 32, por lo que la entropía máxima es 1.51 ($\log(32)$).

Sobre la población objetivo y el lapso de análisis, nos interesa analizar el tránsito a la adultez de hombres y mujeres en el periodo de vida de los 6 a los 24 años. En este lapso ocurre la mayor parte de los eventos de interés, sobre todo en el caso de las mujeres; además, esta decisión nos permite contar con la información de personas nacidas en cuatro décadas distintas (de 1962 a 1993). Bajo esta selección, después de excluir algunos casos por información faltante, la muestra de la EDER la integran 9 237 hombres y 11 470 mujeres.

Asimismo, con la finalidad de identificar los cambios o las continuidades en el tiempo, analizamos el comportamiento de las cohortes nacidas en 1962-1969, 1970-1979, 1980-1989 y 1990-1993. También nos interesa dar cuenta sobre cómo el origen social estructura la vida de los jóvenes en su tránsito a la adultez, para ello utilizamos la información en terciles del Índice de Orígenes Sociales (IOS) (Solís, 2013c). Adicionalmente, bajo

la premisa de que también las desigualdades se expresan en el espacio, incluimos la dimensión geográfica en el análisis mediante la conformación de cinco regiones a partir de la entidad federativa donde las personas pasaron la mayor parte de sus primeros 20 años de vida; para esta división del territorio tomamos en cuenta la Regionalización Funcional de México, que considera las dinámicas económicas, sociales y culturales de la población (Sedatu, 2015).¹

Por último, para el tratamiento de la información, cómputo de las tablas de supervivencia y cálculo del índice de entropía utilizamos el Lenguaje R (R Core Team, 2020) y los paquetes *survey* (Lumley, 2004 y 2019) y *survival* (Therneau y Grambsch, 2000). En seguida se presenta con detalle los hallazgos obtenidos del procesamiento de los datos.

JÓVENES EN TRANSICIÓN A LA VIDA ADULTA

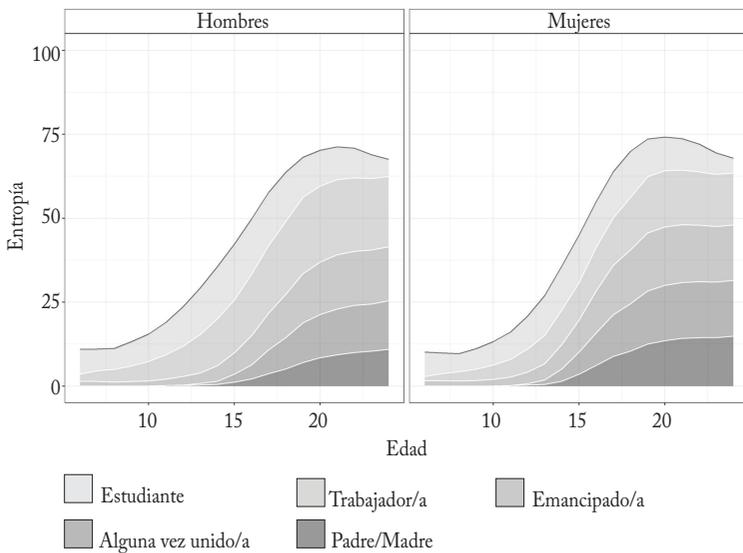
El tránsito a la vida adulta en México difiere entre hombres y mujeres según se muestra en las gráficas 7.1. El valor del índice de entropía diverge entre los sexos en cada edad, lo mismo que las fuentes que lo sustentan en cada caso. Hasta los 14 años la entropía de los hombres es mayor a la de las mujeres, después la discrepancia se invierte y amplifica hasta cerrarse nuevamente a la edad de 24 años. En el primer tramo, cuando la entropía es baja, la impronta de los estatus escolar y laboral es mayor entre los hombres; después, la principal fuente de heterogeneidad entre los hombres es el estatus de trabajador. En el caso de las mujeres es prácticamente a partes iguales el de trabajadora, emancipada y alguna vez unida, sobre todo a partir de los 20 años. Además,

¹ Los estados que integran la región *Norte* son Baja California, Baja California Sur, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Sinaloa y Durango; *Occidente*: Nayarit, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Colima y Michoacán; *Centro*: Ciudad de México, Estado de México, Morelos, Hidalgo, Tlaxcala y Puebla; *Sur*: Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Veracruz; y la región *Península*: Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo.

los hombres alcanzan el máximo de entropía (72%) a los 21 años, mientras que las mujeres (75%) a los 20 años.

Otra mirada sobre el fenómeno nos muestra que prácticamente todas las personas salieron de la escuela antes de los 24 años y la diferencia en el calendario es reducida (cuadro 7.1), la mediana de la edad de los hombres a este evento es 15.2 años y la de las mujeres 14.9 años. Las discrepancias importantes por sexo aparecen en los otros eventos. Con respecto al trabajo, nueve de cada diez hombres y siete de cada diez mujeres tuvieron al menos una experiencia laboral antes de los 24 años, este contraste se traduce en una diferencia de dos años en la edad mediana del evento.

Gráficas 7.1. Entropía y contribución de los estatus por sexo



Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

En los sucesos de orden familiar, la diferencia en la intensidad y el calendario se invierte de manera importante: las mujeres experimentan la independencia de los padres, la entrada en unión y la llegada del primer hijo/a en mayor proporción y más temprano que los hombres (gráficas 7.1). Por ejemplo, cerca de dos de cada

tres mujeres y tres de cada cinco hombres se emanciparon en el periodo de estudio, esta divergencia se traduce en una diferencia de casi dos años en la edad mediana del evento: 20.5 años para las mujeres y 22.3 para los hombres (cuadro 7.1). En el caso de la entrada en unión conyugal, cerca de dos de cada tres mujeres se unieron a los 24 años o antes, lo que da una edad mediana de 20.6 años, mientras que poco más de la mitad de los hombres entraron en unión en el lapso de observación, lo que causa que la edad mediana sea 23.3 años. En relación con la llegada del primer hijo/a, 63% de las mujeres y sólo 43.6% de los hombres experimentaron este evento a la edad de 24 años o antes, con esto, la edad mediana de las mujeres al evento se sitúa en 21.5 años (cuadro 7.1).

Cuadro 7.1. Intensidad y edad mediana de los eventos por sexo

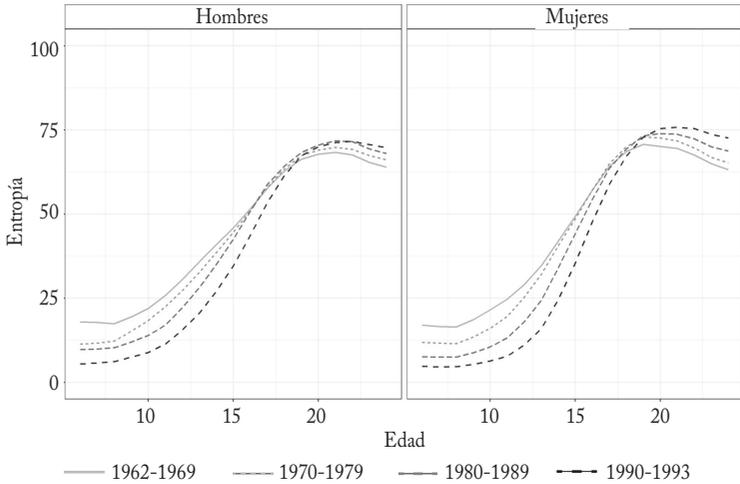
	<i>Escuela</i>		<i>Trabajo</i>		<i>Emancipación</i>		<i>Unión</i>		<i>Primer hijo/a</i>	
	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2
Hombres	97.7	15.2	90.5	17.0	58.1	22.3	54.0	23.3	43.6	-
Mujeres	98.1	14.9	70.5	19.0	64.6	20.5	67.3	20.6	63.0	21.5

Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

Entre cambios y persistencias

Tanto para hombres como para mujeres, en las primeras edades la entropía descende a medida que prestamos atención a las cohortes más recientes, lo que podría estar asociado a un proceso de homogeneización de la infancia y adolescencia. A partir de los 18 años esta tendencia se revierte y aumenta la entropía entre las cohortes más recientes, proceso que se aprecia con mayor nitidez al revisar las experiencias de las mujeres (gráficas 7.2). En el caso de los hombres la entropía máxima pasa de 68% en la cohorte 1962-1969 a 72% en la 1990-1993, en tanto que la de las mujeres sube de 71 a 76%; esto, además, es acompañado con un retraso de la edad áptica de 21 a 22 años en los hombres y de 18 a 21 años en las mujeres.

Gráficas 7.2. Entropía por sexo y cohorte de nacimiento



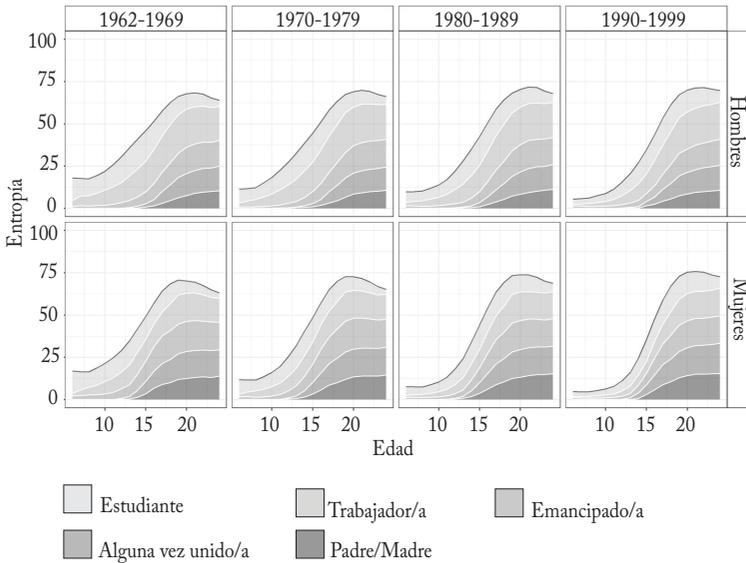
Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

Al analizar la contribución de los estatus a la entropía, observamos que, tanto para hombres como para mujeres, el descenso de la heterogeneidad en las primeras edades se debe a los aportes cada vez menores de las posiciones de estudiante y trabajador/a (gráficas 7.3). Más aún, la diferencia se aprecia mejor entre las cohortes nacidas antes de 1980 y las dos siguientes, sobre todo en la condición de trabajador/a. Es probable que este resultado se deba en buena medida a la expansión de la educación en el país, particularmente de la educación básica, iniciada en la década de 1970 (Mier y Terán y Rabell, 2014).

A partir de los 15 años, la mayor contribución a la entropía de los hombres viene de la posición de trabajador; el incremento es paulatino hasta que, de los 17 a los 18 años, aumenta rápidamente para después mantenerse hasta el final del lapso de vida observado. Este comportamiento de la entropía se percibe con mayor claridad en la cohorte más joven. Los resultados de las mujeres muestran la relevancia del dominio familiar (unión y maternidad) en el proceso de tránsito a la vida adulta, aunque no menos relevantes son los aportes del estatus de trabajadora y de independencia de los padres. Después de los 20 años la contribución

de estas condiciones es prácticamente la misma sin importar la cohorte. No obstante, la diferencia en la entropía de las cohortes de mujeres que reportamos antes, la que sintetizamos con el nivel máximo y la edad áptica, se explica por el aporte de la condición de estudiante, sobre todo en la cohorte más joven.

Gráficas 7.3. Contribución de los estatus por sexo y cohorte de nacimiento



Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

Con respecto a la intensidad y el calendario de los eventos, el cuadro 7.2 muestra que a la edad de 24 años prácticamente todas las personas, hombres y mujeres, de las cuatro cohortes de nacimiento dejaron la escuela; empero, la permanencia en la escuela se ha prolongado poco más de dos años en el caso de los hombres y cerca de tres en el de las mujeres. En las cohortes nacidas antes de 1980 la edad mediana es menor a 15 años en ambos sexos, en tanto que para la más joven de hombres es 16.9 años y 17.2 años en la de las mujeres. Con respecto al trabajo, las variaciones son mínimas a lo largo del tiempo, esto es, alrededor de nueve de cada diez hombres y cerca de siete de cada diez mujeres (en la cohorte

1962-1969 sólo 66.7%) registran al menos una experiencia laboral a la edad de 24 años o antes. Quizá empujado por una mayor estancia en la escuela, el calendario de entrada al mercado laboral se ha retrasado poco más de un año entre hombres y mujeres. Llama la atención, también, el rejuvenecimiento de la edad mediana entre las mujeres nacidas en la década de 1970 respecto a las nacidas el decenio anterior. Esto podría encontrar explicación en que a las mujeres de la cohorte 1970-1979 les tocó experimentar de lleno el cambio de modelo económico y la caída del poder adquisitivo de los salarios, hechos que significaron, entre otras cosas, que las familias se vieran obligadas a aumentar el número de perceptores de ingresos y con ello se registrara un aumento de la fuerza de trabajo femenina (Rendón y Salas, 1993).

Cuadro 7.2. Intensidad y edad mediana de los eventos por sexo y cohorte de nacimiento

	<i>Escuela</i>		<i>Trabajo</i>		<i>Emancipación</i>		<i>Unión</i>		<i>Primer hijo/a</i>	
	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2
Hombres	97.7	15.2	90.5	17.0	58.1	22.3	54.0	23.3	43.6	-
<i>Cohorte</i>										
1962-1969	98.0	14.8	91.7	16.5	58.8	22.2	58.2	23.0	45.0	-
1970-1979	98.0	14.9	91.6	16.7	62.1	21.5	53.9	23.4	43.9	-
1980-1989	97.4	15.5	90.0	17.1	58.4	22.2	55.4	23.0	45.6	-
1990-1993	97.1	16.9	87.9	17.7	47.8	-	46.3	-	37.2	-
Mujeres	98.1	14.9	70.5	19.0	64.6	20.5	67.3	20.6	63.0	21.5
<i>Cohorte</i>										
1962-1969	97.8	14.5	66.7	18.9	70.2	20.1	72.0	20.4	67.4	21.3
1970-1979	98.5	14.5	69.8	18.6	66.9	20.1	69.4	20.4	64.8	21.4
1980-1989	97.7	15.5	73.2	18.9	62.2	20.9	64.7	20.7	61.7	21.6
1990-1993	98.5	17.2	70.5	20.1	58.4	21.5	62.7	20.9	56.7	22.0

Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

En el ámbito familiar (independencia de los padres, entrada en unión y nacimiento del primer hijo/a) los resultados apuntan un retraso en el calendario de los eventos, sobre todo en el caso

de los hombres. De hecho, para la cohorte más reciente de hombres no fue posible calcular la edad mediana de ninguno de los eventos, porque menos de la mitad los experimentó a la edad de 24 años o antes (independencia de los padres, 47.8%; entrada en unión, 46.3%, y nacimiento del primer hijo/a, 37.2%). No obstante, con base en la intensidad de la emancipación y de la entrada en unión es posible esperar un aplazamiento cercano a los dos años en la edad mediana de estos eventos entre los nacidos a inicio de la década de 1990 y los de las cohortes anteriores. En el caso de las mujeres, cuando nos referimos a la independencia de los padres la diferencia en la edad mediana entre las nacidas a inicio de 1990 y las cohortes anteriores es cercana al año y medio, y ronda el medio año en los otros eventos familiares.

Origen socio-regional: contrastes

Estaba a medio camino atravesando América, en la línea divisoria entre el Este de mi juventud y el Oeste de mi futuro.

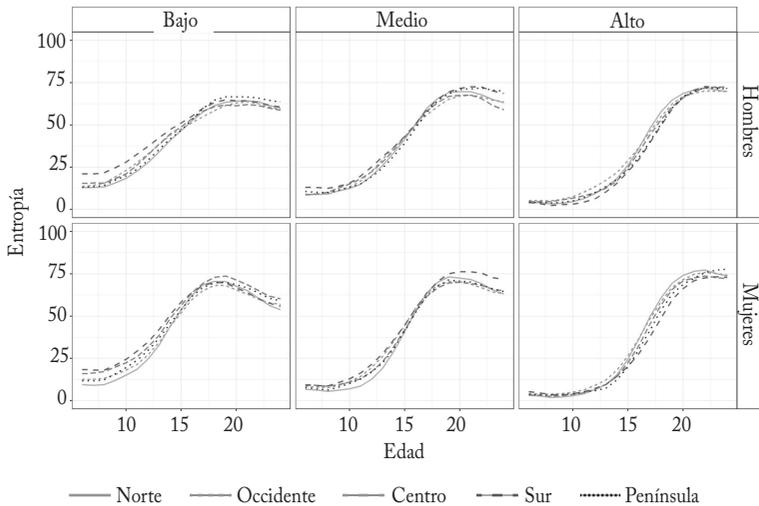
(Kerouac, 2007: 27).

Además de las prefiguradas diferencias por origen social, encontramos que para cada estrato se advierten ciertos contrastes entre las regiones, tanto para hombres como para mujeres (gráficas 7.4). Estas diferencias se aprecian con mayor nitidez en el origen social bajo, sobre todo en las edades iniciales. También, bajo este encuadre sociotemporal, las regiones Norte y Sur aparecen como opuestas, con una mayor entropía en el Sur. En las edades propiamente de tránsito a la adultez, a partir de los 18 años, se observan ciertas similitudes entre las regiones en cada estrato, aunque destacan algunas regiones en las interacciones entre sexo y origen social.

En el caso de los hombres, el máximo nivel de entropía en el estrato bajo ronda 65% entre todas las regiones, pero la edad ápice divide al país en dos: en las regiones Norte y Occidente la entropía máxima es alcanzada a los 21 años; en la región Centro, Sur y Península es a los 18 años. Más aún, entre los hombres con un origen

social medio, el nivel máximo de entropía es mayor, varía entre 69 y 73%, y la edad ápice va de 20 años en el Norte a 22 años en el Sur. Con menor variación se encuentran los hombres del estrato alto, entre las cinco regiones la entropía máxima promedia 73% y la edad ápice va de 22 años en el Norte y Sur a 23 años en el resto del país.

Gráficas 7.4. Entropía de hombres y mujeres por origen social y región de socialización

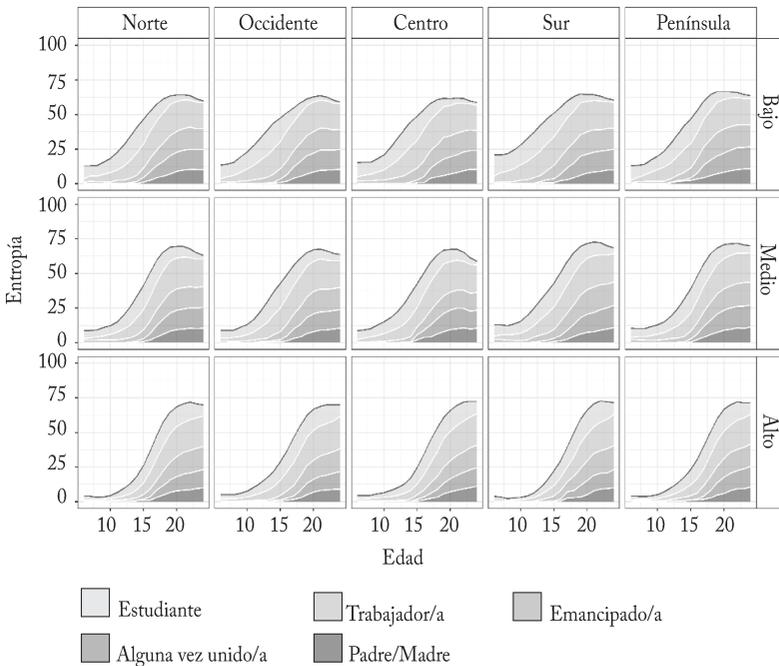


Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

Al centrar la atención en las mujeres, las edades ápice son más parecidas en las regiones de socialización de acuerdo con cada origen social, pero en el nivel máximo de entropía hay mayor divergencia. En el estrato bajo la edad ápice es de 18 años en todas las regiones, y la entropía máxima va de 70% en el Occidente a 76% en el Centro. Cuando el origen social es medio, en todas las regiones la edad ápice es de 20 años y el mayor nivel de entropía va de 71% en el Centro y Occidente a 77% en el Sur. En tanto que entre las mujeres con un origen social alto la edad ápice es 22 años (en la Península es 23 años) y la entropía máxima varía de 74% en el Centro y Sur a 79% en la Península.

Al revisar la contribución de los estatus de los hombres por origen social y región de socialización (gráficas 7.5), observamos en el estrato bajo que las diferencias en la entropía en las edades iniciales, entre el Sur y el resto de las regiones, radica en la posición de estudiante; también destaca que en la región Norte la condición de trabajador tiene una injerencia menor que en el resto de las regiones. Estos resultados podrían estar indicando que en el Sur la asistencia a la escuela en las edades tempranas es menos generalizada y en el Norte el trabajo durante la infancia es menos frecuente. Después el peso de la posición de estudiante y trabajador es similar entre las regiones, no así los estatus del dominio familiar que son más relevantes en la Península.

Gráfica 7.5. Contribución de los estatus por origen social y región de socialización: hombres



Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

Entre los hombres del estrato medio no se advierten mayores diferencias en los aportes de los estatus para las regiones Norte, Occidente y Centro. En cambio, en la región Sur y Península la contribución de la independencia de los padres es notable, sobre todo a partir de los 20 años. En cambio, en los sectores altos no se identifican mayores diferencias en el aporte de los estatus entre todas las regiones, lo que llama la atención es la baja entropía durante la infancia y el rápido ascenso de ésta alrededor de los 15 años, pareciera que en los estratos altos hay una mayor estandarización en los itinerarios de transición a la vida adulta.

Con respecto a la intensidad y el calendario de los eventos (cuadro 7.3), destacan los hombres del estrato bajo de la región Sur por la alta intensidad y calendario más temprano en la mayoría de los eventos. Son los que más rápido entran a trabajar (edad mediana 14.4 años), se independizan de los padres (20.5 años) y entran en unión (21.4 años); en lo que refiere al nacimiento del primer hijo/a, los adelantan ligeramente los hombres del estrato bajo de la región Occidente, cuya edad mediana al evento es 23.3 años.

En el otro extremo se encuentran los hombres con un origen social alto de las regiones Sur y Centro, los primeros al considerar sólo la salida de la escuela y la entrada al mercado laboral, y los segundos al centrar la atención en las transiciones familiares. La mitad de los sureños con origen social alto permaneció en la escuela hasta los 18.5 años, en tanto que la edad mediana al primer trabajo es 19.9 años. En el caso de los hombres de la región Centro la intensidad de los eventos familiares es menor a 50%, lo que indica que las edades medianas serán mayores a 24 años.

Con relación al aporte de los estatus a la entropía de las mujeres (gráficas 7.6), al igual que en el caso de los hombres, en el estrato bajo las mayores contribuciones en las primeras edades provienen de los ámbitos laboral y escolar, sobre todo en las regiones de socialización Centro y Sur. Después sobresale el estatus de trabajadora en la región Centro y el de independencia de los padres en el Sur. Otro aspecto que llama la atención es que la contribución de la condición de madre es la misma en todo momento y entre todas las regiones de este estrato.

Cuadro 7.3. Intensidad y edad mediana de los eventos según el origen social y la región de socialización: hombres

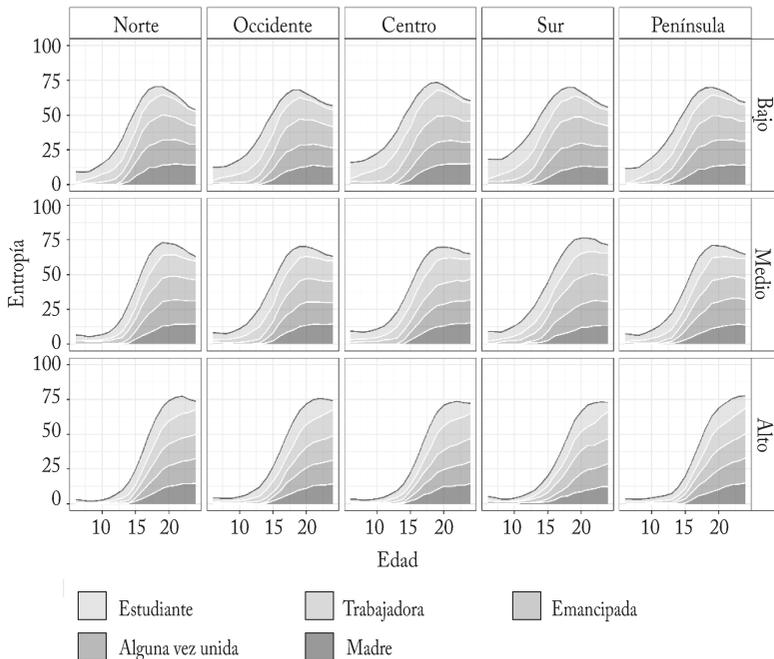
	<i>Escuela</i>		<i>Trabajo</i>		<i>Emancipación</i>		<i>Unión</i>		<i>Primer hijo/a</i>	
	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2
Hombres	97.7	15.2	90.5	17.0	58.1	22.3	54.0	23.3	43.6	-
<i>IOS Bajo</i>										
Norte	99.3	13.6	90.5	16.2	62.8	21.4	61.5	22.1	49.4	-
Occidente	98.8	13.5	94.4	15.5	66.3	20.9	65.2	21.6	53.4	23.3
Centro	98.9	13.8	94.6	15.3	62.1	20.6	62.0	22.0	50.1	24.0
Sur	99.0	14.0	93.8	14.4	67.9	20.5	66.3	21.4	51.7	23.7
Península	99.0	14.2	89.5	16.5	62.8	21.1	63.2	21.8	48.1	-
<i>IOS Medio</i>										
Norte	98.5	14.8	93.1	17.0	63.6	21.7	63.3	22.2	49.8	-
Occidente	98.5	14.6	93.2	16.3	64.0	21.0	56.0	22.7	47.2	-
Centro	98.9	14.9	94.4	16.4	52.3	23.4	54.4	23.0	48.0	-
Sur	98.5	15.3	84.9	17.2	60.9	21.4	59.1	22.9	43.9	-
Península	99.2	16.0	90.2	17.4	55.3	22.8	56.5	23.0	44.3	-
<i>IOS Alto</i>										
Norte	95.2	17.4	88.4	17.8	55.0	23.1	45.4	-	36.5	-
Occidente	97.3	17.8	87.8	17.8	50.9	23.9	40.8	-	29.8	-
Centro	95.6	17.7	85.0	18.3	45.7	-	37.7	-	32.6	-
Sur	93.0	18.5	82.0	19.9	53.3	23.0	38.9	-	30.2	-
Península	94.9	18.4	83.0	19.1	51.4	23.8	46.7	-	34.9	-

Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

Entre las mujeres con origen social medio y alto las principales diferencias se observan en los aportes de los estatus de estudiante y trabajadora alrededor de los 15 años, esto entre todas las regiones. Este resultado se debe, posiblemente, a salidas de la escuela y entradas al mercado laboral a edades más tempranas en el estrato medio con respecto al alto. Después, a partir de los 20

años, en el estrato medio y en todas las regiones el aporte de los estatus familiares adquiere mayor relevancia y se mantiene por el resto de la ventana de observación; en cambio, en el estrato alto el peso de estas condiciones asciende pausadamente en las cinco regiones.

Gráficas 7.6. Contribución de los estatus por origen social y región de socialización: mujeres



Fuente: elaboración propia con información de la EDER 2017. Datos ponderados.

En la intensidad y el calendario de los eventos de las mujeres, a diferencia de los hombres, se observan mayores contrastes entre los distintos orígenes sociales y regiones de socialización (cuadro 7.4). No obstante, resalta la amplitud de la diferencia en la temporalidad de casi todos los eventos entre el estrato bajo y el alto en la región Sur. En este espacio la diferencia en las edades medianas entre los segmentos alto y bajo de la salida de la escuela, independencia de los padres y entrada en unión conyugal es

mayor a cinco años, y lo será también en el caso del nacimiento del primer hijo/a, dada la edad mediana observada en el estrato bajo (19.6 años) y que en el estrato alto sólo cuatro de cada diez experimentaron el evento a los 24 años o antes.

Cuadro 7.4. Intensidad y edad mediana de los eventos según el origen social y la región de socialización: mujeres

	<i>Escuela</i>		<i>Trabajo</i>		<i>Emancipación</i>		<i>Unión</i>		<i>Primer hijo/a</i>	
	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2	%	Q_2
Mujeres	98.1	14.9	70.5	19.0	64.6	20.5	67.3	20.6	63.0	21.5
<i>IOS Bajo</i>										
Norte	99.4	13.5	61.0	19.2	76.1	18.5	84.2	18.1	81.8	19.1
Occidente	98.4	13.0	62.3	18.0	74.1	18.9	72.2	19.7	69.5	20.5
Centro	98.3	14.2	75.2	16.1	73.0	19.0	78.4	19.4	77.0	20.0
Sur	99.1	12.8	61.8	19.2	75.7	17.8	78.9	18.6	74.9	19.6
Península	98.2	14.0	59.5	19.8	67.6	19.1	79.0	18.8	72.3	19.9
<i>IOS Medio</i>										
Norte	98.8	14.8	69.4	18.7	71.3	19.8	76.3	19.5	71.6	20.6
Occidente	99.2	14.5	73.9	17.7	68.1	20.1	69.0	20.1	67.3	21.0
Centro	99.2	14.9	75.0	18.0	57.3	22.0	64.1	21.2	62.4	21.7
Sur	97.2	15.6	67.1	19.6	68.4	19.7	67.6	20.7	58.5	22.3
Península	99.0	15.1	72.7	18.9	69.2	20.0	77.9	19.6	66.9	21.2
<i>IOS Alto</i>										
Norte	97.7	17.6	77.5	19.7	60.3	22.1	61.7	22.0	54.1	23.2
Occidente	96.7	17.6	75.2	19.8	54.1	23.3	54.7	23.2	47.0	-
Centro	95.8	17.7	72.7	20.1	49.1	-	48.6	-	45.6	-
Sur	97.5	18.9	74.3	21.4	52.8	23.5	50.7	23.9	40.7	-
Península	95.5	17.9	72.6	21.0	47.2	-	49.6	-	42.0	-

Fuente: Elaboración propia con información de la EDER. Datos ponderados.

Por otro lado, sobresale que menos de la mitad de las mujeres con un origen social alto de las regiones Centro y Península haya experimentado alguno de los eventos familiares llegados los 24

años. En contraste, más de 60% de las mujeres de la región Norte y del mismo estrato social se independizó de sus padres o entró en unión conyugal a los 24 años o antes, y 54.1% se convirtieron en madres en el mismo lapso. Con esto, el calendario de los eventos familiares de las norteñas es el más temprano entre las mujeres con un origen social alto, la edad mediana de la emancipación y de la primera unión es 22.1 y 22 años, respectivamente, y del nacimiento del primer hijo/a es 23.2 años.

APUNTES FINALES

El propósito de esta investigación fue estudiar el tránsito a la adultez en México en las últimas cinco décadas. En particular, nos interesó examinar las variaciones por sexo, cohorte de nacimiento, origen social y región de socialización. Con este fin, utilizamos los datos de la EDER 2017 y recurrimos al análisis de entropía para medir la heterogeneidad de este proceso considerando los dominios escolar, laboral y familiar; además, empleamos tablas de supervivencia para dar cuenta de la temporalidad de los eventos salida de la escuela, entrada al mercado laboral, independencia de los padres, inicio de la vida conyugal y nacimiento del primer hijo/a.

Los resultados del análisis de entropía nos permiten afirmar que el tránsito a la vida adulta entre mujeres y hombres difiere en complejidad y celeridad. En el caso de las mujeres se aprecia una mayor heterogeneidad en los itinerarios y el máximo nivel de entropía se localiza a una edad más temprana (20 años); también los eventos de la esfera familiar (emancipación, unión y reproducción) tienen mayor relevancia en el curso de vida de las mujeres. En cambio, el tránsito a la adultez de los hombres es menos heterogéneo que el de las mujeres y la entropía máxima se alcanza un año más tarde; asimismo, el ámbito escolar y, sobre todo, el laboral tienen mayor importancia en el curso de vida de los varones. En sintonía con estos hallazgos, el examen de la temporalidad de los eventos muestra amplias diferencias por sexo en el calendario y la intensidad del primer ingreso al mercado laboral y en

la ocurrencia de los sucesos familiares. Los hombres comienzan a trabajar más temprano que las mujeres y en mayor proporción, mientras que las mujeres dejan el hogar familiar, entran en unión y se convierten en madres más rápido.

Por otra parte, encontramos que los itinerarios de las primeras etapas de vida de hombres y mujeres son cada vez más homogéneos, y que esta tendencia se revierte alrededor de los 18 años, sobre todo en el caso de las mujeres. Dicho de otro modo, las etapas de infancia y adolescencia se han hecho más homogéneas (la entropía disminuye de la cohorte más antigua a la más reciente), pero la etapa de adultez joven se ha hecho más diversa, particularmente para las mujeres (la entropía es mayor entre las cohortes más recientes). Lo primero debido a la generalización de la educación básica y lo segundo como consecuencia de la posposición de los eventos familiares. En cuanto a la temporalidad de los eventos, tanto para hombres como para mujeres, las diferencias en el calendario entre las dos primeras cohortes (1962-1969 y 1970-1979) son mínimas, éstas se acentúan al comparar esas cohortes con la nacida en la década de 1980, en todos los casos la evidencia apunta a una postergación de los eventos. Es con la cohorte nacida en la década de 1990 que se observan los mayores contrastes, ellas y ellos permanecen más tiempo en la escuela, entran más tarde al mercado laboral, se quedan más tiempo en casa de sus padres y forman un hogar propio más tarde. En suma, se advierte cierta continuidad en el tránsito a la adultez entre las cohortes nacidas en las décadas de 1960 y 1970 y un incipiente cambio en la cohorte de la de 1980 que se acentúa en la de 1990.

Con respecto al contexto de socialización (origen social y región de socialización) los resultados del índice de entropía exponen una amplia diversidad de pautas de transición a la vida adulta. Esto confirma de alguna manera lo dicho con antelación: las desigualdades también se plasman en el territorio. Los hallazgos revelan que para cada estrato se advierten ciertos contrastes entre las regiones, sobre todo entre los hombres y las mujeres con un origen social bajo. Las regiones Norte (Baja California, Baja California Sur, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Sinaloa y Durango) y Sur (Guerrero, Oaxaca, Chiapas

y Veracruz) aparecen como opuestas, máxime si se trata de las y los jóvenes con un origen social alto del Norte y sus pares con un origen social bajo del Sur. En la infancia y adolescencia las diferencias en la entropía entre el Sur y el resto de las regiones se debe a la posición de estudiante. Esto podría estar indicando que en el Sur la asistencia a la escuela en las edades tempranas es menos generalizada. Ahora bien, en la región Norte la condición de trabajador/a tiene una injerencia menor que en el resto de las regiones, lo que estaría indicando que en esa región el trabajo durante la infancia es menos frecuente. Otro resultado a subrayar es que en la temporalidad de los eventos de las mujeres, a diferencia de los hombres, se observan mayores contrastes entre los distintos orígenes sociales y regiones de socialización.

Antes de finalizar, es preciso reconocer que los hallazgos de esta investigación son resultado de las decisiones de orden metodológico que se tomaron, la mayoría con un sustento técnico o analítico y otras para sobreponerse a las limitaciones de la fuente de información. En este sentido, queda por delante, para futuras investigaciones sobre el tránsito a la vida adulta, explorar las imprevistas de otras experiencias de vida, como el trabajo no remunerado, el sostenimiento económico de los hogares, o incluso los episodios migratorios; o analizar en simultáneo el entretrejimiento del paso del tiempo, las condiciones socioeconómicas y el lugar de socialización.

8. ORIGEN FAMILIAR, RETORNO A LA ESCUELA Y LOGROS EDUCATIVOS Y OCUPACIONALES

*David P. Lindstrom**
*Anairis Hernández Jabalera**

INTRODUCCIÓN**

Un fenómeno común en las economías avanzadas es el número creciente de adultos con un nivel de educación mayor a secundaria. La continuación de la educación desde la primaria hasta los niveles después de secundaria se extiende más allá de las edades de la adolescencia hasta las edades adultas, donde tradicionalmente ocurren las transiciones al trabajo, uniones y crianza de los hijos. Para algunas personas, la extensión de las oportunidades educativas a edades mayores ha implicado un retraso en las transiciones a la adultez, mientras que, para otras, ha llevado a la combinación del rol de estudiante con los roles laborales y familiares (Hostetler, Sweet y Moen, 2007; Pallas, 2004).

Para muchos adultos, la asistencia a los programas educativos posteriores a la secundaria ocurre después de un periodo

* Department of Sociology-Population Studies and Training Center (PSTC), Brown University (Providence, Estados Unidos).

** Agradecemos el apoyo al PSTC, y el National Institute of Health (NIH) (P2C HD041020).

de no asistencia a la escuela. La disponibilidad de programas de educación media, técnica y profesional, con clases vespertinas y de fin de semana, ha creado las oportunidades propicias para que los adultos empleados puedan regresar a la escuela sin dejar su empleo. El retorno a la escuela de adultos ha sido ampliamente estudiado en Estados Unidos (Astone *et al.*, 2000; Deutsch y Schmertz, 2011; Goto y Martin, 2009; Jepsen y Montgomery, 2012; Marini, 1984a), pero ha recibido poca atención en México (De la Cruz y Matus, 2021). México también ha experimentado un crecimiento de la educación media, técnica y profesional, especialmente en las últimas tres décadas. En este capítulo examinamos el retorno a la escuela usando las historias de vida retrospectivas recolectadas en la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Exploramos tres preguntas de investigación: ¿quiénes regresan a la escuela?, ¿cómo el retorno a la escuela influye en el logro educativo y ocupacional subsecuente?, y si ¿hombres y mujeres experimentan el retorno a la escuela y sus consecuencias de manera similar o diferente? Este capítulo está organizado de la siguiente manera: primero, revisamos las tendencias recientes en educación y formación familiar en México, los resultados de investigaciones sobre el retorno a la escuela en México y las perspectivas teóricas sobre motivaciones, obstáculos, factores promotores y consecuencias del retorno escolar. En la segunda parte realizamos un análisis estadístico descriptivo para estudiar la relación entre el retorno escolar y el logro educativo, las secuencias y combinaciones de los roles del curso de vida y las diferencias según origen social. En la tercera parte usamos modelos de regresión logística multivariada para estimar los efectos relativos de los antecedentes familiares y las características individuales en las probabilidades de retorno escolar. Finalmente, analizamos el impacto del retorno escolar en el logro educativo y ocupacional.

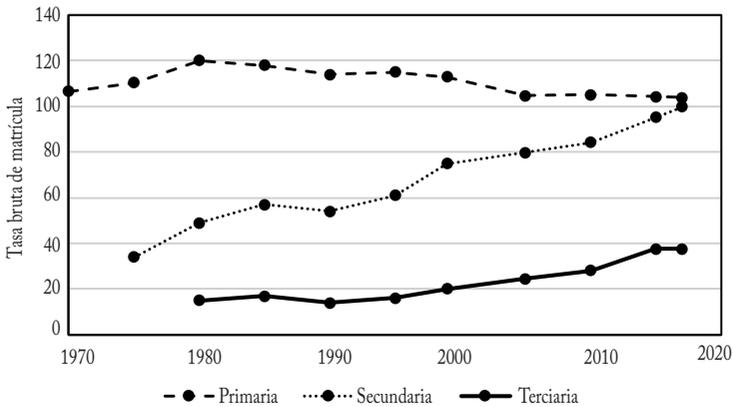
ANTECEDENTES

El sistema educativo mexicano se puede dividir de manera general en cinco niveles: primaria, secundaria, preparatoria o edu-

cación media (secundaria superior), universidad o educación superior y posgrado (superior). A partir de 2012, la inscripción a la escuela hasta los 15 años es obligatoria (INEE, IIPE y Unesco, 2018). El cambio educativo en México durante las últimas cinco décadas se caracteriza por tres grandes tendencias. Primero, un aumento de la matrícula en la educación secundaria hasta casi la universalidad. En segundo lugar, la duplicación de la matrícula en programas superiores y, en tercer lugar, el logro de la igualdad de género en la matrícula en todos los niveles. Las gráficas 8.1 y 8.2 presentan las tasas brutas de matriculación y las razones de estudiantes femeninos a masculinos por nivel de educación. Los periodos de tiempo que abarcan las gráficas corresponden a las experiencias educativas de las cohortes de nacimiento muestreadas por la encuesta EDER 2017.

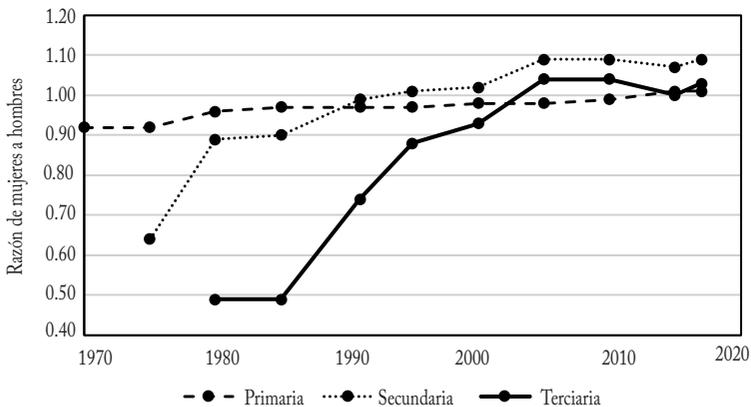
Para 1970, la inscripción en la educación primaria era casi universal; sin embargo, sólo una minoría de jóvenes estaba inscrita en programas de nivel secundario. A partir de 1975, aproximadamente un tercio de los jóvenes de edad apropiada estaban inscritos en programas de nivel secundario. Con la excepción de una caída en la inscripción a finales de la década de 1980, la inscripción en programas secundarios aumentó de manera constante durante las siguientes cuatro décadas y fue casi universal en 2017. La inscripción en programas superiores aumentó de 15% en 1980 a 38% en 2017; el más alto crecimiento se produjo durante el periodo de 1995 a 2015. El acceso de las mujeres a la educación secundaria y superior también aumentó con el aumento de la matrícula general, y a un ritmo más rápido. En 1990, la razón de matriculación de mujeres a hombres en programas de nivel primario y secundario era cercana a uno, y la razón de matriculación de mujeres a hombres en programas superiores aumentó de aproximadamente 0.5 en 1985 a un poco más de uno en 2005. Desde 2000 hay evidencia de que en realidad las mujeres tenían más probabilidades que los hombres de matricularse en programas secundarios y superiores.

Gráfica 8.1. Tasas brutas de matrícula por nivel de escuela, México, 1970-2017



Fuente: *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe* (1993, 1996, 2002, 2006, 2008, 2012, 2016, 2020); United Nations, *Statistical Yearbook* (2019).

Gráfica 8.2. Razón de mujeres a hombres matriculadas por nivel de escuela, México, 1970-2017



Fuentes: United Nations, *Statistical Yearbook* (1982, 1990/91, 1992, 1993, 2007, 2008, 2019).

La política del gobierno en México se ha centrado más en mantener a los jóvenes en la escuela que en lograr que las personas regresen a la escuela (De la Cruz y Matus, 2021). El progra-

ma más antiguo y más importante diseñado para que los adultos regresen a la escuela es Secundarias para Trabajadores (SpT). Establecido por primera vez en la década de 1920, el SpT ofrecía clases nocturnas a adultos que trabajaban y que estaban interesados en mejorar sus oportunidades de vida mediante el logro educativo. A partir de mediados de la década de 1980 disminuyó la inscripción en las SpT, y el programa se transformó gradualmente en una opción para los jóvenes que habían abandonado o habían sido expulsados de las escuelas secundarias diurnas (De la Torre, 2015; Ruiz Muñoz, 2011 y 2012). Además del SpT, el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos (INEA) en México otorga un certificado de equivalencia para jóvenes y adultos mayores de 15 años que no hayan completado el programa equivalente a nivel primario o secundario. También el Sistema de Enseñanza Abierta (SEA) y el Sistema de Enseñanza Abierta y a Distancia (SEAD) brindan una oportunidad para completar la secundaria superior (Sucre, 2016).

El crecimiento en la prevalencia de la educación superior ha significado que un número cada vez mayor de adultos asista a la escuela durante edades que tradicionalmente coinciden con el matrimonio o la entrada a una unión consensual. En un estudio con datos recolectados en la década de 1990, Lindstrom y Brambila Paz (2001) argumentaron que el aumento de la asistencia a los niveles educativos superiores de las mujeres mexicanas llevaría a la postergación de la edad de entrada al matrimonio con la finalidad de primero completar su educación. Sin embargo, esta predicción no se ha confirmado, sino que se ha observado que, en lugar de la postergación del matrimonio, lo que ocurrió es que muchas mujeres y hombres entraron en matrimonio o uniones consensuales mientras permanecían en la escuela.

Aunque en los últimos años se ha observado un incremento modesto en la edad promedio de entrada a una unión, al pasar de 21.3 años entre las personas nacidas entre 1955 y 1959 a 23 años entre quienes nacieron entre 1985 y 1989 (Solís y Ferraris, 2014), el cambio más notable en los patrones de nupcialidad ha sido el incremento de las uniones consensuales, particularmente entre los jóvenes con mayor escolaridad y en zonas urbanas. En la dé-

cada de 1970, el porcentaje de individuos de 25-29 años de edad en uniones consensuales era de 17%; en 2010, este porcentaje se incrementó a 41%; para el grupo de 30-34 años este porcentaje pasó de 15 a 30.1% de 1970 a 2010, respectivamente (Esteve *et al.*, 2016).

El retorno a la escuela en México ha sido poco abordado (Solís y Blanco, 2014a). Blanco (2014) estudió el retorno escolar en una muestra de adultos jóvenes, entre 18 y 29 años en la Ciudad de México, que habían dejado la escuela por primera vez al completar la educación media superior o antes. El autor encontró que alrededor de uno de cada cuatro jóvenes regresaban a la escuela y que el retorno estaba asociado con orígenes socioeconómicos elevados y con edades más jóvenes. Además, encontró que para los jóvenes de más bajo nivel socioeconómico el retorno a la escuela se asociaba con un mayor logro educativo, mientras que para aquellos con antecedentes socioeconómicos más elevados, el retorno era una manera de recuperar los años interrumpidos de su trayectoria educacional esperada (Blanco, 2014). Solís y Blanco (2014b), en un análisis con la misma muestra, encontraron que las mujeres eran menos propensas a retornar a la escuela cuando la salida ocurría antes de los 15 años en comparación con los hombres. Los autores atribuyeron esta diferencia a la mayor tendencia por parte de las mujeres a salir de la escuela por motivos asociados con la entrada a una unión o la maternidad.

Pérez Baleón y Lindstrom (2014) usaron los datos de historias de vida retrospectivas de la EDER 1998 para estudiar los determinantes del retorno escolar con una muestra representativa a nivel nacional de tres cohortes de adultos entre 30 y 62 años al momento de la encuesta. Los autores encontraron que las probabilidades de retorno a la escuela se asociaron positivamente con tener padres en ocupaciones no manuales y profesionales; además, concluyeron que, para algunos, el retorno escolar era una estrategia de movilidad educacional y socioeconómica. Los resultados de Blanco (2014), Solís y Blanco (2014b), y Pérez Baleón y Lindstrom (2014) resaltan el potencial del retorno escolar para reproducir e incluso exacerbar las desigualdades sociales, por medio del vínculo entre retorno escolar, antecedentes familiares y

eventual logro escolar. Finalmente, Vargas y Orraca (2019) utilizaron la EDER 2011 para estudiar la relación entre la etapa en el curso de la vida familiar y el retorno a la escuela. Descubrieron que tener hijos menores de 3 años redujo la probabilidad de regresar a la escuela, mientras que tener hijos de 6 años o más aumentó la probabilidad. También encontraron que los adultos en uniones maritales o consensuales tenían menos probabilidades de regresar a la escuela que los adultos solteros o divorciados.

Sin embargo, estos estudios aún no han esclarecido la complejidad entre estos vínculos. Los estudios de Blanco (2014) y Solís y Blanco (2014b) no examinaron el retorno escolar a edades mayores ni la potencial relación entre el retorno escolar y mayores niveles de logro educativo. Por su parte, Pérez Baleón y Lindstrom (2014b) no examinaron a profundidad la relación entre el retorno a la escuela y el logro educativo y ocupacional. Si bien Vargas y Orraca (2019) hicieron observaciones importantes sobre la influencia de los roles familiares en la posibilidad de regresar a la escuela, la muestra de la EDER 2011 se limitó a los centros urbanos más grandes de México y, por lo tanto, excluyó a una gran proporción de la población. En este capítulo contribuimos a disminuir esta brecha en la literatura examinando las consecuencias a largo plazo del retorno escolar en el logro educativo y la movilidad ocupacional; además, exploramos cómo los antecedentes familiares y educativos, el estatus ocupacional y el género condicionan la relación entre el retorno escolar y los resultados posteriores en la vida.

ENFOQUE TEÓRICO

Una de las perspectivas que aborda el retorno a la escuela lo conceptualiza como un esfuerzo para mantener el estatus socioeconómico ante contingencias económicas. Las crisis familiares, como la muerte, enfermedad o discapacidad de alguno de los miembros proveedores de ingresos o cuidados del hogar, junto con otros eventos externos que impactan los ingresos del hogar, como el desempleo o el fracaso de algún negocio familiar, incrementan la

demanda de trabajo por parte de los niños y jóvenes que asisten a la escuela, forzándolos a dejarla de manera prematura (Alcaraz, 2020). Los jóvenes que se ven forzados a salir de la escuela, debido a crisis económicas temporales o presiones domésticas, pueden retornar una vez que los flujos de ingreso, o las demandas de cuidados y/o trabajo doméstico, se hayan restablecido y su trabajo ya no sea necesario (Blanco, 2014: 488). En tales casos, el retorno escolar está motivado por el deseo de recuperar los años escolares perdidos y evitar una pérdida de estatus socioeconómico. Retornar a la escuela bajo estas circunstancias resulta en el mismo nivel de logro educativo esperado de no haberse presentado la interrupción. En cambio, el retorno escolar a edades mayores puede ser una respuesta ante la pérdida de trabajo. El desempleo puede proveer las motivaciones y el tiempo para obtener capacitación adicional como un esfuerzo para asegurar un nuevo empleo. Algunos estudios han mostrado que, en el caso de las mujeres, el divorcio, la viudez o la enfermedad de largo plazo o la discapacidad de la pareja pueden motivar el retorno a la escuela para obtener nuevas habilidades y así incrementar sus posibilidades de ingreso en el mercado laboral (Bradburn, Moen y Dempster-McClain, 1995; Deutsch y Schmertz, 2011; Felmler, 1988; Marini, 1984b). En estos ejemplos el retorno escolar está motivado por el deseo de recuperarse de un contratiempo económico y evitar pérdidas de estatus socioeconómico en el largo plazo; no es un esfuerzo por experimentar movilidad social ascendente.

Una segunda perspectiva, la de las desventajas y ventajas acumulativas, se enfoca en cómo los recursos y las ventajas, disponibles en las etapas tempranas de la vida, tienen efectos acumulativos a lo largo del curso de vida que llevan a mayores disparidades entre cohortes conforme los individuos envejecen (Dannefer, 2003 y 2020; Giudici y Pallas, 2014; O’Rand y Henretta, 1999). Los recursos de los padres son críticos en la determinación del logro educativo de los hijos. Además de cubrir los costos financieros de las colegiaturas y otros gastos asociados con la escuela, los padres sirven de modelo de la importancia de la educación para la movilidad ocupacional y fijan las expectativas de lo que puede lograrse. Los padres con mayor nivel educati-

vo también proveen información y orientación para una exitosa trayectoria educativa (Sandefur, Eggerling-Boeck y Park, 2005; Schoeni y Ross, 2005). Solís y Blanco (2014a) encontraron que los jóvenes de orígenes sociales más bajos presentaban mayor riesgo de dejar la escuela a edades más tempranas y eran menos propensos, en comparación con los jóvenes de orígenes sociales más altos, de retornar en edades posteriores, lo que los colocaba en una doble desventaja. A edades mayores, los costos de la educación media y superior incluyen no sólo la colegiatura y otros gastos relacionados con la asistencia a la escuela, sino también los costos de tiempo y de oportunidad. Los niveles educativos más avanzados, que frecuentemente se cursan a edades más avanzadas cuando los adultos están trabajando, implican un intercambio en términos del tiempo dedicado a la escuela y a estudiar, y el tiempo dedicado al trabajo y/o a las tareas domésticas (Jepsen y Montgomery, 2012). Estos intercambios o costos de oportunidad son mayores cuando se asiste a la escuela de tiempo completo, pero también existen para los programas de tiempo parcial. La posibilidad de renunciar a un sueldo para dedicar tiempo al estudio depende de los ingresos del hogar. Los costos reales y de oportunidad del retorno a la escuela a edades mayores implican que no sea una opción para trabajadores con bajos sueldos (Osam, Bergman y Cumberland, 2017). De manera contraria, para los hogares con mayores ingresos, el retorno escolar puede incrementar su capacidad de generar ingresos llevando a que crezcan, aún más, las desigualdades educativas y de ingresos.

En este capítulo situamos estas dos perspectivas, la perspectiva de las contingencias económicas y la perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas, dentro de la perspectiva del curso de vida. Nos centramos en tres componentes: la estructuración del curso de vida a través de roles, la influencia de los recursos familiares en el tiempo y las secuencias de las principales transiciones en el curso de vida, y la influencia de las experiencias tempranas en el curso de vida sobre los resultados en edades posteriores (Elder, Johnson y Crosnoe, 2003). Los roles comprenden comportamientos, responsabilidades y obligaciones, aprendidos y normativos, que se asocian con las estructuras e

instituciones sociales (Fussell y Furstenberg, 2005; Pallas, 2004). Los roles de mayor interés en la perspectiva del curso de vida son el de estudiante, trabajador/empleado/a, esposo/a y padre/madre. Al inicio del curso de vida, en la transición de la adolescencia y dependencia a la adultez e independencia, la secuencia de roles más frecuente es la de estudiante a trabajador, posterior entrada al matrimonio y luego la paternidad/maternidad (Hostetler, Sweet y Moen, 2007; Rindfuss, Swicegood y Rosenfeld, 1987). Esta secuencia de roles es prescrita por las normas sociales y reforzada por reglas y regulaciones institucionales, por ejemplo, la prohibición de la asistencia escolar para adolescentes embarazadas en algunos países. Subyacente a las justificaciones de esta secuencia de roles, se encuentra la preparación necesaria para atender las demandas y responsabilidades asociadas a los distintos roles y las dificultades para cumplir con las obligaciones de múltiples roles cuando las demandas de tiempo entran en conflicto.

La edad y el género son centrales en la estructuración de los roles durante el curso de vida (Hostetler, Sweet y Moen, 2007). Las normas culturales y las leyes definen las edades a las que los individuos son considerados adecuadamente preparados para salir o entrar a los distintos roles. Por ejemplo, la asistencia obligatoria a la escuela y las leyes del matrimonio civil regulan las edades en que los jóvenes deben asistir a la escuela y la edad mínima a la que pueden casarse. Además de ser marcados por la edad, los roles son definidos por el género. El ejemplo clásico en la familia es la asociación del género masculino con el rol de proveedor y el género femenino con el rol de trabajadora doméstica y proveedora de cuidados. La naturaleza de los roles familiares de género implica que las motivaciones y los obstáculos para el retorno escolar varían no sólo por la edad, sino también por las responsabilidades atribuidas a los distintos roles familiares. Por un lado, el rol de proveedor principal y de participante secundario en el trabajo doméstico y de cuidados asignado a los hombres dificulta el retorno a la escuela, pues lleva a la pérdida de ingreso. Por otro lado, los hombres con hijos pueden tener un mayor incentivo para regresar a la escuela y aumentar sus habilidades en

orden de mejorar su capacidad de ingreso (Deutsch y Schmertz, 2011). El rol principal de las mujeres como responsables del trabajo doméstico y de cuidados, y la naturaleza secundaria de su rol como proveedoras de ingreso, implican que la presencia de hijos menores dificulte el retorno a la escuela, en particular cuando hay hijos en edades menores a preescolar (Felmlee, 1988; Hostetler, Sweet y Moen, 2007; Pallas, 2004; Sweet y Moen, 2007; Teachman y Paasch, 1989).

Los roles y las secuencias de estos roles no son rígidos, existen estrategias de adaptación, incluyendo la superposición de roles; sin embargo, la disponibilidad de estrategias depende de los recursos accesibles. Como hemos mencionado, los recursos familiares influyen en el logro educativo, en especial en el retorno a edades mayores y en los mayores niveles educativos en que los costos de asistir a la escuela, directos e indirectos, son mayores. En el caso de las mujeres con hijos pequeños, los recursos disponibles que permiten pagar por el cuidado de los hijos y ayuda con el trabajo doméstico, o la disponibilidad de otras mujeres en la familia, usualmente hijas adolescentes o las madres, son especialmente importantes (Hostetler, Sweet y Moen, 2007).

En resumen, la perspectiva de las contingencias económicas sugiere que: (H1) los eventos que implican una potencial reducción del ingreso del hogar, como desempleo, divorcio o separación, estarían asociados con mayores posibilidades de retornar a la escuela. La perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas sugiere que: (H2) las ventajas que proveen los orígenes sociales altos se asocian con mayores posibilidades de retornar a la escuela, y mayor logro educativo y ocupacional. Además: (H3) el retorno escolar a mayores niveles de educación estaría asociado eventualmente con un mayor logro educacional y ocupacional. Finalmente, la perspectiva del curso de vida sugiere que: (H4) el no estar trabajando para el mercado, estar soltero y las edades tempranas estarían asociados con mayores posibilidades de retornar a la escuela. Entre las mujeres: (H5) la presencia de hijos pequeños en el hogar estaría asociada con menores posibilidades de retorno, mientras que: (H6) la presencia de la madre en el hogar se asociaría con mayores posibilidades de retorno. En las

siguientes secciones ponemos a prueba estas hipótesis usando las historias de vida retrospectivas recolectadas en la EDER 2017.

MÉTODOS Y DATOS

Estrategia de análisis

El análisis se divide en cuatro partes. Primero proveemos estadísticas descriptivas básicas para los individuos que retornaron a la escuela, incluyendo el logro educativo y el tiempo promedio fuera de la escuela antes de retornar. Como parte de nuestro enfoque en el curso de vida y en la influencia de los antecedentes familiares tempranos, examinamos la distribución del rol de estudiante por separado y en combinación con los roles familiares y de empleo. Este análisis se realizó según el origen social para los individuos con trayectorias educativas ininterrumpidas y para quienes salieron y retornaron a la escuela. También analizamos la distribución del rol de estudiante a diferentes edades, según condición de retorno escolar y por género (por separado y en combinación con los roles familiares y de empleo).

En la segunda etapa, después del análisis descriptivo, ajustamos modelos de regresión logística de riesgo en tiempo discreto para estimar los efectos relativos de los orígenes sociales, el nivel educativo, condición laboral, migración y situación familiar en el riesgo de retorno escolar. Las medidas de migración, condición laboral y situación familiar son cambiantes en el tiempo y reflejan los respectivos estados en cada año-persona. Dado que la unidad de análisis en los modelos de tiempo discreto es el año-persona, modelan el retorno a la escuela de manera dinámica permitiendo que los factores que influyen la decisión de retornar a la escuela cambien en el tiempo.

En la tercera parte del análisis usamos modelos de regresión logística ordinal para probar si el retorno a la escuela se asocia con mayores niveles de logro educativo, controlando por origen social y el contexto local y regional. En específico, probamos si el impacto del retorno escolar en el logro educativo varía por edad

al retorno. Finalmente, en la cuarta sección usamos modelos de regresión logística ordinal para probar si el retorno escolar incrementa las posibilidades de movilidad ocupacional en el largo plazo, controlando por primera ocupación y nivel máximo de estudios alcanzado.

En todos los modelos de regresión multivariada de las tres etapas se estimaron modelos para hombres y mujeres juntos y de manera independiente. En los modelos con hombres y mujeres juntos se incluyó una variable indicando el género para probar la existencia de diferencias significativas entre hombres y mujeres, una vez incluidas las variables adicionales de control en los modelos. También comparamos la dirección y significancia de los coeficientes de los modelos ajustados para hombres y mujeres de manera independiente para verificar si los determinantes del retorno escolar y el logro educativo y ocupacional varían por género de manera substancial. Tanto el análisis descriptivo como los modelos multivariados consideran los pesos muestrales.

Datos

Para el análisis del retorno escolar y el logro educativo, la muestra analítica se restringió a los individuos que habían asistido a la escuela por al menos un año y que habían dejado de asistir a la escuela por al menos un año antes del momento de la encuesta, de manera que estuvieran en riesgo de retornar a la escuela en algún momento de su historia de vida. Para el análisis de movilidad ocupacional, se añadió la restricción de haber trabajado por lo menos dos años, de manera que tuvieran una primera y una última ocupación. Después de remover los casos para los que no se contaba con información de las variables independientes, la muestra analítica para el análisis del retorno escolar y logro educativo incluyó a 9 952 hombres y 12 154 mujeres, quienes representan 92.6 y 92.9% del total de hombres y mujeres en la EDER 2017, respectivamente. La muestra para el análisis ocupacional incluyó a los 9 138 hombres y 8 982 mujeres que tenían información sobre la primera y última ocupación.

Definimos los intervalos de asistencia a la escuela e intervalos fuera de la escuela con base en si el individuo asistió a la escuela en algún momento de cada año-persona. Los intervalos en la escuela incluyeron a estudiantes de tiempo completo tanto como de tiempo parcial. Los intervalos en la escuela terminan con la salida de la escuela, o se consideran censurados por la derecha si la persona todavía estaba en la escuela en el momento de la encuesta. Un intervalo fuera de la escuela comienza en el primer año después de salir de la escuela y termina con el retorno a ella o se considera censurado por la derecha si la persona estaba fuera de la escuela en el momento de la encuesta. Los intervalos fuera de la escuela tienen una duración mínima de un año-persona. Las personas que regresaron a la escuela pueden contribuir al conjunto de datos con más de un intervalo fuera de la escuela. Cerca de uno de cada seis (15.7% de los hombres y 16.5% de las mujeres) de la muestra había regresado a la escuela después de haber estado fuera de ella durante al menos un año. Entre quienes retornaron, la gran mayoría (89.6% de los hombres y 92% de las mujeres) regresó a la escuela sólo una vez. La duración media de los intervalos fuera de la escuela, que terminaron con un retorno a la escuela, fue de 6.8 años, y la edad media al retorno fue de 23.1 años. El retorno a la escuela se produjo en una amplia gama de edades; aproximadamente uno de cada cuatro retornos ocurrió a los 17 años o antes, de igual forma, uno de cada cuatro ocurrió a los 29 años o después.

Definición de variables

Las tres variables dependientes de interés en nuestro análisis fueron el retorno a la escuela, el logro educativo (nivel más alto de educación alcanzado) y el logro ocupacional. El retorno a la escuela es una variable binaria que varía en el tiempo, y los logros educativos y ocupacionales son variables categóricas ordinales. Definimos cinco niveles de educación: primaria, secundaria, preparatoria, licenciatura y posgrado. Definimos cuatro categorías de estatus ocupacional: bajo, medio-bajo, medio-alto y alto, los

cuales fueron construidos a partir de un análisis de perfiles latentes (LPA, por sus siglas en inglés) con tres indicadores: los salarios medios, las puntuaciones según la escala internacional estandarizada de prestigio ocupacional (SIOPS, por sus siglas en inglés) y el índice socioeconómico internacional de estatus ocupacional (ISEI), aplicados a las ocupaciones reportadas en la Encuesta Nacional de Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH) 2019.

Las variables independientes en nuestro análisis incluyeron medidas de origen social, nivel educativo, experiencia laboral y migratoria, estado civil, características familiares, cohorte de nacimiento y contexto local y regional. Para medir los orígenes sociales, utilizamos el Índice de Orígenes Sociales (IOS) que se incluye en la base de datos de la EDER 2017. Es un índice multidimensional que evalúa, en una escala centílica, la posición socioeconómica relativa de cada persona con respecto a los miembros de su cohorte de nacimiento,¹ y es un indicador robusto de la ubicación de las familias de origen en la estratificación social.

También usamos la asistencia a la educación preescolar como una medida del aprendizaje temprano, ya que se asocia con mejores resultados educativos, incluidos un mayor desarrollo cognitivo y rendimiento académico, menor repetición de grado y niveles más altos de escolaridad completa (Unicef, 2016; Pérez Martínez, 2010). Además de las cuatro categorías ocupacionales ordinales, medimos las experiencias de empleo y migración con una variable binaria indicando desempleo durante el año, el número acumulado de empleos, el número acumulado de periodos de desempleo, el número acumulado de migraciones internas y el número acumulado de viajes de migración internacional. Definimos el estado familiar con cuatro categorías de estado civil:

¹ El IOS se calcula según las características del padre y la madre, y del hogar cuando se tenía 15 años de edad. Fue elaborado por Patricio Solís para la EDER, y considera simultáneamente tres dimensiones: *a*) dimensión de estratificación económica (activos del hogar a los 15 años de edad como proxy de riqueza o recursos económicos); *b*) dimensión de estratificación educativa o de “capital cultural” (escolaridad combinada de ambos padres), y *c*) dimensión de estratificación ocupacional (estatus ocupacional del jefe económico del hogar o del padre) (Coubès, Solís y Zavala, 2016b: 30).

soltero/a, en unión consensual, casado/a y divorciado/a (en esta categoría se incluyen separados/as y viudos/as), el número de niños en edades preescolar, niños en edad escolar y niños nacidos vivos. También utilizamos una variable indicadora de la presencia de la madre corresidente en el hogar del encuestado. Definimos cuatro cohortes de nacimiento: 1962-1967, 1968-1977, 1978-1987, 1988-1997, para captar el cambio a lo largo del tiempo en las oportunidades educativas. Para medir el contexto local utilizamos el Índice Absoluto de Intensidad Migratoria (IAIM), que está compuesto de la migración estadounidense a nivel municipal basado en remesas, migrantes en Estados Unidos, migración circular y migración de retorno (Zamora y González, 2014). Además, clasificamos los lugares por tamaño de localidad: menos de 15 000 residentes, 15 000-99 999 y 100 000 y más, y definimos cuatro regiones: Sur, Centro, Norte y Norte-Occidente.² Exploramos otras categorizaciones regionales alternativas, ninguna de ellas produjo resultados sustancialmente diferentes. La clasificación regional pretende medir a un nivel geográfico muy amplio la variación en las oportunidades educativas y de empleo.

RESULTADOS

Estadísticas descriptivas

El cuadro 8.1 presenta el logro educativo de hombres y mujeres según el estado de regreso a la escuela. Las distribuciones de logros educativos antes de regresar a la escuela de hombres y mujeres que sí regresaron a ella son muy similares a las distribuciones de logros educativos de hombres y mujeres que nunca regresaron. Sin embargo, al completar su educación, tanto hombres como mujeres que

² Sur: Campeche, Chiapas, Guerrero, Oaxaca, Quintana Roo, Tabasco, Veracruz, Yucatán; Centro: Ciudad de México, Hidalgo, Estado de México, Morelos, Puebla, Querétaro, Tlaxcala; Norte-Occidente: Aguascalientes, Colima, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, San Luis Potosí, Zacatecas; Norte: Baja California, Baja California Sur, Coahuila, Chihuahua, Durango, Nuevo León, Sinaloa, Sonora, Tamaulipas.

regresaron a la escuela estaban más concentrados en niveles más altos de educación que los hombres y las mujeres que no regresaron. Más de la mitad de los hombres (53.7%) y 44.6% de las mujeres que regresaron a la escuela obtuvieron una educación universitaria o de posgrado, en comparación con 19.6% de los hombres y 19.7% de las mujeres que nunca regresaron después de dejar la escuela. Las diferencias en el logro educativo según condición de retorno a la escuela también fueron considerables en la parte inferior de la distribución educativa. Sólo 1.3% de los hombres y 2.8% de las mujeres que regresaron a la escuela no estudiaron más allá del nivel primaria, en comparación con 21.1% de los hombres y 22.1% de las mujeres que nunca regresaron a la escuela.

Cuadro 8.1. Nivel máximo de educación obtenido por retorno a la escuela y por género

<i>Nivel de educación</i>	<i>Hombres</i>			<i>Mujeres</i>		
	<i>Sin retorno (%)</i>	<i>Con retorno (%)</i>		<i>Sin retorno (%)</i>	<i>Con retorno (%)</i>	
		<i>previo al retorno</i>	<i>último nivel</i>		<i>previo al retorno</i>	<i>último nivel</i>
Primaria	21.1	22.4	1.3	22.1	28.2	2.8
Secundaria	31	29.9	19.2	28.9	28.3	25.4
Preparatoria/ normal básica	28.3	32.9	25.8	29.3	29.5	27.2
Licenciatura/ normal superior	18.9	13.8	42.4	19.2	13.6	34.5
Posgrado	0.7	1	11.3	0.5	0.4	10.1
Número de personas	8480	1472		10180	1974	

Nota: Primaria; Secundaria, estudios técnicos o comerciales con primaria terminada; Preparatoria o bachillerato, estudios técnicos o comerciales con secundaria terminada, acreditó nivel por examen del Ceneval; Licenciatura o profesional, normal básica, normal de licenciatura (superior), estudios técnicos o comerciales con preparatoria terminada; Posgrado, maestría, doctorado.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017. Datos ponderados.

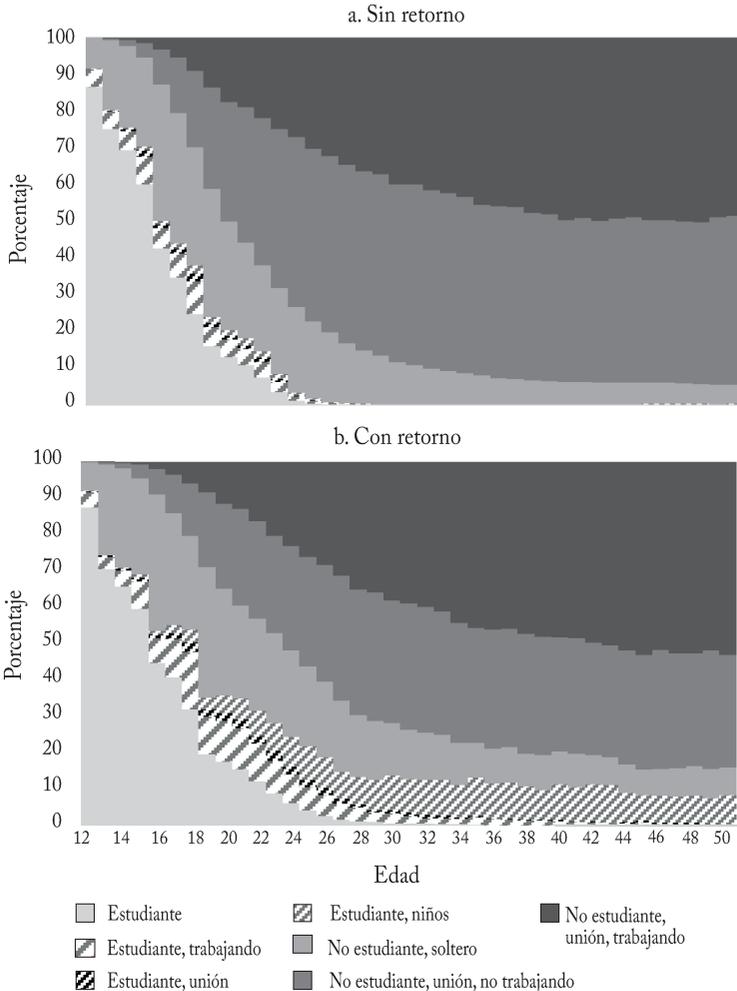
Los resultados del cuadro 8.1 son consistentes con que el retorno a la escuela había sido para alcanzar mayores niveles de

educación y no para recuperar los años de escolaridad perdidos debido a interrupciones tempranas en las trayectorias educativas. Los contrastes en el logro educativo fueron mayores en la parte superior de la distribución educativa, donde 75.7% de los hombres y 80% de las mujeres con un título universitario o profesional corresponden a quienes habían retornado a la escuela (cifras no incluidas en el cuadro 8.1).

Como mencionamos antes, el retorno a la escuela se extiende a lo largo de las distintas edades. La presencia de tasas altas de retorno a la escuela en las edades más avanzadas sólo fue posible cuando los adultos combinaban el rol de estudiante con el rol de trabajador y los roles familiares. Las gráficas 8.3a y 8.3b, y 8.4a y 8.4b presentan las distribuciones de las condiciones de estudiante, trabajador y rol familiar según edad, condición de retorno a la escuela y género. En estas gráficas, los años de vida rellenos en sombreado sólido corresponden a los roles de estudiante, laborales y familiares. La secuencia de roles dominante y, por lo tanto, normativa fue: estudiante, soltero, casado y padre/madre. Para los hombres, los roles familiares se combinaron típicamente con el trabajo, mientras que muchas mujeres en roles familiares no trabajaron fuera del hogar. Los años de vida marcados por líneas diagonales corresponden a los estados de estudiante y trabajador, estudiante y en unión, y estudiante y padre/madre. La combinación del rol del estudiante con los roles laborales y familiares no fue común entre los encuestados que no regresaron a la escuela. Para la mayoría de estos hombres y mujeres, combinar otros roles con el rol de estudiante constituyó un periodo de transición relativamente corto entre las etapas de estudiante y formación familiar en el curso de la vida, siendo la combinación más común la de los roles de trabajador y estudiante. Por el contrario, entre los encuestados que regresaron a la escuela, la combinación de los roles de estudiante con el trabajo y la familia fue más común. Para una minoría significativa de quienes regresaron a la escuela, esta combinación fue parte de la vida familiar adulta y no un periodo de transición. La combinación de los estudios y la paternidad/maternidad fue, de hecho, el estado combinado más común entre estudiantes a finales de sus veintes y edades más avanzadas, y más

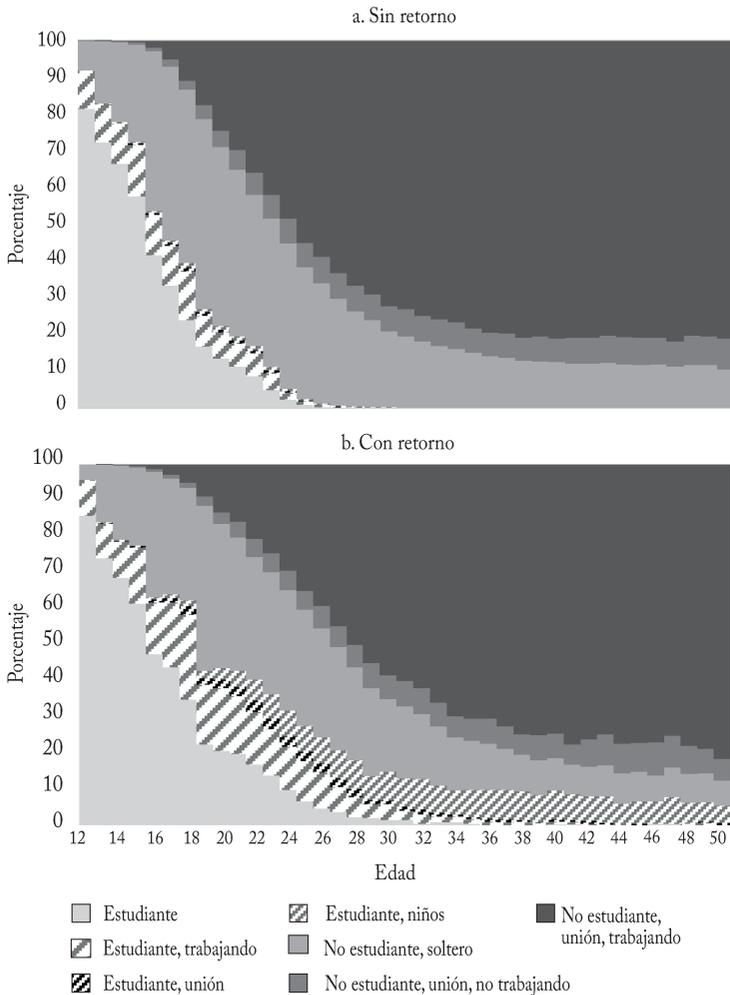
aún entre las mujeres que entre los hombres. El contraste entre retornados y no retornados con respecto a la combinación del rol de estudiante con otros roles es visible al final de la adolescencia y continúa a lo largo de la edad adulta.

Gráficas 8.3. Mujeres: distribuciones de las condiciones de estudiante, trabajadora y rol familiar, según edad, condición de retorno a la escuela y género



Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Gráficas 8.4. Hombres: distribuciones de las condiciones de estudiante, trabajador y rol familiar, según edad, condición de retorno a la escuela y género



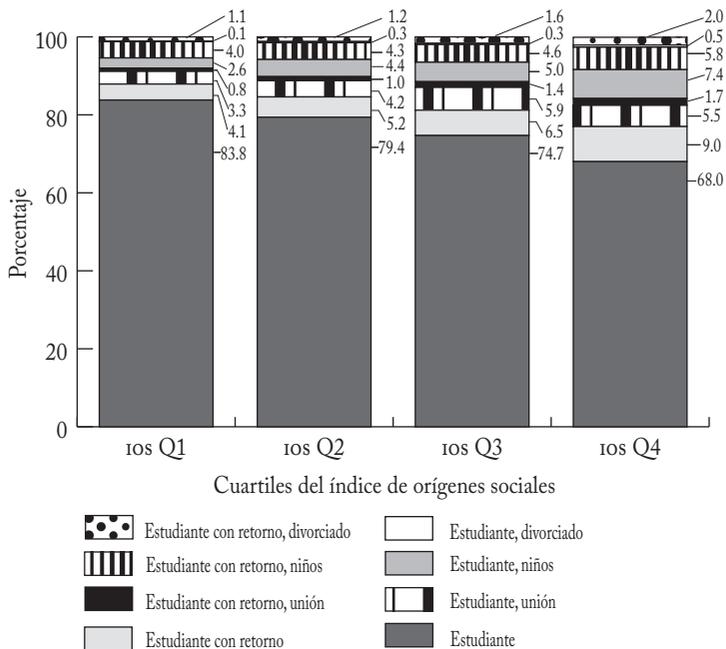
Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En nuestra discusión anterior sobre la relación entre el retorno a la escuela y el logro educativo, notamos que la relación era consistente con la idea del uso del retorno a la escuela como

estrategia para alcanzar niveles más altos de educación y no como un esfuerzo por recuperarse de interrupciones tempranas en las trayectorias educativas. También hemos visto que entre las personas que regresaron a la escuela, el estatus de estudiante frecuentemente se combinaba con los roles familiares y, en particular, con la paternidad/maternidad. En esta sección, ampliamos el análisis explorando la asociación del rol de estudiante y la condición de retorno a la escuela con los orígenes sociales.

La gráfica 8.5 presenta la distribución de los años de vida estudiantil por cuartiles del IOS, que incluye cuatro combinaciones con el rol de estudiante: estudiante, estudiante y en unión, estudiante con hijos/as y estudiante divorciado (incluidos separados o viudos). Las cuatro combinaciones del rol de estudiante se diferenciaron posteriormente según la condición de retorno a la escuela. En los cuatro cuartiles de orígenes sociales, el estatus de estudiante por sí solo fue el estatus de estudiante predominante, variando desde un máximo de 83.8% de años de vida estudiantil en el cuartil más bajo hasta 68% de años de vida estudiantil en el cuartil más alto. Sin embargo, existe un patrón claro de una prevalencia creciente de roles combinados de estudiante y familia con orígenes sociales más altos. Además, las prevalencias de retorno a la escuela y la combinación de roles de estudiante y familia fueron más altas en el cuartil de orígenes sociales mayor. Entre los encuestados en el cuartil de origen social más bajo, 4.1% de los años de vida estudiantil correspondió a estudiantes retornados que aún no habían asumido roles familiares, y 5% de los años de vida estudiantil correspondió a retornados en uniones y a estudiantes retornados con hijos. Entre los encuestados en el cuartil de origen social más alto, 9% de los años de vida estudiantil correspondió a retornados que aún no habían asumido roles familiares, y 7.5% de los años de vida estudiantil correspondió a retornados en uniones y retornados con hijos. La mayor prevalencia del retorno a la escuela y el retorno a la escuela combinado con el matrimonio y la paternidad/maternidad en los orígenes sociales más altos es nuevamente consistente con una asociación positiva entre el retorno a la escuela y las aspiraciones de movilidad.

Gráfica 8.5. Distribución de los años de vida estudiantil por cuartiles del ios



Fuente: elaboración con datos de la EDER 2017.

Nuestro análisis descriptivo revela un alto grado de conformidad con una secuencia bien ordenada de los roles al inicio del curso de vida, con la gran mayoría de las personas experimentando una transición del rol de estudiante a un periodo relativamente corto de soltería y posterior salida de la escuela, seguida por matrimonio y luego la llegada de las/os hija/os. Alrededor de 18% de los adultos experimentó una combinación del rol de estudiante con el laboral o los roles familiares. Sin embargo, la prevalencia de roles estudiantiles y laborales o familiares superpuestos varió ampliamente según la condición de retorno a la escuela. Sólo 11.2% de los adultos que nunca regresaron a la escuela combinó el rol de estudiante con el laboral y/o el familiar en algún momento de sus vidas; en comparación con 55.3% de

los adultos que sí regresó a la escuela. Muchos de los individuos que regresaron a la escuela regresaron como adultos, a edades mayores cuando ya estaban unidos y/o con hijos/as.

En general, la prevalencia del retorno a la escuela y la distribución de los logros educativos entre los adultos que regresaron a la escuela fueron muy similares entre hombres y mujeres. También encontramos que los hombres y las mujeres que regresaron a la escuela muestran un patrón muy similar de edad al retorno y que combinaron el rol de estudiante con el laboral y los roles familiares en prevalencias similares. En contraste con lo observado por género, los orígenes sociales explicaron parte de la variación en la prevalencia de roles superpuestos (estudiantiles, laborales y familiares) y el retorno a la escuela. Alrededor de 10% de los adultos en el cuartil de origen social más bajo regresaron a la escuela en algún momento de sus vidas, en comparación con 18.5% de los adultos en el cuartil más alto. La prevalencia de roles estudiantiles y laborales o familiares superpuestos fue dos veces mayor entre los adultos del cuartil de origen social más alto, en comparación con los adultos del más bajo (32% en comparación con 16.2%, respectivamente). En las siguientes secciones, revisamos los resultados de los modelos de regresión multivariada que usamos para identificar los principales determinantes del retorno a la escuela y para examinar el impacto del retorno escolar en el logro educativo y ocupacional.

ANÁLISIS MULTIVARIADO

Retorno escolar

El modelo de riesgo logístico en tiempo discreto estimó los efectos relativos de las covariables sobre la probabilidad (o el riesgo) de regresar a la escuela en cada año-persona. El riesgo de retorno comenzó el primer año en que las personas estaban fuera de la escuela. El cuadro 8.2 presenta los coeficientes estimados del modelo que considera a hombres y mujeres de manera conjunta, y los modelos para hombres y mujeres por separado.

Las medidas de experiencia laboral y migratoria, estado civil, número de hijos y madre corresidente se introdujeron al modelo como variables rezagadas un año. Los resultados de la muestra combinada de hombres y mujeres muestran que, de acuerdo con lo planteado por la perspectiva de desventajas y ventajas acumulativas, tanto el IOS como la asistencia a la educación preescolar se asociaron con probabilidades significativamente más altas de retornar a la escuela. Además, a medida que aumentaba el nivel de educación, la probabilidad de retornar disminuía y era aún más baja entre las personas que tenían un nivel universitario o posgrado. La probabilidad de retorno también fue menor entre las personas que estaban trabajando, excepto por las personas que trabajaban en ocupaciones de mayor estatus, quienes mostraron una probabilidad significativamente mayor de retornar a la escuela con respecto a las personas que no estaban trabajando. Las personas que experimentaron un periodo de desempleo en el año anterior tuvieron una menor probabilidad de regresar a la escuela.

El número de migraciones internas se asoció con una probabilidad significativamente mayor de regresar a la escuela, mientras que la experiencia migratoria a Estados Unidos no tuvo ningún efecto. La edad de salida de la escuela no tuvo un efecto significativo en la probabilidad de regresar a la escuela, pero los efectos de la duración y la duración al cuadrado fueron significativos e indican una disminución progresivamente menor con el tiempo en la posibilidad de regresar a la escuela. De acuerdo con el análisis descriptivo, no encontramos evidencia de un efecto de género significativo. Con respecto a las variables del estado familiar, en comparación con las personas solteras, la probabilidad de retorno a la escuela fue significativamente menor entre hombres y mujeres en uniones consensuales y matrimoniales, pero no significativamente diferente entre los adultos divorciados. De forma contraria a las expectativas, el número de niños/as menores de 6 años en el hogar no tuvo ningún impacto en la probabilidad de retorno, pero la probabilidad de retorno aumentó significativamente con el número de niños/as de 6 a 18 años. Tener una madre residente en el hogar también aumentó significativamente la

probabilidad de regresar a la escuela. De acuerdo con el aumento en la educación secundaria y superior a lo largo del tiempo que se muestra en la gráfica 8.1, los adultos nacidos en las dos cohortes más recientes tenían probabilidades significativamente más altas de regresar a la escuela que los adultos nacidos en la cohorte más temprana. Con respecto al lugar de residencia, vivir en áreas urbanas de 15 000 o más habitantes se asoció con una probabilidad significativamente mayor de reincorporación a la escuela y los individuos del Norte del país tienen una menor probabilidad de retorno en comparación con los individuos en el Sur, una vez incluidas las variables de control (cuadro 8.2).

Cuadro 8.2. Coeficientes estimados del modelo de regresión de riesgo logístico en tiempo discreto que predice el retorno a la escuela

	<i>Hombres y</i>		<i>Mujeres β</i>		<i>Hombres β</i>		<i>Mujeres β</i>	
<i>Orígenes sociales</i>								
ios	0.414	***	0.486	***	0.359	***		
Asistencia a la educación preescolar	0.196	***	0.307	***	0.12			
<i>Nivel escolar (previo al retorno a la escuela)¹</i>								
Primaria (ref.)								
Secundaria	-0.267	***	-0.341	***	-0.203	**		
Preparatoria	-0.293	***	-0.34	**	-0.278	**		
Licenciatura/posgrado	-1.378	***	-1.653	***	-1.22	***		
<i>Condición laboral²</i>								
No trabaja (ref.)								
Ocupación baja	-0.58	***	-0.754	***	-0.386	***		
Ocupación medio-baja	-0.523	***	-0.666	***	-0.403	***		
Ocupación medio-alta	-0.213	***	-0.439	***	0.067			
Ocupación alta	0.518	***	0.237		0.757	***		
Desempleo en el año	-0.374	**	-0.094		-0.554	**		

	<i>Hombres y Mujeres β</i>		<i>Hombres β</i>		<i>Mujeres β</i>	
<i>Experiencia migratoria</i>						
Número de migraciones internas	0.16	***	0.168	***	0.156	***
Número de migraciones internacionales (viajes)	-0.002		-0.01		0.086	
<hr/>						
<i>Duración (años) fuera de la escuela</i>	-0.201	***	-0.238	***	-0.169	***
<i>Duración al cuadrado</i>	0.004	***	0.005	***	0.004	***
<i>Edad</i> ³	-0.011		-0.001		-0.019	
<i>Mujer</i>	-0.027					
<hr/>						
<i>Estado civil</i> ²						
Soltero/a (ref.)						
Union consensual	-0.815	***	-0.981	***	-0.68	***
Casado/a	-0.431	***	-0.395	***	-0.38	***
Divorciado/a	-0.071		-0.13		-0.063	
<hr/>						
<i>Número de niños 0-5 años</i> ²	-0.043		0.159	*	-0.143	**
<i>Número de niños 6-18 años</i> ²	0.246	***	0.252	***	0.217	***
<i>Madre corresidente</i> ²	0.143	**	0.099		0.181	*
<hr/>						
<i>Cohorte de nacimiento</i>						
1962-1967 (ref.)						
1968-1977	0.069		-0.119		0.192	
1978-1987	0.345	***	0.043		0.56	***
1988-1997	0.68	***	0.358	**	0.92	***
<hr/>						
<i>Contexto local y regional</i>						
IAIM ⁴	0.008		-0.017		0.024	*
Localidad menos de 15 000 (ref.)						
Localidad 15 000-99 999	0.184	**	0.131		0.222	**
Localidad 100 000 o más	0.359	***	0.314	***	0.383	***
Sur (ref.)						
Centro	-0.074		0.09		-0.183	*
Norte	-0.352	***	-0.179	*	-0.468	***
Norte-Occidente	-0.108		0.089		-0.237	**

	<i>Hombres y Mujeres β</i>	<i>Hombres β</i>	<i>Mujeres β</i>
Constante	-3.3 ***	-3.016 ***	-3.551 ***
Pseudo R^2	0.104	0.142	0.082
Número de años-persona	434002	191889	242113
Número de personas	22106	9952	12154

*** $P < 0.01$, ** $P < 0.05$, * $P < 0.10$.

¹ Primaria; Secundaria, estudios técnicos o comerciales con primaria terminada; Preparatoria o bachillerato, estudios técnicos o comerciales con secundaria terminada, acreditó nivel por examen del Ceneval; Licenciatura o profesional, normal básica, estudios técnicos o comerciales con preparatoria terminada, normal de licenciatura (superior); Posgrado, maestría, doctorado.

² Rezagada, variante en el tiempo.

³ Edad al inicio del intervalo fuera de la escuela.

⁴ Índice absoluto de intensidad migratoria.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017. Datos ponderados.

Al analizar los resultados de los modelos estimados por separado para hombres y mujeres encontramos que las diferencias en los efectos de las covariables están presentes en todos los niveles: individual, familiar y local. A nivel individual, la relación negativa entre el nivel educativo y la probabilidad de retorno se presentó principalmente para los hombres. Entre las mujeres, la relación negativa sólo se presentó a nivel universitario y de posgrado. Con respecto a la experiencia laboral, la relación negativa entre el empleo y el retorno a la escuela sólo se observó para las mujeres en los dos niveles ocupacionales más bajos (en comparación con los tres niveles más bajos para los hombres). En lo que corresponde a la parte superior de la distribución ocupacional, las mujeres tenían una probabilidad significativamente mayor de regresar a la escuela respecto de las mujeres que no estaban trabajando fuera del hogar. El efecto negativo del desempleo sobre el retorno a la escuela sólo se presentó para las mujeres. También hubo diferencias importantes en las variables de situación familiar para hombres y mujeres. Entre los hombres, la presencia de niños/as menores de 6 años aumentó la probabilidad de regresar a la escuela, mientras que entre las mujeres se asoció con una menor probabilidad de retorno. El efecto positivo de tener a la madre

residente en el hogar sólo se observó para las mujeres y no para los hombres. El patrón de los efectos de cohorte también fue diferente para hombres y mujeres, lo que refleja la igualdad en el acceso a la educación secundaria y superior a lo largo del tiempo. Con respecto al lugar de residencia, los efectos positivos de vivir en lugares urbanos sobre la probabilidad de regresar a la escuela fueron más evidentes para las mujeres que para los hombres. De hecho, para los hombres, el efecto del contexto urbano se observó sólo para lugares de 100 000 o más habitantes.

Los resultados del modelo que predice el retorno a la escuela muestran un fuerte sustento para la perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas y la perspectiva del curso de vida. De acuerdo con lo planteado en la H2, las ventajas tempranas en forma de recursos familiares (ios y asistencia a la educación preescolar) y tener un alto estatus ocupacional en la edad adulta aumentan las posibilidades de regresar a la escuela. De acuerdo con las hipótesis H4, H5 y H6, los roles, estados y recursos del ciclo de vida también fueron predictores significativos del retorno a la escuela. Las posibilidades de regresar a la escuela disminuyeron cuando las personas contrajeron matrimonio o uniones consensuales y cuando comenzaron a trabajar, excepto para quienes estaban en las ocupaciones de mayor estatus. Tener hijos/as también cambió las posibilidades de regresar a la escuela, y de manera diferente para hombres y mujeres. Tener hijos/as en edad escolar proporcionó una fuerte motivación para que hombres y mujeres regresaran a la escuela, pero tener hijos/as menores de 6 años sólo aumentó las posibilidades de retorno para los hombres. Para las mujeres, tener hijos/as pequeños/as reduce las posibilidades de regresar a la escuela. La función de sostén de la familia proporcionó una fuerte motivación para que los hombres regresaran a la escuela con la finalidad de aumentar los ingresos, mientras que las funciones domésticas de las mujeres actuaban como un obstáculo. Sin embargo, las mujeres que tenían a su madre co-residente en el hogar tenían una mayor probabilidad de regresar a la escuela, probablemente porque la madre podía ayudar con el cuidado de los niños/as y otras tareas domésticas. El sustento para la perspectiva de las contingencias económicas (H1) fue

mixto. En lugar de proporcionar una motivación para el retorno a la escuela, el desempleo redujo las posibilidades de regresar a ella, pero solamente para las mujeres. Sospechamos que el desempleo dificulta pagar los costos financieros de los programas de educación de adultos. Sin embargo, de acuerdo con la perspectiva de las contingencias económicas, encontramos evidencia de que los individuos divorciados tenían la misma probabilidad de regresar a la escuela que los individuos solteros y tenían probabilidades significativamente mayores de regresar a la escuela respecto a los individuos en uniones matrimoniales o consensuales.

Logro educativo

A continuación, examinamos el impacto del retorno escolar en el nivel más alto de escolaridad alcanzado. El cuadro 8.3 presenta los coeficientes estimados, correspondientes a los modelos de regresión logística ordinal que predicen el logro educativo. De manera similar a lo que encontramos en el caso del retorno a la escuela, nuestras dos medidas del origen social, el IOS y la asistencia a preescolar, se asociaron con niveles significativamente más altos del logro educativo. El retorno a la escuela mostró diferentes impactos en el logro educativo según la edad a la que ocurrió. Los jóvenes que regresaron a la escuela a los 15 años o menos no alcanzaron niveles de educación diferentes en comparación con los jóvenes que nunca regresaron a la escuela. Sin embargo, las personas que regresaron a la escuela entre los 16 y 18 años, y a los 19 años o más tenían una probabilidad significativamente mayor de alcanzar niveles más altos de educación respecto a las personas que nunca regresaron a la escuela. La magnitud estimada del coeficiente asociado con el retorno a la escuela, a los 19 años y más, fue más del doble respecto al coeficiente asociado con el retorno a la escuela entre los 16 y 18 años. Al igual que en el caso del retorno a la escuela, no encontramos evidencia de un efecto de género significativo una vez controlando por las otras variables.

Cuadro 8.3. Coeficientes estimados del modelo de regresión logístico-ordinal que predice nivel escolar¹

	<i>Hombres y mujeres β</i>		<i>Hombres β</i>		<i>Mujeres β</i>	
<i>Orígenes sociales</i>						
ios	1.176	***	1.148	***	1.206	***
Asistencia a la educación preescolar	0.759	***	0.857	***	0.678	***
<i>Retornado edad 15 años o menos</i>	0.01		0.198		-0.141	
<i>Retornado edad 16-18 años</i>	0.952	***	0.992	***	0.937	***
<i>Retornado edad 19 años o más</i>	2.106	***	2.338	***	1.97	***
<i>Mujer</i>	-0.049					
<i>Cohorte de nacimiento</i>						
1962-1967 (ref.)						
1968-1977	0.09		-0.092		0.258	***
1978-1987	0.38	***	0.007		0.702	***
1988-1997	0.815	***	0.386	***	1.187	***
<i>Contexto local y regional</i>						
IAIM ²	0.004		-0.014		0.019	
Localidad menos de 15 000 (ref.)						
Localidad 15 000-99 999	0.289	***	0.274	***	0.305	***
Localidad 100 000 o más	0.332	***	0.257	***	0.397	***
Sur (ref.)						
Centro	-0.225	***	-0.224	***	-0.216	***
Norte	-0.043		-0.072		-0.02	
Norte-Occidente	-0.384	***	-0.424	***	-0.353	***
Constante 1	-0.98		-1.309		-0.65	
Constante 2	0.91		0.62		1.218	
Constante 3	2.75		2.433		3.09	

	<i>Hombres y mujeres β</i>	<i>Hombres β</i>	<i>Mujeres β</i>
Constante 4	6.336	6.071	6.678
Pseudo R^2	0.192	0.196	0.193
Número de personas	22 106	9 952	12 154

***P < 0.01, **P < 0.05, *P < 0.10.

¹ Primaria; Secundaria, estudios técnicos o comerciales con primaria terminada; Preparatoria o bachillerato, estudios técnicos o comerciales con secundaria terminada, acreditó nivel por examen del Ceneval; licenciatura o profesional, normal básica, estudios técnicos o comerciales con preparatoria terminada, normal de licenciatura (superior); Posgrado, maestría, doctorado.

² Índice absoluto de intensidad migratoria.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017. Datos ponderados.

También, de manera similar al caso del retorno a la escuela, las posibilidades de alcanzar niveles más altos de educación fueron mayores en los lugares urbanos respecto a los lugares rurales y a las localidades pequeñas. Además, encontramos que, una vez que controlamos por los orígenes sociales y otros factores, las probabilidades de alcanzar niveles más altos de escolaridad eran menores en el Centro y Norte-Occidente en comparación con el Sur. En un modelo que incluía sólo la región, los resultados fueron inversos, con un nivel educativo significativamente más alto en todas las regiones en comparación con el Sur.³ Los resultados de los modelos para hombres y mujeres fueron en esencia los mismos, con la excepción de la cohorte: el nivel educativo aumentó significativamente en todas las cohortes de mujeres, mientras que entre los hombres sólo fue significativamente mayor en la cohorte más reciente.

Los resultados de los modelos que predicen el logro educativo brindan evidencia adicional para la perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas y para las hipótesis H2 y H3. Además de estar asociadas con una mayor probabilidad de retorno a la

³ En el modelo que incluyó únicamente las regiones, las probabilidades de retorno escolar fueron significativamente mayores para la región Centro y Norte-Occidente respecto a la región Sur. La probabilidad de retorno escolar en la región Norte no fue diferente de manera significativa de la probabilidad en la región Sur.

escuela, las ventajas sociales tempranas también se asociaron con alcanzar un mayor nivel educativo. El retorno a la escuela a los 16 años o más, especialmente a los 19 años o más, se asoció con un mayor logro educativo, incluso después de tomar en cuenta las ventajas sociales tempranas. Estos resultados indican que las ventajas educativas que brindan los recursos familiares y la educación preescolar se magnifican aún más en edades más avanzadas por sus efectos positivos sobre las posibilidades de regresar a la escuela. El retorno a la escuela a los 15 años o menos se asoció con interrupciones tempranas en las trayectorias educativas y funcionó sólo para recuperar los años de escolaridad perdidos, no mejoró el logro educativo final.

Movilidad ocupacional

En nuestro análisis final estimamos el efecto del retorno a la escuela en el logro ocupacional entre los hombres y las mujeres que tuvieron una ocupación durante dos o más años. El cuadro 8.4 presenta los coeficientes estimados con los modelos de regresión logística ordinal que predicen el nivel ocupacional más reciente. El modelo incluyó nuestras dos medidas de origen social, nivel más alto de educación alcanzado, nivel de la primera ocupación, número total de trabajos, número total de episodios de desempleo, número total de migraciones internas, número total de viajes migratorios a Estados Unidos, duración entre la primera ocupación y la más reciente, edad al inicio de la primera ocupación, género femenino, número total de hijos, cohorte de nacimiento, IAIM, tamaño de la localidad y región. Las variables de lugar corresponden al año de la ocupación más reciente. Incluimos interacciones entre retorno escolar y nivel preparatoria, y retorno escolar y educación superior, para permitir que el efecto del retorno a la escuela en el logro ocupacional varíe según los niveles de educación. En el contexto de las interacciones, el efecto principal para los retornados midió el efecto del retorno a la escuela para aquellos que completaron la educación secundaria o menos. El efecto principal para los retornados más el término de interacción para los retornados

y nivel de preparatoria midieron el efecto de regresar a la escuela entre aquellos que completaron un nivel de educación preparatoria, y el efecto principal para los retornados más el término de interacción para los retornados y la educación superior midieron el efecto de regresar a la escuela entre aquellos que completaron una educación universitaria o de posgrado.

Cuadro 8.4. Coeficientes estimados del modelo de regresión logístico ordinal que predice el nivel de la última ocupación, entre los adultos que alguna vez han trabajado

	<i>Hombres y mujeres β</i>		<i>Hombres β</i>		<i>Mujeres β</i>	
<i>Orígenes sociales</i>						
Índice de orígenes sociales	0.263	***	0.287	***	0.248	***
Asistencia a la educación preescolar	0.030		0.003		0.109	
<i>Nivel escolar¹</i>						
Primaria (ref.)						
Secundaria	0.292	***	0.432	***	0.082	
Preparatoria	0.571	***	0.735	***	0.348	***
Licenciatura/posgrado	1.843	***	1.878	***	1.642	***
<i>Retornado</i>	-0.152		-0.182		-0.089	
<i>Retornado x preparatoria</i>	0.395	**	0.271		0.432	**
<i>Retornado x licenciatura/postgrado</i>	0.330	*	0.274		0.443	**
<i>Primera ocupación</i>						
Ocupación baja (ref.)						
Ocupación medio-baja	1.680	***	1.263	***	2.212	***
Ocupación medio-alta	2.871	***	2.202	***	3.764	***
Ocupación alta	5.113	***	4.525	***	5.878	***
<i>Número acumulado de empleos</i>	0.187	***	0.176	***	0.173	***
<i>Número acumulado de periodos de desempleo</i>	-0.397	***	-0.083		-0.530	***

	<i>Hombres y mujeres</i> β		<i>Hombres</i> β		<i>Mujeres</i> β	
<i>Experiencia migratoria</i>						
Número de migraciones internas	0.030		0.056	**	0.009	
Número de migraciones internacionales (viajes)	-0.175	***	-0.215	***	-0.086	
<i>Duración (años trabajados)</i>	0.009	***	0.011	***	0.008	**
<i>Edad a la primera ocupación</i>	-0.007	*	0.003		-0.005	
<i>Mujer</i>	-0.327	***				
<i>Número de niños nacidos</i>	-0.072	***	-0.018		-0.136	***
<i>Contexto local y regional</i>						
Índice absoluto de intensidad migratoria	-0.006		-0.040	***	0.025	*
Localidad menos de 15 000 (ref.)						
Localidad 15 000-99 999	0.143	**	0.212	**	0.118	
Localidad 100 000+ Sur (ref.)	0.221	***	0.286	***	0.195	**
Centro	0.089		0.300	***	-0.108	
Norte	0.076		0.247	***	-0.094	
Norte-Occidente	0.116	*	0.337	***	-0.099	
Punto de corte 1	0.595		0.968		0.817	
Punto de corte 2	3.042		3.060		3.792	
Punto de corte 3	5.848		6.043		6.437	
Pseudo R ²	0.297		0.262		0.348	
Número de personas	18120.000		9138.000		8982.000	

*** P < 0.01, ** P < 0.05, * P < 0.10.

¹ Primaria; Secundaria, estudios técnicos o comerciales con primaria terminada; Preparatoria o bachillerato, estudios técnicos o comerciales con secundaria terminada, acreditó nivel por examen del Ceneval; Licenciatura o profesional, normal básica, estudios técnicos o comerciales con preparatoria terminada, normal de licenciatura (superior); Posgrado, maestría, doctorado.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017. Datos ponderados.

Conforme a lo observado para el logro educativo, el IOS se asoció con un mayor nivel de logro ocupacional, incluso después de controlar por educación y primera ocupación. La asistencia a preescolar, sin embargo, no tuvo un efecto significativo en el logro ocupacional, después de controlar por las otras variables. Como era de esperarse, la educación tuvo un efecto positivo y significativo en el logro ocupacional. El efecto de la educación en el logro ocupacional fue especialmente fuerte para los niveles universitario y de posgrado. El efecto del retorno a la escuela sobre el logro ocupacional estuvo condicionado por el nivel de educación alcanzado. El retorno a la escuela entre las personas que no pasaron de la educación secundaria no tuvo un efecto significativo en el logro ocupacional. Sin embargo, más allá del nivel secundario, el retorno a la escuela se asoció con niveles ocupacionales más altos, incluso después de controlar por la primera ocupación. Según lo esperado, el nivel de la primera ocupación era un predictor muy fuerte del nivel ocupacional más reciente, especialmente entre aquellos que tuvieron su primera ocupación en el nivel más alto. El número de puestos de trabajo ocupados se asoció con niveles ocupacionales más altos, mientras que el número de episodios de desempleo se asoció con niveles ocupacionales más bajos.

En contraste con los modelos que analizan el retorno a la escuela y el logro educativo, en los modelos que predicen el logro ocupacional encontramos un efecto de género significativo. Las mujeres tenían una probabilidad significativamente menor de ascender a ocupaciones de mayor nivel que los hombres. También observamos importantes diferencias de género en los determinantes del logro ocupacional en los modelos con muestras separadas por género. Las interacciones positivas entre el retorno a la escuela y los niveles de educación superior sólo fueron significativas en la muestra femenina, y el número de episodios de desempleo y de hijos/as nacidos/as vivos/as tuvieron efectos negativos significativos en el logro ocupacional sólo en el caso de las mujeres. Por su parte, la experiencia migratoria y el contexto local y regional tuvieron efectos significativos en el logro ocupacional sólo en el caso de los hombres. Para los hombres, el

número de migraciones internas aumentó la probabilidad de un mayor logro ocupacional. La experiencia migratoria individual a Estados Unidos y el vivir en una comunidad con una alta intensidad migratoria hacia Estados Unidos redujeron la probabilidad de un mayor logro ocupacional. Los tres efectos regionales (Centro, Norte y Norte-Occidente) también fueron positivos y significativos en el caso de los hombres, pero no significativos para las mujeres.

Los resultados del modelo que analizó el logro ocupacional brindan evidencia adicional para la perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas y la hipótesis H2. Los recursos familiares tempranos, medidos por el IOS, aumentaron la probabilidad de tener una ocupación de mayor nivel. Además de los primeros recursos familiares, muchos de los determinantes del logro ocupacional tenían un componente de género, lo que es coherente con la perspectiva del curso de vida. El retorno a la escuela mejoró las posibilidades de alcanzar una ocupación de nivel superior más allá de sus efectos en el logro educativo, pero sólo para las mujeres en niveles de educación superiores. La concentración de los beneficios del retorno a la escuela en la parte superior de la distribución educativa también es consistente con la perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas y muestra cómo las ventajas tempranas se pueden acumular a lo largo de la vida. También encontramos que sólo las mujeres, y no los hombres, experimentaron las consecuencias negativas del desempleo frecuente y de tener hijos/as en el logro ocupacional. A diferencia de las mujeres, para los hombres los mercados laborales, medidos por el tamaño de la localidad y la región, fueron determinante-mente importantes para el logro ocupacional.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Al utilizar la encuesta EDER 1998, Pérez Baleón y Lindstrom (2014) encontraron que 10.3% de los adultos mexicanos había regresado a la escuela al menos una vez. En el presente análisis con la EDER 2017, encontramos que 16.1% de los encuestados

había regresado a la escuela al menos una vez, un aumento de aproximadamente 60%. Con la continua urbanización de la economía mexicana y la creciente demanda de trabajadores calificados y altamente educados, esperamos que la prevalencia del retorno a la escuela continúe creciendo en los próximos años. Con este crecimiento surgen diversas preguntas: ¿quién tendrá acceso a programas de educación superior y continua? y si ¿volver a la escuela a edades más avanzadas reducirá o aumentará las disparidades en las oportunidades de logro educativo y ocupacional? Pérez Baleón y Lindstrom (2014) encontraron que las posibilidades de regresar a la escuela eran significativamente más altas entre los individuos con padres que tenían ocupaciones profesionales u otras ocupaciones no manuales, y Blanco (2014) encontró que el retorno a la escuela se asoció con un nivel socioeconómico más alto. La perspectiva de las desventajas y ventajas acumulativas sostiene que los recursos en una etapa temprana de la vida pueden proporcionar distintas ventajas que pueden acumularse a lo largo de ésta y dar lugar a mayores disparidades a medida que las edades de las personas aumentan. Medimos los recursos tempranos con el IOS, una medida compuesta de recursos familiares y comunitarios, y asistencia a la escuela preescolar. Encontramos una fuerte evidencia de que los recursos tempranos no sólo se asociaron con mayores probabilidades de retorno a la escuela, el logro de niveles más altos de educación y el logro de ocupaciones de nivel superior, sino que los efectos positivos de estos primeros recursos se incrementaron aún más por los efectos positivos adicionales en el logro educativo y ocupacional de retornar a la escuela en niveles superiores de educación. El retorno a la escuela a edades tempranas no proporciona ventaja alguna con respecto al logro educativo u ocupacional entre los jóvenes que experimentaron interrupciones tempranas en sus trayectorias educativas. Más aún, en el caso de las mujeres, a edades mayores el desempleo reduce las oportunidades de retornar a la escuela para volver a capacitarse, contrario a incrementarlas, como lo predecía la perspectiva de las contingencias económicas.

Aunque no encontramos evidencia de diferencias de género en la probabilidad de retornar a la escuela ni en el impacto del

retorno a la escuela en el logro educativo, sí encontramos diferencias de género sustanciales en el efecto del retorno a la escuela en el logro ocupacional. Las mujeres que regresaron a la escuela y alcanzaron un nivel de educación superior presentaban muchas más probabilidades de obtener ocupaciones de mayor nivel. Este efecto positivo fue más allá de lo que predijo la educación únicamente. Una posible explicación del impulso ocupacional adicional asociado con el retorno a la escuela es la selección. Las mujeres que regresaron a la escuela, completaron la educación superior y estaban en la fuerza laboral pueden haber estado altamente motivadas y seleccionadas positivamente por otras características no medidas que se asociaron con el éxito ocupacional. Los estudios realizados en otros países han encontrado un mejor rendimiento académico, salarios más altos y crecimiento salarial mayor entre los adultos que retornan a la escuela, aun controlando por experiencia laboral y educación, y han atribuido este resultado a la selección positiva por motivación (Huang, Xy y Zhu, 2019; Leppel, 1984; Park, 2011). También es posible que las mujeres que regresaron a la escuela tuvieran acceso a otros recursos familiares no medidos que les proporcionaron una ventaja tanto en el retorno a la escuela como en el éxito educativo y ocupacional, tal como sugiere lo observado con las mujeres con una madre corresidente, quienes tenían más probabilidades de regresar a la escuela.

Encontramos que la gran mayoría del retorno a la escuela se produjo a los 16 años o más, y que el retorno a la escuela a estas edades se asoció con niveles de educación más altos, especialmente cuando el retorno se produjo a los 20 años o más. La evidencia sugiere que el retorno a la escuela no se asoció principalmente con interrupciones tempranas en las trayectorias educativas, sino más bien con los esfuerzos por combinar un mayor nivel educativo con los roles del curso de vida familiar como ser pareja, padre/madre y/o sostén económico de la familia. No encontramos evidencia consistente de que el retorno a la escuela opere como un mecanismo de nivelación con respecto al logro educativo u ocupacional. Si bien encontramos que las posibilidades de regresar a la escuela eran más altas entre los adultos divorciados, separados

y viudos, estas personas constituían una proporción relativamente pequeña de los adultos que regresaban a la escuela. Nuestros resultados indican que el retorno a la escuela sirve como una ruta hacia el avance educativo y ocupacional para muchos adultos, especialmente para las mujeres con niveles más altos de educación. Sin embargo, nuestros hallazgos también sugieren la presencia de barreras socioeconómicas significativas para regresar a la escuela a edades más avanzadas, que no sólo obstaculizan el papel de la educación en edades adultas como un mecanismo de nivelación, sino que en realidad exacerban las disparidades socioeconómicas. Es posible que para muchos trabajadores en trabajos poco calificados existan pocos retornos salariales asociados con obtener mayor educación y que esto desaliente el retorno a la escuela, de manera que los incentivos para regresar a ella existen, únicamente o en mayor medida, para quienes se ubican en la parte superior de las distribuciones educativa y ocupacional.

9. TRANSICIONES DESIGUALES: ANÁLISIS DEL PRIMER INGRESO AL MERCADO LABORAL EN MÉXICO

*Virginia Lorenzo Holm**

INTRODUCCIÓN

La literatura especializada se ha centrado en analizar el primer trabajo o la primera historia laboral, pero no existe consenso sobre la relevancia de uno u otra ni la influencia que tienen sobre la trayectoria posterior. En esta oportunidad destacamos como objeto de estudio al primero por constituir el signo más claro de ingreso al mundo del trabajo (Blau y Duncan, 1967; Lomnitz, 1975). Suscribimos la perspectiva teórico-metodológica del curso de vida que considera la entrada al mercado laboral como un cambio de estado en la trayectoria vital de las personas, dado por la primera experiencia biográfica de trabajo, que constituye uno de los eventos cruciales de la transición a la adultez (Blanco, 2002; Elder, 1998; Elder, Johnson y Crosnoe, 2003; Echarri y Pérez Amador, 2007).

La primera vez que se asume el rol de trabajador/a marca una primera adquisición de posición social, el inicio de la carrera ocu-

* Candidata a doctora por el Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México. Agradezco a Fiorella Mancini, María Eugenia Zavala, Patricio Solís y Santiago Cardozo por sus valiosas aportaciones a este trabajo.

pacional y el primer momento en que las trayectorias laborales comienzan a bifurcarse en función de las desigualdades sociales y de género, cuya reproducción ya se manifiesta. Al respecto, toda la literatura especializada da cuenta de un mercado de trabajo para los jóvenes caracterizado por la precariedad, la informalidad y los bajos ingresos. Como si esto fuera poco, su vulnerabilidad aumenta cuando provienen de un origen socioeconómico deficitario y empeora cuando presentan logros educacionales insuficientes para competir en el mercado laboral (Mancini, 2016b; Mora y De Oliveira, 2014; Solís y Blanco, 2014b).

En este sentido, Saraví (2009) da cuenta que el empleo juvenil en México se va bifurcando hacia los 25 años de edad, cuando observa la consolidación de la desigualdad social entre jóvenes cuyas trayectorias truncadas quedan en la precarización, mientras que aquellos más favorecidos logran acceder a mejores empleos. Sin embargo, Solís (2012) ha demostrado que la clase social de origen pierde importancia en la explicación de la clase social de destino, cuando se controla por la educación y el nivel económico. Esto refuerza la necesidad de profundizar cómo juegan las variables estructurales clásicas en la primera entrada al trabajo, con la nueva evidencia que nos provee la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017 que permite observar en las diferencias generacionales y territoriales como nunca antes, además de contrastar por sexo, generación y origen social.

En este marco, si bien las trayectorias y transiciones laborales pautan las educativas, conyugales y reproductivas porque los dominios vitales se encuentran vinculados (Blanco, 2002; Blossfeld *et al.*, 2005), nos interesa aquí dar cuenta de otro sentido de la relación. En particular, buscamos describir y explicar cuándo y cómo se experimentan las primeras transiciones al trabajo según los determinantes que esperamos ordenen, modulen y estructuren la entrada al mercado laboral. Para ello, realizamos análisis longitudinales que permiten contrastar calendarios e intensidades y estimamos la dependencia temporal del primer trabajo en función de sus principales condicionantes: origen social, escolaridad, situación familiar, cambio histórico y contexto geográfico.

Cabe acotar que, en adelante, referimos como “trabajo” a la esfera “productiva” del mercado laboral, aunque el doméstico y de cuidados sean también trabajo, pero no remunerado (De Barbieri, 1989; Durán, 2012 y 2018; García Guzmán, 2019; García, Pacheco y Blanco, 1995; García, Blanco y Pacheco, 1999; Pacheco, 2013; Pedrero, 2018; Rodríguez y Cooper, 2005).

PREGUNTAS E HIPÓTESIS

Las preguntas que orientan este estudio son: ¿de qué manera se diferencia la primera transición al mercado laboral de varones y mujeres?, ¿cuál es el papel de los orígenes sociales?, ¿cómo juega la concomitancia con las trayectorias y las transiciones en otros dominios del curso de vida (escolar y familiar)?, ¿se observa un proceso histórico de cambio, convergencia y menor desigualdad?, ¿en qué medida inciden los contextos geográficos?, ¿y la identidad étnica?, ¿difieren estos efectos según sexo?

Para responderlas pasamos a desarrollar nuestras hipótesis, formuladas con base en la literatura especializada que no es posible exponer aquí por lo que remitimos a las referencias.

H1: transiciones segmentadas por sexo

A pesar del incremento en la participación laboral femenina entre las generaciones más jóvenes, mientras prácticamente la totalidad de los varones se inserta en el mundo laboral, entre las mujeres todavía existe un grupo que nunca experimenta la transición al mercado de trabajo (ILO, 2016; Inmujeres, 2005). Además de esta brecha de género en la intensidad, aún entre quienes entran esperamos encontrar diferentes calendarios, ya que el primer ingreso al trabajo suele ocurrir a edades más tempranas en los varones que en las mujeres, quienes alcanzan sus máximos periodos de actividad más tardíamente, por los ciclos de maternidad (Christenson, García y De Oliveira, 1989; Mier y Terán, 1992).

H2: desigualdades asociadas al origen social diferenciadas por sexo

Sabemos que las personas provenientes de los orígenes sociales más privilegiados experimentan inserciones laborales tardías, típicamente por mantenerse en el rol de estudiante a tiempo completo durante más tiempo; esto, a su vez, permite acumular credenciales educativas que posiblemente les darán acceso a transiciones más protegidas; mientras que las transiciones tempranas se asocian a empleos con niveles altos de precariedad y rotación, pero bajos en calificación y remuneración (Brunet, 2015; Colmex, 2018; Solís, 2018). Asimismo, esperamos que las diferencias entre varones y mujeres se diversifiquen en función de los orígenes sociales, que las brechas de género en la participación laboral se presenten socialmente estratificadas, y que las mujeres de estratos más altos puedan compensar parcialmente desigualdades de género con privilegio de clase (Mancini, 2016a; McGinn y Eunsil, 2017; Shalev, 2009; Torche, 2015; Triano, 2012; Yaschine, 2017).

H3: la escuela “protege” de la entrada al trabajo

Los niveles de escolarización han aumentado de manera generalizada con el paso del tiempo histórico y las nuevas generaciones permanecen más tiempo en el sistema educativo que sus mayores (Blanco, 2013; Inegi, 2010). Esto se traduce en un retraso de los calendarios de transición de la escuela al trabajo de quienes se encuentran asistiendo a algún centro educativo, que a su vez ingresarán al mercado laboral en menor medida que aquellos que ya no concurren (Fernández y Alonso, 2014; Solís, 2012). Aunque los riesgos de salir de la escuela suelen ser mayores para las mujeres, esperamos que los efectos de asistir no difieran respecto a los varones (Ariza y De Oliveira, 2005; Brunet, 2016).

H4: efectos inversos de los factores familiares por sexo

A pesar del cambio histórico, persiste la división sexual del trabajo tradicional que asigna a los varones el rol de proveedor y a las mujeres el de cuidadora a cargo de las responsabilidades domésticas (Blanco y Pacheco, 2003; De Oliveira y García, 2017; Rendón, 2003; Suárez, 1992). Esto se traduce en pautas de determinación asociadas a las transiciones y trayectorias conyugales y reproductivas distintas, e incluso opuestas, entre los sexos (Blanco y Pacheco, 1998; García y Pacheco, 2000; Kupinsky, 1977). En concreto, esperamos que encontrarse en unión conyugal y tener hija/os pequeña/os incremente la entrada al mercado laboral de los varones y disminuya la de las mujeres (Levy, Gauthier y Widmer, 2013; Márquez y Mora, 2014; Parrado, 2006; Steele, 2011).

H5: cambios y persistencias en el tiempo histórico

Sabemos que el paso de las generaciones conlleva cambios en las pautas de la participación laboral a lo largo del tiempo. Ya mencionamos el incremento de la edad media a la que se entra al mercado laboral asociado al aumento generalizado de la escolarización. Respecto a las diferencias por sexo, el crecimiento de la presencia femenina en la fuerza laboral debiera evidenciarse en una mayor proporción de mujeres que ingresa al trabajo en las generaciones recientes frente a las antiguas (Ariza y De Oliveira, 2002, 2003 y 2014; García y De Oliveira, 1994, 2001b y 2006; Parrado y Zenteno, 2005; Pedrero y Rendón, 1982). A su vez, esperamos que el cambio histórico se manifieste en una mayor convergencia de las transiciones femeninas con las de sus pares masculinos, pero con gran heterogeneidad de las mujeres entre sí (Mancini, 2017; Mier y Terán *et al.*, 2016).

H6: desigualdades territoriales

La estructura regional de oportunidades distribuye el bienestar social y estratifica las posibilidades de acceso a bienes y servicios como la calidad de la vivienda, la oferta educativa disponible y la configuración del mercado laboral. La polarización geográfica y la heterogeneidad espacial mexicanas se ubican entre las más altas de Latinoamérica, lo cual conlleva un fuerte y persistente efecto del lugar de residencia sobre las opciones que enfrentan sus pobladores (Bebbington *et al.*, 2016; Pereira y Soloaga, 2016). Es de esperar que estas diferencias regionales polaricen la inserción laboral femenina más que la masculina, en favor del ingreso al trabajo para las mujeres urbanas y del centro del país respecto a las rurales y residentes en zonas alejadas de la ciudad capital (Cosío Zavala, 1994; García y Pacheco, 2014a; Mier y Terán, 2014; Quilodrán, 1991; Rendón, 2002).

MÉTODO Y DATOS

Utilizamos los microdatos de la EDER levantada en 2017 por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) que permite reconstruir y secuenciar trayectorias educativas, laborales y familiares de personas pertenecientes a distintas generaciones mexicanas, nacidas entre 1962 y 1997, para poder establecer adecuadamente las relaciones de interés. Los mencionados datos secundarios resultan apropiados para generalizar los resultados a nivel nacional, a la vez que permiten procesamientos estadísticos complejos dado el gran tamaño de la muestra ($n = 33.021$ casos). El diseño muestral fue probabilístico, trietápico, estratificado y por conglomerados, en última instancia fueron seleccionadas personas que residen en viviendas particulares, con base únicamente en la unidad territorial de muestreo, el sexo y las edades. El universo refiere a la población mexicana, hombres y mujeres, que al momento del levantamiento tenía entre 20 y 54 años de edad. Las unidades de análisis no son individuos sino 886 976 años-persona (Inegi, 2018c).

Para dar cabal cuenta del entrelazamiento de las trayectorias vitales y los vínculos entre el nivel individual y social, utilizamos herramientas de la metodología “historia de eventos” que permiten considerar tanto variables fijas como cambiantes en el tiempo. Específicamente, realizamos un conjunto de “análisis de supervivencia” al primer trabajo, con el propósito de describir los distintos “ritmos” con que se produce la entrada a la actividad laboral, marcada por el evento que produce el cambio de estado entre nunca haber trabajado y asumir, por primera vez, el rol de trabajador/a.

Centramos los análisis longitudinales en dos dimensiones que resultan clave para caracterizar el ingreso al trabajo: intensidad y calendario. La intensidad del evento reporta la proporción acumulada de quienes experimentan el tránsito a estar en su primer trabajo, indica si la persona ingresa al mercado laboral o no en cada duración de tiempo. Los calendarios permiten contrastar las edades a las que ocurren las entradas al mercado laboral con el fin de visualizar diferencias y semejanzas.

En particular, estimamos los riesgos de experimentar la transición a partir de un conjunto de determinantes mediante modelos de tiempo discreto. Estas regresiones logísticas múltiples permiten controlar simultáneamente los factores asociados al evento de interés (primera inserción laboral), así como incorporar la dimensión temporal a partir de la consideración de los calendarios de ocurrencia de la variable dependiente y la incorporación de las variables independientes relevantes (Blossfeld, Golsch y Rohwer, 2007; Blossfeld y Rohwer, 2002; Solís, 2013a).

Definición de variables

Definimos como variable dependiente a la primera experiencia biográfica de trabajo que cada persona entrevistada ha tenido, como aquel evento único y no renovable que marca la ocurrencia de la primera inserción laboral. En concreto, definimos la variable de tiempo al evento para la transición al trabajo a partir de la edad retrospectiva, en años cumplidos, habida por la persona

encuestada al momento de su primer empleo cronológico, sin diferenciar por características como duración, jornada o seguridad social.

Consideramos indistintamente los trabajos de carácter fijo y aquellos temporales que duraron menos de un año. Fundamos esta decisión en que al considerar únicamente los trabajos mayores a un año, encontramos que alrededor de una cuarta parte de los primeros empleos muestran características que evidenciarían transiciones bastante más favorables que las experimentadas; a saber, más tardías y hacia posiciones más calificadas. En cambio, al incorporar los trabajos de tipo temporal se observan calendarios más tempranos y acceso a puestos más precarios que al tomar en cuenta únicamente aquellos fijos, lo cual se adecúa mejor a nuestros propósitos en esta oportunidad, si bien resultaría pertinente analizar sólo trabajos fijos y comparar sus características en otra investigación.

Respecto al conjunto de variables independientes consideradas relevantes a partir de nuestro marco teórico, preferimos mantenerlo sin cambios en la totalidad de los modelos e incluirlas como controles, más allá de la significancia estadística específica de cada una en cada oportunidad. Esto con el fin de mantener un enfoque analítico único que permita discutir de manera consistente los efectos observados y facilite los contrastes según sexo y cohorte. Dicho esto, en el cuadro 9.1 definimos el conjunto de variables que utilizaremos.

Decisiones y modelos

Es necesario mencionar que si bien la EDER es representativa para hacer inferencias sobre el conjunto de la población del país, el marco muestral definido resulta en un truncamiento dado por las edades mínima y máxima de la población encuestada, la cual limita los contrastes entre cohortes. Por este motivo, entre las cohortes más jóvenes existe una censura por la derecha que implica que un conjunto de eventos no podrán ser observados, no porque se sepa que no vayan a ocurrir, sino porque al momento de la

entrevista aún no han ocurrido. De hecho, aun entre las cohortes mayores existe la limitante de que las trayectorias pueden analizarse únicamente hasta la edad de la persona al momento de ser encuestada, lo cual no implica necesariamente que en el futuro en la historia de vida esto pudiera variar significativamente.

Cuadro 9.1. Definición de variables

<i>Variable</i>	<i>Categorías</i>	<i>Descripción</i>
<i>Fijas</i>		
Sexo	Varón Mujer	Indica el sexo de Ego, no reporta identidad de género.
Cohorte	1962-1967 1968-1977 1978-1987 1988-1997	Agrupar a las personas según su año de nacimiento. Los grupos de edades al momento de la encuesta resultan: 20 a 29, 30 a 39, 40 a 49 y 50 a 54 años (cumplidos). Con fines comparativos retomamos la definición de Inegi (2018) para la presentación de resultados de la EDER 2017.
Origen social	Bajo Medio Alto	Índice de Orígenes Sociales (IOS): medida resumen de carácter multidimensional elaborada por Solís (2012, 2013b, 2017b), adecuada para indicar las condiciones socioeconómicas de la familia de origen y su posición en la estratificación educativa, ocupacional y económica. Agrupada en terciles.
Lengua indígena	No hablante Habla	Reporta la autodeclaración de la persona entrevistada respecto a su identificación lingüística, según si (no) habla alguna lengua indígena y (no) pertenece a algún pueblo indígena.
<i>Cambiantes en el tiempo</i>		
Edad al primer trabajo	10-14 / 15-17 / 18-20 / 21-24 / 25-29 / 30-39	Edad retrospectiva en años cumplidos al momento del evento de interés y agrupada para maximizar la comparabilidad, por razones estadísticas (probabilidades acumuladas estimadas con la edad continua y en tramos) y teóricas (Mier y Terán, 1992).

<i>Variable</i>	<i>Categorías</i>	<i>Descripción</i>
Unión e hija/o menor a 6 años	Sin unión ni hija/o	Indica la situación familiar retrospectiva para cada año según si se encontraba o no en alguna unión conyugal y corresponsabilidad con su pareja, además de si tenía o no algún/a hijo/a menor a 6 años de edad, momento que identificamos marca un descenso paulatino en la demanda de cuidados asociada al comienzo de la etapa escolar (Giudici y Gauthier, 2013; Steele, 2011).
	Unida/o sin hija/o	
	Sin unión con hija/o	
	Unida/o con hija/o	
Número de hija/os	0 y 1	Indica la cantidad total de hijos/as que ha acumulado la persona entrevistada en cada duración. Marcamos el umbral por razones estadísticas y sustantivas (Levy, Gauthier y Widmer, 2013).
	2 y más	
Nivel educativo	Hasta primaria	Indica el máximo nivel educativo alcanzado por la persona entrevistada en cada duración. Agrupamos niveles de estudio equivalentes sin considerar la diversificación curricular: no distinguimos entre enseñanza general y educación técnica ni educación terciaria universitaria.
	Secundaria	
	Media superior	
	Superior o más	
Escuela	No asiste	Reporta para cada año retrospectivo si la persona entrevistada se encontraba o no escolarizada según si concurría a estudiar de modo presencial en algún centro educativo.
	Asiste	
Localidad	Rural	Indica el tamaño de localidad retrospectiva del lugar de residencia para cada año según el censo vigente. Fijamos umbral de habitantes en: rural, 14 999 y menos; urbana, 15 000 y más.
	Urbana	
Región (de residencia cada año en México)	Norte	Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Baja California Sur, Sinaloa, Nayarit, Durango, Zacatecas, Jalisco, Colima, Michoacán, San Luis Potosí, Aguascalientes.
	Centro	Ciudad de México, Estado de México, Morelos, Puebla, Hidalgo, Guanajuato, Querétaro, Tlaxcala.
	Sur	Guerrero, Oaxaca, Chiapas, Veracruz, Quintana Roo, Yucatán, Campeche, Tabasco.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Por estos motivos, si bien el cuestionario pregunta a partir de los 5 años de edad, establecemos el conjunto en riesgo de transitar al trabajo fijando como límite inferior los 10 años de edad; para excluir casos atípicos de trabajo a edades prematuras. Además, para la estimación de los modelos truncamos los datos a los 39 años de edad, para excluir los posteriores a ese límite superior. Preferimos dejar fuera los años-persona de 40 a 54 porque implican sesgos por transiciones a edades muy tardías y celdas con insuficiente cantidad de casos, que representan problemas en la estimación de los modelos, dado que los ingresos laborales a edades posteriores ocurren muy raramente entre las mujeres y prácticamente nunca entre los hombres. Por el contrario, en los análisis descriptivos sí consideramos la totalidad del conjunto en riesgo e incorporamos recuentos parciales a los 29 y 20 años de edad, con el fin de maximizar la ilustración de los contrastes y lograr la efectiva comparabilidad entre cohortes, respectivamente (cuadro 9.2). Esto requiere tomar con cautela ciertos contrastes para la generación más reciente, puesto que existen efectos de calendario que pueden parecer de intensidad, como detallaremos en los análisis que siguen.

En este sentido, al momento de ser encuestadas habrá un conjunto de personas que todavía no ha tenido un primer empleo, por ser muy jóvenes aún o porque nunca se insertarán al mercado de trabajo. El primer factor presumiblemente tendrá un sesgo por orígenes sociales y el segundo por sexo, debido a la conocida selectividad de las mujeres que ingresan al mercado de trabajo (Blossfeld y Hofmeister, 2006; Levy y Widmer, 2013; Mancini, 2019), es decir, a diferencia del ingreso entre los varones que se da en casi todos ellos (97.4%); en las mujeres, aquellas que experimentan la transición al primer empleo (88.6%) asumen un conjunto de características sociodemográficas que las distingue de aquellas que nunca entran al trabajo (11.4%), quienes quedan fuera de nuestros análisis, motivo por el cual cabe señalar esta limitante. Estudiaremos únicamente a aquellas mujeres que sí han entrado al mercado laboral, por un año completo o de manera temporal, porque privilegiamos analizar sus calendarios y temporalidades, así como los efectos diferenciales por sexo en el pri-

mer ingreso al trabajo. Al respecto, sabemos que para lograr una perspectiva completa de la evolución de la participación laboral de las mujeres en el tiempo histórico y dar cabal cuenta de las implicancias de la autoselección femenina, es necesario caracterizar a todas las mujeres incluyendo este “tipo” particular de ellas, desafío que supera nuestras posibilidades en esta oportunidad y queda pendiente para futuras investigaciones.

Sobre esto, hemos señalado que las trayectorias y transiciones asumen características particulares en función de los roles de género típicamente vinculados al sexo, que se evidencian en resultados donde algunas variables independientes presentan efectos distintos según se es varón o mujer, que en algunos casos asumen sentidos inversos. Por ende, el ajuste de modelos generales operaría promediando estos coeficientes, subestimando las diferencias por sexo e invisibilizando ciertos efectos. El ajuste de modelos por separado permite evidenciar con mayor claridad la incidencia de los determinantes de interés, tal como sugieren antecedentes empíricos que dan cuenta de las diferencias por sexo (Mancini, 2017; Pedrero, 2018; Solís y Blanco, 2014b; Yaschine, 2017). Entonces, estimamos los modelos por separado para varones y mujeres, lo cual resulta en la estrategia analítica más adecuada por motivos teóricos y estadísticos. En la misma línea, al incorporar la cohorte de nacimiento como variable independiente, así como en las interacciones relevantes, se difuminan los efectos del cambio histórico, motivo por el cual estimar modelos para cada cohorte resulta la mejor solución para nuestros propósitos.

En relación con el ajuste de los modelos, decidimos incorporar dos efectos de interacción: la edad al primer trabajo con los orígenes sociales y éstos con la situación familiar. Cabe acotar que todos los efectos de los modelos ocurren en el sentido esperado y el ajuste es bueno (cuadro 9.3). Asimismo, corresponde señalar que todas las variables independientes incluidas resultan estadísticamente significativas para dar cuenta de las características que asume la entrada al trabajo. Sin embargo, para algunas categorías puntuales no podemos afirmar que las diferencias respecto a la de referencia sean distintas de cero.

En adelante analizamos el primer ingreso al trabajo para poder establecer de qué manera varones y mujeres comienzan a diferenciarse desde su historia laboral más temprana. En primer lugar, describimos las intensidades y los calendarios de entrada al mercado laboral; en segundo término, ajustamos modelos logísticos de tiempo discreto para estimar la magnitud de la incidencia de los diversos factores considerados sobre los riesgos de experimentar o no la transición; por último, detallamos los resultados más importantes.

CARACTERIZACIÓN DEL PRIMER INGRESO AL MERCADO LABORAL

Para comprender los rasgos que asume la entrada al trabajo, necesitamos antes que nada conocer quiénes, cuántos y cuándo experimentan la primera transición profesional. Para ello, en esta sección caracterizamos dicho evento a partir de los principales determinantes que inciden en el comienzo de la vida laboral y condicionan sus temporalidades. En términos generales, las tendencias por sexo se comportan como esperábamos respecto a los efectos de intensidad y de calendario. Al final de esta sección presentamos el cuadro 9.2 que resume los estadísticos descriptivos y las gráficas 9.1 a 9.4 con los calendarios.

Para empezar, observamos que el riesgo de transición al trabajo es mayor para varones que para mujeres a todas las edades, en todos los estratos sociales y para todas las cohortes. Si contrastamos la proporción que comenzó a trabajar antes de los 30 años de edad, cerca de la totalidad de los varones encuestados (96.7%), así como la amplia mayoría de las mujeres (82.7%), ha tenido al menos un trabajo. A dicha edad, 76.3% de las mujeres de familias más desfavorecidas, 83.6% de aquellas provenientes de hogares con ios medio y 89% entre las privilegiadas ya había tenido un primer empleo. Al contrastar por cohorte de nacimiento, a los 30 años ya había entrado al mercado laboral 78.2% de las mujeres de la más antigua (1962-1967), 79.4% de la intermedia (1968-1977), 86.3% de la reciente (1978-1987) y 83.8% de la más joven (1988-1997). En oposición, entre los varones a la misma edad, el

ingreso al trabajo ya es casi total y prácticamente sin variaciones entre estratos sociales ni cohortes¹ (cuadro 9.2).

Respecto a la edad de entrada al mercado laboral mexicano, es siempre menor para varones que para mujeres, lo cual se traduce en calendarios masculinos más tempranos que los femeninos, pero con diferencias importantes según cohorte y origen social. Quienes nacieron en las cohortes antiguas muestran ingresos al trabajo acelerados y tempranos que se suavizan sobre los 18 años, mientras en las cohortes recientes entran al mercado laboral más lenta y tardíamente (cuadro 9.2). Con el paso del tiempo se ha dado una tendencia a retrasar la edad de entrada al trabajo, lo cual se evidencia en curvas menos pronunciadas entre las cohortes más jóvenes en las edades tempranas, con una elevación hacia los 18 años que coincide con el fin normativo de la enseñanza media superior, a la que las nuevas generaciones acceden más que antes.

En el caso de los varones, la brecha que separa las funciones de supervivencia tiende a ser cada vez menor y llega a desaparecer porque alcanzan una proporción acumulada de entrada al trabajo casi total hacia los 20 años de edad en todas las cohortes (gráfica 9.3) y sobre los 25 años en todos los niveles de IOS (gráfica 9.1). A más bajo IOS, más temprano y concentrado su calendario: son los varones de orígenes desventajosos quienes presentan las menores edades al comienzo de la vida activa. En cambio, los que provienen de hogares familiares en posiciones más favorables tienden a ingresar al mercado laboral de manera tardía, por lo que las transiciones a edades más altas indican un privilegio de origen al hacer posible una mayor escolarización. Estas tendencias permiten entender la entrada al trabajo para el caso de los varones, pero resultan insuficientes para dar cabal cuenta de las mujeres.

¹ A los 20 años de edad observamos una diferenciación por orígenes sociales también entre los varones, pero está dada en gran medida por efectos de calendario (cuadro 9.2). Asimismo, si bien la diferencia por sexo no cambia, posiblemente en la cohorte más joven estemos subestimando la intensidad, debido a que muchas personas no habrían experimentado la transición al momento de la entrevista, pero es de esperar que lo hagan en el mediano plazo y aún más cuando se trata de mujeres, quienes tienden a ingresar al trabajo de manera más tardía que los varones.

Mientras las transiciones masculinas se concentran en todas las cohortes a edades relativamente tempranas, entre las mujeres hay algunas que aún a edades muy tardías acceden a su primer trabajo.² Esto se evidencia al contrastar las diferencias entre primer y tercer cuartil, que acumulan la cantidad de años que demora en ingresar al mercado laboral la mitad central de cada grupo social (cuadro 9.2). Los rangos intercuartílicos resultan bastante más amplios para las mujeres que para los varones, si bien la distancia se acorta en las cohortes recientes; en los varones rondan alrededor de cinco años en todos los niveles de ingresos, pero en las mujeres la diferencia varía. A modo de ejemplo, entre las mujeres de orígenes sociales más desventajosos, 25% tiene su primer empleo antes de los 15 años y entre las del grupo social alto, esta proporción se alcanza a los 18 años de edad. En contrapartida, llegan a 75% a los 23 años, mientras las del sector bajo lo hace recién a los 27 años, con rangos de 5 y 12 años, respectivamente.

Observamos un fuerte cambio en la tendencia femenina hacia los 18 años: mientras que las del ingreso medio y alto aceleran el ritmo, las de orígenes sociales bajo comienzan a suavizar la entrada al trabajo (gráfica 9.2). De este modo se invierten las curvas bifurcándose con un incremento de la función de ingreso al trabajo para las mujeres de ingreso alto y medio frente a un estancamiento de las del bajo, al igual que entre las mujeres de las cohortes recientes respecto a sus mayores (gráfica 9.4). Por ejemplo, 10% de mujeres que ingresan primero al mercado laboral en cada una de las cohortes, lo va haciendo alrededor de un año más tarde que aquellas comparables de la generación previa. En el extremo opuesto, las que experimentan la transición más tarde, percentil 90 en cada una de las generaciones, lo hacen casi una década antes que sus pares de la cohorte anterior (cuadro 9.2).

² Corresponde señalar que aunque las transiciones se han ido concentrando en lapsos más cortos de tiempo a medida que cambia la historia, es posible que esto se deba a un efecto espurio dado por la edad máxima observada en cada cohorte y no necesariamente a un cambio real.

Cuadro 9.2. Primer ingreso al mercado laboral. Edad y porcentaje de entrada al trabajo, según sexo, origen social y cohorte

<i>Cuantiles</i>	<i>IOS</i>											
	<i>General</i>			<i>Bajo</i>			<i>Medio</i>			<i>Alto</i>		
	<i>Varones</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>									
Percentil 10	12.0	13.8	12.7	10.7	12.1	11.0	12.2	14.3	13.1	14.2	15.9	15.2
Primer cuartil (p25)	14.9	16.3	15.7	13.1	15.1	14.1	14.9	16.4	15.7	16.7	17.9	17.3
Segundo cuartil (p50)	17.5	18.9	18.3	16.1	18.1	17.1	17.2	18.7	18.1	18.6	19.9	19.1
Tercer cuartil (p75)	19.6	23.9	21.8	18.5	26.7	20.7	19.2	23.4	20.8	21.4	23.4	22.7
Percentil 90	23.2	38.3	28.7	20.8	49.3	38.1	22.4	35.1	28.3	24.6	28.1	25.9
Rango int. (p75-p25)	4.7	7.6	6.1	5.5	11.7	6.6	4.3	7.0	5.1	4.7	5.5	5.3
<i>Ingreso al trabajo</i>												
Total	97.4%	88.6%	92.5%	98.0%	83.0%	89.5%	98.0%	90.0%	93.5%	96.2%	93.1%	94.6%
A los 30 años de edad	96.7%	82.7%	89.0%	97.4%	76.3%	85.4%	97.3%	83.6%	89.7%	95.4%	89.0%	92.0%
A los 20 años de edad	83.6%	63.4%	72.5%	91.1%	64.6%	76.1%	86.7%	67.3%	75.9%	73.3%	58.4%	65.4%

<i>Cuantiles</i>	<i>Cohorte</i>											
	<i>1962-1967</i>			<i>1968-1977</i>			<i>1978-1987</i>			<i>1988-1997</i>		
	<i>Varones</i>	<i>Mujeres</i>	<i>Total</i>									
Percentil 10	10.7	12.1	11.0	10.9	13.1	12.0	12.3	13.9	13.0	12.9	15.1	13.9
Primer cuartil (p25)	13.3	16.3	14.6	14.4	16.0	15.3	15.0	16.2	15.6	15.5	16.7	16.2
Segundo cuartil (p50)	16.9	19.0	18.2	17.2	19.0	18.1	17.4	18.8	18.3	18.0	18.9	18.5
Tercer cuartil (p75)	19.1	26.4	22.0	19.3	26.3	22.2	19.8	23.9	22.0	19.8	22.6	21.2
Percentil 90	23.2	50.8	36.0	23.0	45.2	33.6	23.5	34.0	28.1	23.1	27.2	25.0
Rango int. (p75-p25)	5.8	10.1	7.4	4.9	10.3	6.9	4.8	7.7	6.4	4.2	5.9	5.1
<i>Ingreso al trabajo</i>												
Total	99.3%	90.8%	94.7%	99.3%	90.6%	94.5%	99.1%	90.9%	94.4%	93.8%	83.8%	88.4%
A los 30 años de edad	98.2%	78.2%	87.4%	97.7%	79.4%	87.6%	98.5%	86.3%	91.5%	93.8%	83.8%	88.4%
A los 20 años de edad	84.6%	61.6%	72.2%	84.3%	60.6%	71.3%	83.0%	63.7%	72.0%	83.3%	66.0%	73.9%

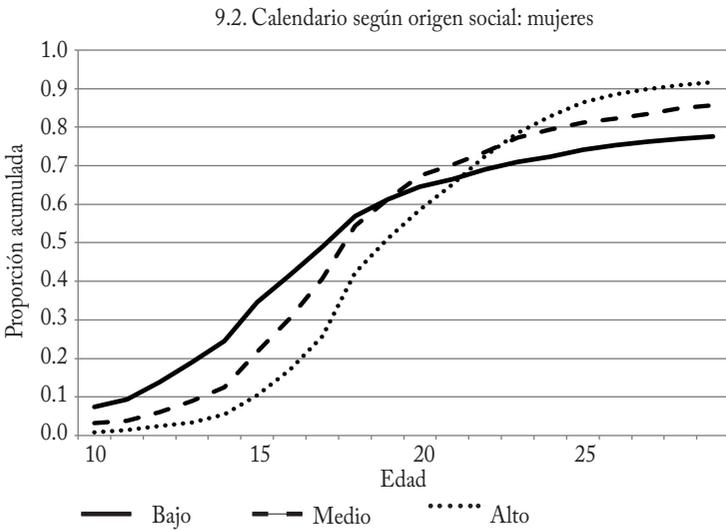
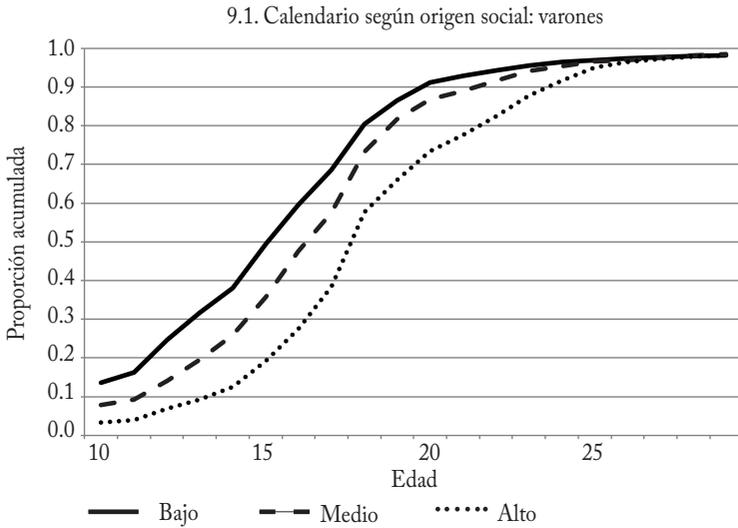
Nota: Total = 23 831. Varones = 10 749. Mujeres = 13 082.

Fuente: estimaciones propias con base en la EDER 2017. Datos ponderados.

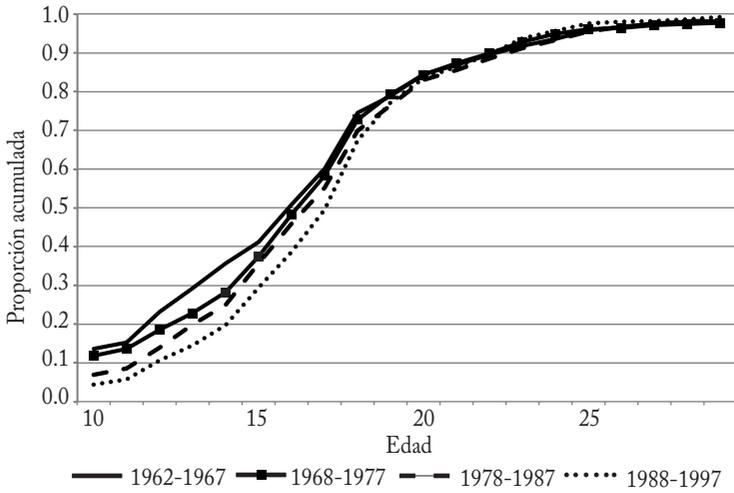
Estas tendencias invierten la secuencia que ordena las proporciones respecto a la intensidad que observamos a edades tempranas y muestran que las mujeres experimentan unas transiciones mucho más heterogéneas que los varones. Así, el tiempo histórico y los orígenes sociales ordenan y modulan de manera muy distinta las transiciones según se trate de varones o mujeres. Las proporciones de mujeres que ingresan al mercado laboral difiere notoriamente en función del origen social (gráfica 9.2) y el cambio histórico (gráfica 9.4), diferenciación que no aparece cuando se trata de varones, dado que, más tarde o más temprano, todos comienzan a trabajar (gráficas 9.1 y 9.3), y tanto el ios como el paso del tiempo ordenan los calendarios masculinos en sentido creciente. Por el contrario, las transiciones femeninas se polarizan mostrando una superposición de efectos de intensidad y calendario que sugiere una mayor participación laboral a edades tempranas y, en contrapartida, un posible estancamiento posterior. Aquellas mujeres provenientes de los hogares más favorecidos muestran una concentración en las edades de entrada al mercado laboral similar a la de sus pares varones, mientras las del estrato bajo van ingresando al trabajo de forma mucho más espaciada.

Lo anterior pone de manifiesto una estratificación de la entrada al trabajo que se presenta mucho menos lineal entre las mujeres que entre los varones. De modo que la distancia llega a ser mayor cuando contrastamos entre las propias mujeres que respecto a los varones comparables, ya que terminan siendo aquellas de ios alto y cohortes recientes las mujeres que llegan a ingresar en mayor proporción, pero más tarde y lentamente. El paso del tiempo histórico muestra una convergencia entre varones y mujeres, pero sólo cuando se trata de personas provenientes de los hogares más privilegiados. En cambio, la diferencia entre sexos se amplía si examinamos a quienes crecieron en familias cuyas condiciones socioeconómicas fueron desfavorables (cuadro 9.2). De hecho, aunque confirmamos un aumento de la participación laboral femenina en las generaciones recientes, encontramos que la brecha de género en función del origen social se manifiesta con más fuerza que según el cambio histórico, resultado que, junto a otros, problematizamos en la siguiente sección.

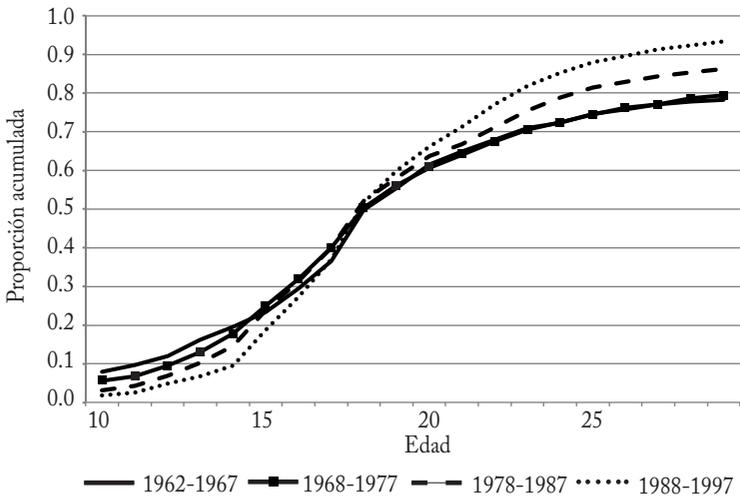
Gráficas 9.1 a 9.4. Calendarios del primer ingreso al mercado laboral, según origen social y cohorte por sexo



9.3. Calendario según cohorte: varones



9.4. Calendario según cohorte: mujeres



Fuente: estimaciones propias con base en la EDER 2017. Datos ponderados.

ANÁLISIS DE LOS FACTORES ASOCIADOS AL PRIMER INGRESO AL MERCADO LABORAL

Si bien hemos observado que la entrada al mercado laboral y las edades a las que las personas la experimentan ocurre de acuerdo con lo que esperábamos, de los análisis de supervivencia se desprende que existen diferencias en las transiciones al trabajo que es necesario complejizar para explicar. Para ello, ajustamos un conjunto de regresiones logísticas que permiten comprender en qué medida el tiempo histórico, los orígenes sociales, la situación familiar y el contexto geográfico, entre otros, pautan la entrada al mercado laboral de diferente manera según el sexo de Ego.

Específicamente, estimamos el cambio en los riesgos de entrar al mercado de trabajo en función de la edad a la que se experimenta la transición controlando por el efecto del resto de los determinantes. En términos generales, los modelos ajustados muestran efectos diferenciales según se trate de varones o de mujeres que merecen profundizarse. Con el fin de comentar los hallazgos más relevantes de manera comparativa, pondremos énfasis en las variables explicativas que consideramos principales para nuestro análisis. Presentamos los resultados en el cuadro 9.3 a continuación y posteriormente en las gráficas 9.5 a 9.19.

Para comenzar, en el caso de los varones corroboramos que en todas las cohortes llegan a ingresar al trabajo casi en su totalidad, mientras en las mujeres es claro cómo a medida que nos acercamos a cohortes más jóvenes aumenta el ingreso al trabajo global (cuadro 9.3). Nuestras estimaciones sugieren que las mujeres han aumentado las chances de ingresar al trabajo con el paso del tiempo y el cambio sociohistórico, lo cual pone de manifiesto la presencia en simultáneo de dos efectos, calendario e intensidad, tal como esperábamos bajo una hipótesis de crecimiento sostenido en su acceso a la fuerza laboral.

Cuadro 9.3. Resultados de modelos logísticos para el primer ingreso al mercado laboral por sexo y cohorte

	<i>Varones</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>1962-1967</i>	<i>1968-1977</i>	<i>1978-1987</i>	<i>1988-1997</i>	<i>1962-1967</i>	<i>1968-1977</i>	<i>1978-1987</i>	<i>1988-1997</i>
<i>Edad al primer trabajo</i>								
10-14 (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
15-17	1.35	1.33*	1.74***	1.90***	0.76	1.16	1.79***	3.65***
18-20	2.34*	1.96**	2.15***	4.82***	1.23	0.95	1.50**	5.19***
21-24	0.92	1.29	0.87	1.68	0.46*	0.45***	1.00	3.85***
25-29	1.24	0.44	0.60*	1.08	0.89	0.46**	0.81	3.47***
30-39	0.38	0.19***	0.31**		0.60	0.55**	0.90	
<i>IOS</i>								
Bajo (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Medio	0.77	0.63***	0.58***	0.67**	0.61*	0.42***	0.40***	0.40***
Alto	0.37***	0.24***	0.30***	0.32***	0.17***	0.18***	0.15***	0.20***
<i>Edad* IOS</i>								
15-17#Medio	0.91	1.61*	1.44*	1.21	1.83	2.23***	1.72**	1.90**
15-17#Alto	1.31	2.93***	1.66*	2.10***	4.23***	2.80***	2.78***	2.20**
18-20#Medio	0.99	1.82*	2.19***	1.27	2.64**	2.71***	2.99***	2.61***

18-20 #Alto	2.01	3.78***	3.09***	2.50***	7.44***	6.47***	6.05***	4.55***
21-24#Medio	1.87	1.23	2.79***	1.95	2.73*	2.52**	2.58***	3.29***
21-24#Alto	2.28	4.61***	4.49***	8.21***	17.11***	13.00***	9.45***	7.74***
25-29#Medio	1.09	1.57	2.83**	4.43	1.08	2.67**	2.48**	3.11**
25-29#Alto	2.66	10.85***	10.52***	12.28**	5.31**	8.71***	11.12***	10.62***
30-39#Medio	0.26	6.65*	0.92		1.83	2.32**	2.73*	
30-39#Alto	2.67	9.52***	4.52*		4.03*	4.37***	7.09***	

Unión e hija/o menor a 6 años

Sin unión ni hija/o (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Unida/o sin hija/o	1.68	3.55***	2.91***	3.14***	0.43**	0.39***	0.54***	0.50***
Sin unión con hija/o	1.46	0.96	0.87	1.27	0.93	0.90	0.91	0.74
Unida/o con hija/o	0.59	1.09	1.61	1.39	0.40**	0.28***	0.36***	0.27***

*Unión e hija/o * IOS*

Unida/o sin hija/o*Medio	2.53	0.80	0.63	1.60	1.27	1.58	1.34	1.23
Unida/o sin hija/o*Alto	3.99	1.43	0.79	0.95	1.60	2.05*	1.45	2.69**
Sin unión con hija/o*Medio	0.55	1.92	1.65	1.18	0.78	0.95	0.93	1.40
Sin unión con hija/o*Alto	1.64	1.50	4.34**	2.94	1.22	0.72	1.19	1.55
Unida/o con hija/o*Medio	1.78	2.52	0.74	0.99	0.90	1.67*	1.04	1.83**
Unida/o con hija/o*Alto	5.81***	1.24	3.59**	1.01	0.46	0.94	1.47	1.63

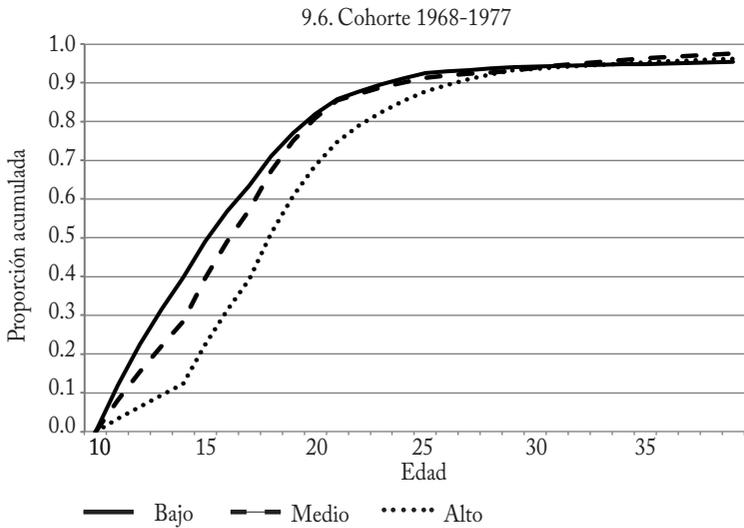
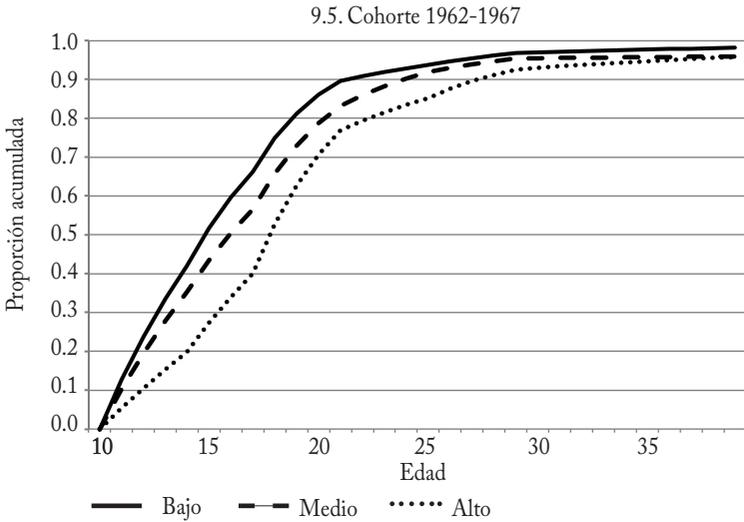
	<i>Varones</i>				<i>Mujeres</i>			
	<i>1962-1967</i>	<i>1968-1977</i>	<i>1978-1987</i>	<i>1988-1997</i>	<i>1962-1967</i>	<i>1968-1977</i>	<i>1978-1987</i>	<i>1988-1997</i>
<i>Número de hija/os</i>								
0 y 1 (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
2 y más	1.17	0.57	0.84	0.73	0.64*	1.08	0.79*	0.73*
<i>Nivel educativo</i>								
Hasta primaria (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Secundaria	1.02	1.16	1.26**	1.88***	1.17	1.29***	1.58***	1.58***
Media superior	1.18	1.34*	1.23	1.81***	2.04***	1.96***	2.10***	1.52***
Superior o más	1.28	1.74**	1.42*	1.36	2.51***	3.42***	2.80***	1.36
<i>Escuela</i>								
No asiste (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Asiste	0.45***	0.44***	0.36***	0.41***	0.40***	0.42***	0.41***	0.51***
<i>Localidad</i>								
Rural (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Urbana	1.24	1.01	1.24**	1.03	1.36**	1.42***	1.55***	1.41***

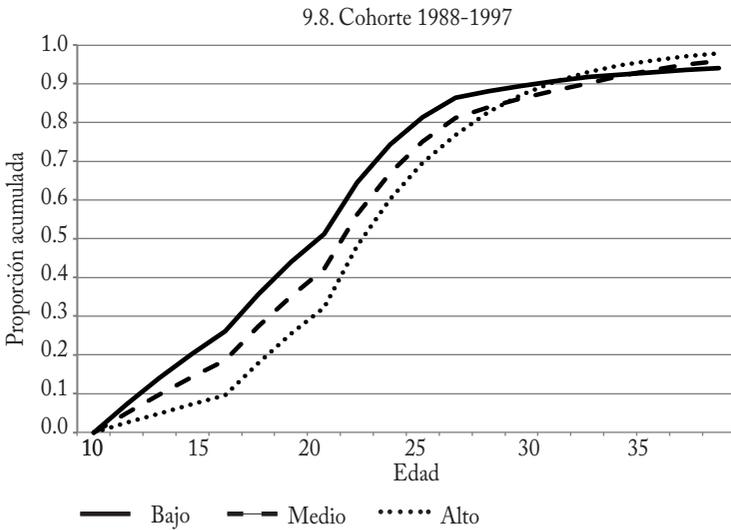
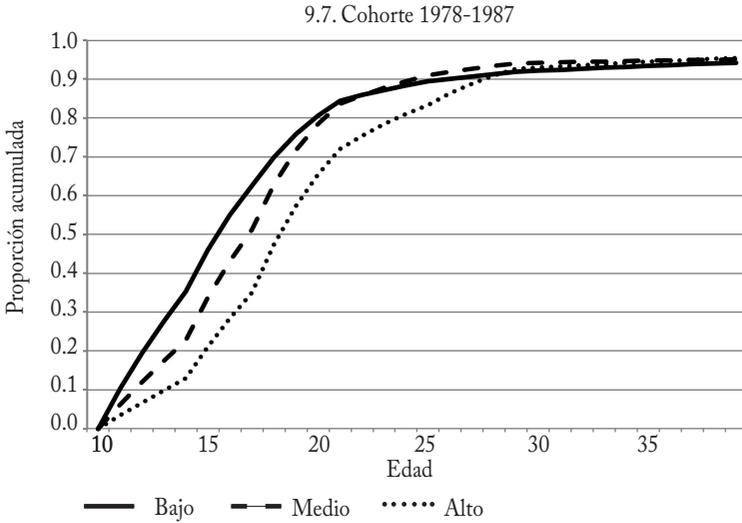
<i>Región</i>								
Centro (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Norte	0.83	0.94	0.88	1.08	0.71***	0.83**	0.89	0.94
Sur	0.70**	0.86	0.83*	1.01	0.79*	0.75***	0.71***	0.75***
<i>Lengua indígena</i>								
No hablante (ref.)	—	—	—	—	—	—	—	—
Hablante	2.09***	1.54***	1.30*	1.43**	1.20	0.92	1.24	0.91
<i>Constante</i>	0.25***	0.22***	0.20***	0.10***	0.14***	0.13***	0.10***	0.05***
<i>Medidas modelos</i>								
N (años-persona)	8 687	23 066	26 779	26 244	19 732	45 116	47 085	36 479
Std. err. adj. for clusters in ID	1 126	2 919	3 243	3 236	1 476	3 570	4 139	3 688
Pseudo R2 aj. McFadden	0.10	0.11	0.13	0.16	0.11	0.09	0.11	0.15
Log-likelihood_0	-8 880 000	-20 700 000	-21 300 000	-25 000 000	-11 100 000	-27 500 000	-30 100 000	-29 100 000
Log-likelihood	-8 020 000	-18 300 000	-18 500 000	-21 000 000	-9 890 000	-25 000 000	-26 700 000	-24 800 000
Chi-square	345	808	1 061	1 180	421	971	1 034	1 027
AIC	16 000 000	36 600 000	37 000 000	41 900 000	19 800 000	50 000 000	53 500 000	49 500 000
BIC	16 000 000	36 600 000	37 000 000	41 900 000	19 800 000	50 000 000	53 500 000	49 500 000

Nota: Varones: 10 524. Mujeres: 12 873. * p < 0.05; ** p < 0.01; *** p < 0.001.

Fuente: estimaciones propias con base en la EDER 2017. Datos ponderados.

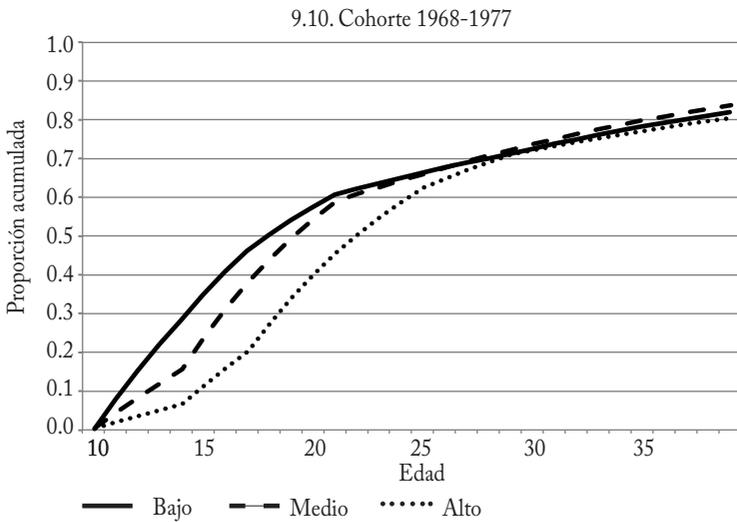
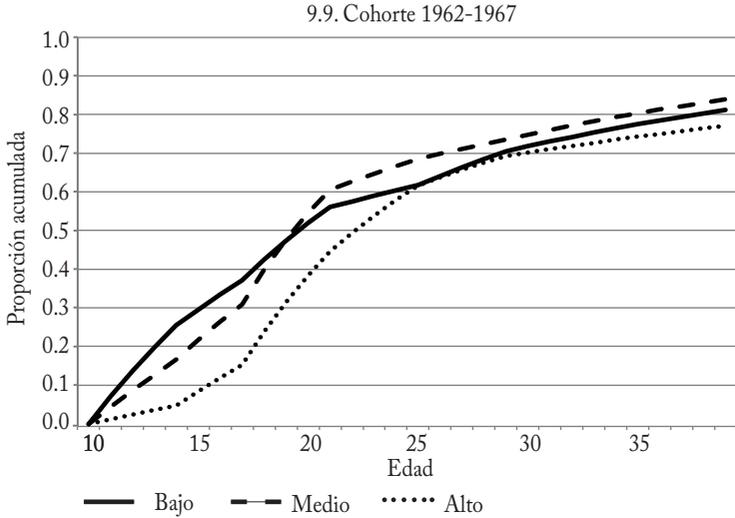
Gráficas 9.5 a 9.8. Funciones de riesgo estimadas para el primer ingreso al mercado laboral, según origen social por cohorte y sexo: varones

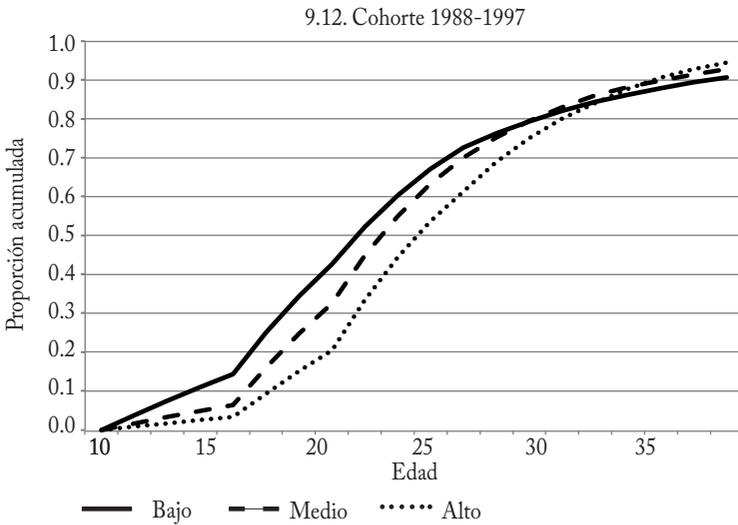
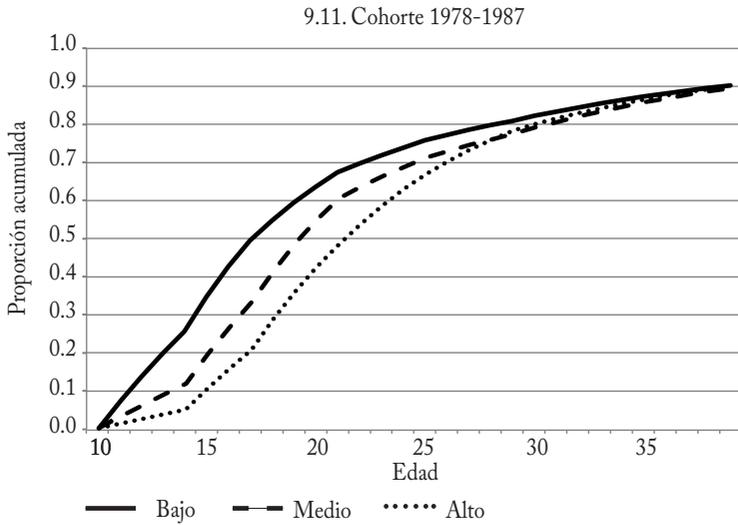




Fuente: estimaciones propias a partir de resultados de los modelos logísticos (cuadro 9.3). Las otras variables incluidas se mantienen fijas en su nivel promedio a escala nacional.

Gráficas 9.9 a 9.12. Funciones de riesgo estimadas para el primer ingreso al mercado laboral, según origen social por cohorte y sexo: mujeres





Fuente: estimaciones propias a partir de resultados de los modelos logísticos (cuadro 9.3). Las otras variables incluidas se mantienen fijas en su nivel promedio a escala nacional.

Con relación a la edad, las generaciones más jóvenes disminuyen las chances de entrar al trabajo antes de los 15 años de edad respecto a sus mayores, diferencia que se observa para ambos sexos, lo cual es esperable dada la mayor escolarización generalizada. Al contrastar entre cohortes observamos que, frente a haber entrado al mercado laboral entre los 10 y 14 años, los riesgos de ingresar al primer trabajo aumentan entre los 15 y 17 años y en mayor medida de los 18 a los 20 años. No obstante, estos incrementos van siendo inferiores a partir de los tramos de edad posteriores a los 21 años para ambos sexos, aunque en las mujeres disminuyen de modo más paulatino (cuadro 9.3). Estos resultados confirman que ellos experimentan la transición a edades más tempranas que ellas y con calendarios más concentrados, mientras que entre las mujeres el primer ingreso al trabajo se presenta de manera menos homogénea que entre los varones.

A su vez, se radicalizan las diferencias en función de los orígenes sociales, confirmando con mayor contundencia lo que ya observábamos con los descriptivos (gráficas 9.1 a 9.4). Este efecto se manifiesta en los calendarios masculinos y en la intensidad femenina, dado que son las mujeres provenientes de orígenes sociales medios y altos las que aumentan en mayor medida su entrada al trabajo, evidenciando una mayor diversificación según el sexo, debida a los orígenes sociales (cuadros 9.2 y 9.3). De hecho, encontramos efectos más marcados de las desigualdades asociadas a sus orígenes familiares en las mujeres que en los varones. A saber, pareciera que la compresión de los calendarios y la convergencia entre cohortes y sexo oculta una mayor desigualdad de las mujeres entre sí, mostrando que mientras las de orígenes sociales medios y altos ingresan tardía y masivamente al mercado de trabajo, las del estrato bajo lo hacen más temprano, pero en menor proporción. En el fondo, esto muestra una mayor brecha de género entre personas provenientes de orígenes sociales desfavorables, puesto que entre los varones los efectos del origen social modulan y ordenan intensidades y calendarios, pero sin cambios ni superposiciones, que sí se manifiestan entre las mujeres (gráficas 9.5 a 9.12).

Respecto a los orígenes sociales en interacción con las edades a la transición, tanto para varones como para mujeres, los riesgos

de ingresar al trabajo a edades tempranas son los más altos entre quienes provienen de orígenes sociales bajos y disminuyen cuando provienen de hogares ubicados en el tercil medio del IOS, y con mayor razón si sus familias eran de las más aventajadas. En el mismo sentido, a medida que se retrasa el calendario de transición se van incrementando los riesgos de entrar al mercado laboral para las personas de orígenes sociales medios y aumentan más las provenientes de IOS alto respecto a las del bajo, cuyo ingreso al trabajo se desacelera (cuadro 9.3).

Otro punto a destacar es que los riesgos relativos estimados de transitar al primer trabajo resultan en direcciones inversas para varones y mujeres en función de los factores familiares (gráficas 9.13 a 9.15); es decir, tener algún/a hijo/a menor a 6 años y encontrarse en unión conyugal precipitan la entrada al trabajo para ellos y retrasan la de ellas. En contrapartida, al contrastar varones y mujeres sin hijas/os menores a 6 años ni unión conyugal, la brecha de género en la participación disminuye en gran medida, lo cual sustenta la hipótesis de que las diferencias asociadas al sexo se vinculan a las trayectorias conyugales y reproductivas. Estos hallazgos confirman la profunda vinculación entre las trayectorias familiares y laborales, así como sus efectos diferenciados, y opuestos, en función de los roles de género tradicionales y persistentes. De hecho, la unión conyugal muestra mayor significancia que la presencia de hijas/os pequeñas/os, ya que coresidir con la pareja impulsa la entrada al trabajo en los varones y desincentiva la de las mujeres; entre ellas, la unión con al menos una hija o un hijo menor a 6 años resulta ser la situación familiar menos propicia a la incorporación femenina al trabajo (cuadro 9.3).

Esto hace suponer que, en el caso particular de México, la unión conyugal pone de manifiesto con mayor fuerza los roles de género, mientras que el no coresidir con un cónyuge los difumina, lo cual se evidencia en interacciones mayormente no significativas (cuadro 9.3). Incluso observamos un efecto importante del número acumulado de hijas/os en el caso de las mujeres, que no resulta significativo entre los varones; es decir, aun controlando por la situación familiar de encontrarse unida y tener al menos una hija o un hijo menor a 6 años, el hecho de haber tenido dos

o más hijas/os, frente a tener una/o o no tener, disminuye significativamente el riesgo de entrar a trabajar en todas las cohortes, excepto para las nacidas entre 1968 y 1977.

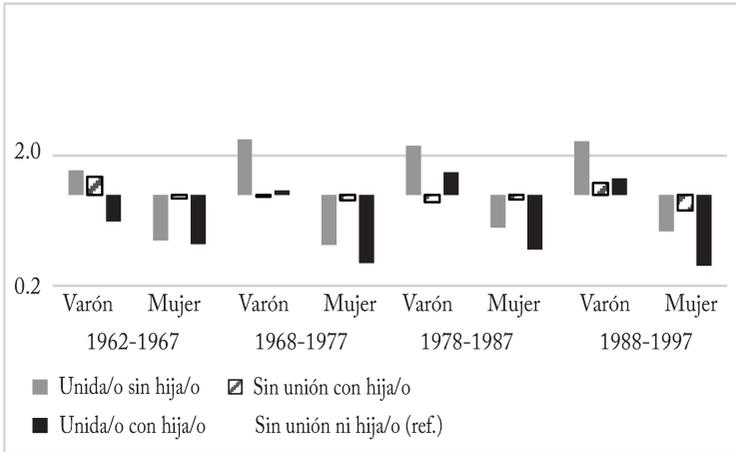
Asimismo, los efectos del contexto geográfico se presentan moderados por el sexo e inciden en mayor medida sobre las mujeres que en los varones, lo cual muestra que en las localidades urbanas y en la región Centro del país se generan condiciones que incrementan las oportunidades de que las mujeres participen en el mercado laboral, tal como esperábamos. Específicamente, nuestros resultados muestran que las variables territoriales no resultan estadísticamente significativas en el caso de los varones y, en cambio, sí diferencian a las mujeres de las distintas generaciones (gráficas 9.16 a 9.19). En particular, mientras que el tamaño de localidad no presenta efectos en el ingreso al trabajo de los varones, siempre es mayor para las mujeres que residen en zonas urbanas frente a las rurales. En la misma línea, la región de residencia no difiere significativamente en el caso de los varones, pero sí lo hace en las mujeres, aunque con variaciones entre cohortes. Así, las diferencias espaciales operan como brechas territoriales que no diferencian la entrada al trabajo de los varones; sin embargo, una vez más, polarizan a las mujeres entre sí, ahora en función de las desigualdades regionales y la urbanización (cuadro 9.3).

En contrapartida, no se observan distinciones por sexo de los efectos de asistir o no a la escuela al momento de entrar al mercado laboral, ya que para todos encontrarse concurriendo a algún centro de estudios disminuye el riesgo de transitar al trabajo (cuadro 9.3). Estos resultados parecen evidenciar la protección de la escolarización frente a las transiciones al mercado laboral, el carácter de “competencia” de la escuela con el trabajo o, al menos, el entrelazamiento de las trayectorias educativas y laborales en los cursos de vida de los sujetos.

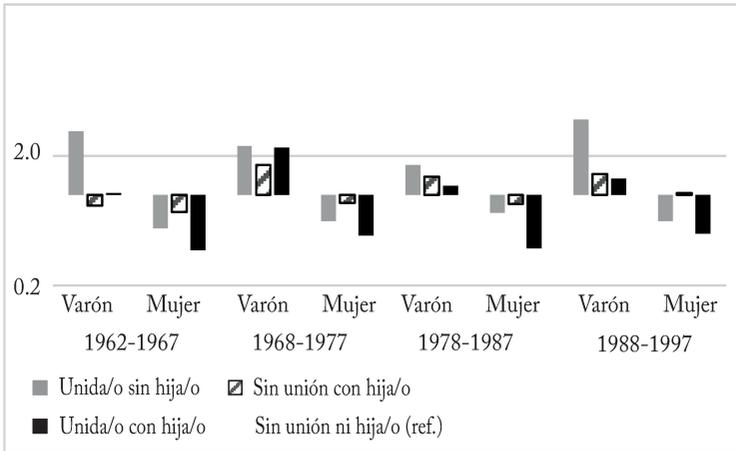
Por el contrario, la identidad indígena incrementa el riesgo masculino de transitar al trabajo, pero no resulta estadísticamente significativo para ninguna de las cohortes femeninas; es decir, entre los varones hablar alguna lengua indígena frente a no hablar ninguna aumenta el riesgo de entrar al mercado laboral, aunque este efecto no se manifiesta en las mujeres (cuadro 9.3).

Gráficas 9.13 a 9.15. Riesgos relativos estimados para el primer ingreso al trabajo, según situación familiar por origen social

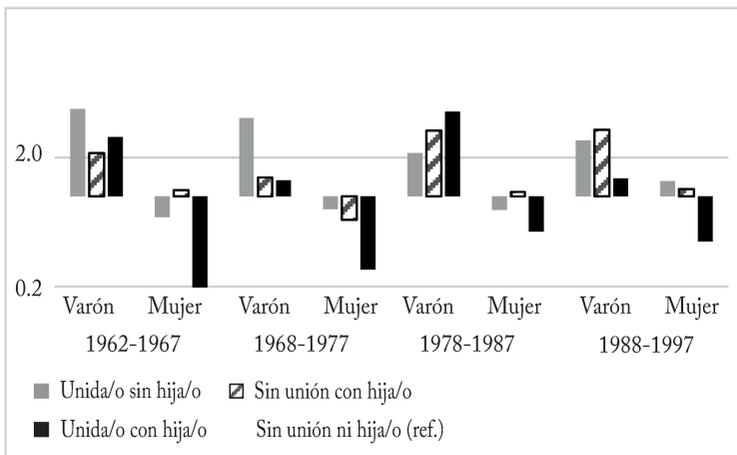
9.13. Origen social bajo



9.14. Origen social medio



9.15. Origen social alto



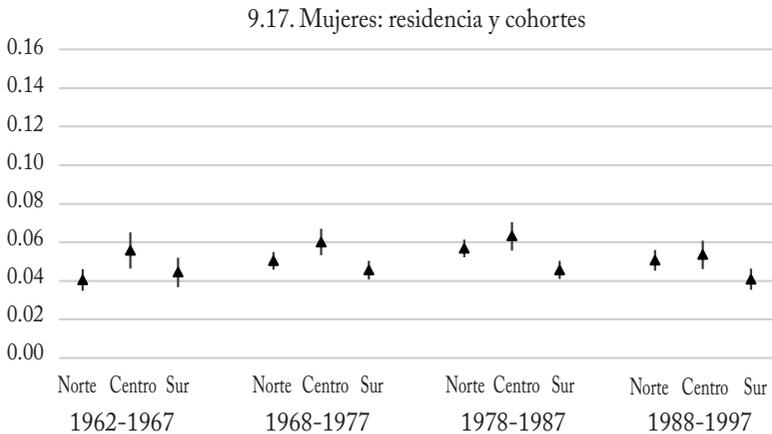
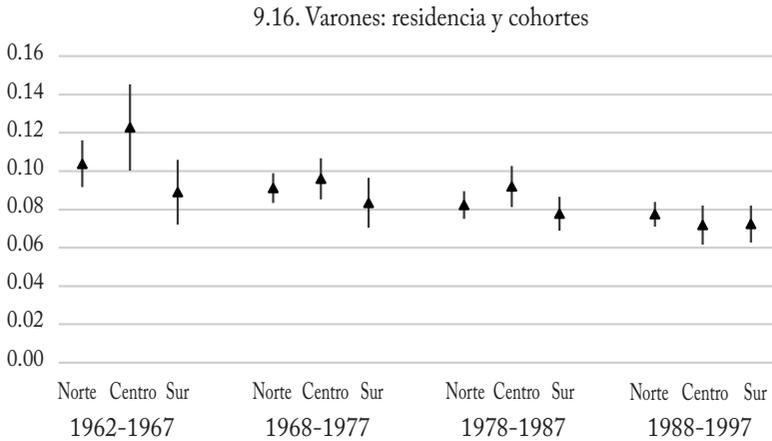
Fuente: estimaciones propias a partir de resultados de los modelos logísticos (cuadro 9.3).

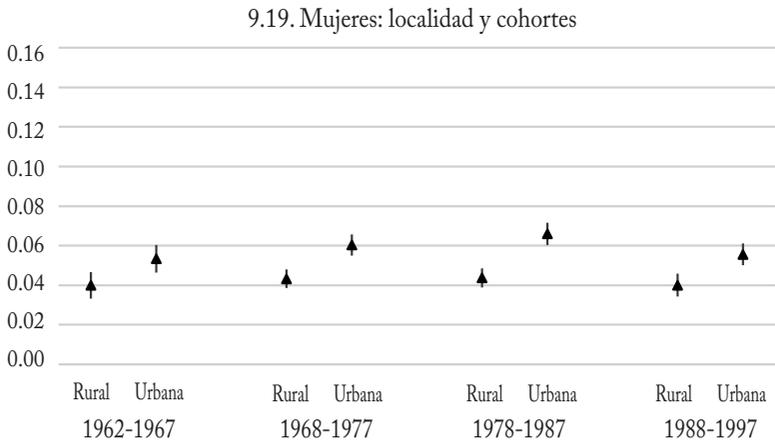
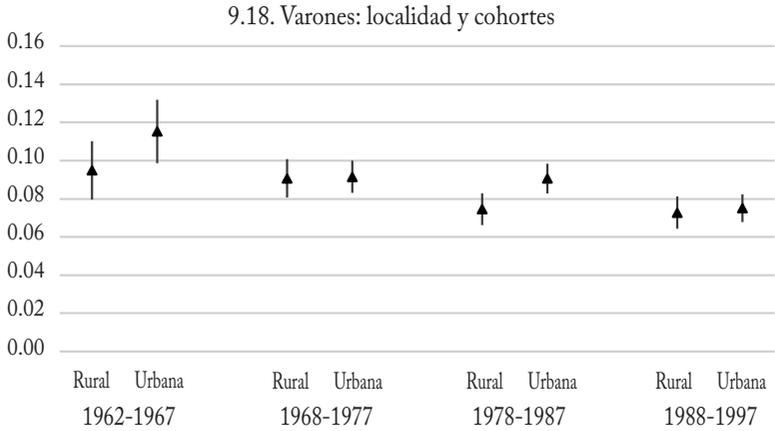
Corresponde acotar que esto de ninguna manera implica afirmar la ausencia de desigualdades en perjuicio de las mujeres hablantes de lenguas indígenas: sabemos que se encuentran en la posición social de mayor desventaja frente al resto de la población (Solís, 2017a; Solís, Chávez y Cobos, 2019). Significa sólo que, en las mujeres, una vez controlados los otros determinantes (orígenes sociales, situación familiar, escolaridad, contexto geográfico, edad), hablar una lengua indígena no produce efectos sobre el riesgo de ingresar al trabajo que podamos afirmar sean estadísticamente significativos.

De lo expuesto se desprende un conjunto de aspectos respecto a la transición que marca el primer ingreso al trabajo que vale la pena destacar y valorar a la luz de las hipótesis de trabajo que nos orientan y desarrollaremos a continuación con el fin de señalar posteriormente nuestros hallazgos más relevantes.

Las otras variables incluidas se mantienen fijas en su nivel promedio a escala nacional.

Gráficas 9.16 a 9.19. Probabilidades estimadas para el primer ingreso al trabajo, según región de residencia, cohorte de nacimiento y tamaño de localidad





Fuente: estimaciones propias a partir de resultados de los modelos logísticos (cuadro 9.3). Las otras variables incluidas se mantienen fijas en su nivel promedio a escala nacional.

DISCUSIÓN DE RESULTADOS

Nuestra primera hipótesis se refiere a la segmentación de las transiciones según el sexo, y hemos corroborado una mayor propensión a entrar al trabajo remunerado entre los varones que entre

las mujeres, así como un calendario más tardío de ellas respecto a ellos.

La segunda hipótesis tiene que ver con la diferenciación de los efectos de los orígenes sociales en función del sexo y, en particular, la diversificación de la primera transición al trabajo de los diferentes estratos sociales, así como la estratificación de las brechas de género en favor de las mujeres provenientes de familias privilegiadas y en contra de las que vienen de los hogares más desfavorecidos. En efecto, hemos encontrado que las transiciones al trabajo resultan más heterogéneas entre las mujeres que entre los varones, principalmente en los efectos de calendario que muestran una bifurcación entre las mujeres de estrato más bajo que ingresan tempranamente o a edades muy avanzadas.

La tercera hipótesis sostiene que concurrir a la escuela compite con la entrada al trabajo, lo cual efectivamente se observa tanto para varones como para mujeres y en las generaciones mayores y jóvenes; en otras palabras, estar asistiendo a la escuela en un año dado reduce el riesgo de transitar al trabajo en ese momento.

La cuarta hipótesis considera la diferenciación en los factores del ámbito familiar en función del sexo. En particular, observamos que las tendencias muestran efectos inversos de la unión conyugal y la presencia de hijas/os menores a 6 años para padres y madres. Entre ellos ambas situaciones incrementan el riesgo de entrar al trabajo y lo disminuyen para ellas. Lo anterior confirma la incidencia de las transiciones y trayectorias conyugales y reproductivas en las laborales en el sentido esperado, junto a la persistencia de los roles de género que conllevan una mayor desigualdad en las primeras transiciones al trabajo de las mujeres que de los varones, y que se manifiesta fundamentalmente en calendarios masculinos mucho más concentrados que los femeninos.

La quinta hipótesis sostiene que el cambio histórico, observado durante 35 años con los años de nacimiento de las generaciones 1962-1967, 1968-1977, 1978-1987 y 1988-1997, debería haber modulado los efectos de los mencionados factores al aumentar la presencia femenina en el mercado laboral. Esto se expresa en un incremento de la proporción de mujeres que experimentan un primer trabajo, una mayor convergencia entre varones y mujeres

en la entrada al mercado laboral, y un aumento en la desigualdad interna de las propias mujeres, cuyo crecimiento del ingreso al trabajo va de la mano con una mayor diversidad entre ellas.

La sexta hipótesis incorpora distinciones territoriales y obliga a diferenciar según los lugares de residencia que definen contextos geográficos más o menos proclives a la inserción laboral; esto muestra que la región Centro del país resulta más favorable al primer ingreso al trabajo de las mujeres que el Norte y en mayor magnitud aún que los estados del Sur del país. Las localidades urbanas favorecen mucho más el ingreso laboral de las mujeres que las rurales. Resulta relevante que estos efectos se evidencian entre las mujeres, mientras que entre los hombres no son significativos para ninguna cohorte.

Nuestros resultados confirman las grandes tendencias que los estudios longitudinales han encontrado y que estructuran las transiciones de entrada al trabajo en México. La perspectiva del curso de vida nos ha enseñado que el ingreso al mercado laboral, el abandono de los estudios formales, la constitución de la familia propia y la tenencia de hijas/os constituyen los factores fundamentales de la transición por la cual los jóvenes pasan a ser adultos (Filgueira, 1998). Estos eventos marcan puntos de ruptura en los cursos de vida, que el modelo normativo establece como trayectoria a partir de la cual los individuos cambian roles propios de la juventud por los esperados para la adultez. Esta postura entiende que dichos eventos son irreversibles, están institucionalizados, se ordenan en una secuencia única, presentan un calendario típico y son de carácter universal (Neugarte, 1973). Contrariamente, antecedentes latinoamericanos marcan la debilidad de esta mirada sociodemográfica para nuestros contextos, cuyas transiciones lo que tienen de universal es, precisamente, la heterogeneidad (Mora y De Oliveira, 2009).

En esta oportunidad, con las posibilidades que la EDER 2017 nos brinda, pudimos evidenciar no sólo la variedad que caracteriza las transiciones, sino sobre todo sus desigualdades, que se ponen de manifiesto en función de las dimensiones explicativas claves (educación, sexo y origen social), pero también en otros factores asociados, ya que encontramos diferencias generaciona-

les, regionales y de identidad étnica, los cuales han presentado efectos diferenciales según se trate de varones o de mujeres.

Esto nos pone a dialogar con los antecedentes que analizan la transición al trabajo con las anteriores EDER en su primer (1998) y segundo levantamiento (2011). En términos generales, las/os autoras/es coincidieron en que dar cabal cuenta del entrelazamiento de los dominios del curso de vida exige una perspectiva de género y la incorporación de los orígenes sociales como variable estructural, así como la necesidad de contrastar según generaciones para contextualizar las relaciones micro-macro (Parrado y Zenteno, 2005; Brunet, 2016; Mancini, 2016a; entre otros).

Para terminar, corresponde mencionar aspectos relevantes de las transiciones al mercado laboral que no es posible desarrollar en esta oportunidad, pero es importante profundizar en otras investigaciones. De nuestro estudio surge la interrogante sobre cuáles son los tipos de primer empleo a que están transitando los jóvenes, así como sus diferencias por sexo.³ Asimismo, sería pertinente discutir las implicaciones de las tendencias observadas en los modelos de acumulación económica que permitan dotar de sentido sociohistórico a nuestros datos, en relación con los procesos sociales más amplios que nos permitan encontrar posibles fuentes de explicación a nuestros hallazgos, más allá de los aspectos meramente demográficos. Para ello, es necesario enmarcar nuestros resultados en las situaciones del mercado de trabajo de cada época, contextualizar el empleo juvenil para cada generación y profundizar en las características de los mercados laborales para las diversas regiones de México; tareas que superan las posibilidades de este capítulo y se anotan como pendientes para futuros trabajos.

³ Aspectos que estamos profundizando con base en la EDER 2017 en otra investigación propia en curso, específicamente sobre la clase social de entrada al trabajo, en la cual encontramos que el ingreso al mercado laboral se concentra desproporcionadamente en las posiciones ocupacionales de reducida calificación, con diferencias entre varones y mujeres asociadas mayormente a sus niveles educativos y menos cambio generacional del que esperábamos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Antes que nada, observamos que prácticamente la totalidad de las personas entrevistadas ha tenido al menos un empleo en su vida. Sin embargo, la evidencia permite sostener que la primera transición al mercado laboral se encuentra estratificada socialmente. No obstante, tal como esperábamos, estos efectos se manifiestan de manera diferenciada según se trate de varones o de mujeres. Esto pareciera indicar que la mayor diferencia por sexo en la entrada al trabajo tiene que ver con las edades a las que la experimentan y no con si lo hacen o no, a pesar de que observamos variaciones marcadas entre las mujeres de distintos orígenes sociales que resultan débiles para los varones cuando se trata de efectos de intensidad, aunque las desigualdades sociales se ponen de manifiesto en los calendarios de ambos sexos. Asimismo, resulta evidente la mayor homogeneidad en las transiciones masculinas frente a la marcada polarización según orígenes sociales de las femeninas, que se manifiesta en efectos de calendario con ingresos al trabajo más tardíos en estratos altos y muy tempranos entre los bajos, pero de modo mucho menos lineal en las mujeres.

Recapitulando: los resultados presentados en este capítulo permiten sostener que, si bien las mujeres han aumentado significativamente su participación en la fuerza laboral entre las generaciones más jóvenes y la distancia frente a sus pares masculinos se achica en el tiempo, la brecha de género todavía existe ampliamente. Observamos esto incluso cuando consideramos como única dimensión analítica un escenario de mínima, a saber: si alguna vez la persona ha asumido el rol de trabajador/a en el ámbito extradoméstico. Ahora bien, las diferencias en la transición al mercado de trabajo por sexo se encuentran condicionadas según los orígenes sociales. Esto se manifiesta en los efectos de intensidad, pero sobre todo en los calendarios y sus interacciones, así como también en el sentido y la magnitud de la influencia de ciertos eventos cruciales pertenecientes al dominio familiar, en función de si se es varón o mujer.

Se desprende de lo anterior que tanto los orígenes sociales como las generaciones ordenan y modulan diferencialmente

las transiciones al trabajo de varones y mujeres en nuestro país. Destacamos también la importancia que sobre las transiciones al trabajo reflejan aquellos eventos cruciales de otros dominios del curso de vida, tales como estar yendo a la escuela, encontrarse unida/o o tener hijas/os menores a 6 años. Resalta la magnitud de las diferencias encontradas en estos efectos de las transiciones familiares en función del sexo, además del sentido inverso que ya esperábamos, particularmente la división sexual del trabajo asociada en mayor medida a la unión conyugal que al nacimiento de hijas/os. Este importante hallazgo, entre otros, confirma la relevancia de refinar los análisis empíricos a la vez que profundizar más en sus explicaciones teóricas.

En este sentido, nos sorprendió no encontrar diferencias estadísticamente significativas para el ingreso al trabajo entre mujeres (no) hablantes indígenas, lo cual permite suponer que se asocia con otras variables explicativas, pero necesitamos más información y mejor investigación para explicar las desigualdades desde una perspectiva interseccional.

En la misma línea cabría esperar una diferencia en función del cambio histórico bastante más clara que la observada, lo cual muestra que el tiempo pasa para todas las personas, pero su influencia en nuestro curso de vida está modulada por la posición social en que nos encuentre; motivo por el cual las variables estructurales clásicas modulan en mayor medida las primeras transiciones al trabajo, ya que no hay nada más constante que la desigualdad.

En este marco, las diferencias regionales se suman a las múltiples desigualdades en los patrones de incorporación al trabajo en general y femenino en particular; a saber, mientras que las mujeres rurales del Sur del país son las menos propensas a ingresar al trabajo, las mujeres urbanas que residen en el Centro del país encuentran las oportunidades más favorables para la entrada al mercado laboral. Estas desigualdades territoriales confirman la necesidad de incorporar la dimensión geográfica a nuestros análisis, dado que los factores contextuales presentan efectos diferenciales por sexo en la dirección esperada y que se manifiestan aun controlando por todos los demás.

Entonces, en relación con la entrada al mercado de trabajo importa destacar que el cambio histórico ocurre de forma estratificada y “generizada” (con perspectiva de género), dado que muestra una mayor convergencia entre sexos a medida que avanzamos en las cohortes de nacimiento, pero persisten las brechas por orígenes sociales tanto en varones como en mujeres; es decir, a medida que se avanza hacia las cohortes más jóvenes, se retrasa el ingreso al primer trabajo entre quienes provienen de familias acomodadas y que permanecen más tiempo en la escuela. A su vez, la participación laboral de las mujeres se incrementa con el paso del tiempo, pero en mayor medida entre las de orígenes sociales medios y altos, dejando entrever una mayor bifurcación de las transiciones asociadas a los orígenes sociales entre ellas que entre ellos.

10. DESIGUALDAD DE GÉNERO, INFORMALIDAD LABORAL Y TRABAJO NO REMUNERADO EN MÉXICO

*Sabrina Ferraris**

*Mario Martínez Salgado***

INTRODUCCIÓN¹

América Latina ha atravesado en las últimas décadas profundos cambios sociodemográficos —el aumento de la esperanza de vida, el descenso del número de hijos por mujer y los cambios en las dinámicas familiares— que han acompañado los progresos evidentes de las mujeres de la región en términos de acceso a la educación, de participación en el mercado de trabajo y de participación política (Cepal, 2010; Cerrutti y Binstock, 2009). No obs-

* Instituto Interdisciplinario de Economía Política (IIEP), Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG); Programa de Estudios sobre Juventud, Educación y Trabajo (PREJET).

** Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales (UDIR), de la UNAM.

¹ Investigación realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) IA301319, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), y al Proyecto UBACYT Programación Científica 2020, 20020190200298BA de la Universidad de Buenos Aires (UBA).

tante, la región también se ha caracterizado por las desigualdades que enfrentan las mujeres con respecto a los hombres, y entre las propias mujeres de diversos sectores y etnias.

La inserción de las mujeres en el mercado de trabajo sigue siendo más precaria que la de los hombres (con mayor incidencia de la informalidad y menor presencia en los sectores dinámicos), sus jornadas laborales totales son más extensas (debido a que al trabajo remunerado se suma el trabajo no remunerado) y sus ingresos son menores a igualdad de años de educación (Cepal, 2010; Atal, Ñopo y Winder, 2009). Además, en los últimos años se ha detectado una profundización en los patrones de más largo plazo de feminización de la pobreza en la región (más mujeres pobres entre las mujeres que hombres pobres entre los hombres) (Esquivel, 2012).

Al mismo tiempo, estas “situaciones promedio” esconden diferencias profundas entre las mujeres de la región. Las que tienen acceso a la educación y al empleo de calidad, a la adquisición de bienes y servicios “modernos”, y al ejercicio pleno de su ciudadanía son aquellas de estratos medios y altos, y en algún caso las provenientes de sectores populares urbanos, en general de etnia blanca (De Barbieri, 1997). Mientras tanto, entre las mujeres de sectores rurales y urbanos de menor educación, afrodescendientes o provenientes de pueblos originarios sigue siendo elevada la incidencia de la falta de oportunidades de empleo (la “inactividad” o el desempleo) y de condiciones precarias de ocupación, de pobreza y de menor acceso a la protección social, aun en contextos de mejora generalizada de estos indicadores en la región (Cepal, 2010; OIG, 2011, citado en Esquivel, 2012).

Asimismo, las tendencias generales muestran pocos cambios en las estructuras laborales y del trabajo no remunerado, y pocos esfuerzos de reformas estructurales y políticas que permitan romper estas inequidades de género. Sin embargo, se observa también una tendencia hacia la reducción de las brechas de ingresos laborales, menor cantidad de población femenina sin ingresos y mayor participación laboral, pero en condiciones estructurales de subempleo. A su vez, existe una tendencia hacia el “retaceo” de las economías y las unidades económicas, frente a la multiplicación

de unidades micro e individuales (autoempleo), cuyas condiciones laborales son inciertas e inestables y con una amplia participación femenina (Vásconez, 2012).

Por lo anterior, en esta investigación nos interesa indagar sobre la relación entre informalidad laboral y trabajo no remunerado, en trayectorias tanto de mujeres como de hombres, para el caso de México. A partir de la información de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017, y considerando las experiencias de trabajo remunerado y no remunerado, reconstruimos y analizamos las trayectorias de vida entre los 12 y 29 años de tres generaciones: 1962-1969, 1970-1979 y 1980-1988. Al considerar simultáneamente el trabajo remunerado y no remunerado, ¿qué historias laborales son las más frecuentes por sexo?, ¿cómo se resignifican estos recorridos cuando el trabajo remunerado es en condiciones informales?, ¿cómo varía ello según generaciones y origen social?, ¿qué sucede en las diversas regiones del país?, son algunas de las preguntas que guían este capítulo.

EL CONTEXTO DE LAS GENERACIONES

En México, las políticas económicas y de desarrollo sufrieron de la década de 1970 en adelante cambios muy significativos. Siguiendo a Alba, Giorguli y Pascua (2014), la orientación de las políticas de esa década se encuentra asociada, en buena parte, con la estrategia de desarrollo de décadas anteriores, generalmente dominada por la industrialización sustitutiva de importaciones. La década siguiente puede ser vista como de transición, consumida en el proceso de implantar políticas de apertura económica interna y externamente; en la de 1990 a la de 2010, en cambio, el país se desarrolla definitivamente en el marco de la economía abierta.

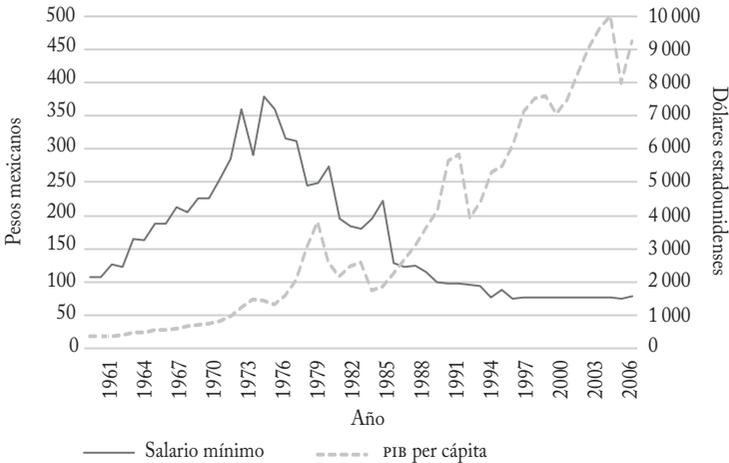
Al final de los gobiernos de 1970-1976 y 1976-1982 se perdió la estabilidad macroeconómica y se interrumpieron el crecimiento y el desarrollo económico y social, ya que condujeron a un retroceso de los niveles de vida, lo a que a su vez acentuó las desigualdades en el país, en particular con la gravedad de la crisis de 1982 (Alba, Giorguli y Pascua, 2014). El decenio de 1990

representa un momento de profundización y consolidación de varios de algunos cambios institucionales que apuntalan el modelo aperturista; la liberación cambiaria, la internacionalización del sector financiero a la vez que su mayor concentración relativa, los procesos de privatización de empresas estatales, el impulso al sector maquilador, la creciente dependencia de la inversión extranjera directa —sobre todo estadounidense—, la contracción del salario mínimo real y, de forma sobresaliente, las medidas de flexibilización de los mercados de trabajo fueron algunas de las políticas llevadas a cabo en este proceso (Ariza y De Oliveira, 2014).

Al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), en 1994, le siguen los violentos acontecimientos políticos y la crisis financiera de carácter nacional que se extendió durante 1995 (Alba, Giorguli y Pascua, 2014). El “error de diciembre”, como se denominó a esa crisis, dejó al descubierto la vulnerabilidad implícita en el modelo aperturista; niveles nunca alcanzados en la tasa de desempleo y el porcentaje de informalidad, una contracción del producto interno bruto (PIB) de 6.2%, la reducción de los salarios reales (gráfica 10.1), una fuerte devaluación monetaria y un agudo proceso inflacionario fueron algunas de sus consecuencias, con efectos diferentes en las distintas regiones del país. A partir de entonces y hasta el año 2000, se abre un breve ciclo de crecimiento en que el PIB alcanza valores promedio alrededor de 5.4%, en gran medida favorecido por el estímulo a las exportaciones que trajo consigo la devaluación y el gradual control del proceso inflacionario, entre otros factores (Ariza y De Oliveira, 2014).

Con la paradoja de que la apertura económica y la integración regional se fundamentaron en función de una dinámica de creación de empleos, mejoras en los niveles salariales y, por consiguiente, de una mayor retención de población en el territorio, este modelo trajo como correlato una informalidad laboral que no ha dejado de expandirse, una economía que continuó siendo de bajos salarios y una emigración de mexicanos que siguió en aumento, generalizada como un fenómeno nacional (Alba, Giorguli y Pascua, 2014).

Gráfica 10.1. Evolución del PIB per cápita y el salario mínimo real, México, 1960-2010



Fuente: elaboración propia con datos del Banco Mundial y de la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos.

El siglo XXI inicia con otro interludio de escaso dinamismo económico, impulsado esta vez por la marcada desaceleración de la economía estadounidense entre los años 2001 y 2003. En su momento inicial (2001-2002) el crecimiento económico fue apenas 0.56%, mientras que el desempleo llegó a 3.25% en las áreas más urbanizadas del país. Las secuelas regresivas sobre el mercado de trabajo producto de la desaceleración de la economía estadounidense fueron en gran parte posibles por la mayor integración económica con el país vecino, fruto del modelo de apertura externa. En efecto, el año 2004 marca el inicio de otro breve lapso de recuperación económica hasta que la crisis financiera internacional de 2008 dejó sentir sus estragos sobre la economía nacional, en virtud de esta fuerte integración a la economía estadounidense. Así, los años de transición al siglo XXI denotan con claridad uno de los rasgos más característicos de la fase de apertura externa: la inestabilidad de la macroeconomía (Ariza y De Oliveira, 2014).

Con respecto al mercado de trabajo, en el periodo 1995-2010, la profundización del cambio sectorial (crecimiento del sector terciario de la mano con la caída secular del sector primario), la proporción de asalariados en la población ocupada que pasó de 52 a 61% entre 1995 y 2010, las pautas de participación económica por sexo y las tendencias de la feminización forman parte de los procesos estructurales a largo plazo. Así, durante esos años se afianzaron aún más la caída —prevaliente a mediados de la década de 1990— de la participación económica masculina, en paralelo con la creciente incorporación de las mujeres a la fuerza de trabajo. Estas tendencias dispares resultaban ya visibles en la década de 1970 y, por efecto de ambas, se redujo algo más la brecha de participación entre sexos en los primeros años de esta centuria, aunque todavía es importante. En efecto, en 2010 formaba parte del mercado de trabajo 42.5% de la población femenina en edad de trabajar (Ariza y De Oliveira, 2014).

Asimismo, este modelo instaurado, que ha hecho hincapié en el adelgazamiento del Estado y el fomento de las exportaciones, no ha permitido lograr un crecimiento económico apreciable y sostenido. Adicionalmente, no sólo no ha creado las fuentes de trabajo formales necesarias, sino que ha mantenido los salarios reducidos, y —parcialmente derivado de lo anterior— el número de pobres no ha disminuido y la distribución del ingreso permanece muy polarizada, en un contexto en que el trabajo remunerado constituye, en buena medida, la principal fuente de ingresos de los hogares, aunque a veces se combina con las transferencias gubernamentales, las remesas y el endeudamiento. En 2012, 46% de la población mexicana estaba clasificada como pobre, es decir, no tenía cubiertas sus necesidades alimentarias, educativas y de salud (Coneval, 2011; García y Pacheco, 2014a).

Asociado con los altibajos económicos coyunturales señalados, el mercado de trabajo ha tenido variaciones importantes en los indicadores de absorción laboral. Así, después de haber registrado un máximo histórico de 6.9% en 1995, la tasa de desocupación descendió a un nivel mínimo de 2.5% en 1999, para ascender gradualmente hasta 5.3% en 2009 (Ariza y De Oliveira, 2014). No obstante, a excepción de los momentos de crisis, el

desempleo en México es bajo y de corto plazo, en buena parte relacionado a que al menos un tercio de la fuerza laboral del país trabaja por cuenta propia o en pequeños negocios familiares en sectores informales de la economía. Si nos referimos a las condiciones de empleo por falta de prestaciones sociales, más de la mitad de la fuerza de trabajo del país laboraba de esa manera en 2010-2011 (García y Pacheco, 2014a).

La persistencia de un importante grado de informalidad en el periodo 1995-2010 (la tasa de ocupación en el sector informal² fluctuó entre 25 y 29.4%) es un indicador que habla de las serias limitaciones de las condiciones de inserción laboral de la población trabajadora (Ariza y De Oliveira, 2014). En este sentido, la pervivencia de estos rasgos estructurales está asociado al modelo económico instaurado a partir de la reestructuración productiva, el que —como ha sido documentado— descansa en la flexibilización de las relaciones laborales y la precarización para lograr mayor competitividad en los mercados internacionales (Ariza y De Oliveira, 2014).

PARTICIPACIÓN FEMENINA EN EL MERCADO DE TRABAJO Y DE CUIDADOS

Una tendencia histórica clara en América Latina ha sido el incremento de la participación laboral de las mujeres, con una mayor aceleración durante los últimos años de las décadas de 1980 y 1990, que ocurre a la par de incrementos en los niveles educativos y retraso en la edad de maternidad, así como a mayor cobertura de servicios básicos (Blau y Kahn, 2006; Vásconez, 2012). Las investigaciones que analizan la Organización

² Definida como, según el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi), “la población ocupada que trabaja en una unidad económica que opera a partir de los recursos del hogar, pero sin constituirse como empresa, de modo que la actividad no tiene una situación identificable e independiente de ese hogar. La manera operativa de establecer esto es que la actividad no lleva una contabilidad bajo las convenciones que permiten ser auditada” (Ariza y De Oliveira, 2014: 682).

Social del Cuidado (osc) en la región dan cuenta de su carácter injusto, en tanto que las responsabilidades de cuidado están desigualmente distribuidas en dos sentidos: por un lado, entre los actores del cuidado: hogares, Estado, mercado y organizaciones comunitarias; y, por otro, al interior de cada uno de ellos, entre hombres y mujeres. Así pues, el cuidado es asumido mayormente por los hogares y, dentro de los hogares, por las mujeres (Rodríguez y Marzonetto, 2015). Marzonetto y Rodríguez (2017) señalan que esto es consecuencia de la concurrencia simultánea de varios factores. Primero, la división sexual del trabajo y la naturalización de la capacidad de las mujeres para cuidar, sostenidas en valoraciones sociales, prácticas culturales, estereotipos y mandatos de género. Segundo, por el alcance de las instituciones públicas vinculadas con el cuidado y en el paradigma con que fueron construidas. La participación marginal del Estado en la osc deriva tanto de una responsabilidad histórica en carácter de complementaria de la de los hogares como también de la visión maternalista que prima sobre las instituciones públicas, la cual fortalece el rol cuidador de las mujeres (Pautassi, 2013). Tercero, el carácter injusto de la osc deriva de la estratificación de los arreglos de cuidado. En contextos de insuficiente provisión pública de servicios de cuidado, el acceso al cuidado extradoméstico queda en manos del mercado. En efecto, los servicios mercantiles de cuidado son costosos, por lo cual su acceso es desigual, de acuerdo con los recursos económicos de los hogares (Rodríguez, Marzonetto y Alonso, 2019).

Ahora bien, en el caso de México, las investigaciones realizadas han establecido que los hombres adultos continúan siendo los principales proveedores económicos, aunque cada vez más dejan de serlo de manera exclusiva. Es más común que dentro de las familias las mujeres aporten ingresos económicos derivados de su trabajo y con ello se advierte la aparición de nuevos patrones de autoridad en los hogares donde la aportación y distribución del ingreso no descansan únicamente en el hombre (Gonzalbo y Rabell, 2004). Las mujeres adultas, en particular cónyuges o jefas de hogar, han aumentado su participación económica remunerada —o su búsqueda de trabajo— ya sea en un esfuerzo por sol-

ventar las necesidades económicas familiares, o bien por realizar aspiraciones individuales. Asimismo, las hijas y los hijos, tanto adultos como adolescentes, todavía tienen un papel económico relevante, si bien también ha habido una disminución de su participación económica en edades muy jóvenes, fruto del aumento de la permanencia en el sistema escolar en las últimas décadas (García y Pacheco, 2014a). En efecto, Ferraris y Martínez (2016) encontraron que, si bien la mayor parte de las mujeres mexicanas se halla representada en trayectorias sin proveeduría, una porción importante de ellas, en particular de las generaciones más recientes y de origen social alto, se caracteriza por estar inmersas en condiciones formales de trabajo y se declara principal sostén económico de sus hogares.

México no está en el grupo de países latinoamericanos que más destaca en el ritmo de incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo. En 2010, la tasa de actividad de las mujeres de 15 años y más era de 44%, cifra inferior al promedio latinoamericano (53%). Esta tasa, para las áreas de 100 000 habitantes y más, se encuentra por encima de la correspondiente al conjunto del país: la participación en el mercado de trabajo de las mujeres adultas (18-64 años) en las áreas urbanas se elevó de 39 a 55% entre 1991 y 2011. Como era de esperar, las esposas o convivientes tienen un menor nivel de actividad que las jefas, hijas u otras parientes, pero casi duplican su presencia económica en este lapso (de 28 a 45%), factor más considerable aún ya que representan 53% de las mujeres adultas (18-64 años) urbanas en 1991 y 46% en 2011 (García y Pacheco, 2014a).

Asimismo, siguiendo a García y Pacheco (2014a), en los últimos años se ha hecho hincapié en la necesidad de analizar de manera conjunta el trabajo remunerado y no remunerado, con el fin de evaluar de manera más precisa la contribución de las cónyuges a la reproducción de los hogares, así como el valor económico del trabajo doméstico y su contribución al PIB. A partir de la creciente disponibilidad de datos provenientes de las encuestas de uso del tiempo en México, ha sido posible estimar la sobrecarga de trabajo de las mujeres, bastante elevada sobre todo cuando los hijos son pequeños. Las estimaciones varían, pero cuando

se considera el trabajo remunerado y no remunerado de manera conjunta, se señala que las cónyuges pueden tener una sobrecarga que fluctúa alrededor de diez horas a la semana en comparación con los hombres. Así, la participación en el mercado de trabajo de las mujeres en pareja ha representado para ellas una sobrecarga de trabajo, puesto que los hombres mexicanos sólo han modificado de manera marginal su escaso involucramiento en la esfera doméstica y el cuidado de los hijos.

Algo asociado a ello es la hipótesis de la mujer sustituta, presente en el hogar, que facilita la participación de las madres en el mercado de trabajo. Esto puede estar indicando que las estrategias de supervivencia en determinados contextos sobrepasan el ámbito de la unidad doméstica. Así, tanto los sustitutos para el trabajo doméstico y el cuidado de los hijos como el apoyo económico necesario pueden ser proporcionados por personas ajenas a los hogares (García y Pacheco, 2014a), lo cual está relacionado también con la mercantilización del cuidado ya mencionada.

DATOS Y HERRAMIENTAS DE ANÁLISIS

En esta investigación nos interesa analizar en simultáneo el trabajo remunerado y el trabajo no remunerado porque entendemos que en las diferencias de género subyace una causalidad socioeconómica, y no sólo sus consecuencias (Esquivel, 2008). Concebimos el funcionamiento del sistema económico como un todo, que incluye también el espacio de la reproducción de la vida, que produce y reproduce diversas inequidades (Esquivel, 2012). Además, consideramos importante la identificación de las múltiples dimensiones de desigualdad social —clase, generación, territorio— que interactúan con el género, puesto que mujeres y hombres no son grupos homogéneos, al tiempo que las distintas dimensiones de la desigualdad se sobreimprimen y refuerzan entre sí (Power, 2004, citado en Esquivel, 2012).

Para estudiar las trayectorias de vida en lo que se refiere al trabajo remunerado y al no remunerado recurrimos al análisis de

secuencias. Esta aproximación concibe las trayectorias como unidades significativas y centra su atención en el orden de eventos previamente definidos y en la cronológica sucesión de éstos. Este tipo de análisis permite identificar patrones de información en los cursos de vida; en otras palabras, es posible obtener una idea de qué tan diversos o semejantes son los derroteros y con base en esto delinear subdivisiones de la población (Gauthier, Bühlmann y Blanchard, 2014). Bajo este acercamiento, una trayectoria en un ámbito específico de la vida puede ser vista como una lista ordenada de estados, donde el número total de estados, la sucesión entre ellos, la permanencia en cada uno y los patrones de frecuencias son funciones del tiempo (Brzinsky-Fay y Kohler, 2010). En el espacio laboral, por ejemplo, a partir de dos estados básicos: trabaja y no trabaja, podemos caracterizar las trayectorias laborales identificando, entre otras, los momentos del primer cambio de estado (de no trabajar a trabajar), la duración en el primer empleo, el instante en que ocurre el primer desempleo y el número de empleos en cierto lapso.

Como parte de esta aproximación metodológica, el análisis de secuencias multi-dimensional o MCSA (*Multi-Channel Sequence Analysis*) permite el estudio simultáneo de trayectorias de diferentes dominios de la vida. Con este procedimiento es posible encontrar patrones en las secuencias de dos o más ámbitos con base en una medida de la proximidad o semejanza entre ellas por cada dominio (Gauthier *et al.*, 2013). En este trabajo aplicamos un análisis de secuencias de dos dimensiones al conjunto de la población para identificar una tipología con tipos de trayectorias que entrelazan la esfera laboral remunerada y la no remunerada (trabajo doméstico y de cuidados).

Como insumo cuantitativo usamos los datos de la EDER 2017. Sobre la población objetivo, a fin de distinguir los cambios o las continuidades en el tiempo, analizamos el comportamiento de las cohortes nacidas en 1962-1969, 1970-1979 y 1980-1988, y centramos la atención en el periodo de vida que va de los 12 a los 29 años. Cabe señalar que en ese tramo de la vida justamente ocurren con frecuencia las transiciones educativas y familiares, vinculadas a cambios en las trayectorias de trabajo remunerado

y no remunerado. Bajo esta selección, y después de excluir 402 casos por no tener la información completa, tenemos la información de 17085 individuos: 9567 mujeres y 7518 hombres, esto es, 307530 años-persona.

Adicionalmente, la EDER 2017 captó los periodos de al menos un año cuando las personas entrevistadas realizaron de manera exclusiva o compartida trabajo doméstico o de cuidado,³ también registró los lapsos anuales de trabajo remunerado y algunas de sus características (posición en el trabajo, tamaño de la unidad económica, entre otras).⁴ Con esto, para caracterizar las trayectorias laborales remuneradas consideramos tres estados: no trabaja, trabaja en la economía informal, trabaja en la economía formal.⁵ Respecto a las trayectorias de trabajo no remunerado, contemplamos cinco estados: no trabaja, trabajo doméstico no compartido, trabajo doméstico compartido, trabajo de cuidado no compartido y trabajo de cuidado compartido.

Además de las generaciones antes mencionadas, nos interesa ver cómo se distribuyen las trayectorias de hombres y mujeres según su origen social a partir del Índice de Origen Social de Solís (2013c). Asimismo, consideramos que las desigualdades también se plasman en los territorios, por ello incluimos la región de socialización como eje de análisis. A partir de la entidad federativa donde las personas pasaron la mayor parte de sus primeros 20 años de vida y al revisar la Regionalización Funcional de México

³ Se puede distinguir si el trabajo era: trabajo doméstico compartido o no compartido; cuidado de niños menores de 6 años compartido o no compartido; cuidado de enfermos y/o adultos mayores compartido o no compartido.

⁴ La EDER también captó las experiencias de trabajo temporal (duración menor a un año), pero desestimamos su uso porque sólo se registró el trabajo no remunerado con duración de al menos un año. Además, sólo en 3.6% de los años-persona estudiados se expresó este tipo de experiencias laborales.

⁵ A partir de los datos sobre la posición en el trabajo y el tamaño de la unidad económica construimos la condición de trabajo en la economía formal/informal; en este indicador confluyen dos aproximaciones teóricas: la primera define a la informalidad atendiendo las características del establecimiento, y la segunda destaca el carácter irregular del puesto de trabajo (para más referencias sobre los criterios de construcción de la variable trabajo en la economía formal, véase Beccaria y Groisman, 2008).

(Sedatu, 2015), dividimos al país en cinco regiones: Norte, Occidente, Centro, Sur y Península.⁶

Por último, utilizamos el Lenguaje R (R Core Team, 2020) para el tratamiento de la información y el paquete TraMineR (Gabadinho *et al.*, 2011) para la obtención de las secuencias. En la construcción de la tipología usamos una matriz de costos de sustitución constante y aplicamos a la matriz de distancias un análisis de conglomerados jerárquico aglomerativo de Ward. Como resultado de este procedimiento se obtuvieron cinco tipos de trayectorias analíticamente relevantes.⁷ En la siguiente sección se presentan con detalle los hallazgos obtenidos a partir de la aplicación de esta técnica.

RESULTADOS

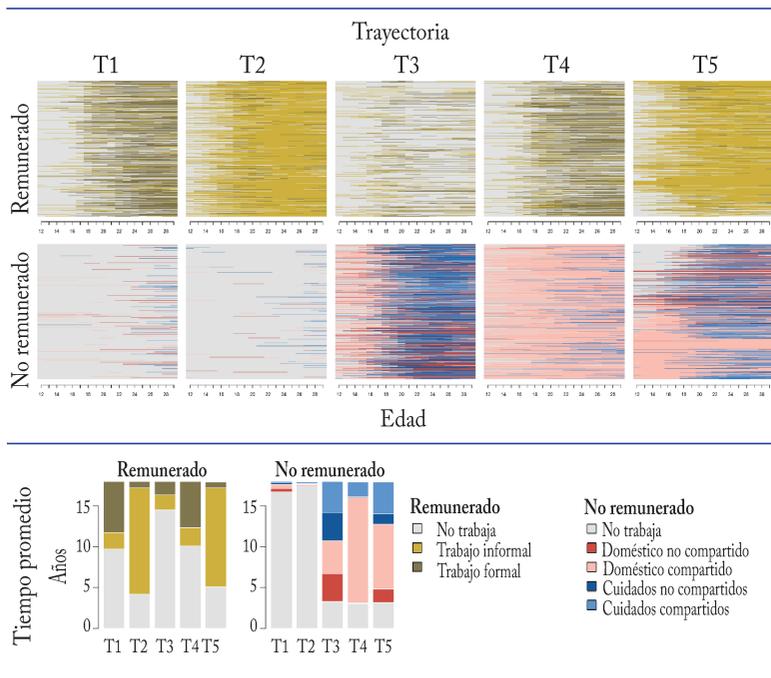
La figura 10.1 muestra las trayectorias individuales de trabajo remunerado y no remunerado, y el tiempo promedio (años) en los estados. Se puede decir que las trayectorias tipo 1 y 2 (T1 y T2) se caracterizan por pasar buena parte del periodo de observación realizando trabajo remunerado y por una participación escasa, por no decir nula, en las tareas domésticas y de cuidado (el tiempo promedio en el estado “No trabaja” es próximo a 17 años en cada una), lo que las diferencia son las condiciones de participación en el mercado de trabajo: formal y con inicio tardío en

⁶ La lista de entidades por región es Norte: Baja California, Baja California Sur, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Sinaloa y Durango; Occidente: Nayarit, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, Jalisco, Guanajuato, Querétaro, Colima y Michoacán; Centro: Ciudad de México, Estado de México, Morelos, Hidalgo, Tlaxcala y Puebla; Sur: Guerrero, Oaxaca, Chiapas y Veracruz; y Península: Tabasco, Campeche, Yucatán y Quintana Roo.

⁷ La decisión la tomamos con base en la inspección de varias tipologías y el cálculo del índice de Silhouette. Si bien la solución con cinco tipos no es la que presenta el mayor valor del índice, el resultado (0.22) es mayor que el reportado en otras investigaciones que utilizan la misma técnica de análisis (Mier y Terán *et al.*, 2016). Además, la tipología elegida nos permite destacar algunos aspectos teóricos que consideramos relevantes para la investigación.

el primer caso, e informal con un inicio más temprano al mundo del trabajo en el segundo. Además, el primer tipo, *trabajador/a en condiciones formales*, reúne a 30.6% de la población en estudio, y el segundo, *trabajador/a en condiciones informales*, a 16.9 por ciento.

Figura 10.1. Trayectorias individuales de trabajo remunerado y no remunerado, y tiempo promedio en los estados de hombres y mujeres de 12 a 29 años



Nota: T1: trabajador/a en condiciones formales; T2 trabajador/a en condiciones informales; T3: trabajador/a no remunerado/a; T4: trabajador/a en condiciones formales con trabajo no remunerado compartido, y T5: trabajador/a en condiciones informales con trabajo no remunerado compartido, y algo de no compartido.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Las trayectorias tipo 3 (T3): *trabajador/a no remunerado/a*, es la segunda más convocante con 23.8% de la población estudiada. En este tipo predominan los lapsos de trabajo no remunerado,

con años de tareas domésticas compartidas, también con dedicación exclusiva en tareas de hogar y cuidado; de hecho, las personas que la componen sólo promedian 3.3 años sin participar en estas actividades, sean o no compartidas. Otro rasgo de este tipo de trayectorias es la baja participación en el mercado de trabajo.⁸

Los tipos 4 y 5 (T4 y T5) son trayectorias de trabajo no remunerado compartido que se combina con trabajo remunerado. La T4: *trabajador/a en condiciones formales con trabajo no remunerado compartido*, es una trayectoria laboral interesante, en buena medida por la participación en el mercado formal (aunque no tanto como T1) y los lapsos prolongados de trabajo doméstico compartido (en promedio 13 años). La diferencia con T5: *trabajador/a en condiciones informales con trabajo no remunerado compartido, y hasta algo exclusivo*, es que esta última tiene claramente una mayor participación en el mercado informal (en promedio 12 años), y un poco más de dedicación exclusiva en el cuidado y en las tareas del hogar. También en T5 se observa con cierta claridad un ingreso más temprano al mercado de trabajo, como suele suceder entre quienes se insertan en condiciones informales. Estos tipos aglutinan a 16.8% (T4) y 11% (T5) de la población estudiada.

Descripción de los cinco tipos de trayectorias según origen social, generación y sexo

Recordemos que T1 y T2 son dos trayectorias predominantemente de trabajo remunerado, que se condicen con no realizar tareas de ningún tipo en el hogar. En ambas la mayoría son hombres, sobre todo en la T2 (83%), los que mayoritariamente trabajan en condiciones informales. No obstante, en T1 las mujeres representan casi 37%, y en su mayoría son de las generaciones más jóvenes y de origen social medio y alto (cuadro 10.1). También en ambos tipos existe una mayor presencia de los hombres de la generación intermedia, más pronunciado en T2, cuyo prin-

⁸ Se debe recordar que el trabajo remunerado al que nos referimos es aquél con una duración de al menos un año.

cial aporte está dado por los varones de sectores bajos, y algo también de los sectores medios. Lo que las diferencia es, por un lado, la poca participación femenina en las T2 y, por otro, el aporte por grupos sociales: mientras que las T1 son propias de los sectores más pudientes —asociado a la formalidad laboral y un calendario de inicio laboral más tardío—, en las T2 predominan los sectores populares —informalidad laboral y calendario más temprano de trabajo—. Al respecto, la mayor presencia de las generaciones intermedias y más jóvenes en T2 se condice con un mercado de trabajo cada vez más informal, con mayores tasas de desempleo y empleos precarios. Asimismo, son muy pocas las mujeres que estando en el marco de la informalidad laboral en buena parte de sus vidas logran, al mismo tiempo, tener una dedicación exclusiva a la fuerza de trabajo sin realizar tareas domésticas y/o de cuidados. Por el contrario, se encuentra una no desdeñable presencia, sobre todo de los sectores pudientes y de las generaciones recientes, de mujeres en T1. Esto se asocia con el crecimiento de la participación en la fuerza de trabajo femenina, pero también en un probable aumento en los grupos sociales más favorecidos de la mercantilización del cuidado; es decir, si la mujer se vuelque más exclusivamente al trabajo remunerado en las últimas generaciones, también se relaciona con la posibilidad de contar con recursos que posibiliten delegar en otras mujeres (redes de cuidados, mercantilización del cuidado) ese trabajo no remunerado, como se mencionó anteriormente.

Las trayectorias T3 están compuestas predominantemente por mujeres (96%) de origen social bajo (39%), pero también con una interesante presencia de las de origen medio (34%), con un mayor aporte de las nacidas entre 1970-1979 y 1980-1988. Con una ínfima presencia masculina, sin grandes diferencias por grupos sociales y generaciones. La dedicación exclusiva en las tareas de cuidado sigue siendo fuertemente desigual por género, en particular recae en las mujeres de los grupos sociales bajos y medios. A su vez, esta dedicación exclusiva puede encubrir trabajos remunerados que sean menores a un año de duración. En efecto, en esos casos estamos ante trabajos de más corta duración y probablemente de carácter inestable. En este sentido, se ha docu-

mentado que las mujeres (esposas, pero también las hijas adultas) han tenido mayor posibilidad de ser “económicamente activas” si existe algún pequeño negocio familiar o se desarrolla en el hogar alguna actividad económica que permita el desempeño simultáneo de tareas domésticas y labores remuneradas. Esto puede ocurrir en los sectores de más baja productividad (marginales, informales), pero cabe señalar que también se da en sectores que llevan a cabo actividades profesionales y técnicas por cuenta propia (García y Pacheco, 2014a).

El conjunto de trayectorias T4 destaca por la gran presencia de mujeres (66%), con un incremento importante para las generaciones intermedias y más jóvenes, con mayor protagonismo de las de origen social medio (22%) y alto (25%), aunque también algo de las de sectores bajos (19%). Al respecto, que las mujeres en estas trayectorias compartan el cuidado y/o los quehaceres del hogar es una buena noticia en tanto que aligera su carga de trabajo; no obstante, no necesariamente implica que haya una distribución de roles más equitativos en el hogar con respecto a sus parejas, porque no sabemos con quién comparten el cuidado y el quehacer doméstico. Es posible que las de grupo social más bajo probablemente lo compartan con su entramado familiar, mientras que en los estratos medios y altos se recurra también a redes de cuidado, o bien a la contratación de una persona, presumiblemente una mujer, para que realice las tareas domésticas. Sin embargo, sobre T4 es interesante señalar la presencia de hombres de origen social medio y alto (sumados, aportan 26%), en particular de las generaciones intermedias y más jóvenes con similar impronta. Este resultado es consistente con los trabajos que señalan una mayor participación de hombres de las últimas generaciones, sobre todo en los grupos medios y altos, en el trabajo no remunerado. Está ocurriendo cierta flexibilización del papel de estos hombres como padres y cónyuges, puesto que presentan signos de experimentar importantes procesos reflexivos que conducen a cuestionar concepciones y roles tradicionales en torno a la división sexual del trabajo. Esto se refleja en la emergencia de proveedurías compartidas y en la toma de decisiones en los hogares, lo que implica transformaciones en el ejercicio de poder en

las relaciones conyugales y familiares (Rojas, 2012; Rojas y Martínez, 2014). No obstante, este tipo de trayectorias sigue siendo predominantemente femenina, en mujeres con una inserción laboral formal, que no necesariamente implica una distribución de roles más equitativa (como ya se dijo) y que frente a las buenas condiciones de trabajo y recursos puede estar asociada también a una mercantilización del cuidado o bien a entramados familiares que coadyuven con el sostenimiento de la vida en esos hogares.

A diferencia de lo anterior, el grupo de trayectorias T5 tiene claramente una mayor participación en el mercado informal y un poco más de dedicación exclusiva en el cuidado y en las tareas en el hogar. Se compone mayormente de mujeres (68%), pero con mayor presencia de las nacidas en las generaciones intermedias y jóvenes, de origen social bajo (31%). Al respecto, si bien estas fuentes de empleo son más flexibles y compatibles con la dedicación familiar (Valenzuela, 2003), son generadoras de ingresos bajos, por lo cual las mujeres pueden mejorar en algo su situación, pero esto no se ha constituido en una estrategia que permita revertir las brechas de desigualdades en bienestar, ingresos y pobreza entre sexos (Vásquez, 2012).

En este conjunto de trayectorias también es interesante la presencia de hombres de grupos bajos (15%), de las generaciones más jóvenes e intermedias (suman 25%), particularmente de esta última. Como mencionamos en el apartado sobre el contexto, esta generación intermedia es la que vive más fuertemente momentos de crisis (como la de 1995), y que no han sido acompañadas por políticas que pudieran aligerar la situación de los hogares, por el contrario, han sido momentos de crecimiento de informalidad y pobreza. Estas situaciones derivan, como señalan otras investigaciones, a una readecuación de los roles en algunos hogares: hombres que comparten las tareas en el hogar y mujeres que participan en el mercado de trabajo para evitar el desclasamiento (caer en la pobreza). Lo mismo podemos concluir para la generación más joven, también atravesadas por un sostenido crecimiento de la informalidad laboral, con una importante porción de la población que justamente se concentra en el origen social bajo y que sigue siendo pobre.

Cuadro 10.1. Distribución porcentual de las trayectorias de trabajo remunerado y no remunerado, según algunas características seleccionadas

<i>Características</i>	<i>Tipos de trayectorias</i>					
	<i>T1</i>	<i>T2</i>	<i>T3</i>	<i>T4</i>	<i>T5</i>	
<i>Sexo</i>						
Hombres	63.1	83.3	4.3	34.2	32.3	
Mujeres	36.9	16.7	95.7	65.8	67.7	
<i>Sexo y cohorte</i>						
Hombres	1962-1969	15.5	19.3	0.7	7.2	7.3
	1970-1979	24.7	34.3	1.3	13.7	13.3
	1980-1988	22.9	29.6	2.2	13.3	11.6
Mujeres	1962-1969	7.6	3.3	23.7	14.4	14.4
	1970-1979	14.1	6.3	36.8	26.3	27.7
	1980-1988	15.1	7.1	35.2	25.1	25.6
<i>Sexo y origen social</i>						
Hombres	Bajo	13.3	40.5	1.1	7.6	15.4
	Medio	20.2	26.9	1.6	12.8	9.8
	Alto	29.6	15.8	1.5	13.8	7.0
Mujeres	Bajo	6.4	7	38.9	19.1	30.6
	Medio	11.1	4.9	33.6	21.9	24.5
	Alto	19.3	4.8	23.3	24.8	12.7
Total		30.6	16.9	23.8	16.8	11.9

Nota: T1: trabajador/a en condiciones formales; T2: trabajador/a en condiciones informales; T3: trabajador/a no remunerado/a; T4: trabajador/a en condiciones formales con trabajo no remunerado compartido, y T5: trabajador/a en condiciones informales con trabajo no remunerado compartido, y algo de no compartido.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

En este sentido, García y Pacheco (2014a), en un estudio sobre la participación en el mercado de trabajo de las cónyuges mexicanas que residen en áreas urbanas de 100 000 habitantes entre 1991 y 2011, señalaban que en hogares cuya jefatura esta-

ba a cargo de un desempleado —una situación mucho más frecuente en 2011 que en 1991— el efecto es claro y a favor de una mayor participación laboral femenina en ambos años. En este sentido, en el contexto heterogéneo y desigual descrito para las últimas generaciones, de precarización laboral creciente al tiempo de incremento de pobreza, una estrategia frecuente de las familias ha sido aumentar el número de miembros participantes en el mercado de trabajo, ya sea en los sectores asalariados o no asalariados, formales o informales, además de otros medios como serían la modificación de los patrones de consumo y la migración hacia Estados Unidos. Adicionalmente, las mismas autoras hallan que la presencia en el hogar de mujeres mexicanas económicamente inactivas (hipótesis de la mujer sustituta comentada en la sección anterior) sí facilita la participación laboral de algunas mujeres casadas o unidas.

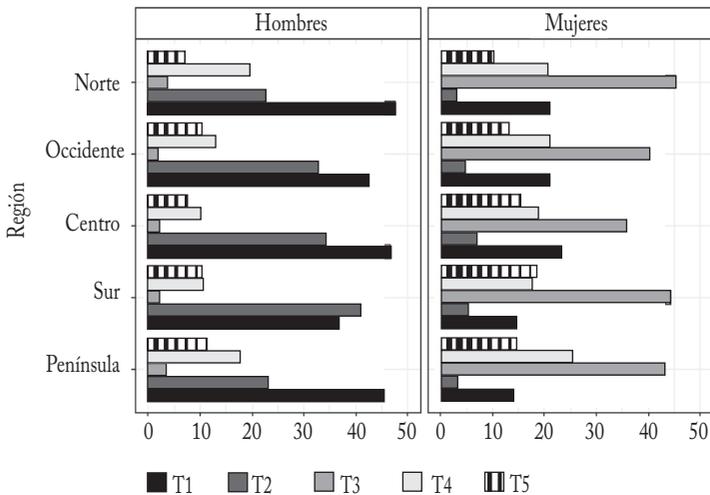
Diferenciales por regiones

En esta sección analizaremos la distribución de los cinco tipos de trayectorias en las regiones de socialización por sexo (gráficas 10.2). Así, en primer lugar, las T1 congregan la mayor cantidad de trayectorias masculinas en casi todas las regiones, pero con mayor peso —y reflejando mejores condiciones de inserción laboral— en el Norte y Centro del país (alrededor de 47% ambas). La excepción es la región Sur, en donde tienen mayor peso las trayectorias T2 (41%), lo que manifiesta las carencias de dicha región, con hombres trabajadores en condiciones informales. Asimismo, se destaca que en todas las áreas predominan los hombres en roles más tradicionales, ya que son trayectorias en las que casi no realizan trabajos de cuidados ni tareas en el hogar. No obstante, en la región Norte y Península, una interesante proporción de hombres se encuentra en trayectorias (T4) de cuidado compartido, así como de una inserción laboral favorable (19 y 8%, respectivamente). Por último, en la región Península (11%) y con similar peso en el Sur (10%), así como en Occidente (10%), hay una presencia un poco mayor de hombres que, insertos en con-

diciones informales en el mercado de trabajo, comparten tareas y cuidados en los hogares (T5).

Se destaca que también las trayectorias femeninas en todas las regiones del país reproducen roles más tradicionales, lo que se evidencia en la predominancia de la T3. Asimismo, un rasgo interesante es que las regiones con mayor presencia de estas trayectorias son tanto la más favorecida como la más desfavorecida: Norte con 45% y Sur con 44%. Por el contrario, la región con menor presencia de estas trayectorias es la Centro (36%), lo que refleja asimismo roles más modernos, ya que también es la zona con mayor presencia de mujeres que se dedican casi exclusivamente al trabajo remunerado en condiciones formales (23% en T1). Otras regiones que también tienen una presencia interesante de este tipo de trayectorias T1 son la Occidente y Norte, ambas con alrededor de 21% de mujeres, mientras que la región Sur es una de las que menos presencia tiene de mujeres en este tipo (14%). La Península presenta un similar bajo peso en T1 (14%) pero, a diferencia de la región Sur, esto favorece en una mayor importancia de mujeres en trayectorias de trabajo remunerado en condiciones formales y con trabajo no remunerado compartido (un cuarto de ellas en T4). También las regiones Norte, Occidente y Centro tienen una interesante presencia en este tipo de trayectorias: alrededor de 19-21% de las mujeres de dichas zonas. A su vez, en la región más desfavorecida del país es donde se encuentra una mayor presencia de mujeres con condiciones informales de trabajo y compartiendo el trabajo no remunerado (un 19% de las mujeres del Sur en T5). Le siguen las mujeres de las regiones Centro y Península con similar peso (16% y 14% de las mujeres, respectivamente) y, como era de esperar, la zona más favorecida (Norte) es la que presenta la menor cantidad de mujeres en estas condiciones. Por último, como ya hemos mencionado, son muy pocas las mujeres, en todas las regiones se refleja eso, que estando en condiciones de informalidad, no realizan trabajo no remunerado. Aunque se ve una presencia un poco más alta en la zona Centro del país de este tipo de trayectorias (7% en T2), en comparación a las otras áreas, y un particular contraste con las regiones Norte y Península (3% en ambas).

Gráfica 10.2. Distribución porcentual de las trayectorias de trabajo remunerado y no remunerado en las regiones de socialización, por sexo



Nota: T1: trabajador/a en condiciones formales; T2: trabajador/a en condiciones informales; T3: trabajador/a no remunerado/a; T4: trabajador/a en condiciones formales con trabajo no remunerado compartido, y T5: trabajador/a en condiciones informales con trabajo no remunerado compartido, y algo de no compartido.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

CONCLUSIONES

En los últimos años se ha hecho particular hincapié en la necesidad de analizar de manera conjunta el trabajo remunerado y no remunerado con el fin de evaluar de forma más precisa la contribución de las personas al sostenimiento de la vida. Las encuestas sobre el uso del tiempo y otras de corte transversal proveen información estadística para estudiar el fenómeno, pero no son ideales para analizar variaciones en el tiempo porque los datos están referidos a un momento determinado. En contraste, las tres ediciones de la EDER (1998, 2011 y 2017) contienen información

para el estudio longitudinal del trabajo remunerado y la más reciente, además, registra por primera vez información referida al trabajo no remunerado (doméstico y de cuidados). Con este insumo estadístico reconstruimos las trayectorias de vida que combinan ambos trabajos y centramos la atención en cuánto de ello sigue siendo desigualmente distribuido entre hombres y mujeres, así como también por origen social, generaciones y regiones de socialización, lo que nos permitió sumar conocimiento sobre estas dos dimensiones de manera conjunta y a lo largo del curso de vida de las personas en México.

En suma, encontramos que si bien las trayectorias T2 y T3 son las más convocantes, y se caracterizan por ser trayectorias que reproducen los roles de género más tradicionales: “hombre proveedor” y “mujer ama de casa”, en el resto (T1, T4 y T5) más de un tercio del sexo opuesto disputa la participación. Así, una porción interesante femenina disputa su presencia en T1, donde sería esperable la predominancia masculina dada la fuerte impronta laboral y poca participación en tareas de cuidado y domésticas, que ya vimos particularmente son las de origen social alto y algo de las de origen medio. Lo mismo con los tipos 4 y 5, en donde los hombres muestran su presencia, siendo que son trayectorias que combinan trabajo remunerado con cuidado y tareas domésticas compartidas (T4) —hombres de origen social medio y alto de las generaciones más jóvenes—, y hasta un poco de cierta exclusividad en estas labores (T5), en este caso con una buena presencia de los de origen social bajo, sobre todo de la generación intermedia.

Esta división tradicional de roles también se refleja en todas las regiones del país, en donde predomina el trabajo remunerado exclusivo en los hombres y el trabajo no remunerado casi exclusivo en las mujeres. No obstante, el Centro del país congrega también trayectorias de mujeres en roles más modernos, como la T1. Hay una interesante presencia de hombres que realizan tanto trabajo remunerado como no remunerado presentes en las regiones Norte y Península. Por último, claramente existe una marcada diferencia entre regiones según las condiciones de empleo de aquellos y aquellas que venden su fuerza de trabajo en el

mercado: con predominio en la economía informal en la región Sur, y en la economía formal en el Norte.

Ahora bien, haciendo foco en una de las preguntas centrales que nos hacemos con respecto al trabajo no remunerado y condiciones de trabajo informales por sexo, podemos sintetizar que, en el caso de los hombres, cuando el trabajo es informal, principalmente no realizan tareas de cuidado (T2), salvo el efecto generacional de las crisis —aumento de la informalidad y la pobreza—, ahí comparten tareas en el hogar los de grupo social bajo (T5). Mientras que las mujeres, cuando el trabajo es informal, no se dedican exclusivamente a trabajar (por eso no están prácticamente en T2), sino que logran compartir ese cuidado (T5), lo que recae probablemente en otras mujeres allegadas, familia, vecinas.

Sobre esta asociación entre informalidad laboral y cuidados se ha evidenciado que situaciones de vulnerabilidad laboral e inestabilidad de ingresos conllevan a una mayor carga de trabajo, tanto remunerado como no remunerado (Esquivel, 2006), en consonancia con que mayores posibilidades de acceder a alternativas de cuidado fuera del hogar facilitan, en simultáneo, la generación de ingresos y mejoran, por lo tanto, las condiciones materiales de vida. Así, los hogares (y las mujeres) que no pueden comprar cuidado y tienen acceso restringido a servicios públicos de cuidado de calidad ven limitadas sus opciones de participación económica, y es sobreexplotado su tiempo de trabajo no remunerado, lo que redobla su situación de desigualdad (Rodríguez *et al.*, 2019). Por el contrario, las mujeres con más altos niveles de vida cuentan con más posibilidades de insertarse laboralmente y en mejores condiciones, al tiempo que pueden recurrir de manera frecuente a redes que les permiten avanzar en esa dirección o pagar por ese cuidado. Además, al contar con trabajos formales (inscritas en los sistemas de seguridad social) pueden acceder a sistemas de cuidado, no así a partir de empleos femeninos tan habituales como las empleadas domésticas y el resto de las trabajadoras informales (García y Pacheco, 2014a).

En este contexto, las políticas públicas de cuidado son fundamentales en tanto herramientas para modificar estructuras de reproducción de desigualdad. Siguiendo a Rodríguez *et al.* (2019),

estas políticas de cuidado debieran integrar algunos ejes, a saber: *a)* regulaciones del cuidado en el marco de las relaciones laborales (licencias maternales, paternales, parentales y familiares, así como la regulación de las condiciones de trabajo en el empleo de cuidado); *b)* la provisión pública de servicios de cuidado de calidad, y *c)* las políticas de cambio sociocultural, que permitan modificar los estereotipos de género y las valoraciones culturales en torno al cuidado. En efecto, es necesario que la osc sea asumida como una política de Estado, buscando atender de manera integral el derecho al cuidado, a la vez que construir una osc basada en la corresponsabilidad social, con la asignación adecuada de recursos presupuestarios. Se debe apuntar a reducir las brechas de desigualdad y desestructurar las dinámicas (culturales y socioeconómicas) que las reproducen.

Por último, no queremos dejar pasar la oportunidad de reconocer el avance en materia de recolección de información que tiene lugar en la edición 2017 de la EDER con el registro de los periodos anuales donde se realiza trabajo doméstico o de cuidados de forma compartida o no compartida. Este esfuerzo se debe sostener, mejorar y profundizar en un futuro; sería plausible y de gran interés conocer, por ejemplo, con quién/es se comparte las tareas y captar los casos donde las tareas domésticas y de cuidados se realizan en simultáneo.

11. (IN)MOVILIDAD DE CLASE Y CARRERAS OCUPACIONALES EN MÉXICO

*Fiorella Mancini**
*Gerardo Damián***

INTRODUCCIÓN

De los estudios realizados en los últimos años acerca de la movilidad social intrageneracional, tres tendencias generales resultan relevantes para la presente investigación: 1) la educación y el origen social son fuertes predictores del logro ocupacional al ingresar al mercado laboral; 2) las condiciones de entrada a una determinada clase tienen efectos de largo plazo en la carrera ocupacional de los individuos, y 3) los movimientos ascendentes hacia posiciones sociales más altas a la del primer empleo raramente suceden (Barone, Lucchini y Schizzerotto, 2011; Breen y Jonsson, 2005; Parrado, 2005; Bison, 2011; Mancini, 2019; Impicciatore y Panichella, 2019; Bühlmann, 2010; Bukodi *et al.*, 2016).

A pesar de este reconocimiento generalizado, son aún escasas las investigaciones que se proponen analizar la movilidad que ocurre durante el curso de vida y, específicamente, entre las posi-

* Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).

** Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS) de la UNAM.

ciones sociales ocupadas en el primer empleo y en el trabajo actual (o a una determinada edad, según la información disponible) (Snipp, 1985; Savickas, 2002; Parrado, 2005). Más escasos aún son los estudios sobre movilidad en términos holísticos, basados en el examen de la secuencia completa de las posiciones de clase a lo largo de las trayectorias laborales (Bison, 2011).

Interrogarse por la movilidad profesional importa en la medida en que permite conocer si estos movimientos pueden corregir, al menos en cierta medida, las asignaciones desiguales de entrada al mercado laboral o si, por el contrario, el sistema de estratificación de dicho mercado funciona como una dinámica de desigualdad acumulativa donde quienes parten de posiciones ventajosas amplían o clausuran la brecha que los separa de los trabajadores menos favorecidos (Mancini, 2021; Barone, Lucchini y Schizzerotto, 2011).

Bajo estas premisas, el objetivo del capítulo es conjugar el análisis sociológico de la movilidad intrageneracional con el análisis de secuencias de trayectorias laborales con el fin de observar tres aspectos particulares de dicha movilidad: 1) las posibilidades de revertir o no una posición social desventajosa; 2) los diversos calendarios del tránsito desde una clase a otra (a qué edades ocurren los principales cambios de empleo, en qué momento de la vida hay más y menos chances de experimentar movilidad ascendente, las duraciones medias en cada posición de clase, etcétera), y 3) los distintos patrones de movilidad que pueden observarse entre varones y mujeres.

A partir de dichos objetivos, así como de algunos antecedentes de investigación, formulamos las siguientes tres hipótesis de trabajo: 1) la movilidad social intrageneracional en México es ciertamente escasa y, cuando ocurre, suele suceder mediante movimientos de corto alcance (Mancini, 2019; Parrado, 2005); 2) los calendarios de tránsito desde una clase a otra logran un nivel de saturación o madurez ocupacional alrededor de los 35 años (Parrado, 2005; Toft, 2019; Robette, Thibault y Dutreuilh, 2008), y 3) los diversos patrones de movilidad social reproducen la heterogeneidad estructural del mercado laboral mexicano, caracterizado por una gran inmovilidad a lo largo de la vida, escasas

transiciones de clase y, en general, una permanencia estructural en posiciones de relativa desventaja social, especialmente entre las mujeres.

Para analizar estas hipótesis, el capítulo se estructura como sigue. En primer lugar se presenta una breve descripción de los datos y métodos de análisis a partir de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. En la segunda sección se muestran los resultados de investigación a partir de los tres objetivos presentados anteriormente. El capítulo culmina con una serie de reflexiones acerca de los hallazgos y las futuras líneas de investigación relacionadas con la movilidad intrageneracional en México.

DATOS Y MÉTODOS

En términos generales, los estudios sobre movilidad intrageneracional se basan en el análisis de tablas cruzadas entre la posición social al primer empleo y la posición ocupada en una etapa posterior, ya sea diez años después, a los 30 años o bien al momento de la entrevista (Halpin y Chan, 1998; Barone, Lucchini y Schizzerotto, 2011). El supuesto para tomar estos respectivos orígenes y destinos de clase radica en que, en un momento determinado de la trayectoria laboral, los individuos alcanzan cierta condición de “madurez ocupacional” en la medida en que las probabilidades de movilidad después de dicho momento resultan altamente escasas (Erikson y Goldthorpe, 1992); es decir, a partir de una determinada edad, la movilidad ya no se produce o, en caso de hacerlo, se realiza sólo mediante movimientos horizontales que no implican grandes cambios en términos de estratificación social.¹

¹ El debate sobre el calendario específico de la madurez ocupacional continúa abierto. Mientras algunas investigaciones lo sitúan a los 30 años (Parrado, 2005), los estudios pioneros de Goldthorpe (1987) sugieren los 35 y análisis recientes en Europa la colocan a los 45 (Bison, 2011; Impicciatore y Panichella, 2019; Huang y Sverke; 2007), o bien 10 años después del primer empleo (Toft, 2019) o a partir del empleo actual (Robette, Thibault y Dutreuilh, 2008; Mancini, 2019).

La EDER 2017 permite no sólo conocer la movilidad entre el primer empleo y el actual, sino que, además, admite estrategias alternativas de análisis para estudiar las trayectorias laborales de un modo más dinámico y, desde luego, con una mirada estrictamente longitudinal. Para ello, gran parte de la literatura sobre carreras ocupacionales propone las técnicas de *optimal matching* y el análisis de secuencias como herramientas genuinamente holísticas que tratan las trayectorias laborales en conjunto (como secuencias de estados) y permiten entenderlas como lo que realmente son: un proceso social que requiere tiempo para su evolución (Halpin y Chan, 1998; Barone, Lucchini y Schizzerotto, 2011; Impicciatore y Panichella, 2019; Buülhmann, 2010; Bukodi *et al.*, 2016; Bison, 2011; Mancini, 2019; Robette, Thibault y Dutreuilh, 2008; Billari, 2001). Además, complementar el análisis de tablas de movilidad con el de secuencias permite observar hasta qué punto existen patrones diferenciados para trazar los caminos específicos que unen la posición de clase del primer empleo con las posiciones de clase posteriores (Bison, 2011).

Tanto en el caso de las tablas de movilidad como del análisis de secuencias, trabajamos exclusivamente con aquellas personas de la encuesta que alguna vez trabajaron y que al momento de la encuesta (2017) tenían entre 30 y 54 años de edad. A partir de este corte, la muestra consta de 15 226 observaciones de individuos nacidos entre 1963 y 1987, 8 003 mujeres y 7 223 varones, y de 414 108 observaciones longitudinales que corresponden al total de años-persona del conjunto de observaciones individuales. Además, realizamos el estudio de varones y mujeres de manera separada. A su vez, para ambos tipos de análisis nos basamos en el esquema de siete clases de Erikson, Goldthorpe, Portocarrero (EGP), adaptado para América Latina según la propuesta de Solís y Boado² (2016). La EDER 2017 ofrece, para cada año-persona, la información necesaria para asignar cada observación a una de las

² I+II clase de servicio; III clase de rutina no manual; IV empleadores pequeños y trabajadores independientes calificados; V+VI trabajadores manuales calificados; VIIa trabajadores manuales no calificados; IVc pequeños propietarios y trabajadores independientes agrícolas; VIIb subordinados agrícolas.

siete clases del esquema EGP, a saber: si el individuo trabajó o no en cada año-persona, si fue así, la codificación de la actividad laboral en el catálogo SINCO (Sistema Nacional de Clasificación de Ocupaciones), la posición ocupada en el empleo y si cumplía o no labores de supervisión; por último, el tamaño de la organización en cuanto a la cantidad de trabajadores. A partir de esa información seguimos el proceso propuesto por Solís, Chávez y Cobos (2019) para asignar la clase social en el esquema EGP, para cada año-persona: homogeneizar el código ocupacional ofrecido por SINCO al catálogo ISCO-88 (International Standard Classification of Occupation-88), para después establecer la relación entre éste y las variables de posición laboral, supervisión y tamaño de la empresa, para definir la clase social de pertenencia. En el caso específico de las mujeres, se considera la salida del mercado de trabajo como una posición (o estado) posible a la hora de estudiar el destino de clase. Dada la información que ofrece la encuesta, la salida del mercado laboral se define a partir del año-persona en que cada mujer que trabajó al menos una vez en su vida (reactivo que también ofrece la encuesta) reportó no haber trabajado y, por ende, no ofrece información del código de ocupación del catálogo SINCO, ni sobre las características de su empleo para cada año-persona.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Movilidad social intrageneracional en México

Con el fin de proporcionar una primera imagen descriptiva de la movilidad social intrageneracional en México, presentamos en el cuadro 11.1 una tabulación cruzada de la movilidad entre el primer empleo y el actual para varones de 30 a 54 años.³

³ Por cuestiones de espacio no presentamos aquí las tablas de movilidad entre el primer empleo y los 30 años. Tal como lo especifica la bibliografía especializada, los principales cambios ocurren precisamente alrededor de dicha edad. Sin embargo, no es despreciable la movilidad observada unos años después, especialmente entre los 30 y 40 años, sobre todo entre determinadas cla-

Cuadro 11.1. Movilidad social entre primer empleo y empleo actual (EGP), varones de 30 a 54 años, México, 2017

<i>Estructura de clases</i>		<i>I+II</i>	<i>III</i>	<i>IV</i>	<i>V+VI</i>	<i>VIIa</i>	<i>IVc</i>	<i>VIIb</i>	
<i>Primer empleo/ empleo actual</i>				<i>CPC y EP</i>	<i>MC</i>	<i>MNC</i>	<i>PPA y CPA</i>	<i>SA</i>	<i>Total</i>
I+II	CS	75.8	5.3	6.2	9.2	2.3	1.1	0.1	11.9
III	NMR	21.4	29.9	15.4	20.5	11.2	1.1	0.5	13.1
IV	CPC y EP	12.1	2.7	72.9	7.1	4.5	0.6	0.1	3.9
V+VI	MC	13.3	8.1	13.4	48.4	14.1	1.7	0.9	20.1
VIIa	MNC	9.9	5.9	15.2	25.5	29.7	11.8	2.0	44.9
IVc	PPA y CPA	2.7	4.3	7.1	8.9	7.5	69.3	0.1	2.5
VIIb	SA	3.4	4.7	15.3	21.1	17.7	9.0	28.8	3.6
Total		19.6	9.2	15.8	26.2	18.9	8.0	2.2	100.0

Nota: Clases: I+II: clases de servicios. III: no manuales de rutina. IV: cuenta propia calificados y empleadores pequeños. V+VI: manuales calificados. VIIa: manuales no calificados. IVc: pequeños propietarios y cuenta propia agrícolas. VIIb: subordinados agrícolas.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Lo primero que podemos observar, mediante los marginales del cuadro 11.1, es la movilidad relativa entre origen y destino en todas las posiciones de clase. En principio, los datos dan cuenta de movimientos importantes en varios casos: la clase de servicios aumenta de 11.9 a 19.6%; la clase IV, de 3.9 a 15.8%, y las clases V+VI de 20.1 a 26.2%. Al mismo tiempo, la diagonal del cuadro muestra las altísimas tasas de herencia ocupacional que distinguen a ciertas posiciones sociales: 75.8% para la clase de servicios y 72.9% para la clase IV, por ejemplo. La clase trabajadora urbana, en cambio, presenta uno de los valores más bajos con respecto a la inmovilidad social (29.7%).

Tomados en conjunto, estos datos indican: 1) un alto nivel de clausura social en la punta de la pirámide (tres cuartas partes de los trabajadores que comienzan en la clase de servicios allí se

ses particulares. En este sentido, hemos optado por trabajar con el empleo actual para lograr captar “la mayor movilidad posible” a lo largo del curso de vida.

quedan hacia el final de sus trayectorias); 2) una relativa movilidad ascendente para la clase trabajadora urbana, especialmente hacia la clase V+VI (26.2%) y IV (15.8%). Estos trabajadores, sin embargo, tienen posibilidades más limitadas de ascender a la clase media alta (6%) o a la clase de servicios (10%), y 3) un crecimiento sostenido de la clase IV que se alimenta de una gran variedad de posiciones sociales, tanto urbanas como rurales.

El cuadro 11.2 muestra la movilidad intrageneracional para las mujeres que participan actualmente en el mercado de trabajo.

Cuadro 11.2. Movilidad social entre primer empleo y empleo actual (EGP), mujeres de 30 a 54 años, México, 2017

<i>Estructura de clases</i>		<i>I+II</i>	<i>III</i>	<i>IV</i>	<i>V+VI</i>	<i>VIIa</i>	<i>IVc</i>	<i>VIIb</i>	
<i>Primer empleo/ empleo actual</i>		<i>CS</i>	<i>NMR</i>	<i>CPC y EP</i>	<i>MC</i>	<i>MNC</i>	<i>PPA y CPA</i>	<i>SA</i>	<i>Total</i>
I+II	CS	78.7	10.7	5.1	2.9	2.6	0.0	0.0	14.3
III	NMR	15.7	53.3	11.4	6.2	12.9	0.1	0.4	33.4
IV	CPC y EP	4.1	4.6	85.8	1.0	4.6	0.0	0.0	4.8
V+VI	MC	7.5	13.1	8.2	55.3	14.6	0.8	0.3	13.8
VIIa	MNC	3.4	11.4	11.0	7.9	64.3	1.6	0.5	32.3
IVc	PPA y CPA	0.0	0.0	2.3	0.0	0.0	88.5	9.1	0.3
VIIb	SA	0.3	9.0	3.0	6.8	25.9	3.6	51.4	1.1
Total		18.9	25.1	13.4	12.8	27.9	0.9	0.9	100.0

Nota: Clases: I+II: clases de servicios. III: no manuales de rutina. IV: cuenta propia calificados y empleadores pequeños. V+VI: manuales calificados. VIIa: manuales no calificados. IVc: pequeños propietarios y cuenta propia agrícolas. VIIb: subordinados agrícolas.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

En el caso de las mujeres, la herencia ocupacional es más alta que entre los varones en todas las posiciones de clase; es decir, ellas tendrían, en principio, menos chance de “escaparse” del primer empleo. Por otro lado, mientras 29.7% de los hombres se mantiene en la clase trabajadora urbana a lo largo de su trayectoria, 64.3% de las mujeres permanece en dicha posición, en un contexto de enorme precariedad y desprotección laboral.

Respecto de la clase de servicios, si bien la proporción actual es parecida entre varones y mujeres (19.6% y 18.9%), entre ellas la herencia es mayor y, por ende, las posibilidades de acceder a dicha posición desde clases más bajas son más reducidas. En efecto, sólo 15.7% es proveniente de la clase de rutina, valor que entre los varones asciende hasta 21.4%. Esta mayor clausura social observada entre las mujeres podría estar relacionada con dos problemas metodológicos que acusa el estudio de la estratificación social para la fuerza de trabajo femenina. El primero tiene que ver con la selectividad que presentan las mujeres que participan en el mercado de trabajo: participan menos que los varones, inician sus trayectorias con niveles educativos más altos que ellos y, por ende, comienzan también en posiciones más altas. El segundo es la desigualdad de género intra-clase; es decir, el esquema de estratificación que utilizamos para observar la movilidad asume una cierta uniformidad en grupos ocupacionales que presentan, en realidad, una enorme heterogeneidad y desigualdad de género en cuanto al estatus, la autonomía y el ascenso profesional en la carrera ocupacional, especialmente en los grupos profesionales o administrativos, las mujeres se concentran, dentro de una misma clase, en puestos ocupacionales de nivel inferior a los varones.

El cuadro 11.2 también deja entrever la feminización del trabajo de cuello blanco (25.1% *versus* 9.2% entre los varones), donde 47% de las mujeres llega hasta allí proveniente de otras posiciones sociales. Ello estaría relacionado con lo que los estudios feministas de estratificación social han denominado “movilidad espuria” (Crompton, 1995), es decir, una concentración femenina en puestos de cuello blanco que, en realidad, presentan bajos niveles de calificación y suelen carecer de posibilidades de promoción, produciéndose un posible desajuste entre el logro ocupacional y las retribuciones que, por ser mujeres, ofrece el mercado de trabajo para estos puestos. Además, esta especie de movilidad espuria estaría relacionada con la segregación sexual del trabajo y la devaluación de los puestos feminizados (tanto en prestigio como en recompensas).

Tal como lo muestran las figuras 11.1, los varones “se mueven” más a lo largo de la estructura ocupacional, ya sea mediante mo-

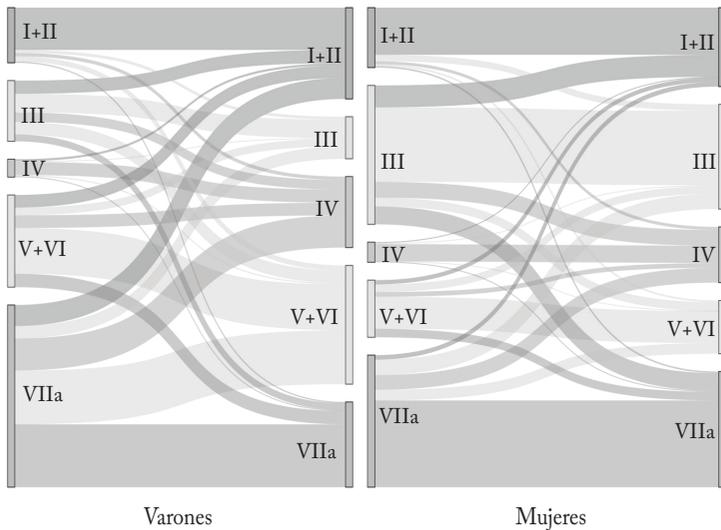
vimientos ascendentes o descendentes; entre ellos, la fluidez de la estructura social es mayor y, por ende, los destinos masculinos devienen más heterogéneos a lo largo de la carrera laboral. Dicha heterogeneidad se corrobora con la gran variedad de posiciones que alimentan a la clase de servicios; hasta allí llegan varones de las diversas posiciones sociales, incluyendo a la clase trabajadora urbana. Entre las mujeres, en cambio, la estructura social se muestra más rígida, pero también más polarizada entre las clases más altas y la clase trabajadora. La mayor fluidez masculina es indicativa también de que la clase de servicios resulta para muchos trabajadores una especie de escalera interna del mercado laboral: llegan hasta allí después de transcurrir varios años en posiciones más bajas (Joseph *et al.*, 2012). En cambio, entre las mujeres, la alimentación de la clase de servicios es más externa, proveniente casi directamente desde el sistema educativo. Para ellas, la clase de servicios constituye, más que una escalada desde las clases trabajadoras, un salto directo producido, especialmente, por sus credenciales educativas.

En cualquier caso, tanto en varones como mujeres puede observarse cómo la clase IV es la gran receptora del resto de las posiciones sociales hacia el final de las trayectorias. En dicho movimiento, la desigualdad de género se expresa de manera contundente: entre los varones se trata, principalmente, de un ascenso social desde el trabajo manual; en cambio, entre las mujeres implica, sobre todo, un descenso desde el trabajo asalariado de rutina.

El cuadro 11.3 indica una diversidad de medidas resumen para tener un panorama más amplio sobre estos movimientos. En primer lugar, los datos muestran una estructura social relativamente típica para el régimen de estratificación mexicano que se caracteriza por dos movimientos estructurales: 1) una cima social cerrada, donde se observan algunos movimientos desde la clase de rutina hacia la clase de servicios con pocas probabilidades de descenso social, y 2) una clase media caracterizada por el trabajo independiente calificado y de pequeños propietarios que se convierte, por un lado, en un freno importante para que las clases más altas descendan y, por otro, en una especie de techo de cristal para que las clases manuales asciendan hasta ahí; es

decir, entre los trabajadores de servicios y de rutina se advierte una clausura social y una movilidad circular entre ellos que blinda posibilidades de movilidad descendente. Al mismo tiempo, la clase IV admite el ascenso social desde las clases más bajas, pero, a la vez, constituye una especie de barrera estructural para seguir escalando hacia posiciones más altas.

Figuras 11.1. Síntesis de la movilidad social intrageneracional de varones y mujeres de 30 a 54 años, México, 2017



Nota: Clases: I+II: clases de servicios. III: no manuales de rutina. IV: cuenta propia calificados y empleadores pequeños. V+VI: manuales calificados. VIIa: manuales no calificados. IVc: pequeños propietarios y cuenta propia agrícolas. VIIb: subordinados agrícolas.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Finalmente, en la clase trabajadora urbana se observan probabilidades importantes de ascenso social, aunque dichas posibilidades están signadas por la precarización, en la medida en que su ascenso es, sobre todo, hacia una clase (IV) que, por las características que adquiere el trabajo independiente en México, supone una gran desprotección, especialmente en términos de seguridad social y posibilidades de retiro.

En este régimen, signado por la rigidez y la precariedad, 39.1% de varones y sólo 21% de mujeres logra un ascenso social a lo largo de la vida. A su vez, de este grupo, 34.3 y 17.8%, respectivamente, presenta un ascenso vertical que podría admitir un verdadero cambio en las condiciones de vida de las/os trabajadoras/es. Es importante no subestimar, además, que alrededor de 20% de los entrevistados sufre un descenso en la estructura social hacia el final de sus carreras ocupacionales.

Cuadro 11.3. Medidas resumen de la movilidad social, varones y mujeres de 30 a 54 años, México, 2017

		<i>Varones</i>		<i>Mujeres</i>	
		<i>PT</i>	<i>TA</i>	<i>PT</i>	<i>TA</i>
<i>a) Distribución por clase social</i>					
I+II	Clases de servicios	11.9	19.6	14.3	18.9
III	No manuales de rutina	13.2	9.2	33.4	25.1
IV	Cuenta propia calificados y empleadores peq.	3.9	15.8	4.8	13.4
V+VI	Manuales calificados.	20.1	26.2	13.8	12.8
VIIa	Manuales no calificados	44.9	18.9	32.2	27.9
IVc	Pequeños propietarios y cuenta propia agrícolas	2.5	8.0	0.3	1.0
VIIb	Subordinados agrícolas	3.6	2.2	1.1	0.9
Total		100.0	100.0	100.0	100.0
<i>b) Medidas generales de movilidad (%)</i>					
Herencia		41.6		62.4	
Movilidad absoluta/general		58.4		37.6	
Índice de Disimilitud (movilidad estructural)		31.4		13.9	
Movilidad circulatoria		27.0		23.7	
<i>c) Movilidad ascendente/descendente</i>					
Movilidad ascendente		39.1		21.0	
Movilidad descendente		19.3		16.5	
MA/MD		2.0		1.3	

	<i>Varones</i>		<i>Mujeres</i>	
	<i>PT</i>	<i>TA</i>	<i>PT</i>	<i>TA</i>
<i>d) Movilidad vertical (3 macroclases)</i>				
Movilidad vertical (MV)	41.7		27.5	
Movilidad no vertical (MNV)	16.8		10.1	
MV/MNV	2.5		2.7	
Movilidad vertical ascendente (MVA)	33.5		17.5	
Movilidad vertical descendente (MVD)	8.1		9.9	
MVA/MVD	4.1		1.8	
<i>e) Movilidad vertical (4 macroclases)</i>				
Movilidad vertical	48.7		28.4	
Movilidad no vertical	9.7		9.2	
MV/MNV	5.0		3.1	
Movilidad vertical ascendente	34.3		17.8	
Movilidad vertical descendente	14.3		10.6	
MVA/MVD	2.4		1.7	
Tasa de disparidad (TA I+II/ TA VIIA)	1.0		0.7	
Porcentaje con orígenes y destinos agrícolas	6.1	10.2	1.4	1.9
Porcentaje en I+II provenientes de otras clases	54.1		40.3	

Nota: PT = primer trabajo; TA = trabajo actual.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

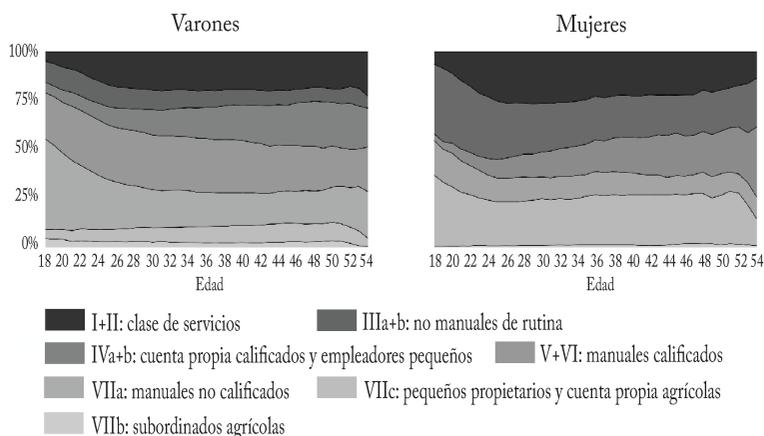
El calendario de la movilidad social intrageneracional

En esta sección se analiza el calendario de los cambios en las posiciones de clase a lo largo de las trayectorias laborales. Como se ha advertido en otros estudios (Bison, 2011; Fuller, 2008), el lapso de tiempo involucrado en los procesos de movilidad intrageneracional es un factor que afecta a las desigualdades en el nivel de vida de las personas. Aquellos que pueden llegar a una posición de clase superior a la de su primer trabajo en un corto periodo de tiempo disfrutaban de un nivel de vida más alto durante un lapso más largo

que las personas que experimentan una movilidad ascendente después de una larga espera en su posición de clase inicial.

Para observar este tipo de comportamientos temporales, se presentan las secuencias de la posición de clase por edad para varones y mujeres. La edad —retrospectiva— abarca el lapso de los 18 hasta los 54 años (gráficas 11.1).

Gráficas 11.1. Secuencias de clase de pertenencia (EGP) por edad, varones y mujeres de 18 a 54 años al momento de la encuesta, México, 2017



Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Lo primero que indican las gráficas 11.1 es la disparidad respecto del calendario social entre varones y mujeres. El acceso de las mujeres a la clase de servicios, por ejemplo, ocurre fundamentalmente entre los 24 y 32 años, mientras que, entre los hombres se va observando un leve incremento a lo largo del tiempo. La fuerza de trabajo femenina presenta un calendario más temprano de entrada a las posiciones más altas y, tal como lo vimos en la sección anterior, eso pudiera estar relacionado con la importancia de las credenciales educativas para ellas: en cuanto logran dichas credenciales, ingresan “inmediatamente” al mercado laboral y lo hacen en las posiciones más altas de la pirámide social.

El movimiento contrario sucede con la clase IV: los hombres acceden a dicha posición de manera más temprana que en el caso de las mujeres. El movimiento ascendente hacia la clase IV es un proceso que requiere y exige determinados capitales, y para ello se necesita, entre otras cosas, tiempo de acumulación (Mancini, 2019). De allí que ésta sea la clase que más se incrementa después de los 30 años entre la población masculina. Los varones van acumulando diferentes tipos de activos en sus trayectorias que les permiten acceder a esa posición y mantenerla por más tiempo y de manera también más segura. Entre las mujeres, la acumulación de activos se dificulta y requiere más tiempo debido, fundamentalmente, al costo que representa para ellas la intermitencia laboral.

En segundo lugar, las gráficas 11.1 también muestran que tanto varones como mujeres (aunque es mucho más claro para el caso de los varones) logran alcanzar una etapa de madurez ocupacional entre los 30 y 35 años, es decir, un promedio de 15 o 20 años después de la entrada al mercado laboral. En el caso de las mujeres dicha estabilidad es menos clara, en la medida en que, entre ellas, la intermitencia laboral hace que cada reingreso signifique un “volver a comenzar”. En efecto, las mujeres que participan en el mercado de trabajo, especialmente entre las clases medias o altas, enfrentan permanentemente un proceso de desclasamiento en su reingreso, sobre todo después de interrupciones provocadas por el cuidado y la crianza de hijos (Mills, 1995). De allí que, entre ellas, el punto de madurez ocupacional resulte no sólo más relativo, sino también más heterogéneo.

Finalmente, en tercer lugar, mientras que entre las clases bajas los valores modales ocurren a edades más tempranas (entre los 18 y 20 años), las posiciones más altas muestran un calendario más tardío (con modas entre los 30 y 35 años). Si consideramos estos datos junto con el calendario más atrasado que presentan los varones en la clase de servicios, puede reafirmarse que buena parte de la llegada a la clase de servicios, entre los varones, está relacionada con una escalada interna dentro del mercado laboral; es decir, las clases altas no necesariamente, o no sólo, reclutan desde el “exterior” o desde el sistema educativo a sus trabajadores, sino

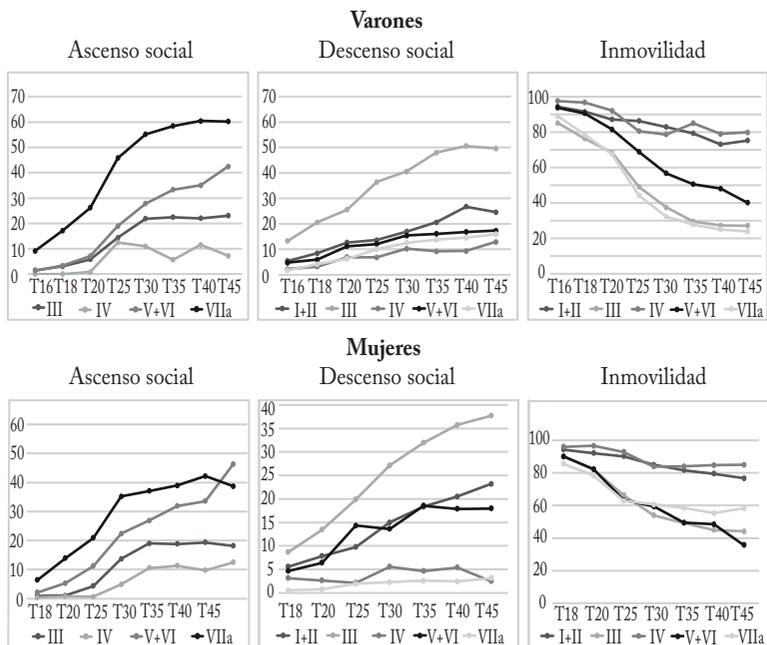
que también ocurre un proceso de ascenso social desde las clases más bajas (Bukodi *et al.*, 2016).

El siguiente grupo de gráficas (11.2) muestra la proporción de trabajadores que ha tenido algún tipo de movimiento ya sea ascendente, descendente o de inmovilidad social a partir de la clase de origen a determinadas edades. La clase trabajadora urbana es la que más ascensos realiza, especialmente entre los 25 y 35 años. En esta clase de origen parecería que, efectivamente, es entre esas edades que se logra la llamada “madurez ocupacional”. Sin embargo, no deja de resultar significativo que ciertos ascensos ocurren después de dichas edades. Tal es el caso de la clase V+VI, trabajadores subordinados calificados. A buena parte de este grupo le lleva más tiempo ascender y lo hace entre los 40 y 45 años. Estos trabajadores, después de una larga carrera laboral en el empleo asalariado, formal y manufacturero, logran a partir de los 40 años un ascenso que, sabemos, se produce sobre todo hacia la clase IV. Esto es interesante porque admite considerar la hipótesis de que el ascenso social “vertical” requiere, además de activos, un relativo buen inicio en las carreras ocupacionales o, dicho en otros términos, que las condiciones de entrada a una determinada clase devienen fundamentales para determinar el tipo de ascenso social. Mientras la clase VIIa asciende, sobre todo, hacia la clase inmediatamente superior, quienes comienzan como obreros calificados tienen más chance de dar el “salto” hacia la clase media o de servicios.

En conjunto, estos movimientos dan cuenta de tres procesos sociales fundamentales para la movilidad social: 1) si bien se corrobora un punto de madurez ocupacional entre los 30 y 35 años, no es nada despreciable la proporción de trabajadores que logra ascender en la estructura social a edades posteriores, lo cual daría cuenta de que, en realidad, la madurez ocupacional es un proceso heterogéneo y relativo en función del origen social, del destino de clase y también del género; 2) a medida que las clases sociales son más altas las probabilidades de ascenso son más tardías, en la medida en que dichos movimientos exigen una mayor acumulación de capitales y activos, y 3) dado que la edad promedio al primer empleo en México es tan temprana (16 años), que la movilidad

social ocurra entre los 30 y 40 años no sólo es indicativo de un lapso larguísimo para lograr mejoras en la calidad de vida (y, por ende, de tener que pasar, en promedio, 20 o 25 años en una situación de mayor desventaja que, a su vez, coincide con la etapa de formación y ampliación de los hogares), sino también del menor tiempo disponible para “disfrutar” de dicho ascenso.

Gráficas 11.2. Porcentajes de ascenso, descenso e inmovilidad, según clase de origen y edad, varones y mujeres, México, 2017



Clases: I+II: clases de servicios. III: no manuales de rutina. IV: cuenta propia calificados y empleadores pequeños. V+VI: manuales calificados.

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Patrones de movilidad social intrageneracional

Una vez realizado este análisis preliminar, podemos entonces someter las clases sociales a una secuencia de estados (donde cada

clase es un estado posible) y con ello de generar tipologías de secuencias de transición de una clase social a otra. En estos términos, una trayectoria laboral puede concebirse como una secuencia multinomial de estados (es decir, de posiciones de clase), ordenada temporalmente y observada durante un periodo determinado (Bison, 2011). Al considerar el orden temporal, el calendario y la duración de las trayectorias laborales, podemos aproximarnos a la clase de destino como una secuencia de eventos de clases particulares que considere, al mismo tiempo: 1) el orden de los patrones de movilidad; 2) los movimientos verticales u horizontales de dichos patrones, y 3) sus características de estabilidad o cambio (Toft, 2019; Huang y Sverke, 2007).

Las gráficas 11.3 muestran la tipología de secuencias de clase para varones desde los 18 hasta los 45 años. Allí pueden observarse tres grandes patrones de movilidad social y, por ende, diferentes tipos de “carreras de clase” de acuerdo con las diferencias en el desarrollo temporal de los eventos de clase.

El primero es un patrón de “movilidad tardía” en la medida en que muestra una variedad de transiciones desde la clase trabajadora urbana que confluye en dos grandes destinos sociales de clase media: el trabajo por cuenta propia y el no manual de rutina. Después de permanecer un promedio de nueve años en la clase trabajadora, a partir de los 30 años una proporción importante logra transitar tanto hacia la clase IV como a la III, y permanece allí un promedio de cuatro años en cada caso (cuadro 11.4). Este patrón de movilidad afecta a 55% de las trayectorias laborales masculinas.

El segundo tipo es un patrón de “movilidad de clausura” en la cima de la pirámide social. Se trata de trabajadores que comienzan allí su carrera ocupacional, o bien, luego de unos pocos años en clases inferiores, transitan hacia la clase de servicios y allí permanecen el resto de su trayectoria (16 años en promedio), lo que muestra una carrera relativamente estable y duradera. Es un modelo de clausura en la medida en que, una vez que la movilidad ocurre (alrededor de los 25 años), las probabilidades de descenso social son ciertamente escasas. Algunas investigaciones han mostrado ya que los factores asociados a dicha clausura son, funda-

mentalmente, la enorme diversidad de capitales que se pone en juego para mantener y reproducir dicha posición de clase (Toft, 2019). Estos trabajadores, luego de pasar por algunos años en ocupaciones clásicas que alimentan a la clase de servicios (*feeding occupations*: clase de rutina, trabajadores manuales calificados), alcanzan puestos gerenciales y profesionales en los que permanecen hasta el final de su trayectoria. Nuevamente, este tipo de trayectorias da cuenta de que al menos una parte de la clase social más alta no se produce de manera exógena, sino mediante un proceso de ascenso en la estructura ocupacional. Este patrón, no obstante, afecta tan sólo a 21% de las trayectorias laborales.

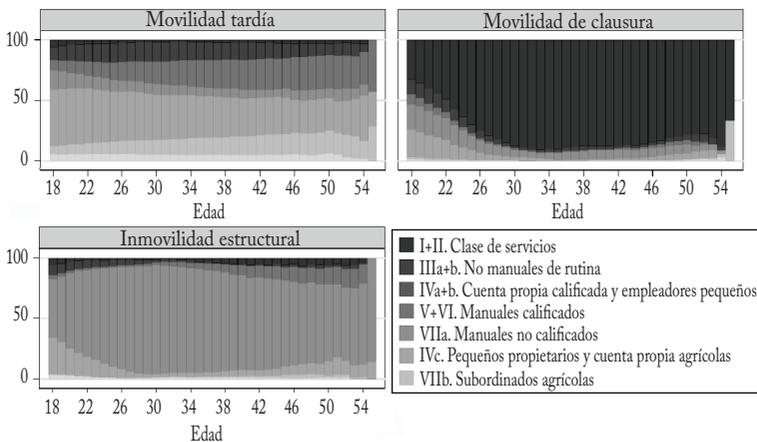
El tercer tipo, de “inmovilidad estructural”, está conformado por trabajadores que experimentan toda su historia laboral en el trabajo manual calificado (19 años en promedio), luego de ingresar al mercado de trabajo a través de la clase trabajadora urbana y permanecer allí un promedio de dos años. Este patrón de inmovilidad estructural da cuenta de un régimen sumamente rígido de estratificación, en el que gran parte de la clase media baja, si bien no logra ascender en la estructura social, tampoco desciende a lo largo de los años. En este sentido, el trabajo calificado formal en la industria blindó a estos varones (25%) de sufrir un descenso social durante su curso de vida.

Lo interesante de los tres patrones, en conjunto, es el significado ambiguo que puede ejercer la estabilidad laboral a lo largo del curso de vida. Mientras que en el tipo de movilidad de clausura, el orden y la estabilidad de las secuencias pueden suponer un patrón de clase relativamente seguro, en el caso de la inmovilidad estructural, la estabilidad deviene, en la práctica, un entrapamiento en la precariedad e inseguridad laboral. En contraste, el “desorden” o el mayor número de transiciones en el tipo de movilidad tardía es un indicador relativo de cierta seguridad y ascenso social en el transcurso de la carrera ocupacional.

Entre las mujeres (gráficas 11.4) observamos secuencias diferentes a las de sus pares varones. El primer tipo, de “contra-movilidad”, reúne a todas aquellas quienes habiendo participado en algún momento en el mercado laboral (un promedio de tres años tanto en la clase trabajadora urbana como en la clase de rutina),

han dejado de realizar trabajo remunerado y sólo algunas regresan para insertarse en la clase de trabajadoras por cuenta propia, luego de 17 años fuera del mercado (32% de las trayectorias femeninas). En efecto, el mayor periodo de inestabilidad se observa entre los 20 y 40 años, momento históricamente relacionado con eventos familiares que interrumpen el vínculo de las mujeres con el mercado de trabajo (Crompton, 1995). Lo interesante de este grupo, además, es que la posición de clase que más expulsa a las mujeres del mercado laboral es precisamente la clase VIIa, la más precarizada de todas (en el contexto urbano). Como se ha mostrado en otras investigaciones (Mancini, 2019), estas mujeres, al no contar con incentivos suficientes para permanecer en el empleo (ingresos bajísimos, falta de prestaciones laborales, enormes desprotecciones sociales), cuentan con la salida laboral como una opción válida para enfrentar tanto la precarización de sus empleos como el cuidado de sus familias.

Gráficas 11.3. Patrones de movilidad social intrageneracional: clústeres de clase de pertenencia de 18 a 45 años, varones



Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

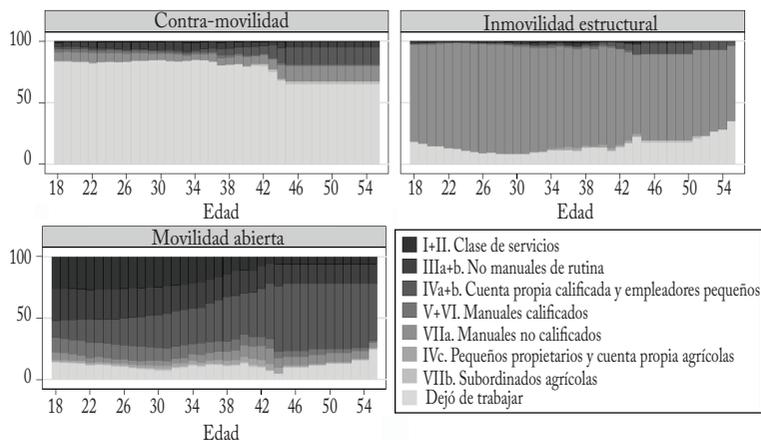
El tipo dos, al igual que en el caso de los varones, está formado por un patrón de “inmovilidad estructural” que indica la permanencia casi absoluta en la clase trabajadora urbana durante

toda la trayectoria laboral (24 años en promedio). La gran diferencia con los varones es que aquí se trata de un patrón más pauperizado de inmovilidad en la medida en que se reproduce en una posición de clase inferior a la masculina. Estas mujeres comienzan sus trayectorias laborales en la base de la pirámide social y allí permanecen hasta que deciden interrumpirla, especialmente después de los 40 años (8% de los casos).

Finalmente, el tercer tipo indica una “movilidad abierta” en la medida en que resulta más heterogénea que en el caso de los varones, sin que la clausura social aparezca de un modo tan contundente y donde el ascenso y descenso social forman una constante a lo largo de la vida. Se trata de mujeres que “van y vienen” de modo ciertamente desordenado (Huang y Sverke, 2007): pasan seis años en la clase de servicios, otros seis en la clase de rutina y, luego, un promedio de cuatro años en el empleo por cuenta propia, especialmente a partir de los 35 o 40 años. Estrictamente hablando, se trata de una movilidad descendente en la medida en que el final de las trayectorias ocurre en la clase IV y cuando tienen momentos de ascenso, ya sea en la clase de servicios o de rutina, las afiliaciones resultan de muy corto plazo. Es allí donde se observa el desclasamiento femenino a partir del costo que implica salirse del mercado. Tal como lo han indicado otras investigaciones (Bühlmann, 2010), a las mujeres les resulta mucho más costoso no sólo acceder, sino permanecer en las clases más altas luego de varios tránsitos, ya sea por clases intermedias o por el abandono intermitente del mercado laboral. Este patrón de movimientos pendulares afecta a 60% de las trayectorias femeninas.

En cualquier caso, si bien las trayectorias ocupacionales de las mujeres son diversas, en los tres patrones de movilidad la intermitencia y la discontinuidad aparecen como características propias de la estructuración del género en la participación laboral femenina.

Gráficas 11.4. Patrones de movilidad social intrageneracional: clústeres de clase de pertenencia de 18 a 45 años, mujeres



Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Cuadro 11.4. Duración promedio (años) en cada clase según tipo de trayectoria, varones y mujeres, México 2017

Clase social	Varones			Mujeres		
	Movilidad tardía (55.5%)	Movilidad de clausura (21%)	Inmovilidad estructural (24%)	Contra-movilidad (32%)	Inmovilidad estructural (8%)	Movilidad abierta (60%)
I+II	0.6	16.3	0.7	0.5	0.1	6.1
III	3.5	1.3	0.8	2.6	1.0	6.3
IV	4.2	0.5	0.9	0.5	0.3	3.6
V+VI	2.1	2.5	18.6	1.4	0.8	2.8
VIIa	8.6	1.5	2.1	3.4	24.4	2.2
IVc	2.6	0.1	0.1	0.3	0.1	0.3
VIIb	1	0.1	0.3	0.2	0.1	0.2
Salida	0	0.0	0.0	17.2	3.6	2.8

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

En conjunto, los patrones de movilidad observados indican tres grandes movimientos que dan cuenta del régimen de estra-

tificación social que se reproduce a lo largo de la vida de las/os trabajadoras/es en México: 1) el de inmovilidad estructural, caracterizado por la permanencia en una misma clase, generalmente baja, durante toda la duración de las trayectorias; 2) el de movilidad relativa, que en algunas ocasiones resulta en un salto vertical y ascendente, pero que en otras está signado por movimientos contiguos y laterales que no implican grandes transformaciones en términos de nivel de vida, y 3) el de clausura social que, sobre todo entre los varones, da cuenta de ascensos tempranos hacia la clase de servicios y una permanencia allí que los blindo de procesos descendentes de movilidad.

Factores sociales relacionados con la movilidad intrageneracional en México

Para culminar el análisis es preciso valorar la importancia de los factores sociales que la bibliografía especializada ha considerado como los más importantes para incidir en los procesos de movilidad intrageneracional (Parrado, 2005): origen social, educación, cohorte de nacimiento y, en este caso, incorporamos las diversas regiones de nacimiento. Para ello, hemos sometido a modelos de regresión multinomiales las probabilidades de pertenencia a cada uno de los patrones de movilidad social, para varones y mujeres por separado.

El cuadro 11.5 muestra los riesgos relativos y las probabilidades estimadas para varones (véanse también gráficas A11.1 y A11.2 en apéndice). La cohorte de nacimiento no muestra efectos significativos sobre los patrones de movilidad, con excepción de la cohorte intermedia (40-49 años en la actualidad). Como era de esperarse, tanto el origen social como la educación resultan significativos para todos los tipos. Así, las probabilidades de movilidad tardía de ascenso social desde la clase trabajadora urbana son mayores para los trabajadores de origen social bajo y con menores niveles educativos. Esto se explica, precisamente, porque ese patrón transita, en promedio, nueve años por la clase VIIa. Son trabajadores pertenecientes a la base de la pirámide social

y, al mismo tiempo, los que más logran tener acceso a las clases intermedias hacia el final de sus trayectorias laborales.

En la movilidad de clausura, las probabilidades de pertenencia son casi exclusivas para quienes tienen estudios universitarios y orígenes sociales altos: mientras alguien con licenciatura tiene 51% de probabilidad de pertenecer a dicho patrón, este valor desciende hasta 15% para quienes tienen preparatoria y es prácticamente inexistente para los trabajadores con niveles de educación más bajos. Si bien el comportamiento del origen social apunta en la misma dirección, la “brecha” entre orígenes altos y bajos es menor: 15% para los trabajadores de origen bajo y 23% para los de origen alto, lo cual implicaría que, en este tipo de movilidad de clausura, caracterizada por la permanencia en la clase de servicios, la gran diferencia la ejerce la educación que, incluso, podría llegar a mitigar los efectos de los orígenes sociales.

Finalmente, con respecto a las probabilidades de pertenecer al tipo de inmovilidad estructural en la clase trabajadora calificada, no sólo la gran diferencia está dada por el nivel educativo, sino que es la educación media superior la que deviene el gran punto de inflexión: para un trabajador que tiene hasta primaria es difícil que pueda tener acceso a esta clase más calificada; al igual que alguien con licenciatura que se encontraría sobrecalificado para ocupar este tipo de posiciones sociales.

Un último análisis merece el comportamiento de estos patrones de movilidad en las diversas regiones del país. Algunas de ellas resultan significativas a la hora de predecir la pertenencia de los trabajadores a cada uno de los tipos, pero hay tres hallazgos particularmente importantes: 1) la región Sureste está directamente relacionada con las probabilidades más altas de pertenencia a la clase de movilidad tardía y, por ende, con trayectorias directamente vinculadas a la precariedad y al trabajo manual no calificado; 2) la región Norte es la que más probabilidades tiene de presentar patrones de inmovilidad anclados en la clase V+VI, es decir, aquellas posiciones directamente vinculadas con el trabajo manufacturero calificado, históricamente predominante en dicha región, y 3) las regiones Occidente, Centro y Suroeste son las más vinculadas a la movilidad de clausura en torno a la clase

de servicios; es decir, los diversos patrones de movilidad reflejan y reproducen la heterogeneidad productiva del país, signada por el trabajo fabril calificado en el Norte, la precariedad urbana del Sur y el predominio del sector servicios en el Centro y Occidente.

En el caso de las mujeres (cuadro 11.6), quizá el dato más importante que arroja el modelo es que sólo los niveles educativos más altos previenen a las mujeres de ser expulsadas del mercado laboral. La probabilidad de pertenecer a un patrón de contra-movilidad es de 19% para quienes tienen estudios universitarios y asciende hasta 52% para las que cuentan con primaria. En cambio, el resto de las variables (cohorte, región, e incluso origen social) tiene una influencia mucho menor. Esto da cuenta de hasta qué punto la intermitencia femenina adquiere una característica estructural e histórica. La contra-movilidad de la fuerza de trabajo femenina, si bien está relacionada con el origen social y la educación, se encuentra fuertemente influenciada por otros dominios sociales y familiares, es decir, por las constelaciones de roles múltiples que ejercen las mujeres a lo largo de su curso de vida (Huang y Sverke, 2007).

En el caso de la inmovilidad estructural en la clase trabajadora urbana, la cohorte de nacimiento resulta significativa, esto es: mientras las mujeres jóvenes (30-39 años) tienen una probabilidad de 6% de pertenecer a ese patrón de inmovilidad, dicho valor aumenta hasta 11 y 13% para las cohortes más viejas. Esto sería indicativo de una leve mejora en el tiempo de las carreras ocupacionales femeninas; las mujeres más jóvenes estarían menos “atadas” a trayectorias laborales inmóviles en puestos precarizados que en el pasado. Además, las menos educadas y de orígenes sociales más bajos son las que principalmente conforman este patrón.

En el tipo de movilidad abierta, la probabilidad de pertenencia es más alta para quienes tienen mayores niveles educativos y orígenes sociales más favorecidos. Sin embargo, en este caso, la cohorte de nacimiento no resulta significativa.

Cuadro 11.5. Modelo de regresión multinomial: probabilidades de pertenencia a los diversos patrones de movilidad, varones, México, 2017

<i>Variables</i>	<i>Tipo 1:</i>	<i>Tipo 2:</i>			<i>Tipo 3:</i>		
	<i>movilidad tardía</i>	<i>movilidad de clausura</i>		<i>inmovilidad estructural</i>			
	<i>Prob. est.</i>	<i>Riesgo relativo</i>	<i>Sig.</i>	<i>Prob. est.</i>	<i>Riesgo relativo</i>	<i>Sig.</i>	<i>Prob. est.</i>
<i>Cohorte</i>							
1978-1987	0.58	Ref.		0.22	Ref.		0.20
1968-1977	0.53	0.884	0.308	0.19	1.551	0.000	0.29
1963-1967	0.56	1.098	0.572	0.22	1.136	0.335	0.22
<i>Región</i>							
Norte	0.50	Ref.		0.21	Ref.		0.30
Occidente	0.56	0.808	0.241	0.20	0.716	0.016	0.24
Oriente	0.60	0.551	0.002	0.16	0.657	0.002	0.24
Centro	0.56	0.944	0.681	0.21	0.678	0.001	0.23
Sureste	0.64	0.678	0.024	0.19	0.425	0.000	0.17
Suroeste	0.50	1.494	0.007	0.26	0.800	0.059	0.24
<i>Nivel educativo</i>							
Sin escolaridad	0.88	Ref.		0.02	Ref.		0.10
Hasta primaria	0.71	1.743	0.384	0.03	3.223	0.000	0.26
Hasta secundaria	0.60	5.391	0.006	0.07	4.788	0.000	0.33
Hasta preparatoria	0.58	11.076	0.000	0.15	4.081	0.000	0.27
Licenciatura o más	0.36	66.598	0.000	0.51	3.202	0.001	0.13
<i>Origen social</i>		1.347	0.000		1.175	0.006	
Bajo	0.63			0.15			0.22
Medio	0.54			0.21			0.26
Alto	0.49			0.23			0.27
R2				0.19			
N				7005			

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Cuadro 11.6. Modelo de regresión multinomial:
probabilidades de pertenencia a los diversos
patrones de movilidad, mujeres, México, 2017

<i>Variables</i>	<i>Tipo 1:</i> <i>contra-</i> <i>movilidad</i>	<i>Tipo 2:</i> <i>inmovilidad estructural</i>		<i>Tipo 3:</i> <i>movilidad abierta</i>			
	<i>Prob. est.</i>	<i>Riesgo</i> <i>relativo</i>	<i>Sig.</i>	<i>Prob.</i> <i>est.</i>	<i>Riesgo</i> <i>relativo</i>	<i>Sig.</i>	<i>Prob.</i> <i>est.</i>
<i>Cohorte</i>							
1978-1987	0.43	Ref.		0.06	Ref.		0.51
1968-1977	0.38	2.350	0.000	0.13	1.063	0.522	0.49
1963-1967	0.39	2.041	0.000	0.11	1.055	0.682	0.50
<i>Región</i>							
Norte	0.43	Ref.		0.08	Ref.		0.49
Occidente	0.42	0.962	0.864	0.08	1.060	0.669	0.50
Oriente	0.42	1.283	0.221	0.10	0.995	0.968	0.48
Centro	0.38	1.576	0.013	0.12	1.177	0.144	0.50
Sureste	0.34	1.670	0.009	0.11	1.507	0.003	0.55
Suroeste	0.39	0.859	0.460	0.07	1.276	0.041	0.54
<i>Nivel educativo</i>							
Sin escolaridad	0.54	Ref.		0.20	Ref.		0.26
Hasta primaria	0.52	0.802	0.505	0.15	1.342	0.251	0.33
Hasta secundaria	0.49	0.597	0.133	0.11	1.716	0.033	0.40
Hasta preparatoria	0.35	0.471	0.084	0.06	3.545	0.000	0.59
Licenciatura o más	0.19	0.348	0.087	0.03	8.661	0.000	0.78
<i>Origen social</i>		0.633	0.000		1.137	0.023	
Bajo	0.41			0.16			0.44
Medio	0.41			0.07			0.53
Alto	0.39			0.04			0.57
R2				0.12			
N				6370			

Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

En conjunto, las probabilidades estimadas de pertenencia para los tres patrones femeninos indicarían que tanto el trabajo ininterrumpido como la educación estarían asociados con una movilidad ocupacional ascendente y una posición social más elevada (aunque “desordenada”). En cambio, aquellos patrones con periodos más prolongados fuera del mercado laboral tendrían menos probabilidades de acceso a posiciones de alto nivel y experimentaron una mayor fluctuación en la carrera ocupacional.

Finalmente, entre las mujeres, las regiones del país no presentan diferencias tan claras y los patrones de movilidad resultan relativamente homogéneos. Quizá pudiera explicarse porque la estructura social de la desigualdad de género es, precisamente, una característica estructural del mercado laboral mexicano que atraviesa las diferentes realidades locales.

CONSIDERACIONES FINALES

El objetivo del capítulo ha sido analizar la movilidad social intrageneracional de varones y mujeres de 30 a 54 años en México en 2017. Los resultados confirman que las oportunidades de promoción o ascenso profesional son bastante limitadas en México. En realidad, lo que caracteriza al régimen de estratificación social mexicano es una profunda inmovilidad o herencia de clase a lo largo del curso de vida, con escasas oportunidades para lograr movimientos ascendentes hacia posiciones más altas a las del primer empleo.

En segundo lugar, no sólo detectamos un volumen global limitado de movilidad profesional, sino también escasas probabilidades de que las desigualdades que se presentan en el inicio de la trayectoria laboral puedan ser revertidas más adelante. Como hemos visto, la cima de la pirámide social presenta una clausura importante que no sólo impide que quienes ocupan las posiciones más altas puedan descender, sino que también bloquea las oportunidades de entrada para el resto de las posiciones sociales. Al mismo tiempo, los ascensos que predominan provienen de la clase trabajadora urbana y llegan, sobre todo, hasta la clase IV de

trabajadores independientes. Dicho ascenso no sólo es limitado, sino que, por las características del empleo por cuenta propia en México, se trata de un ascenso revestido de fragilidad y desprotección social.

En tercer lugar, el concepto de “madurez ocupacional” en México debe entenderse en este contexto de posibilidades reducidas de movilidad intrageneracional. Las probabilidades de avanzar en la trayectoria laboral ya son pequeñas en las etapas iniciales y este lento crecimiento se ralentiza aún más con el tiempo, hasta el punto en que se vuelve prácticamente insignificante después de los 40 años, salvo en los casos de trabajadores que comienzan en posiciones más altas. Por ello sostenemos que la madurez ocupacional resulta relativa y heterogénea en función del origen, del destino de clase y también del género.

En cuarto lugar, los hallazgos indican que la educación y el origen social son fuertes predictores del tipo de (in)movilidad que puede lograrse a lo largo de la vida. Esto implica, entre otras cosas, que existen patrones marcados por la desigualdad para trazar caminos específicos que ligan a la posición de clase del primer empleo con las posiciones subsiguientes. Además, varones y mujeres conforman patrones diferenciados de movilidad profesional, no sólo con niveles más bajos de movilidad ascendente para ellas, sino también con un régimen de estratificación más polarizado y desigual. Si bien los niveles educativos condicionan a ambos grupos, en el caso de las mujeres deviene prácticamente el único factor que determina sus trayectorias laborales. En todos los casos, ellas presentan mayores ataduras al origen social que sus pares varones.

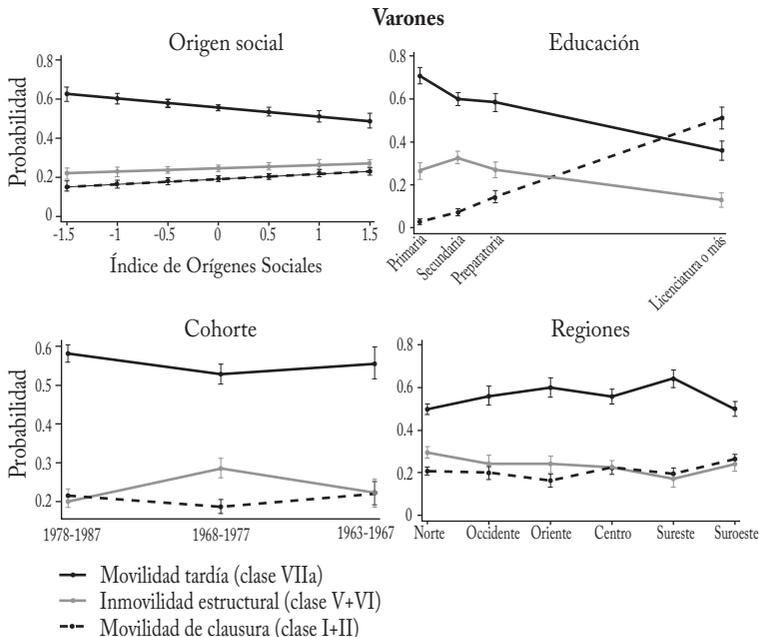
Finalmente, los datos mostraron que las escasas probabilidades de movilidad a lo largo de la vida no se han modificado en el tiempo y que asistimos, en cambio, a un régimen de estratificación social históricamente desigual, rígido y profundamente precarizado.

Los movimientos observados poco contribuyen a “corregir” las asignaciones desiguales de entrada al mercado laboral y, en cambio, nos enfrentamos a un sistema de estratificación que reproduce y acumula desventajas sociales: ocho años de permanencia en la clase trabajadora para los varones menos escolarizados y de orígenes bajos; 16 años en la clase de servicios para los más favorecidos;

18 años como obreros calificados para quienes tienen educación intermedia; 17 años fuera del mercado de trabajo entre las mujeres más precarizadas; 24 años en la clase trabajadora urbana para las menos educadas. Quienes parten de posiciones ventajosas amplían o clausuran la brecha que los separa de los trabajadores menos favorecidos que, cuando logran que les “vaya bien”, ascienden hacia la heterogénea, desprotegida e inestable clase del trabajo independiente en México. De allí que, en ciertos contextos como el mexicano, la llamada “estabilidad laboral” pueda devenir, en la práctica, en un entrampamiento social que sólo implica inmovilidad en las posiciones más bajas del sistema de estratificación.

APÉNDICE

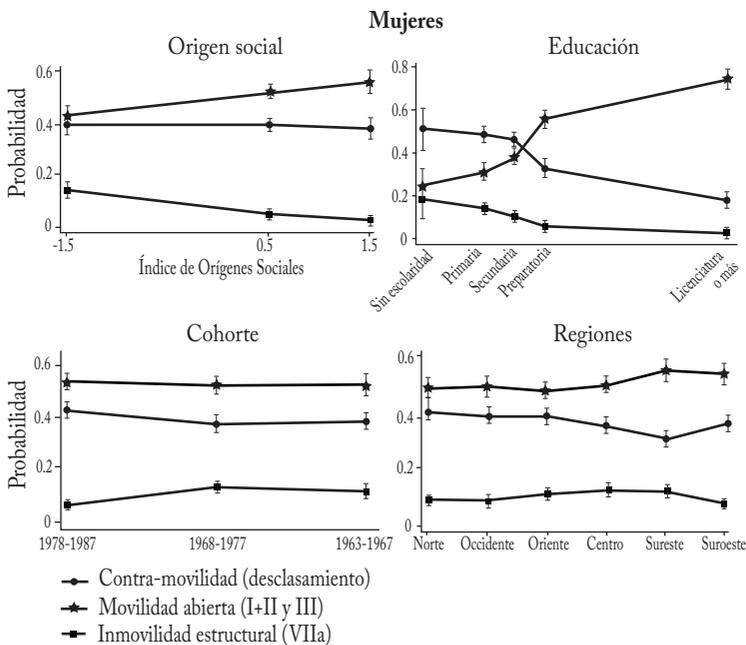
Gráficas A11.1. Probabilidades estimadas de pertenencia a patrones de movilidad social, según variables seleccionadas, varones, México, 2017



Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

Para culminar, sería deseable, en futuras investigaciones, indagar hasta qué punto los patrones de movilidad observados importan (en cuanto “variables explicativas”) en términos de percepciones subjetivas, actitudes laborales y calidad de vida (Jepsen y Choudhuri, 2001); es decir, hasta dónde los cambios y las continuidades que observamos en estas trayectorias tienen efectos concretos y determinados en el bienestar socioeconómico y subjetivo de las/os trabajadoras/es, especialmente en los últimos años de su vida laboral.

Gráficas A11.2. Probabilidades estimadas de pertenencia a patrones de movilidad, según variables seleccionadas, mujeres, México, 2017



Fuente: elaboración propia con base en la EDER 2017.

12. UNA GEOGRAFÍA DE LAS TRAYECTORIAS MIGRATORIAS EN MÉXICO

*France Guérin-Pace**

*Pascal Sebille***

*Florent Demoraes****

INTRODUCCIÓN¹

Los censos de población realizados con una frecuencia regular en todo el mundo, con modalidades que varían de un país a otro, recaban poca información sobre la historia migratoria de las personas. En la mayoría de los países, además del lugar de nacimiento y de residencia en el momento del censo, lo que permite localizar a una persona en un instante determinado de su vida y determinar la migración “absoluta”, se recopila el lugar de residencia anterior conforme un intervalo de tiempo determinado

* Institut National d'Études Démographiques (INED).

** Université Rennes 2, UMR 6590, Espaces et sociétés, Institut National d'Études Démographiques (INED).

*** Université Rennes 2, UMR 6590, Espaces et sociétés, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA).

¹ La traducción al español la realizó María Lomeña Galiano. Esta investigación fue realizada gracias al programa de apoyo a proyectos de investigación *Action Spécifique* de la Université Rennes 2 (AS 2019_1_V1_07).

(un año, desde el último censo, etcétera). En el caso de México, se recaba información sobre el país, el estado y el municipio o la delegación de residencia cinco años atrás, así como el estado o el país de nacimiento.² Si bien la información geográfica de la que se dispone en los censos permite contar con un nivel geográfico preciso (el municipio), el estudio de las migraciones con base en estos datos resulta ser parcial. En efecto, los censos sólo permiten comparar el lugar de nacimiento y el lugar de residencia en el momento del censo, y observar la migración reciente (Tabah y Zavala, 1970; Sobrino, 2014: 452). Por lo tanto, para analizar las trayectorias migratorias y sus distintas etapas con mayor profundidad a niveles geográficos finos y detallados se requiere otras fuentes de información. Veremos más adelante que para analizar las trayectorias migratorias, un nivel geográfico relevante resulta ser el municipio, sabiendo que el número total de municipios en México es de 2 463, en 2018. Se trata de la subdivisión geográfica básica para localizar las etapas a la que los investigadores pueden acceder, es decir, el “nivel elemental” en la jerarquía de los datos (D’Aubigny y D’Aubigny, 1994).³ La mayoría de las encuestas sociodemográficas recopilan, en algunos casos, además del lugar de residencia y el lugar de nacimiento, la ubicación en los momentos clave de la vida (fin de coresidencia con los padres, nacimiento, divorcio, etcétera). Las encuestas de dimensión biográfica tienen por objeto recabar información de forma exhaustiva en diferentes dimensiones (familiar, profesional, geográfica, etcétera) con el fin de observar cómo interactúan (Courgeau y Lelièvre,

² Los censos mexicanos cuentan con tres preguntas para captar esta información: 1) “¿En qué estado de la República o en qué país nació?”; 2) “Hace 5 años [en marzo de 2015], ¿en qué estado de la República o en qué país vivía (NOMBRE)?”; 3) “¿En qué municipio (alcaldía) vivía (NOMBRE) [en marzo de 2015]?” Esta última pregunta, que sólo constaba en el cuestionario ampliado antes de 2020, destinado a una muestra censal, fue agregada en el censo de 2020, en el cuestionario básico dirigido a toda la población.

³ D’Aubigny y D’Aubigny (1994) proponen una formalización de los conceptos de *mensurabilidad* y *jerarquía* de los niveles de datos. Distinguen el nivel de colecta (sujeto a secreto estadístico y confidencialidad), el nivel elemental, que corresponde al nivel más desagregado de los datos al que se puede acceder, y los niveles superiores agregados.

2001). En México, las encuestas estadísticas oficiales nacionales son numerosas. Las encuestas intercensales o las encuestas socio-demográficas nacionales permiten identificar, como el censo, el lugar de nacimiento y la residencia en el año y/o en los cinco años anteriores de los individuos de 5 años y más. Lamentablemente ninguna de ellas levanta con precisión el conjunto de las migraciones, indispensable para estudiar las trayectorias en su totalidad.⁴

Las encuestas de carácter biográfico realizadas en Monterrey (1965) y en la Ciudad de México (1970) fueron las primeras en recopilar exhaustivamente el conjunto de las trayectorias migratorias en América Latina. Permitieron comprender mejor el encadenamiento de los movimientos migratorios de los habitantes de esas zonas metropolitanas en plena transformación (Balán, Browning y Jelin, 1973; Muñoz y De Oliveira, 1973). Asimismo, las dos primeras versiones de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER), que son representativas a nivel muestral de la población rural y urbana (EDER 1998) y de las 32 áreas metropolitanas del país (EDER 2011), aportaron una nueva mirada sobre las trayectorias migratorias en México (Janssen, Zenteno, 2005; Sebillé, 2014 y 2016). A pesar del interés que presentan estos estudios, esas fuentes no permiten realizar un análisis de las trayectorias y los movimientos migratorios con una representatividad por estado.

Un enfoque geográfico de las migraciones

La EDER 2017⁵ constituye un verdadero avance para este análisis con una muestra amplia de 23 831 individuos y con un diseño muestral que garantiza una representatividad de la población de

⁴ La Encuesta Intercensal 2015 pregunta a los encuestados sobre el municipio de residencia cinco años antes (Inegi, 2015). Para las Encuestas Nacionales de la Dinámica Demográfica (Enadid), de Ocupación y Empleo (ENOE) y de los Hogares (ENH), los países o estados de nacimiento y residencia de un año o cinco años antes son la única información recopilada.

⁵ La encuesta EDER se realizó en 2017 por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) en todo el territorio nacional, junto con la ENH 2017.

20 a 54 años por estado en 2017. Permite, por primera vez, a partir de estadísticas oficiales, disponer con gran precisión geográfica de historias de migración representativas de la población adulta mexicana contemporánea. Estos datos originales ofrecen nuevas perspectivas de análisis de la migración, como se muestra en este capítulo, a partir de un enfoque teórico-analítico que se enmarca en la geografía. En particular, los datos de la EDER 2017 hacen posible explorar la “dimensión geográfica” de las trayectorias migratorias de los mexicanos nacidos entre 1962 y 1997, desde su nacimiento hasta el momento de la encuesta con un alto nivel de desagregación, para así comprender mejor la historia de la migración de la población mexicana y su huella espacial en los últimos cincuenta años.

Dichos datos también brindan la oportunidad de conocer con mayor profundidad los vínculos entre las trayectorias migratorias y las personas que las realizan. Trabajos anteriores con base en las EDER de 1998 y 2011 permitieron, a partir de modelos de duración y análisis de secuencias, mostrar los estrechos vínculos que existen, por un lado, entre el proceso de formación familiar, entrada en unión y nacimiento de los hijos, y, por otro lado, la migración interna. Dinámicas diferentes suelen aparecer en las poblaciones de las zonas rurales, urbanas (EDER 1998; Sebillé, 2005) y de las áreas metropolitanas (EDER 2011; Sebillé, 2016), como entre hombres y mujeres. Los cambios vividos en las trayectorias educativas y laborales de las mujeres permitieron, sin duda, ofrecer a muchas mujeres de las generaciones más jóvenes nuevas perspectivas migratorias. Si bien estos acercamientos posicionan la comprensión de las interacciones entre eventos biográficos al centro del análisis, carecen de una visión geográfica. El análisis de las trayectorias realizado en este capítulo considera el territorio como componente central de las dinámicas migratorias. En este sentido, se distingue claramente de los trabajos citados anteriormente con base en las EDER de 1998 y 2011. El objetivo principal del presente capítulo es elaborar un panorama sin precedentes de las trayectorias migratorias en México, con base en datos biográficos recientes y detallados sobre los lugares de vida de la población hasta el nivel del municipio. Mostramos cómo

este panorama aporta elementos nuevos sobre el conocimiento del fenómeno migratorio en México y sus vínculos con las dinámicas territoriales nacionales que se observaron en estos últimos cincuenta años. Para cumplir con esta meta, utilizamos algunos conceptos y métodos de análisis formalizados en el campo de la geografía, como las trayectorias geográficas, la granularidad espacial, la inmovilidad geográfica y sus determinantes. También calculamos el alcance espacial de las migraciones y la extensión geográfica de las trayectorias migratorias, así como su carácter rural o urbano.

De esta forma, este capítulo explora a lo largo de varias décadas los componentes geográficos de las trayectorias migratorias de la población residente en México en 2017. En la primera sección del capítulo presentamos los desafíos metodológicos que se dieron, en particular, la articulación entre los niveles individuales y agregados de los datos y la necesidad de elaborar nuevas variables contextuales. Para evidenciar las dinámicas migratorias regionales y las divergencias entre las entidades federativas, la segunda sección ofrece un estudio de la “extensión geográfica” de las trayectorias definidas según las diferentes divisiones político-administrativas de México y sus fronteras externas. Asimismo, se completa el análisis de las trayectorias mediante el estudio de su “ubicación geográfica”, definida en función del carácter rural, urbano o metropolitano de las sucesivas localidades de residencia. A la luz de estos primeros resultados, se ve el interés de abordar la cuestión de la “inmovilidad geográfica”, su distribución por estados, así como los factores que permiten entender mejor su presencia tanto en las historias de vida de la población como en algunas regiones de México, punto soslayado en la mayoría de los estudios sobre las migraciones (Lessault, 2013). La tercera y última sección analiza la naturaleza de aquellas trayectorias migratorias a partir de indicadores como el número de etapas migratorias y la distancia de las etapas, lo que completa la panorámica geográfica de las migraciones contemporáneas en México.

EXPLORACIÓN DE LA DIMENSIÓN GEOGRÁFICA DE LAS TRAYECTORIAS MIGRATORIAS

Recopilar la totalidad de los lugares que conforman la trayectoria geográfica de los individuos encuestados requiere que, durante el diseño de la encuesta, se tomen ciertas decisiones según las preguntas de investigación y los objetivos planteados. Así pues, ¿a qué nivel geográfico es pertinente recabar las etapas que conforman la trayectoria migratoria de los encuestados? Esta pregunta incide directamente en la manera de abordar la migración en los resultados.

El municipio: un nivel geográfico de análisis relevante

El nivel geográfico más fino para construir una trayectoria residencial de los individuos es el que hace referencia a la ubicación precisa de las viviendas ocupadas. Este objetivo se persigue en algunas encuestas cuando se pretende, por ejemplo, estudiar el acceso a la propiedad de la vivienda en una población determinada, al analizar las diferentes etapas residenciales sucesivas en relación con el estatus de ocupación (Bonvalet, 2005; Dureau *et al.*, 2011; Dureau e Imbert, 2018). Las EDER constituyen, de forma general, encuestas cuyos objetivos son principalmente comprender y analizar las principales tendencias sociodemográficas, dentro de las cuales se incluyen las migraciones. La recopilación exhaustiva de los movimientos migratorios y de los lugares donde las personas hayan sucesivamente residido de forma continua durante al menos un año entre su nacimiento y el momento de la encuesta,⁶

⁶ Las cinco preguntas del cuestionario son las siguientes: “2.1. Cuando usted nació, ¿en qué estado (o país) residía su madre?”; “2.2. ¿En qué municipio (delegación)?”; “2.3. ¿En qué localidad (poblado o ciudad)?”; “2.4. Además del lugar donde vivía cuando nació, ¿ha vivido al menos un año en forma continua en otras localidades, poblados o ciudades?”; “2.5. ¿Podría decir todos los (estados o países, municipios o localidades) donde haya vivido después de (localidad de nacimiento) por lo menos un año en forma continua, y la edad que usted tenía o el año cuando llegó a estos lugares?”

ofrece una riqueza de datos como rara vez se encuentra en las encuestas demográficas. Tal información permite caracterizar las trayectorias migratorias desde el nacimiento hasta la fecha de la encuesta con una granularidad espacial que va de las migraciones entre localidades a aquellas entre estados o países (cuadro 12.1). Lo interesante aquí es que el detalle de la granularidad espacial también ofrece la posibilidad de elegir el nivel geográfico más relevante para el análisis de las dinámicas migratorias regionales.

Tras las encuestas llevadas a cabo en 1998 y 2011, la EDER 2017, con una muestra nacional representativa a nivel de entidades federativas,⁷ permite abordar la migración mexicana desde un punto de vista espacial identificando las principales dinámicas regionales. En la EDER 2017, los lugares de residencia fueron recopilados por localidad (ciudad o pueblo). Sin embargo, por razones de confidencialidad y secreto estadístico, los datos sólo se desagregan por municipio, limitando el campo de análisis a ese nivel geográfico. A pesar de ello, los datos siguen siendo valiosos para analizar las dinámicas migratorias regionales, dado que el municipio representa una unidad político-administrativa bastante fina. Si bien los análisis de la inmovilidad y de las trayectorias migratorias que presentamos se centran principalmente en los cambios residenciales entre municipios, también utilizamos informaciones adicionales que caracterizan las localidades de residencia, como su tamaño retrospectivo en cada censo (véase el siguiente apartado). Estas informaciones adicionales permiten determinar el carácter rural, urbano o mixto de las trayectorias migratorias estudiadas mediante aquellos lugares de residencia. Cabe resaltar aquí que el examen del carácter rural, urbano o mixto de las trayectorias no es común en los estudios sociodemográficos longitudinales, dada la complejidad de su implementación. Por ejemplo, un individuo puede haber vivido sucesivamente en contextos rurales, urbanos y metropolitanos a lo largo de su vida. Su trayectoria quedará marcada por dichos espacios geográficos y sociales. Asimismo, estos espacios vitales individuales pueden

⁷ México está subdividido en 32 estados, también conocidos como “entidades federativas”. Ambos términos se utilizarán indistintamente en este capítulo.

evolucionar; es decir, la localidad en la que haya vivido el individuo puede haber cambiado de tamaño a lo largo de las décadas, pasando por ejemplo de menos de 15 000 a más de 15 000 habitantes. También el individuo puede haberse trasladado de una localidad de menos de 15 000 a una de más de 15 000 habitantes.

El desafío de pasar de las etapas a las trayectorias

Cualesquiera que sean las razones de este cambio de contexto, resulta indispensable tener información sobre el tamaño de las localidades a lo largo del tiempo para calificar las trayectorias migratorias. A partir de la información recabada en el cuestionario de la EDER 2017 y de los datos censales del Inegi, construimos una variable dinámica relativa al tamaño de la localidad que contempla los cambios que pudo experimentar a lo largo del tiempo, utilizando experiencias similares de otros países (Guérin-Pace, 2009). La elaboración de esa variable requirió establecer un inventario de las localidades y de los municipios recopilados en la EDER 2017, así como identificar los años en que dichas entidades aparecieron en las historias de vida de los 23 831 individuos de la muestra. Una vez finalizado ese trabajo, el equipo cotejó estos datos contra aquellos de los censos y recuentos de población desde 1960.⁸ La última etapa consistió en atribuir a cada localidad el tamaño del censo o conteo de población más cercano de manera que todas las localidades donde hayan vivido sucesivamente los encuestados dispongan de información sobre el tamaño que tenían en cada año observado. Tener en cuenta esta característica principal de las historias de vida de los mexicanos de hoy es sumamente importante para situar los movimientos migratorios en el tiempo biográfico (Allison, 1985; Courgeau, 1985). Cabe mencionar que esta variable también sirvió de base para algunos análisis presentados en otros capítulos de este libro

⁸ La variable tamaño de localidad donde vivían los individuos a cada edad fue creada en el Institut National d'Études Démographiques (INED) por France Guérin-Pace, Arnaud Bringé y Steaven Lam.

que adoptan un enfoque demográfico de las biografías con modelos de supervivencia.

LAS DIMENSIONES GEOGRÁFICAS DE LA MIGRACIÓN

La “extensión geográfica” de las trayectorias migratorias y su “ubicación geográfica”, definida según el carácter rural o urbano de las localidades que componen las etapas⁹ donde hayan vivido las personas, constituyen dos primeras dimensiones analíticas de las dinámicas migratorias abarcadas en esta sección.

Extensión geográfica de las trayectorias migratorias

Las trayectorias presentan una multitud de combinaciones posibles. Puede haber personas que nunca han salido de su localidad de residencia, otras que han cambiado de entidad federativa, ya sea una o varias veces, y algunas que han tenido experiencias migratorias en el extranjero. Para estudiar este fenómeno, hemos elaborado un indicador basándonos en los estudios de Guérin-Pace, Samuel y Ville, realizados a partir de la encuesta francesa *Histoire de vie* (HDV, “Historia de vida”) sobre la construcción de identidades (Guérin-Pace, Samuel, Ville, 2009). Gracias a este primer indicador se pueden describir las trayectorias individuales de los mexicanos a partir de una extensión geográfica creciente según los distintos niveles político-administrativos de México y más allá de sus fronteras exteriores (cuadro 12.1).¹⁰

⁹ Cabe recordar que la etapa hace referencia al tamaño de la localidad, aunque el nombre de la misma no fue divulgado por Inegi.

¹⁰ La caracterización de las trayectorias se realiza a partir del conjunto de etapas migratorias que las componen y por el mayor nivel geográfico de cambio. Así, una trayectoria compuesta de una primera migración con un cambio de estado en México, seguida por otra migración entre municipios del mismo estado, será calificada como una trayectoria “siempre en México con cambio de estado”.

Cuadro 12.1: Extensión geográfica de las trayectorias individuales

<i>Trayectoria</i>	<i>Números (ponderados)</i>	<i>Proporción (%)</i>	<i>Proporción acumulada (%)</i>
Siempre en la misma localidad	12 146	51.0	51.0
Siempre en el mismo municipio con cambio de localidad	1 035	4.3	55.3
Siempre en el mismo estado con cambio de municipio	3 148	13.2	68.5
Siempre en México con cambio de estado	6 167	25.9	94.4
Trayectoria en México y en otro país	1 335	5.6	100.0
Total	23 831	100	

Conjunto: total de personas encuestadas (23 831).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Más de una de cada dos personas (51%) no experimentó ninguna migración y permaneció siempre, desde el nacimiento hasta el momento de la encuesta, en la misma localidad. Este primer resultado muestra claramente la importancia de un estilo de vida sedentario en México. En cambio, 4.3% de la población de la encuesta migró entre localidades dentro de su municipio de nacimiento. Los movimientos internos dentro de los municipios se observan con mayor frecuencia en las grandes zonas urbanas, como Culiacán y Mazatlán en el estado de Sinaloa; Hermosillo en el estado de Sonora, o Gómez Palacio y Durango en el estado de Durango, por citar sólo algunos ejemplos. Ahora bien, es en las zonas rurales donde se observan mayormente estos movimientos de proximidad. Cerca de dos tercios (64.5%) de la migración dentro de un mismo municipio tiene lugar entre localidades de menos de 2 500 habitantes. Estas migraciones locales pueden localizarse en una gran variedad de zonas rurales: en las

zonas aisladas de los municipios de la Sierra Madre Oriental del estado de Veracruz (Zacualpan, Ixhuacán de los Reyes) o de los municipios de los Altos de Chiapas (Ocosingo, Comitán de Domínguez), así como en las zonas rurales cercanas a las principales ciudades o capitales de estado, como por ejemplo algunos municipios de los estados de Guanajuato (Dolores Hidalgo, Guanajuato), Guerrero (Acapulco) o Chiapas (Chiapa de Corzo). Así, el hecho de considerar la migración como cualquier cambio de municipio, estado o país, deja en la sombra pocos movimientos que, sin embargo, reflejan circulaciones internas en las grandes áreas metropolitanas o en las zonas rurales a niveles muy locales. Estos movimientos de proximidad se relacionan principalmente con las lógicas de acceso a la tierra, con las oportunidades de empleo que suelen ser poco calificadas o disponibles a nivel local, o con las estrategias de residencia familiar.

Por otro lado, 13.2% de los adultos mexicanos cambió de municipio pero permaneció en el mismo estado, mientras que 68.5% de la población mexicana residía en su estado de nacimiento en el momento de la encuesta, resultados que confirman el fuerte apego de la población a su entidad federativa. Por último, una cuarta parte de la población ha vivido en varios estados de México y 5.6% ha realizado al menos una etapa migratoria en el extranjero. En este último caso, se constata un gran número de movimientos desde o hacia Estados Unidos que afecta a 4.9% de la población adulta mexicana.

Trayectorias urbanas dominantes

Otro indicador, por último, que permite entender las trayectorias migratorias de la población mexicana es el carácter rural o urbano de sus lugares de residencia.¹¹ El hecho de haber vivido únicamente en zonas rurales o en una gran zona urbana constituye una experiencia migratoria que amerita ser examinada. Ahora

¹¹ Se atribuyó el carácter rural a localidades con menos de 2 500 habitantes, respetando la definición de Inegi.

bien, las dificultades para comparar longitudinalmente los datos hacen que la tarea sea compleja. Como vimos al principio de este capítulo, dependiendo de la fecha en que tiene lugar la etapa de migración, el lugar de residencia puede haber evolucionado de rural a urbano. La transformación del contexto en las localidades de residencia a lo largo de las décadas puede marcar las experiencias de las poblaciones. Citemos por ejemplo el caso de los pueblos pesqueros de la década de 1960 en la costa del Caribe, como Playa del Carmen, que ahora se han convertido en zonas urbanas con más de 100 000 habitantes. De igual modo, la población residente en las aldeas rurales situadas en 1960 cerca de ciudades con un desarrollo exponencial, como Tijuana en la frontera septentrional con Estados Unidos, forman hoy parte de una zona metropolitana de más de 1.5 millones de habitantes. La historia de sus habitantes se ha visto, pues, fuertemente marcada por el crecimiento de esas áreas. Naturalmente, estas experiencias contrastan con las de hombres y mujeres que siempre han vivido en áreas metropolitanas, como la Ciudad de México, Guadalajara, Monterrey; o con las experiencias de los habitantes de ciudades intermedias cuyo crecimiento demográfico ha sido moderado y se han ido manteniendo, como ciudades medianas y relativamente aisladas como es el caso de San Pedro Pochutla o Vicente Guerrero en la costa del Pacífico del estado de Oaxaca.

Como se mencionó anteriormente, la reconstrucción del tamaño de las localidades de residencia en el momento de la migración a partir de los datos del Inegi, tomando el número de población censada más próximo a la fecha de la migración, permite calificar retrospectivamente el grado de urbanización de las localidades sucesivamente habitadas y caracterizar sin sesgo el carácter rural, urbano o mixto de las trayectorias (cuadro 12.2). De esta forma, observamos que las trayectorias exclusivamente urbanas dominan en gran medida y corresponden a casi dos tercios de las personas encuestadas (63.1%) frente a un 14.2% de los mexicanos cuyas trayectorias fueron exclusivamente rurales. El resto de la población (22.7%) tuvo trayectorias mixtas, es decir, que alternó etapas rurales y urbanas.

Cuadro 12.2. Carácter rural o urbano de las trayectorias geográficas

<i>Trayectoria</i>	<i>Números (ponderados)</i>	<i>Proporción (%)</i>	<i>Proporción acumulada (%)</i>
Siempre urbano	14 127	63.1	63.1
Siempre rural	3 184	14.2	77.3
Trayectoria mixta	5 082	22.7	100.0

Conjunto: total de personas encuestadas en 2017 que siempre vivieron en México (22 394).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Una visión internacional comparativa

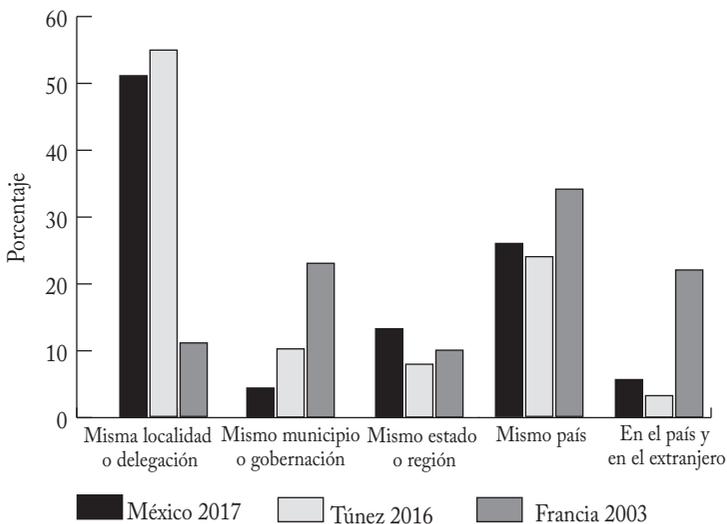
Comparar esos datos con otros contextos nacionales es sumamente interesante y muestra las similitudes y diferencias entre las dinámicas migratorias nacionales. Para este fin, nos hemos basado en datos de Francia y Túnez. Aunque las fechas de los estudios y las demarcaciones administrativas no son exactamente equivalentes, la escasez de datos que hiciera posible este tipo de comparación nos llevó a proponer este enfoque comparativo.

En el caso de Francia, hemos extraído las cifras de la encuesta HDV realizada en 2003 con una muestra representativa de la población francesa de 18 a 65 años de edad (8 400 personas). Se trata de la única encuesta de población general que hace un seguimiento exhaustivo de las trayectorias geográficas (Guérin-Pace, 2009). La segunda encuesta realizada según el mismo modelo a la que nos referimos aquí es la Encuesta sobre las Transformaciones de la Sociedad Tunecina (ETST), realizada en 2016 en Túnez con una muestra representativa de la población nacional (3 500 personas) (Guérin-Pace y Kassar, en prensa).

Realizadas con un año de diferencia, las encuestas de México y Túnez muestran resultados relativamente similares en cuanto a la extensión de las trayectorias (gráfica 12.1). En primer lugar, podemos observar que las proporciones de personas inmóviles (quienes nunca han migrado) en el nivel administrativo más bajo

(la localidad en México y la delegación en Túnez) son similares, aunque son ligeramente superiores en Túnez (54.8%) con respecto a México (51%). En segundo lugar, los casos mexicanos y tunecinos también muestran órdenes de magnitud similares en los niveles más altos después de haber realizado los ajustes necesarios a los contextos nacionales: municipios y estados en México, y gobernaciones y regiones en Túnez. Esta comparación indica que la extensión geográfica de las trayectorias parece ser bastante similar en ambas poblaciones.

Gráfica 12.1. Extensión geográfica de las trayectorias: comparación México/Túnez/Francia



Fuentes: elaboración propia con datos de la EDER 2017, ETST 2016 y HDV 2003.

Si comparamos ahora estos primeros resultados con los de la encuesta francesa, realizada en una fecha anterior¹² (HDV 2003), constatamos que, a pesar del desfase temporal, la migración individual en ese tercer país es mucho mayor. Sólo una de cada

¹² No existen datos más recientes de encuestas representativas a nivel nacional en Francia sobre trayectorias geográficas.

diez personas (11%) ha permanecido inmóvil en la localidad de residencia desde su nacimiento y casi una cuarta parte (22%) ha vivido en el extranjero durante al menos un año, frente a 3.2% de Túnez y 5.6% de México. Los factores que explican esta mayor movilidad en Francia pueden ser múltiples: la larga tradición migratoria en ese país y el mayor nivel de vida que garantiza las oportunidades de migración parecen ser sin duda factores determinantes de estas diferencias entre Francia, por un lado, y México y Túnez, por el otro.

LA INMOVILIDAD GEOGRÁFICA: UN HECHO DESTACADO

Una vez observadas la extensión y la ubicación geográficas de las trayectorias y a la vista de la gran proporción de trayectorias sin migraciones resulta interesante enfocar el análisis en la inmovilidad de la población. Cualquiera que sea la granularidad espacial con la que se aborde, al nivel de localidad o bien al nivel superior de municipio, la inmovilidad constituye hoy un componente importante de las historias de los hombres y de las mujeres entre 20 y 54 años en México.

La inmovilidad concierne a la mayoría de la población mexicana que siempre ha vivido desde su nacimiento en el mismo municipio o incluso en la misma localidad. La ausencia de migración pone de manifiesto algunas de las dinámicas observadas a nivel local, regional y nacional. El hecho de que una población permanezca en la misma localidad o municipio ofrece información sobre dos dimensiones de la relación existente entre espacio y población. La primera dimensión se refiere a la predisposición de estos espacios para ofrecer a los individuos alternativas a la migración. La segunda se relaciona con las características mismas de las poblaciones más proclives a migrar o a permanecer inmóviles, ya sea una situación elegida o padecida. Hay que recordar que, para los más jóvenes, la movilidad es relativa; antes de los 20 años suelen migrar con sus padres y este tipo de migración no sugiere nada sobre una posible inclinación por la movilidad en el futuro. Además, las historias de vida de los migrantes, como las

de las personas inmóviles, tienen lugar en zonas geográficas que ofrecen oportunidades para la migración o la vida sedentaria.

En la mayoría de los estudios sobre la migración interna, las personas inmóviles, que a menudo representan un porcentaje importante de la población, así como las personas potencialmente móviles en un futuro, quedan fuera del campo de estudio. La atención se centra en el “sentido del movimiento”, el de la ciudad que se transforma, el de los movimientos por los cuales ésta se transforma. Sin embargo, la inmovilidad entra directamente en juego cuando se estudia el “objeto de movilidad”, ya que es tanto antinómica como indisoluble (Lessault, 2013; traducción propia).¹³

Cabe señalar que la inmovilidad representa un punto ciego de muchos estudios sobre las migraciones y las dinámicas espaciales. La ausencia de fuentes de datos adecuados explica por gran parte la ausencia de análisis sobre la inmovilidad. Es así como los censos, encuestas intercensales o encuestas demográficas transversales tradicionales que identifican lugares de nacimiento y lugares de residencia en algunos momentos de la vida de los individuos no permiten estimar en el tiempo la inmovilidad de una población.

Una geografía de la inmovilidad

Más allá de la apreciación de la inmovilidad en una población nacional, el análisis por entidades federativas resulta de gran interés para caracterizar las dinámicas geográficas de circulaciones o de anclajes. Si bien las características de los estados, su superfi-

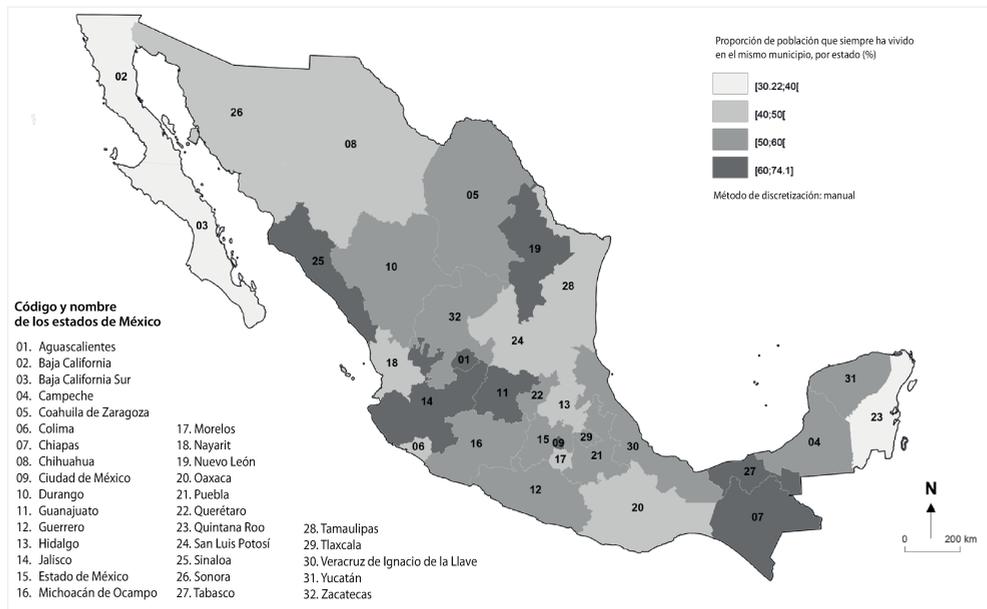
¹³ Dans la plupart des études sur la migration interne, les personnes immobiles, qui représentent souvent un pourcentage non négligeable de la population mais aussi d'éventuels futurs mobiles, sont laissées de côté. Le regard est porté sur “le sens du mouvement”, celui de la ville qui se transforme, celui des circulations par lesquelles elle se transforme. Pour autant, l'immobilité est directement en jeu au moment où “l'objet mobilité” est interrogé puisqu'elle lui est autant antinomique qu'indissociable.

cie, su carácter mayoritariamente rural, urbano o metropolitano, las oportunidades económicas que ofrecen, como su ubicación con respecto a otros estados o países colindantes, pueden tener un papel determinante en aquellas dinámicas; el estudio de las trayectorias de vida sedentaria por entidades federativas permite evidenciar una geografía regional y nacional de la inmovilidad.

El mapa 12.1 indica la proporción de personas que nunca han migrado, es decir, aquellas personas que siempre han residido en el mismo municipio desde su nacimiento respecto del total de la población residente en 2017. Los contrastes entre los estados son significativos y señalan situaciones geográficas y económicas desiguales. Además de su ubicación, muchos factores influyen en la predisposición que tienen dichas zonas para retener o no a sus habitantes. Se trata, primero, de las oportunidades profesionales, el entorno de vida que responde a las expectativas de la población, el arraigo de ciertas comunidades, el nivel de violencia, etcétera. Se trata, segundo, de las características de los propios individuos, así como sus experiencias individuales.

Ocho estados tienen una proporción particularmente alta de personas inmóviles, a saber, más de 60% de su población residente en 2017: Aguascalientes, Chiapas, Ciudad de México, Guanajuato, Jalisco, Nuevo León, Sinaloa y Tabasco. Sin embargo, dichos estados tienen perfiles muy diferentes: algunos, como Chiapas, son predominantemente rurales, mientras que otros, como la Ciudad de México, son casi exclusivamente urbanos. Los diversos espacios políticos y económicos de esos estados explican en gran medida la heterogeneidad de las dinámicas migratorias. Por ejemplo, el estado de Chiapas, que es muy rural, presenta dos lógicas opuestas. La primera —que se encuentra también en otras partes de México— es la capacidad que tienen las grandes ciudades como Tuxtla Gutiérrez, capital del estado, para retener a su población. Las oportunidades económicas y sociales que ofrece este tipo de gran ciudad favorecen la inmovilidad. Ahora bien, no tienen suficiente poder para atraer fuera del estado a muchos migrantes en busca de nuevas oportunidades. La segunda lógica que se observa en estos estados rurales es la de una población sedentaria ligada a la organización tradicional de las

Mapa 12.1. Los estados de la inmovilidad



Conjunto: total de personas encuestadas (23 831).

Lectura: el mapa representa la parte de la población de cada estado que nunca ha cambiado de municipio desde el nacimiento, según la población residente en el estado en 2017.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

comunidades rurales. A pesar de las sucesivas reformas agrarias y de una liberalización de las tierras agrícolas cada vez mayor, muchas comunidades siguen funcionando bajo el régimen ejidal, lo que constituye un factor de arraigo en estas poblaciones rurales con parcelas distribuidas y explotadas por los miembros de la comunidad.

La Ciudad de México y los estados de Jalisco y Nuevo León, donde se encuentran las metrópolis más grandes de México, Guadalajara y Monterrey, constituyen espacios geográficos organizados en torno a grandes áreas económicas que ofrecen a sus habitantes gran variedad de oportunidades profesionales y de servicios que limitan la necesidad de migrar. Por lo tanto, es bastante lógico que la proporción de personas inmóviles sea mayor en esas áreas. A pesar de que estas grandes ciudades han visto disminuir su poder de atracción y han sido objeto de emigración a otras ciudades intermedias debido a la violencia, la inseguridad, la contaminación y la saturación de sus mercados laborales, siguen siendo importantes zonas de asentamiento de la población.

Por el contrario, tres estados tienen una proporción particularmente baja de personas inmóviles, a saber, menos de 40% de su población en 2017: Baja California, Baja California Sur y Quintana Roo. El atractivo de las ciudades fronterizas, como Tijuana, explica que el estado de Baja California destaque entre estos estados con una baja proporción de personas inmóviles. Las ciudades de la frontera occidental con Estados Unidos atraen a muchos migrantes que han ido a participar en el desarrollo de la industria maquiladora. Esta fuerte dinámica migratoria explica la gran proporción de no nativos en la población residente. El estado de Baja California Sur también tiene una población predominantemente migrante, atraída por las oportunidades económicas que ofrecen sus zonas turísticas (Cabo San Lucas) y sus puertos (La Paz, Loreto, Santa Rosalía), que originan movimientos locales. Por último, no podemos ignorar el estado de Quintana Roo, donde la proporción de personas sedentarias es también muy baja. El atractivo de las ciudades balnearias, que han experimentado un fuerte crecimiento en las últimas tres décadas, está llevando a gran parte de la población a moverse hacia la costa. El peso de

la población inmóvil se minimiza por la presencia tanto de la migración interna, que en ese estado supera un tercio de la migración (véase mapa 13.1 en el capítulo siguiente) como de la migración procedente de los estados vecinos (véanse mapas 13.3 y 13.4).

Determinantes de la inmovilidad geográfica

Como hemos visto, la distribución geográfica de la población inmóvil presenta disparidades marcadas entre los estados y los subconjuntos regionales. Ahora nos centramos en el estudio de las características individuales de esta inmovilidad geográfica con el fin de concluir la visión de conjunto de las trayectorias migratorias y su ubicación en el espacio. Analizar el papel que desempeñan las características sociales y demográficas individuales, así como las variables contextuales, sirve para resaltar los factores determinantes de la inmovilidad. Para ello, calculamos, manteniendo todo lo demás constante mediante una regresión logística (cuadro 12.3), la predisposición a no haber migrado nunca entre el momento del nacimiento y el año 2017.

En primer lugar, observamos que las características demográficas y sociales tienen un impacto significativo en la predisposición a la inmovilidad. Tal y como se predecía, cuanto más jóvenes son las personas en 2017, mayor es la probabilidad de permanecer inmóvil, ya que los individuos están en el inicio de su ciclo de vida. Por el contrario —como es frecuente en los estudios sobre migraciones—, la inmovilidad es más intensa en el caso de las mujeres y de las personas con menor educación y menor capital social. Se puede observar así que la probabilidad de permanecer inmóvil disminuye de forma lineal con el nivel de educación. Comprobamos, pues, algunas de las explicaciones presentadas en estudios anteriores acerca de los procesos de selectividad que actúan en la migración (Piguet, 2013).

Independientemente de las características individuales, el contexto geográfico también afecta la predisposición a la inmovilidad. Así, el hecho de haber nacido en una localidad grande,

manteniendo todo lo demás constante, favorece que la persona permanezca en la localidad de nacimiento y que haya ausencia de migración, mientras que el hecho de haber nacido en una localidad pequeña favorece en mayor medida que haya movimientos. Como señalamos anteriormente, las oportunidades de empleo y otros servicios que ofrecen las grandes ciudades animan a las personas a quedarse, cualquiera que sea la edad en el momento de la encuesta o el nivel de estudios. En este punto vemos la repercusión que tiene el contexto de residencia como, por ejemplo, el tamaño de las localidades. Por último, el hecho de introducir en el análisis la entidad federativa de residencia ayuda a destacar los efectos específicos del estado en sí, aparte de las características de los individuos y de su lugar de nacimiento. Los resultados permiten, pues, comprender las dimensiones geográficas de la inmovilidad al poner de relieve los estados en los que la inmovilidad es mayor y los que tienen una mayor proporción de migrantes. Confirmamos así las primeras conclusiones del análisis geográfico realizado anteriormente (mapa 12.1). Si tomamos como referencia el estado de Puebla que representa una situación promedio,¹⁴ los estados con probabilidad de tener una alta proporción de personas inmóviles son sobre todo los estados de Jalisco, Tabasco, Guanajuato, Ciudad de México, Chiapas y Nuevo León, y en menor medida los estados de Aguascalientes, Michoacán y Zacatecas. Esos estados destacan claramente en el mapa 12.1. Por el contrario, diez estados tienen un efecto negativo sobre la inmovilidad con respecto al estado de Puebla: Baja California, Baja California Sur y Quintana Roo, que mencionamos en la sección anterior, más los estados de San Luis Potosí, Hidalgo, Oaxaca, Chihuahua, Sonora, Tamaulipas y Nayarit. Así, las personas que residen en estos estados en 2017 han migrado más, de forma general, a lo largo de sus vidas.

Aquí podemos ver claramente los efectos específicos de cada estado en las trayectorias migratorias. Los estados conocidos por haber atraído a gran número de migrantes durante décadas, como

¹⁴ Debido a su estado de inmovilidad “promedio”, se tomó como referencia en el modelo de regresión logística.

es el caso de Baja California en el noreste del país, o de Quintana Roo en la Península de Yucatán, tienen una gran proporción de población cuyas historias de vida cuentan con etapas migratorias. En cambio, los estados de las tres mayores metrópolis del país: Jalisco, Nuevo-León y Ciudad de México, así como otros estados más rurales, como Chiapas o Tabasco, parecen ser zonas geográficas con mayor inmovilidad.

*Cuadro 12.3. Determinantes de la inmovilidad geográfica**

<i>Estimaciones de las razones de momios (ODDS ratio)</i>			
<i>Variable</i>	<i>Valor estimado</i>	<i>95% intervalo de confianza de Wald</i>	
<i>Edad en 2017 (referencia = "50-54 años")</i>			
20-29	1.97***	1.783	2.16
30-39	1.19***	1.08	1.306
40-49	0.97 ^{NS}	1.79	2.17
<i>Sexo (referencia = "hombre")</i>			
Mujer	1.063**	1.007	1.122
<i>Nivel de estudios (referencia = "estudios superiores")</i>			
Preparatoria	1.38***	1.27	1.48
Secundaria	1.436***	1.331	1.551
Primaria	1.69***	1.544	1.85
Sin estudios o nivel preescolar	1.645***	1.378	1.963
<i>Tamaño de la localidad de nacimiento (referencia = "menos de 2 500 habitantes")</i>			
100 000 habitantes y más	1.76***	1.63	1.9
15 000-99 999 habitantes	1.23***	1.13	1.34
<i>Estado de residencia en 2017 (referencia = "Puebla")</i>			
Jalisco	2.34***	1.98	2.77
Tabasco	1.90***	1.51	2.4
Guanajuato	1.48***	1.25	1.76
Ciudad de México	1.46***	1.24	1.7

Estimaciones de las razones de momios (ODDS ratio)

<i>Variable</i>	<i>Valor estimado</i>	<i>95% intervalo de confianza de Wald</i>	
Chiapas	1.4***	1.17	1.67
Nuevo León	1.34***	1.12	1.6
Aguascalientes	1.29*	0.97	1.72
Michoacán de Ocampo	1.26**	1.04	1.51
Zacatecas	1.26*	0.96	1.63
San Luis Potosí	0.83*	0.67	1.02
Hidalgo	0.82*	0.67	1.01
Oaxaca	0.78***	0.64	0.94
Chihuahua	0.72***	0.59	0.87
Sonora	0.70***	0.57	0.85
Tamaulipas	0.68***	0.56	0.83
Nayarit	0.63***	0.48	0.84
Baja California	0.47***	0.38	0.58
Quintana Roo	0.43***	0.33	0.56
Baja California Sur	0.39***	0.27	0.55

Nota: se consideran “inmóviles” aquellas personas que no han cambiado de municipio desde su nacimiento. Conjunto: total de personas encuestadas (23 831). Lectura: las razones de momios que figuran en el cuadro reflejan una mayor o menor predisposición a la inmovilidad según la categoría a la que pertenece el individuo (por ejemplo, sexo = “mujer”), más que según la categoría de referencia (“hombre”). Esta tendencia es significativamente mayor (respectivamente menor) que la de la población de referencia cuando la razón de momio es significativamente mayor (respectivamente menor) a 1 y se interpreta como “manteniendo todo lo demás constante”. Las razones de momios seguidas de *** son significativas en un umbral de 1%, las seguidas de ** son significativas en un umbral de 5% y las seguidas de * en un umbral de 10%; las razones de momios seguidas de ns no son significativas. Para la variable de estado, únicamente se han incluido las categorías significativas, por lo cual los estados con razones de momios similares a Puebla no aparecen.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

HUELLA GEOGRÁFICA DE LA DIVERSIDAD MIGRATORIA

Si bien el análisis de la inmovilidad y de sus determinantes muestra realidades geográficas sumamente diferentes en México, el estudio de la movilidad permite concluir la panorámica general de las dinámicas migratorias y revelar, a partir del análisis de las trayectorias de los individuos, la diversidad de situaciones de la migración. En esta sección se abordan las trayectorias migratorias individuales a partir de las informaciones geográficas presentes en la EDER 2017, considerando la migración como cualquier cambio de municipio. Se trata, por un lado, de localizar los lugares de residencia gracias al código de identificación de los municipios y, por otro lado, de caracterizar como rural, urbano o metropolitano los lugares de residencia (ciudades y pueblos) según el tamaño de los mismos.¹⁵ Para analizar el conjunto de las trayectorias migratorias y disponer así de elementos de comparación, tuvimos que calcular una serie de indicadores, como el número de etapas migratorias desde el nacimiento hasta 2017 y las distancias de los movimientos.

Movilidad escasa en las trayectorias migratorias

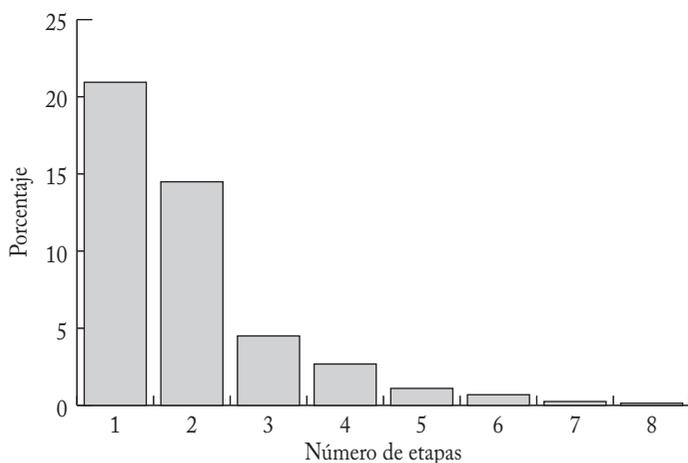
El primer indicador consiste en contar el número de etapas de la trayectoria migratoria. Se considera como “etapa migratoria” todo movimiento que implique un cambio de municipio durante al menos un año. El promedio de etapas por individuo es bajo, ya que equivale a 0.9 (el número máximo de etapas es de 18 y corresponde a una sola persona de la muestra).¹⁶ Obviamente, estos indicadores generales han de interpretarse con cautela. El conjunto de trayectorias observadas es muy heterogéneo en cuanto

¹⁵ Las localidades recogidas en la EDER 2017 se clasificaron en cuatro categorías según el número de habitantes: menos de 2500 habitantes; de 2500 a 14999 habitantes; de 15000 a 99999 habitantes, y de 100000 habitantes y más.

¹⁶ Esta persona experimentó 18 cambios de municipio (etapas de migración) entre el municipio de nacimiento y el municipio donde residía en el momento de la encuesta en 2017.

a la duración de observación. En el caso de los encuestados de mayor edad, su historia de vida se extiende a lo largo de más de 50 años, lo que implica un mayor número de oportunidades de migrar, mientras que, en el caso de los más jóvenes de tan sólo 20 años, el intervalo de tiempo para experimentar esas etapas migratorias es más corto. Por otra parte, la diversidad de las trayectorias migratorias refleja temporalidades y posiciones distintas dentro del ciclo de vida que van cambiando con la edad. Los trabajos sobre la migración en México, incluyendo aquellos realizados a partir de las EDER anteriores (Sebillé, 2005 y 2016), han confirmado que suele aparecer principalmente cuando las personas tienen alrededor de 20 años, lo que corresponde a un periodo de la vida en la que se busca oportunidades económicas y sociales, y cuando el proceso de formación familiar todavía no constituye un freno para migrar.

Gráfica 12.2. Número de etapas de las trayectorias migratorias



Conjunto: total de personas encuestadas (10 698).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Como se puede observar en la gráfica 12.2, el número de etapas es reducido para los que han tenido por lo menos una migración: cerca de una de cada cinco personas experimentó sólo una

migración; una de cada siete experimentó dos migraciones; una de cada veinte, tres migraciones, y una de cada cuarenta, cuatro migraciones. Los hombres y las mujeres que han experimentado cinco o más migraciones desde su nacimiento representan tan sólo 2% de la población de 20 a 54 años. La apreciación de la baja movilidad nos remite a uno de los primeros resultados obtenidos a finales de la década de 1990 en la encuesta piloto (Encuesta Biográfica de la Frontera Norte, EBIF) del proyecto de encuestas EDER.¹⁷ Dicha encuesta, realizada en 1996 en Tijuana, una de las ciudades con mayor nivel de migración en México, puso de relieve que, a pesar de que los migrantes representaban 88% de la población de la ciudad, las etapas migratorias que habían vivido eran pocas. Casi dos tercios de los migrantes habían experimentado sólo una o dos migraciones, un tercio había experimentado al menos tres migraciones y muy pocos habían vivido muchas etapas migratorias (Cosío-Zavala, 2004). Resultados similares relativos a las trayectorias de los migrantes se encuentran en la EDER 2017, como, por ejemplo, que pocos hombres y mujeres han vivido más de cuatro cambios de municipio en su historia de vida.¹⁸

Aumento de las distancias migratorias

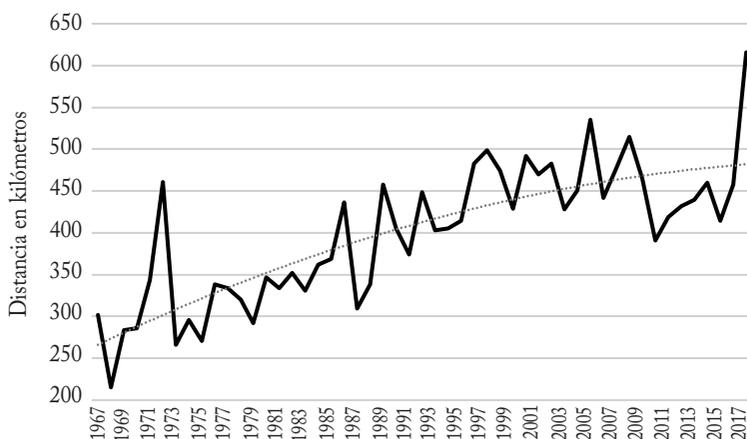
Las últimas características estudiadas sobre las migraciones, su amplitud en el espacio y los cambios que se han producido en el tiempo, cierran el análisis geográfico de la migración propuesto en este capítulo. Gracias al Sistema de Información Geográfica (SIG), hemos reconstruido la distribución estadística del alcance espacial de las etapas de la migración interna en México según

¹⁷ La EBIF fue una encuesta piloto llevada a cabo por el equipo de investigación del proyecto EDER, permitió probar los instrumentos de recopilación de cuestionarios biográficos en México. La calidad de los resultados obtenidos confirmó la pertinencia de esa metodología en una zona geográfica con una intensidad migratoria muy alta.

¹⁸ El escaso número de etapas migratorias en el conjunto de la población explica que no se observen cambios significativos en el número promedio de migraciones a lo largo de las últimas cinco décadas.

la fecha en la que tuvieron lugar (gráfica 12.3).¹⁹ Este alcance se expresa en kilómetros (km) y corresponde a la distancia en línea recta entre la cabecera de los municipios de salida y la cabecera de los municipios de llegada. Dada la historia de la migración en México, que se enmarca en un territorio nacional con un contraste cada vez mayor desde un punto de vista económico (véase capítulo 13), se confirma, como era de esperar, un aumento gradual de las distancias de migración en todo el periodo comprendido entre 1967 y 2017.

Gráfica 12.3. Evolución de las distancias migratorias internas en México desde finales de la década de 1960



Conjunto: etapas migratorias realizadas dentro del territorio mexicano entre 1967 y 2017 (20 105).

Lectura: la curva en trazo continuo representa las distancias promedio recorridas cada año en el caso de migraciones entre municipios dentro de México. La curva en trazo discontinuo representa la tendencia de la evolución de estas distancias a lo largo del periodo observado.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Cabe recordar que este periodo histórico corresponde a los años de vida de los encuestados nacidos entre 1962 y 1997.²⁰

¹⁹ No se tomaron en cuenta los movimientos hacia o desde el extranjero.

²⁰ Dado que las personas de mayor edad de la encuesta (54 años) nacieron en 1962, sólo hemos considerado la migración a partir de 1967. Antes de esta

Mientras que en 1967 la distancia promedio recorrida durante la migración era de 260 km, en 2017 alcanzaba los 480 km. Varias razones pueden explicar que se haya duplicado la distancia promedio recorrida en medio siglo en un territorio de casi dos millones de km². Por un lado, la creciente polarización del espacio nacional mexicano en torno a las grandes metrópolis, cuyas zonas de influencia se han ido ampliado con el tiempo, ha llevado a muchos migrantes a realizar viajes de mayor distancia. Por otro lado, la disminución del espacio-tiempo debida a la mejora de las redes de transporte terrestre y de los enlaces aéreos, así como el menor costo del transporte, han ofrecido condiciones más favorables para viajar a distancias cada vez mayores.

CONCLUSIONES

El análisis de las trayectorias migratorias individuales en sus dimensiones geográficas, que presentamos en este capítulo, da a conocer elementos nuevos sobre el fenómeno migratorio en México que están vinculados con las dinámicas territoriales nacionales pasadas. Gracias a una muestra compuesta de casi 24 000 individuos, la EDER 2017 permite por primera vez analizar las etapas migratorias de la población mexicana con una representatividad a nivel de entidades federativas y calcular un grado de inmovilidad geográfico. El enfoque geográfico planteado pone de manifiesto el reto que supone pasar de los datos de la historia de la vida individual a un análisis agregado de la migración. La elaboración de indicadores mediante variables contextuales reconstruidas (tamaño de las localidades) que aportan información sobre las trayectorias de los individuos, ya sea en términos de su extensión geográfica o de su carácter rural, urbano o mixto, da fe de la meticulosa labor necesaria para analizar esos datos inéditos.

Los resultados obtenidos completan las observaciones de otras fuentes de datos tradicionales sobre migración. El primer

fecha, el número de etapas migratorias (57) es limitado, lo que no nos permite representar este dato.

resultado es la importancia de la inmovilidad en la historia de vida de los mexicanos de hoy en día y los contrastes que existen en el país. La mitad de los adultos de 20 a 54 años nunca han abandonado su lugar de nacimiento. Si bien las generaciones más jóvenes han tenido menos tiempo para migrar que las generaciones mayores, la ausencia de migración de la mitad de los mexicanos es una muestra del fuerte arraigo que existe en varios estados. El carácter urbano de muchas trayectorias migratorias explica en parte el fenómeno. Ahora bien, más allá de las características de los individuos y de los lugares de residencia, las características de las entidades federativas también influyen. Su ubicación dentro del territorio nacional, su organización económica y las interacciones que establecen o no con otros estados, sacan a la luz dinámicas migratorias muy variadas y subconjuntos regionales con mayor o menor movilidad (véase capítulo 13). Las características de los estados influyen en la atracción y repulsión de la migración (*pull-push*), pero no por ello debemos olvidar el papel de las poblaciones y el efecto que tiene su comportamiento en la propia evolución de los territorios.

Las generaciones que se han observado con la EDER 2017 participaron en menor medida que las generaciones nacidas entre las décadas de 1930 y 1960 en los principales flujos migratorios que se produjeron antes de la de 1980 del campo a las ciudades, pero muchas de ellas nacieron en las grandes zonas metropolitanas que surgieron como consecuencia del crecimiento urbano de las décadas de 1960 a 1980. Como hemos visto, las trayectorias migratorias de los adultos mexicanos de hoy reflejan esta historia territorial (Garza, 2010). Si bien en este capítulo se ha confirmado la heterogeneidad de la dinámica migratoria en México mediante el análisis de casi 24 000 trayectorias de movilidad, el estudio de los movimientos migratorios y su distribución espacial a lo largo del tiempo debería permitir identificar los patrones migratorios regionales que sugiere este enfoque inicial.²¹

²¹ El capítulo 13 de este libro se dedica precisamente a analizar la huella espacial de las dinámicas migratorias contemporáneas de México.

13. HISTORIA MIGRATORIA DE LA POBLACIÓN MEXICANA DE HOY: MODELOS MIGRATORIOS REGIONALES

*Pascal Sebillé**

*Florent Demoraes***

*France Guérin-Pace****

INTRODUCCIÓN¹

La migración rara vez se aborda, a nivel nacional, desde una perspectiva que reúne un enfoque tanto longitudinal como espacial. La falta de datos adaptados a ese tipo de trabajos suele dificultar la comprensión de la dinámica migratoria de un país a lo largo del tiempo. La Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017 es la primera encuesta biográfica en las estadísticas oficiales mexicanas que permite hacer un trabajo con estas características, ya que recaba, de forma exhaustiva y con una representatividad a nivel de

* Université Rennes 2, UMR 6590, Espaces et sociétés, Institut National d'Études Démographiques (INED).

** Université Rennes 2, UMR 6590, Espaces et sociétés, Instituto Francés de Estudio Andinos (IFEA).

*** Institut National d'Études Démographiques (INED).

¹ La traducción al español la realizó María Lomeña Galiano. Esta investigación fue realizada gracias al programa de apoyo a proyectos de investigación *Action Spécifique* de la Université Rennes 2 (AS 2019_1_V1_07).

entidades federativas, los movimientos migratorios de una muestra de 23 831 personas representativas de la población nacional.

En el capítulo 12 se presentó la dimensión geográfica de las trayectorias migratorias experimentadas por la población mexicana a lo largo de su historia, desde el nacimiento de cada uno de sus miembros hasta la fecha de la encuesta. Cabe destacar la importancia de la migración en las historias de vida de los mexicanos sin olvidar, a la inversa, la primacía de la inmovilidad y el anclaje de los individuos en diferentes espacios de vida y de sociabilidad. Mediante el análisis de las trayectorias migratorias, el capítulo 12 permitió comprender cómo se construyen las trayectorias geográficas, su extensión, así como su carácter rural, urbano, metropolitano o mixto.²

El enfoque que adoptamos en este capítulo también es de corte geográfico. Se estudia aquí la migración ya no mediante las trayectorias individuales, sino más bien a través de los espacios geográficos que intervienen en dichos movimientos. Con este acercamiento, el objetivo es proponer un análisis original de la migración a partir de datos biográficos, sin estudiar en sí su ocurrencia e inscripción en las historias de vida. Se busca abordar de manera tal vez contraintuitiva a primera vista y poco común las dinámicas territoriales que se dieron a lo largo de varias décadas a partir de los datos longitudinales de biografías individuales completas. Para ello, nos hemos basado en los movimientos migratorios de la población recopilados en la EDER 2017. Como se detalla a continuación, hemos agrupado dichos movimientos, colectados en la encuesta entre municipios, según el estado en que se encuentran dentro de México y según el país de destino en el caso de la migración internacional.

En este capítulo estudiamos las migraciones con el fin de comprender y destacar los patrones regionales de movilidad en

² El estudio de las trayectorias migratorias de la población adulta mexicana en 2017 presentado en el capítulo 12 mostró la importancia de la vida sedentaria en México y la primacía del carácter urbano de las historias de vida migratoria de los mexicanos. También evidenció dinámicas de migración heterogéneas entre los estados y las regiones.

México según tres niveles geográficos. En primer lugar (sección 2), analizamos la migración entre los municipios de los mismos estados, o sea dentro de las entidades federativas, un nivel geográfico que raramente se ha abordado en estudios anteriores que suelen distinguir la migración internacional de la migración interna, dentro de las fronteras nacionales. Gracias al registro de las migraciones entre municipios y a su representatividad por estado, los datos de la EDER 2017 permiten estudiar la migración interna dentro de los 32 estados existentes, lo cual es una ventaja para comprender los movimientos locales.³ En segundo lugar (sección 3), estudiamos los flujos migratorios entre estados. Estos flujos interestatales permiten destacar las dinámicas regionales. En tercer lugar (sección 4), abordamos uno de los principales aspectos de la historia de la migración mexicana: la migración internacional. Como es bien sabido, la migración hacia y desde el extranjero, en particular con Estados Unidos, constituye por sus implicaciones sociales económicas y políticas, una dimensión importante de la dinámica migratoria de México y, asimismo, revela, a través de sus circulaciones, anclajes regionales (Canales, 1999; Ramírez García y Meza González, 2011; Massey *et al.*, 2009).

En el capítulo 12 se detallan los principios que prevalecieron para la recopilación de los datos de la EDER 2017 sobre la migración. Sólo recordaremos aquí algunos elementos relacionados con la información espacial contenida en la encuesta. La recopilación exhaustiva de las trayectorias migratorias de la población y la extensa muestra de 23 831 personas entrevistadas, representativa de la población mexicana por estado en 2017, hacen tan valiosa esta fuente de datos para el análisis de las dinámicas migratorias. Además, disponemos de información sobre la ubicación de los lugares de residencia a nivel municipal, con un total de 2 463 municipios en el conjunto del territorio mexicano. Si bien esta precisión geográfica no permite análisis representativos al nivel municipal, permite en cambio dar a conocer las migra-

³ En el presente capítulo, el término *migración interna* se refiere a la migración dentro de cada uno de los estados y no, como es costumbre en México, a la migración nacional, dentro de las fronteras del país.

ciones que ocurren entre los municipios, estado por estado, y las migraciones que surgen entre entidades federativas.

Para los fines de nuestro análisis de corte geográfico y tomando en cuenta esta característica muestral, hemos agrupado los movimientos colectados en la encuesta entre municipios según las entidades federales de origen y de destino. Varios casos existen. Un movimiento migratorio entre municipios que pertenecen a un mismo estado es considerado como un *movimiento intraestatal*. Un movimiento migratorio desde un municipio ubicado en un primer estado hacia un municipio que pertenece a otro estado es considerado como *movimiento interestatal*. Los resultados agregados por estado permiten así caracterizar respectivamente las migraciones intraestatales (mapa 13.1) e interestatales (mapas 13.2, 13.3 y 13.4) ilustrando de esta manera las dinámicas migratorias a ese nivel geográfico de observación.

La EDER 2017 es innovadora pues dispone de todos los movimientos migratorios de la población estudiada. Sin embargo, cabe señalar que, como todos los estudios sociodemográficos retrospectivos, la información que aporta hace referencia a los movimientos que la población realizó en su historia de vida con respecto al momento en que se aplica la encuesta. Así pues, disponemos de información sobre las personas que residen en México en 2017 y sobre sus etapas migratorias anteriores de al menos un año de duración. Quedan en la sombra las etapas de aquellas personas nacidas antes de 1962, y de aquellas que murieron o salieron del territorio nacional durante el periodo de observación. Dicho de otro modo, estudiamos la historia migratoria de las personas encuestadas en territorio mexicano en 2017 y la dimensión espacial de sus movimientos en este territorio nacional. Los movimientos estudiados reflejan una parte muy importante de las dinámicas migratorias históricas de México, aunque resultan incompletas. Igualmente, se debe prestar especial atención a la interpretación histórica de las dinámicas migratorias regionales pasadas. Este sesgo de selección inherente a los estudios sociodemográficos transversales y retrospectivos es una constante y exige ser cautelosos en la interpretación de los hechos observados. A pesar de todo ello, las encuestas nacionales retrospectivas

siguen siendo las principales fuentes de datos para completar la información parcial que ofrecen los censos o los conteos de población.⁴ Los pocos registros de población que hacen un seguimiento de los individuos durante décadas, como los que existen en los países del norte de Europa, no presentan esos sesgos de selección. Sin embargo, la escasa información que recaban sobre la migración tan sólo ofrece, por lo general, una visión superficial de la dinámica de la migración (Poulain, Perrin y Singletony, 2006).

En este sentido, los resultados que presentamos en este capítulo completan estudios anteriores sobre las macrodinámicas de la migración en México que se basan en datos censales o en la Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) (Partida, 1995 y 2010; Quintana y Salgado, 2016; Sobrino, 2014). Como ya se mencionó en el capítulo 12, estas fuentes sólo consideran los lugares de residencia con respecto a un momento dado (uno o cinco años atrás) o la fecha de nacimiento. El hecho de contar en la EDER 2017 con todos los lugares de residencia donde hayan vivido los individuos encuestados abre nuevas perspectivas, como lo desarrollamos en este capítulo. Nuestro análisis enriquece, por tanto, las investigaciones realizadas en México sobre los movimientos migratorios en relación con la organización del desarrollo económico y la estructura urbana (Garza y Schteingart, 2010); investigaciones muy valiosas dado el desarrollo desigual del territorio nacional a lo largo de las décadas (Ruiz, 2000; Vilalta, 2010) y la alta concentración urbana actual (Partida, 2010; Sobrino, 2014).

MIGRACIONES INTRAESTATALES: CONTRASTES PRONUNCIADOS A NIVEL NACIONAL

Una primera aproximación al análisis de la migración en el espacio nacional mexicano consiste en observar los movimientos

⁴ Los censos, los conteos y las encuestas intercensales permiten recopilar los lugares de nacimiento, de residencia cinco años atrás y en el momento del levantamiento. Captan las migraciones ocurridas entre estas temporalidades, pero dejan de lado los cambios ocurridos en los intervalos.

migratorios que tuvieron lugar en cada uno de los estados a lo largo de todo el periodo estudiado (1962-2017).⁵ Gran parte de las migraciones entre los municipios sucesivos de residencia dentro de un mismo estado se asocian a distancias cortas (113 kilómetros en promedio durante el periodo observado) y evidencian diversos tipos de flujos migratorios que tienen lugar dentro de los subsistemas territoriales.

Anclaje y circulación migratoria de proximidad

Una primera observación muestra que más de un tercio (38%) de los movimientos recogidos en la EDER 2017 entre 1962 y 2017 no sale de las fronteras de las entidades federativas. En otras palabras, son migraciones cuyo estado de destino es el mismo que aquel de origen. Este resultado completa los obtenidos anteriormente sobre la importancia de la vida sedentaria en la población mexicana que alcanza 55% de las personas encuestadas.⁶ Este dato muestra cierta forma de anclaje de la población mexicana y el efecto barrera que pueden representar las fronteras de las entidades federativas.⁷ Hay que tener en cuenta que la superficie de los estados presenta grandes contrastes entre los estados más pequeños, citemos por ejemplo la Ciudad de México y el estado de Tlaxcala, con 1 500 y 3 900 kilómetros cuadrados (km²), respectivamente, y el estado de Chihuahua, el más grande, con 247 000 kilómetros cuadrados (Quintana y Salgado, 2016). Así pues, el nivel de las entidades federativas puede reflejar realidades sociales, económicas y demográficas muy diversas que tienen

⁵ Este intervalo de tiempo representa el periodo que abarca los años de vida de los mexicanos de 20 a 54 años que fueron encuestados en la EDER 2017.

⁶ Para más detalles sobre estos resultados, remitimos el lector al capítulo 12 de este libro.

⁷ Gracias a la precisión de los datos de la EDER 2017 sobre los lugares de residencia (código de identificación de los municipios, tamaño de localidades [véase capítulo 12]), se pudo identificar las localidades y los municipios de origen y de destino de las migraciones. Eso permitió interpretar con detalle los movimientos observados a continuación.

consecuencias de diversa índole en la dinámica de las migraciones internas. A pesar de ello, analizar la migración dentro de los estados resulta de gran interés para entender los flujos migratorios. De hecho, observamos que la dinámica varía considerablemente en México (mapa 13.1).

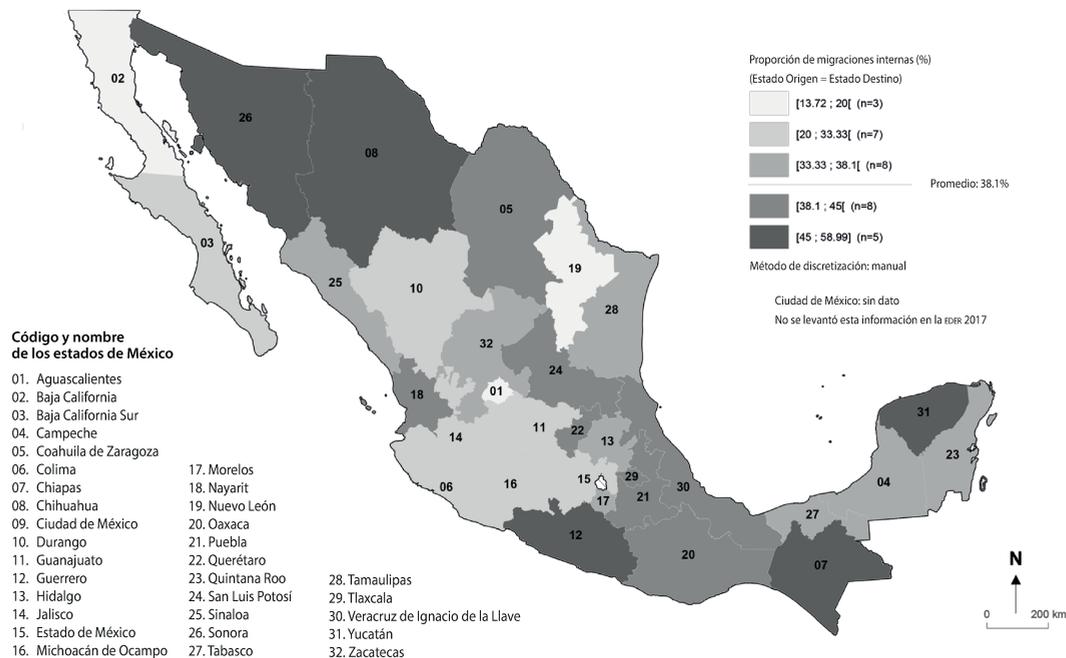
Durante el periodo histórico que va desde principios de la década de 1960 hasta mediados de la de 2010, algunos estados experimentaron un alto nivel de circulación interna que superó 45% de la migración registrada en esos estados. Tal es el caso de cinco entidades federativas: Sonora y Chihuahua⁸ en la frontera norte, Yucatán y Chiapas en el sureste, y Guerrero en la costa del Pacífico sur. En los dos primeros estados, la migración interna se produce principalmente entre núcleos urbanos de más de 100 000 habitantes.⁹ Ambos estados representan un tipo de circulación específica a los estados del norte, donde la población de las ciudades de más de 100 000 habitantes es proporcionalmente muy grande, representando respectivamente 60.5% y 72.4% de la población total de ambos estados.¹⁰ Las ciudades de Hermosillo y Chihuahua, ambas capitales de estado, contribuyeron fuertemente a la migración interna en esos estados. Las actividades industriales ligadas a la agricultura moderna o a la producción de automóviles, en el caso de Hermosillo, o las actividades ligadas a la manufactura y a los servicios vinculados a la economía internacional con Estados Unidos, en el caso de Chihuahua, han ofrecido condiciones económicas atractivas a una mano de obra local poco calificada y de bajo costo. Este atractivo, combinado con el crecimiento económico, ha hecho que estas ciudades se encuentren entre las más competitivas de México y del mundo (Vilalta, 2010).

⁸ Sonora es el segundo estado más grande de México con 184 000 km². La gran superficie de los estados de Chihuahua y Sonora contribuye a definir un amplio espacio de migración interna.

⁹ Sonora contaba con seis municipios con más de 100 000 habitantes en 2015 (en orden descendente: Hermosillo, Cajeme, Nogales, San Luis Río Colorado, Navojoa, Guaymas) y el estado de Chihuahua contaba con cinco (en orden descendente: Juárez, Chihuahua, Cuauhtémoc, Delicias, Hidalgo del Parral).

¹⁰ Los datos de población proceden del Censo de Población y Vivienda 2010 y de la Encuesta Intercensal 2015 (Inegi).

Mapa 13.1. La importancia de las migraciones intraestatales entre 1962 y 2017



Conjunto: etapas migratorias realizadas dentro del territorio mexicano (6 646 de un total de 20 164 migraciones).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Por otro lado, los estados de Chiapas, Oaxaca y Guerrero, con una gran población rural, tienen una alta proporción de migración interna entre las zonas rurales y las ciudades de menos de 2500 habitantes. Sin embargo, podemos identificar áreas que salen de esta lógica de circulación rural. Es el caso de la capital del estado de Chiapas: Tuxtla Gutiérrez, que por sí sola originó un gran número de movimientos durante el periodo 1962-2017; el carácter rural del estado¹¹ y la migración entre zonas poco pobladas explican en parte su especificidad (Rinaldy, 2016). El estado de Guerrero es otro ejemplo de estado rural que cuenta con una importante migración interna. La proporción de migración entre localidades de menos de 2500 habitantes es alta y se combina con la migración desde localidades más pequeñas (2500 a 15000 habitantes) hacia grandes ciudades de más de 100000 habitantes.¹² Dos lógicas pueden esconderse tras estas dinámicas internas. Por un lado, existe un movimiento entre las zonas rurales y agrícolas, y, por otro lado, se observa una migración hacia centros económicos atractivos como las zonas turísticas de la costa del Pacífico. De hecho, la ciudad de Acapulco de Juárez, con más de 800000 habitantes, parece ser el principal destino migratorio dentro del estado, muy por delante de Chilpancingo de los Bravo, su capital. Esta migración interna se sitúa en un contexto económico local difícil y en un clima de violencia que prolifera en muchas zonas del estado, ya que se encuentra bajo el control de grupos paramilitares y narcotraficantes. Por último, el estado de Yucatán se caracteriza por una fuerte polarización de la migración interna en torno a Mérida, su capital. Antigua área metropolitana, ya que a principios de la década de 1970 figuraba entre las doce principales áreas metropolitanas del país (Unikel, Ruiz y Garza, 1976), la ciudad de Mérida atrae a muchos migrantes del mismo estado.

¹¹ Después del estado de Oaxaca, Chiapas es el segundo estado más rural. De sus habitantes, 51.3% reside en localidades de menos de 2500 habitantes.

¹² En 2015 había seis ciudades de 100000 o más habitantes en ese estado. En orden descendente son: Acapulco de Juárez, Chilpancingo de los Bravo, Iguala de la Independencia, Chilapa de Álvarez, Zihuatanejo de Azueta y Taxco de Alarcón.

La migración interna desde las pequeñas ciudades hacia la capital, que tiene una población de casi un millón de habitantes, pone de relieve su atractivo regional. De esta forma se define un espacio de circulación localizado en la península.

La atracción hacia las capitales de los estados en la migración interna no es exclusiva de los estados predominantemente rurales. Esta dinámica también se observa en los estados de Sonora y Chihuahua. Sus respectivas capitales, Hermosillo y Chihuahua, han albergado por sí solas el mayor número de migraciones internas de ambos estados. Constatamos así que las capitales de los estados tienen gran atractivo como centros políticos, administrativos y económicos (Negrete, 2010), aunque, como hemos señalado antes, pueden entrar en competición con otros centros urbanos más poblados, como ocurre en el estado de Guerrero.

Espacios abiertos de migración

Al contrario de estas lógicas de intensa circulación interna dentro de los estados, tres entidades federativas presentan un porcentaje de migración interna muy bajo, menos de 20% del total. Estos son los estados de Aguascalientes, Nuevo León y Baja California.

Los dos primeros estados se encuentran en la zona de influencia de estados colindantes que cuentan con oportunidades económicas abundantes, lo que da lugar a fuertes interacciones entre estos estados. Así, una parte preponderante de la migración tiene como destino otros estados del país, de manera que se reduce la parte de la migración interna (mapas 13.2-13.4). Por su parte, el estado de Aguascalientes —pequeño por superficie total—,¹³ cuya capital se encuentra en la carretera que conecta la parte central del país con Estados Unidos, forma parte de una zona de intercambio que se extiende a lo largo de varios estados: *i*) la región del Bajío, entre Zacatecas, Guadalajara y Querétaro, y *ii*) el corredor de transporte que une los sectores industriales y

¹³ Aguascalientes, con 5 600 km², es el quinto estado más pequeño de México detrás de Ciudad de México, Tlaxcala, Morelos y Colima.

manufactureros de la parte central con el norte del país (Sobrino, 2003). En lo que respecta al estado de Nuevo León, pertenece a una extensa zona de circulación con las ciudades y los estados de la frontera norte. Uno de los ejemplos más destacados es el corredor de 80 km de largo que conecta Monterrey, la capital de Nuevo León, con la capital del estado de Coahuila, Saltillo. Finalmente, el estado de Baja California también tiene muy poca migración interna. Esta entidad federativa destaca por la presencia de dos ciudades fronterizas: Tijuana y Mexicali, que están relacionadas respectivamente con las ciudades estadounidenses de San Diego y Calexico. Desde la década de 1960, con el establecimiento del Programa de Industrialización Fronteriza, ambas ciudades han ido ofreciendo importantes oportunidades en la economía de las maquiladoras, lo que ha permitido que la mano de obra local encuentre empleo y se limite, por consiguiente, la necesidad de migrar (Alegría, 2009).

Constatamos pues lógicas de movimiento diversas dentro de unos espacios con fronteras estatales más o menos extensas. Observamos: *i)* estados en los que la migración interna es alta entre zonas rurales, entre grandes ciudades y de zonas rurales a grandes ciudades, y *ii)* estados en los que la migración interna es baja, bien porque dichas entidades federativas no tienen la capacidad de retener a su población que migra a otros estados más atractivos, a menudo contiguos, o bien porque una gran parte de su población vive en grandes centros urbanos que ofrecen oportunidades profesionales y sociales que limitan la necesidad de moverse.

TRES GEOGRAFÍAS DE DINÁMICAS MIGRATORIAS REGIONALES

Si bien el estudio de la migración interna dentro de los estados ha proporcionado un panorama inicial de las corrientes migratorias vividas en México por la población de hoy en día, la migración entre los estados, que es con creces la más numerosa, permite esbozar una geografía migratoria a nivel regional. Estos movimientos entre estados representan casi dos tercios (62%) de toda la migración observada en México entre 1962 y 2017 en la EDER

2017. Un análisis por periodo permite revelar los principales flujos migratorios que se dieron en México a lo largo de las cinco últimas décadas. Tres grandes periodos han sido seleccionados: 1962-1977, 1978-1997 y 1998-2017.¹⁴ Existen diferencias bastante claras en la organización espacial de los movimientos migratorios entre los periodos, y percibimos asimismo los principales flujos¹⁵ que se conocen de la historia de la migración mexicana.¹⁶

Un tropismo hacia la Ciudad de México

Las migraciones estudiadas en el primer periodo entre 1962 y 1977 muestran un tropismo acentuado hacia la Ciudad de México y el Estado de México, cuya área de influencia abarca un radio de 500 km (mapa 13.2). Este periodo corresponde a la expansión de las principales metrópolis mexicanas, incluida la Ciudad de México. Durante esos 15 años, el área metropolitana de la capital no dejó de crecer dentro de un país altamente centralizado (Graizbord y Mina, 1994). Entre 1965 y 1970, la Ciudad de México y el Estado de México representaban 19 de los 32 principales destinos de los flujos de migración interestatales (Partida, 2010: 331). Todos los estados vecinos de la Ciudad de México y del Estado de México (Tlaxcala, Puebla, Morelos, Hidalgo, Querétaro) experimentaron un aumento de los flujos migratorios de entrada. Su área de influencia se extendía hacia el norte a los estados de Querétaro y Guanajuato y hacia el oeste a Michoacán (mapa 13.2). El estado de Baja California entraba también en juego en esta dinámica migratoria centralizada, ya

¹⁴ Se prestó atención a que la elaboración de este corte cronológico permita tener suficientes etapas migratorias para el análisis de los flujos. Cabe resaltar que las etapas en el periodo 1962 y 1977 remiten a eventos migratorios vividos a edades tempranas por las personas mayores en 2017. Estas etapas en la gran mayoría de los casos fueron compartidas con los padres.

¹⁵ Para facilitar la lectura de los mapas sólo se representa el principal destino de la migración (flujo dominante) entre los estados.

¹⁶ Los estudios relativos a las corrientes migratorias en México se han basado principalmente en los datos de los censos y los conteos de población.

que su principal flujo migratorio tenía como destino la Ciudad de México. El atractivo de la Zona Metropolitana del Valle de México continuará en los periodos siguientes, aunque perderá parte de su influencia relativa en favor de una diversificación de los destinos (Negrete, 1990).

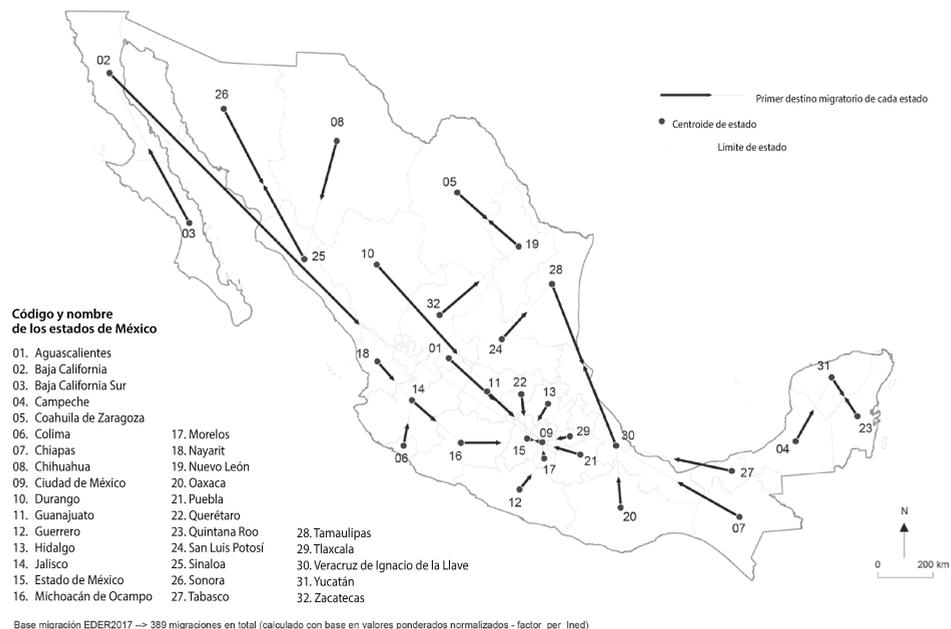
Las otras dos grandes áreas metropolitanas de México: Guadalajara y Monterrey, también aparecen como destinos de los principales flujos migratorios de este periodo. Constituyen dos polos de atracción de la costa del Pacífico (Colima y Nayarit) en el caso de la capital de Jalisco, y de los estados del norte (Zacatecas y Coahuila) en el caso de Monterrey. La década de 1970 y los primeros años de la de 1980 fueron un periodo de importante actividad económica, durante los cuales el producto interno bruto (PIB) creció en más de 6.6% anual. En este contexto, con el desarrollo económico de la industria y del sector terciario, las áreas metropolitanas de ambos estados se convirtieron en grandes zonas de migración regional.

Por último, cabe indicar que es el periodo de explotación intensiva de petróleo y de corrientes migratorias en la región del Golfo de México (Vilalta, 2010). Las zonas petroleras del estado de Veracruz suscitaron fuertes flujos migratorios desde los estados de Tamaulipas en el norte, y Oaxaca, Chiapas y Tabasco en el sur. También hubo algunos intercambios migratorios entre los estados vecinos del norte, los de la costa del Pacífico y también entre los estados de la Península de Yucatán. Así, este periodo se caracterizó por la atracción de la Zona Metropolitana del Valle de México y de las otras dos grandes áreas metropolitanas de Guadalajara y Monterrey, además por la consolidación de polos regionales dinámicos que contribuyeron al incremento de las desigualdades territoriales en México.

El atractivo del norte

Las migraciones del segundo periodo, realizadas en las dos últimas décadas del siglo xx, entre 1978 y 1997, evidencian una organización espacial diferente, aunque el poder de atracción de

Mapa 13.2. Flujos migratorios interestatales dominantes (1962-1977)



Conjunto: etapas migratorias dentro del territorio mexicano (389 migraciones entre 1962-1977).

Nota: primer destino migratorio entre estados de la población EDER 2017 entre 1962 y 1977.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

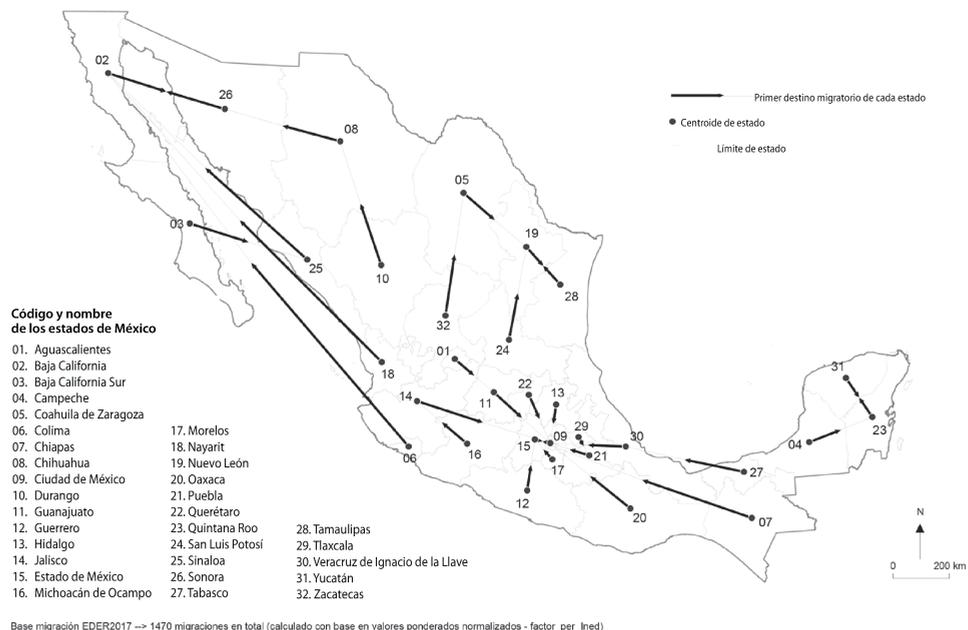
la Ciudad de México y del Estado de México sigue claramente vigente (mapa 13.3) (Quintana y Salgado, 2016). La capital atrae a migrantes originarios de nuevos estados del sur (Oaxaca, Veracruz) y se diversifican los destinos dentro de la Zona Metropolitana del Valle de México y de su área de influencia (Negrete, 1990). Por ejemplo, el Estado de México, que está creciendo rápidamente, recibe flujos migratorios de los estados vecinos de Guerrero y Morelos, pero también de estados más distantes como Oaxaca y Jalisco. Estos flujos migratorios se explican tanto por el poder de atracción de la Zona Metropolitana del Valle de México como por la falta de oportunidades que ofrecen los estados de origen. El estado de Puebla, en el área de influencia de la capital, también atrae a la población de los estados vecinos (Tlaxcala). Por ello se ve claramente una diversificación de los flujos migratorios en torno a nuevas grandes metrópolis (Puebla, Toluca) situadas en el eje de producción y transporte de bienes producidos para la exportación. A partir de la década de 1990, muchas de estas grandes ciudades albergan maquiladoras fuera de los estados fronterizos.

Durante el mismo periodo se estableció un segundo espacio migratorio regional en la Península de Yucatán entre los estados de Quintana Roo, Yucatán y Campeche. Estos flujos migratorios, que ya estaban presentes antes, se reorientan hacia la costa caribeña y la ciudad turística de Cancún, cuyo crecimiento demográfico entre 1980 y 1990 fue de 18.6% anual (Garza, 2005). Sin embargo, lo que marca especialmente este periodo es la importancia y la diversidad de los flujos migratorios dirigidos hacia los estados fronterizos del norte y, en concreto, hacia Baja California. Dicho estado parece ser una zona de recepción de muchas migraciones de la costa occidental (Sinaloa, Nayarit y Colima) y del vecino estado fronterizo de Sonora. Los estados de la frontera norte, con sus ciudades más grandes conectadas a Estados Unidos, constituyen un espacio de migración regional compuesto de dos subsistemas. El primero, en el oeste, incluye los estados de Baja California, Sonora y Chihuahua con las ciudades de Tijuana, Mexicali, Nogales y Ciudad Juárez; el segundo espacio, en el este, se organiza en torno a los estados de Coahuila,

Nuevo León y Tamaulipas con las ciudades de Piedras Negras, Monterrey, Nuevo Laredo, Reynosa y Matamoros. Si los flujos migratorios son importantes entre esos estados fronterizos con Estados Unidos, también extienden su poder de influencia más al sur. Esa influencia se percibe, por ejemplo, a lo largo de la costa del Pacífico, como hemos observado en el caso de Baja California; en el estado de Durango con respecto al estado de Chihuahua; en el estado de Zacatecas con respecto a Coahuila y en el estado de San Luis Potosí con respecto a Tamaulipas.

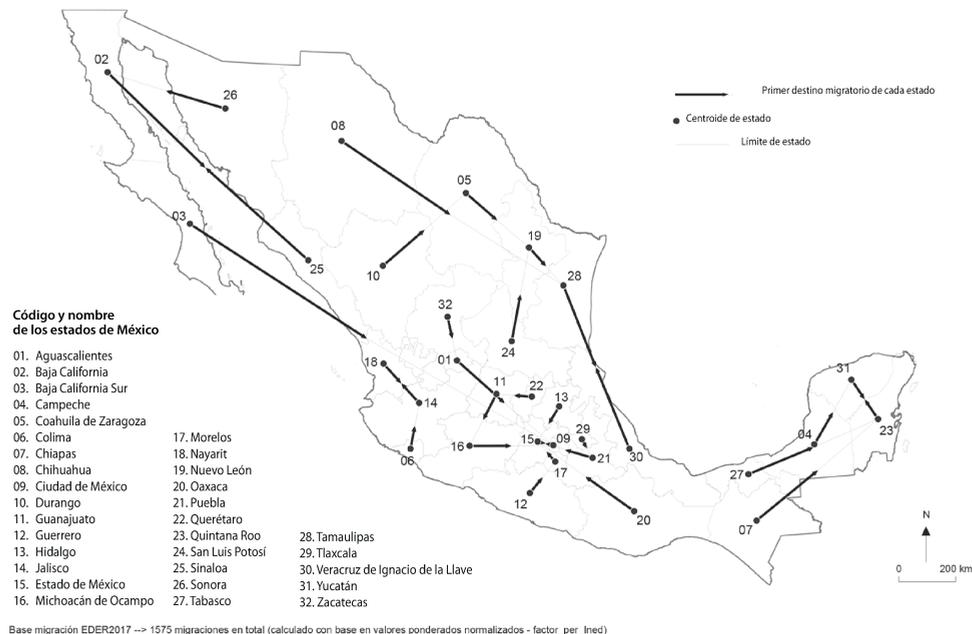
Cabe señalar que este periodo de 1978 a 1997 abarca en realidad varias fases económicas. En la primera fase se dieron varias crisis económicas entre 1982 y 1988, que golpearon duramente a la sociedad mexicana tanto en las zonas rurales como en las urbanas. Durante esos años, el llamado empleo informal aumentó considerablemente, en especial en las grandes ciudades que se convirtieron en el destino de muchos migrantes desempleados. En los trabajos de Garza (2010: 54) se aborda el papel que desempeñaron los desequilibrios económicos generados por esas crisis sucesivas, aunque no aportan conclusiones sobre el efecto que tuvieron en los principales movimientos migratorios interregionales. Parece más probable que la desestabilización de la economía afectara a todas las zonas geográficas, y que los movimientos migratorios permanecieran contenidos dentro de los estados o las regiones económicas. No obstante, la segunda fase, desde principios de la década de 1990 en adelante, ha tenido efectos importantes en la organización económica y espacial del país. Las políticas neoliberales implementadas y la apertura de la economía mexicana al mercado internacional han dejado huella en los territorios. La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) en 1994 dio lugar a la creación de una economía maquiladora dispersa a lo largo de la frontera norte y en las principales ciudades conectadas al eje de carreteras del tratado de libre comercio (Garza, 2010: 41). En ese contexto, se observa la aparición de nuevas zonas en la organización territorial y la afirmación de espacios regionales de circulación migratoria, lo que resalta claramente en el análisis de los datos de la EDER 2017.

Mapa 13.3. Flujos migratorios interestatales dominantes (1978-1997)



Conjunto: etapas migratorias dentro del territorio mexicano (1 470 migraciones entre 1978-1997).
 Nota: primer destino migratorio entre estados de la población EDER 2017 entre 1978 y 1997.
 Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Mapa 13.4. Flujos migratorios interestatales dominantes (1998-2017)



Conjunto: etapas migratorias dentro del territorio mexicano (1575 migraciones entre 1998-2017).

Nota: primer destino migratorio entre estados de la población EDER 2017 entre 1998 y 2017.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Circulación regional y policentrismo

Las migraciones registradas durante el tercer periodo, entre 1998 y 2017, se organizan de acuerdo con una lógica espacial particular en la que se introducen cambios con respecto al periodo anterior. Los movimientos entre estados vecinos están menos presentes que antes, aunque en el norte los movimientos entre estados fronterizos continúan, si bien de manera menos pronunciada (mapa 13.4). El estado de Baja California sigue siendo el principal destino de la migración procedente del vecino estado de Sonora. La circulación entre los otros estados de la frontera norte se extiende geográficamente con flujos migratorios que van del estado de Chihuahua al estado de Tamaulipas en el lejano oriente. El aumento de la migración entre México y Estados Unidos ha favorecido la expansión de las zonas económicas transnacionales (Alegría, 2010) y la aparición de estas circulaciones entre los estados fronterizos. Además, las consecuencias de la devaluación del peso en 1995 y la recesión de principios de la década de 2000 hicieron mayor el atractivo de las ciudades de la frontera septentrional donde los salarios son más altos que en el resto del país.

Por otro lado, en las dos últimas décadas, la polarización ejercida por la Ciudad de México es mucho menos pronunciada y el atractivo del Estado de México se ha ido diversificando. Los principales flujos migratorios muestran una circulación que se extiende en torno a la capital y a los estados vecinos de acuerdo con los principales centros urbanos y económicos: Toluca, Cuernavaca, Pachuca, Tlaxcala y San Juan del Río (Garza, 2005). El impacto de este proceso de policentrismo, que se sigue intensificando en la dinámica de la migración, también puede verse en las corrientes de otros subconjuntos regionales. Dentro de la Península de Yucatán se consolida la atracción de las zonas turísticas de la costa caribeña de Quintana Roo. Las principales migraciones de los cinco estados de la Península se dirigen hacia la región turística de Cancún-Playa del Carmen y de la Ruta Maya a lo largo de la costa. Asimismo, se producen intensos flujos migratorios entre los estados de Veracruz y Tamaulipas, a lo largo de la costa

oriental del Golfo de México, entre los puertos y las ciudades industriales y administrativas de esa zona de circulación sur-norte.

Podemos constatar la consolidación de corredores migratorios en torno a atractivas metrópolis en subconjuntos regionales, en la frontera norte, en torno a las principales ciudades de la región del Bajío, a lo largo de las costas del Pacífico y del Golfo, y en la Península de Yucatán. Con el tiempo, la diversificación de los intercambios migratorios entre los estados no ha producido un mayor equilibrio de los flujos migratorios, sino, al contrario, han surgido zonas metropolitanas atractivas económicamente, lo que refleja que el proceso de policentrismo se ha fortalecido.

MIGRACIÓN CON ESTADOS UNIDOS: SALIDAS Y RETORNOS

Más allá de la migración interna, la migración entre México y Estados Unidos ha sido objeto de numerosos estudios que muestran la evolución de este fenómeno en las dinámicas demográficas de México (Ariza y Portes, 2007; Arizpe, 1983; Cornelius, 1992; Durand, 1994; Bustamante, 1997; Massey *et al.*, 1991; Tuirán y Ávila, 2010). A finales de la década de 2000, se estimaba que residían en Estados Unidos casi doce millones de mexicanos nacidos en México (Leite, Angoa y Rodríguez, 2009). La migración hacia Estados Unidos ha pasado por muchos ciclos, citemos por ejemplo los primeros migrantes a finales del siglo XIX que cruzaron la frontera para ayudar a construir el ferrocarril en Estados Unidos o los migrantes temporales que participaron en el Programa Bracero de los años 1942-1964 (Durand, 2007). La emigración hacia Estados Unidos alcanzó un punto de inflexión a finales de la década de 1980 con la aprobación de la Ley de Reforma y Control de la Inmigración en Estados Unidos (Durand y Massey, 2003). La legalización de muchos migrantes que llevaban muchos años instalados en Estados Unidos consolidó las redes de migración transfronterizas. Frente a las dificultades económicas de las sucesivas crisis y debido al creciente atractivo económico de Estados Unidos, la migración de México “hacia el otro lado” aumentó considerablemente desde la década

de 1990 hasta mediados de la de 2000 (Arroyo *et al.*, 2002; Massey y Espinoza, 1997). Las nuevas reformas de control de la inmigración en la década de 1990 (Canales, 1999) y más tarde en la de 2000 endurecieron las condiciones de circulación entre los dos países (Massey, Pren y Durand, 2009). La militarización de la frontera mediante el aumento de las patrullas fronterizas y el levantamiento de muros ha dado lugar principalmente a que la migración de indocumentados sea más selectiva y arriesgada. Las dificultades para cruzar la frontera han cambiado el perfil de las migraciones que han pasado de ser menos circulares y rurales a ser más permanentes y urbanas (Ramírez y Aguado, 2013; Tuirán y Ávila, 2010). También han tenido como consecuencia un aumento del número de deportados: personas expulsadas del país por falta de documentos oficiales de residencia. De igual manera incrementó el número de devueltos, es decir, personas que son detenidas mientras cruzan clandestinamente la frontera y devueltas a México, a las ciudades fronterizas, a las regiones de las que son originarios o a otras regiones de México (Cruz, 2010; Masferrer y Roberts, 2012). A estos expulsados y deportados se suman los retornados, quienes regresaron a México por falta de oportunidades económicas en el mercado laboral estadounidense a raíz de la crisis de 2008 (Ramírez y Meza, 2011). Entre las décadas 2000 y 2010, los flujos de migración desde México hacia Estados Unidos se fueron reduciendo mientras los flujos de regreso aumentaron (Denier y Masferrer, 2020; Ramírez y Aguado, 2013).

ESPECIFICIDADES REGIONALES DE UN FENÓMENO NACIONAL

Los datos que nos facilita la EDER 2017 confirman los diferentes ciclos de migración y la importancia de la migración internacional hacia Estados Unidos en la población mexicana. Aunque a través de la encuesta no se puede reconstruir la historia de las corrientes migratorias hacia Estados Unidos, ya que una gran proporción de los que emigraron se establecieron en ese país y, por lo tanto, no fueron encuestados en 2017, los datos de los que disponemos sí permiten identificar los lugares de origen de los

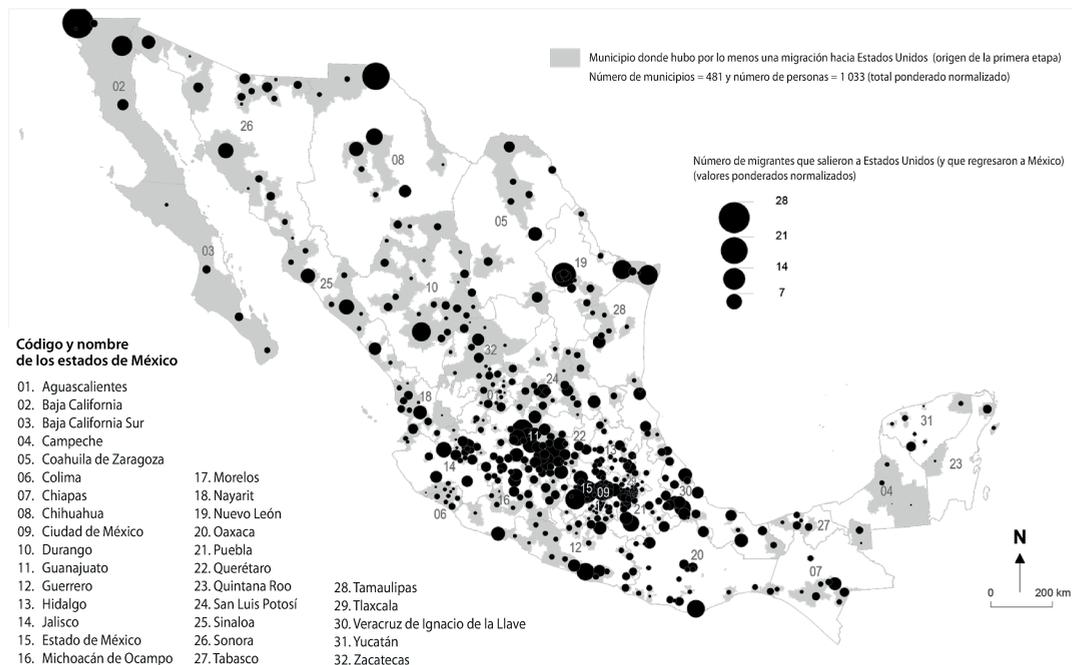
que salieron de México durante un tiempo y regresaron.¹⁷ De las 23 831 personas encuestadas que residían en México en 2017, 1 173 emigraron al menos una vez a Estados Unidos, lo que representa 4.9% de la población. De estos migrantes, la gran mayoría (91.4%) realizó solamente una estancia de un año o más, y una minoría permaneció en Estados Unidos en dos ocasiones (6.4%) o más (2.1%). Los datos de la EDER 2017 nos permiten identificar los municipios de origen de la migración hacia Estados Unidos.¹⁸ El mapa 13.5 representa los municipios de donde la gente emigró por primera vez hacia Estados Unidos. Se muestran, asimismo, las regiones que han aportado sucesivamente a la migración internacional desde la década de 1960.

En primer lugar, destacan los municipios de la región tradicional de emigración hacia Estados Unidos, especialmente los municipios del estado de Guanajuato, de Durango y su capital, de Jalisco con Guadalajara, así como los municipios del noreste y de Michoacán. Este espacio regional Centro-Occidental, incluido el Bajío, es claramente uno de los lugares de salida de la primera migración. Luego siguen los de la región Centro, con numerosos municipios en el Estado de México, la Ciudad de México, así como muchos municipios en los estados de Tlaxcala, Morelos y Puebla. Aquí también están muy presentes los municipios que corresponden a las grandes ciudades. En esta región central, cabe añadir zonas más aisladas de la Sierra Madre Oriental del estado de Hidalgo y la costa del Pacífico del estado de Guerrero con su gran ciudad Acapulco. La tercera gran región

¹⁷ Resulta difícil abarcar las migraciones internacionales entre México y Estados Unidos sin cruzar fuentes de datos de ambos países. Sin embargo, considerando las fuentes mexicanas: los censos, la Encuesta Intercensal, la Enadid y la encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México (EMIF Norte), se tiene ya posibilidades de estudiar indirectamente las migraciones a Estados Unidos o de regreso (Denier y Masferrer, 2020; Ramírez y Aguado, 2013; Riosmena y Massey, 2012).

¹⁸ La EDER 2017 proporciona información sobre todos los municipios de residencia sucesivos de los encuestados desde su nacimiento hasta 2017. De este modo pudimos localizar cada uno de los municipios de origen de la migración hacia Estados Unidos.

Mapa 13.5. Municipios de origen de las primeras migraciones hacia Estados Unidos (1962-2017)



Conjunto: primeras etapas migratorias hacia Estados Unidos (1 033).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

de salida hacia Estados Unidos es la Norte. En primer lugar, constatamos muchos puntos de salida a lo largo de la costa oeste del Pacífico alrededor de las principales ciudades de los estados de Nayarit (Tepic), Sinaloa (Mazatlán, Culiacán y Los Mochis) y Sonora, junto con su capital Hermosillo. Sin embargo, destacan especialmente los municipios de las grandes ciudades fronterizas: al este en el estado de Tamaulipas (Matamoros y Reynosa) y de Nuevo León (Monterrey), al centro en el estado de Chihuahua (Ciudad Juárez) y al oeste en Baja California (Tijuana). Estas zonas fronterizas de migración son lugares de paso, de asentamientos y de comunidades transfronterizas de relevo. Suelen representar etapas intermedias entre el resto del país y Estados Unidos.

Por último, otras zonas regionales situadas más al sureste de México aparecen como puntos de partida. Citemos, por ejemplo, el estado de Veracruz, donde las salidas desde zonas rurales a finales de la década de 1990 fueron muy significativas (Mestries, 2006). De igual modo, observamos algunas zonas aisladas en el estado de Oaxaca en la costa del Pacífico y en los municipios del centro de Chiapas. Esos espacios del sur, menos numerosos, entraron en los circuitos de migración internacional a finales de la década de 1990 impulsados por las redes locales de contratación de trabajadores rurales sin empleo y sin acceso a la tierra (Rosas, 2008; Villafuerte y García, 2004). En definitiva, durante todo el periodo (1962-2017), los lugares de salida hacia Estados Unidos, situados en zonas rurales y aisladas o en grandes ciudades, aparecen repartidos prácticamente por todo el país. Esta dispersión geográfica es una síntesis de los lugares de emigración que se han recopilado a lo largo de más de cincuenta años. Por lo tanto, hay que tener en cuenta la heterogeneidad de los periodos que abarcan y la diversidad de las formas que ha adoptado la migración desde la década de 1960. Los flujos migratorios nunca han cesado; se han visto favorecidos por los desequilibrios económicos entre los dos países y la intensificación de las redes de migración (Garip y Asad, 2016). Los estados de origen de la migración internacional de México, que antes se limitaban a los estados fronterizos y a los de la región tradicional (Jalisco, Gua-

najuato, Michoacán, Zacatecas, Chihuahua, Durango y Nayarit), se han diversificado a lo largo de las décadas y se han extendido hacia los estados centrales y meridionales (Guerrero, Morelos, Puebla, Estado de México, Oaxaca), y luego hacia el sureste del país (Veracruz, Chiapas).¹⁹ Esta migración internacional, que durante mucho tiempo ha sido circular, ha tenido un fuerte impacto en los territorios implicados y sigue estando activa en su mayor parte. Sin embargo, debido al endurecimiento de las condiciones de circulación entre los dos países, los movimientos se convirtieron en migraciones permanentes y se encuentran más limitados (Riosmena y Massey, 2012).

Lugares de retorno de la migración internacional

En la sección anterior vimos que para los que no se establecen en Estados Unidos de forma permanente, el periodo de migración se limita con mayor frecuencia a una sola estancia. A partir de esta observación y de los resultados anteriores sobre los lugares de origen de las primeras migraciones hacia Estados Unidos, estudiamos los lugares donde regresan dentro del territorio mexicano.²⁰ La gran mayoría de los migrantes que se fueron a vivir a Estados Unidos durante al menos un año regresó al estado donde residían antes de la migración (83%). Este resultado, inédito en el conjunto de México,²¹ no significa que los migrantes eligie-

¹⁹ Los trabajos de Durand (1998), Zúñiga, Leite y Acevedo (2005) y Verdusco (2010) ofrecen un panorama detallado de la participación de las regiones mexicanas en la migración internacional. Distinguen cuatro grandes regiones de origen de la migración: la región tradicional, Bajío-centro-occidental; la región fronteriza del norte; la región centro y, por último, la región del sur y sureste.

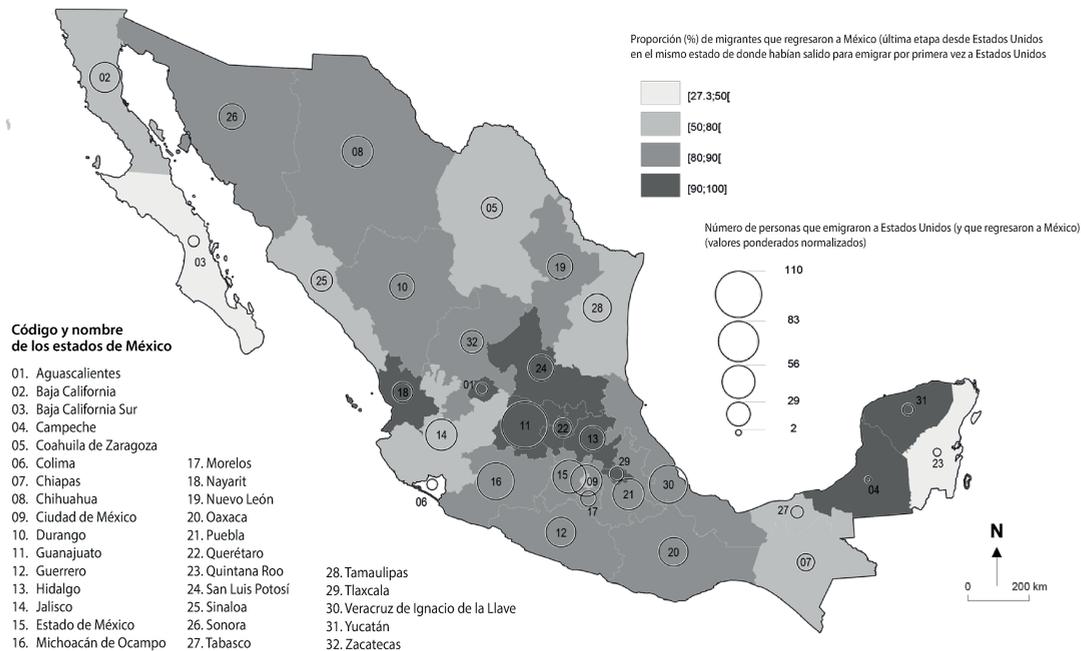
²⁰ En el caso de que el individuo haya realizado varios movimientos hacia Estados Unidos, comparamos el estado de residencia antes de la primera migración (mapa 13.5) con el estado de residencia después de la última migración internacional a Estados Unidos.

²¹ Como lo indican Canales y Meza (2018), los censos y las encuestas en México no disponen de datos para identificar los lugares de origen antes de la migración a Estados Unidos. Solamente permiten identificar los lugares de nacimiento de los retornados.

ran domicilio en la misma localidad o municipio a su regreso. Algunos estudios han analizado la migración de retorno en las grandes áreas urbanas y muestran que existe una diversidad en los lugares de residencia que va mucho más allá de los límites de las localidades y los municipios de partida (Rivera, 2013). Los migrantes a su regreso se establecen, a veces, en otra ciudad u otro municipio perteneciente al área metropolitana de donde salieron. En muchos casos, la ubicación geográfica a la vuelta parece ir más allá de los límites de las localidades y los municipios de origen y se sitúa más bien en otra parte del estado. Podemos observar que dicha ubicación puede depender de las características rurales, urbanas y metropolitanas de las áreas de origen, lo que confirma la existencia de diferentes perfiles de migración. También pueden estar asociadas a distintos momentos del proyecto de migración; para algunos después de largos años en Estados Unidos, para otros después de haber experimentado antes etapas intermedias de residencia en una metrópoli o en la zona transfronteriza. Estas historias de migración llevan consigo experiencias muy diversas que a veces se reinvierten al regresar a los lugares de origen o a otros destinos.

El mapa 13.6 muestra la proporción de migrantes que regresaron a vivir en el mismo estado del que emigraron por primera vez hacia Estados Unidos. Destacan con un fuerte retorno los estados de la región tradicional de migración a Estados Unidos y los estados de la región Centro, lo que confirma los resultados de otros trabajos basados en el análisis de los retornos en los estados de nacimiento (Canales y Meza, 2018). Más de 90% de los migrantes que regresaron a vivir a los estados de Guanajuato y San Luis Potosí, a los estados de la costa del Pacífico de Nayarit y Colima, y a los estados centrales de Querétaro, Hidalgo y Tlaxcala, procedía de esos mismos estados (Ramírez y Aguado, 2013). El mismo fenómeno puede observarse en la Península de Yucatán en lo que se refiere a los estados de Campeche y Yucatán, donde se evidencia un fuerte apego de la población por estos lugares de origen (Espinoza, 1998). En términos más generales, los regresos a los estados de salida son muy frecuentes, ya que en doce estados la proporción de migrantes que regresan a esos mismos estados

Mapa 13.6. Los estados de retorno en México



Conjunto: etapa migratoria de retorno desde Estados Unidos (1033).

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

es de 80 a 90%. Ahora bien, cabe destacar dos estados con fuerte actividad turística: Quintana Roo y Baja California Sur, donde la proporción de migrantes que regresan es mucho menor (menos de 50%). El porcentaje bajo de retorno al lugar de partida se debe ciertamente al perfil de estos migrantes internacionales y a su trayectoria migratoria. Muchos de ellos procedían de otros estados del país, y el retorno en las atractivas zonas económicas de Quintana Roo y Baja California Sur representa para ellos nuevos lugares de llegada en México con oportunidades correspondientes a sus nuevas expectativas. El hecho de adquirir experiencia en Estados Unidos les ofrece, a su regreso, una diversidad de lugares para reinvertir sus conocimientos migratorios en zonas prosperas o en expansión, fuera del lugar del que partieron (Masferrer y Roberts, 2012).

Este apego a los estados de origen se percibe en menor medida a nivel municipal, ya que 74.1% de los individuos encuestados en la EDER 2017 regresaron al municipio de donde emigraron por primera vez. Sin embargo, este retorno al lugar de origen indica la existencia de un fuerte anclaje territorial revelador de las inversiones que se derivan de las remesas y de los lazos que mantienen los migrantes con sus familias (Papail, 2005; Moctezuma, 2013). En lo que respecta al 25.9% de los individuos de la EDER 2017 que se instalaron a la vuelta en un municipio del que no eran originarios, pueden darse varias situaciones. Muchos de ellos residían en grandes áreas metropolitanas antes de partir a Estados Unidos. A su regreso, se establecieron en las mismas zonas metropolitanas de origen, pero en otra localidad o municipio con mayor o menor nivel de vida, dependiendo de si la migración hacia Estados Unidos fue acompañada de una movilidad social ascendente o descendente. Otra situación es la búsqueda de un nuevo municipio que concentre actividades socioeconómicas atractivas y ofrezca mayores oportunidades profesionales y sociales. A su regreso, los migrantes desean poner en valor su experiencia migratoria y las competencias adquiridas durante su estancia en el extranjero en un lugar distinto del que son originarios, como hemos visto anteriormente con los estados de Baja California Sur y Quintana Roo. Cabe señalar también que casi

un tercio de los migrantes con experiencia en Estados Unidos procede de zonas rurales (menos de 2500 habitantes) y el mismo porcentaje procede de grandes ciudades (100 000 habitantes y más). Esto confirma la diversidad del proceso migratorio hacia Estados Unidos, en el que entran en juego tanto las zonas rurales como las urbanas. Por último, es interesante subrayar que algo menos de un tercio (30.1%) de los migrantes que regresó a una localidad distinta de su lugar de origen se asentó en una localidad de tamaño similar al de su lugar de origen. De este grupo de migrantes, 4.1% salió y regresó a una localidad de menos de 2500 habitantes y 21.5% a una localidad de 100 000 habitantes o más.

CONCLUSIÓN

El análisis de las historias de migración de los mexicanos de hoy en día que hemos realizado con un enfoque geográfico a partir de los datos de la EDER 2017 ha permitido dar una nueva perspectiva sobre la distribución espacial y la dimensión regional de la migración a lo largo de las últimas décadas. La utilización de esos datos, que incluyen de manera exhaustiva los movimientos migratorios de casi 24 000 personas, así como su ubicación, pone de relieve las grandes dinámicas migratorias que experimentó la población mexicana en los últimos cincuenta años. Como toda recopilación de información basada en encuestas retrospectivas, el estudio deja en la sombra la migración de las personas que escapan a la observación, en particular de aquellas personas que abandonaron el territorio nacional. Si bien este estudio no refleja en su totalidad la dinámica de la migración que ha tenido lugar a lo largo de las cinco últimas décadas en México, ofrece un retrato de la historia de la migración de la población mexicana contemporánea.

Los resultados y los mapas elaborados a partir de todos los movimientos migratorios que hemos presentado en este capítulo nos han recordado en primer lugar la existencia de una dinámica migratoria interna dentro de los estados, sinónimo de anclaje y de movimientos de proximidad. Han surgido numerosas espe-

cificidades regionales: en algunos estados aparece una preponderancia de la migración hacia las grandes capitales de estado y entre los grandes centros urbanos; en otros estados predominan los movimientos circulares entre pequeñas localidades y zonas rurales. Por otro lado, el estudio de los flujos migratorios interestatales a lo largo de tres grandes periodos de cerca de veinte años ha permitido integrar la dimensión histórica al análisis. Esto a su vez ha permitido dar cuenta de la dinámica migratoria regional. En efecto, se han dibujado las principales secuencias que formaron parte de la organización económica y social de México y que quedan reflejadas en las mismas migraciones. El poder de atracción de la Ciudad de México y la expansión urbana de su área metropolitana, la explotación de petróleo en la región del Golfo de México, el desarrollo del turismo en la costa del Pacífico o en la Península de Yucatán y, finalmente, el nacimiento de la economía maquiladora en la frontera norte y en el interior del país han contribuido a estructurar los territorios. El análisis diacrónico realizado en este capítulo ha resaltado la evolución, a lo largo de las décadas, de estas dinámicas migratorias regionales y nacionales.

Por último, el estudio de los lugares de origen y de regreso de la población que migró a Estados Unidos completa el análisis de la historia de la migración de la población mexicana en 2017. Asimismo, hemos podido señalar los espacios de alta migración internacional ya conocidos por estudios anteriores sobre la migración hacia Estados Unidos, así, dichos estudios quedan enriquecidos con una representación cartográfica de los municipios involucrados. A pesar de que también observamos situaciones diversas a nivel nacional, las localizaciones proporcionadas por los datos de la EDER 2017 han permitido identificar con precisión las zonas que participan y participaron en la migración internacional. Uno de los últimos resultados de este trabajo sugiere la existencia de una forma de apego de los migrantes internacionales a su lugar de origen, que se traduce, con frecuencia, por un regreso a su estado y municipio de origen.

14. MIGRACIÓN, VIOLENCIA Y CRIMEN ORGANIZADO: LA IMPORTANCIA DE LO CONTEXTUAL, LO INDIVIDUAL Y LO REGIONAL

*María Estela Rivero Fuentes**
*Edith Y. Gutiérrez Vázquez***

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El desplazamiento vinculado a la violencia evidencia el incumplimiento del gobierno mexicano de su responsabilidad de proteger a los ciudadanos y garantizar la realización de una vida digna en su lugar de residencia (véase Derechos Humanos en el capítulo 1 de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos; Albuja, 2014). Este tema ha estado en la discusión pública desde que el presidente Calderón declaró la lucha frontal contra el crimen organizado a finales de 2007 y diversas fuentes reportaron la presencia de desplazamientos forzados de algunas comunidades afectadas por el crimen organizado. Una de las fuentes más citadas sobre el tema, la Comisión Mexicana de Defensa y Promoción de los Derechos Humanos (CMDPDH), estima que entre

* Instituto Pulte para el Desarrollo Global, de la Universidad de Notre Dame.

** Centro de Estudios de Población, Departamento de Estudios Regionales, de la Universidad de Guadalajara.

2006 y 2017 alrededor de 330 000 personas fueron desplazadas en México a raíz de la violencia, y en 2017 el número de movimientos fue de alrededor de 20 000 personas.¹ Dicha estimación, basada en la recolección de notas en medios de comunicación y los registros de organizaciones de la sociedad civil, sirve para dar cuenta de la presencia del fenómeno en el territorio mexicano, pero no resuelve importantes preguntas sobre cómo los contextos violentos se tornan factores determinantes de la movilidad interna e internacional.

La respuesta a preguntas como ¿cuál es la asociación entre la violencia contextual y la emigración?, ¿qué tipo y nivel de violencia originan el éxodo de la población de su lugar de residencia?, ¿a dónde se mudan los individuos cuando salen de su lugar de residencia por la violencia?, deben darse mediante los resultados de investigaciones científicas. No obstante, la literatura académica que se ocupa del tema aún debate para proporcionar evidencia concluyente sobre la relación entre la violencia criminal y la migración, ya sea interna o internacional.

En el caso de la migración internacional, algunos estudios han mostrado que existe relación entre la migración y los indicadores de violencia a nivel municipal.² Sin embargo, el análisis a nivel individual no es tan consistente. Por ejemplo, Meza y Ramírez (2012) encuentran que la tasa de homicidios relacionados con el crimen organizado está positivamente asociada con la probabilidad de que los hogares reciban remesas y tengan un migrante en Estados Unidos. Por el contrario, en los análisis de Alvarado y Massey (2010) y Massey, Durand y Pren (2020), la tasa de homicidios a nivel municipal predice negativamente la probabilidad de una primera migración hacia Estados Unidos. Massey, Durand y Pren (2020) encuentran que esta relación se extiende a los viajes

¹ Para ello empleamos la base de datos historia de vida de la EDER 2017.

² Esto contrasta con la clasificación de los 2 454 municipios del país en alta o baja violencia según las tasas anuales de homicidios de 2010 a 2017. Una proporción de 55.88% de las observaciones anuales son de municipios de baja violencia y 44.12% de municipios de alta violencia. Esta diferencia puede deberse tanto a la naturaleza de la muestra de la EDER como a la distribución de la población en municipios de alta y baja violencia.

internacionales subsecuentes de los migrantes indocumentados, mientras que la violencia a nivel municipal aumenta la probabilidad de migrar por primera vez dentro de México.

La literatura existente sobre los vínculos entre migración interna y violencia en México ha comenzado a crecer recientemente. En términos cuantitativos, los estudios se enfocan en la relación entre migración interna y violencia, y encuentran evidencia de una asociación positiva (Acosta y Cruz, 2015; Atuesta y Paredes, 2016; Massey, Durand y Pren, 2020), aunque inconsistente según el nivel de análisis de la medida (Basu y Pearlman, 2017). En cambio, la evidencia obtenida en estudios cualitativos a partir de testimoniales, entrevistas a profundidad y análisis documental demuestra la existencia de individuos que se vieron forzados a migrar dentro del país por las amenazas a su seguridad cuando hay actividad criminal en sus comunidades (Salazar y Castro, 2014; Salazar y Álvarez, 2018; Díaz y Romo, 2019). Estos estudios también muestran variaciones territoriales en la presencia de este fenómeno. No obstante, persiste la necesidad de documentar qué tan importante es, en términos numéricos, la relación entre violencia y migración interna.

La inconsistencia de resultados en la literatura tiene varias explicaciones. Por un lado, los estudios tienen distintas unidades de análisis. Algunos modelan la migración a nivel individual o del hogar y, en el análisis, controlan por características micro asociadas a la propensión migratoria de los individuos; mientras que otros modelan la relación de la violencia y la migración a nivel municipal o estatal, y en sus análisis dejan a un lado la distribución de otros factores asociados a la migración presentes en la población. Subyacente a las diferencias en los niveles de análisis está un entendimiento distinto sobre cómo el contexto opera, si afecta a las decisiones individuales o de forma generalizada en la población, es decir, se migra por ser víctima directa o indirecta o por las percepciones que se generan del contexto a pesar de no ser víctima.

Un aspecto más que puede explicar las diferencias en los resultados de los estudios previos es la manera en que se mide la

violencia contextual. Con la excepción de Rios (2014), todos los estudios anteriores aplicaron la operación de la violencia contextual por medio de la tasa de homicidios o de la tasa de homicidios asociada al crimen organizado. Si bien esta decisión se justifica en la dificultad de medir el nivel de violencia en un lugar y en el hecho de que la violencia homicida es una de las medidas de violencia más extrema, la tasa de homicidios es una medida de corto alcance, ya que ignora otros delitos que pueden afectar la vida de los sujetos y asume una asociación directa entre estos otros delitos y la tasa de homicidios.

En este capítulo intentamos llenar algunos de los huecos en el estudio de la migración interna e internacional y la violencia. Utilizamos los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017 (Inegi, 2019a), los censos de población, las estadísticas vitales y los datos sobre eventos violentos del crimen organizado (Osorio y Beltrán, 2020); estudiamos la asociación entre la probabilidad individual de migrar interna e internacionalmente a lo largo del periodo 2006-2017 y diversas medidas de violencia contextual, para poder entender a profundidad si existe un vínculo al que podríamos denominar desplazamiento forzado.

Nuestro análisis contribuye a la literatura de varias maneras. Al igual que Massey, Durand y Pren (2020), analizamos simultáneamente la probabilidad de migrar interna o internacionalmente desde una perspectiva longitudinal; pero, a diferencia de estos autores, nuestro estudio considera dos medidas de violencia contextual al nivel municipal además de la tasa de homicidios. Uno de esos indicadores adicionales mide la historia de violencia en el municipio por medio de la evolución de la tasa de homicidios en 2006-2010, el periodo de mayor violencia en el país. El otro indicador captura la presencia de violencia asociada al crimen organizado a nivel estatal durante cada uno de los años de estudio.

Una contribución adicional de nuestro estudio es que tiene una perspectiva regional. Arceo-Gómez (2012) mostró que, en los estados de la frontera norte del país, la relación entre migración internacional y violencia depende de la distancia con la frontera. Este hallazgo lleva a pensar que, para el grupo de la población que se ve forzado a migrar debido a la exposición a con-

textos violentos, la decisión del destino depende de las opciones disponibles. Nosotros extendemos esta hipótesis a todo el país, probando que el efecto de la violencia contextual en la probabilidad de migrar interna e internacionalmente difiere entre los estados fronterizos y el resto de México.

Nuestros resultados confirman que la violencia contextual sí *está vinculada* a una mayor probabilidad de migrar, tanto interna como internacionalmente. Sin embargo, la relación no se manifiesta a través de la tasa de homicidios, sino por la presencia de actividad criminal vinculada al crimen organizado, lo cual señala que la población reacciona a formas incluso más sutiles de violencia contextual. Más aún, esta relación varía dependiendo de las opciones de salida que tienen los sujetos. Quienes viven en estados no fronterizos aumentan su propensión a migrar tanto interna como internacionalmente cuando hay expresiones de violencia en su lugar de residencia. Sin embargo, en estados fronterizos la migración internacional aumenta, pero la interna no.

BREVE REVISIÓN DE LA LITERATURA

Hoy en día es ampliamente aceptada la idea de que la violencia es un factor propulsor de la migración, y que esta relación es compleja. Morrison (1993) sentó las bases desde una perspectiva económica al explicar que los individuos pueden no sólo estar buscando maximizar sus ingresos, sino también encontrar seguridad. En el caso específico de Guatemala, que es donde él se enfoca, esto significa gastar recursos y tomar medidas para evitar ser víctima de la violencia política; por ejemplo, los individuos con mayores recursos pueden contratar guardaespaldas, mientras que quienes tienen menos recursos sobornan a la policía. La migración es una de las medidas que la población puede tomar para evitar exponerse a la violencia.

La explicación de Morrison (1993) tiene varias implicaciones en términos de las características de los individuos que migran y los lugares de donde lo hacen. Por un lado, el autor reconoce que los efectos de invertir en protegerse de la violencia son des-

proporcionados en algunos grupos. En el caso de Guatemala, la violencia política afectaba más a los menos educados y a los jóvenes, quienes tenían mayores incentivos para migrar o actuar de otras maneras. Además, el autor explica que la misma inversión para protegerse de la violencia tiene efectos distintos dependiendo del nivel de violencia en la localidad; es decir, la ganancia de migrar o de hacer otra inversión para protegerse de la violencia es mayor en áreas donde la violencia es mayor. Esto conlleva a esperar que, al controlar por otros factores explicativos de la migración, la probabilidad de emigrar sea mayor en áreas de alta violencia. Wood *et al.* (2010) van un paso más allá de la explicación de Morrison y argumentan que la violencia tiene efectos directos e indirectos en la migración. Los efectos indirectos son resultado de que la violencia afecta las condiciones económicas locales y puede llevar a crisis sociales que incentivan a la población a emigrar.

En el caso de México, algunos estudios han explorado la relación entre migración (tanto interna como internacional) y violencia. La mayoría de los resultados muestra evidencia a favor de la existencia de una asociación entre ambos fenómenos. Entre la evidencia a favor, se encuentra el análisis de Arceo-Gómez (2012) quien muestra, con la tasa de emigración internacional de los municipios en un radio de 150 millas de la frontera a Estados Unidos, que el aumento de la tasa de homicidios ocurrida entre 2010 y 2015 resultó en un incremento de la emigración de inmigrantes con educación universitaria hacia estados al sur de Estados Unidos. Otro hallazgo relevante para los fines de este estudio es que la relación entre emigración internacional y la tasa de homicidios (su indicador de violencia) disminuye conforme aumenta la distancia a la frontera norte. Esto lleva a la autora a proponer la hipótesis de que la migración, como estrategia frente a la violencia, tiene un comportamiento regional.

Meza y Ramírez (2012) también encuentran evidencia de una asociación entre la migración internacional y las tasas de homicidios a nivel municipal. Los municipios con mayor presencia de violencia tienen mayores remesas, emigración hacia Estados Unidos y migración de retorno. Otro estudio que muestra un

efecto de la violencia en la migración hacia Estados Unidos es el de Rios (2014). Esta autora analiza la migración hacia Estados Unidos en el periodo 2005-2010 en función de los homicidios vinculados al tráfico de drogas, extorsión y secuestro. Sus hallazgos revelan que, una vez que se controla por educación y empleo, la emigración es mayor en lugares con mayor violencia relacionada con el tráfico de drogas. Según cálculos de la autora, por cada punto que aumenta la tasa de homicidios relacionados al narcotráfico por 100 000 habitantes repercute en una emigración adicional de 6.34 mexicanos. En el caso de la extorsión, el efecto es un aumento de 13.03 por cada punto adicional.

A diferencia de los estudios citados anteriormente, Basu y Pearlman (2017), Alvarado y Massey (2010) y Massey, Durand y Pren (2020) no encontraron una asociación estadística positiva entre la violencia y la migración hacia Estados Unidos. Con datos agregados de migración provenientes del Censo de Población y Vivienda 2010 y la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), Basu y Pearlman exploran la asociación entre la tasa de migración interna e internacional a nivel municipal y estatal, y una medida proxy de la tasa anual de homicidios construida a partir de la red de kilómetros en carreteras y la ocurrencia de aseguramiento de cargamentos de droga provenientes de Colombia. Las autoras encuentran que, una vez que se controla por otras variables, el efecto de su medida de violencia difiere dependiendo del nivel de agregación, pues el efecto es negativo en la tasa de migración municipal, y positivo en la tasa de migración estatal. Los resultados en la migración interna también son contrarios a otros estudios previos: un aumento en la tasa de homicidios disminuye la tasa de migración interestatal.

Dos estudios con los datos del Proyecto sobre Migración Mexicana tampoco encontraron una asociación estadística positiva entre violencia (medida con la tasa de homicidios nacional) y la migración hacia Estados Unidos. Alvarado y Massey (2010) hallan que, una vez que se controla por las características del hogar y las condiciones económicas en el municipio de origen, la probabilidad de emigrar hacia Estados Unidos por primera vez en un año dado no está relacionada con la tasa de homicidios. En un estudio

más reciente, además de la probabilidad de migrar sin documentos a Estados Unidos por primera vez, analizan la probabilidad de hacer un segundo viaje y de migrar dentro de México. Massey, Durand y Pren (2020) concluyen que la tasa de homicidios disminuye la probabilidad de un primer y segundo viaje internacional, pero aumenta la probabilidad de un primer viaje interno.

Otros estudios sobre la relación entre violencia y migración interna también encuentran una asociación positiva entre ambos fenómenos. Una característica de los trabajos sobre este tema es que complejizan las mediciones de violencia y el entendimiento de la relación entre ambas variables. Por ejemplo, a diferencia de los trabajos sobre migración internacional y violencia, Fernández-Domínguez (2020) no sólo explora la asociación estadística entre migración interestatal y la tasa de homicidios en el lugar de origen y de destino, sino que analiza, mediante métodos de descomposición, la importancia de la percepción de violencia en las tasas de migración. Sus resultados muestran que la tasa de homicidios aumenta la migración interestatal en los años 2005-2010, cuando inició el aumento de la violencia en su periodo de análisis (2000-2015), y no en 2000-2005 y 2010-2015. Además, el autor encuentra que en esos años tanto la tasa de homicidios como la percepción de violencia tienen un efecto positivo en la migración interestatal, pero que el efecto de la segunda es mayor. Estos dos hallazgos, según el autor, demuestran que la población reacciona en menor medida a la violencia (a pesar de que ésta aumente) con el paso del tiempo y pueden ser interpretados en el marco de la teoría adaptativa y de los conceptos de la psicología evolutiva.

El análisis cualitativo de Díaz y Romo (2019) muestra otros aspectos de lo compleja que es la relación entre desplazamiento interno y violencia contextual. En sus entrevistas a profundidad con migrantes que se desplazaron por violencia, los autores muestran que la actividad criminal en sus comunidades es importante, pero que el factor que los llevó a tomar la decisión de migrar fue cuando la violencia los afectó directamente, ya sea por una percepción de miedo constante o ser víctimas de delitos como por amenazas de muerte, asaltos y extorsiones. Otro resultado relevante de estos autores es que los recursos económicos y sociales

son determinantes para poder tomar la decisión de migrar, lo que explica por qué en comunidades con alta violencia y victimización sólo un grupo selecto de individuos puede movilizarse.

En otro estudio enfocado en la migración interna, Atuesta y Paredes (2016) encuentran que hay dos tipos de flujos migratorios en el país. El primero son los movimientos de estados no violentos. El segundo es el flujo de estados violentos hacia estados no violentos. En promedio, según los autores, los migrantes que provienen de estados con altos niveles de violencia son más jóvenes que los migrantes de estados con niveles de violencia medios o bajos. Los migrantes que provienen de estados con alta violencia tienen menor diferencia salarial con respecto a lo que habrían obtenido de permanecer en su lugar de origen, que los migrantes que provienen de estados con baja violencia. Según los autores, esto indica que las personas que emigran de lugares violentos lo harían aun cuando el costo de vida fuera mayor en el lugar de destino. Una conclusión adicional, vinculada a ésta, es que las variables económicas tienen menor poder para explicar los flujos migratorios de lugares violentos que para explicar los flujos de lugares no violentos.

DATOS

Nuestra principal fuente de información son las historias de vida de la EDER 2017 (Inegi, 2019a). Con ellas distinguimos las migraciones internas, que consideran tanto movimientos interestatales como intraestatales (intermunicipales), e internacionales de las personas mayores de edad (18 años) entre 2006 y 2017.³ También reconstruimos variables que varían en el tiempo sobre la escolaridad, estado conyugal, experiencia migratoria previa, número de hijos y la situación laboral de la persona. Favorecimos que las personas contribuyan con todos sus movimientos migratorios

³ En el periodo de 2007 a 2017 hubo 1 885 migraciones con una duración menor a un año. De éstas, 126 ocurrieron el mismo año en que inició una migración con una duración mayor a un año.

observados en el periodo de análisis. Dos de las principales limitaciones de la mayoría de los estudios sobre la relación entre migración y violencia anteriores son que el análisis es a nivel estatal o municipal y que se restringen al estudio de la migración interna o internacional. Estas limitaciones son debidas, parcialmente, a la falta de datos que incluyen información sobre migración interna e internacional que permitan, además, la identificación del año de migración y, por tanto, la sincronización con indicadores de violencia. La única fuente, previa a la EDER 2017, que permite hacer esto es el Proyecto sobre Migración Mexicana (Universidad de Princeton y Universidad de Guadalajara, 2020), el que fue usado por Alvarado y Massey (2010) y por Massey, Durand y Pren (2020). Dicha encuesta, sin embargo, tiene la restricción de que las comunidades incluidas en la muestra cambian cada año, y que la muestra anual comprende únicamente entre tres y cinco comunidades. En consecuencia, a pesar de su carácter retrospectivo y, por tanto, acumulativo, la población de referencia no es clara.

La EDER 2017 permite solventar varias de las limitaciones identificadas en el párrafo anterior. La encuesta es representativa de la población de 20 a 54 años presente en el territorio nacional en 2017. Además, recolecta información sobre todas las migraciones interestatales e internacionales de esa población a lo largo de su vida, así como de los cambios en su escolaridad, situación conyugal y laboral, factores asociados a la probabilidad de migrar. Con ello, se puede estudiar simultáneamente la migración interna e internacional y vincular estos fenómenos con las condiciones de violencia en el lugar de residencia año con año.

En nuestro análisis usamos la EDER 2017 para construir la variable dependiente: un indicador categórico que señala, para cada año entre 2006 y 2017,⁴ si los individuos de 18 años y más se quedaron en su lugar de residencia durante el año anterior (0), si migraron a otro municipio (1), o internacionalmente (2). También construimos con la información de esta encuesta las

⁴ Estos años reflejan que, para evitar simultaneidad con la decisión de migrar, la variable de tasa de homicidios, al igual que otras variables contextuales, se refieren al año anterior a cada año de exposición.

variables control que miden las características individuales y la estructura muestral. Las características individuales consideradas son: edad, sexo, experiencia migratoria previa, escolaridad, estado conyugal, hijos vivos y ocupación económica. Los controles del diseño muestral son: estado de residencia, ámbito del municipio de residencia y estrato socioeconómico en 2017. El cuadro 14.1 describe la construcción de estas y otras variables incluidas en nuestros análisis y la fuente de información empleada.

En nuestro análisis incluimos variables que cambian en el tiempo sobre las condiciones económicas y de violencia en los municipios de residencia de los entrevistados, para poder llegar a conclusiones sobre la relación entre violencia a nivel municipal y la probabilidad de migrar. La inclusión de estas variables está basada en la hipótesis, sustentada por estudios anteriores (Díaz y Romo, 2019; Basu y Pearlman, 2017), de que son las condiciones de violencia más inmediatas (incluso a nivel de comunidad) y no a nivel estatal las que afectan la decisión de migrar de los individuos. Sin embargo, esta decisión agrega una limitación más a nuestro estudio. La EDER 2017 es representativa a nivel nacional y estatal en el año de levantamiento, pero no a nivel municipal. El cuadro 14.2 muestra que cuando se consideran los lugares de residencia de las personas en nuestro periodo de análisis (2006 a 2017), el número de municipios que quedan representados en la muestra varía entre 33.3 y 40.4%. Potenciales diferencias en el nivel y tipo de violencia entre los municipios presentes en la muestra y aquellos omitidos afectan la representatividad de nuestros resultados.

Para la medición de la violencia utilizamos dos fuentes de información. Construimos tasas de homicidios y estadísticas de la caracterización de la trayectoria municipal durante el periodo de 2005 a 2016 a partir de los homicidios de estadísticas vitales (1990-2017) y poblaciones medias de Partida (2019) a nivel municipal. La inclusión de las tasas de homicidios brutas en modelos de historia de eventos, como lo hacen Alvarado y Massey (2010) y Massey, Durand y Pren (2020), asume que el efecto de esta variable en la decisión de migrar resulta de comparar qué tan alta o baja es la tasa en el municipio en un año dado, respecto a la tasa de todos los municipios en todos los años de análisis.

Cuadro 14.1. Descripción de las variables del modelo de violencia y migración en México

<i>Variable</i>	<i>Descripción</i>	<i>Variación en el tiempo</i>	<i>Fuente</i>
<i>Migración</i>	Indicador dicotómico de si, para el año previo a la exposición, el individuo había migrado al menos una vez en su vida. Se consideran movimientos internacionales e internos en conjunto.	Varía	EDER 2017
<i>Características individuales</i>			
Experiencia migratoria previa	Número de movimientos migratorios previos al año de exposición.	Varía	EDER 2017
Sexo	Indicador dicotómico del sexo del individuo.	Constante	EDER 2017
Edad	Indicador categórico de la edad del individuo, dividido en grupos quinquenales, salvo por el grupo de edad 18-19 años.	Varía	EDER 2017
Escolaridad	Indicador categórico del grado escolar máximo alcanzado por el individuo en el año de exposición. Distingue entre cinco categorías: Sin escolaridad, Primaria, Secundaria, Preparatoria y Superior.	Varía	EDER 2017
Estado conyugal	Indicador dicotómico de si, al año de exposición, el individuo había estado unido alguna vez en su vida.	Varía	EDER 2017
Hijos vivos	Número de hijos vivos que el individuo tenía el año anterior a la exposición.	Varía	EDER 2017
Ocupación económica	Indicador dicotómico de si, durante el año anterior a la exposición, el individuo estaba económicamente activo y ocupado.	Varía	EDER 2017

<i>Diseño muestral</i>			
Estado de residencia	Indicador categórico del estado donde el individuo residía en 2017, donde fue muestreado.	Constante	EDER 2017
Ámbito del municipio de residencia	Indicador dicotómico del tipo de municipio de residencia (rural o urbano) en 2017.	Constante	EDER 2017
Estrato socioeconómico	Indicador socioeconómico del municipio donde el individuo residía en 2017.	Constante	EDER 2017
<hr/>			
<i>Características contextuales socioeconómicas</i>			
Porcentaje de población en el municipio que gana menos de dos salarios mínimos	Porcentaje de población económicamente activa en el municipio en escala logarítmica, en el periodo anterior al año de exposición.	Varía	Censos de Población y Vivienda 2000 y 2010, y Encuesta Intercensal 2015
Tasa de desempleo en el municipio	Tasa de desempleo en el municipio, en escala logarítmica, en el periodo anterior al año de exposición.	Varía	Censos de población y Vivienda 2000 y 2010, y Encuesta Intercensal 2015
<hr/>			

<i>Variable</i>	<i>Descripción</i>	<i>Variación en el tiempo</i>	<i>Fuente</i>
<i>Características contextuales de violencia</i>			
Tasa de homicidios estandarizada 2006-2010	Tasa de homicidios anual del municipio, durante el periodo 2006-2010, expresada en desviaciones estándar respecto a la distribución de la tasa de homicidios en el municipio entre 1990 y 2005. Este indicador toma el valor de 0 en los años de 2011 a 2017.	Varía	Estadísticas vitales y estimaciones de población de Partida (2019)
Tasa de homicidios estandarizada 2011-2017	Tasa de homicidios anual del municipio, durante el periodo 2011-2017, expresada en desviaciones estándar respecto a la distribución de la tasa de homicidios en el municipio entre 1990 y 2005. Este indicador toma el valor de 0 en los años de 2006 a 2010.	Varía	Estadísticas vitales y Estimaciones de población de Partida (2019)
Aumento 2DE tasa de homicidios 2007-2010	Indicador dicotómico de si la tasa de homicidios municipal aumentó en al menos 2DE respecto al año anterior en algún año del periodo 2007-2010. Este es un indicador retrospectivo y sólo toma valores para los años de 2011 en adelante. Antes de eso es igual a 0.	No varía	Estadísticas vitales y Estimaciones de población de Partida (2019)
Aumento 2DE tasa de homicidios 2007-2010, anual desde 2010	Interacción entre el año de exposición, tomado a partir de 2010, y el aumento de 2DE de la tasa de homicidios en algún año del periodo 2007-2010.	Varía	Estadísticas vitales y Estimaciones de población de Partida (2019)
Intensidad de eventos violentos del crimen organizado	Indicador sobre la intensidad de la actividad criminal del crimen organizado en el estado. Varía entre 0 y 4, tomando el valor de 0 cuando la violencia del crimen organizado fue mínima.	Varía	Análisis de Osorio y Beltrán (2020)

Violencia y regiones

Intensidad de eventos violentos del crimen organizado en el resto del país	Indicador de intensidad de eventos violentos del crimen organizado en los estados que no están en la frontera norte. El indicador toma el valor de 0 cuando el individuo residía en los estados de la frontera norte.	Varía	Análisis de Osorio y Beltrán (2020)
Frontera norte	Indicador dicotómico de si el individuo residía en un estado de la frontera norte en el año previo a la exposición.	Varía	EDER 2017
Intensidad de eventos violentos del crimen organizado en la frontera norte	Indicador de intensidad de eventos violentos del crimen organizado en los estados de la frontera norte. El indicador toma el valor de 0 cuando el individuo no residía en los estados de la frontera norte.	Varía	Análisis de Osorio y Beltrán (2020)

Nota: DE: desviación estándar.

Fuente: elaboración propia.

Dado que los individuos tienen poca información sobre lo que ocurre en otros lugares, y cuando la tienen dan más importancia a la información local (Rivero y Valdivia, 2017), esta hipótesis es poco factible. Las tasas de homicidios que construimos solventan este problema al estar estandarizadas con respecto a las tasas de homicidios en cada municipio durante el periodo 1990-2005; es decir, la estandarización es con respecto a la historia local de violencia previa al surgimiento de la violencia por la lucha frontal contra el narcotráfico.

Cuadro 14.2. Representatividad en la EDER de los municipios en cada año

<i>Año</i>	<i>Conteo municipal</i>		<i>Año</i>	<i>Conteo municipal</i>	
2006	989	40.4%	2012	969	39.6%
2007	1 001	40.9%	2013	966	39.5%
2008	999	40.8%	2014	946	38.7%
2009	995	40.7%	2015	902	36.9%
2010	988	40.4%	2016	856	35.0%
2011	989	40.4%	2017	814	33.3%

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017 y de Inegi (2015).

La segunda variable construida con estos datos es un indicador que caracteriza la trayectoria municipal de los homicidios durante el periodo 2007-2010. Integramos esta variable para diferenciar el ascenso de los homicidios asociado al cambio en la estrategia de combate al crimen organizado que se presenta a partir de 2007 hasta 2010, año a partir del cual se establece en niveles altos. Construimos una variable dicotómica que toma el valor de 1 si, en cualquier año en ese periodo, la tasa de homicidios aumentó 2 desviaciones estándar o más con respecto a la tasa de homicidios del año anterior; es decir, la variable mide la ocurrencia de repuntes repentinos y extremos de violencia en el municipio durante esos años.

Nuestra segunda fuente es el análisis de *big data* de los reportes de eventos en redes y periódicos desde 2005 a 2017 de Osorio

y Beltrán (2020). Con estos datos creamos una categorización estatal de los “índices de calor” de la incidencia de eventos del crimen organizado en los municipios del país que reportan los autores para cada año. Las categorías del índice se dividen en cuatro niveles de acuerdo con su color: blanco, amarillo, naranja y rojo. Estas categorías caracterizan el estado donde se encuentran los municipios siguiendo el principio del máximo nivel observado, es decir, se asigna al estado el nivel máximo que se obtiene en alguno de sus municipios. Aunque es una medida burda para representar la heterogeneidad estatal, esta medida refleja la influencia difusora de la presencia y el ejercicio de violencia por parte del crimen organizado, ya que se toma en cuenta no sólo el lugar mismo donde ocurre el evento, sino los contextos aledaños que pertenecen al mismo estado y en los que se aplica la misma política de combate al crimen organizado.

Adicionalmente, estimamos características municipales del mercado laboral de los Censos de Población y Vivienda 2000 y 2010 y de la Encuesta Intercensal 2015 a nivel municipal. Con esta información construimos dos variables, que se utilizan frecuentemente en estudios de migración: la tasa de desempleo y el porcentaje de la población económicamente activa que recibe menos de dos salarios mínimos (2 SM). En nuestros modelos se incluyen ambas variables en escala logarítmica. El cuadro 14.3 muestra los valores de la media y la desviación estándar de las variables explicativas.

A pesar de las ventajas de la EDER 2017, los resultados de nuestro análisis deben de interpretarse con cuidado. Si bien la encuesta es representativa de la población residente en México en 2017, análisis como el nuestro que modelan la probabilidad de ocurrencia de un evento en el pasado no pueden ser interpretados como representativos de la población en cada uno de los años contenidos en el análisis (véase Anexo metodológico).

Cuadro 14.3. Estadísticas descriptivas de las variables del modelo de migración y violencia

<i>Variables explicativas</i>	<i>Descriptivos</i>			
	<i>Media o porcentaje</i>	<i>DE</i>	<i>Min.</i>	<i>Max.</i>
<i>Características individuales</i>				
Experiencia migratoria previa	49%	0.4%		
Mujer	56%	0.3%		
Edad				
18-19 años	6%	0.1%		
20-24 años	17%	0.2%		
25-29 años	17%	0.1%		
30-34 años	17%	0.1%		
35-39 años	16%	0.1%		
40-44 años	14%	0.1%		
45-49 años	9%	0.1%		
50-54 años	3%	0.1%		
Escolaridad				
Sin escolaridad	3%	0.1%		
Primaria	20%	0.3%		
Secundaria	28%	0.3%		
Preparatoria	26%	0.3%		
Superior	22%	0.3%		
Alguna vez unido	75%	0.3%		
Hijos vivos	1.63	0.011	0.0	13.0
Ocupado	65%	0.3%		
<i>Características contextuales socioeconómicas</i>				
Porcentaje de población en el municipio que gana menos de 2 sm	52.50	0.190	0.0	98.2
Tasa de desempleo en el municipio	3.27	0.025	0.0	100.0

<i>Variables explicativas</i>	<i>Descriptivos</i>			
	<i>Media o porcentaje</i>	<i>DE</i>	<i>Min.</i>	<i>Max.</i>
<i>Características contextuales de violencia</i>				
Tasa de homicidios estandarizada 2006-2010	0.90	0.029	-3.5	57.4
Tasa de homicidios estandarizada 2011-2017	2.58	0.052	-3.4	108.5
Aumento 2DE tasa de homicidios 2007-2010	33%	0.7%		
Aumento 2DE tasa de homicidios 2007-2010, anual desde 2011	33%	0.7%		
Intensidad de eventos violentos del crimen organizado	2.94	0.004	0.0	4.0
<i>Violencia y regiones</i>				
Intensidad de eventos violentos del crimen organizado en el resto del país	2.79	0.005	0.0	4.0
Frontera norte	19%	0.2%		
Intensidad de eventos violentos del crimen organizado en la frontera norte	3.59	0.004	0.0	4.0
Años persona en la base	248 294			

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017; Censos de Población y Vivienda 2000 y 2010; Encuesta Intercensal 2015; Estadísticas vitales 2005-2017, Poblaciones medias de Partida (2019), y Reporte de eventos violentos del crimen organizado de Osorio y Beltrán (2020).

Otra limitante de nuestro análisis es que los resultados sobre la probabilidad de migrar internacionalmente están basados en un número muy pequeño de casos (cuadro 14.4) y se refieren a aquellas personas que a pesar de haber migrado internacionalmente en algún momento de su vida, posteriormente regresaron a México. Esto es porque, aunque la EDER 2017 recolecta información retrospectiva sobre todas las migraciones pasadas de los entrevistados, la encuesta se realizó en México y, por lo tanto,

omite a todas aquellas personas que estaban fuera del país cuando se realizó.

Cuadro 14.4. Movimientos internos e internacionales en la EDER durante 2006-2017

<i>Situación migratoria</i>	<i>Años -persona</i>		<i>Personas</i>	
No migró	242307	96.9%	18613	78.6%
Migró internamente	7383	3.0%	4819	20.3%
Migró internacionalmente	272	0.1%	206	0.9%
Migró interna e internacionalmente			52	0.2%
Total	249962	100.0%	23690	100.0%

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

Para analizar la relación entre el riesgo de migrar interna o internacionalmente en el periodo 2006-2017 y el nivel de violencia en el municipio de residencia, ajustamos modelos de historia de eventos en tiempo discreto con un modelo multinomial. Nuestra estrategia metodológica emplea una aproximación multinomial con indicadores del año de exposición, lo que permite que el riesgo de migración interna o internacional cambie año con año. La variable de salida en estos modelos son los riesgos relativos de migrar durante el año a otro municipio dentro del país, y del riesgo de migrar a otro país. La categoría de referencia en el cálculo de ambos indicadores es el riesgo de permanecer durante el año en curso en el municipio de residencia. Los coeficientes de las variables explicativas se expresan como razones del riesgo relativo de migrar. En consecuencia, nuestras estimaciones para cada variable representan un efecto multiplicativo sobre la razón del riesgo de migrar interna o internacionalmente contra el riesgo de no migrar.

Los errores estándar de los coeficientes estimados están ajustados para corregir por el diseño muestral estratificado de la EDER

2017. Para corregir el sesgo potencial, debido a que la muestra es no proporcional al tamaño de la población, seguimos la estrategia recomendada por Coubès, Zavala y Zenteno (2005a) e incluimos como variables control en los modelos el estado de residencia, el ámbito rural o urbano y el estrato socioeconómico al momento de la encuesta. Estas tres variables son las que determinaron el diseño muestral y, por tanto, su inclusión en los modelos elimina la necesidad de ponderar las estimaciones. De acuerdo con Thompson (2015) y Lawless (2003), incluir las variables asociadas al diseño muestral como variables externas en las estimaciones es equivalente a ajustar las estimaciones por el diseño muestral con ponderadores, con la ventaja adicional de que se obtienen errores estándar menores a los obtenidos con estimaciones ponderadas. Adicionalmente, se incorporó al análisis estadístico el diseño muestral no ponderado utilizando la función *svy* del *software* Stata.

Es importante señalar que ni ponderar ni controlar por el diseño muestral en las estimaciones corrige el sesgo asociado a la “selección por virtud de sobrevivencia” cuando la probabilidad de selección en la muestra, en este caso determinada por haber sobrevivido a 2017 y encontrarse en el país en el momento del levantamiento, no es independiente del fenómeno de estudio (en nuestro capítulo, el riesgo de migrar). Este aspecto afecta la representatividad de nuestro análisis, restringiendo la interpretación a la población que se encontraba viva en el país en 2017. El anexo metodológico explica con detalle las razones de esta limitación.

Con el fin de analizar la relación entre la migración interna e internacional y distintas dimensiones de la violencia en el periodo de análisis, ajustamos cuatro modelos distintos:

- 1) Un modelo base que no considera ninguna variable asociada a la violencia. Este modelo, que sirve como referencia, controla por variables que se han demostrado asociadas a los dos tipos de migraciones analizados: año, experiencia migratoria previa, edad, escolaridad, haber estado alguna vez unido, el número de hijos sobrevivientes en el año de análisis, haber estado ocupado laboralmente el año anterior, y dos variables

que miden las condiciones del mercado laboral del municipio: el porcentaje de la población activa que gana menos de dos salarios mínimos y la tasa de desempleo.

- 2) El segundo modelo busca medir el efecto de la violencia extrema, representada por la tasa de homicidios, en la migración interna e internacional. En consecuencia, el modelo 2 agrega al modelo 1 la tasa de homicidios a nivel municipal en el año previo. Bajo la idea de que los habitantes de un municipio específico evalúan el nivel de violencia de su contexto comparando con momentos anteriores y no con lo experimentado en otros lugares del país en donde no han vivido; la tasa de homicidios que incluimos en este modelo está estandarizada respecto a las tasas de homicidios experimentadas en ese municipio durante el periodo 1990-2005. Elegimos este periodo como tiempo de referencia por reflejar la situación antes del inicio de la lucha frontal contra el narcotráfico. De esta manera, la variable mide cuántas desviaciones estándar se alejó la tasa de homicidios en un año dado, respecto a lo experimentado en ese municipio entre 1990 y 2005.

Estudios anteriores han señalado que la lucha frontal contra el narcotráfico llevada a cabo por Felipe Calderón entre 2007 y 2010 generó desplazamiento interno en el país (Meza y Ramírez, 2012; Rios, 2014). Sin embargo, la evidencia para años recientes es más escasa, además de que el comportamiento de los homicidios ha cambiado (una excepción es el estudio de Massey, Durand y Pren, 2020). Por tal motivo, en el modelo 2 permitimos que el efecto de la tasa de homicidios sobre el riesgo de migración varíe entre dos momentos: 2006-2010 y 2011-2017. Esta definición favorece identificar cambios en la relación entre la violencia extrema representada por los homicidios y la migración, entre el momento cúspide de la lucha frontal contra el narcotráfico y la generalización y normalización de la violencia ocurrida en el país posteriormente.

De forma adicional, buscamos saber si los picos altos de violencia extrema experimentada en un municipio en el momento más álgido de la lucha contra el narcotráfico tuvieron

repercusiones en el desplazamiento interno e internacional posterior. Para ello agregamos dos variables: una variable dicotómica que indica que la tasa de homicidios en el municipio aumentó al menos dos desviaciones estándar en algún momento del periodo 2007-2011, y una interacción de esta variable con el año de referencia. Dado que estos efectos se refieren a las consecuencias de la violencia durante 2007-2010 en años posteriores, estas dos variables no afectan el riesgo de migrar en los años 2006-2010.

- 3) El tercer modelo busca explorar si, una vez que se controla por la violencia extrema representada por la tasa de homicidios, la actividad criminal vinculada al narcotráfico tiene algún efecto en el riesgo de migrar interna o internacionalmente. Para hacer esto, el modelo 3 agrega una variable que mide el nivel de actividad criminal vinculada al crimen organizado en cada estado, en un año particular, medida en una escala de 0 a 4. Para construir esta variable utilizamos el nivel máximo reportado en los municipios del estado de intensidad en el “índice de calor” de los eventos violentos del crimen organizado. Así, un estado tiene nivel 4 si al menos un municipio presenta ese nivel de acuerdo con su “índice de calor”.
- 4) El cuarto modelo añade una dimensión regional al modelo 3. Arceo-Gómez (2012) muestra que, en los estados de la frontera norte, el comportamiento migratorio relacionado con la violencia depende de la proximidad a la frontera. Para probar la aplicabilidad de esta hipótesis en todo el país, el modelo 4 distingue los efectos del indicador de actividad criminal vinculada al narcotráfico en estados de la frontera norte y el resto del país. Esto se hace a través de una interacción entre la variable de actividad criminal vinculada al narcotráfico y una variable que indica si el estado de residencia del individuo en el año en curso estaba en la frontera norte.

Para medir la contribución conjunta de las variables agregadas en cada modelo utilizamos pruebas Wald. Si la prueba es significativa, indica que las variables agregadas contribuyen a explicar la probabilidad de migrar interna o internacionalmente.

RESULTADOS

El cuadro 14.5 presenta los coeficientes, expresados como razones de riesgos relativos, de los cuatro modelos ajustados para explicar los momios del riesgo de migrar interna e internacionalmente en el periodo 2006-2017.

Al igual que en estudios sobre migración interna anteriores (Acosta y Cruz, 2015; Quintana y Salgado, 2016; Varela, Ocegueda y Castillo, 2016; véase capítulo 12), los resultados del modelo 1 muestran que la probabilidad de migrar aumenta con el desempleo en el municipio de origen. Las características individuales que incrementan el riesgo de migrar internamente son la experiencia migratoria previa, la escolaridad y haber estado unido previamente (Aguayo-Téllez y Martínez-Navarro, 2013, presentan resultados similares); mientras que ser mujer, edad, número de hijos vivos y estar ocupado disminuyen el riesgo de migrar en un año dado.

Los factores socioeconómicos asociados a la migración internacional también reflejan el conocimiento anterior sobre el tema (Massey y Espinosa, 1997; Zenteno, Giorguli y Gutiérrez, 2013). La experiencia migratoria previa y tener educación secundaria o preparatoria (*versus* sin escolaridad) aumentan el riesgo de migrar internacionalmente. Por el contrario, ser mujer, tener 30 años o más y estar ocupado lo disminuyen.

La violencia contextual, medida como la tasa de homicidios estandarizada en el municipio y la presencia de repuntes de la tasa de homicidios durante el periodo 2007-2010, no contribuye a explicar el riesgo individual de migrar interna o internacionalmente. La prueba Wald que mide la contribución conjunta de estas variables en el modelo 2 indica que no se puede rechazar la hipótesis de que su valor es cero, y ninguna de ellas tiene un efecto significativo en el riesgo de migrar interna o internacionalmente.

Por el contrario, cuando la violencia contextual se mide con la intensidad de eventos violentos del crimen organizado (modelo 3), la contribución a la explicación del fenómeno migratorio en México es altamente significativa ($p < 0.000$). El aumento

de un punto en la intensidad de la violencia asociada al crimen organizado en el estado, medida con la escala de Osorio y Beltrán (2020), representa un aumento de 23.4% ($p < 0.000$) en el riesgo relativo de migrar internamente, una vez que se controla por las características sociodemográficas de los individuos y las condiciones del municipio de residencia durante el año previo a la exposición. El efecto en el riesgo relativo de migrar internacionalmente es similar: el incremento de un punto en la intensidad de la violencia del crimen organizado representa un aumento de 29.4% en el riesgo de migrar internacionalmente ($p < 0.004$).

El modelo 4 presenta evidencia de que el efecto de la violencia asociada al crimen organizado sobre la migración varía con la región de residencia y el tipo de movimiento migratorio. El efecto sobre el riesgo relativo de migrar internamente de esta variable es positivo y significativo para aquellos individuos que residen en estados no fronterizos, pues un aumento de una unidad en la intensidad de la violencia asociada al crimen organizado incrementa en 29.7% el riesgo relativo de migrar entre municipios ($p < 0.000$). En estados fronterizos, sin embargo, el efecto de esta variable no es significativamente distinto de cero ($p = 0.400$).

En el caso de la migración internacional, la violencia contextual asociada al crimen organizado aumenta el riesgo de este comportamiento tanto para los individuos que residen en los estados fronterizos como para quienes lo hacen en el resto del país. En los estados no fronterizos, el incremento de una unidad en la intensidad de la violencia asociada al crimen organizado aumenta en 27.5% el riesgo relativo de migrar internacionalmente ($p = 0.01$), y en los estados fronterizos el efecto es un aumento de 89.4% ($p = 0.093$).

Cuadro 14.5. Razones de riesgos relativos de los modelos de historia de eventos para explicar el riesgo de migrar interna e internacionalmente (*versus* no migrar) en el periodo 2006-2017, México

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 1</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
<i>Características individuales</i>						
Experiencia migratoria previa	2.556	0.076	***	1.721	0.234	***
Mujer (<i>vs.</i> hombre)	0.775	0.025	***	0.209	0.038	***
Edad (18-19 ref.)						
20-24 años	0.674	0.029	***	0.739	0.163	
25-29 años	0.518	0.026	***	0.705	0.169	
30-34 años	0.342	0.020	***	0.459	0.126	**
35-39 años	0.276	0.018	***	0.372	0.109	**
40-44 años	0.192	0.014	***	0.358	0.115	**
45-49 años	0.163	0.014	***	0.187	0.089	***
50-54 años	0.154	0.021	***	0.197	0.211	
Escolaridad (Sin escolaridad ref.)						
Primaria	1.300	0.164	**	1.948	1.029	
Secundaria	1.329	0.167	**	2.453	1.293	*
Preparatoria	1.543	0.191	***	2.683	1.452	*
Superior	2.278	0.280	***	2.343	1.255	
Alguna vez unido (<i>vs.</i> soltero)	1.227	0.049	***	0.983	0.182	
Hijos vivos	0.901	0.017	***	1.050	0.069	
Ocupado (<i>vs.</i> desocupado)	0.830	0.026	***	0.653	0.102	**
<i>Características contextuales socioeconómicas</i>						
% de población en el municipio que gana menos de 2 SM	1.064	0.087		1.414	0.477	
Tasa de desempleo en el municipio	1.069	0.033	**	1.040	0.112	

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 1</i>			
	<i>Mig. interna</i>		<i>Mig. internacional</i>	
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>
<i>Características contextuales de violencia</i>				
Tasa de homicidios estandarizada 2007-2010				
Tasa de homicidios estandarizada 2011-2017				
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010				
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010, anual desde 2010				
Intensidad eventos violentos del crimen organizado				
<i>Violencia y regiones</i>				
Intensidad eventos violentos del crimen organizado resto del país				
Frontera norte				
Intensidad eventos violentos del crimen organizado en frontera norte				
Riesgo relativo base	0.028	0.006 ***	0.010	0.009 ***
Grados de libertad usados			132	
Prueba Wald nuevas variables en el modelo (estadístico F)				
Años persona en la base			248,294	

* $p < 0.10$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.001$.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Cuadro 14.5. Continuación

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 2</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
<i>Características individuales</i>						
Experiencia migratoria previa	2.556	0.076	***	1.724	0.234	***
Mujer (<i>vs.</i> hombre)	0.775	0.025	***	0.209	0.038	***
Edad (18-19 ref.)						
20-24 años	0.674	0.029	***	0.739	0.162	
25-29 años	0.518	0.026	***	0.705	0.169	
30-34 años	0.342	0.020	***	0.458	0.126	**
35-39 años	0.276	0.018	***	0.371	0.109	**
40-44 años	0.192	0.014	***	0.357	0.115	**
45-49 años	0.163	0.014	***	0.187	0.089	***
50-54 años	0.153	0.021	***	0.196	0.211	
Escolaridad (Sin escolaridad ref.)						
Primaria	1.300	0.164	**	1.947	1.029	
Secundaria	1.329	0.167	**	2.453	1.293	*
Preparatoria	1.542	0.191	***	2.687	1.454	*
Superior	2.278	0.280	***	2.344	1.255	
Alguna vez unido (<i>vs.</i> soltero)	1.228	0.049	***	0.984	0.183	
Hijos vivos	0.901	0.017	***	1.050	0.069	
Ocupado (<i>vs.</i> desocupado)	0.830	0.026	***	0.653	0.102	**
<i>Características contextuales socioeconómicas</i>						
% de población en el municipio que gana menos de 2 SM	1.062	0.086		1.443	0.487	
Tasa de desempleo en el municipio	1.069	0.033	**	1.039	0.112	
<i>Características contextuales de violencia</i>						
Tasa de homicidios estandarizada 2007-2010	1.005	0.005		1.012	0.023	
Tasa de homicidios estandarizada 2011-2017	0.998	0.003		1.004	0.010	
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010	1.032	0.072		1.243	0.480	
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010, anual desde 2010	1.000	0.016		0.938	0.109	

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 2</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
Intensidad eventos violentos del crimen organizado						
<i>Violencia y regiones</i>						
Intensidad eventos violentos del crimen organizado resto del país						
Frontera norte						
Intensidad eventos violentos del crimen organizado en frontera norte						
Riesgo relativo base	0.028	0.006	***	0.010	0.009	***
Grados de libertad usados				140		
Prueba Wald nuevas variables en el modelo (estadístico F)				0.42		
Años persona en la base				248,294		

* $p < 0.10$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.001$.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Cuadro 14.5. Continuación

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 3</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
<i>Características individuales</i>						
Experiencia migratoria previa	2.550	0.076	***	1.712	0.233	***
Mujer (<i>vs.</i> hombre)	0.775	0.025	***	0.210	0.038	***
Edad (18-19 ref.)						
20-24 años	0.674	0.029	***	0.740	0.163	
25-29 años	0.518	0.026	***	0.703	0.169	
30-34 años	0.343	0.020	***	0.458	0.126	**
35-39 años	0.276	0.018	***	0.371	0.109	**
40-44 años	0.192	0.014	***	0.358	0.115	**
45-49 años	0.164	0.015	***	0.188	0.090	***
50-54 años	0.154	0.021	***	0.196	0.211	
Escolaridad (Sin escolaridad ref.)						
Primaria	1.299	0.163	**	1.937	1.024	
Secundaria	1.325	0.165	**	2.431	1.283	*
Preparatoria	1.538	0.189	***	2.663	1.442	*
Superior	2.272	0.277	***	2.327	1.247	
Alguna vez unido (<i>vs.</i> soltero)	1.231	0.049	***	0.986	0.183	
Hijos vivos	0.901	0.017	***	1.050	0.069	
Ocupado (<i>vs.</i> desocupado)	0.834	0.026	***	0.656	0.102	**
<i>Características contextuales socioeconómicas</i>						
% de población en el municipio que gana menos de 2 SM	1.029	0.081		1.442	0.477	
Tasa de desempleo en el municipio	1.052	0.032		1.027	0.112	
<i>Características contextuales de violencia</i>						
Tasa de homicidios estandarizada 2007-2010	1.002	0.005		1.008	0.023	
Tasa de homicidios estandarizada 2011-2017	0.996	0.003		1.003	0.009	
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010	1.035	0.072		1.256	0.487	
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010, anual desde 2010	0.997	0.016		0.931	0.108	

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 3</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
Intensidad eventos violentos del crimen organizado	1.234	0.027	***	1.294	0.117	**
<i>Violencia y regiones</i>						
Intensidad eventos violentos del crimen organizado resto del país						
Frontera norte						
Intensidad eventos violentos del crimen organizado en frontera norte						
Riesgo relativo base	0.021	0.005	***	0.007	0.006	***
Grados de libertad usados				142		
Prueba Wald nuevas variables en el modelo (estadístico F)				49.41		***
Años persona en la base				248,294		

* $p < 0.10$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.001$.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

Cuadro 14.5. Continuación

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 4</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
<i>Características individuales</i>						
Experiencia migratoria previa	2.552	0.076	***	1.711	0.232	***
Mujer (<i>vs.</i> hombre)	0.774	0.025	***	0.210	0.038	***
Edad (18-19 ref.)						
20-24 años	0.673	0.029	***	0.739	0.162	
25-29 años	0.518	0.026	***	0.702	0.169	
30-34 años	0.343	0.020	***	0.458	0.126	**
35-39 años	0.277	0.018	***	0.370	0.109	**
40-44 años	0.193	0.014	***	0.357	0.115	**
45-49 años	0.164	0.015	***	0.188	0.090	***
50-54 años	0.154	0.021	***	0.196	0.210	
Escolaridad (Sin escolaridad ref.)						
Primaria	1.297	0.162	**	1.939	1.025	
Secundaria	1.326	0.164	**	2.436	1.287	*
Preparatoria	1.538	0.188	***	2.667	1.446	*
Superior	2.278	0.277	***	2.328	1.250	
Alguna vez unido (<i>vs.</i> soltero)	1.232	0.049	***	0.986	0.183	
Hijos vivos	0.901	0.017	***	1.050	0.069	
Ocupado (<i>vs.</i> desocupado)	0.834	0.026	***	0.656	0.102	**
<i>Características contextuales socioeconómicas</i>						
% de población en el municipio que gana menos de 2 SM	1.016	0.079		1.483	0.491	
Tasa de desempleo en el municipio	1.040	0.032		1.031	0.112	
<i>Características contextuales de violencia</i>						
Tasa de homicidios estandarizada 2007-2010	1.002	0.005		1.008	0.023	
Tasa de homicidios estandarizada 2011-2017	0.995	0.003		1.003	0.010	
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010	1.035	0.072		1.253	0.484	
Aumento 2DE t. homicidios 2007-2010, anual desde 2010	1.000	0.016		0.931	0.108	

<i>Variables explicativas</i>	<i>Modelo 4</i>					
	<i>Mig. interna</i>			<i>Mig. internacional</i>		
	<i>Coef.</i>	<i>DE</i>		<i>Coef.</i>	<i>DE</i>	
Intensidad eventos violentos del crimen organizado						
<i>Violencia y regiones</i>						
Intensidad eventos violentos del crimen organizado resto del país	1.297	0.030	***	1.275	0.121	**
Frontera norte	1.636	0.400	**	0.251	0.376	
Intensidad eventos violentos del crimen organizado en frontera norte	0.979	0.049		1.894	0.720	*
Riesgo relativo base	0.017	0.004	***	0.007	0.007	***
Grados de libertad usados				146		
Prueba Wald nuevas variables en el modelo (estadístico F)				24.57***		
Años persona en la base				248,294		

* $p < 0.10$, ** $p < 0.05$, *** $p < 0.001$.

Fuente: elaboración propia con datos de la EDER 2017.

CONCLUSIONES

A pesar de que varios estudios cualitativos documentan la existencia de desplazamiento forzado en México como resultado de la violencia contextual asociada al crimen organizado (Díaz y Romo, 2019; Salazar y Castro, 2014; Salazar y Álvarez, 2018), la evidencia estadística al respecto no ha sido contundente. En general, los análisis sobre la migración interna e internacional que se habían realizado con datos agregados al nivel de estado o municipio han mostrado que, cuando la tasa de homicidios aumenta, también lo hacen las tasas de migración interna e internacional (Arceo-Gómez, 2012; Meza y Ramírez, 2012; Rios, 2014). Además, los estudios a nivel individual encuentran una asociación entre migración interna y violencia (Massey, Durand y Pren, 2020; Fernández-Domínguez, 2020). Por el contrario, los estudios a nivel individual sobre la migración internacional y la violencia no habían mostrado evidencia de una asociación significativa y positiva (Alvarado y Massey, 2010), o incluso habían encontrado una asociación negativa entre ambos fenómenos (Massey, Durand y Pren, 2020). Esta aparente contradicción resta fuerza al argumento de que la violencia contextual irrumpe en la vida de los individuos al forzarlos a tomar decisiones que no tomarían en otras condiciones, motivados por el miedo y riesgo de victimización, y a la denuncia de que el estado requiere garantizar las condiciones de protección para la población en estos contextos.

Nuestro estudio confirma que, durante el periodo 2006-2017, la violencia contextual en México ha causado desplazamiento interno e internacional, y que esto se refleja en las probabilidades individuales de migración. A través de un análisis de historia de eventos con datos de la EDER 2017 mostramos que, una vez que se controla por factores individuales y municipales asociados al riesgo de migrar interna e internacionalmente, el nivel de violencia contextual observado durante el año anterior en el municipio de residencia aumenta la probabilidad de migrar entre municipios e internacionalmente. Nuestro análisis también muestra que, si esta relación no se había observado en estudios anteriores, es porque los indicadores de violencia considerados en esos estudios

no reflejan adecuadamente el riesgo de victimización y la percepción de violencia de la población.

La segunda manera en que se aplica la operacionalización de la violencia contextual es con un indicador de la intensidad de la violencia asociada al crimen organizado en el estado durante cada año del periodo. Este indicador, que recolecta información de los medios de comunicación y redes sociales (Osorio y Beltrán, 2020), mide la presencia de otras formas de violencia, como la ocurrencia de eventos violentos asociados a una organización criminal y la presencia de enfrentamientos entre organizaciones criminales; es decir, es un indicador que refleja expresiones de violencia más amplias que la violencia extrema expresada en la tasa de homicidios. Cuando los modelos estadísticos para explicar la probabilidad de migrar interna e internacionalmente incluyen este indicador, el resultado muestra que mayores niveles de violencia aumentan significativamente el riesgo de ambos movimientos.

¿Cómo sirven estos resultados para conciliar los aparentes hallazgos contradictorios de la evidencia anterior? Una hipótesis es que los análisis a nivel agregado muestran una relación entre tasa de homicidios y migración, porque este indicador captura las condiciones extremas de violencia en un contexto, que llevan a un aumento promedio en la probabilidad de migrar. Sin embargo, los individuos son menos sensibles (en términos de percepción) a estos eventos raros. Eso no quiere decir que otras formas de violencia, posiblemente más comunes y cotidianas, no los afecten e influyan su probabilidad de migrar. El estudio de Rios (2014) ya daba indicios de esto al mostrar que la tasa de otros delitos como extorsión y robo está también asociada a la tasa de migración.

Esta conclusión de nuestro trabajo tiene implicaciones importantes para los estudios futuros sobre las repercusiones de la violencia contextual en la población, ya que exhibe que aún se puede mejorar nuestro entendimiento sobre cómo percibe la población el contexto en que vive y, en particular, qué del contexto afecta su percepción de riesgo. También señala que hay un trabajo por hacer para mejorar las mediciones de la violencia contextual, y que es necesario incluir indicadores que vayan más allá de la tradicionalmente empleada tasa de homicidios.

Una contribución adicional de nuestro estudio es que muestra que el efecto de la violencia contextual sobre la migración tiene un carácter regional y obedece a las opciones disponibles que tienen los individuos. Cuando permitimos que el efecto del nivel de violencia asociado al crimen organizado cambie entre regiones, encontramos que esta variable aumenta el riesgo de migrar interna e internacionalmente para quienes viven en los estados no fronterizos; pero en los estados fronterizos el efecto se muestra únicamente en la migración internacional. Este hallazgo confirma el resultado de Arceo-Gómez (2012) de que el efecto de la violencia sobre la migración internacional es desproporcionadamente más grande en la frontera norte. Una explicación posible del resultado es que quienes viven en la frontera norte y están sujetos a condiciones de violencia extrema prefieren migrar a Estados Unidos porque de esa manera escapan de la violencia observada también en otras partes del país. En cambio, los residentes de estados no fronterizos se ven forzados a migrar en condiciones de violencia, pero su acceso a otros países es más restringido y, por tanto, se mueven a donde pueden (ya sea otro municipio o internacionalmente si tienen la opción). Cómo es que deciden migrar los individuos que viven en contextos violentos y a dónde se mudan es un campo abierto de investigación.

ANEXO METODOLÓGICO

Las conclusiones que se presentan en este capítulo sobre el nivel de migración interna e internacional y su relación con las variables explicativas son potencialmente distintas de las que se tendrían de haberse contado con una muestra prospectiva, por dos razones que operan en sentidos opuestos. Por un lado, si la mortalidad de quienes no migraron en contextos violentos es mayor que la mortalidad de quienes migraron, es posible que nuestros resultados sobreestimen la asociación entre migración y violencia. Dada la baja tasa de mortalidad, esperamos que este efecto sea desechable. Por otro lado, si quienes migraron internacionalmente de contextos violentos lo hicieron con un patrón más temporal

y mayor probabilidad de retorno a México que quienes migraron de otros orígenes, nuestros resultados podrían sobreestimar la relación entre migración internacional y violencia.

Una segunda característica de la EDER 2017 que afecta la representatividad de nuestro estudio es que la muestra es informativa para el estudio de la migración (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005a). La probabilidad de ser seleccionado en la muestra depende del lugar de residencia en 2017, el cual es resultado del comportamiento migratorio previo. En consecuencia, migrantes y no migrantes tienen distinta probabilidad, no conocida, de estar en la EDER. La inclusión de variables contextuales referentes a los lugares de residencia en el pasado puede ayudar a corregir los sesgos que se dan por esto (Pan y Schaubel, 2008; Hoem, 1985; Thompson, 2015), por lo que nosotros incluimos en los modelos variables que cambian en el tiempo y miden la situación económica y las condiciones de violencia contextual en el municipio de residencia a lo largo de todos los años de exposición al riesgo de migrar.

Una manera formal de corregir los sesgos por el diseño no proporcional al tamaño de la población, la selección por virtud de sobrevivencia y la naturaleza informativa a la migración de la EDER 2017 es ponderar los datos. Sin embargo, los ponderadores que se utilicen deben variar en el tiempo (Hoem, 1985; Thompson, 2015) para captar la cambiante probabilidad de estar en la muestra por virtud de la sobrevivencia y el lugar de residencia. De no ser así, las estimaciones seguirán estando sesgadas, aunque se empleen ponderadores (Boudreau y Lawless, 2006).

El cálculo de ponderadores que varían en el tiempo es un campo activo de investigación y actualmente no hay una solución viable para encuestas retrospectivas. Binder (1992), Pan y Schaubel (2008), y Rotnitzky y Robins (2015) han propuesto métodos para estimar empíricamente ponderadores inversos a la probabilidad de selección cuando ésta no se conoce. Estos procedimientos, sin embargo, son computacionalmente intensos y su uso requiere contar con datos auxiliares sobre la distribución del factor que afecta en la selección (o sesgo) en la población objetivo. Estos datos son comunes en encuestas prospectivas, donde la probabilidad de desaparecer entre una observación y otra es

estimable (ya sea por pérdida al seguimiento, mortalidad o migración), lo que no sucede con muestras retrospectivas.

Dadas las dificultades para estimar ponderadores que permitan una representatividad de los resultados a lo largo del tiempo, Pan y Schaubel (2009) desarrollaron un método para evaluar si ponderar los datos durante el cálculo de modelos de sobrevivencia hace una diferencia en las estimaciones o no. Sus conclusiones coinciden con las de otros autores (Thompson, 2015; Lawless, 2003; Pan y Schaubel, 2009), quienes argumentan que, cuando hay poca diferencia entre los estimadores ponderados y los estimadores no ponderados, es preferible usar los estimadores no ponderados, porque los errores estándar tienden a ser menores.

Basadas en esta revisión y en la recomendación de Korn, Graubard y Midthune (1997) de tomar la decisión encuesta por encuesta y análisis por análisis, decidimos no ponderar los modelos de análisis de historia de eventos presentados en este capítulo. De los encuestados, 21.4% migró al menos una vez en el periodo de estudio, lo que indica que la muestra es altamente informativa de la migración y que ponderar a los individuos respecto a su residencia en 2017, cuando una quinta parte de ellos vivió en un lugar diferente en algún momento previo, puede dar la falsa impresión de representatividad nacional en el pasado. En consecuencia, al interpretarse los resultados de nuestros análisis, debe acotarse la interpretación a la muestra de los sujetos.

REFERENCIAS

- Aazami, S., Shamsuddin, K. y Akmal, S. (2018). Assessment of Work-Family Conflict Among Women of the Sandwich Generation. *Journal of Adult Development*, 25(2), 135-140.
- Aboites, L. (2008). El último tramo, 1929-2000. En P. Escalante Gonzalbo, B. García Martínez, L. Jáuregui, J. Z. Vázquez, E. Speckman Guerra, J. Garcíadiego y L. Aboites Águila. *Nueva historia mínima de México* (pp. 470-539). México: El Colegio de México.
- Acosta, F. y Cruz Piñeiro, R. (2015). Factores económicos y sociales asociados a la migración interna en México en el periodo 1995-2010. En R. Cruz Piñeiro y F. Acosta (coords.). *Migración interna en México: tendencias recientes en la movilidad interestatal* (pp. 115-148). Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Aguayo-Téllez, E. y Martínez-Navarro, J. (2013). Internal and International Migration in Mexico: 1995-2000. *Applied Economics*, 45(13), (pp. 1647-1661). https://www.researchgate.net/publication/241709929_Internal_and_international_migration_in_Mexico_1995-2000.
- Aguilar, R. (2017). ¿Con quién voy a vivir? Los hogares receptores de niños y jóvenes retornados en México. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.). *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI* (pp. 417-456). México: El Colegio de México.

- Aguirre, R. (2011). El reparto del cuidado en América Latina. En M. A. Durán (dir.). *El trabajo del cuidado en América Latina y España* (pp. 89-104). Madrid: Fundación Carolina.
- Alba, F. (1993). Crecimiento demográfico y transformación económica, 1930-1970. En Consejo Nacional de Población (Conapo). *El poblamiento de México: una visión histórico-demográfica*, t. iv (pp. 74-95). México: Secretaría de Gobernación.
- Alba, F., Giorguli, S. y Pascua, M. (2014). Cambios demográficos y desarrollo: acomodados azarosos. En C. Rabell Romero (coord.). *Los mexicanos. Un balance en el cambio demográfico* (pp. 561-593). México: Fondo de Cultura Económica.
- Albertini, M. (2016). Ageing and Family Solidarity in Europe. Patterns and Driving Factors of Intergenerational Support. Policy Research Working Paper 7678. Washington, D.C.: Banco Mundial. <https://openknowledge.worldbank.org/handle/10986/24516>.
- Albuja, S. (2014). Violencia criminal y desplazamiento en México. *Revista Migraciones Forzadas*, 45, 28-31.
- Alcaraz, M. (2020). Beyond Financial Resources: The Role of Parent's Education in Predicting Children's Educational Persistence in Mexico. *International Journal of Educational Development*, 75. <https://doi.org/10.1016/j.ijedudev.2020.102188>.
- Alegría, T. (2009). *Metrópolis transfronteriza. Revisión de la hipótesis y evidencias de Tijuana, México y San Diego, Estados Unidos*. México: El Colegio de la Frontera Norte, Miguel Ángel Porrúa.
- Alegría, T. (2010). Estructura de las ciudades de la frontera norte. En G. Garza y M. Schteingart (eds.). *Los grandes problemas de México. II: Desarrollo urbano y regional* (pp. 259-304). México: El Colegio de México.
- Allison, P. D. (1985). *Event History Analysis: Regression for Longitudinal Event Data*. Beverly Hills, California: Sage.
- Alvarado, S. E. y Massey, D. S. (2010). In Search of Peace: Structural Adjustment, Violence, and International Migration. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 630(1), 137-161.

- Arceo-Gómez, E. (2012). Drug-Related Violence and Forced Migration from Mexico to the United States. Documentos de Trabajo, núm. 526. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Arias, P. (2013). Migración, economía campesina y ciclo de desarrollo doméstico. Discusiones y estudios recientes. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 28(1), 93-121.
- Arim, R. (2009). La evolución de los sistemas de protección y bienestar social y el surgimiento de los sistemas de cuidados. En E. van Rompaey. Seminario Internacional: “Los sistemas de cuidados. ¿Una respuesta a los nuevos desafíos de la protección y el bienestar? Experiencia europea y perspectivas para Uruguay” (pp. 12-18). Uruguay: Fundación Pablo Iglesias/Fundación Friedrich Ebert Stiftung.
- Ariza, M. (2017). Escenarios migratorios, familias y hogares en el México contemporáneo. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.). *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI* (pp. 129-186). México: El Colegio de México.
- Ariza, M. y De Oliveira, O. (2002). Cambios y continuidades en el trabajo, la familia y la condición de las mujeres. En E. Urrutia (coord.). *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas* (pp. 43-86). México: El Colegio de México-Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer.
- Ariza, M. y De Oliveira, O. (2003). Acerca de las familias y los hogares: estructura y dinámica. En C. Wainerman (coord.). *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones* (pp. 19-54). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica/Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
- Ariza, M. y De Oliveira, O. (2005). Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México. En M. L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 429-452). Tijuana/ Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.

- Ariza, M. y De Oliveira, O. (2014). Viejos y nuevos rostros de la precariedad en el sector terciario, 1995-2010. En C. Rabell Romero (coord.). *Los mexicanos. Un balance en el cambio demográfico* (pp. 672-703). México: Fondo de Cultura Económica.
- Ariza, M. y Portes, A. (2007). La migración internacional de mexicanos: escenarios y desafíos de cara al nuevo siglo. En M. Ariza y A. Portes (coord.). *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera* (pp. 11-54). México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales.
- Arizpe, L. (1983). El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos. *Estudios Sociológicos*, 1(1), 9-33.
- Arriagada, I. (2001). *Familias latinoamericanas. Diagnóstico y políticas públicas en los inicios del nuevo siglo*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe. https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/6022/S01121052_es.pdf?sequence=1.
- Arriagada, I. (2011). *La organización social de los cuidados y vulneración de derechos en Chile*. República Dominicana: ONU-Mujeres/Centro de Estudios de la Mujer.
- Arriagada, I. (2017). Familias y hogares en América Latina. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.). *Hogares y trabajadoras en México en el siglo XXI* (pp. 25-70). México: El Colegio de México.
- Arroyo, J., Canales Cerón, A. I., Vargas Becerra, P. N. (2002). *El norte de todos. Migración y trabajo en tiempos de globalización*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/University of California, Los Angeles-Program on Mexico/Consortio Mundial para la Investigación sobre México/Juan Pablos Editor.
- Astone, N. M., Schoen, R., Ensminger, M. y Rothert, K. (2000). School Reentry in Early Adulthood: The Case of Inner-City African Americans. *Sociology of Education*, 73(3), 133-154.
- Atal, J., Ñopo, H. y Winder, N. (2009). New Century, Old Disparities: Gender and Ethnic Wage Gaps in Latin America. IDB Working Paper, núm. 25. https://papers.ssrn.com/sol3/papers.cfm?abstract_id=1815933.

- Atuesta, L. H. y Paredes, D. (2016). Do Mexicans Flee from Violence? The Effects of Drug-Related Violence on Migration Decisions in Mexico. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 42(3), 480-502.
- Balán, J., Browning, H. L. y Jelin, E. (1973). *Men in a Developing Society. Geographic and Social Mobility in Monterrey*. Austin: University of Texas Press.
- Barone, C., Lucchini, M. y Schizzerotto, A. (2011). Career mobility in Italy. *European Societies*, 13(3), 377-400.
- Barth, F. (comp.) (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bassols Batalla, A. (1967). *La división económica regional de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Basu, S. y Pearlman, S. (2017). Violence and Migration: Evidence from Mexico's Drug War. *Journal of Development and Migration*, 7(18). <https://izajodm.springeropen.com/articles/10.1186/s40176-017-0102-6>.
- Bataillon, C. (1967). *Les régions géographiques au Mexique*. París: Éditions de l'IHEAL. <http://books.openedition.org/iheal/7483> (consultado el 13 de mayo de 2021).
- Batliwala, S. (1997). El significado del empoderamiento de las mujeres: nuevos conceptos desde la acción. En M. León (comp.). *Poder y empoderamiento de las mujeres* (pp. 187-211). Bogotá: Tercer Mundo Editores/Universidad Nacional de Colombia.
- Bay, G., Del Popolo, F. y Ferrando, D. (2003). *Determinantes próximos de la fecundidad: una aplicación a países latinoamericanos*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe-Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía (Serie Población y Desarrollo 43).
- Bebbington, A., Escobal, J., Soloaga, I. y Tomaselli, A. (eds.). (2016). *Trampas territoriales de pobreza, desigualdad y baja movilidad social: los casos de Chile, México y Perú*. México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Beccaria, L. y Groisman, F. (2008). Informalidad y pobreza en Argentina. *Investigación Económica*, 57(266), 135-169.

- Becker, G. (1981). *A Treatise on the Family*. Cambridge: Harvard University Press.
- Bernand, C. y Gruzinski, S. (1986). Les enfants de l'Apocalypse: la famille en Méso-Amérique et dans les Andes. En A. Burgière, C. Klapish-Zuber, M. Segalen y F. Zonabend (eds.). *Histoire de la famille. Le choc des modernités* (pp. 157-209). París: Armand Colin, t. 2.
- Billari, F. (2001). Sequence Analysis in Demographic Research. *Canadian Studies in Population: Special Issue on Longitudinal Methodology*, 28(2), 439-458.
- Binder, D. A. (1992). Fitting Cox's Proportional Hazards Models from Survey Data. *Biometrika*, 79(1), 139-147.
- Bison, I. (2011). Education, Social Origins and Career (in)Mobility in Contemporary Italy. *European Societies*, 13(3), 481-503.
- Blanco, E. (2013). *Los límites de la escuela: educación, desigualdad y aprendizajes en México*. México: El Colegio de México.
- Blanco, E. (2014). Volver a la escuela: interrupción y regreso escolar en los jóvenes de la ciudad de México. *Estudios Sociológicos*, 32(96), 477-503.
- Blanco, M. (2002). Trabajo y familia: entrelazamiento de trayectorias vitales. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 17(3), 447-483.
- Blanco, M. y Pacheco, E. (1998). Tres ejes de análisis en la incorporación de la perspectiva de género en los estudios socio-demográficos sobre el trabajo urbano en México. *Papeles de Población*, 4(15), 73-94.
- Blanco, M. y Pacheco, E. (2003). Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas. *Papeles de Población*, 9(38), 159-193.
- Blau, F. y Kahn, L. (2006). Changes in the Labor Supply Behavior of Married Women: 1980-2000. IZA Discussion Paper, núm. 2180. <https://ssrn.com/abstract=918724>.
- Blau, P. y Duncan, O. (1967). *The American Occupational Structure*. Nueva York: The Free Press.
- Blossfeld, H.-P. y Hofmeister, H. (eds.) (2006). *Globalization, Uncertainty and Women's Careers: An International Comparison*. Cheltenham/Massachusetts: Edward Elgar Publishing.

- Blossfeld, H.-P. y Rohwer, G. (2002). *Techniques of Event History Modeling: New Approaches to Causal Analysis*. Mahwah, N. J.: Lawrence Erlbaum.
- Blossfeld, H.-P., Golsch, K. y Rohwer, G. (2007). *Event History Analysis with Stata*. Mahwah, N. J.: Lawrence Erlbaum.
- Blossfeld, H.-P., Klijzing, E., Mills, M. y Kurz, K. (eds.) (2005). *Globalization, Uncertainty and Youth in Society: The Losers in a Globalizing World*. Londres: Routledge.
- Boehm de Lameiras, B. (1997). El enfoque regional y los estudios regionales en México: geografía, historia y antropología. *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, 72(xviii), 17-46. <https://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/072/BrigitteBoehmDeLameiras.pdf>.
- Bonfil, G. (1994). *México profundo. Una civilización negada*. México: Grijalbo.
- Bongaarts, J. (1978). A Framework for Analyzing the Proximate Determinants of Fertility. *Population and Development Review*, 4(1), 105-132. doi:10.2307/1972149.
- Bongaarts, J. (1982). The Fertility-Inhibiting Effects of the Intermediate Fertility Variables. *Studies in Family Planning*, 13(6-7), 178-189.
- Bonvalet, C. (1997). Sociologie de la famille, sociologie du logement: un lien à redéfinir. *Sociétés Contemporaines*, (25), 25-44. https://www.persee.fr/doc/socco_1150-1944_1997_num_25_1_1433.
- Bonvalet, C. (2005). Logement et vie familiale: un parcours résidentiel en mutations. *Informations Sociales*, 3(123), 56-65.
- Borah, W. y Cook, S. (1971). La demografía histórica de América Latina: necesidades y perspectivas. *Historia Mexicana*, 21(2), 312-327.
- Boudreau, C. y Lawless J. F. (2006). Survival Analysis Based on the Proportional Hazards Model and Survey Data. *The Canadian Journal of Statistics*, 34(2), 203-216.
- Bourdieu, P. (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Ginebra/París: Droz.
- Bradburn, E. M., Moen, P. y Dempster-McClain, D. (1995). Women's Return to School Following the Transition to Motherhood. *Social Forces*, 73(4), 1517-1551.

- Breen, R. y Jonsson, J. (2005). Inequality of Opportunity in Comparative Perspective: Recent Research on Educational Attainment and Social Mobility. *Annual Review of Sociology*, 31, 223-243.
- Brugeilles, C. y Rojas, O. (2016). Inicio de la práctica anticonceptiva y formación de las familias. Experiencia de tres cohortes mexicanas. En M-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, curso de vida y desigualdad social en México* (pp. 161-189). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Brunet, N. (2015). *Escuela, transición al trabajo y cambios de empleo en las trayectorias de estratificación social de tres cohortes mexicanas (1950-2001)*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México. <https://www.proquest.com/docview/2590153983?parentSessionId=nn32HhL8YKrC0GNITlueios-S1uejHgFdRkExuyQs%2FvE%3D&cpq-origsite=primo&accountid=26837>.
- Brunet, N. (2016). Dejar la escuela en perspectiva longitudinal micro-macro: marcas biográficas y contextuales. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 339-368). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Brzinsky-Fay, C. y Kohler, U. (2010). New Developments Sequence Analysis. *Sociological Methods and Research*, 38(3), 359-364.
- Bukodi, E., Goldthorpe, J., Halpin, B. y Waller, L. (2016). Is Education Now Class Destiny? Class Histories Across Three British Birth Cohorts. *European Sociological Review*, 32(6), 835-849.
- Bülhmann, F. (2010). Routes into the British Service Class: Feeder Logics According to Gender and Occupational Groups. *Sociology*, 44(2), 195-212.
- Bustamante, J. (1997). *Cruzar la línea. La migración de México a los Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Canales, A. (1999). Periodicidad, estacionalidad, duración y retorno. Los distintos tiempos en la migración México-Estados Unidos. *Papeles de Población*, 5(22), 11-41.

- Canales, A. y Meza, S. (2018). Tendencias y patrones de la migración de retorno en México. *Migración y Desarrollo*, 16(30), 123-155.
- Carrasco, C., Borderías, C. y Torns, T. (eds.) (2011). El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. En C. Carrasco Bengoa, C. Borderías y T. Torns. *El trabajo de cuidados: historia, teoría y políticas* (pp. 13-96). Madrid: Catarata.
- Carrasco, P. (1975). La transformación de la cultura indígena durante la Colonia. *Historia Mexicana*, 25(2), 175-203.
- Cerrutti, M. S. y Binstock, G. P. (2009). *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Chassin, L., Macy, J., Seo, D.-C., Presson, C. y Sherman, S. (2010). The Association between Membership in the Sandwich Generation and Health Behaviors: A Longitudinal Study. *Journal of Applied Developmental Psychology*, 31(1), 38-46.
- Chemin, A. (2021). Maurice Godelier “Toutes les sociétés humaines font de l’inceste un tabou mais cette universalité revêt des formes très différentes”. *Le Monde*, 26 de marzo. <https://lejournal.cnrs.fr/articles/toutes-les-societes-font-de-linceste-un-tabou-mais-cette-universalite-revet-des-formes-tres>.
- Christenson, B., García, B. y De Oliveira, O. (1989). Los múltiples condicionantes del trabajo femenino en México. *Estudios Sociológicos*, 7(20), 251-280.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2009). Balance preliminar de las economías latinoamericanas. Santiago de Chile: Naciones Unidas. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/973>.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2010). ¿Qué Estado para qué igualdad? Santiago de Chile: Naciones Unidas. <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/16656>.
- Comisión Interamericana de Mujeres (CIM) (2020). COVID-19 en la vida de las mujeres: razones para reconocer los impactos diferenciados. Washington, D. C.: Organización de los Estados Americanos.

- Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas (CDI) y Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2006). Regiones indígenas de México. México: CDI/PNUD.
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval) (2011). Informe de evaluación de la política de desarrollo social en México. México: Coneval. www.web.coneval.gob.mx.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2014). Tasa Global de Fecundidad y Tasa de Fecundidad Adolescente, 2009 y 2014. http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Tasa_Global_de_Fecundidad_y_Tasa_de_Fecundidad_Adolescente_2009_y_2014.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2018). Población a mitad de año para las entidades federativas 1970-2050. <https://datos.gob.mx/busca/dataset/proyecciones-de-la-poblacion-de-mexico-y-de-las-entidades-federativas-2016-2050/resource/189048b6-864b-435f-9442-f0287d90839f>.
- Cornelius, W. (1992). From Sojourners to Settlers: The Changing Profile of Mexican Immigration to the United States. En J. Bustamante, C. Reynolds y R. Hinojosa (eds.) *US-Mexico Relations: Labor Market Interdependence* (pp. 155-195). Stanford: Stanford University Press.
- Corona, R. (2003). Migraciones internas. Cada vez más emigrantes. *DEMOS. Carta Demográfica sobre México*, 16, 11-13.
- Cortés, F., Hernández, D., Hernández Laos, E., Székely, M. y Vera, H. (2003). Evolución y características de la pobreza en México en la última década del siglo xx. *Economía Mexicana*, Nueva Época, 12(2), 295-325.
- Cosío Zavala, M. E. (1994). Algunos resultados del censo de población de 1990: las dimensiones regionales de la transición de la fecundidad en México. *Trace*, 26, 34-42.
- Cosío-Zavala, M. E. (2004). Nouveaux flux migratoire vers la frontière Mexique-Etats-Unis. En J.-M. Lacroix, M. E. Cosío-Zavala y M. Azuelos (dirs.) *Intégration dans les Amériques* (pp. 279-290). París: Presses Sorbonne Nouvelle.
- Coubès, M.-L. y Zenteno, R. (2005). Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Co-

- sío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 331-353). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Coubès, M.-L., Zavala de Cosío, M. E. y Zenteno, R. (coords.) (2005a). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida*. Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Coubès, M.-L., Zavala de Cosío, M. E. y Zenteno, R. (2005b). Introducción. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 11-37). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Coubès, M.-L., Solís, P. y Zavala de Cosío, M. E. (coords.) (2016a). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*. México y Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Coubès, M.-L., Solís, P. y Zavala de Cosío, M. E. (2016b). Introducción. La Encuesta Demográfica Retrospectiva. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 17-42). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Courgeau, D. (1985). Interaction between Spatial Mobility, Family and Career Life-Cycle: A French Survey. *European Sociological Review*, 1(2), 139-162.
- Courgeau, D. (2009). L'enquête "Triple biographie: familiale, professionnelle et migratoire". En Groupe de Réflexion sur Approche Biographique (GRAB) (dir.) *Biographies d'enquêtes: Bilan de 14 collectes biographiques* (pp. 57-74). París: Institut National d'Études Démographiques (Méthodes et Savoirs 3).

- Courgeau, D. y Lelièvre, E. (1989). *Analyse démographique des biographies*. París: Institut National d'Études Démographiques.
- Courgeau, D. y Lelièvre, E. (2001). *Análisis demográfico de las biografías* [traduc. de 1989]. México: El Colegio de México.
- Courgeau, D. y Lelièvre, E. (2003). Les motifs individuels et sociaux des migrations. En G. Caselli, J. Vallin y G. Wunsch (dirs.). *Démographie: analyse et synthèse. IV. Les déterminants de la migration* (pp. 147-169). París: Institut National d'Études Démographiques.
- Crompton, R. (1995). Women's Employment and the Middle Class. En T. Butler y M. Savage (eds.). *Social Change and the Middle Classes* (pp. 58-75). Londres: University College London Press.
- Cruz, R. (2010). Flujos migratorios en la frontera norte: dinamismo y cambio social. En F. Alba, M. A. Castillo y G. Verdusco (eds.). *Migraciones internacionales*, t. III (pp. 395-435). México: El Colegio de México. http://www.cdi.gob.mx/regiones/regiones_indigenas_cdi.pdf.
- Dannefer, D. (2003). Cumulative Advantage/Disadvantage and the Life Course: Cross-Fertilizing Age and Social Science Theory. *Journal of Gerontology: Social Sciences*, 58B(6), S327-S337.
- Dannefer, D. (2020). Systemic and Reflexive: Foundations of Cumulative Dis/Advantage and Life-Course Processes. *Journal of Gerontology. Serie B: Psychological Sciences and Social Sciences*, 75(6), 1249-1263.
- D'Aubigny, C. y D'Aubigny, G. (1994). Agrégation spatiale et résumés statistiques. *Revue Internationale de Géomatique*, 4, 307-336.
- De Barbieri, T. (1989). Trabajos de la reproducción. En O. de Oliveira, M. Pépin y V. Salles (comps.). *Grupos domésticos y reproducción cotidiana* (pp. 235-254). México: Porrúa/El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México-Coordinación de Humanidades.
- De Barbieri, T. (1997). Cambios en la situación de la mujer. *DEMOS. Carta Demográfica sobre México*, (10), 32-33.
- De la Cruz Flores, G. y Matus Ortega, D. I. (2021). Retorno y condiciones escolares: experiencias de jóvenes del bachille-

- rato general en la Ciudad de México. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 26(90), 691-715.
- De la Torre, R. (2015). *La escuela secundaria para trabajadores. Reinserción de jóvenes vulnerables excluidos socialmente: historias de vida*. Tesis de maestría en Educación Básica. México: Universidad Pedagógica Nacional.
- De Oliveira, O. y García, B. (2017). Aproximaciones sociodemográficas al estudio de los hogares y familias en México. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.). *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI* (pp. 71-128). México: El Colegio de México.
- Del Moral, T. y Mier y Terán M. (2014). El uso del tiempo entre los miembros de hogares indígenas y no indígenas. En B. García y E. Pacheco (coords.). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 263-324). México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Denier, N. y Masferrer, C. (2020). Returning to a New Mexican Labor Market? Regional Variation in the Economic Incorporation of Return Migrants from the U.S. to Mexico. *Population Research and Policy Review*, 39(4), 617-641.
- Deutsch, N. L. y Schmertz, B. (2011). "Starting from Ground Zero": Constraints and Experiences of Adult Women Returning to College. *The Review of Higher Education*, 34(3), 477-504. <https://doi.org/10.1353/rhe.2011.0002>.
- Díaz Pérez, M. C. y Romo Viramontes, R. (2019). *La violencia como causa de desplazamiento interno forzado. Aproximaciones a su análisis en México*. México: Consejo Nacional de Población.
- Durán, M. A. (2010). *Tiempo de vida y tiempo de trabajo*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Durán, M. A. (2012). *El trabajo no remunerado en la economía global*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Durán, M. A. (2018). *La riqueza invisible del cuidado*. Valencia: Universitat de València.
- Durand, J. (1994). *Más allá de la línea: patrones migratorios entre México y Estados Unidos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Durand, J. (1998). ¿Nuevas regiones migratorias? En R. Zenteno (ed.). *Población, desarrollo y globalización* (pp. 101-134). Ti-

- juana: Sociedad Mexicana de Demografía/El Colegio de la Frontera Norte.
- Durand, J. (2007). *Braceros. Las miradas mexicanas y estadounidenses. Antología (1945-1964)*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- Durand, J. y Massey, D. S. (2003). *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XX*. México: Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa.
- Dureau, F. e Imbert, C. (2018). El enfoque biográfico de la movilidad residencial. *Quid* 16, (10), 356-401.
- Dureau, F., Córdoba, H., Flórez, C. E., Le Roux, G., Lulle, T. y Miret, N. (2011). Encuestas movilidad espacial Bogotá METAL 2009: metodología de las encuestas. Documento CEDE 23. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Echarri, C. (2005). Las trayectorias de coresidencia en la formación de familias. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 395-427). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Echarri, C. y Pérez Amador, J. (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 22(1), 43-77. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/1293>.
- El Colegio de México (Colmex) (2018). Desigualdades en México 2018. México: El Colegio de México-Red de Estudios sobre Desigualdades. <https://desigualdades.colmex.mx/informe2018>.
- Elder, G. H. (1998). The Life Course as Developmental Theory. *Child Development*, 69(1), 1-12.
- Elder, G. H., Johnson, M. K. y Crosnoe, R. (2003). The Emergence and Development of Life Course Theory. En J. T. Mortimer y M. J. Shanahan (coords.). *Handbook of the Life Course* (pp. 3-19). Nueva York: Springer.
- Elster, J. (2001). *Sobre las pasiones: emoción, adicción y conducta humana*. Barcelona: Paidós.

- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2017). Encuesta Demográfica Retrospectiva. México: Instituto Nacional de Geografía y Estadísticas/El Colegio de México-Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales. <https://cedua.colmex.mx/es/bases-de-datos/eder-2017>.
- Erikson, R. y Goldthorpe, J. H. (1992). *The Constant Flux: A Study of Class Mobility in Industrial Societies*. Oxford: Clarendon Press.
- Espinoza, V. (1998). *El dilema del retorno: migración, género y pertenencia en un contexto transnacional*. Zamora: El Colegio de Michoacán/El Colegio de Jalisco.
- Esquivel, V. (2006). "What Else Do We Have to Cope With?" Gender, Paid and Unpaid Work During Argentina's Last Crisis. The International Working Group on Gender, Macroeconomics and International Economics (GEM-IWG), Working Paper, 06-6.
- Esquivel, V. (2008). A "Macro" View on Equal Sharing of Responsibilities between Women and Men. Expert Group Meeting, ONU Geneva. Nueva York: Naciones Unidas.
- Esquivel, V. (2012). Introducción: hacer economía feminista desde América Latina. En V. Esquivel (ed.). *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (pp. 24-41). Santo Domingo: ONU-Mujeres. <http://www.gemlac.org/attachments/article/44/Economia-feminista-desde-america-latina.pdf>.
- Esteinou, R. (2004). El surgimiento de la familia nuclear en México. *Estudios de Historia Novohispana*, (31), 99-136. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ehn/article/view/3613>.
- Esteve, A., García-Román, J. y Lesthaeghe, R. (2012). The Family Context of Cohabitation and Single Motherhood in Latin America. *Population and Development Review*, 38(4), 707-727.
- Esteve, A., Lesthaeghe, R. J., Quilodrán, J., López-Gay, A. y López-Colás, J. (2016). The Expansion of Cohabitation in Mexico, 1930-2010: The Revenge of History? En A. Esteve y R. J. Lesthaeghe (coords.). *Cohabitation and Marriage in the Americas: Geo-Historical Legacies and New Trends* (pp. 133-156). Nueva York: Springer.

- Evangelista, A. A. y Kauffer, E. F. (2009). Iniciación sexual y unión conyugal entre jóvenes de tres municipios de la región fronteriza de Chiapas. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, 4(30), 181-221. <https://doi.org/10.32870/lv.v4i30.1003>.
- Felmlee, D. H. (1988). Returning to School and Women's Occupational Attainment. *Sociology of Education*, 61(1), 29-41.
- Fernández, T. y Alonso, C. (2014). Transición al trabajo y educación de los jóvenes: dinámica económica, política social y reformas educativas. En E. Blanco, P. Solís y H. Robles (coords.). *Caminos desiguales. Trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México* (pp. 131-162). México: El Colegio de México/Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.
- Fernández-Dominguez, A. O. (2020). Effect of Actual and Perceived Violence on Internal Migration: Evidence from Mexico's Drug War. *IZA Journal of Development and Migration*. 11(1). <https://doi.org/10.2478/izajodm-2020-0008>.
- Ferraris, S. y Martínez Salgado, M. (2016). El/la principal sostén económico del hogar. Análisis de las secuencias de proveeduría económica en el México urbano. Ponencia presentada en el VII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población y XX Encuentro Nacional de Estudios Populacionais, Foz do Iguaçu, Brasil.
- Figueroa Perea, J. G. (2017). Si "las mujeres dan vida", ¿qué aportan los varones en los espacios reproductivos? Algunas reflexiones entre la ética, la demografía y el análisis lingüístico. En A. Saldaña, L. Venegas y T. Davids (coords.). *¡A toda madre! Una mirada multidisciplinaria a las maternidades en México* (pp. 275-305). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Itaca/Universidad de Guanajuato/Secretaría de Cultura.
- Filgueira, C. (1998). *Emancipación juvenil: trayectorias y destinos*. Montevideo: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) (2016). *Niñas y niños fuera de la escuela: México*. México: Unicef.
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef) y Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología

- Social (CIESAS) (2012). *Panorama de la adolescencia indígena en México desde una perspectiva de derechos*. México: CIESAS.
- Fuentes, A., Jesam, C., Devoto, L., Angarita, B., Galleguillos, A., Torres, A. y Mackenna, A. (2010). Postergación de la maternidad en Chile: una realidad oculta. *Revista Médica de Chile*, 138(10), 1240-1245. <http://www.revistamedicadechile.cl/ojs/index.php/rmedica/article/view/780>.
- Fuller, S. (2008). Job Mobility and Wage Trajectories for Men and Women in the United States. *American Sociological Review*, 73(1), 158-183.
- Furstenberg, F., Rumbaut, R. y Settersten Jr., R. (2005). On the Frontier of Adulthood. Emerging Themes and New Directions. En R. Settersten Jr., F. Furstenberg y R. Rumbaut (eds.). *On the Frontier of Adulthood. Theory, Research, and Public Policy* (pp. 3-25). Chicago: University of Chicago Press.
- Fussell, E. (2005). Measuring the Early Adult Life Course in Mexico: An Application of the Entropy Index. *Advances in Life Course Research*, 9, 91-122. [https://doi.org/10.1016/S1040-2608\(04\)09004-5](https://doi.org/10.1016/S1040-2608(04)09004-5).
- Fussell, E. y Furstenberg, F. F. (2005). The Transition to Adulthood During the Twentieth Century: Race, Nativity, and Gender. En R. Settersten Jr., F. Furstenberg y R. Rumbaut (eds.). *On the Frontier of Adulthood: Theory, Research, and Public Policy* (pp. 29-75). Chicago: University of Chicago Press.
- Gabadinho, A., Ritschard, G., Studer, M. y Müller, N. (2011). *Mining Sequence Data in R with the TraMineR Package: A User's Guide*. Ginebra: University of Geneva-Department of Econometrics and Laboratory of Demography.
- Galindo, L. M. (2020). La distribución de los cuidados en familias lesbomaternales en México. *GénEroos. Revista de Investigación y Divulgación sobre los Estudios de Género*, 27(27), 33-67.
- García, B. (1999). Los problemas laborales de México a principios del siglo XXI. *Papeles de Población*, 5(21), 9-19. <https://www.redalyc.org/pdf/112/11202102.pdf>.
- García, B., Blanco, M. y Pacheco, E. (1999). Género y trabajo extradoméstico. En B. García (coord.). *Mujer, género y población en México* (pp. 273-316). México: El Colegio de México.

- García, B. y De Oliveira, O. (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*. México: El Colegio de México.
- García, B. y De Oliveira, O. (2001a). Transformaciones recientes en los mercados de trabajo metropolitanos de México, 1990-1998. *Estudios Sociológicos*, 19(57), 653-689. <https://www.re-dalyc.org/articulo.oa?id=598/59805705>.
- García, B. y De Oliveira, O. (2001b). Cambios socioeconómicos y división del trabajo en las familias mexicanas. *Investigación Económica*, 61(236), 137-162.
- García, B. y De Oliveira, O. (2006). La familia y el trabajo: principales enfoques teóricos e investigaciones sociodemográficas. En E. de la Garza Toledo (comp.). *Tratado latinoamericano de sociología* (pp. 148-170). Barcelona/México: Anthropos/UAM.
- García, B. y Pacheco, E. (2000). Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 15(1), 35-63.
- García, B. y Pacheco, E. (2014a). Participación económica en las familias: el papel de las esposas en los últimos veinte años. En C. Rabell (coord). *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico* (pp. 704-732). México: Fondo de Cultura Económica.
- García, B. y Pacheco, E. (coords.) (2014b). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México*. México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- García, B. y Rojas, O. (2002). Cambios en la formación y disolución de las uniones en América Latina. *Papeles de Población*, 8(32), 11-30.
- García, B., Pacheco, E. y Blanco, M. (1995). El trabajo extradoméstico de las mexicanas. México: Comité Nacional Coordinador para la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, Consejo Nacional de Población/Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- García Guzmán, B. (2019). El trabajo doméstico y de cuidado: su importancia y principales hallazgos en el caso mexicano. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 34(2), 237-267.
- García Martínez, B. (2004). *Historia Económica de México, vol. 8. El desarrollo regional y la organización del espacio (siglos XVI al XX)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Océano.

- Garip, F. y Asad, A. L. (2016). Network Effects in Mexico-U.S. Migration: Disentangling the Underlying Social Mechanisms. *American Behavioral Scientist*, 60(10), 1168-1193.
- Garza, G. (2005). *La urbanización de México en el siglo XX*. México: El Colegio de México.
- Garza, G. (2010). La transformación urbana de México, 1970-2020. En G. Garza y M. Schteingart (coords.). *Los grandes problemas de México. II: Desarrollo urbano y regional* (pp. 31-86). México: El Colegio de México.
- Garza, G. y Schteingart, M. (coords.) (2010). *Los grandes problemas de México. II: Desarrollo urbano y regional*. México: El Colegio de México.
- Gauthier, J., Bühlmann, F. y Blanchard, P. (2014). Introduction: Sequence Analysis in 2014. En P. Blanchard, F. Bühlmann y J. Gauthier (eds.). *Advances in Sequence Analysis: Theory, Method, Applications* (pp. 1-17). Nueva York: Springer.
- Gauthier, J.-A., Widmer, E., Bucher, P. y Notredame, C. (2013). Multichannel Optimal Matching: A Multidimensional Approach to Sequence Analysis. En R. Levy y E. Widmer (eds.). *Gendered Life Course between Standardization and Individualization. A European Approach Applied to Switzerland* (pp. 245-263). Berlín: LIT Verlag.
- Gayet, C. y Gutiérrez, J. P. (2014). Calendario de inicio sexual en México. Comparación entre encuestas nacionales y tendencias en el tiempo. *Salud Pública de México*, 56(6), 638-647. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10632793009>.
- Gayet, C., Juárez, F., Pedraza, N., Caballero, M. y Bozon, M. (2011). Percepciones de VIH/Sida y parejas sexuales simultáneas: un estudio de biografías sexuales mexicanas. *Papeles de Población*, 17(68), 9-40. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252011000200002.
- Gayet, C. y Solís, P. (2007). Sexualidad saludable de los adolescentes: la necesidad de políticas basadas en evidencias. *Salud Pública de México*, 49, 47-51. <https://www.redalyc.org/pdf/106/10649021.pdf>.
- Gayet, C. y Szasz, I. (2014). Sexualidad sin matrimonio. Cambios en la primera relación sexual de las mujeres mexicanas duran-

- te la segunda mitad del siglo xx. En C. Rabell (coord.). *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico* (pp. 350-386). México: Fondo de Cultura Económica.
- Giudici, F. y Gauthier, J.-A. (2013). Occupational Trajectories after Childbirth. *Ausdruck*, 14(2), 95-116.
- Giudici, F. y Pallas, A. M. (2014). Social Origins and Post-High School Institutional Pathways: A Cumulative Dis/Advantage Approach. *Social Science Research*, 44, 103-113.
- Goldthorpe, J. H. (1987). *Social Mobility and Class Structure in Modern Britain*. Oxford, U. K.: Clarendon Press.
- Gonzalbo, P. y Rabell, C. (2004). La familia en México. En P. Rodríguez (coord.). *La familia en Iberoamérica, 1550-1980* (pp. 93-124). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- González, L. y Monterrubio, M. I. (1993). Tendencias en la dinámica y la distribución de la población, 1970-1992. En Consejo Nacional de Población (Conapo). *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, t. iv (pp. 154-187). México: Secretaría de Gobernación.
- González Montes, S. (1999). Las costumbres del matrimonio en el México indígena contemporáneo. En B. Figueroa Campos (coord.). *México diverso y desigual: enfoques sociodemográficos* (pp. 87-105). México: El Colegio de México/Sociedad Mexicana de Demografía.
- González Montes, S. y Mojarro Íñiguez, M. (2011). Algunas dimensiones de la nupcialidad y situaciones de las mujeres en ocho regiones indígenas de México. En G. Vázquez y A. Reyna (coord.). *Retos, problemática y políticas de la población indígena en México* (pp. 181-205). México: Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo/Lito-Grapo.
- Good Eshelman, C. (2013). Formas de organización familiar náhuatl y sus implicaciones teóricas. *La ventana. Revista de Estudios de Género*, 4(37), 9-40. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-94362013000100003&lng=es.
- Gooley, T., Leisenring, W., Crowley, J. y Storer, B. (1999). Estimation of Failure Probabilities in the Presence of Competing Risks: New Representations of Old Estimators. *Statistics in Medicine*, 18(6), 695-706.

- Goto, S. T. y Martin, C. (2009). Psychology of Success: Overcoming Barriers to Pursuing Further Education. *The Journal of Continuing Education*, 57(1), 10-21. <https://doi.org/10.1080/07377360902810744>.
- Graizbord, B. y Mina, A. (1994). Los ámbitos geográficos del comportamiento migratorio de la Ciudad de México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 9(3 [27]), 609-628.
- Guérin-Pace, F. (2009). La diversité des ancrages territoriaux au regard des parcours individuels. En F. Guérin-Pace, O. Samuel e I. Ville (eds.). *En quête d'appartenances* (pp. 145-165). París: Institut National d'Études Démographiques (Collection Grandes Enquêtes).
- Guérin-Pace, F. y Kassar, H. (dirs.) (2022). *La société tunisienne post-révolutionnaire*. París: Institut National d'Études Démographiques (Collection Grandes Enquêtes).
- Guérin-Pace, F., Samuel, O. y Ville, I. (eds.) (2009). *En quête d'appartenances: L'enquête Histoire de vie sur la construction des identités*. París: Ined Éditions (Collection Grandes Enquêtes).
- Guidotti, C. (2016). Envejecimiento demográfico y cambios en la transición a la vejez en el Brasil: pasado, presente y futuro. *Notas de Población*, 43(102), 279-299. <https://doi.org/10.18356/df8cd85c-es>.
- Hajnal, J. (1982). Two Kinds of Preindustrial Household Formation System. *Population and Development Review*, 8(3), 449-494.
- Halpin, B. y Chan, T. W. (1998). Class Careers as Sequences: An Optimal Matching Analysis of Work-Life Histories. *European Sociological Review*, 14(2), 114-130.
- Hareven, T. (1975). *Review Essays: Household and Family in Part Time* by Peter Laslett y Richard Wall. *History and Theory*, 14(2), 242-251. <https://doi.org/10.2307/2504617>
- Henry, L. (1953). *Fécondité des mariages. Nouvelle méthode de mesure*. París: Presses Universitaires de France.
- Henry, L. (1961). La fecundidad natural. Observación y resultados. *Population*, 16(4), 625-636.
- Hoem, J. (1985). Weighting, Misclassification, and Other Issues in the Analysis of Survey Samples of Life Histories. En J. J.

- Heckman y B. Singer (eds.). *Longitudinal Analysis of Labor Market Data* (pp. 249-293). Cambridge: Cambridge University Press.
- Hogan, D. y Astone, N. M. (1986). The Transition to Adulthood. *Annual Review of Sociology*, 12, 109-130. <https://doi.org/10.1146/annurev.so.12.080186.000545>.
- Hondagneu-Sotelo, P. (1994). *Gendered Transitions: Mexican Experiences of Immigration*. Berkeley: University of California Press.
- Hostetler, A. J., Sweet, S. y Moen, P. (2007). Gendered Career Paths: A Life Course Perspective on Returning to School. *Sex Roles*, 56, 85-103.
- Huang, B., Xu, L. y Zhu, Y. (2019). Does Higher Education Expansion in the UK Reduce the Returns to Education? A Comparison of Returning-from-Work versus Fresh Out-of-School Graduates. *Economic Modelling*, 79, 276-285.
- Huang, Q. y Sverke, M. (2007). Women's Occupational Career Patterns over 27 Years: Relations to Family of Origin, Life Careers, and Wellness. *Journal of Vocational Behavior*, 70(2), 369-397.
- Impicciatore, R. y Panichella, N. (2019). Internal Migration Trajectories, Occupational Achievement and Social Mobility in Contemporary Italy. A Life Course Perspective. *Population, Space and Place*, 25(6), 1-19.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) (2018). *Panorama educativo de México 2017. Indicadores del Sistema Educativo Nacional. Educación básica y media superior*. México: INEE.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE), Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación (IIPPE) y Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco) (2018). *La política educativa de México desde una perspectiva regional*. México: INEE.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2010). *Principales resultados*. Censo de Población y Vivienda 2010. Aguascalientes: Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2010/>.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2015). Encuesta Intercensal 2015. Aguascalientes: Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/intercensal/2015/>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2017). Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Aguascalientes: Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/eder/2017/>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018a). Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Presentación de resultados. Aguascalientes: Inegi. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/eder/2017/doc/eder2017_resultados_completa.pdf.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018b). Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Informe operativo. Aguascalientes: Inegi. <https://www.inegi.org.mx/app/biblioteca/ficha.html?upc=702825103613>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2018c). Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Diseño muestral. Marco conceptual. Informe de resultados. Documentos. Aguascalientes: Inegi. https://www.inegi.org.mx/contenidos/productos/prod_serv/contenidos/espanol/bvinegi/productos/nueva_estruc/702825103606.pdf.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2019a). Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Microdatos. Aguascalientes: Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/eder/2017/#Microdatos>.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2019b). Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (ENADID) 2018. Principales resultados. Aguascalientes: Inegi. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enadid/2018/doc/resultados_enadid18.pdf.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2020a). Encuesta Nacional sobre el Uso del Tiempo (ENUT) 2019. Presentación de resultados. Aguascalientes: Inegi. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/enut/2019/doc/enut_2019_presentacion_resultados.pdf.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2020b). Encuesta Nacional de los Hogares (ENH) (2017). Microdatos. <https://www.inegi.org.mx/programas/enh/2017/#Microdatos>.

- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2021). Censo de Población y Vivienda 2020. Microdatos. Aguascalientes: Inegi. <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/2020/default.html#Microdatos>.
- Instituto Nacional de las Mujeres (Inmujeres) (2005). *Pobreza, género y uso del tiempo*. México: Inmujeres.
- Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas (INPI) (2020). *Atlas de los Pueblos Indígenas de México*. México: INPI. http://atlas.inpi.gob.mx/?page_id=352.
- International Labour Office (ILO) (2016). *Women at Work: Trends 2016*. Ginebra: ILO.
- Janssen, E. y Zenteno, R. (2005). Determinantes económicos y sociodemográficos de la migración interna en México. Un análisis por sexo. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 161-189). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Jara, L. (2011). Trabajo no remunerado y desigualdades de género. La importancia de hacer visible el cuidado y la producción de servicios de salud en los hogares. En M. A. Durán (dir.). *El trabajo del cuidado en América Latina y España* (pp. 105-113). Madrid: Fundación Carolina.
- Jepsen, C. y Montgomery, M. (2012). Back to School: An Application of Human Capital Theory for Mature Workers. *Economics of Education Review*, 31(1), 168-178. <https://doi.org/10.1016/j.econedurev.2011.10.005>.
- Jepsen, D. A. y Choudhuri, E. (2001). Stability and Change in 25-Year Occupational Career Patterns. *The Career Development Quarterly*, 50(1), 3-19.
- Joseph, D., Fong Boh, W., Ang, S. y Slaughter, S. (2012). The Career Paths Less (or More) Traveled: A Sequence Analysis of IT Career Histories, Mobility Patterns, and Career Success. *MIS Quarterly*, 36(2), 427-452.

- Kalmijn, M. (2019). The Effects of Ageing on Intergenerational Support Exchange: A New Look at the Hypothesis of Flow Reversal. *European Journal of Population*, 35(2), 263-284.
- Keilman, N. (1995). Time-Dependent Weights in Models for the Analysis of Event Histories. European Population Conference, Milán, 4-8 de septiembre.
- Kerouac, J. (2007). *En el camino*. Barcelona: Anagrama.
- Kirchhoff, P. (2009). Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales. Xalapa: Al Fin Liebre. <http://alfinliebre.blogspot.com/>.
- Korn, E. L., Graubard, B. I. y Midthune, D. (1997). Time-to-Event Analysis of Longitudinal Follow-up of a Survey: Choice of the Time-Scale. *American Journal of Epidemiology*, 145(1), 72-80.
- Krmpotic, C. y De Ieso, L. (2010). Los cuidados familiares. Aspectos de la reproducción social a la luz de la desigualdad de género. *Revista Katálysis*, 13(1), 95-101.
- Kupinsky, S. (1977). The Fertility of Working Women in the United States: Historical Trends and Theoretical Perspectives. En S. Kupinsky (ed.). *The Fertility of Working Women. A Synthesis of International Research* (pp. 188-249). Nueva York: Praeger.
- Lamas, M. (2016). Postergar la maternidad: dilema individual y síntoma cultural. En A. Saldaña, L. Venegasy y T. David (coords.). *¡A toda madre! Una mirada multidisciplinaria a las maternidades en México* (pp. 175-195). México: Secretaría de Cultura/Instituto Nacional de Antropología e Historia/Itaca/Universidad de Guanajuato.
- Laslett, P. (1965). *The World We Have Lost*. Londres: Methuen.
- Lawless, J. F. (2003). Censoring and Weighting in Survival Estimation from Survey Data. En Statistical Society of Canada (ssc), *Proceedings of the Survey Methods Section* (pp. 31-36). Annual Meeting, junio. https://ssc.ca/sites/default/files/survey/documents/SSC2003_J_Lawless.pdf.
- Lechuga Montenegro, J., Ramírez Argumosa, G. y Guerrero Tostado, M. (2018). Educación y género. El largo trayecto de la mujer hacia la modernidad en México. *Economía UNAM*, 15(43), 110-139. <https://doi.org/10.22201/fe.24488143e.2018.43.387>.

- Leite, P., Anjoa, M. A. y Rodríguez, M. (2009). Emigración mexicana a Estados Unidos: balance de las últimas décadas. En Consejo Nacional de Población (Conapo). *La situación demográfica de México 2009* (pp. 103-123). México: Conapo.
- Leppel, K. (1984). The Academic Performance of Returning and Continuing College Students: An Economic Analysis. *The Journal of Economic Education*, 15(1), 46-54.
- Lessault, D. (2013). La fabrique de l'immobilité. Réflexion critique à partir de travaux d'enquête menés à Dakar (Sénégal). *e-Migrinter*, 11, 21-27. <http://e-migrinter.revues.org/223>.
- Levy, R. y Widmer, E. D. (eds.) (2013). *Gendered Life Courses between Standardization and Individualization: A European Approach Applied to Switzerland*, vol. 18. Zürich: LIT Verlag.
- Levy, R., Gauthier, J. A. y Widmer, E. D. (2013). Trajectories between the Family and Paid Work. En R. Levy y E. D. Widmer (eds.). *Gendered Life Courses between Standardization and Individualization: A European Approach Applied to Switzerland* (pp. 71-92). Zürich: LIT Verlag.
- Lindstrom, D. P. y Brambila Paz, C. (2001). Alternative Theories of the Relationship of Schooling and Work to Family Formation: Evidence from Mexico. *Social Biology*, 48(3-4), 278-297. <https://doi.org/10.1080/19485565.2001.9989039>.
- Lloyd, C. (2005). Transitions to Adult Roles. En C. Lloyd (ed.). *Growing Up Global: The Changing Transitions to Adulthood in Developing Countries* (pp. 416-574). Washington, D. C.: The National Academies Press. <https://doi.org/10.17226/11174>
- Lomnitz, L. (1975). La marginalidad como factor de crecimiento demográfico. *Demografía y Economía*, 9(1), 65-76.
- López, J. (1999). *Evolución reciente del empleo en México*. México: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Serie Reformas Económicas, 29). https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/7477/1/S9900038_es.pdf.
- López Calva, L. F. (2019). Matando al desarrollo: la devastadora epidemia de crimen e inseguridad en América Latina y el Caribe. Blog del Director Graph for Thought. <http://www.latinamerica.undp.org/content/rblac/es/home/press-center/director-s-graph-for-thought/killing-development---the-devastating-epidemic-of-crime-and-inse.html>.

- López Velázquez, O. L. (2020). *Familias y movilidad educativa en el tiempo. ¿La familia pequeña vive mejor?* Tesis de maestría en Demografía. México: El Colegio de México.
- Lumley, T. (2004). Analysis of Complex Survey Samples. *Journal of Statistical Software*, 9(8), 1-19.
- Lumley, T. (2019). Survey: Analysis of Complex Survey Samples. R Package version 3.35-1.
- Mancini, F. (2016a). Cambios y continuidades en la movilidad laboral de la fuerza de trabajo femenina en México. *Notas de Población*, (102), 229-248.
- Mancini, F. (2016b). Movilidad individual y cambio social: transiciones laborales en tres generaciones de varones. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 457-486). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Mancini, F. (2017). Patrones transicionales en las trayectorias laborales de los jóvenes en la Ciudad de México: entre la desigualdad estructural y el cambio social. En P. Solís (ed). *Desigualdad, movilidad social y curso de vida en la ciudad de México* (pp. 181-248). México: El Colegio de México.
- Mancini, F. (2019). *Movilidad social intrageneracional y desigualdades de género en México*. México: Centro de Estudios Espinosa Yglesias.
- Mancini, F. (2021). Percepciones de incertidumbre, individualización y desigualdades sociales en Monterrey, México. *Estudios Sociológicos*, 39(116), 357-394. <https://doi.org/10.24201/es.2021v39n116.2012>.
- Marco Navarro, F. y Rodríguez Enríquez, C. (2010). Pasos hacia un marco conceptual sobre el cuidado. En S. Montaña Vi-reira y C. Calderón Magaña (coords.). *El cuidado en acción. Entre el derecho y el trabajo* (pp. 93-114). Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cuaderno de la CEPAL 94). <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/27848>.
- Marini, M. M. (1984a). The Order of Events in the Transition to Adulthood. *Sociology of Education*, 57(2), 63-84.

- Marini, M. M. (1984b). Women's Educational Attainment and the Timing of Entry into Parenthood. *American Sociological Review*, 49(4), 491-511.
- Márquez, C. y Mora, M. (2014). Inequidades de género y patrones de uso del tiempo: exploración a partir del desempleo encubierto. En B. García y E. Pacheco (coords.). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 509-569). México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Martínez, C. y Ramírez, G. (2016). Modelos de riesgos en competencia para el análisis de supervivencia con eventos recurrentes. *Revista Ingeniería UC*, 23(3), 280-289.
- Martínez, M. y Tapia-McClung, R. (2017). Variación espacial de la unión conyugal de los jóvenes en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 32(1), 131-161. <https://doi.org/10.24201/edu.v32i1.1710>.
- Martínez Salgado, M. (2010). *Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo XX*. Tesis de doctorado. El Colegio de México.
- Martínez Salgado, M. (2014). El inicio de la paternidad en el proceso de transición a la vida adulta en México. En M. Mora y O. de Oliveira (coords.). *Desafíos y paradojas. Los jóvenes frente a las desigualdades sociales* (pp. 71-101). México: El Colegio de México.
- Martínez Salgado, M. y Ferraris, S. A. (2016). Trabajo y masculinidad: el rol de proveedor en el México metropolitano. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.), *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 403-427). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Martínez Salgado, M. y Ferraris, S. A. (2021). Género y trabajo. El sostenimiento económico de los hogares en México. *Revista Latinoamericana de Población*, 15(28), 179-204. <https://doi.org/10.31406/relap2021.v15.i1.n28.7>.
- Marzonetto, G. y Rodríguez Enríquez, C. (2017). La coordinación institucional de políticas de cuidado infantil en la Argentina: desafío necesario para el abordaje de las desigualdades. *Cuadernos de Economía Crítica*, 4(7), 43-69.

- Masferrer, C. y Roberts, B. R. (2012). Going Back Home? Changing Demography and Geography of Mexican Return Migration. *Population Research and Policy Review*, 31(4), 465-496.
- Massey, D. S., Alarcón, R., Durand, J. y González, H. (1991). *Los ausentes: el proceso social de la migración internacional en el Occidente de México*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial (Colección Los noventa).
- Massey, D. S. y Espinosa, K. (1997). What's Driving Mexico-U.S. Migration? A Theoretical, Empirical and Policy Analysis. *American Journal of Sociology*, 102(4), 939-999. <http://www.jstor.org/stable/2782024>.
- Massey, D. S., Pren, K. A. y Durand, J. (2009). Nuevos escenarios de la migración México-Estados Unidos. Las consecuencias de la guerra antiinmigrante. *Papeles de Población*, 15(61), 101-128.
- Massey, D. S., Durand, J. y Pren, K. A. (2020). Lethal Violence and Migration in Mexico: An Analysis of Internal and International Moves. *Migraciones Internacionales*, 11. <https://doi.org/10.33679/rmi.v1i1.2282>.
- McCaa, R. (2003). El calli de los nahuas del México antiguo: hogar, familia y género. *Revista de Indias*, 63(227), 79-104.
- McGinn, K. L. y Eunsil, O. (2017). Gender, Social Class, and Women's Employment. *Current Opinion in Psychology*, 18, 84-88.
- Mejía, A. y Sosa, M. V. (2015). La unión conyugal como factor de contraste demográfico en México a principios del siglo XXI. Entre la postergación, la unión libre temprana y la desaceleración del crecimiento poblacional. En Consejo Nacional de Población (Conapo). *La situación demográfica de México 2015* (pp. 73-94). México: Conapo. http://www.conapo.gob.mx/en/CONAPO/La_Situacion_Demografica_de_Mexico_2015.
- Meron, M. y Widmer, I. (2002). Unemployment Leads Women to Postpone the Birth of Their First Child. *Population*, 57(2), 301-330.
- Mestries, F. (2006). Entre la migración internacional y la diversificación de cultivos. Los pequeños productores de café en dos localidades de Veracruz. *Sociológica* (México), 21(60), 75-107.
- Meyer, J. (1997). *La cristiada: la guerra de los Cristeros*. México: Siglo XXI Editores.

- Meza González, L. y Ramírez García, T. (2012). Inseguridad pública y migración internacional en México. En T. Ramírez García y M. A. Castillo (coords.). *México ante los recientes desafíos de la migración internacional* (pp. 269-298). México: Consejo Nacional de Población. <http://bibliotecasibe.ecosur.mx/sibe/book/000052750>.
- Mier y Terán, M. (1992). Descenso de la fecundidad y participación laboral femenina en México. *Notas de Población*, (56), 143-171.
- Mier y Terán M. (1996). The Impact of Mexico's Fertility Decline for Women's Participation in the Labour Force. En J. M. Guzmán (ed.). *The Fertility Transition in Latin America* (pp. 323-334). Oxford: Oxford Clarendon Press.
- Mier y Terán, M. (2004). Pobreza y transiciones familiares a la vida adulta en las localidades rurales de la península de Yucatán. *Población y Salud en Mesoamérica*, 2(1), 1-43. <https://doi.org/10.15517/PSM.V2I1.13953>.
- Mier y Terán, M. (2014). Pautas reproductivas: la escolaridad y otros elementos explicativos. En C. Rabell Romero (coord.). *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico* (pp. 306-349). México: Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, M. y Partida, V. (2001). Niveles, tendencias y diferenciales de la fecundidad en México, 1930-1997. En J. Gómez de León y C. Rabell (coords.). *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI* (pp. 168-203). México: Consejo Nacional de Población/Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, M. y Rabell, C. (2005). Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y los jóvenes. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno, R. (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 285-329). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Mier y Terán, M. y Rabell, C. (2014). La educación básica de 1895 a 2010. En C. Rabell Romero (coord.). *Los mexicanos*.

- Un balance del cambio demográfico* (pp. 594-640). México: Fondo de Cultura Económica.
- Mier y Terán, M., Videgain, A. K., Castro Méndez, N. y Martínez Salgado, M. (2016). Familia y trabajo: historias entrelazadas en el México urbano. En M-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, curso de vida y desigualdad social en México* (pp. 313-336). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Míguez, M. N. (coord.) (2017). *Cuidados en el Uruguay. Entre subjetividades y objetividades en el primer año de implementación del Programa de Asistentes Personales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Mills, C. (1995). Managerial and Professional Work-Histories. En T. Butler y M. Savage (eds.). *Social Change and the Middle Classes* (pp. 95-116). Londres: University College London Press.
- Mincer, J. (1978). Family Migration Decisions. *Journal of Political Economy*, 86(5), 749-773.
- Ministerio de Desarrollo Social (Mides) (2014). *Cuidados como Sistema. Propuesta para un modelo solidario y corresponsable de cuidados en Uruguay*. Montevideo: Mides.
- Miyawaki, C. E. (2016). Caregiving Practice Patterns of Asian, Hispanic, and Non-Hispanic White American Family Caregivers of Older Adults Across Generations. *Journal of Cross-Cultural Gerontology*, 31(1), 35-55.
- Moctezuma L., Miguel (2013). Retorno de migrantes a México: su reformulación conceptual. *Papeles de Población*, 19(77), 149-175.
- Montilva, M. (2008). Postergación de la maternidad de mujeres profesionales jóvenes en dos metrópolis latinoamericanas. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, 13(41), 69-79.
- Montoya, M. V. (2017a). *Los hogares en la crisis: trabajo y condiciones de vida en México, 2008-2010*. México: Comisión Económica para América Latina y el Caribe.
- Montoya, M. V. (2017b). Condiciones de vida de los hogares trabajadores en las zonas urbanas de México durante la crisis de 2008-2010. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.).

- Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI* (pp. 227-275). México: El Colegio de México.
- Mora S., M. y De Oliveira, O. (2009). Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades. *Estudios Sociológicos*, 27(79), 267-289.
- Mora, M. y De Oliveira, O. (2014). *Desafíos y paradojas. Los jóvenes frente a las desigualdades sociales*. México: El Colegio de México.
- Morrison, A. (1993). Violence or Economics: What Drive Internal Migration in Guatemala? *Economic Development and Cultural Change*, 41(4), 817-831.
- Muñoz, H. y De Oliveira, O. (1973). Migración interna y movilidad ocupacional en la Ciudad de México. *Demografía y Economía*, 7(2), 135-148.
- Muñoz, H., De Oliveira, O. y Stern, C. (coords.) (1977). *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*. México: El Colegio de México.
- Nahar, Q., Xenos, P. y Abalos, J. (2013). The Changing Transitions to Adulthood across Southeast Asia: A Census Approach to Cross-National Comparisons. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 646(1), 42-68. <https://doi.org/10.1177/0002716212469921>.
- Nájera, J. (2017). Hogares y trabajadores transfronterizos guatemaltecos en México: dinámica y organización familiar. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.). *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI* (pp. 457-510). México: El Colegio de México.
- Nájera, J., García, B. y Pacheco, E. (coords.) (2017). *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI*. México: El Colegio de México.
- Nathan, M. (2013). Inicio de la fecundidad en mujeres de Montevideo y área metropolitana: ¿postergación?, ¿polarización? *Revista Latinoamericana de Población*, 7(12), 33-54. <https://doi.org/10.31406/relap2013.v7.i1.n12.2>.
- Navarrete, F. (2008). *Los pueblos indígenas del México contemporáneo*. México: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas. <http://ru.ffyl.unam.mx/bitstream/>

- handle/10391/353/monografia_nacional_pueblos_indigenas_mexico.pdf;jsessionid=6D2496F1626E5A139A2B3B-D5BCEBF711?sequence=1.
- Negrete, M. E. (1990). La migración a la ciudad de México: un proceso multifacético. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 5(3, 15), 641-654.
- Negrete, M. E. (2010). Las metrópolis mexicanas: conceptualización, gestión y agenda de políticas. En G. Garza y M. Scheuingart (eds.). *Los grandes problemas de México. II: Desarrollo urbano y regional* (pp. 173-212). México: El Colegio de México.
- Negrete, M. E. y Salazar, H. (1986). Zonas metropolitanas en México, 1980. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 1(1), 97-124. <https://doi.org/10.24201/edu.v1i1.571>.
- Neugarte, B. (1973). Pattern of Aging: Past, Present and Future. *The Social Service Review*, 47(4), 571-280.
- Ojeda, N. (1989). *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas: un análisis sociodemográfico*. Cuernavaca: Universidad Nacional Autónoma de México-Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias.
- Ojeda, N. y González, E. (2008). Divorcio y separación conyugal en México en los albores del siglo XXI. *Revista Mexicana de Sociología*, 70(1), 111-145. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttextpid=S0188-25032008000100004.
- O'Rand, A. M. y Henretta, J. C. (1999). *Age and Inequality: Diverse Pathways Through Later Life*. APA, Washington: Westview Press.
- Organización Panamericana de la Salud (ops) (2008). *La economía invisible y las desigualdades de género: la importancia de medir y valorar el trabajo no remunerado*. Washington, D.C. : ops.
- Orozco, K. (2014). *El papel de las cargas domésticas y los arreglos familiares en el trabajo asalariado urbano de México, 2009*. Tesis de doctorado. México: El Colegio de México.
- Orozco, K. (2017). Reparto del trabajo doméstico y extradoméstico al interior de los arreglos familiares urbanos. En J. Nájera, B. García y E. Pacheco (coords.). *Hogares y trabajadores en México en el siglo XXI* (pp. 277-326). México: El Colegio de México.

- Osam, E. K., Bergman, M. y Cumberland, D. M. (2017). An Integrative Literature Review on the Barriers Impacting Adult Learners' Return to College. *Adult Learning*, 28(2), 54-60. <https://doi.org/10.1177/1045159516658013>.
- Osorio, J. y Beltrán, A. (2020). Enhancing the Detection of Criminal Organizations in Mexico using ML and NLP. Documento presentado en World Congress on Computational Intelligence (wcci) 2020. Glasgow: Institute of Electrical and Electronics Engineers. <https://ieeexplore.ieee.org/abstract/document/9207039>.
- Pacheco, E. (coord.) (2013). *Los cuidados y el trabajo en México: un análisis a partir de la Encuesta Laboral y de Corresponsabilidad Social (ELCOS, 2012)*. Cuaderno de Trabajo 40. México: Instituto Nacional de las Mujeres.
- Pacheco, E. (2018). El cuidado de personas desde una nueva concepción del trabajo. En *Memoria por el 35 Aniversario de El Colegio de Sonora* (pp. 47-55). Sonora: El Colegio de Sonora.
- Pacheco, E. y Flores, N. (2014). Entre lo rural y lo urbano. Tiempo y desigualdades de género. En B. García y E. Pacheco (coords.). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 263-324). México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Pacheco, E. Cuevas, L. y Pérez Amador, J. (2016). Debut ocupacional de los hijos varones según el empleo de sus padres. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 429-455). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Páez, O. y Zavala, M. E. (2016). Tendencias y determinantes de la fecundidad en México: las desigualdades sociales. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 45-76). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Pallas, A. M. (2004). Educational Transitions, Trajectories, and Pathways. En J. T. Mortimer y M. J. Shanahan (coords.). *Handbook of the Life Course* (pp. 165-184). Nueva York: Springer.

- Palma, I. S. (coord.) (2004). *Después de Nuestro Señor, Estados Unidos. Perspectivas de análisis del comportamiento e implicaciones de la migración internacional en Centroamérica*. Guatemala: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Palma, Y. y Echarri, C. (1992). La fecundidad en México: niveles actuales y tendencias. En H. Muñoz (coord.). *Población y sociedad en México* (pp. 15-53). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pan, Q. y Schaubel, D. E. (2008). Proportional Hazards Models Based on Biased Samples and Estimated Selection Probabilities. *The Canadian Journal of Statistics*, 36(1), 111-127.
- Pan, Q. y Schaubel, D. E. (2009). Evaluating Bias Correction in Weighted Proportional Hazards Regression. *Lifetime Data Analysis*, 15(1), 120-146.
- Papail, J. (2005). Remesas e Inversiones de los Migrantes de Retorno en el Centro-Occidente de México. En R. D. Wise y B. Knerr (coords.). *Contribuciones al análisis de la migración internacional y desarrollo regional en México* (pp. 319-332). México: Miguel Ángel Porrúa/LIX Legislatura-Cámara de Diputados/Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Park, S. (2011). Returning to School for Higher Returns. *Economics of Education Review*, 30(6), 1215-1228.
- Parrado, E. (2005). Economic Restructuring and Intra-Generational Class Mobility in Mexico. *Social Forces*, 84(2), 733-757.
- Parrado, E. (2006). Labor Force Dynamics and Occupational Attainment Across Three Cohorts of Women in Urban Mexico. En H. P. Blossfeld y H. Hofmeister (eds.). *Globalization, Uncertainty and Women's Careers: An International Comparison* (pp. 329-351). Cheltenham: Edward Elgar.
- Parrado, E. y Zenteno, R. (2005). Medio siglo de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo: cambio social, reestructuración y crisis económica en México. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 191-226). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.

- Partida, V. (1995). *Migración interna*. México: Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática/El Colegio de México/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Partida, V. (2008). *Proyecciones de los hogares y las viviendas de México y de las entidades federativas 2005-2050*. México: Consejo Nacional de Población.
- Partida, V. (2010). Migración interna. En B. García y M. Ordozica (eds.). *Los grandes problemas de México. I: Población* (pp. 325-361). México: El Colegio de México.
- Partida, V. (2019). Hace poco y no hace mucho. El efecto en la medición de la migración por cambios en la duración de la residencia. *Huellas de la Migración*, 4(7), 11-26.
- Pautassi, L. (2013). El trabajo de cuidar y el derecho al cuidado: ¿círculos concéntricos de la política social? *Cátedra Paralela*, 10, 65-92.
- Pedrero, M. (2009). *Valor económico del trabajo doméstico en México. Aportaciones de mujeres y hombres*. México: Instituto Nacional de las Mujeres/Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias/Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pedrero, M. (2014) Importancia del trabajo no remunerado: su medición y valoración mediante las encuestas de uso del tiempo. En B. García y E. Pacheco (coords.). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 53-114). México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Pedrero, M. (2018). *El trabajo y su medición. Mis tiempos. Antología de estudio sobre trabajo y género*. México: Porrúa.
- Pedrero, M. y Rendón, T. (1982). El trabajo de la mujer en México en los setenta. *Estudios sobre la Mujer*, 1, 437-457.
- Pereira, M. y Soloaga, I. (2016). Trampas de pobreza y desigualdad en México 1990-2000-2010. En A. Bebbington, J. Escobal, I. Soloaga y A. Tomaselli (eds.). *Trampas territoriales de pobreza, desigualdad y baja movilidad social: los casos de Chile, México y Perú* (pp. 167-230). México: Centro de Estudios Espinoza Yglesias.
- Pérez, A. (2006). *Perspectivas feministas en torno a la economía: el caso de los cuidados*. Madrid: Consejo Económico y Social.

- Pérez, A. (2010). *Global Care Chains: Toward a Rights-Based Global Care Regime?* Santo Domingo: United Nations International Research and Training Institute for the Advancement of Women.
- Pérez Amador, J. (2008). Análisis multiestado multivariado de la formación y disolución de las parejas conyugales en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 23(3), 481-511. <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v23i3.1319>.
- Pérez Baleón, F. y Lindstrom, D. (2014). El regreso a la escuela: evidencias para México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 29(3), 579-619.
- Pérez Baleón, F. y Lugo, M. (2021). *Diagnóstico nacional sobre el embarazo adolescente*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pérez Baleón, F. y Sánchez Bringas, A. (2022). El uso de la metodología de las trayectorias en estudios cualitativos en tiempos de pandemia. [En revisión].
- Pérez Martínez, M. G. (coord.) (2010). *La educación preescolar en México: condiciones para la enseñanza y el aprendizaje*. México: Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación.
- Piguet, E. (2013). Les théories des migrations. Synthèse de la prise de décision individuelle. *Revue Européenne des Migrations Internationales*, 29(3), 141-161. <http://journals.openedition.org/remi/6571>.
- Pintilie, M. (2007). *Competing Risks: A Practical Perspective*. Chichester: John Wiley and Sons.
- Poulain, M., Perrin, N. y Singletony A. (eds.) (2006). *Towards Harmonised European Statistics on International Migration*. Louvain-la-Neuve: Presses Universitaires de Louvain.
- Quilodrán, J. (1991). *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*. México: El Colegio de México.
- Quintana, L. y Salgado, U. (2016). Migración interna mexicana de 1990-2010: un enfoque desde la nueva geografía económica. *Problemas del Desarrollo*, 47(184), 137-162.
- R Core Team (2020). *R: A Language and Environment for Statistical Computing*. Viena: R Foundation for Statistical Computing. <http://www.R-project.org/>.

- Rabell, C. (coord.) (2009). *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Sociales/El Colegio de México.
- Rabell, C. y Gutiérrez, E. (2014). Grupos domésticos, hogares y familias en los censos de 1895 a 2010. En C. Rabell Romero (coord.). *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico* (pp. 225-268). México: Fondo de Cultura Económica.
- Ramírez García, T. y Aguado, D. (2013). Determinantes de la migración de retorno en México, 2007-2009. En Consejo Nacional de Población (Conapo). *La situación demográfica en México, 2013* (pp. 175-190). México: Conapo.
- Ramírez García, T. y Meza González, L. (2011). Emigración México-Estados Unidos: balance antes y después de la recesión económica estadounidense. En Consejo Nacional de Población (Conapo). *La situación demográfica de México 2011* (pp. 241-259). México: Conapo.
- Ramos, V. (2019). The de-Standardisation of the Life Course in Portugal. A Cross-Cohort Analysis Using Entropy Analysis. *Advances in Life Course Research*, 42, 1-11. <https://doi.org/10.1016/j.alcr.2019.100291>.
- Reher, D. S. (1998). Family Ties in Western Europe: Persistent Contrasts. *Population and Development Review*, 24(2), 203-234.
- Rendón, T. (2002). La división por sexo del trabajo en el México contemporáneo. En B. García (coord.). *Población y sociedad al inicio del siglo XXI* (pp. 319-374). México: El Colegio de México.
- Rendón, T. (2003). *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Programa Universitario de Estudios de Género.
- Rendón, T. y Salas, C. (1993). El empleo en México en los ochenta: tendencias y cambios. *Comercio Exterior*, 43(8), 717-730.
- Rinaldy, A. (2016). *Rester au village. Une génération à l'épreuve des changements économiques, politiques et familiaux au sud du Mexique (1943-2014)*. Tesis de doctorado en Sociología. París: Université Paris Sorbonne.

- Rindfuss, R. R., Swicegood, C. G. y Rosenfeld, R. A. (1987). Disorder in the Life Course: How Common and Does it Matter? *American Sociological Review*, 52(6), 785-801.
- Rios Contreras, V. (2014). The Role of Drug-Related Violence and Extortion in Promoting Mexican Migration: Unexpected Consequences of a Drug War. *Latin American Research Review*, 49(3), 199-217.
- Riosmena, F. y Massey, D. (2012). Pathways to El Norte: Origins, Destinations, and Characteristics of Mexican Migrants to the United States. *International Migration Review*, 46(1), 3-36.
- Rivera, L. (2013). Migración de retorno y experiencias de reinserción en la zona metropolitana de la Ciudad de México. *Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, 21(41), 55-76.
- Rivero Fuentes, E. y Valdivia López, M. (2017). A Spatial Computational Hybrid Model to Understand the Level of Migration Across Metropolitan Areas in Mexico. *Carta Económica Regional*, (119), 47-77. <http://www.cartaeconomicaregional.cucea.udg.mx/index.php/CER/article/view/7088>.
- Robette, N. (2011). *Explorer et décrire les parcours de vie: les typologies de trajectoires*. París: Université Paris Descartes, CEPED. <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-01016125>.
- Robette, N., Thibault, N. y Dutreuilh, C. (2008). Comparing Qualitative Harmonic Analysis and Optimal Matching: An Exploratory Study of Occupational Trajectories, *Population*, 63(4), 533-556.
- Robichaux, D. (2002). El sistema familiar mesoamericano y sus consecuencias demográficas: un régimen demográfico en el México indígena. *Papeles de Población*, 8(32), 59-94. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252002000200004&lng=es&tylng=es.
- Robichaux, D. (2005). Principios patrilineales en un sistema bilateral de parentesco: residencia, herencia y el sistema familiar mesoamericano. En D. Robichaux (comp.). *Familia y parentesco en México y Mesoamérica: unas miradas antropológicas* (pp. 167-272). México: Universidad Iberoamericana.
- Robichaux, D. (2007). Sistemas familiares en culturas subalternas de América Latina: una propuesta conceptual y un bosquejo

- preliminar. En D. Robichaux (comp.) *Familia y diversidad en América Latina. Estudios de casos* (pp. 27-75). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Rocha, I., Rausch, R. B. y Hein, N. (2012). Scientific Production of Entropy and Information Theory in Brazilian Journals. *Journal of Information Systems and Technology Management*, 9(2), 307-322. <https://doi.org/10.4301/S1807-17752012000200006>.
- Rodríguez, D. y Cooper, J. (comps.) (2005). *El debate sobre el trabajo doméstico. Antología*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Rodríguez Enríquez, C. y Marzonetto, G. (2015). Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina. *Perspectivas de Políticas Públicas*, 4(8), 103-134.
- Rodríguez Enríquez, C., Marzonetto, G. y Alonso, V. (2019). Organización social del cuidado en la Argentina. *Estudios del Trabajo. Revista de la Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo*, (58). <https://ojs.aset.org.ar/revista/article/view/53>.
- Rojas, O. (2012). Masculinidad y vida conyugal en México. Cambios y persistencias. *GéneRoos. Revista de Investigación y Divulgación sobre los Estudios de Género*, 18(10), 79-104.
- Rojas, O. y Castrejón, J. L. (2011). Género e iniciación sexual en México. Detección de diversos patrones por grupos sociales. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 26(1), 75-111. <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/1398>.
- Rojas, O. y Martínez, M. (2014). Uso del tiempo en el ámbito doméstico entre los padres mexicanos. En B. García y E. Pacheco (coords.). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 433-470). México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Rosas, C. A. (2008). *Varones al son de la migración: migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. México: El Colegio de México.
- Rotnitzky, A. y Robins, J. (2015). Inverse Probability Weighted Estimation in Survival Analysis. <https://www.researchgate>.

- net/publication/267377625_Inverse_probability_weighted_estimation_in_survival_analysis.
- Ruiz, C. (1999). La economía y las modalidades de la urbanización en México: 1940-1990. *Economía, Sociedad y Territorio*, 2(5), 1-24.
- Ruiz, C. (2000). Desigualdades regionales en México, 1900-1993. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 15(3, 45), 533-582.
- Ruiz Muñoz, M. M. (2011). Voces y rostros de la vida escolar en las secundarias para trabajadores. Una modalidad inclusiva. En XI Congreso Nacional de Investigación Educativa. México: Universidad Iberoamericana. http://ri.ibero.mx/bitstream/handle/ibero/4215/RMMM_Conf_01.pdf?sequence=1&isAllowed=y.
- Ruiz Muñoz, M. M. (2012). *La secundaria para trabajadores vista a través de sus estudiantes: voces de la exclusión desde la otra educación*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación.
- Rulfo, J. (1953). *Luvina*. México: Instituto Nacional Indigenista [1987] (Cuadernos Literarios Lengua Tlapaneca 5-5). <https://narrativabreve.com/2013/09/cuento-breve-rulfo-luvina.html>.
- Salazar Cruz, L. M. y Álvarez Lobato, J. A. (2018). Violencia y desplazamientos forzados en México. *Cuicuilco. Revista de Ciencias Antropológicas*, 25(73), 19-37.
- Salazar Cruz, L. M. y Castro Ibarra, J. M. (2014). Tres dimensiones del Desplazamiento Interno Forzado en México. *El Cotidiano*, (183), 57-66.
- Samuel, O. y Sebillé, P. (2005), La nupcialidad en movimiento. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX* (pp. 41-64). Tijuana/ Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Sandefur, G. D., Eggerling-Boeck, J. y Park, H.-J. (2005). Off to a Good Start? Postsecondary Education and Early Adult

- Life. En R. A. Settersten Jr., F. F. Furstenberg Jr. y R. G. Rumbaut (coords.). *On the Frontier of Adulthood: Theory, Research, and Public Policy* (pp. 292-319). Chicago: University of Chicago Press.
- Santoyo, L. y Pacheco, E. (2014). El uso del tiempo de las personas en México según tipo de hogar. Una expresión de las desigualdades de género. En B. García y E. Pacheco (coords.). *Uso del tiempo y trabajo no remunerado en México* (pp. 171-220). México: El Colegio de México/ONU-Mujeres/Instituto Nacional de las Mujeres.
- Saraví, G. (2009). Desigualdad en las experiencias y sentidos de la transición escuela-trabajo. *Papeles de Población*, 15(59), 83-118.
- Savickas, M. L. (2002). Reinvigorating the Study of Careers. *Journal of Vocational Behavior*, 61(3), 381-385.
- Scagliola, A. (2011). El tiempo de la justicia social: la hora de los cuidados. En M. Nieves Rico (coord.) *El desafío de un sistema nacional de cuidados para el Uruguay* (pp. 13-14). Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia/Fondo de Población de las Naciones Unidas (Serie Seminarios y Conferencias 66). https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/35322/S1100468_es.pdf?sequence=1&isAllowed=y.
- Schoeni, R. F. y Ross, K. E. (2005). Material Assistance from Families During the Transition to Adulthood. En R. A. Settersten Jr., F. F. Furstenberg y R. G. Rumbaut (eds.). *On the Frontier of Adulthood: Theory, Research, and Public Policy* (pp. 396-416). Chicago: University of Chicago Press.
- Sebille, P. (2005). Primeras etapas de la vida familiar y trayectorias. En M.-L. Coubès, M. E. Zavala y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 357-394). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Sebille, P. (2014). La historia migratoria de los residentes urbanos de hoy. *Coyuntura Demográfica*, (6), 51-57.

- Sebille, P. (2016). La migración en México: ¿una historia de familia?, ¿un asunto de género? En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 255-279). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Secretaría de Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (Sedatu) (2015). *Regionalización Funcional de México. Metodología*. México: Sedatu.
- Segalen, M. (1992). *Sociologie de la famille*. París: Armand Colin.
- Sen, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Planeta.
- Shalev, M. (2009). Class Divisions among Women. En J. C. Gornick y M. K. Meyers (dirs.). *Gender Equality. Transforming Family Divisions of Labor* (pp. 255-282). Londres: Verso (The Real Utopias Project VI).
- Snipp, M. (1985). Occupational Mobility and Social Class: Insights from Men's Career Mobility. *American Sociological Review*, 50(4), 475-493.
- Sobрино, J. (2003). *Competitividad de las ciudades en México*. México: El Colegio de México.
- Sobрино, J. (2011). Urbanización en México: evolución contemporánea y prospectiva al año 2030. En E. Cabrero Mendoza (coord.). *Ciudades mexicanas. Desafíos en concierto* (pp. 65-115). México: Fondo de Cultura Económica/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Sobрино, J. (2014). Migración interna y tamaño de localidad en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 29(3), 443-480.
- Solís, P. (2012). Desigualdad social y transición de la escuela al trabajo en la Ciudad de México. *Estudios Sociológicos*, 30(90), 641-680.
- Solís, P. (2013a). Guía práctica de análisis de historia de eventos en Stata. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos.
- Solís, P. (2013b). Desigualdad vertical y horizontal en las transiciones educativas en México. *Estudios Sociológicos*, 31(extraordinario), 63-95.
- Solís, P. (2013c). Un índice de orígenes sociales para la EDER 2011. Presentación de la construcción de la variable Índice Origen Social (ios). Mimeo.

- Solís, P. (2016). De joven a adulto en familia: trayectorias de emancipación familiar en México. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 193-222). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Solís, P. (2017a). *Discriminación estructural y desigualdad social. Con casos ilustrativos para jóvenes indígenas, mujeres y personas con discapacidad*. México: Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Comisión Nacional para Prevenir la Discriminación/Secretaría de Gobernación.
- Solís, P. (2017b). Movilidad intergeneracional ocupacional y económica en la Ciudad de México. En P. Solís (ed.). *Desigualdad, movilidad social y curso de vida en la Ciudad de México* (pp. 19-54). México: El Colegio de México.
- Solís, P. (2018). *Barreras estructurales a la movilidad social intergeneracional en México: un enfoque multidimensional*. México: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Serie Estudios y Perspectivas).
- Solís, P. y Blanco, E. (2014a). La desigualdad en las trayectorias educativas y laborales de los jóvenes de la Ciudad de México: un panorama general. En E. Blanco, P. Solís y H. Robles (coords.). *Caminos desiguales: trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México* (pp. 21-37). México: El Colegio de México/Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación. <https://libros.colmex.mx/wp-content/plugins/documentos/descargas/P1C230.pdf>.
- Solís, P. y Blanco, E. (2014b) ¿Relación duradera o divorcio? El vínculo entre escolaridad y transiciones ocupacionales tempranas en un contexto de deterioro laboral. En E. Blanco, P. Solís y H. Robles (coords.). *Caminos desiguales: trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México* (pp. 107-129). México: El Colegio de México/Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación. <https://libros.colmex.mx/wp-content/plugins/documentos/descargas/P1C230.pdf>.
- Solís, P. y Boado, M. (coords.) (2016). *Y sin embargo se mueve... Estratificación social y movilidad intergeneracional de clase en América Latina*. México: El Colegio de México/Centro de Estudios Espinoza Yglesias.

- Solís, P. y Ferraris, S. (2014). Nuevo siglo: ¿nuevas pautas de formación y disolución de uniones? En C. Rabell Romero (coord.). *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico* (pp. 269-305). México: Fondo de Cultura Económica.
- Solís, P., Gayet, C. y Juárez, F. (2008). Las transiciones a la vida sexual, a la unión conyugal y a la maternidad en México: cambios en el tiempo y estratificación social. En S. Lerner e I. Szasz (coords.). *Salud reproductiva y condiciones de vida en México* (pp. 397-428). México: El Colegio de México.
- Solís, P., Cerrutti, M., Giorguli, S. E., Benavides, M. y Binstock, G. (2008). Patrones y diferencias en la transición escuela-trabajo en Buenos Aires, Lima y la Ciudad de México. *Revista Latinoamericana de Población*, 1(2), 127-146. <https://www.re-dalyc.org/articulo.oa?id=3238/323827302006>.
- Solís, P., Chávez Molina, E. y Cobos, D. (2019). Class Structure, Labor Market Heterogeneity, and Living Conditions in Latin America. *Latin American Research Review*, 54(4), 854-876.
- Sosa Sánchez, I. y Menkes Bancet, C. (2019). Embarazo adolescente en mujeres de lengua indígena y con pertenencia étnica en México. Un análisis a partir de la Enadid 2014. *Sociológica* (México), 34(98), 59-84. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732019000300059&lng=es&tlng=es.
- StataCorp (2017). *Stata Survey Data Reference Manual*. Release 15. Estados Unidos: StataCorp LLC. <https://www.stata.com/bookstore/survey-data-reference-manual>.
- Stavenhagen, R. (2010). *Los pueblos originarios: el debate necesario*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Steele, F. (2011). Multilevel Discrete-Time Event History Models with Applications to the Analysis of Recurrent Employment Transitions. *Australian and New Zealand Journal of Statistics*, 53(1), 1-20.
- Stern, C. (1997). El embarazo en la adolescencia como problema público: una visión crítica. *Salud Pública de México*, 39(2), 137-143. 1.10.1590/S0036-36341997000200008.

- Stern, C. y Menkes, C. (2008). Embarazo adolescente y estratificación social. En S. Lerner e I. Szasz (coords.). *Salud reproductiva y condiciones de vida en México* (pp. 347-396). México: El Colegio de México.
- Suárez, L. (1992). Trayectorias laborales y reproductivas: una comparación entre México y España. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 7(2), 359-375.
- Sucre, F. (2016). Reinserción escolar para jóvenes vulnerables en América Latina. The Dialogue: Leadership in the Americas/ Diálogo Interamericano. Washington: Inter-American Dialogue. <https://www.thedialogue.org/wp-content/uploads/2016/11/Nota-tecnica-Jovenes-vulnerables-FINAL.pdf>.
- Surkyn, J. y Lesthaeghe, R. (2004). Value Orientations and the Second Demographic Transition (SDT) in Northern, Western and Southern Europe: An Update. *Demographic Research. Special Collection*, 3(3), 45-86. www.demographic-research.org/special/3/3/.
- Sweet, S. y Moen, P. (2007). Integrating Educational Careers in Work and Family: Women's Return to School and Family Life Quality. *Community, Work and Family*, 10(2), 231-250.
- Tabah, L. y Zavala Cosío, M. (1970). Medición de la migración interna a través de la información censal: el caso de México. *Demografía y Economía*, 4(1), 43-84.
- Teachman, J. D. y Paasch, K. (1989). Returning to School after Marriage: Results for Whites and Blacks. *Sociological Forum*, 4(3), 423-433.
- Therneau, T. M. y Grambsch, P. M. (2000). *Modeling Survival Data: Extending the Cox Model*. Nueva York: Springer.
- Thompson, M. E. (2015). Using Longitudinal Complex Survey Data. *The Annual Review of Statistics and Its Application*, 2, 305-320.
- Toft, M. (2019). Mobility Closure in the Upper Class: Assessing Time and Forms of Capital. *The British Journal of Sociology*, 70(1), 109-137.
- Torche, F. (2015). Diferencias de género en la movilidad intergeneracional en México. En R. Vélez, J. Huerta y R. Campos (eds.). *México, ¿el motor inmóvil?* (pp. 393-422). México: Centro de Estudios Espinoza Yglesias.

- Triano, M. (2012). Desigualdad de oportunidades y trayectorias ocupacionales en tres cohortes de hombres y mujeres en la ZMVM. En R. Campos, J. Huerta y R. Vélez (eds.). *Movilidad social en México: Constantes de la desigualdad* (pp. 125-176). México: Centro de Estudios Espinoza Yglesias.
- Tuirán, R. (1993). Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México. En Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal). *Cambios en el perfil de las familias: la experiencia regional* (pp. 319-354). Santiago de Chile: Cepal.
- Tuirán, R. (2001). Estructura familiar y trayectorias de vida en México. En C. Gomes (comp.). *Procesos sociales, población y familia. Alternativas teóricas y empíricas en las investigaciones sobre vida doméstica* (pp. 23-65). México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Tuirán, R. y Ávila, J. L. (2010). La migración México-Estados Unidos, 1940-2010. En F. Alba, M. A. Castillo y G. Verdusco (coords.). *Los grandes problemas de México. III: Migraciones internacionales* (pp. 93-134). México: El Colegio de México.
- Ullmann, H., Maldonado, C. y Nieves Rico, M. (2014). *La evolución de las estructuras familiares en América Latina, 1990-2010. Los retos de la pobreza, la vulnerabilidad y el cuidado*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.
- Unikel, L., Ruiz, C. y Garza, G. (1976). *El desarrollo urbano en México: diagnóstico e implicaciones futuras*. México: El Colegio de México.
- United Nations Statistical Yearbook (annual). Nueva York: United Nations. <https://www.un-ilibrary.org/content/periodicals/24121436>
- Universidad de Princeton y Universidad de Guadalajara (2020). Proyecto sobre Migración Mexicana (MMP). Estados Unidos/México: Universidad de Princeton/Universidad de Guadalajara. <https://mmp.opr.princeton.edu/home-es.aspx>.
- Valenzuela, M. (2003). Desigualdad de género y pobreza en América Latina. En M. Valenzuela (ed.). *Mujeres, pobreza y mercado de trabajo. Argentina y Paraguay* (pp. 15-66). Santiago de Chile: Organización Internacional de Trabajo.

- Van de Kaa, D. (1987). Europe's Second Demographic Transition. *Population Bulletin*, 42(1), 3-55.
- Van Young, E. (1992). Introduction: Are Regions Good to Think? En E. Van Young (ed.). *Mexico's Regions: Comparative History and Development*. San Diego: University of California-San Diego/Center for U.S.-Mexican Studies (U.S.-Mexico Contemporary Perspectives Series, 4).
- Varela Llamas, R., Ocegueda Hernández, J. M. y Castillo Ponce, R. A. (2016). Migración interna en México y causas de su movilidad. *Perfiles Latinoamericanos*, 25(49), 141-167.
- Vargas, E. y Orraca, P. (2019). La reinserción en la escuela y su vinculación con la vida familiar y laboral de tres generaciones en México. *Papeles de Población*, 24(97), 227-254. <https://rppoblacion.uaemex.mx/article/view/10006>.
- Vasconcelos, J. (1925). *La raza cósmica: misión de la raza iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*. Madrid: Agencia Mundial de Librería.
- Vásconez, A. (2012). Mujeres, hombres y las economías latinoamericanas: un análisis de dimensiones y políticas. En V. Esquivel (ed.). *La economía feminista desde América Latina. Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (pp. 42-97). Santo Domingo: ONU-Mujeres. <https://mexico.unwomen.org/es/digiteca/publicaciones/2012/6/la-economia-feminista-desde-america-latina>.
- Vázquez, G. (2014). La identidad étnica sobre los estudios longitudinales. En L. Rodríguez y J. Antón (orgs.) *La población afrodescendiente e indígena en América Latina, puntos de reflexión para el debate sobre Cairo+20* (pp. 115-130). Belo Horizonte: Asociación Latinoamericana de Población.
- Vázquez, G. (2016). Poblaciones indígenas urbanas en México y su comportamiento reproductivo. En M.-L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (pp. 60-84). México/Tijuana: El Colegio de México/El Colegio de la Frontera Norte.
- Vázquez, G. (2019). La fecundidad de los grupos étnicos en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 34(3), 497-534.

- Vecchio, N., Radford, K., Fitzgerald, J., Comans, T., Harris, P. y Harris, N. (2018). Intergenerational Care: An Exploration of Consumer Preferences and Willingness to Pay for Care. *Aging y Mental Health*, 22(8), 996-1004.
- Verduzco, G. (2010). Las regiones de México ante las migraciones a Estados-Unidos. En F. Alba, M. A. Castillo y G. Verduzco (eds.). *Los grandes problemas de México. III: Migraciones internacionales* (pp. 165-193). México: El Colegio de México.
- Vieira, J. M. y Miret, P. (2010). Transición a la vida adulta en España: una comparación en el tiempo y en el territorio utilizando el análisis de entropía. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (131), 75-107.
- Vilalta, C. (2010). Evolución de las desigualdades regionales, 1960-2020. En G. Garza y M. Schteingart (eds.). *Los grandes problemas de México. II: Desarrollo urbano y regional* (pp. 87-126). México: El Colegio de México.
- Villafuerte Solís, D. y García Aguilar, M. C. (2004). Pobreza y migración en la sierra de Chiapas. *LiminaR*, 2(1), 81-93.
- Villoro, L. (1996). *Los grandes momentos del indigenismo en México*. México: El Colegio de México/El Colegio Nacional/Fondo de Cultura Económica.
- Wade, P. (2008). Race in Latin America. En D. Poole (ed.). *A Companion to Latin American Anthropology* (pp. 175-192). Malden: Wiley-Blackwell. <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/pdf/10.1002/9781444301328.ch9>.
- Welti, C. (2005). Inicio de la vida sexual y reproductiva. *Papeles de Población*, 11(45), 143-176. <https://www.redalyc.org/pdf/112/11204507.pdf>.
- Welti, C. (2012). Análisis de la fecundidad en México con los datos del Censo de Población y Vivienda 2010. *Papeles de Población*, 18(73), 1-31. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-74252012000300004.
- Williams, W. y Lance, G. (1965). Logic of Computer-Based Intrinsic Classifications. *Nature*, 207, 159-161. <https://doi.org/10.1038/207159a0>.
- Wood, Ch. H., Gibson, Ch. L., Ribeiro, L. y Hamsho-Díaz, P. (2010). Crime Victimization in Latin America and Inten-

- tions to Migrate to the United States. *International Migration Review*, 44(1), 3-24.
- Yaschine, I. (2017). El proceso de estratificación ocupacional de los habitantes de la Ciudad de México. ¿Igual para mujeres y hombres? En P. Solís (ed.). *Desigualdad, movilidad social y curso de vida en la ciudad de México* (pp. 55-96). México: El Colegio de México.
- Zamora Ramos, E. y González Rosas, J. (2014). *Índice Absoluto de Intensidad Migratoria. México-Estados Unidos 2000-2010*. México: Consejo Nacional de Población.
- Zavala de Cosío, M. E. (1992). *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*. México: Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México.
- Zavala de Cosío, M. E. (2005). Las tendencias de la fecundidad en los tres grupos de generaciones urbanas y rurales según el sexo. En M. L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (pp. 97-119). Tijuana/Monterrey: El Colegio de la Frontera Norte/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey-Escuela de Gobierno y Transformación Pública/Miguel Ángel Porrúa.
- Zavala de Cosío, M. E. (2014). La transición demográfica de 1895-2010: ¿una transición original? En C. Rabell (coord.). *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico* (pp. 80-114). México: Fondo de Cultura Económica.
- Zavala de Cosío, M. E. (2020). La diversidad social de la fecundidad en México. En S. Giorguli y L. J. Sobrino (eds.). *Dinámica demográfica de México en el siglo XXI*, vol. 1 (pp. 283-324). México: El Colegio de México-Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales.
- Zavala de Cosío, M. E. y Páez, O. (2013). El retraso en la salida de la escuela no pospone la maternidad en México. *Coyuntura Demográfica*, (4), 13-19.
- Zenteno, R., Giorguli Saucedo, S. y Gutiérrez, E. (2013). Mexican Adolescent Migration to the United States and Transitions to Adulthood. *The Annals of the American Academy*

- of Political and Social Science*, 648(1), 18-37. <https://doi.org/10.1177/0002716213481189>.
- Zúñiga, E., Leite, P. y Acevedo, L. (2005). *Migración México-Estados Unidos. Panorama regional y estatal*. México: Consejo Nacional de Población.

SEMBLANZAS DE AUTORES

CEDILLO VILLAR, ROSA ELVIRA

Doctora en Estudios de Población y maestra en Demografía por El Colegio de México, y licenciada en Sociología y Derecho por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Académica en la Universidad Anáhuac y la Facultad de Estudios Superiores-Aragón (FES-Aragón), de la UNAM. Líneas de investigación: migración, educación, mercados de trabajo, cuidados y mortalidad. Publicaciones recientes: (2016). Flexibilidad geográfica y laboral de los migrantes mexicanos en el mercado de trabajo estadounidense, 2005-2010. En M. I. Angoa, A. Sánchez e I. Aguilar (coords.). *Caleidoscopio de la ciudad contemporánea. Economía, sociedad y medio ambiente* (pp. 239-263). Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Altres Costa-Amic Editores. Disponible en <http://www.eco.buap.mx/publicaciones/libros/caleidoscopio.pdf>. Correo electrónico: ecedillo@colmex.mx. <https://orcid.org/0000-0002-6834-362X>.

COUBÈS, MARIE-LAURE

Doctora en Demografía por la Université Paris Nanterre. Es profesora-investigadora del Departamento de Estudios de Población de El Colegio de la Frontera Norte, Tijuana. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). De 2010 a 2018 fue coordinadora de las Encuestas sobre Migración en las Fronteras norte y sur de México (EMIF Norte y EMIF Sur). Líneas de

investigación: empleo, movilidades y estudio biográfico en una perspectiva socio-demográfica. Ha enseñado cursos de posgrado en las áreas del análisis demográfico, estudios del empleo, análisis de las biografías y metodología de la investigación. Correo electrónico: mcoubes@colef.mx.

DAMIÁN HERNÁNDEZ, GERARDO

Doctor en Ciencias Políticas y Sociales con orientación en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Es profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPys) de la UNAM. Imparte cursos sobre metodología y teoría sociológica. Líneas de investigación principales: riesgo, incertidumbre e individualización; procesos intergeneracionales; desigualdad y curso de vida; juventud, educación y trabajo. Correo electrónico: damian.adsum@gmail.com.

DEMORAES, FLORENT

Doctor en Geografía por la Université de Savoie (Francia). Profesor-investigador en Université Rennes 2 e investigador en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), Espaces et Sociétés (ESO) (UMR 6590). Imparte los fundamentos del análisis espacial y sus aplicaciones en los ámbitos de la planificación territorial y la movilidad, y el procesamiento avanzado de datos con SIG. Desde 2020 es residente del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) en Bogotá. Líneas de investigación: en las metrópolis latinoamericanas, estudia la relación que los individuos mantienen con la ciudad según su lugar de residencia, su posición en la jerarquía social y su etapa biográfica. Codirige el programa ANR Modural “Prácticas de movilidad sostenible en Bogotá y Lima”. Correo electrónico: florent.demoraes@univ-rennes2.fr. <https://orcid.org/0000-0001-6113-9960>.

FERRARIS, SABRINA

Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA) y especialista en Demografía Social por la Universidad Nacional de Luján. Actualmente es investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet)

en el Instituto Interdisciplinario de Economía Política (IIEC) (UBA-Conicet), docente en la Facultad de Ciencias Sociales, de la UBA e investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la misma institución; miembro del Programa de Estudios sobre Juventud, Educación y Trabajo (PREJET) en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS) del Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES). Líneas de investigación: transiciones a la vida adulta, familia y curso de vida, análisis longitudinal cuantitativo, trabajo remunerado y no remunerado, jóvenes, inserción sociolaboral y políticas públicas. Correo electrónico: sabrina.ferraris@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0003-3258-228X>.

GUÉRIN-PACE, FRANCE

Doctora en Geografía por la Université de Paris-Diderot. Directora de investigación en la unidad de investigación Mobilité, Parcours et Territoires, del Institut National d'Études Démographique (INED) y vicedirectora del Colegio Internacional de las Ciencias del Territorio (CIST). Sus campos de investigación se centran en la relación entre las poblaciones y los territorios, a diferentes escalas geográficas y sociales, tanto en el Norte como en el Sur. Sus principales trabajos abordan: la movilidad, los espacios de vida de las poblaciones, las trayectorias migratorias en relación con las dinámicas territoriales y las identidades y pertenencias territoriales de la población. Correo electrónico: guerin@ined.fr.

GUTIÉRREZ VÁZQUEZ, EDITH YOLANDA

Profesora-investigadora y directora del Centro de Estudios de Población del Departamento de Estudios Regionales de la Universidad de Guadalajara. Es doctora en Demografía y en Sociología por la Universidad de Pennsylvania. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) y fue Premio Nacional Gustavo Cabrera a la mejor tesis de maestría en demografía y población 2010. Líneas de investigación: migración internacional e interna, hogares, género y familia, y cambios sociodemográficos y desigualdades. Correo electrónico: edith.gutierrez@cucea.udg.mx. <https://orcid.org/0000-0002-1443-6353>.

HERNÁNDEZ JABALERA, ANAIRIS

Maestra en Demografía por El Colegio de México y candidata a doctora por la Brown University. Ha sido consultora para organizaciones nacionales e internacionales y ha contribuido a proyectos editoriales en temas de demografía, migración, uso del tiempo y género. Líneas de investigación: desigualdad, migración, género y movilidad ocupacional en México y América Latina. Publicaciones recientes: en coautoría con D. Lindstrom y S. Giorguli (2020). Migration, Family Formation and Fertility in the Americas. *International Migration Review*. Correo electrónico: anairis_hernandez_jabalera@brown.edu.

LINDSTROM, DAVID P.

Doctor en Sociología con especializaciones en Demografía y Estadística por la University of Chicago. Es profesor de Sociología y miembro del Population Studies and Training Center (PSTC) de la Brown University (Providence, Estados Unidos). Actualmente es director del Proyecto de Migración Mesoamericana (MMP). Su investigación examina los determinantes y las consecuencias de la migración en las sociedades económicamente en desarrollo, la transición a la adultez y la salud reproductiva. Sus proyectos de investigación en México, Guatemala y Etiopía han estado financiados por los institutos nacionales de Salud, la Fundación Nacional de Ciencia, RAND, la Fundación Packard y la Fundación Compton. Correo electrónico: david_lindstrom@brown.edu. <https://orcid.org/0000-0003-4453-3506>.

LORENZO HOLM, VIRGINIA

Candidata a doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México. Obtuvo su maestría en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) México. Se licenció en Sociología por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República (Uruguay) y se especializó en Jóvenes, Educación y Trabajo por la Flacso Argentina. Actualmente se desempeña como investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la Universidad

Nacional Autónoma de México (UNAM) para el proyecto sobre dimensiones sociales y económicas de la desigualdad en México en el contexto de la pandemia. Líneas de investigación: desigualdades sociales y de género. Correo electrónico: vlorenzo@colmex.mx.

LUGO, MARIANA

Maestra en Demografía por El Colegio de México y licenciada en Sociología por la Universidad de Guanajuato, campus León. Actualmente cursa el doctorado en Estudios Feministas en la Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco (UAM-Xochimilco). Es profesora de asignatura interina en la Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Líneas de investigación: maternidades y paternidades. Publicación reciente: F. Pérez Baleón y M. Lugo (coords.) (2020). *Los clarososcuros del embarazo en la adolescencia. Un enfoque cuantitativo*. México: UNAM/Orfila. Correo electrónico: ggfabiola@hotmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-1028-5033>.

MANCINI, FIORELLA

Doctora en Ciencia Social con especialidad en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México. Es Investigadora Titular en el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde el 2013 es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Es también profesora y tutora del Posgrado en Ciencias Políticas y Sociales en el Seminario de Investigación de Tesis y Metodología de la UNAM desde 2010. Líneas de investigación principales: incertidumbre y riesgos sociales; mercados laborales en América Latina; desigualdad y movilidad social intrageneracional. Correo electrónico: fioremancini@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-9945-4015>.

MARTÍNEZ SALGADO, MARIO

Doctor en Estudios de Población y maestro en Demografía, ambos por El Colegio de México, y actuario por la Facultad de Cien-

cias, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente es investigador de tiempo completo en la Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales (UDIR) de la Coordinación de Humanidades de la UNAM. Ha impartido cursos a nivel licenciatura y posgrado sobre dinámica poblacional y sobre distintos tópicos de estadística y metodología cuantitativa en la UNAM, El Colegio de México y la Universidad Anáhuac. Líneas de investigación: familia y curso de vida, uso del tiempo y trabajo no remunerado, métodos de investigación social cuantitativos. Correo electrónico: mmartinez@enesmorelia.unam.mx. <https://orcid.org/0000-0002-8979-0250>.

PÁEZ, OLINCA

Maestra en Demografía por El Colegio de México y doctoranda en Ciencias de la Salud Pública por la Universidad de Guadalajara. Cuenta con diplomados en Género, Sexualidad y Derecho y Gobierno, Gestión y Políticas Públicas, por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE-Región Centro). Obtuvo el segundo lugar del Premio Nacional de Investigación Social y de Opinión Pública 2012 y en 2018 fue beneficiaria del ISI-World Bank Trust Fund for Statistical Capacity Building. Participó en el SLLS Summer School 2019 on Longitudinal and Life Course Research (Université de Genève) con el objetivo de desarrollar una línea de investigación sobre la diferenciación de las trayectorias vitales por género y su impacto en el bienestar de las poblaciones. Desde septiembre de 2014 es subdirectora de Investigación de Información Econométrica en el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi). Correo electrónico: olincapd@hotmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-7336-832X>.

PÉREZ BALEÓN, FABIOLA

Licenciada en Trabajo Social por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestra en Demografía y doctora en Estudios de Población por El Colegio de México. Profesora de Carrera Titular "A" de Tiempo Completo Definitiva en la Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la UNAM. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel I. Líneas de

investigación: salud sexual y reproductiva, embarazo en la adolescencia, vulnerabilidad social y riesgo ante los desastres. Publicación reciente: F. Pérez Baleón y A. Sánchez Bringas (coords.) (2020). *Los claroscuros del embarazo, la maternidad y la paternidad en la adolescencia. Un enfoque cualitativo*. México: UNAM/Orfila. Correo electrónico: ggfabiola@hotmail.com. <https://orcid.org/0000-0001-8419-0275>.

RIVERO FUENTES, MARÍA ESTELA

Doctora en Demografía y Políticas Públicas por la Universidad de Princeton. Investigadora senior en el Instituto Pulte para el Desarrollo Global de la Universidad de Notre Dame (Estados Unidos), codirectora de la Alianza de Investigación Académica en Centroamérica y directora de Monitoreo y Evaluación del programa Supporting Holistic and Actionable Research in Education. Líneas de investigación recientes: migración interna e internacional y determinantes y consecuencias de la violencia criminal en México y Centroamérica. Correo electrónico: mrive-ro2@nd.edu. <https://orcid.org/0000-0002-3636-9657>.

RODRÍGUEZ BLANCO, ALICIA ELENA

Doctora en Ciencias Sociales y maestra en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), con especialidad en Análisis Existencial y Logoterapia por la Sociedad Mexicana de Análisis Existencial y Logoterapia (SMAEL), y licenciatura en Educación por la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Cuenta con más de 25 años de práctica docente, trabaja de forma independiente. Líneas de investigación: resiliencia, agencia, educación y prevención de la violencia en mujeres. Publicación: (2013). Resilient Women: From Victimhood to Autonomy. Case Study in the Self-Help Groups Codependent Anonymous. *Acta Colombiana de Psicología*, 16(2), 71-79. Correo electrónico: dayavasinini@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-5422-6596>.

ROMÁN SÁNCHEZ, YULIANA GABRIELA

Doctora en Ciencias Económico-Administrativas por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEMéx), maestra en

Demografía por El Colegio de México y licenciada en Actuaría Financiera por la UAEMéx. Profesora-investigadora en el Centro de Investigación y Estudios Avanzados de la Población (CIEAP) de la UAEMéx. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel I. Líneas de investigación: grupos vulnerables, mortalidad, mercados de trabajo. Publicaciones recientes: en coautoría con H. Martes y J. A. Soberón-Mora (2021). Mortalidad y proyecciones por causas de muerte en el Estado de México, 1980-2050. *Papeles de Población*, 26 (105), 155-182. <https://rppoblacion.uaemex.mx/article/view/12715>. Correo electrónico: madon.dl26@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-4017-5206>.

SÁNCHEZ BRINGAS, ÁNGELES

Doctora en Antropología Social por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestra en Sociología por la Universidad de Manchester (Reino Unido) y licenciada en Antropología Social por la Universidad Iberoamericana. Profesora Titular C en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (UAM-Xochimilco). Líneas de investigación: cultura de género, salud reproductiva, maternidad y procesos reproductivos. Publicaciones: A. Sánchez Bringas (coord.) (2014). *Desigualdades en la procreación. Trayectorias reproductivas, atención obstétrica y morbimortalidad materna en México*. México: UAM/Itaca, <https://biblioteca.ecosur.mx/cgi-bin/koha/opac-detail.pl?biblionumber=000058530>; O. Becerril y A. Sánchez Bringas (eds.) (2021). *Maternidades a debate en el siglo XXI*. México: El Colegio de Michoacán/UAM. Correo electrónico: angeles15sb@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-0129-9783>.

SEBILLE, PASCAL

Doctor en Demografía por la Université de Paris Nanterre. Es profesor-investigador del Departamento de Sociología en la Université Rennes 2 e investigador en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), Espaces et Sociétés (ESO) (UMR 6590). Es también investigador asociado al área *Mobilité, parcours et territoires* del Institut National d'Études Démographiques (INED). Líneas de investigación: procesos de formación

familiar, relaciones intergeneracionales, migraciones y movilizaciones cotidianas en las metrópolis. Es responsable del programa de investigación *Migración y formación de la familia en México* (Mifamex), cuyos trabajos investigan los datos del programa de la Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) 2017. Correo electrónico: pascal.sebille@univ-rennes2.fr. <https://orcid.org/0000-0002-8845-188X>.

VÁZQUEZ SANDRIN, GERMÁN

Licenciado en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), maestro en Población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) México y doctor en Estudios de las Sociedades Latinoamericanas por la Université Paris 3 Sorbonne Nouvelle. Actualmente es profesor en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH). Perteneció al Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel 2. Desde 1994 estudia las poblaciones indígenas mexicanas. Línea de investigación: demografía étnica. Publicación reciente: (2019) La fecundidad de los grupos étnicos en México. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 34(3), 497-534. <https://doi.org/10.24201/edu.v34i3>. Correo electrónico: gevazquez@uah.edu.mx <http://orcid.org/0000-0003-4319-7707>.

ZAVALA DE COSÍO, MARÍA EUGENIA

Doctora en Demografía por la Université de Paris y maestra en Demografía por El Colegio de México. Es profesora-investigadora invitada en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México y profesora emérita de la Université Paris Nanterre. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) como Investigadora Nacional Emérita. Líneas investigación: familias, género y migraciones. Tiene 145 publicaciones, con 19 libros, como (2016). *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* (coord. con M.-L. Coubès y P. Solís). Correo electrónico: mzavala@colmex.mx. <https://orcid.org/0000-0002-7867-0819>.

*La odisea de las generaciones en México:
de las historias de vida a los territorios*
se terminó de imprimir en marzo de 2023,
en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V.,
Calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco,
52170, Metepec, Estado de México, México.

Portada: Pablo Reyna.

Composición tipográfica y cuidado de la edición:
Logos Editores bajo la supervisión
de la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.
La edición consta de 400 ejemplares.

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS Y AMBIENTALES

Este libro presenta un amplio panorama de las transformaciones de la sociedad mexicana de un siglo a otro, entre 1962 y 2017. Un destacado grupo internacional analizó los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva de 2017 (EDER 2017). A partir de ello, sus capítulos proporcionan una amplia visión temática de las transformaciones recientes en las dinámicas familiares, laborales y migratorias, como resultado de la aplicación de métodos longitudinales novedosos. Dos grandes ejes analíticos guían las investigaciones: las desigualdades sociales y las diferencias regionales, gracias al gran tamaño de la muestra de la EDER 2017.

Se publicó un primer libro, a partir de la EDER 1998, donde se subrayaban las disparidades entre los mundos urbanos y rurales; en un segundo libro, con base en la EDER 2011, se enfatizaban las desigualdades sociales de las zonas metropolitanas del país. En este tercer libro, se ponen de relieve las transformaciones generacionales, de género, económicas y sociales, enmarcadas en el mosaico regional donde habitan las familias mexicanas.

Por lo anterior, *La odisea de las generaciones en México: de las historias de vida a los territorios* está destinada a ser una obra clave para entender la relación entre las biografías personales y los contextos históricos y espaciales en el México contemporáneo.

ISBN: 978-607-564-455-4



C EL COLEGIO
M DE MÉXICO